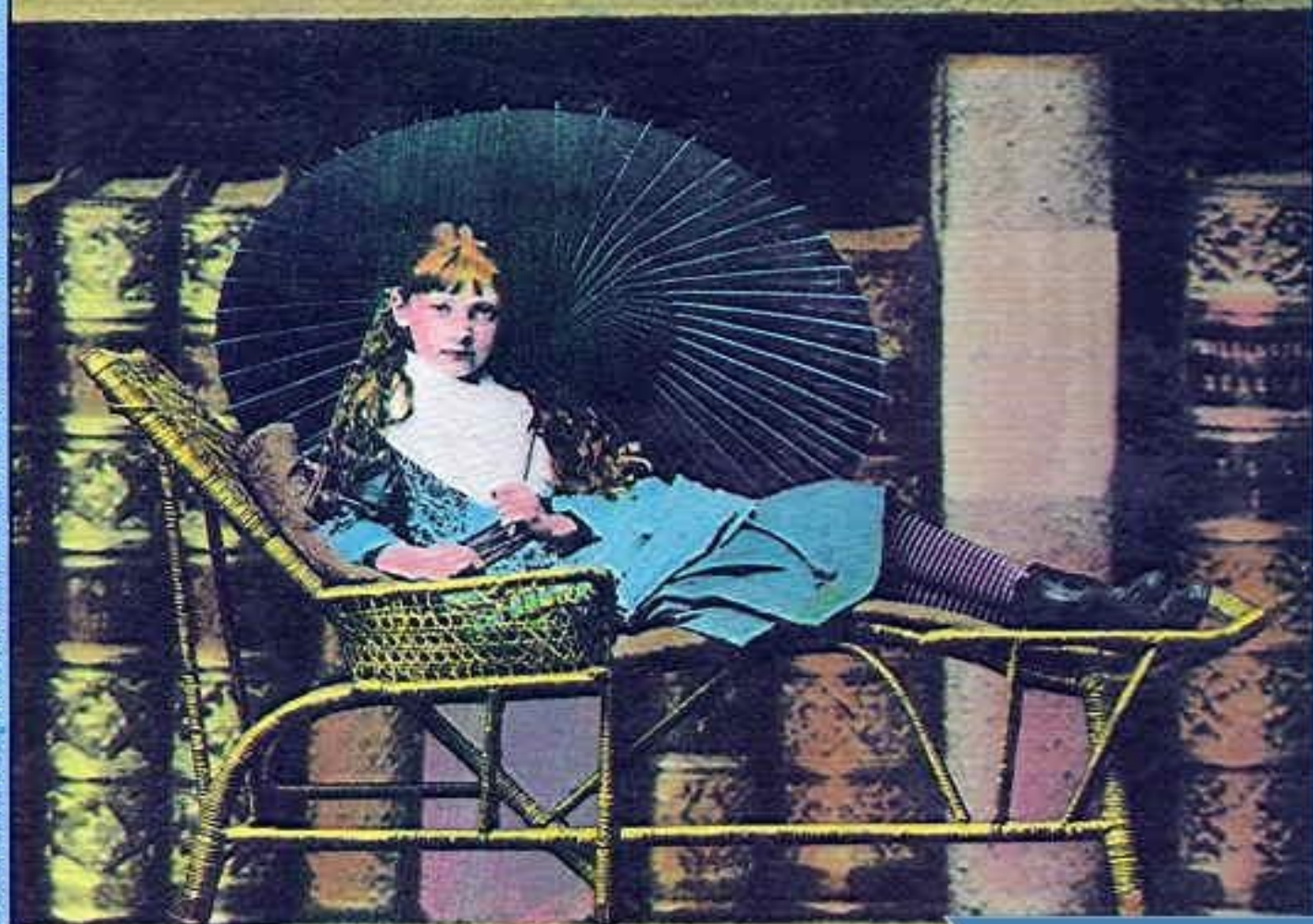


WALTER DE LA MARE

MEMORIAS

DE UNA ENANA



Lectulandia

La que fuera calificada como «única novela surrealista inglesa» constituye una rara joya dentro de la singular obra de un escritor tan particular e inclasificable como Walter de la Mare (1873-1956). Además de un fino talento para la poesía, afín en cierta manera a Thomas Hardy y los mejores vates georgianos, De la Mare fue un excelente narrador, maestro en el campo del relato etéreo y de atmósfera, con clara preferencia por los temas fantásticos y evanescentes, la infancia y el mundo de los sueños.

Nacido en Charlton (Kent) en 1873, de padre descendiente de hugonotes y madre escocesa, publicó su primer libro de poemas, «Songs of Childhood» (1902), bajo el seudónimo de Walter Ramal. Dos años más tarde probó fortuna con una primera novela de escaso éxito, «Henry Brocken», a la que años después seguiría «The Return» (1910), que ganó el premio Polignac. Con «Memorias de una enana» (1921), fantasía poética tan lúcida como enigmática, su elegante prosa, evocativa y romántica, alcanza sus cotas más elevadas.

Ganadora en su día del premio James Tait Black Memorial, la novela es un apasionante estudio, a veces perverso, de la soledad y la marginación, a través de todo un año de la vida de una singular dama victoriana, guapa y bien formada pero de tamaño reducido (en realidad sólo algo menor que la reina Victoria), angustiada y extraviada en un mundo que no comprende y por el que se siente rechazada.

Lectulandia

Walter de la Mare

Memorias de una enana

El ojo sin párpado - 19

ePub r1.0

Titivilius 15.03.15

Título original: *Memoirs of a Midget*

Walter de la Mare, 1921

Traducción: María Luisa Balseiro

Diseño de cubierta: Jacobo Siruela

Editor digital: Titivilius

Cubierta: Montaje a partir de una fotografía de Lewis Carrol

Retoque de portada: Piolin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A LA MEMORIA DE MI MADRE

Hay en Egipto un animal salvaje llamado orix, del cual dicen los egipcios que se pone de cara a Proción cuando despunta, lo mira con anhelo, y a su manera, estornudando, manifiesta una especie de adoración...

PHILEMON HOLLAND

¿Habéis visto alguna vez una alondra enjaulada? Así está el alma en el cuerpo: este mundo es como su praderilla de hierba; y el cielo que nos cubre, al igual que su espejo, no nos brinda sino un mísero conocimiento de lo pequeña que es nuestra prisión...

JOHN WEBSTER

No los provoquéis, señor, con palabras tentadoras; los cielos son piadosos...

THOMAS KYD

INTRODUCCIÓN

El lector de las Memorias siguientes tiene derecho, creo, a algunas observaciones introductorias y explicativas. Las propias Memorias pondrán de manifiesto de qué modo conocí a la señorita M. También aluden, aquí y allá, al pequeño papel que pude desempeñar para resolver lo que fue una coyuntura crítica en sus asuntos, y asegurarle la independencia que le permitió vivir con la intimidad que tanto estimaba, sin angustiarse por su sustento. Es claro que en aquel entonces me consideró un intermediario lento. Yo no me había percatado de cuán extrema era su necesidad. Pero al cabo vino a tener una visión demasiado generosa de aquellos servicios insignificantes, servicios que fueron también generosamente recompensados, ya que me depararon la oportunidad de verla con frecuencia, y de llegar a ser así —tal es, al menos, mi confianza— uno de sus amigos más devotos.

Uno de los deberes que me correspondieron como único albacea, cumplidos que fueron ciertos trámites legales poco corrientes, fue el examen de sus cartas y papeles. Entre éstos estaban sus Memorias, que encontré lacradas, con la escrupulosa pulcritud que era en ella habitual, en numerosos paquetitos cuadrados de papel de envolver, y cuidadosamente guardadas en un armario de su antigua *nursery*. Las acompañaba una carta dirigida a mí.

La letra de la señorita M. era aún más diminuta de lo que naturalmente, aunque quizá injustificadamente, se habría podido esperar. Eso solo habría hecho difícil para los ojos de un anciano descifrar el manuscrito, que por añadidura aparecía casi inextricablemente interlineado, revisado y corregido. Desde luego, para esta pequeña mujer de letras la composición literaria no era un camino de rosas. Entregué, pues, los paquetitos a un mecanógrafo de confianza, y, bajo mi dirección, se hizo una copia completa y fiel de su contenido.

Luego de considerar atentamente la cuestión, y de disimular los nombres de ciertas personas y lugares de modo que nadie pudiera sentirse herido (¡hasta la señora de Percy Maudlen, por ejemplo, si algún día hojease estas páginas, se podría ruborizar sin ser reconocida!), concluí que, aunque nada me obligaba absolutamente a ocuparme de la publicación de las Memorias, tales habían sido, sin duda, la intención y el deseo de la señorita M. Al mismo tiempo, y por análogas razones, decidí que no se publicaran antes de mi muerte. En consecuencia, he dejado las instrucciones pertinentes. Aquí, pues, empiezan y terminan mis deberes como editor. Nada ha sido alterado; nada ha sido suprimido.

Ni aun si esa tarea entrara entre mis competencias me aventuraría a hacer una estimación crítica de la obra de la señorita M. Yo no soy escritor, y como lector he preferido siempre que se me permita estudiar a mis autores y gozar de ellos con un mínimo de injerencias externas. La lectura de las Memorias me ha procurado el más hondo placer. Eso no obsta a que las personas de talante severo desdeñen quizá como

bagatelas las lucubraciones de una liliputiense; y sin duda —lo improbable sería lo contrario— un juicio más experimentado que el mío descubrirá en ellas muchas faltas, tosquedades e inconsistencias, aunque ciertos pequeños prejuicios de la señorita M. acaso no sean tan fáciles de detectar. Sean cualesquiera sus méritos o imperfecciones, yo me daría por contento con que las páginas siguientes resultasen tan interesantes para otros lectores, por pocos que sean, como lo han sido para mí.

Mis propios prejuicios, lo confieso, me inclinan en favor de la señorita M. Es más, ella misma me aseguraba, en esa carta acompañante ya aludida, que lo que realmente la animó a escribir fue un comentario mío casual, éste en concreto: «La *verdad* acerca de la cosa más pequeña —¡por ejemplo sobre Usted, señorita M.!— puede ser una candela cuyo rayo de luz nos alumbre un atisbo de la verdad acerca de todo». Yo no conservo recuerdo de la ocasión, ni de este modesto apotegma. De hecho, sólo con la mayor repugnancia habría colaborado a embarcar a mi pequeña amiga en su gigantesco trabajo. El caso es que ella tenía una notable aptitud para recoger retazos de la conversación de «los de talla corriente» como recoge la abeja una gota de néctar, y transformarlos en su miel particular.

Igualmente característico es que durante todo el tiempo en que estuvo escribiendo (y hay más que suficientes indicios en su manuscrito de que, ya fuera por fatiga, por falta de apetencia o por desesperación, a veces dejaba pasar semanas enteras sin tocarlo) jamás hiciera la más mínima alusión al asunto. Los escritores, según tengo entendido (si puedo aducir como autoridad al Disraeli mayor), raramente se muestran tan reservados sobre sus actividades. De forma no menos característica, la carta que me dirigía estaba fechada un 14 de febrero. Sus Memorias eran un regalo de san Valentín.

«“Gotitas de agua...”^[1] mi querido *sir* Walter», escribía, «ya conoce usted el resto. De todos modos, si me hubiera sido concedida una única chispa de talento, ¡cuántas “penalidades infinitas” me habría ahorrado! Y eso que lo que aquí está se refiere tan sólo a mis primeros tiempos, y principalmente a un año largo. Podría haber seguido escribiendo casi *ad infinitum*. Pero no lo hice, porque temí cansarnos a los dos... de mí. Los años que han seguido a mi “mayoría de edad” han sido exteriormente grises; y tengo para mí que los pensamientos de otros no son tan interesantes como sus experiencias. Hay mucho que perdonar en lo que he escrito: la tosquedad, la falta de naturalidad, la vanidad, la necesidad. Ahora soy más vieja; pero ¿soy más sabia, o sólo menos joven?

»Tal como está, pues, le dejo mi historia a usted y para usted... Una y otra vez, meditando sobre las escenas de mi memoria, me he preguntado: ¿Qué será la vida? ¿Qué significa? ¿Cuál era mi verdadero rumbo? ¿Dónde estaba mi brújula? ¿Cuántas veces, también, no habré especulado vanamente sobre cuál fuera la *diferencia* interior que realmente acarrease ser un humano de mis dimensiones! ¿Qué es, en el fondo, en el fondo del todo, lo que separa al Hombre del Liliputiense? Usted quizá lo descubra, aunque yo no llegue nunca a descubrirlo. Porque, en definitiva, las cuentas de la vida todas se ensartan en un único hilo, por sueltas y dispersas que parezcan.

»He intentado no decir otra cosa que la verdad sobre mí. Pero soy consciente de que no puede ser la verdad íntegra. Pues, hallándome en esa ocupación (lo mismo que cuando nos asomamos a un espejo a la luz de la luna), a veces hubo algo que sacó la cabeza de alguna guarida o nicho secreto dentro de mí, y luego se esfumó. ¡Imaginemos, pues, mi querido *sir* W., que mi narración le convenza de que durante todos estos años ha estado usted, sin

saberlo, amparando con su amistad no a una mujer, ni casi a un ser humano, sino a un ÁSPID! ¡Qué dolor, qué dolor! En fin, treinta y tres son los ingredientes (ingredientes los llamaba yo cuando era niña) de ese antídoto soberano que es la Triaca Veneciana. ¡Esparza un gramo sobre mi tumba, y ahuyente así mi in-fi-ni-te-si-mal a-pa-ri-ción!

»Pudiera ser, por otra parte, que las diferencias vitales que separan a los liliputienses de las personas de talla corriente no fueran tantas; no más, quizá, que las que los separan de “los Grandes”. Aun entonces sería posible que después de leer mi historia pequeña y sin final se sintiera usted muy agradecido de no ser a su vez un liliputiense.

»Sea así o no, he intentado ser franca y ponerle sobre aviso. Conserve lo que he escrito o destrúyalo, según le parezca. Pero, por favor, no se lo enseñe a nadie antes de que a nadie le importe. Y dicho esto, adiós.

«M.»

Había un acuerdo tácito entre la señorita M. y yo de que yo fuera a Lyndsey a visitarla aproximadamente una vez al mes. Con harta frecuencia, las ocupaciones, los problemas de salud, el avance de los años hacían imposible el viaje. Pero, en general, con ese intervalo me encontraba en su compañía en su antigua casa, Stonecote; bebiendo té con ella, platicando o leyéndole algo, mientras ella, sentada en su silla al lado del libro, bordaba flores y escarabajos y mariposas diminutos, de brillantes colores, con su aguja diminuta, o escuchaba o soñaba despierta, o contemplaba pensativa, por el alto ventanal, la vista de Chizzel Hill.

A veces era una acompañante muy silenciosa. Otros días me aseteaba a preguntas, muchas de ellas sumamente extrañas, sobre una docena de temas a un tiempo, sin detenerse apenas a esperar la respuesta, que con frecuencia podía yo dar a duras penas. En compañía más nutrida se mostraba, acaso, exageradamente consciente de su minúscula estatura.

Pero en aquellas tranquilas charlas —aquella voz entre aguda y dulce, aquellos pequeños gestos impulsivos— se le olvidaba por completo. No así a su visitante, que ha de confesar haberse sentido continuamente reo, en su presencia, de una cierta torpeza y desmaña; y, lo confieso, no meramente físicas. Para un extraño esa experiencia, por más que saludable, podía ser un poco humillante.

Cuando algo retenía su interés, la señorita M. permanecía completamente inmóvil, con las manos juntas y apretadas sobre el regazo y fijos los ojos en escrutinio penetrante, y sin embargo curiosamente lejano. En reposo total sus facciones perdían aquella agudeza, y, vestida de vivos colores, en la estancia amplia y callada, era una figurita de hermosura indescriptible. No se me ocurre ninguna comparación que no parezca caprichosa. Su personalidad está, hasta cierto punto, en su libro. Pero lo que era su presencia singular y volátil, tan frágil y a la vez tan vigorosa, «tan casi nada», según su original expresión, sólo de cuando en cuando se refleja.

Lógicamente, amaba la soledad. Pero yo me inclino a pensar que la cultivaba en exceso. Sea como fuere, en soledad escribió su libro; y en soledad la encontró, al parecer, su visitante desconocido, en las misteriosas circunstancias que a continuación se refieren.

La última de nuestras reuniones —y no menos dichosa que las restantes— tuvo lugar a finales del mes de marzo. En la mañana del 25 de abril siguiente recibí un telegrama que reclamaba mi presencia en Lyndsey. Llegué allí ese mismo día por la tarde, y me recibió la señora Bowater, la excelente, aunque un tanto dickensiana, ama de llaves de la señorita M., que ya estaba entonces un poco sorda y vieja. La encontré sumamente angustiada. Según me dijo, en la tarde de la víspera, a eso de las siete, había oído voces en la casa, la de la señorita M. y la de otra persona. Las visitas de amigos eran infrecuentes; las de desconocidos, rarísimas; y la señora Bowater confesó haber sentido cierta curiosidad, si no inquietud, sobre quién pudiera ser aquel extraño y cómo habría entrado. La buena mujer no dejaba de hacerse reproches, a pesar de mis intentos de tranquilizarla, por no haber salido de dudas inmediatamente.

No oyendo nada más, salvo el repiqueteo de la lluvia en la ventana del sótano, a las siete y media subió al cuarto de la señorita M. y llamó a la puerta. El espacioso y agradable aposento —la antigua *nursery*—, situado en lo alto de la casa, estaba tan ordenado como de costumbre, pero vacío. No había nada descolocado, nada fuera de lo normal, salvo un papelito prendido a la alfombra a poca distancia del umbral, con este mensaje: «He sido llamada. —M.»

Aquella comunicación, lejos de sosegarla, no hizo sino acrecentar la preocupación de la señora Bowater. Registró el minúsculo armario Sheraton, y vio que faltaban una pamea y una capa. Esperó un rato, cosa infrecuente en ella, sin saber qué hacer, mirando por la ventana. Pero, como ya anochecía, y la señorita M. raramente salía con tiempo ventoso o lluvioso, ni bajaba siquiera la escalera sin ayuda, la señora Bowater se alarmó tanto que poco antes de las ocho salió a explorar el jardín con un farol, y después corrió al pueblo en busca de auxilio.

Como el lector descubrirá por sí mismo, no era ésta la primera ocasión en que la señorita M. daba motivo de inquietud a sus amigos. La casa, el jardín, los alrededores, sus antiguas querencias de Wanderslore fueron reiteradamente sometidos, siguiendo mis instrucciones, al escrutinio más riguroso y prolongado. Vigilamos el único campamento de gitanos que había en la vecindad, cerca del Heath. Los anuncios difundidos no me reportaron más que pistas falsas. Al fin hubo que abandonar hasta la esperanza.

La señorita M. había sido «llamada». ¿Por quién?, me pregunto; ¿a qué, con qué objeto? La escritura de su último mensaje era tan clara y pausada que descartaba, creo, la alarmante idea de que su visitante hubiera sido causa de algún temor o ansiedad. Una eventualidad todavía más trágica está descartada. No sólo, tras los sucesos registrados en su último capítulo, me había hecho una promesa firme, sino que su vida posterior en Lyndsey había sido, según todos los indicios, totalmente serena y feliz. Tan sólo un par de días antes había dicho al ama de llaves, riendo: «¡Ay, señora Bowater, no tengo *sitio* para todo lo que llevo dentro!». Ni cabe suponer que lo que la llamó fuera una voz «interior» —palabra que ella solía usar—; pues la señora Bowater sostiene a pies juntillas que el sonido llegó hasta sus oídos, a pesar de

que en aquel momento estaba atareada en la cocina que se menciona en el primer capítulo de las Memorias.

Walter Dadus Pollacke
Brunswick House, Beechwood

LINDSEY

CAPÍTULO I

Hace pocos años una breve semblanza de mí llegó a publicarse en un par de periódicos de provincias. Me han dicho que después reapareció, más proporcionada, ¡en la Prensa Metropolitana! Por suerte o por desgracia, en esa semblanza había muy poco de verdad. Refería, entre otras cosas, que tengo por costumbre calzar zapatos con suelas de plomo para que no me lleve el viento como un vilano, que de niña estuve a punto de perecer abrasada en una sopera, que uno de mis antepasados procedía de Polonia, que soy experta en pintar miniaturas, que fui cambiada en la cuna^[2] y sé hablar el lenguaje de las hadas, etcétera, etcétera.

Creo poder adivinar de dónde tomó esas fábulas mi ingenioso biógrafo. No pretendía causarme ningún perjuicio; era su forma de ganarse la vida; hacía un uso juicioso del «sin duda» y el «cabe suponer», y espero que divirtiese a sus lectores. Pero la mayor parte, con mucho, de su semblanza trataba de meros detalles *físicos*. Me había mirado con la imaginación a través de unos lentes que serían o no de color de rosa, pero que ciertamente disminuían. No me merezco sus pulgadas ni sus onzas, por muy halagadoras que pudieran ser sus intenciones. Es verdad que mi cuerpo se cuenta entre las obras menores de Dios. Pero yo creo que el escritor prestó a ese hecho una atención un poco excesiva. Pasó por alto hacer mención no sólo de mi alma (de lo cual no me quejo), sino también de mi mente y mi corazón. Tal vez para algunos gustos haya demasiado de las tres cosas en las páginas siguientes, y especialmente, quizá, de la última. No se puede evitar. Finalmente, el anónimo periodista afirmaba que yo había nacido en el Rutlandshire, supongo que por ser el condado más pequeño de Inglaterra.

En eso sí que fue desconsiderado, porque para ceñirnos a la realidad y empezar por el (aparente) principio hay que decir que yo nací en la localidad de Lyndsey, en Kent: el rincón más bonito, en mi opinión, de todo el millón de acres de ese condado. Tal ha seguido siendo hasta el día de hoy, a pesar de que desde mi infancia su iglesita, de piedras desgastadas y vidrieras inmarcesibles del siglo II —¿o del III?— haya sido «restaurada», y de que el señor del lugar haya talado algunos de sus árboles más hermosos, entre ellos un castañar de Bitchett Heath cuyos antepasados vinieron con los romanos. Pero todavía no ha conseguido enrasar el túmulo de Chizzel Hill. Desde mi ventana miraba yo (como ahora mismo estoy mirando) la ondulada cresta de aquel monte amado, más allá de un huerto largo e irregular, y los prados del valle donde pastaban las vacas y vagaban las ovejas, y los sauces sin descopar, doblegados y plateados por la brisa. No me cansaba de mirar al monte, ni me cansaré nunca; y cuando, todavía en mi adolescencia, mi abuelo, enterado de aquel hábito mío de contemplación ociosa, me envió desde Ginebra un telescopio diminuto, mis ensueños diurnos se multiplicaron. Aquel regalo, como dice un viejo dicho de Kent, fue untar

de manteca el tocino. Con el telescopio de mi abuelo pegado a un ojo, traía a un pico real picando en un tronco tan cerca como si se estuviera riendo de mí, y no me faltaba más que aspirar el débil y penetrante aroma de las primulas de prados que no distaban menos de una milla.

La casa de mi padre, Stonecote, tiene un aspecto poco airoso vista desde el otro lado del valle. Pero es espaciosa y abierta, y casi se podría decir que desafía a los vientos de los equinoccios. Las ventanas principales son miradores de poco saliente. Una de ellas está entre mis primeros recuerdos. Llevo un vestidito de alegres cuadros escoceses; estoy sentada en un tarro de loción —con un retrato en colores del señor Shandy sobre la tapa, si no recuerdo mal—, en medio de los cepillos, los estuches de piel, las chucherías y demás de la mesa de tocador de mi padre. Mi padre está afeitándose, y tiene la barbilla y las mejillas llenas de jabón. Y yo tan pronto le miro a él, tan pronto a su imagen en el gran espejo, y cada vez que ocurre esto él me hace un gesto simpático por encima de las gafas.

Seguramente ese momento particular de mi infancia se me quedó grabado porque, justamente cuando mi padre había alzado la navaja para acometer el labio superior, una grajilla, atraída quizá por los vivos colores de mi vestido, se posó en la parte de fuera del alféizar, y con muchos aspavientos de alas y garras picoteó enérgicamente en el cristal. El ruido y la vista de aquel pájaro de agudos ojos azul-grises, tan próximo y vehemente, me asustaron. Me alcé de un salto, eché a correr por la mesa, tropecé en un cepillo del pelo y me caí de bruces junto al reloj de mi padre. Oigo el tictac, y los silbiditos con que él solía confortar a su hija cada vez que ocurría uno de esos percances. Tendría yo quizá cinco o seis años.

Ese recuerdo es auténtico. Pero cada familia tiene, supongo, sus tradiciones particulares; y una de las nuestras, relativa a aquellos primeros años, tenía que ver con la gata de la cocina, Miau. Había tenido garitos, y contaba la historia que yo me había metido en el cesto bajo donde estaban. La vieja madre, que me figuro que ya estaría harta de que le dieran la lata, fue llevándose los garitos uno por uno a un armario oscuro. Cuando ya había puesto al último a buen recaudo, la encontraron contemplándome absorta, como meditando si sería o no su deber maternal trasladarme a mí también. Y allí estaba yo, mirándola muy sonriente. Así era la historia contada por nuestra cocinera, la señora Ballard. Lo que yo recuerdo es distinto. En la mañana en cuestión yo doblaba la esquina del sombrío pasillo enladrillado que llevaba a la cocina, cuando de ésta salió Miau al trote, llevando en la boca su carga ciega y cabezona. El encuentro nos sorprendió a ambas por igual, y Miau pasó rozándome de modo que casi me tira, al tiempo que me lanzaba una mirada animal rarísima. Así que la verdad, en este caso, no fue tan extraña como la ficción de la señora Ballard.

Mi padre era en aquella época un hombre más bien corpulento, de rostro encendido, con grandes gafas. Tenía libre todo el tiempo, porque las rentas de una participación

del cincuenta por ciento en la pequeña fortuna amasada por mi abuelo y un socio en una fábrica de papel nos bastaban para vivir con desahogo. Mi padre podría haber sido más próspero, aunque quizá no hubiera sido más feliz, de haber hecho más cosas y proyectado menos. Pero lo único en que seguía la ocupación hereditaria era emplear grandes cantidades del mejor papel hecho a mano de la casa en la composición de un estudio monográfico, *La historia de la fabricación del papel*. Ello exigía una vasta acumulación de libros y mucha soledad. Yo tengo para mí, además, que mi padre era de los partidarios de dejar que las ideas se sedimenten.

Dado que al mismo tiempo tenía emprendidas otras compilaciones análogas acerca del Lúpulo y el Cerezo, no se puede decir que hiciera grandes progresos en ninguna de las tres. Sus papeles, desdichadamente, se vendieron después junto con sus libros, así que no sé nada ni de qué fue de ellos ni de su valor. Espero que a su comprador le hayan servido para distinguirse sin esfuerzo. Aquellos trabajos, aunque no encerrasen otra utilidad que la de tener tranquilo y satisfecho al «hombre de la casa», al menos demostraban que mi padre era un Hijo de Kent leal y entusiasta; y yo me he encargado de que un hermoso guindo florezca, fructifique y medre sobre su tumba.

Mi padre tenía también sus puntas de músico, y sabía tocar un *pizzicato* tan suave en su violín con sordina que no hería ni siquiera mis oídos hipersensibles. El me enseñó a jugar al ajedrez en un tablerito con piezas pigmeas, pero tendía a desinteresarse del juego cuando iba perdiendo; que era, al contrario, cuando nuestro viejo amigo el doctor Grose jugaba con más empeño. Como tenía unas manos un poco toscas, ponía especial cuidado en tratarme con dulzura y delicadeza. Pero incluso recién afeitado sus abrazos tenían más de disciplina que de placer, lo cual quizá explique parcialmente mi falta de efusividad en esa dirección.

Su voz era, si acaso, poco fuerte para su tamaño, salvo cuando discutía de política con el doctor Grose, de religión o sobre la educación de los niños con mi madrina, la señorita Fenne, o por asuntos de dinero con mi madre. En aquellos momentos, el ruido que hacía —con la cara enrojecida, gesticulando— afectaba a una de sus oyentes, toda afanada en recoger las migajas, más de lo que nunca la afectara el trueno, que está en las nubes. La única otra cosa de su compañía que me molestaba era su costumbre de tomar rapé. Aquella fetidez casi me asfixiaba, y no acababa él de dar con la uña en la tapa de la cajita cuando ya salía yo corriendo como una liebre para ponerme a salvo.

Procedía de una antigua familia inglesa, aunque sin duda con las mezclas de rigor. Mi madre había nacido de madre francesa, apellidada Daundelyon. A veces la sangre de ese «dulce enemigo»^[3] le ardía en las mejillas como una bandera, y mi padre tenía que echar mano de sus cañones de mayor calibre cuando soplaban vientos de tormenta y hacían ondear esos colores. En tales momentos yo prefería oír la batalla de lejos, no tanto (una vez más) porque la mera discordia me hiciera sufrir, cuanto por huir del estrépito. Pero lo normal, y más después de aquellas pequeñas exhibiciones,

era que estuvieran como dos tortolitas, y yo, dentro de mis menguados recursos, hacía lo posible por entonar el reclamo.

Mi padre pasaba de los cuarenta cuando se casó con mi madre. Ella tenía unos quince años menos; era un ser esbelto, ágil y cautivador, capaz de darle varias vueltas en lo material y en lo mental antes de que él se decidiera a abrir la boca. Siete años después llegué yo. Las amistades, como hacen siempre, declararon que nos parecíamos. Y, si se hubiera podido empequeñecer a mi madre hasta dejarla de mi estatura y figura, quizá hubieran tenido razón.

Pero en el pelo y en el cutis, y posiblemente también en el modo de ser, yo salía a una tía suya, la tía Kitilda, que había muerto tuberculosa a los veintipocos años. Me encantaba oír las historias de la tía abuela Kitilda. Cantaba como un ruseñor, por dos veces se escapó del colegio de monjas, y era tan aficionada al agua que un señor mayor (amigo del señor Landor, el poeta) que se enamoró de ella la llamaba «la Náyade».

De joven, en Tunbridge Wells, mi madre había estado considerada como «una belleza», y había tenido muchos admiradores; por lo menos eso le decía la señora Ballard, la cocinera, a Pollie: «Sí, y ya sabemos quién podría haber salido de otra manera si las cosas no hubieran sido como fueron» fue un comentario críptico que hizo un día, y que llenó dos «cantaritos» a rebosar^[4]. Entre esos admiradores se contaba un tal señor Wagginhorne, que en esta época residía en Maidstone. Había echado el cierre a su pasión, pero no a su admiración; y, siendo artista en el mismo sentido en que mi padre era escritor, nos había retratado al óleo a mi madre y a mí, con una maceta de azaleas. ¡Qué bien me acuerdo de aquellas sesiones interminables, con el vetusto caballero pintarrajeando, soltando sus chistes predilectos y chascando avellanas al mismo tiempo! Siempre que venía a vernos se sacaba aquel retrato de un armario y se colgaba en el comedor en sustitución de otro cuadro. Nunca pude averiguar qué fue de él cuando el señor Wagginhorne se murió. Mi madre se echaba a reír cada vez que se lo preguntaba, y miraba con picardía a mi padre. ¡Lo que sí estaba claro era que el escritor no tenía celos del artista!

Mi madre me trataba con dulzura, qué remedio; y yo era más feliz en su compañía de lo que cabe imaginar en un mundo en el que todo es tan efímero. Me sentaba al lado de su costurero, y ella me hablaba en voz baja, y me daba lecciones y me enseñaba versitos; mis impulsos e instintos propios me enseñaron a cantar y bailar. ¡Qué horas tan alegres compartimos! La costura fue difícil al principio, porque en aquella época no se pudieron conseguir agujas proporcionadas para mí, y no me gustaba nada limitarme a remendar labores bastas. Pero mi madre me ponía a hacer trabajillos infantiles, como ordenar los hilos de seda o clasificar los abalorios, y me dormía acunándome con un dedo al compás de un runrún tan suave que podría haber sido el de una abeja lejana.

De todos modos, no dejó de haber sombras antes de la oscuridad. Yo, que no era más que una niña, a veces veía extenderse sobre su rostro una especie de aire ausente,

como si estuviera soñando con algo que no sabía nombrar, una esperanza o un deseo que ya no se realizaría nunca. Entonces yo me intranquilizaba y enmudecía, pensando si no la habría disgustado; mientras que ella, a juzgar por su expresión, era como si ni siquiera me viera.

Otras veces se ponía traviesa y burlona. Entonces me trataba como a un mero juguete frívolo, y sólo me decía *niñerías*, como si en nuestro alfabeto no hubiera otra cosa que «la o chica», una letra por la que yo siempre sentí una especie de lástima, pero escaso cariño^[5]. Esa costumbre entristeció los días de mi niñez, y en ocasiones me enfurecía lo indecible. Yo *siempre* fui de talante serio, quizá hasta un poco redicha; y la experiencia ya me había enseñado que era más fácil para mí compartir los pensamientos y sentimientos de mi madre que para ella compartir los míos.

CAPÍTULO II

No sabría decir cuándo exactamente empecé a cavilar sobre el *porqué* de que me hubieran puesto en este mundo tan diminuta y diferente. Sería muy pronto, me figuro, aunque se me brindaban pocas ocasiones de comparación, y durante algún tiempo supuse que todos los niños pequeños eran de mi estatura. Es verdad que veía al zampabollos de Adam Waggett, hijo de una amiga que la señora Ballard tenía en el pueblo; pero Adam me llevaba unos cuantos años. Le invitaban a tomar el té en la cocina, y no descansaba hasta inflarse de pan con unto o de masa de pan, alimentos naturalmente odiosos para mí; o me importunaba con su curiosidad y sus bromas groseras. A su debido tiempo iba a resultarme útil; pero en aquella época sentía hacia él una antipatía casi tan profunda como hacia «Hoppy», el tonto del pueblo; aunque al pobre Hoppy sólo le vi una vez.

Por las razones que fueran, salvo en momentos de desesperación extremada no recuerdo que lamentase mucho no tener el tamaño corriente. Aun así, poco a poco me fui percatando de ser una decepción y una desgracia para mis padres. Sin embargo, nunca me atreví a dejar caer una pregunta que muchas veces iba a estar presente en mis pensamientos juveniles: «Dime, mamá: ¿tú *lamentas* que tu hija sea liliputiense?». Pero ¿hay quien haga esa clase de preguntas mientras aún está a tiempo de que le respondan?

De todos modos, de tanto en tanto la sometía a interrogatorio.

—¿Yo de dónde vengo, mamá?

—Pues, hija, yo soy tu madre.

—¿Lo mismo que la madre de Pollie es *su* madre?

Ella me miró con unos ojos que parecían muy pequeños, si no es que en ese instante eran los míos los que yo veía ahí reflejados.

—Sí, hija mía —respondió por fin—. Linos vienen y otros van.

Parecía fatigada por el calor del día, así que yo me quedé callada, agarrada a uno de sus dedos, hasta que se repuso.

Sólo, quizá, por mi tamaño hubo ocasiones en que me sentí verdaderamente avergonzada de mí misma. Por lo demás fui más bien una niña bastante precoz. A los once meses ya daba algunos pasitos, y empecé a hablar antes de las Navidades siguientes al primer aniversario de mi nacimiento, el 30 de agosto. Aprendí las letras con las negras capitales del Libro del Génesis, y aprendí los números y a sumar con un ábaco pequeño y muy bonito que tenía cuentas de plata y granate. Pasé por las enfermedades habituales, pero fueron cosa de poca monta. Era más recia y musculosa de lo corriente, fuerte de pecho, y nunca padecí de catarros nasales ni de sabañones, aunque siempre hubo problemas para procurarme zapatos y guantes.

Recuerdo perfectamente la figura infantil que contemplé reflejada en un espejo, con inagotable satisfacción, en la mañana del día de Navidad que siguió a mi noveno

cumpleaños. Llevaba un vestido fino, rojo y afarolado, y chinelas a juego. El pelo, modestamente partido al medio, me caía recto sobre los estrechos hombros (aunque ya había aprendido a hacerme trenzas) y me enmarcaba la cara; las cejas eran ligeramente curvas (ahora son más oscuras y quebradas); la nariz, proporcionada; los labios más bien estrechos, y de un rojo encendido.

Mis facciones mostraban una expresión penetrante en aquella imagen refleja, porque mi aguda mirada las estaba examinando con mucho detenimiento. Pero la mirada, aunque atenta, no era, creo, ni descarada ni desafiante; y después sonreí, como diciendo: «Así que ésta va a ser mi compañera».

Era invierno, y aquel día había escarcha en la ventana. Me resultaba agradable la frialdad del aire, porque por dentro iba bien forrada de lana. Estábamos allí, mi padre a un extremo de la mesa con una expresión radiante en su cara roja y redonda, mi madre al otro con la suya sonriente pero enigmática, escudriñando mi reflejo, y yo contoneándome de acá para allá, auténtica miniatura de la Vanidad.

Quién había de entrar en ese momento en la habitación donde estábamos tan contentos sino mi madrina, la señorita Fenne, que venía a traerles a mis padres su felicitación navideña, y a mí un pequeño catecismo con tapas de seda color de rosa. Era una anciana encorvada y rápida en el hablar, con una voz que, aunque débil, crispaba todos los nervios de mi cuerpo, como el chirrido de un pizarrín. Por ser mi madrina se tomaba grandes libertades a la hora de aconsejar a mis padres sobre lo que tenían que hacer conmigo. La única vez, en efecto, que oí a mi padre soltar una palabrota fue en un momento en que la señorita Fenne acababa de darse media vuelta. Aquella mañana de Navidad me miró como mira un pájaro a un escorpión. «¡Caroline, Caroline, cómo es posible!», chilló. «¡La Quisquilla! Vais a hacer de la niña una presumida».

¡Quisquilla!^[6] Yo había visto aquellos bichos repulsivos y enroscados (en su estado cocido) en una fuente de la cocina. Mi sangre se tornó vinagre; llena de rabia y vergüenza, me desmoroné sobre la mesa, ocultando como pude la cara y las manos debajo del vestido para que mi madrina no me viera, y deseando desaparecer del mundo.

Tronó la voz de mi padre protestando; mi madre me cogió en brazos para serenarme y reñirme; pero mucho después de que la vieja se despidiese enfadada seguí yo rumiando aquel insulto. «¡Márchate, márchate!», parecía decirme una voz por dentro; y yo la escuchaba como hechizada. Todo el día estuve mimando mi vanidad herida, y a última hora, cuando ya se habían encendido las velas, me encontré por un momento sola en la cocina. Pollie había salido al cobertizo en busca de astillas, dejando entreabierta la puerta que daba al huerto. El aire de la noche me tocó en las mejillas. Casi enloquecida por un deseo no sé de qué, traspasé el umbral hundiéndome en una pulgada de nieve, me enderecé y eché a correr en la oscuridad, bajo el cielo inmenso.

Hacía un frío mortal. La helada había congelado la superficie inmaculada de la

nieve. No creo que mis ligeras pisadas quebraran siquiera los cristales de más arriba. Corrí, corrí por un mundo espectral, un escenario paralizado, prodigioso, hipnótico, de vegetación helada bajo aquel vacío infinito. Mi mente joven debió de ser presa de una especie de estupor. Me sentía como sacada de mí misma bajo las estrellas, en la presencia muda del Vigilante del Cielo. Me detuve, absorta, en la oscuridad gris y luminosa.

Pero mi escapada fue breve y humillante. El zarpazo del frío, la excitación, me agotaron en seguida. Me tiré al suelo y me tapé la cara con las manos, tratando en vano de ahogar mis sollozos. ¿Qué era aquel anhelo? ¿Con qué se satisfacía? Suave como la lana, sobre mis sentidos descendió un sopor que rápidamente me podría haber llevado al último viaje de descubrimiento. Pero me habían echado en falta. Unos minutos de búsqueda, y Pollie me encontró allí tendida, junto a los troncos helados de las berzas. La afligida Ménade fue devuelta a la cocina: un baño caliente, un ponche caliente, y unas cuantas lágrimas de nerviosismo y gratitud.

Lo extraordinario es que siendo hija única, y un caso difícil cada vez que se trataba de disciplinas o castigos, no saliera totalmente echada a perder. Por lo menos una persona estuvo muy cerca de lograrlo: mi abuelo, *monsieur* Pierre de Ronvel. Abuelastro, para ser exactos; pues la encantadora madre de mi madre, con sus rizos y su miriñaque, se había casado en segundas nupcias después de la muerte de mi abuelo de verdad. Mi abuelo cruzó el Canal de la Mancha para visitar a mis padres cuando yo tenía diez años. Era un hombre alto, tieso, brusco de movimientos, de cara amarillenta, pelo hípido y entreverado que le hacía un murete alrededor de la frente, y vivísimos ojos negros. Incluso para una niña como yo era una delicia observar sus modales. Cualquiera habría dicho que venía a *cortejar* a mi madre, y a mí me tomó un gran cariño. Era muy aficionado a las ensaladas, recuerdo; y yo estaba muy orgullosa de la mía de mostaza y berros, berros que yo misma recogía para él con uno de mis cuchillos de mesa. Hablaba tan copiosamente, con tal popurrí de alegrías y entusiasmos y sorpresas en la cara, que yo me prometí hacerme dueña en seguida de mi lengua madrastral. También sabía hacer desaparecer bobinas y dedales, hasta cucharas y tenedores, con una habilidad que desde entonces y para siempre me impidió ser materialista. Yo *adoraba* a mi abuelo, y eso que no me daba ningún miedo.

A él, en efecto —a pesar de que yo creo que tendía más bien a lo secular—, debo la historia de la santa del día en que nací, la peruana santa Rosa de Lima, la única santa, me parece, del Nuevo Mundo. Teniéndome encaramada a su rodilla angulosa, y devorando como un dulce cada palabra de inglés entrecortado que salía de sus labios, me contó lo piadosa que de niña había sido mi santa; que cuando su madre, para embellecerla, le entretejió de flores el pelo, ella se las había *clavado* al cráneo; que se frotó las lindas mejillas con cal viva para desanimar a sus pretendientes («*ses prétendants*»), y que hasta que no cayeron del cielo verdaderas lluvias de rosas no se decidió el papa Clemente a declararla santa.

—A lo mejor, *bon papa* —dije yo—, yo también cavo y siembro cuando sea mayor, como santa Rosa, para sostener a mi mamá y mi papá cuando sean viejecitos. ¿Usted cree que ganaré suficiente dinero? Papá come mucho.

El me miró fijamente, como consternado.

—*Dieu vous en garde, ma p'tite* —exclamó; y se sonó violentamente.

Tan a pecho me tomé la historia de santa Rosa, que un día, después de despedirme melancólicamente de mi belleza frente al espejo, yo también me froté las mejillas, pero con las flores azules de la... verónica^[7]. Se me tiñeron un poco, pero lavándome se me quitó en seguida. En mi caso era una precaución innecesaria; mis *prétendants* han sido pocos.

Fue un día triste el del regreso a Francia de mi abuelo, a quien nunca volvería a ver. Pero él siempre se acordaría de mí; y al final, cuando yo misma había olvidado hasta mi fe en su fidelidad. Casi todos mis enseres y pertenencias personales eran regalos suyos enviados desde Francia, y muchos los había hecho él mismo. Mi cama de cuatro postes, por ejemplo, con dosel de seda floreada, cabecero tallado y media docena de juegos de sábanas y cortinajes para cambiar. Sillas a juego, un armario, alfombrillas persas de seda, un espejo de pie y ropas y galas en abundancia, vajilla de porcelana y cubertería, botas altas y zuecos. Hasta una bañera con cerco de plata y un juego de tocador de cristal, y docenas de otros objetos de uso o de adorno, que sería tedioso enumerar. Mi abuelo tenía mis medidas exactas, y al correr de los años iba ajustándolas sagazmente a mi crecimiento.

Aprendí a decir la hora con un reloj con cuerda para ocho días que tocaba una melodía sacra a maitines y vísperas; y más tarde mi abuelo me mandó un reloj de bolsillo, un poquitín grande para mi comodidad, pero pieza de artesanía exquisita. Cuando se acercaba mi cumpleaños (y el suyo), ya casi no podía yo dormir pensando qué otra novedad fascinante me traería la mañana festiva. El único de sus regalos que nunca, pasada la primera emoción, me dio mucho placer —y no era, en absoluto, el menos ingenioso— fue un chamizo de verano con dos habitaciones, alzado sobre un poste, al que se accedía por una ancha escala de peldaños bajos. El techo se abría de modo que en los días muy calurosos se le podía poner dentro un bloque de hielo, y el agua que producía al deshelarse lentamente salía por un canalón. Pero yo amaba el sol. Aquello era un juguete que divertía absurdamente a los visitantes casuales y atraía a las moscas; yo me sentía ridícula allí subida, y se lo cedí con gusto a los carboneros, los estorninos y los gorriones para que se pelearan por él cuanto quisieran.

Mis muebles realmente útiles, de diseño Sheraton tradicional y sencillo, estaban colocados en mi dormitorio. En una mitad de la habitación dormía Pollie, que era un ser plácido, pero antes de casarse bastante corto de alcances, y que me llevaba unos seis años. La otra mitad era mía, y había sido adaptada a mis necesidades por un ebanista venido de Londres. Mi padre había hecho construir por fuera de la ventana un balconcillo de piedra, que fue cerrado con un enrejado fino para resguardarlo de

los vientos fríos. Con sus pocos arbolitos extremadamente enanos, en macetas verdes de Nankín espaciadas, y la vista que desde allí se dominaba, yo pasaba horas y horas de disfrute en aquel nido de águila; nunca me cansé de él en mi juventud, ni me cansaré aunque llegue a vivir cien años.

Si me detengo en estas tempranas reminiscencias es porque da una gran dicha poseerlas. Y ahora vamos al exterior.

Mi madre, ya fuera por vergüenza o porque pensara que la atención del vulgo sería mala para mí, me llevaba pocas veces lejos de casa. De cuando en cuando Pollie me bajaba al pueblo a tomar el té con su madre, y un par de veces me llevaron a la iglesia. Pero la última ocasión estuvo a punto de ser una catástrofe, y el experimento no se repitió. En lugar de eso, lo que hacíamos los domingos por la tarde era celebrar en casa un servicio breve, leyendo las lecturas mi padre, «como un profeta minero», según escribí yo a la señorita Fenne^[8]. Es lo cierto que excavaba en los textos hasta que las palabras centelleaban para mí como pedazos de carbón. Entre semana solía haber más gente en la casa, y en general yo vivía apartada. Creo que fue un error. Pero, afortunadamente, nuestra casa alta y sencilla se alzaba sobre un jardín delicioso, que por unos lados y otros descendía hacia huertos y bosques, con un césped bien cuajado, pocas flores «cultivadas» y amplios lagos de sombra. Si Kent es el jardín de Inglaterra, aquél era el jardín de Kent.

Se me prohibía estar sola en él. Pero a veces Pollie se cansaba de su responsabilidad (a lo cual yo la animaba), y, cuando ya no se nos veía desde las ventanas, se iba a platicar con el jardinero o con alguna amiga venida del pueblo, y me dejaba a mis anchas. A juzgar por las historias de niños que he leído o que me han contado, debía de estar yo adelantada para mis años. Pero quizá las andanzas mentales y sentimentales de una muchacha adolescente no sean de interés general. Seré breve. A todo lo largo del lado meridional del jardín corría un arroyo, al pie de un alto ribazo rocoso (la línea de demarcación) densamente poblado de fresnos y sauces, y de brezos y zarzas festoneadas de convólvulos, clemátides y amor de hortelano. En la orilla de acá de ese arroyo dejado a su ser natural me sentaba yo entre las piedras liquenosas y los guijarros, y oteaba las verdes copas de mi escondrijo como si buscase en ellas el Paraíso.

Cuando los rayos del sol caían demasiado ardientes sobre mi cabeza, me hacía una sombrilla de angélica silvestre o de chirivía acuática.

Como no era muy aficionada a los juguetes, y si llevaba conmigo mis libros más pequeños era más que nada como compañía silenciosa, me daba a soñar despierta, en un mundo que por mi soledad era sólo mío. En ese mundo fantástico y callado olvidaba la desventura de mi nacimiento, que entonces ya empezaba realmente a pesar sobre mí; olvidaba el orgullo, la vanidad y las penas, y estaba en paz. Allí tenía muchos amigos proporcionados, pocos enemigos. Una vieja corneja, que en medio de aquella belleza arrastraba una existencia negra, me alarmaba de vez en cuando con

sus atenciones, pero era fácil ahuyentarla. Los más pequeños de los seres vivientes parecían aceptarme como uno más. Tampoco (quizá porque nunca los maté) sentía yo ninguna repugnancia absurda hacia las orugas, los ciempiés ni los satinados limacos. Don Caracol se inclinaba hacia mí como una madre adoptiva. Hasta los mosquitos, que a mi padre le ponían frenético volando alrededor de su cabeza como vencejos alrededor de una torre, a mí me dejaban tranquila. O les parecía una presa demasiado seca, o no les gustaba el sabor de mi sangre.

Mis ojos se dejaban deslumbrar por los colores. La menor de las maravillas de flores y moscas y escarabajos y guijarros, y la claridad que los bañaba, me sumían en un éxtasis mudo y contenido que era casi insoportable. Las mariposas se instalaban tranquilamente a mi lado, sobre las piedras calientes, como si quisieran equiparar su indumentaria a la mía. Si yo les tendía la mano, desenroscaban sus lenguas delicadas con un temblor de alas y antenas, y lamían de ella las gotas de agua o de rocío. De tanto en tanto un saltamontes se me sentaba muy serio en la palma de la mano, y con paciencia llegué a hacerme muy amiga de un ratoncillo de los arrozales. Pesan lo que media moneda de medio penique. Aquella cosita peluda y nariguda venía escurriéndose velozmente para compartir las migas de mi pan, y se dormía hecho una rosca en mi regazo. Al cabo de un tiempo me figuro que debió de tomar esposa; no le volví a ver. Allí descansaban las abejas, cargadas de polen las alforjas de sus muslos, y de vez en cuando una avispa, con las mandíbulas llenas de madera o de carne. Cuando se acercaban cetonias u hormigas, parecía que hacían un alto al oír mi susurro, como para escuchar; como si desde su remoto silencio contemplasen y compartiesen el mundo conmigo. Puras fantasías infantiles, sin duda, porque con los humanos era yo mucho menos afortunada.

¿Pero cómo, se podría preguntar, habida cuenta de la estridente algarabía de pájaros y fragor de agua entre las piedras, cómo podían los delicados oídos de *mademoiselle* soportar ese estrépito? Quizá porque, al estar sueltos los pájaros en la vastedad del espacio, sus gritos iban a perderse en el vacío. Además, lo que me molesta son los sonidos bruscos más que los agudos. En cuanto al ruido del agua, era tan denso y límpido, y al mismo tiempo encerraba tantos repiqueteos y tamborileos infinitamente enmarañados, que su efecto era adormecerme en una especie de trance, hasta tal punto que cualquier extraño que me viera, allí sentada en mi piedra, me habría tomado por un insensible monigote de cera.

Lo que acaso fuera enteramente otra fantasía infantil era que, aparte de las plateadas moscas que pasaban raudas y las motas que cruzaban los rayos de sol con los colores del arco iris, cuando todo estaba tranquilo me parecía como que unas formas invisibles, aéreas y finas, se cernían en torno a mí. Casi todos mis congéneres tenían para mi joven nariz un olor mucho más denso que el de las flores en general, y me imagino que esa niebla, intensificada, sería insoportable para unos seres tan incorpóreos y sutiles; mientras que el volumen de aire que yo turbara e infectara con mi presencia tenía que ser bastante reducido.

Hadas nunca vi; ya sólo en los libros me inspiraban algo así como temor y desagrado. Ni tampoco —quizá porque en aquella parte el arroyo era demasiado turbulento y opaco— vi un martín pescador. Pero, con otras compañías o sin ellas, tenía las nubes y el agua, los insectos y las piedras, y los murajes, la cola de ratón, la tormentilla, la fresa silvestre, las plumosas hierbas parecían hechas expresamente para mi deleite. ¡Liliputiense egocéntrica que era!

CAPÍTULO III

No es que en una existencia tan pasiva no me cruzase nunca con enigmas. Una mañana, al pasar junto a un arbusto de artemisa cuya fragancia me envolvió de la cabeza a los pies, me tropecé con el cadáver de un topo joven. La curiosidad pudo más que la primera reacción de horror. Conteniendo la respiración, lo volteé despacio sobre el polvo con ayuda de un palito, y al ver, absorta, el blanco y palpitante nido de gusanos que tenía en la tripa sentí una peculiar iluminación. «¡Ajá!», clamó una voz dentro de mí; «así que es esto lo que nos espera; así son las cosas»; y retrayendo los labios sobre los dientes me agaché para examinar más de cerca el hediondo misterio. Fue una lección que ya no olvidé nunca.

Otra un tanto distinta tuvo otro efecto. Estaba yo un día sentada en el jardín, mirando a un arrendajo que a lo lejos se estiraba y se esponjaba y se atusaba las plumas sobre un trozo de valla desvencijado. De pronto sonó un chasquido seco. Al instante, con un chirrido burlón, el arrendajo había volado; y entonces vi a Adam Waggett escurriéndose hacia allá, doblado en dos. Le esperé al acecho. Venía como un ladrón, con un tirachinas en una mano y la otra cerrada. Y yo, ahuecando la voz, grité desde mi escondrijo: «Adam, ¿qué llevas ahí?».

Imagen más ridícula de la vergüenza no he visto nunca. Aun así le obligué a enseñar su botín, que era un chochín que llevaba aplastado en su manaza sucia, con los ojos cerrados, la cola temblorosa y el pico afilado como una aguja. La furia se alzó en mí como una llamarada. De lo que le dije no me acuerdo, pero no fue nada cariñoso; y Adam Waggett, amilanado, escapó hacia la casa de muy mal humor, dejando tras de sí su tirachinas y su víctima. Pero aquí la lección fue para él más que para mí, y tampoco se le olvidó.

Cuando en mis estados más serenos me llegaba la voz de Pollie llamándome furtivamente, volvía en mí y me producía un efecto muy extraño sentir otra vez aquella pequeña celda de cuerpo en la que estaba confinada. Entonces nos tomábamos el almuerzo, para mí unos trocitos de galleta, un par de cerezas o una rodaja de manzana, y para ella un pedazo de pan con tocino que venía a abultar, de largo y de grueso, la mitad que yo. Yo le volvía la espalda, porque no podía sufrir verla zampar, por el horror que le tenía a la carne guisada y lo delicada que era para la comida. Aun así, a veces era tragona, como todos los niños, y me llamaban la atención los alimentos desconocidos. A unas cuantas bayas de casis prohibidas que me empiné a arrancar de su acre arbusto, y que devoré con pellejo y todo, les debo la lección número 3. Pero ésta hubo que repetirla.

La niñez pasa como un soplo. Aquellos lejanos días felices, infelices, parecen meras vislumbres de una libélula pasando rauda y refulgente sobre el arroyo de mi jardín, aunque en su momento tal vez se asemejaran más a un continuo sueño partido en fragmentos de vivido despertar.

Según fui creciendo mis faldas se hicieron más largas, mi deseo de independencia más intenso, mi inteligencia más inquisidora. En mi decimoséptimo cumpleaños me peiné hacia arriba, y fui confirmada por un obispo que a ruegos de mi madrina vino a officiar a casa. Fue una ocasión solemne; pero mi madre anduvo muy preocupada con el almuerzo, y yo con las infladas mangas del obispo y las dos puntas chatas de dedos episcopales que me puso sobre la cabeza. La experiencia proyectó una luz apacible sobre mi espíritu y conmovió mi corazón, pero fue causa de que durante algún tiempo tuviera un poco demasiado presentes lo mismo mi virtud que mis pecados. Empecé a cavilar sobre el estado deplorable no sólo de mi alma, sino también de las de Pollie y la señora Ballard, y durante algún tiempo fui una señorita Fenne en pequeño. Me imagino que la inocencia debe de ser una dicha precaria. Por otra parte, si se tiene el espíritu como la tripa de un topo muerto, conviene, creo, examinarlo de cerca pero no con demasiada frecuencia, y repetir para uno mismo esa confirmación cada mañana y cada noche.

De pequeña yo había sido, ni que decir tiene, tan religiosa por naturaleza como un salvaje o un ángel. Pero ni siquiera entonces, me parece, pude persuadirme nunca de que el Paraíso fuera una mera Fennelandia.

Recuerdo que una vez, en mitad de la tabla de multiplicar, salí sin previo aviso con:

—Entonces, ¿el mundo lo hizo *Dios*, mamá?

—Sí, hija mía.

—¿Y todas las cosas de los bosques, y los pájaros del cielo, y..., y los topos, y esto? —De mi mano colgaba mi aritmética de color coral.

—Sí.

Yo medité un poco, perdiéndome entre las nubes como un Ariel en sus andanzas.

—¿Y con qué las hizo, mamá? —me interrumpió mi voz.

—Las hizo —dijo mi madre sin titubeo— con Su Poder y Su Amor.

Rápidamente me reintegré a su compañía.

—¿Y podemos nosotros, puedo yo, hacer cosas con mi poder y mi amor?

—Yo supongo, hija mía —repuso mi madre reflexivamente, quizá pensando en mi padre en su estudio, con su Papel y su Lúpulo—, que eso *es lo único* que realmente merece la pena en la vida.

—Entonces —dije yo sabiamente—, *sospecho* que es así como hace Mullings el jardín, mamá.

Mucho antes de la visita de la señorita Fenne y el obispo había empezado mi madre a educarme en serio. Una institutriz, la señorita Perry, fue nuestro primer experimento. Desdichadamente, dejando aparte la propensión de la señorita Perry a la amigdalitis, fui yo la que fallé. Se quejaba de que yo le ponía los nervios en tensión. Mi madre temió que la amigdalitis fuera contagiosa, y la señorita Perry no tuvo sucesora. La lectura fue siempre un problema. Mi padre me compró los libros antiguos de formato más pequeño que pudo encontrar, entre ellos una Biblia enana,

un Shakespeare de Pickering liliputiense y una gramática que tenía en el frontispicio una colección de animales, y en donde aprendí que «la ironía es una figura que pretende significar lo contrario de lo que dice, y bajo la máscara de la alabanza oculta la sátira más mordaz»; y también la estrofa siguiente:

*¡Salve, Energeia! Salve, lengua mía,
concisa y plena, grave y musical;
tú vences al pincel en la porfía,
las pasiones pintando al natural.*

Mi madre estaba de acuerdo en que era preferible *suave* a «grave», y explicaba que las pasiones eran otras cosas además del mal genio; y, cada vez que yo me ponía melindrosa con la comida, mi padre vociferaba: «¡Salve, Energeia!», y eso bastaba normalmente para hacerme comer a dos carrillos.

Mi abuelo me mandó de París otros libros pigmeos, entre ellos una diminuta obra maestra de la caligrafía, *Une Anthologie de Chansons pour une Minuscule Aimante et Bien-aimée par P. de R.* Estos los podía yo llevar fácilmente de un sitio a otro. Pronto acostumbré a mis brazos y hombros a cargar con otros volúmenes de mayor bulto y peso. Mi sistema habitual cuando el libro era de tamaño corriente era colocarlo apoyado en algo hacia la mitad de la mesa y sentarme yo en el borde. Acabada la página, me levantaba y daba unos pasos para volver la hoja. Era así como, en soledad, estudiaba las lecciones y leía y releía mis cuentos predilectos, algunos de los cuales, por lo que oigo, han pasado de moda inmerecidamente.

Tal vez todavía más que las obras de ficción o los cuentos populares me gustaban los libros de conocimientos.

Había dos de éstos en particular: *El Ojo Observador, o Lecciones para niños sobre las tres divisiones inferiores del mundo animal: radiados, articulados y moluscoideos*, y *La Infancia del Mundo*. Ya a los nueve años me llamaba la atención con qué facilidad pasaba el anónimo autor del primero de San Pablo al bogavante; y no me cansaba nunca de cavilar sobre el frontispicio de la obra del señor Clodd. Muestra éste a una niña cabeza, y aparentemente falta de una pierna, dormida, con su vestidito de volantes, al pie de un muro cubierto de hiedra. A guisa de almohada para ella y su muñeca de ojos muy abiertos hay en el suelo una calavera de tamaño natural, y en el término medio se ven los monolitos de Stonehenge. Más allá de esas piedras gigantescas, tras las lejanas montañas, se alza con puntiagudos rayos un Sol enorme.

Yo era esa niña; y mío su sol que ardía en el cielo, luminaria más obediente que ninguna lámpara de los hombres. Me preguntaba yo qué haría la niña cuando despertase de su sueño. La calavera, en particular, me aterraba y me fascinaba a la vez; parecía como si el secreto de la historia entera se encerrase en las sombras de su bóveda. No, yo no necesitaba que el señor Clodd me recordase que «los niños (y también algunas personas mayores) tienden a pensar que sólo las cosas grandes son

maravillosas, lo cual no es verdad».

Yo ya sabía, no sé de dónde, que «la celdilla de cera de la abeja es más curiosa que la tosca choza del chimpancé» (aunque me habría encantado ver lo segundo), y que «una hormiga es más maravillosa que el enorme y soso rinoceronte». Pero, porque así es la infancia, me daba pena que al pobre rinoceronte le llamasen soso. Ante cosas tan pequeñas como una nuez, una concha, una gota de lluvia dentro de un ranúnculo, una fronda de escarcha (porque en aquella época hubo inviernos muy fríos en Lyndsey), me pasaba horas y horas, bebiendo la lección de que los ojos solos, usados con paciencia, pueden decirle a su dueño mucho más acerca de un objeto que lo que meramente se ve.

Entre mis pocas estampas enmarcadas no me puedo resistir a hacer mención de una de un pintor llamado Bosch. Más abajo de su media altura estaban arrodillados y desnudos Adán y Eva, con unas exquisitas cabelleras rizadas sobre los hombros; y entre los dos estaba Dios. Todo por arriba y por abajo de ellos deambulaban las bestias, las aves, los insectos y los infinitesimales del Edén, entre ellos un mono rabudo subido a un elefante, un jerbo, un cocodrilo bailarín, y... ¡quién sino nuestra gata Miau, llevándose un ratón! Una muestra asombrosa, inagotable, de observación. Me era muy querido Mynheer Bosch.

Tonta de capirote podrá seguir siendo la señorita M., pero es verdad que en su niñez gozaba infinitamente con cualquier libro sencillo que hablara de las cosas creadas, grandes o pequeñas. Pero acerca de algunas prefería yo mis ideas particulares. Cuando mi padre, en las noches claras y sin luna, me aupaba a una ventana para ver las estrellas, la Osa Mayor y el Cochero, y me decía que eran enormes soles hirvientes que iban rugiendo por las vastas simas del espacio, yo prefería dejarlas en «estrellas» nada más. Y, aunque me gustaba mucho lavarme las manos en un chorrito de luz que había viajado innumerables años hasta llegar a esta tierra, la de una vela me llenaba también de admiración, y me llevé un auténtico disgusto cuando supe que la luna no era más que una pura mole, sin siquiera aire ni hielo ni lluvia ni nieve.

Cuánto más grato sería pensar que su lustre era el reflejo de nuestros cerezales, y que sus sombras no eran sino almiares, graneros y secaderos de Kent. Era también, quizá, falta de tacto de mi padre entretenerme con descripciones de las Vidas de los Pequeños escritas por autores de tamaño grande. Como escritores serán buenos, pero..., en fin, qué más da. En cuanto a las Vidas de los Grandes, no me era difícil ajustar el antejo de *monsieur Bon Papa* y reducirlas a escala.

Mi padre me enseñó también a nadar en su bañera circular; y en una visita a Canterbury me compró una *pony* de Shetland, ligera, pequeña y castaña, a la que pusimos por nombre Mopsa. Llegué a ser una amazona intrépida. Pero, aunque su raza sea sufrida, quizá yo era una carga demasiado ligera para satisfacer los ánimos de Mopsa. En un arranque de genio pasajero se rompió una pata. Yo llevaba una hora

tapándome los oídos cuando llegó el veterinario, pero aun así oí el disparo.

Las clases de mi madre no eran nunca fatigosas. Me enseñó pocas cosas, pero me las enseñó bien; hasta un poquito de latín. Yo no me cansaba nunca de escuchar el dulce sonido nasal, como de oboe, de sus poemas en francés, y me instiló tal gusto por las palabras que hasta el día de hoy sigo creyendo firmemente que las cosas son por lo menos el doble de buenas y de interesantes porque hay palabras para nombrarlas. Aparte de una especie de impaciencia apasionada frente a lo que no iba con mi carácter —la aritmética, por ejemplo, y el «análisis»— y ocasionales enfurruñamientos, que ella dejaba sedimentarse con tranquilidad, yo era una estudiante dispuesta, y a veces hasta ávida. Al parecer, desde la primera infancia mostré una firme resolución de equiparar mi inteligencia a la de las gentes de tamaño corriente y llegar a ser «mayor» algún día.

Hasta aquí mi educación, que es cosa que seguramente ha de prolongarse —y sobre todo en lo que hace referencia a la naturaleza humana— mientras viva. Con tan escasa compañía infantil, sin rivalidad, tendía a inflarme de orgullo y suficiencia. «Es fácil sujetar la aldaba cuando nadie tira de la cuerda». Pero, sea cual sea nuestro tamaño, de alma o de cuerpo, he descubierto que el mundo maneja un alfiler afilado, y es inmisericorde con las burbujas.

Aunque inclinada al ensueño o a la ociosidad cuando estaba sola, fui también, por supuesto, mi propia maestra. Mis alcances serían pocos, pero mis sentidos eran siete. Particularmente me gustaba observar el apiñamiento y reunión de las plantas, como familias, cada una de una forma, tamaño y color, cada una en su clase y sazón, aunque altas y bajas entremezcladas. De vez en cuando me topaba con una planta pequeña que había nacido sola, lustrosa y floreciente, libre y clara, y aún más hermosa por ser la única de su clase entre sus vecinas mayores. Yo preciaba esos descubrimientos, y si alguna estaba un poco achicada por su entorno la mimaba y le ayudaba a hacerse sitio. Qué extraño, pensaba, si los hombres considerasen de ese modo su respectiva inteligencia. Si de apiñarse de los tontos pasaran los listos a la mera tolerancia, y de la tolerancia al desprecio y a la aversión. ¡Qué pugna se desataría en seguida entre los tontos robustos y los listos enclenques, y qué depreisa se llegaría a que no quedasen tontos robustos en el mundo! Se extinguirían y desaparecerían en el Tiempo, como el mamut y el oso lanudo. Y entonces empezaba a sentir pena del oso lanudo y a desear poder ir a echarle un vistazo. Quizá esto sea colocar mi cabeza vieja sobre aquellos hombros jóvenes, pero, cuando hago un esfuerzo por recordar los pensamientos de aquellos lejanos días, ¡cómo se me asemejan al ruidoso, pródigo arroyo junto al cual fluían, y cuyo origen y destino me eran desconocidos!

Todo este egocentrismo me recuerda un comentario que hizo una vez la señora Ballard a propósito de una respuesta de marisabidilla de la señorita M., mientras, sentada ante el hintero, acacheteaba una pella de masa: «Sé yo de una señorita que ha estado hablando con el gallo que se subió a la parra».

CAPÍTULO IV

Mediado mi año decimoctavo la fortuna empezó a oscurecerse. Mi madre me había hablado poco acerca del mundo, sus azares y avatares, sus cuidados y tribulaciones. Lo que sobre esas cosas había aprendido yo procedía sobre todo de los libros y de mis propias cogitaciones. Recibíamos pocas visitas, y a mí, si no eran de íntimos, se me despachaba en seguida a otra parte. Mi madre era en ese aspecto muy sensible, por ella y por mí. Pero yo creo que en esto se equivocaba, porque, cuando me llegó la hora, la Vida me encontró sin curtir, y me aplicó el adobo a base de bien.

Mi padre tenía otras ideas. Era partidario de dar la cara a los hechos, aunque quizá los relativos a la fruta y al papel no fueran muy intimidantes. Pero raras eran las ocasiones en que se imponía a mi madre, salvo en aquello que tuviera que ver con su propia comodidad. Me quería con ternura, pero a lo largo de toda mi infancia parece haberme considerado como una especie de marioneta animada. Cuando salía de sus Papeleras y de sus *Pockets*^[9] le divertía encontrarme comisqueando una frambuesa junto a su plato. Entonces se rascaba la redonda cabeza de pelos tiesos y decía: «¿Qué, mamá, qué tal se ha portado Pitusita esta mañana?», o se agachaba y me pasaba el meñique izquierdo con mucho cuidadito por la nariz hasta la punta, y susurraba: «Y así hasta el fin del mundo, mi amor». De vez en cuando yo le sorprendía mirándome fijamente, como estupefacto de que yo fuera realmente hija suya.

Pero cuando vio que iba haciéndome una señorita y que me recogía el pelo, y que el futuro se acercaba ceñudo, este problema doméstico empezó a preocuparle seriamente. Mi madre palidecía ante la sola mención. Recuerdo que una mañana me había subido yo al escritorio de él, en busca de unas botas altas que me había quitado en su despacho la noche anterior. Habíamos salido a pescar espinosos. Oculta a la vista, mientras el viento gemía en la ventana, oí una pelea entre mi padre y mi madre a causa de mí que jamás repetiré a oídos humanos. Me entenebreció el ánimo para muchos días, y si...; pero mejor no.

Debió de ser por entonces cuando la preocupación por el dinero empezó a reconcomerle el cerebro a mi pobre padre. Y yo sé lo que es eso. Había recomendado a otros un experimento de cultivo de los árboles con que primero hicieron papel los chinos, y él mismo había especulado con ello, y no sólo había salido estafado de mala manera, sino puesto en ridículo en la prensa. El *Kentish Courier* —me parece estar viéndole con el color subido hasta las orejas— le había llamado «el ingenioso señor Tapa»; y la conmiseración de mi madre no le consoló gran cosa: «Pero, cariño, tú solo no habrías podido ir a Cantón. Hay que tener un poquito de humildad». El ingenioso señor Tapa palmeó la mano apoyada sobre su hombro, pero la sangre no se le bajó de las orejas.

—Además —añadió mi madre, con aliento largo y suspiroso, mientras se volvía a

sentar—, están los libros.

Él se arrancó las gafas y miró vagamente hacia ella:

—Ah, sí, sí, están los libros.

Tampoco aquel ataque le tuvo desanimado por mucho tiempo. Se enamoró de no sé qué idea de tratar químicamente los tutores para darles una duración infinita. Pero la prensa no se mostró más amable con sus tutores que con sus moreras.

Entonces acaeció la desdicha más grande de mi vida. Yo había estado enferma, y durante varios días había dormido en uno de los dormitorios de reserva, en una cuna al lado de mi madre, para tenerla cerca si la necesitaba. Aquella noche, sin embargo, había vuelto a mi habitación. No podemos ni alterar el pasado ni prever el futuro. Pero ¡si Pollie no hubiera tenido el sueño tan profundo; si yo no hubiera sufrido aquella indisposición trivial...! ¡Cómo se enreda la madeja de la vida! Era en el mes de mayo siguiente a mi decimoctavo aniversario, y había luna llena.

Agitada en su espíritu por mi enfermedad y otros problemas y mortificaciones, mi madre, quizá sin espabilar del todo, se levantó de madrugada y subió la escalera de piedra para echarme una ojeada. Yo estaba despierta, y oí el crujir de su camisón y la pisada leve de sus zapatillas según ascendía de piedra en piedra. Adiviné a qué venía, y se me ocurrió la necedad de hacerme la dormida y darle una «sorpresa». Corrí las cortinas, y me quedé quieta, boca arriba, como si estuviera muerta. Con los ojos cerrados y escuchando, esperé sonriente.

De pronto oí un grito contenido, ahogado; y todo quedó envuelto en total, gélido silencio. Descorrí de golpe las cortinas de seda y me tiré de la cama.

La luna tendía un delgado rayo sobre el suelo de mi habitación. Por aquel sendero luminoso corrí hasta la penumbra de la puerta abierta. En el rellano de la escalera, inmóvil y silenciosa, vi a mi pobre madre. Corrí atravesando la fría oscuridad, y me detuve junto a su cabeza, entre sus cabellos sueltos. No se movía; en sus mejillas no había color; tenía una mano tendida, vuelta la palma hacia arriba, sobre la piedra. Yo la llamé al oído, primero en voz baja y suplicante, luego a gritos. Corrí a estrujarle los dedos, y luego volví y me agaché para pegar el oído a sus labios. Exhalaba un suspiro trémulo. Llamé a voces, pero mis gritos se perdían en la vastedad de la casa dormida. Entonces, en el silencio, sus párpados se abrieron suavemente, y sus ojos, como extasiados en un sueño remoto, me miraron. «Hija mía», murmuró, mientras la conciencia crecía débilmente en su mirada, «hija mía, ¿eres tú?». Su voz tenía un acento que yo no había oído hasta entonces. Quizá sus ojos en trance me magnificaron. Luego los párpados volvieron a cerrarse y me quedé sola. Me postré de rodillas a su lado, y, acurrucada, me puse a rezar junto a su oído insensible.

Era mi primer encuentro con la calamidad, y, físicamente incapaz de ayudarla, por un momento no se me ocurrió otra cosa que convencerla de que me volviera a hablar. Después recuperé la cordura. Bajar aquellos escalones —por los que hasta entonces siempre me habían llevado en brazos— sería perder un tiempo precioso. No parecía haber más que una alternativa: despertar a Pollie. Volví corriendo a mi dormitorio y

me puse a tirar violentamente de la ropa de su cama. Igual habría podido un ratón hacer sonar el *Great Paul*^[10]; siguió resollando con la boca abierta, patas arriba, como un tronco. Entonces tuve una idea.

Había debajo de mi cama un cofre chapeado de latón, de quince o más pulgadas de largo, aunque no muy alto, en el que mi abuelo me había enviado recientemente desde París unos vestidos y adornos. Con ciertas dificultades tiré de él y lo arrastré por toda la habitación hasta la escalera. Mis fuerzas parecían sobrehumanas. Volé un instante hasta mi madre, pero ahora sí que yacía en un sueño profundo, con las mejillas como el mármol. Con un último esfuerzo empujé mi cofre de canto entre los balaústres, y, no sin riesgo de caerme tras él, de un empujón lo arrojé a la plateada penumbra de abajo. Cayó rebotando de tramo en tramo, con un estrépito metálico que reverberó en toda la casa. Luego, silencio. Sujetándome a la balaustrada con las dos manos, me asomé a escuchar. Entonces sonó una voz soñolienta que decía: «¡Eh!», y que luego llamaba: «¡Caroline!», y un momento después distinguí la figura de mi padre que subía por la escalera...

Estuve semanas gravemente enferma. El frío, la angustia, el horror de aquella noche habían caído sobre un organismo ya debilitado. La vida no era más que un mal sueño, un mundo de sombras y fantasmas terroríficos. Pero nuestro viejo amigo el doctor Grose conocía bien mi constitución, y al cabo empecé a arreglarme. Pollie, llena de remordimientos, me velaba de noche y de día, dedicando a mi pequeña cabecera todas las horas que podía robar a una casa maltrecha y desordenada. Nunca se me dijo a las claras que mi madre había muerto. Yo, en mi debilidad extremada, lo notaba en el aire que me rodeaba, en cada sonido y movimiento secretos de la casa.

Mañana y tarde aparecía la cara ancha de mi padre en el umbral, con las cejas muy por arriba de las gafas. Viendo su sufrimiento casi me daban ganas de morirme para evitarle más. Cuando el doctor Grose le dio permiso, se sentó al lado de mi cama, y agachándose mucho me dijo que mi madre había recordado nuestras últimas palabras juntas en la escalera, y me dio su último mensaje. Mil y una remembranzas de su paciencia y su impulsividad, de nuestras largas horas de soledad juntas, de sus arranques de vida nueva como si fuera un árbol que florece en Primavera, de su voz, su silencio digno con la señorita Fenne, sus bromas con mi abuelo, sus meditaciones ensimismadas, todo vuelve a mí.

¡Ay!, que nunca estuviera a mi alcance, salvo quizá en aquel último momento, ser para ella un verdadero apoyo y compañía, nada mejor, en definitiva, que una compañera de juegos conocida y trágica. Peor, muchísimo peor: ¡qué poco hice por ella de lo que podía haber hecho!

Mas no me lleve el pesar a los extremos. Esa no es toda la verdad. Había ocasiones, creo, en que casi se le olvidaban mis incapacidades, en que éramos dos espíritus iguales y serenos en el mundo y conversábamos con gravedad y sencillez, no como niñas sino como un par de mujeres. Son ésas las que atesoro con más

devoción, aunque por todas le esté agradecida. ¡Como que, en el tiovivo del tiempo, si mis autoridades no me engañan, y mi vida hubiera transcurrido de otro modo, ahora el problema podría estar invertido! Yo podría haber tenido hijos de tamaño natural, y ellos una madre pigmea. Lo extraño que es el mundo.

En la apatía de la convalecencia mis aficiones empezaron a renovarse. A través del abismo que nos separaba, aún podía comulgar con el espíritu callado de mi madre. Su paz, y la paz de su perdón, comenzaron a descender sobre mí; y ahora su tumba, en mi imaginación, no me produce mayor dolor que la anticipación de la mía propia. Desde la logia de mi ventana dominaba todo un distrito de Kent. Allá arriba, desde lo alto del monte, se decía que en los días despejados una persona de buena vista alcanzaba a discernir el mar por el norte y por el sur; aunque, según el doctor Grose, no era más que presunción de los lugareños. Ahora que ya no estaba mi madre las nubes eran más extrañas, los pájaros más dulcemente melancólicos, las flores más efímeras. Algo de la juventud se había ido para no volver.

La mitad de mis pensamientos se consumían en dolerme inútilmente de mis incapacidades. Sin embargo, en parte era un desvalimiento que se me imponía desde fuera. Mucho menos podía ahora mi padre tomarme en serio. Compartíamos nuestras comidas silenciosas. Él estaba siempre abatido, y se pasaba la mano sobre el pelo canoso, o miraba a la ventana por encima de las gafas, silbando bajito una melodía monótona e interminable que le perseguía durante días y días, y que a mí me sacaba de quicio. De tanto en tanto me concedía un discurso serio, y luego a veces, lanzándome una mirada rápida, se escabullía a su despacho antes de que yo le pudiese contestar. Supe que a sus disertaciones semiconclusas sobre el Lúpulo, el Cerezo y el Papel había añadido otra sobre la Ostra. Muchas de sus cartas llegaban ahora con matasellos de Whitstable. Llegó a poner un anuncio en su viejo enemigo el *Courier*, pidiendo información; y se deshacía en furiosos vituperios ante la necedad de sus corresponsales. Entretanto, su apetito aumentaba; cabeceaba en su sillón; cada día tenía la ropa más raída; descuidaba su aspecto. El pobrecillo echaba de menos a mi madre.

Pero yo luché por ocupar su lugar. Todas las mañanas Pollie me llevaba en brazos a la cocina para tratar con la señora Ballard los asuntos domésticos del día. La señora Ballard se tapaba la boca con una mano gruesa y enharinada, y asentía muy seria a mis instrucciones; pero yo sabía que disimulaba su regocijo. «¡Ay, qué hombres éstos!», exclamó una vez ante un nuevo capricho del «señor»; «no están contentos si no se meten en todo». Yo le hice, de mi puño y letra, una lista de los platos favoritos de mi padre. Me quité el luto y volví a ponerme colores alegres, para no estar siempre recordándole el pasado. Pero el día en que, luego de mucho pensarlo, hice acopio de valor para proponerle ser su ama de llaves, nunca se me olvidará la expresión que rápidamente se borró de la cara con la mano.

Sacó del bolsillo del pantalón un gran manojito de llaves, y casi ferozmente se estuvo un minuto entero sacudiéndolas en el aire delante de mí, con lágrimas de risa

en los ojos. Acto seguido se bebió los últimos tragos de la copa de oporto y se marchó. Un momento después debió de percatarse de qué golpe tan cruel había asestado a mi vanidad y mi amor. Volvió, se sentó pesadamente en su sillón y me miró. Luego, extendiendo la mano, hundió la cara en un brazo. Una horrible quietud se extendió por la habitación. Por primera vez yo miré con una especie de terror los dedos peludos y la cabeza encanecida, y no me pude mover.

Qué extrañamente se repite el azar. Abrióse la puerta, y una vez más, sin anunciar, tuvimos allí a la señorita Fenne. Mi padre se apresuró a levantarse para recibirla, aparentando que todo era normal. Pero yo, cuando ella me tendió una garra para que se la besara, no hice más que mirarla fijamente. Ella frunció la cara a modo de sonrisa; refunfuñó que otra vez estaba pálida y desmejorada, y, esforzándose por desviar sus ojos de los míos, explicó que había venido para tratar un asunto con mi padre.

Pocos días después, estaba yo a la ventana del cuartito de costura de mi madre, que siempre había sido uno de mis refugios preferidos, porque el sol de la tarde y los colores del anochecer entraban hasta el rincón; y vi venir por el camino a una mujer pequeña con andares de pato y un gran sombrero negro. La seguía un muchacho que traía un baúl cuadrado en una carretilla de dos ruedas. Era la señora Sheppey, que venía a hacer de ama de llaves para el viudo y su hija.

La señora Sheppey resultó ser una mujer agobiada y enredosa, y cayó en una casa agobiada. Los asuntos de mi padre habían ido de mal en peor. Estaba triste y reconcentrado. A veces brillaba en sus ojos una mirada atormentada, y su nariz, bajo las gafas, parecía más pequeña cuanto más seria era la cara de alrededor. Ya se pasaba la mayor parte del día en bata, había reñido con el doctor Grose y despedido a la señora Ballard. La casa estaba sucia y desatendida. Pollie vagabundeaba con una escoba, o se dedicaba a mirar por la ventana. Estaba enamorada. O, al menos, eso entiendo yo ahora. Entonces me parecía sencillamente una zopenca.

Sólo una vez, que yo recuerde, visitó la señora Sheppey mi habitación. Yo estaba arrodillada en el balcón, y desde allí podía verla sin ser vista. La señora Sheppey, con su forma de tonel, un moñete de pelo mugriento en lo alto de la cabeza y las faldas arremangadas sobre las botas, examinó pasivamente mi cama, mi armario y el resto de mis pertenencias. Concluido el escrutinio, elevó las manos y los ojos como clamando al cielo, dio media vuelta sobre sus botas de paño y volvió a salir anadeando. Pollie, la pobre, me dijo que sus hijos habían sido espinas clavadas en su corazón. Yo cavilé sobre eso. ¿No había sido yo misma, aunque involuntariamente, una espina clavada en el corazón de *mi* madre? Despreciaba a la señora Sheppey, y a la vez me daba lástima de ella.

Ella, si acaso, me temía, y temía mi lengua, y me llamaba «señorita» con aire encogido y rastrero. Pero afortunadamente puedo decir que jamás intentó tocarme ni alzarme del suelo. Su recuerdo está inextricablemente unido a un budín redondo de color marrón, con una salsa viscosa de melaza, que enviaba a la mesa todos los

martes, jueves y sábados. Mi padre lo miraba con la nariz más que con los ojos; y, el día en que hizo quizá su quincuagésima aparición, llamó a la señora Sheppey con un violento campanillazo. Ella asomó la cabeza por la puerta. «Lléveselo», dijo mi padre, «lléveselo. Cómaselo. Devórelo. Apártelo de la vista de Dios, buena mujer. No masculle. ¡Lléveselo!».

Su tono bastó para darme a mí un susto de muerte, y para sacar de la casa a la señora Sheppey. Luego vino el final. A comienzos del mes de agosto de mi vigésimo año, mi padre, que cada día estaba más raro de aspecto y de costumbres, aunque se negaba en rotundo a llamar a su viejo amigo el doctor Grose, apareció muerto en la cama. Era como un niño que no consigue nunca darse gusto a sí mismo ni a sus maestros. Se había ido a la cama y había cerrado los ojos para no volverlos a abrir en este mundo.

CAPÍTULO V

¡Lamento haberme negado, estando casi fuera de mí por aquella nueva aflicción, y aturdida y asustada por el incesante ir y venir de extraños en la casa, a que me llevaran abajo para decir adiós a aquel rostro que no podía contestarme? No, no tengo remordimientos por ese motivo. Cuanto más vieja soy, mejor creo entenderle. Si los fantasmas de la memoria poseen alguna realidad —y es más sabio, me parece, recordar la cara de los vivos que la pétreo paz de los muertos—, él no se ha olvidado de su única hija.

Criatura inconsecuente era yo, y siempre lo seré; tan pronto inflada de arrogancia por mis diferencias con la grosera humanidad de talla corriente, tan pronto estúpidamente sensible a los sinsabores que tengo que sufrir en razón de esas mismas diferencias. A veces he sentido la tentación de culpar de mis deficiencias a mis padres. Qué necedad perversa: ellos no eligieron a su única hija. Al fin y al cabo, también los congéneres de cualquier tamaño parecen muy semejantes. Es raro que no tengan *nada* de que quejarse a la Providencia: la longitud de su nariz o el tamaño de sus pies, sus huesos o su corpulencia, las flaquezas de su mente o de su cuerpo, los «accidentes» de su nacimiento, educación, posición o circunstancia. Y, sin embargo, cuán arraigada, y quizá saludable, es la satisfacción del Hombre en sí mismo. ¿Con qué ideal se compara, sino con una abstracción autoperfeccionada de su propia imagen? Hasta su Venus y su Apolo son meros reflejos lisonjeros de sus formas de hombre o de mujer. ¿Y qué decir de su alma antropomórfica?

En cuanto a mí, puede ser que la señora Naturaleza se encapriche un día con el enano. «Qué bonito juego sería»; se me ha olvidado por completo dónde tropecé con este divertido pasaje: «Qué bonito juego sería si, a partir de la siguiente generación, los únicos seres humanos nacidos en el mundo fueran de estatura pigmea. De aquí a cincuenta años quedarían pocos de tamaño normal sobre la tierra. Imagínese a esos pocos, ya viejos, dando tristes zancadas por las calles empequeñecidas, buscándose un sustento escaso en la ciudad o en el campo, donde sus botas serían un peligro público, sus pisadas echarían a repicar las campanas de los campanarios, y sus apetitos serían un íncubo nacional. Casa, tienda, iglesia, carretera, muebles, vehículos, abandonados o reducidos a tamaño pigmeo; guerras y ceremonias, ambiciones y empresas, todo menos las plegarias, menguado a ruines proporciones. ¿Sería el bisabuelo venerado, querido, admirado, huésped bienvenido, emigrante lamentado? ¿Habría tantos acompañantes del duelo como sepultureros en su entierro, tantas coronas como felicitaciones en su tumba?». Etcétera, etcétera..., como Jonathan Swift.

Pero debo ser prudente. En parte por cansancio y en parte porque no me gustaba la versión de la señorita M. que me miraba desde su cuadro, yo había empezado, recuerdo, a ponerme un poco irritable cuando el señor Wagginhorne me estaba

retratando. Y me quejé con petulancia de que, a mi juicio, había demasiadas azaleas en el tiesto.

—Ah, señorita Melindres —dijo él—, le aconsejo que se ande con cuidado. Hubo una vez un Diógenes a quien los dioses encerraron en un tonel y le hicieron alimentarse de su bilis. Se murió... Se murió —repitió, pasando lentamente el pincel sobre el lienzo— de dispepsia.

Y se volvió hacia mí: «Medita sobre eso».

Ahora puedo meditar sobre eso con mayor provecho, y, si hay una cosa en el mundo cuya compañía deploraré en mi ataúd, es un Cínico. Por eso me estoy dando toda la prisa que puedo en anotar mis experiencias en blanco y negro antes de que predomine el negro.

Pero debo volver a mi relato. Mi pobre padre había dejado sus asuntos en el mayor de los desórdenes. Los que acudieron al duelo fueron sobre todo sus acreedores. Aparte de ellos, creo que al entierro asistieron un par de viejos amigos del campo y parientes lejanos, pero ni uno solo de ellos podía sentir un interés profundo por el Lúpulo, la Ostra ni el Cerezo, por lo menos en abstracto. El doctor Grose, debido a su mala salud, había abandonado el ejercicio de su profesión y se había ido al extranjero. Pero, aunque seguramente habría quienes preguntasen por el pequeño ser que había quedado solo, yo me encerré tercamente en mi habitación de debajo del tejado, escuchando con febril aprensión todos los siniestros movimientos que se producían abajo en la casa.

Sin embargo, si el amigo en la adversidad es amigo de verdad, entonces he de confesar que mi manera de tratar a la señorita Fenne fue el colmo de la ingratitud. En mi dolor y mi desolación, el futuro me parecía tan sólo un velo más allá del presente inmediato, que no tenía ni ganas ni fuerzas para descorrer. La señorita Fenne no sufría el mismo engaño. Yo le rogué a Pollie que adujera cualquier excusa para impedir que me viera. Pero al cabo se abrió paso hasta mi cuarto, y, sin duda, las noticias y el consejo que me llevó eran el mejor tónico que se me podía haber recetado.

De niña yo había asociado siempre a mi madrina con el cocodrilo (aunque no con la idea encantadora que se hacía de él el señor Bosch en su cuadro de la Creación). Sin embargo, no había lágrimas en sus ojos apagados cuando me explicó que de la modesta fortuna de mi padre no quedaban ni las rasas. En pocos días se había de subastar la casa con todo lo que contenía, salvo mis propios mueblecillos. Yo debía tener mi puerta cerrada a todo intruso. Lo único que me quedaría sería una pequeña renta anual de unas 110 libras, procedente de un dinero que me había legado un pariente de mi madre al que yo no había visto jamás.

—Tu padre no debía de saber nada de ese dinero —concluyó—, o al menos eso deduzco de las palabras de tu querida *madre*. Pero ¡en fin!, todo es muy triste, muy triste. Y aquel escándalo de la tapa fue un asunto lamentable.

Preparado así el camino, mi madrina propuso que yo me fuera a residir a su casa y

confiase mi futuro enteramente a su cuidado.

—Tú no puedes ser costosa —explicó—, y estoy segura de que intentarás ser agradecida. Un padrino realmente *responsable*, hija mía querida, no puede abandonar *jamás* al alma encomendada a su tutela. Yo a veces me pregunto si tu pobrecita madre se daba cuenta de esto.

Pero fue mi alma, si el alma es hermana del espíritu y puede ser vecina del orgullo, lo que se rebeló contra su propuesta. Tuve que cerrar los ojos con sólo recordar el rancio y relamido saloncito de la señorita Fenne. Cada insinuación, cada respingo de su cabeza temblorosa, cada zarpazo de sus dedos enjorjados no hacían sino endurecer mi corazón. Pobre señorita Fenne. Su resentimiento ante mi negativa pareció agravar su miopía. Yo, mirándola desde el balcón, jugaba con ventaja: la tenía sentada frente a mí en una silla a plena luz, ataviada con su indumentaria de anciana, como una especie de Alpe humano entre mis pertenencias pigmeas. Intenté ser amable, pero lo único que logré fue aumentar su irritación. Un coscorrón bien dado con la bola de marfil que remataba su paraguas habría sido mi *coup de grâce*. Me miraba de hito en hito, pero no llegó a administrarlo.

Por fin plegó los labios y se quedó callada. Entonces, como puede suceder en tales momentos, su mal humor y su disgusto, hasta su sentido de la dignidad, se apagaron, y durante unos minutos de silencio fuimos sencillamente dos seres humanos desaparejos, impotentes bajo el peso de las circunstancias. Ella compuso la boca, se ajustó el barbuquejo del sombrero, dirigió por un instante a la ventana sus ojos viejos y cegatos, y una vez más me miró.

—Será, entonces, lo que Dios quiera —dijo con voz temblorosa—. Que el espíritu de tu pobrecita madre decida entre nosotras. Podemos tener la confianza de que ella está en un mundo mejor.

Por un instante mi resolución pareció huir como agua que corre, y a punto estuve de rendirme. Pero cerca graznó una graja, y me mordí los labios. Poco más se dijo, salvo que ella consideraría su deber encontrarme una casa cómoda y piadosa. Pero me previno del futuro, me advirtió que el mundo era una red de tentaciones, y me aseguró que me tendría presente en sus oraciones. Con eso nos despedimos. Yo le di salida de mis dominios con una reverencia. Fue la última vez que nos vimos. Dos días después recibí la carta que me había prometido:

«Mi querida ahijada: El señor Ambrose Pellew, un buen amigo mío *sacerdote*, en cuya discreción y conocimiento del mundo confío plenamente, ha hablado de ti a una señora casada y respetable que estuvo a su servicio, y que ahora reside a pocas millas de Londres, la señora Bowater. Por un estipendio de treinta chelines semanales, la señora B. ha accedido a darte manutención, alojamiento y una atención *razonable*. Consideradas todas las circunstancias, me parece una suma moderada. El señor Pellew me asegura que la señora B. es limpia, honrada y cristiana *practicante*. Cuando haya terminado esta horrible Subasta, he dispuesto que Pollie te acompañe hasta lo que en el futuro será tu *hogar*. Espero que allí seas tan feliz como la Providencia lo permita, aunque no me cabe duda de que tu pobrecita madre, y tu pobre padre también, por qué no decirlo, habrían preferido otra cosa: que el techo de su vieja amiga, que estuvo presente en tu Bautismo e *insistió* en que recibieras la

Confirmación, fuera tu refugio y asilo ahora que estás absolutamente sola en el mundo.

»Pero tú has rechazado esa propuesta, y has *elegido tu propio camino*. Yo no soy tu tutora legal, y estoy en exceso *dolida* para volver a aludir a tu obstinación e ingratitud. Ten la seguridad de que a pesar de todo te recordaré en mis oraciones, y de que confío, D. V., que escapes a las tentaciones de este mundo perverso; un mundo en el que Dios ha querido, a despecho de amigos abnegados y solícitos, colocarte en tan lamentable desventaja. Pero ante Su Vista todos los hombres son iguales. Sea ésa tu constante consolación. Lee Amos 7, 2; Prov. 31, 24-28; Ecles. 12, 1.

»Un abrazo de tu madrina que te quiere,

»Emma E. Fenne

»P.D.: Reabro esta carta para explicarte que tus asuntos *financieros* están en manos de los señores Harris, Harris y Harris, respetables abogados de Gray's Inn. Ellos te remitirán trimestralmente, en las fechas de Navidad, la Anunciación, 25 de junio y 29 de septiembre, la suma de 28 libras, 10 chelines y cero peniques. De esa cantidad abonarás *inmediatamente* 19 libras y 10 chelines a la señora Bowater, quien no dudo que te aconsejará sobre la aplicación de lo restante a artículos de vestir, cultivo personal, misiones, caridad, etcétera. Es para mí un *dolor* que por el naufragio de los asuntos de tu padre no puedas contar con ninguna otra ayuda. Todo su dinero y propiedades se los tragará la terrible tormenta que se ha desatado sobre lo que *confiemos* que sea para él un lugar de sereno descanso. R. I. P. —E. F.»

Tan desgarrada y descoyuntada era la caligrafía de mi madrina, que acabé descifrando su carta con una lente de reducción, aunque más por triste pasatiempo que por necesidad. No es que esa disminución de su letra aminorase para mí en ningún sentido el efecto de los sentimientos que transmitía, y que a la vez me asustaron y me infundieron valor. Durante un rato vacilé, y al cabo *concluí* en mi corazón que Dios podría ser más benigno conmigo de lo que deseaba la señorita Fenne. Tanto me vigorizó, en efecto, el anuncio del «mundo perverso», que casi la llamé cocodrilo en su cara fantasmal. ¿No podía yo también «tener buena intención», no la tenía de hecho? ¡Qué imágenes y perspectivas del futuro, de mi viaje, de la señora Bowater y de la «red» se atropellaron en mi cerebro! ¡Y qué negrura me oprimió desde el momento en que una voz empezó a repetirme en la cabeza: *Harris y Harris y Harris*, como si fuera el estribillo de una de las *chansons* de mi abuelo! Los señores *Harris y Harris y Harris*: los veía a los tres (morenos, con patillas), pero confiaba hondamente en que ellos no vinieran nunca a verme *a mí*.

Desde aquel día hasta hoy, a través de todas mis mareantes «subidas» y aleccionadoras «bajadas», ni por un momento me he arrepentido de mi decisión, aunque sí podría haberla comunicado con un poco más de delicadeza. Mi cuerpo, acaso también mi alma, habría estado más seguro en el aislamiento de la casa de mi madrina. Pero ¿y mi espíritu? Yo creo que allí se habría debatido hasta morir como una avispa en el cristal. Mientras que..., en fin, aquí estoy.

CAPÍTULO VI

Aquellos últimos días de agosto, días de calor abrasador y sin viento, transcurrieron despacio. A mí, sin embargo, ese tiempo me era grato. En alguna rama alta de mi árbol genealógico debió de florecer la salamandra. Como que hasta pienso que habría preferido ser habitante de Venus que de este planeta más frío y más oscuro. Me sentaba en mi balcón al calor del sol, y mis pensamientos volaban raudos de acá para allá, como vuelan las moscas bajo el techo: esos extraños seres alados que con sus quiebros parecen estar siempre queriendo dibujar el estelar «Cuadrado de Pegaso». A pesar de mis tribulaciones y presagios, y pasajeros ataques de pánico, mi mente interior estaba tranquila. Empaqueté cuidadosamente mis pocas posesiones de valor. La sola idea de comer me daba náuseas, pero resolví que a eso tenía que sobreponerme, porque hacerse esclavo del estómago, sea por uno o por el otro extremo, es un disparate.

Los ruidos y patadas de los hombres en las habitaciones de abajo eran incesantes, hasta que con la Noche se hacía el silencio. La Subasta duró dos días. Incluso a mi dormitorio cerrado llegaba un aire viciado y turbio de los seres humanos (con su polvo y tabaco y perfumes y presencias naturales) congregados en el calor del gran comedor. Un runrún, un murmullo, arrastrar de pies luchando con algún armatoste pesado, los gritos del subastador, las voces gruesas y las risas, el tintinear de vasos: horas que parecían no tener fin, y en cada uno de cuyos minutos se sellaba el destino de un objeto querido y próximo. Me alegré de que mi padre no oyera las pujas, y lamenté que quizá no supiera que la más valiosa de sus curiosidades —hasta más tarde no sabría *yo cuánto*— estaba oculta y a salvo en una habitación del piso alto. Así pasó mi cumpleaños, el vigésimo; sin una palmadita en el hombro y un: «¡Ah, hija mía, tú espera hasta la próxima!».

Aun así pensé mucho en cumpleaños aquella tarde, y me preguntaba cómo podremos ser capaces los seres humanos de seguir viviendo entre dos misterios tan grandes como son el comienzo y el fin de la vida. ¿Dónde estaba mi madre? ¿Dónde estaba yo tan sólo veintidós años atrás? ¿Qué era todo aquello del «Pasado», de la «Historia», de lo que tanto había oído hablar y tan poco sabía? ¿Un cuento nada más? Mejores cerebros que el mío se han devanado en torno a esas preguntas, y quizá si yo hubiera estudiado a los filósofos conocería las respuestas. Al anochecer, envuelta en un chal, Pollie me llevaba abajo, y dábamos un serio y susurrante paseo entre el silencio y los aromas del jardín desierto. Sonoras repicaban las lenguas del agua sobre las piedras. Las mariposas nocturnas volaban a sus citas, y en algún oscuro recoveco el grillo interpretaba un solo para mí. Desde allá arriba, en la noche estrellada, el caserón me miraba como un hermano mayor, mudo pero compasivo.

Estaba previsto que al segundo día después de la terminación de la Subasta los carros y carretas de los transportistas habrían destripado las habitaciones y

desaparecido. Se dispuso, pues, que Pollie compartiera como siempre mi dormitorio la última noche, y al día siguiente emprenderíamos nuestro viaje. Después del almuerzo —el sabor de aquella nectarina en rajadas (¿o de otra que hubo más tarde?), lo tengo en la lengua en este momento—, ya con el resto de la casa hueco y vacío, Pollie se puso el sombrero, se echó al bolsillo la voluminosa llave de la puerta, y se fue al pueblo a visitar a su madre y traerse un camisón limpio. Prometió volver antes de que anocheciera. Sus zapatos taconearon en los escalones de piedra, la puerta de la calle retumbó como un cañón. Yo extendí las manos en el aire, y, como si mi cama de dosel pudiera dar testimonio, exclamé en voz baja: «Estoy sola». Maravilla de las maravillas, aún hoy según estoy aquí mirando al tintero, ahí en su esquina de siempre está la misma vieja cama. Pollie vive en el pueblo con su marido y sus dos niños; y una vez más: estoy sola. ¿Hay algo en la vida tan fascinante, tan asombroso, como estas pequeñas repeticiones tan raras y tan comunes? Quizá en el Último Día...; pero no nos adelantemos.

Leí un poco; escribí en la hoja de guarda de mi Johnson diminuto: «1 de septiembre, Lyndsey por última vez. —M».; coloqué sobre una silla la ropa para el día siguiente, y luego me senté en la terraza a no hacer nada, a no ser nada, simplemente a soñar. Pero la Naturaleza dispuso otra cosa. Poco después de que dieran las seis en el reloj de mi abuelo —dio la hora desde su caja como desde un sepulcro—, una tormenta que llevaba toda la tarde acumulando sus plomizos vapores en el espacio empezó a romper. Chizzel Hill, con su túmulo prehistórico, quedó reducido a un montículo verde bajo aquellas alturas nubosas descendentes, que en medio aprisionaban un azul tan plácido y hermoso. El aire mismo pareció espesarse, y cada árbol se recortaba como esculpido en metal. De improviso rugió un ventarrón alrededor de la casa, con pesados goterones de lluvia, alzando una nube de polvo y de hojas verdes arrancadas de los desaliñados árboles del estío. Hubo un silencio. La oscuridad se intensificó, y en seguida un vasto relámpago me puso ante los ojos diríase que todo Kent, y el aire se llenó de agua.

Una ojeada al oscuro vacío de la habitación que tenía a mis espaldas me persuadió a quedarme donde estaba, aunque la lluvia me fue empujando poco a poco hasta la esquina de la terraza. Fría, y un poco asustada por el estruendo y los fognazos, pero no a disgusto, me acurruqué contra el cristal, y, protegiéndome los ojos como podía de las llamaradas de los relámpagos, contemplé la tormenta. No sabría decir cuánto tiempo permanecí allí sentada. El clamor adormeció y embotó mi cerebro en una especie de trance. Mi única compañía era un mirlo que había volado o había sido arrastrado a mi refugio, y desde las frondas, con las plumas chorreando, me miraba con sus ojos negros. Ya oscurecía cuando la lluvia y los relámpagos empezaron a amainar, y el torvo trueno se fue perdiendo a lo lejos, retumbando en los horizontes más remotos. Por fin, castañeteando los dientes y calada de frío hasta los huesos, volví a entrar en la habitación, y el mirlo rezagado se fue graznando a su nido.

Me quité la bata y los zapatos, me arrebujé entre las mantas y la colcha de la cama, y me senté a pensar qué más había que hacer. Pronto sería de noche, y no parecía probable que Pollie se presentase hasta que hubiera pasado todo aquel torbellino. No sólo me encontraba sola, sino olvidada e infinitamente solitaria, una mera mota viva y sentiente en el sereno mar de luz que una y otra vez bañaba hasta los más sombríos rincones de la habitación. Y la propia habitación de siempre se me aparecía casi tan fría e inhóspita como una iglesia abandonada. Abajo, la casa entenebrecida y vacía respondía con ecos y murmullos a cada reverberación prolongada del trueno, y suspiraba por todas sus rendijas y cerraduras. Las colgaduras de mi cama se movían débilmente. Había perdido sin remedio a mi padre y a mi madre; y entonces me di cuenta de cuán irrevocablemente. Ya no era una niña; y las responsabilidades de la vida cargaban enteras sobre mis hombros.

Pero no estaba totalmente desamparada. La gran vista me confortaba, y de vez en cuando rezaba, casi sin pensar y sin palabras, como se repite una canciñcilla en la cabeza. La oscuridad envolvía ya el jardín, y por el este despuntaba la luna. Además, a mis ojos se ofrecía un espectáculo curioso; pues, al amainar la tormenta, todavía de tanto en tanto pasaba sobre la casa un chaparrón viajero; y cuando, entre las masas cerradas de nubes, el relámpago lejano emitía un débil claror de color lila vaporoso, yo veía inmóviles en el aire, como suspendidas en su caída entre la tierra y el cielo, las multitudinarias gotas de agua, piriformes, claras como el cristal. El ver aquellas joyas cristalizadas en el aire oscuro me extasiaba de tal modo que llegué a palmotear. Y en seguida apareció la propia luna, como para hacerme compañía. Serena, remota, salió por fin de detrás de un promontorio de nube enorme a la bóveda del espacio débilmente estrellada, pareció detenerse un instante contemplando el oscuro panorama, y luego siguió su camino meditabunda. Bajo su plata todo parecía estar en paz, y fue entonces cuando me dormí.

Y durmiendo tuve un sueño. Es frecuente que los sueños me introduzcan en una vida tranquila y radiante, como de una realidad menos extraña para mí que la de la vigilia. Otros son mero desasosiego y desvarío. En otros tiempos se los contaba a veces a la señora Ballard, y ella los buscaba en un libro pringoso que guardaba en el cajón de la cómoda, un volumen marrón, manchado de grasa, titulado *El Libro del Destino de Napoleón*. Entonces me aseguraba que me casaría con un príncipe, o que haría muchos viajes allende los mares, o que tenía que guardarme de una mujer pelirroja, u otras tonterías del mismo género. Pero este sueño en particular lo conservo en la memoria con mayor vividez que ningún otro.

Soñé, en fin, que iba por un jardín desconocido, un huerto. Y, al parecer, o yo era del tamaño humano corriente, o era un mundo en el que mi estatura era la habitual de los seres humanos. Era noche serena, como en el cuadro más oscuro, pero en alguna parte debía de haber luz, porque yo veía según iba andando. Las hierbas eran altas y ásperas, pero no ponían obstáculo a mis pies, y al cabo me hallé debajo de un árbol cuyas ramas parecían de hierro por lo imponentes, sombrías y pesadas. Aquí y allá,

entre las hojas péndulas, colgaban frutos enormes: peras quietas y pesadas como bloques de plomo o de piedra. Por qué la visión de aquellas frutas en la oscura luminosidad del aire circundante surtió sobre mí tal sortilegio, es cosa que no sabría decir. Estaba allí, pisando la hierba fría de rocío, mirando arriba, arriba, hacia aquellas ramas monstruosas, como hechizada, y de repente fue como si bajo mis pies temblara el suelo débilmente, como por un golpe amortiguado. Una de las frutas del sueño, ya madura, había caído de lo alto como una piedra. Y después otra, ¡bom! La conciencia del tremendo peligro en que me encontraba me invadió. Quise huir y me desperté, estremecida y con un calor sofocante, para descubrir, a la luz de la luna que inundaba la habitación, dónde estaba en realidad.

Pero aún, o eso parecía, persistía un último rumor del sonido, y sin duda, pensé, tenía que ser la pobre Pollie, tan descuidada: se le habría olvidado la llave, había venido a oscuras después de la tormenta y estaba abajo, aporreando la puerta con el aldabón. Efectivamente, no había pasado un minuto cuando en toda la casa volvieron a resonar los golpes. Pocas veces se encuentra a la Valentía en los linderos del sueño, y la llamada era vehemente, como si Pollie estuviera despavorida de verse sola en la noche al pie de la casa vacía. La idea de bajar en su auxilio me hizo castañetear los dientes. Aparté de mí la ropa de la cama y miré a la luna, y cuanto más tiempo pasaba allí sentada más claramente comprendía que tenía que arreglármelas de algún modo para bajar las escaleras, comunicarle que estaba sana y salva, y, si fuera posible, abrirle la puerta.

Tres empinados tramos de escalones de piedra nos separaban, escalones que muy rara vez había yo subido o bajado si no era en sus brazos. Saqué un pie; todo estaba en silencio; tenía que ir inmediatamente. Pero ¿y la luz? La luna estaba del lado de acá de la casa. Los rellanos de abajo y la entrada podían estar absolutamente a oscuras. La palmatoria de cobre de Pollie estaba sobre la banqueta que había junto a la cabecera de su cama, con un par de pulgadas de vela y una caja de cerillas. Era una vela de sebo grueso, no demasiado fácil de manejar para mí. Con ella encendida en la mano, porque la palmatoria me estorbaba demasiado, emprendí mi misión. El aire estaba fresco; la luna brillaba rozagante. Mi mente, recién salida del sueño, estaba curiosamente exaltada. Me aventuré por el vacío corredor. Un par de pasos más allá del umbral fue como si el corazón se me hinchase en el cuerpo, porque en lo alto de la escalera me pareció ver tendida la forma inmóvil de mi madre, tal como la encontrara tiempo atrás, en las horas frías de la medianoche. No era más que un efecto de luz, un engaño de la fantasía. Recobré el aliento y seguí adelante.

Saltar de escalón en escalón era un sistema de avance demasiado temible. Ciertamente me habría roto la crisma. Así que tenía que sentarme, y sentada saltar, manipulando la vela como mejor pudiera. De esta manera oblicua y vergonzosa, con los ojos fijos únicamente en el escalón que tenía debajo, superé el primer tramo y me paré a descansar. Qué mezcolanza de sonidos furtivos subía hasta mis oídos desde las desoladas habitaciones de abajo: el goteo pesado del agua de lluvia desde los aleros,

carreritas y chirridos de ratón, roce de paja, una agitación ligera como polvo que se asienta, crujir de madera, un susurro infinitamente débil; y, desde fuera, el silbido del murciélago, el pétreo murmurar del arroyo del jardín, el chillido de cacería de una rapaz nocturna sobre los campos de labor tranquilos y encharcados. ¿Y quién, Quién: aquella forma...? Me volví dando un respingo, y el sebo derretido de la vela reboseó y quemó, lacerante, la mano que lo sostenía. El dolor me infundió confianza. Pero, mejor que eso, de abajo llegó de pronto una voz, no la de Pollie sino la de Adam Waggett, que vociferaba en el porche. ¿Adam, el asesino de cochinos, me iba a llamar cobarde a mí? Estaría bueno. Disipados todos los recelos, me ceñí la bata y reanudé el descenso.

Era trabajo arduo y accidentado, y, al detenerme en el rellano siguiente, me asomé al desierto bañado en luz de luna del dormitorio de mi padre. Desmantelado, sembrado de papeles y de trozos de madera y de cristal de un cuadro que le había regalado mi madre, con un desconchón en la pared, en medio una silla rota y desencuadrada: era un espectáculo horrible. Una inmensa mariposa nocturna de refulgentes ojos verdes, atraída desde su lugar de descanso, vino a revolotear alrededor de mi vela, abanicándome la mejilla con sus alas plumosas. Yo resguardé la llama y sonreí hacia el animal, que, no siendo de los que se empeñan en suicidarse, en seguida se marchó. Mi cabo de vela se consumía por momentos; y ¿de qué podía servirle yo al mensajero de Pollie? Cuando, en efecto, entre la basura y la porquería dejada por la Subasta, llegué a la puerta, era demasiado tarde. Para entonces Adam se había ido a descargar sus puños sobre la trasera de la casa, y no me quedaba otro remedio que descolgarme por el último tramo de la escalera de madera de la parte de atrás, la de servicio. Cuando por fin tuve ante mí la gran cocina abandonada, fue todo mi ser interno lo que gritó dentro de mí. Sus losas de piedra eran un hervidero de cucarachas.

Esos seres acorazados, nocturnos, de olor agrio, son de los pocos insectos que me llenan de horror. En comparación, el asnillo podrá tener peor genio, pero es un caballero. La sola idea de que una de ellas se me subiera a la zapatilla me daba un asco espantoso; y los machos tenían alas. Salían corriendo a sus escondrijos, diríase que como niños a sus madres, bis, bis, bis: la vista me revolvía el estómago. Sonó un ruido en la ventana. Volviéndome a mirar tras la llama de la vela distinguí la cara en sombra de Adam, con su larga nariz, que me miraba de hito en hito desde el otro lado del cristal. Al ver mi apuro prorrumpió en largas risotadas. Eso me sacó de mis casillas. Me puse a dar patadas, y él por fin se calmó lo suficiente para gritar a través del cristal que la madre de Pollie le había mandado a ver si yo estaba bien, y que se le había olvidado darle la llave de la casa. Pollie vendría a la mañana siguiente.

Le hice señas con la vela de que le había entendido. Con eso la grasa derretida se desbordó otra vez, y me corrió por el brazo arriba, escaldándome. La vela cayó al suelo, se apagó; la pálida luz de la luna tiñó el aire. Vi la cabeza cónica de Adam perfilada sobre la blanda luz del cielo, aunque él ya no podía verme. El horror a las

cucarachas volvió a invadirme. Salí de estampía, dejándoles el cabo de sebo por botín.

Cómo me las compuse para volver a subir aquellas escaleras, en el caserón a oscuras, no lo puedo entender. Juventud y perseverancia, me figuro. Dudo que ahora fuera capaz. Completamente exhausta y sudorosa me vi por fin de vuelta en mi dormitorio, sin otros tropiezos. Con una esponja me limpié en el lavabo el humo y la mugre de la cara y las manos, colgué el camisón donde el aire de la mañana lo orease, y no tardé en caer en un sueño profundísimo, del que creo que ni el arcángel Gabriel me habría podido sacar.

CAPÍTULO VII

Cuando desperté, el sol alegraba el cielo mañanero; sobre el tejado ceceaban y gorgoteaban los estorninos, el bramido del riachuelo crecido por las lluvias estremecía el aire de la ventana, y allí estaba Pollie sentada, vestida para salir, con el resto del equipaje hecho, y ella esperando el desayuno. Sin moverme, desde la almohada, escudriñé su cara regordeta, las mejillas coloradas y los ojos saltones, azul pálido, que miraban soñadores por la ventana; y me entró una gran pena pensando en el pasado y en lo próxima que estaba nuestra separación. Ella me oyó moverme, y, arrodillándose e inclinándose sobre mi cama, con un dedo encallecido me acarició la mano que yacía sobre la colcha. ¡Buen aspecto debía yo de tener, después de mis experiencias nocturnas! Hablamos un poco en voz baja. Ella era ya una muchacha más reposada, pero seguía siendo mi Pollie, la de las manzanas y las noveluchas. Y, sea porque la costumbre temprana es una segunda naturaleza o por otra razón, el caso es que sigue siendo la única persona que no me da un poco de repelús cuando se hace necesaria una bestia de carga.

El motivo de que me dejara abandonada la noche anterior había sido la muerte inesperada de una de las tres vacas Alderney de su padre: un pacífico cornúpeta que yo había visto a menudo en los prados, pastando entre los ranúnculos, y cuyo hocico de fuerte resuello había tenido una vez la osadía de querer acariciar. El infortunado animal, a los primeros barruntos de la tormenta, se había cobijado con sus compañeras debajo de un roble. Apenas empezó el baile de relámpagos cuando la abatió un rayo. Para el corazón de Pollie fue una tragedia. Al saberlo, dijo, se había quedado como muerta; y las dos lamentamos el suceso a coro. En correspondencia, yo le conté mi sueño del huerto. Entonces no se quedó tranquila hasta sacar de debajo de su colchón *El Libro del Destino de Napoleón*, que la señora Ballard le había dejado en herencia.

—Pero, Pollie —protesté—, un sueño no es más que un sueño.

—Y yo le digo, señorita —repuso ella, pasando las hojas—, que los hay que anuncian lo que va a pasar y luego pasa, y bien estudiados también cuentan secretos. Más de un mes antes de que la señora Ballard riñera con el señor, soñó que una de las gallinas pintas había puesto un huevo en el aparador de la cocina, y estaba allí cacareando entre los platos. Y dice en el libro que si sueñas con huevos es que te va a salir la colocación que quieres, y es por lo que ella escribió a una amiga de Londres, ¡y allí está!

¿Para qué más? Así que en seguida Pollie encontró «Peras» en el grasiento libro, y leyó despacio:

«PERAS: Soñar con peras es in-di-ca-ti-vo de grandes caudales (que quiere decir riquezas, señorita), y de as-cen-sión a una esfera mucho más alta que la que se ocupa

en el presente. Para una mujer denotan que se casará con un hombre de rango muy superior (o sea, señores con título y así, señorita), y que vivirá con gran lujo. Para los que comercian denotan éxito y un futuro de prosperidad y elevación. También indican constancia en el amor y felicidad en el matrimonio».

El color de sus mejillas subió de tono con aquel esfuerzo de erudición, y yo me eché a reír.

—¡Sí, señorita —exclamó ella confusa—, usted ríase, que así contestó Sara al Angel! Pero acuérdesse de lo que le digo, que algo de eso tiene que salir como dice en el libro.

—Entonces, Pollie —dije yo—, habrá que poner una carnicería. Porque yo vivir con gran lujo ni puedo ni quiero, ni aunque el mismísimo Príncipe de Gales me pidiera en matrimonio.

—¡Por Dios, señorita —me replicó Pollie escandalizada—, si está casado, y hasta tiene hijos mayores!

Pero me perdonó la guasa. En cuanto al Libro de los Sueños, seguro que Bonaparte, estando en Córcega de joven, había soñado con Peras muchas veces; y no menos cierto es que yo he vivido «con gran lujo», aunque sin demasiada elevación.

Pero el día corría veloz. Tenía que aviarme y completar los preparativos del viaje. El amanecer de mi nuevo destino me llenaba de expectación, y los cielos y las hojas de la mañana, refrescados por la lluvia, renovaban mis ánimos. Nuestro tren —el primero de mi experiencia— tenía que salir del apeadero a las tres y tres minutos de la tarde. A la una todos los efectos personales que iba a llevar conmigo estaban ya metidos en un cuadrado de lona cosido y atado. El resto de mis pertenencias —la cama de dosel, etcétera— se me enviaría después en un cajón de embalaje. La primera impresión perdura; no me hacía falta una gran sagacidad para saberlo. Así que había escogido con cuidado la ropa que iba a llevar, decidida a hacerle ver a mi patrona que yo iba a ser dueña de mi voluntad y había que tomarme en serio. ¡Mi querida señora Bowater! Le habría divertido oírlo.

Pollie trajinaba abajo. Yo estaba en mitad de la habitación desmantelada y llena de sol, con un juego de luces y sombras sobre el techo y las paredes, y el aire, atravesado por el sol, era una plateada neblina de polvo. Por mi mente pasaron en tropel recuerdos y pensamientos, como un cortejo soñado. Y una extrañeza también, como si incluso esta experiencia nueva de la despedida fuera vaga remembranza de un tiempo indefinido. Volvió Pollie, con el sombrero nuevo en la bolsa de papel donde lo había traído de casa; y yo le serví de espejo cuando se lo puso. Luego me llevó en brazos por todas las habitaciones de la casa, desde arriba hasta el sótano; y allí en el suelo de la cocina, testigo mudo del pasado, yacía el resto, comido de bichos, de mi cabo de vela. Dimos un paseo por el jardín, que reverdecía brillante bajo el sol fresco de después de la lluvia, y alardeaba ya de su liberación del Hombre. Pollie volvería a Lyndsey; ¡yo no! Mi corazón, demasiado cargado, no me dejó

detenerme junto al agua. Contemplé las piedras y las flores silvestres con el hambre triste de la despedida. Minucias, que morirían pronto: ¡qué hermosas eran! La idea me embargó. ¿Qué era el futuro sino un vacío? Ojalá se pudiera desaparecer y ya no ser más que una parte de la dulzura de la mañana. Hasta el rostro imperturbable de Pollie tenía el aspecto de lo fingido; por un instante sorprendí mi imagen entera reflejada en su ojo azul y redondo.

A la puerta estaba la tartana de los Waggett, pero no —y lo agradecí— mi Adam, sino Adam el mayor, su padre. Instalose mi equipaje debajo del asiento, y a mí se me colocó, resguardada lo más posible del viento, al lado de Pollie y detrás del señor Waggett; que para mí no era ningún extraño, con sus patillas oscuras y recortadas, porque en los viejos tiempos servía a la mesa cuando había cena de invitados. Me parece que le estoy viendo, serio y digno como un asnillo, entrar en la cocina con su maletín negro. Sólo una vez volví atrás rápidamente la cabeza para mirar hacia la casa. En seguida dejamos atrás las verjas de hierro, y traqueteamos sobre los charcos y entre los setos umbrosos hacia la estación.

Pensé en mi padre y en mi madre, yacentes lado a lado al pie del muro del camposanto, más allá del triste montón de ortigas. Muchas semanas antes me había llevado allí la señorita Fenne, en su despintado birlocho, tirado por una yegua blanca y flaca. Ni una palabra le musité de mi angustia a la vista del camposanto. Toda la tarde fue una pesadilla. Me fue amenizando el viaje con sentires de la muerte y la sepultura. Durante todo él estuve en peligro de desaparecer de su vista, porque los botones del asiento de cuero verde salvia no sólo eran una incomodidad, sino que me dificultaban ir bien sentada, y por nada del mundo me habría agarrado a los flecos del chaquetón de mi madrina para no rodar hasta el fondo del coche. Allí iba su vetusto cochero; clip, clap, sonaban cansinos los cascos; ¡qué mundo tan monstruoso, tan monstruoso!

Y ella cacareando sin parar, como la gallina con su huevo.

Pero ahora la novedad de la experiencia presente, las casitas floridas, el jaco alazán y cuadrado del señor Waggett, las globosas nubes del noroeste, los setos rojizos y aromáticos, las grajas en los trigales, todas aquellas vistas y sonidos me alegraban el espíritu, y en muy poco tiempo se hizo visible la estación, pintada de alegres colores, al pie del monte, y se acabó nuestro trayecto. Otra vez Pollie me tomó en brazos. Vino después una discusión tonta por los billetes, que el señor Waggett se había ofrecido a sacar para nosotras en la redondeada ventanilla. La cara que asomaba al otro lado me había visto, y las últimas palabras que oí vociferar desde dentro para todo el que quisiera oír las fueron: «Qué diantre, señor Waggett, la *cuarta parte* le haría yo si lo permitiera el reglamento. Pero no es así, porque a los ojos de la ley la señorita es de tamaño natural; no se lo podría hacer ni que la llevara usted de luna de miel». Sin duda era saludable aprender lo antes posible cuán fácil víctima iba a ser yo de las bromas de la gente bienhumorada. En esa ocasión fue una píldora amarga. Hasta me di cuenta de que Pollie ahogaba en el pecho una carcajada. Yo

palidecí, pero no dije nada.

Al momento estalló a mi alrededor un fragor enorme, diez mil veces más hiriente para mis nervios que todas las pullas del mundo. Mi primer «monstruo de vapor» entraba en la estación. Casi conmocionada por el estruendo, tuve la justa presencia de ánimo para agradecerle al señor Waggett la cestita de mimbre con tres ciruelas Claudias y el ramito de hierba de San Antonio que me había echado a los brazos. Colocose debajo del asiento mi fardo de lona, cerróse de golpe la puerta, el guardia ondeó el banderín verde, el señor Waggett saludó tocándose el sombrero, y empezó nuestro viaje.

Afortunadamente, íbamos en un compartimento vacío. El alarido del silbato, el chirriar de las ruedas, el olor opresivo del ramillete del señor Waggett: me recosté sobre Pollie para recobrar la calma. Pero el aire fresco que me daba en la cara, y un lejano olisqueo de un frasquito de cristal con que su madre la había fortificado para el viaje, me reanimaron en seguida, y quedé en libertad de gozar de las novedades de la tracción a vapor. Mis ojos se mareaban viendo el amplio escenario rodante que se extendía bajo las plumosas brumas. Qué extraño era ver deslizarse con aquella suavidad el verde mundo campestre, prados, arroyos, montes arbolados. Si Pollie y yo hubiéramos podido compartirlo a solas, habría quedado entre mis recuerdos más placenteros.

Pero en las paradas siguientes subieron al coche otros pasajeros, y pronto tuvimos cinco absolutos desconocidos en la caja de madera veteada donde íbamos encerradas. Una señora vestida de negro, con el pelo tirante bajo el sombrero y una nariz larga y pálida; y apretado contra ella un chiquillo, un niño guapo, rubio, mirón, de unos cinco años. Un hombrecillo gordo vestido de negro, con un maletín de cuero gastado, cuyo cierre mantenía sujeto con dos dedos, se sentó con suavidad, echó una oscura mirada a su alrededor e inmediatamente cerró los ojos. En el rincón iba otro hombre más viejo, con barba por debajo del mentón, botines y sombrero duro de alas anchas. Los otros eran una campesina gruesa que se sentó del mismo lado que Pollie y yo, de modo que yo la oía respirar pero no la veía, y enfrente una mujer reseca con ojos de pájaro, que llevaba un chal de cuadros y pesados pendientes de metal colgando de las orejas. Miraba sin pestañear y con cara de pocos amigos a las cosas de cerca como si estuvieran lejos.

Mi espíritu se ensimismó en aquella compañía. Tan absorta estaba, que podría haber pasado por un pedazo de palo. Allí reunidos, en aquel pequeño espacio, tenían todo el aspecto de animales; y, de no haber sido humanos, de los más alarmantes. Mientras no hice más que observar sus usos nadie se fijó en mí. Pero el sol de la tarde pegaba fuerte en el techo y en las ventanillas, y al rato el aire cerrado estaba tan saturado de olores diversos que una vez más la cabeza me dio vueltas, y tuve que agarrarme al brazo de Pollie. Al hacer yo ese movimiento, el niño, que más de una vez me había dirigido una mirada furtiva, se apretó retorciéndose contra su madre, y, ladeando la cara, le trinó junto al oído: «Mamá, ¿eso está vivo?».

En ese momento el tren estaba parado; al otro lado de la ventana llameaba un precioso macizo de malvas reales y girasoles, y en la calma de la tarde la voz del niño resonó aguda, como de pájaro. Puntitos de calor me brotaron por todo el cuerpo, conforme los otros pasajeros volvían, uno por uno, sus caras de asombro hacia mí. Hasta el del maletín de cuero oyó la pregunta. Sus ojillos castaños giraron bajo los blancos párpados y me miraron fijamente.

—Calla, hijo —dijo la señora, no menos interesada pero menos directa en su observación—, calla. Mira qué vacas tan bonitas.

—Está vivo, mamá. Se ha movido. Yo lo he visto moverse —aseguró el niño, mirándome de soslayo sin apartar el rostro que tenía alzado hacia su madre.

¡Qué ojos azules! Una mezcla de deleite, horror, incredulidad, codicia incluso, nadaba en sus someras profundidades. Yo, apoyada en el seno de Pollie, sin aliento y sin defensa, debía de ser un objeto fascinante. Nunca hasta entonces me había visto atravesada de aquel modo por una única mirada colectiva. Me sentí boquear como un pez. Fue el viejo granjero de la esquina el que por fin salió en mi socorro.

—¡Que si está viva, ya lo creo! ¿Verdad, señora? —apeló a la pobre Pollie—. Y muy bien hecha que está la señorita. Seguro que van a la feria de Whipham.

El del maletín se volvió a la gitana con una sonrisa sinuosa en sus facciones amarillentas, y murmuró entre dientes una broma inaudible. Ella le echó una mirada feroz, descubriendo la brillante dentadura con una mueca que era más de desprecio que de risa. Una vez más pitó la máquina y reanudamos la marcha.

—Yo la *quiero*, mamá —susurró el niño—. Yo *quiero* esa señora tan bonita. Dale una galleta a esa señora chiquitita.

Ante esa nueva ocurrencia, el compartimento se llenó de universal regocijo. Íbamos a toda marcha. Conque aquello era la «red» de la señorita Fenne. Sentí una desolación y una amargura impotentes, el aire pesado me dio vueltas; y luego —de dónde, de quién, no lo sé— recobré el dominio de mí misma. Era el destino que yo había elegido: tenía que ser fuerte.

Mi joven admirador, muy en contra de los deseos de su madre, había conseguido sacarle del bolso una galleta, una cosa en forma de estrella, ornada con una piña de azúcar color carmín. Aún engurruñado como un pollo bajo el ala de su madre, estiró el brazo para tenderme aquel soborno con una mano rosácea y perlada de sudor. Todo ese tiempo había estado Pollie sentada como un fardo a mi lado, agarrada a su cesta y con una sonrisa sofocada y vacía en su cara redonda. Yo me erguí, y, apoyándome en la cesta de mimbre, avancé con toda la dignidad que pude hasta la punta de sus rodillas; y, tendiendo la mano a mi vez, acepté el regalo. Me las arreglé incluso para hacer una pequeña reverencia condescendiente, fingí dar un mordisquito al mazacote comestible y lo planté sobre el reborde polvoriento de la ventanilla.

A eso siguió un silencio peculiar. El niño dio un largo suspiro y escondió la cara en la manga de su madre. Ella le apretó contra sí y sonrió cuidadosamente hacia la nada.

—Anda —murmuró—, tesoro, ahora estate quietecito y pórtate bien. No sé por qué papá no nos ha sacado... billetes en segunda.

—Pues el papá de la señora pequeñita tampoco los ha sacado —replicó el niño, muy en sus trece.

El granjero bondadoso seguía recreándose en mi contemplación, con las nudosas manos apoyadas en las rodillas. Pero yo no lo podía soportar. Le miré tranquilamente hasta que tuvo que pasarse los dedos por la cara, y así cubrirse la retirada hacia su ventanilla. La gitana no despegaba de mí su mirada feroz de pájaro, con alguna que otra ojeada furtiva hacia Pollie. Los párpados del hombre del maletín se cerraron. Durante el resto del viaje, aunque entraron y salieron pasajeros, permanecí replegada, y me dejaron en paz. Fue mi primer contacto real con la curiosidad, la befa, la aversión y la adulación del mundo. Una enseñanza práctica saqué. A partir de aquel día no he vuelto a ponerme en viaje sin protegerme con un velo oscuro. Porque así, aunque los curiosos me vean, no saben si yo les veo a ellos o no, ni qué es lo que siento. Es un verdadero alivio; aunque, por lo que he leído, parece cosa más propia de un espectro que de una señorita normal.

Pero ya el sol había empezado a declinar, y los rayos del atardecer teñían los campos. Seguíamos pasando una estación tras otra. Para mi tranquilidad, Pollie había terminado, ya con todas las empanadillas y los dulces que llevaba en la cesta. Mi ramillete de hierba de San Antonio se desmayaba por falta de agua. El del maletín y la gitana dormían profundamente, cabeceando y botando rígidos, uno al lado del otro. La señora había compuesto el gesto delicadamente y cerrado los ojos. El niño dormitaba pacífico, con su boquita roja abierta de par en par. Yo, lánguida y aletargada, no me atrevía a descuidar la vigilancia. Pero en la desolación que me envolvía llegué casi a olvidarme de mi compañía humana, y retorné a la casa vacía que al parecer había dejado para siempre, donde las sombras de otro anochecer más estarían ya alargándose sobre las flores y el césped.

¿No llegaba hasta mis oídos el crujido sedoso del dondiego al abrir sus pétalos? Pronto caería el rocío sobre las piedras donde solía sentarme a soñar junto a la corriente. Era, en efecto, como si el alma se me hubiera escapado del cuerpo, y vagase suspensa entre las mil jerigonzas de la enredada nana del agua. ¿Había, de verdad, dentro de mí un espectro capaz de tales andanzas; y los habitantes invisibles de mi arroyo, allá en sus fortalezas, serían conscientes de mi presencia entre ellos, y estarían tan contentos en mi espectral compañía como yo en la suya?

Salí del fondo de estas lucubraciones para encontrarme con que mi joven pachá había despertado sin hacer ruido y me miraba con absoluta incredulidad desde unos ojos ribeteados de sueño. Intercambiamos una sonrisa quieta, prolongada, detenida, ¡y por única vez en mi vida vi realmente enamorarse a uno de mis congéneres!

—¡Pero mamá, mamá, te lo *ruego*! —le suplicaba a gritos en el andén, dirigiéndome la última mirada a través de la mugrienta ventanilla oblonga—. ¡Por favor, por favor, yo la quiero para mí; yo la quiero para mí!

Yo alcé en la mano su galleta, riendo y diciéndole que sí con la cabeza. Sonó el silbato, nuestra caja estrecha salió lentamente de la estación. El me miró por última vez como deshecho, apartando con petulancia la mano de su madre. Me había perdido para siempre, y Pollie y yo volvíamos a estar solas.

BEECHWOOD

CAPÍTULO VIII

Aún seguía el tren arrastrándose despacio, remiso a alejarse de los risueños campos de labor. Anochecía cuando nos apeamos en nuestro destino, subimos a un coche de alquiler y una vez más echamos a rodar sobre el polvo empastado por la lluvia. Rodábamos, rodábamos, Pollie y yo y el equipaje, tan cómodas y tan escondidas, después de los duros asientos de madera y las luces cegadoras, que nuestro viaje empezó a parecer —como yo en aquel momento deseaba, de hecho, que fuera— interminable. Una tras otra se acercaban las altas farolas de la calle, arrojaban su claridad a nuestra rancia cabina de terciopelo y pasaban. Una y otra vez aparecía el recuadro luminoso de una ventana tras las ramas extendidas de un árbol. De pronto nuestra angosta soledad se vio invadida por el fulgor continuo de una hilera de tiendas.

Nunca hasta entonces había yo salido de noche. Miraba extasiada los esplendores de frutas y pasteles, sedas y caramelos apilados detrás de las vitrinas. Y yo, ¿no era yo heredera de 110 libras al año? Lo cierto es que iba bebiendo el Romance, y nunca hubo viajero que admirase la áurea Moscú ni las alturas del Tibet con más vivo deleite que yo el líquido ámbar, rubí y esmeralda que llamaba a la clientela a una botica. Veinte años: ¡qué niña era! Ahora estos recuerdos me hacen sonreír con condescendencia no exenta de envidia. Es Moscú lo que sobrevive, no el viajero ingenuo.

Tras remontar una larga subida, en la que las casas iban espaciándose cada vez más, el coche se detuvo. El viejo inmenso e informe que tan milagrosamente había sabido por dónde tenía que llevarnos, y que en aquella templada noche del mes de agosto iba enfundado hasta los ojos en un grueso gabán, se descolgó del pescante y abrió la portezuela. En el mismo momento, como por un mecanismo de relojería, se abrió otra puerta: la de la última casa de la cuesta. Así pues, lo que yo veía desde el coche era mi hogar: y enmarcada por aquel rectángulo iluminado aparecía la señora Bowater. Todo absolutamente distinto de como me lo había figurado: la casa mucho más pequeña, la casera mucho más alta, y, Santo Dios, cuántas habían sido mis esperanzas de que no pusiera por primera vez los ojos en su alojada cuando a ésta la portaran en brazos a su casa. En mi imaginación me había pintado dedicándole una salutación compuesta e impresionante, sobre la alfombra de su salón. Pero no había de ser.

Pollie me alzó, me colocó sobre su brazo, y mis pies no volvieron a tocar *terra firma* hasta que hubo ascendido los cinco peldaños de piedra y estuvimos en el pasillo.

—Bueno, señorita; ya estamos aquí —suspiró sin resuello, y volvió junto al cochero para pagarle. Incluso un poco empequeñecida quizá por mi luto, allí me quedé, acogida por el aire caliente de la casa, en mitad de un felpudo hirsuto, al borde

del reluciente linóleo de dibujos que, bajo la luz de gas que había frente a mí, extendía su lustre hasta la oscuridad; y allí estaba mi futura patrona. Por primera vez, echando la cabeza atrás, recorrí un semblante que en poco tiempo me iba a ser tan familiar y tan querido. La figura de la señora Bowater era tiesa y angulosa. También ella vestía de negro, con botas altas de elástico. Las huesudas manos le colgaban de los codos de una manera peculiar. Un camafeo de gran tamaño adornaba su pecho liso. Una cofia escasa de terciopelo no alcanzaba a ocultar el poco pelo brillante y partido al medio sobre las sienes altas y estrechas. La cara, larga y oscura, con profundos ojos negros, casi no tenía expresión, fuera de una severidad plácida. Me miró desde arriba, como yo a ella desde abajo, tranquilamente, silenciosamente.

—Conque ésta es la señorita —musitó al fin, como si se lo dijera a un oyente escondido y distante—. Espero que el viaje no la haya fatigado demasiado, señorita. Haga el favor de pasar.

Para mí, la voz de la señora Bowater era lo que yo llamaría una voz baja, rugidora, como de agua cayendo de una peña negra hendida en la ladera de un monte; pero qué bálsamo fue su sonido en mis oídos, y qué reparador aquel saludo solemne para unos nervios cansados, todavía un poco maltrechos después de mi pequeña victoria en la línea ferroviaria de Londres, Chatham y Dover. Bordeando un reloj de abuelo que daba un hueco tictac al lado de la puerta, la seguí a una habitación que se abría a la izquierda del pasillo, donde dos enormes cornamentas de ciervo se amenazaban desde paredes opuestas bajo el techo descolorido. Por un momento la fuerte luz y el panorama de patas de muebles me ofuscaron la vista. Pero la señora Bowater vino en mi ayuda.

—De comidas no se ha dicho nada —comentó reflexivamente—, ni a mi ver se trataría de otra cosa que lo que por comidas se entiende. Pero todo lo encontrará usted limpio y confortable; y, en fin, señorita, después de las tristes pérdidas que ha tenido y demás, según sé por el señor Pellew, espero que sea un hogar para usted. Que ninguna otra cosa me figuro que podemos esperar.

Mi mente correteó intentando explorar a toda prisa aquellos sentimientos. Apaciguaban muchos temores, aunque estaba claro que la inquilina de la señora Bowater era todavía menos, en dimensiones, de lo que la señora Bowater había supuesto. *Limpio*: al cabo de tantos meses de soportar las costumbres de la señora Sheppey, fue esa palabra la que me sonó a música. Maderas, vidrios, metales aplanaban la luz de gas y de carbón, y por primera vez oí a mi propia voz alzarse en mi nuevo «piso»: «Gracias, señora Bowater, parece *muy* confortable; y no me cabe duda de que voy a estar muy a gusto en mi nueva residencia». No había nada de intencionadamente afectado en aquel formal discursito.

—Siendo así —repuso la señora Bowater—, ya que parece que hay problemas con el cochero, y se está haciendo de noche, quizá le apetezca a usted tomar asiento junto a la chimenea.

Había un taburete muy apropiado para mi altura al lado del guardafuego de acero, las llamas bailaban en la chimenea; y por un instante me quedé sola. «Gracias a Dios sean dadas», dije, y me quité el sombrero, y me eché atrás el pelo... Sola. Pero por un instante nada más. Ida su dueña, el más flamante gato negro que jamás he visto apareció en la puerta y se me quedó mirando con sus ojos verdes. A juzgar por su expresión, debió de ser una experiencia notable.

Yo le llamé seductora: «Bis, bis».

Pero él, tras guiñar un ojo y sacudirse una pata delantera como si hubiera pisado agua sin darse cuenta, se dio media vuelta y desapareció por donde había venido. A pesar de todos mis halagos, Henry y yo no haríamos nunca buenas migas.

Los problemas de Pollie con el cochero serían los que fuesen, pero la señora Bowater los resolvió en seguida, y enseñó a Pollie la habitación donde debía dormir esa noche. Yo me quité el corpiño y me lavé la cara, las manos y los brazos hasta el codo en una palangana que me facilitó la señora Bowater. Y en seguida, maravillosamente restauradas y habladoras, Pollie y yo nos sentamos ante la última comida que compartiríamos en mucho tiempo.

Para mí había pedacitos de pan con mantequilla, una tortillita dos tallas mayor de lo debido, un par de cerezas confitadas y espolvoreadas de perlititas de colores, y un alegre vasito de leche que ponía, con letras doradas en guirnaldas, «Recuerdo de Dover». ¡En mala hora me comí aquella tortilla! Debí de tener atacadísima a toda una familia de gallinitas de Java durante semanas enteras. Pero muchas veces ya no sabía qué hacer para dar salida a su producción. Afortunadamente, la señora Bowater tenía siempre un buen fuego encendido por las tardes: como ella decía, «las señoritas de algunos tamaños no calientan el aire lo mismo que otras». Así que, no sin cierto riesgo para mi persona entre los morillos de acero, de lo cocido se pasó a lo asado. Por fin confesé sin rodeos mi horror a los huevos, y, como para entonces ya éramos muy amigas mi patrona y yo, no pasó nada. Su única respuesta fue una adusta sonrisa de genuino regocijo, y las gallinitas de Java pasaron a beneficiar a algún otro estómago menos delicado.

Mi patrona era muy pensadora, y conversadora no copiosa, aunque sí pausada. Con un plato o el plumero en la mano, dejaba pasar minutos meditando sus palabras; luego podía ocurrir que la única indicación del resultado fuera que sus labios largos y finos se apretaran un poco más, o que su flaco dedo índice frotara una aleta de la nariz con gesto lento y convulsivo. Pero yo aprendí en seguida a interpretar aquellos signos mudos. Era una mujer que lo desaprobaba casi todo, por razones excelentes, aunque nebulosas; y sus silencios no se debían a que no tuviera nada que decir, sino a que tenía demasiado.

Pollie y yo departimos larga y seriamente aquella primera noche de Beechwood. Me prometió escribirme, mandarme todos los cotilleos del pueblo y venir a verme cuando pudiera. A la mañana siguiente nos separamos después de un triste desayuno. Subida a la mesa de la salita para mirar por la ventana, con los ojos un poco más

espantados que de costumbre, la vi perderse de vista: una última agitación del pañuelo, y la cara mofletuda y rubicunda desapareció. La extrañeza y la soledad de mi situación me invadieron.

Durante unos cuantos días, a pesar de todos los esfuerzos de la señora Bowater, su alojada languideció. No era sólo que se sintiera más desvalida, sino mucho menos importante. En parte la explicación puede estar en que, habituada en Lyndsey a vivir en el último piso de una casa alta y a mirar el mundo desde arriba, cuando en Beechwood Hill me encontré pie a pie con él, por así decirlo, eso intensificó alarmanamente mi *consciencia* de mi pequeña estatura. Pero todo es acostumbrarse. Poco a poco los méritos relativos de mi persona y del panorama que pasaba se fueron reajustando con el debido respeto a lo primero. Pronto también, como caído del cielo, llegó el cajón que contenía mis muebles. Toda una mañana compartió la señora Bowater el desembalaje, parándose una y otra vez a contemplar absorta alguno de mis tesoros diminutos y exhalar, sin darse cuenta, un gran suspiro. Pero ¿cómo colocarlos en una habitación que estaba ya más que poblada?

CAPÍTULO IX

Se hizo venir a un carpintero llamado Bates, pariente tan lejano, al parecer, de la señora Bowater que en ningún momento reconoció ella el vínculo mediante gesto, palabra ni mirada. El señor Bates manifestaba hacia mi patrona un respeto casi inexpresable. «Una mujer entre mil», me aseguraba reiteradamente, cuando ya nos hubimos acostumbrado un poco el uno al otro; «una mujer entre *diez* mil. Y si las cosas no hubieran sido lo que fueron, ya me entiende usted, otro gallo nos cantara. Sí, señorita, mucho podría contar el que nos mira desde lo alto». Yo alcé la vista desde su cabeza alargada hasta el techo, pero no había más que unas moscas describiendo ángulos alrededor de la lámpara.

Los elogios de la señora Bowater eran menos indirectos. «Este *Bates*», decía, examinando lo que había hecho en el día cuando ya se había ido, «no hace nada a derechas».

Es verdad que sus movimientos eran más bien de caracol, y que se pasaba la mayor parte del tiempo restregándose lentamente las manos en el tieso mandil que le aprisionaba. Pero a mí el que no hiciera nada a derechas me inquietaba mucho menos que su bote de cola.

Han pasado muchos años, pero a la mera mención de su nombre me sube a la nariz aquel olor indescriptible. Ahora caigo por primera vez en que no pasó la cuenta. O le falló la memoria o trabajaba por amor. A ras de la ancha mesa del hueco de la ventana, sembrada de mis alfombritas persas, que era donde yo me sentaba a coser o a leer y donde comía, el señor Bates construyó un estante ancho, con cortinas por tres lados para aislarlo del resto de la habitación. En aquel estrado de madera fueron colocadas mi cama de dosel, mi armario y otras pertenencias. Era mi dormitorio. De la mesa al suelo hizo una escalerita para que yo pudiera bajar con facilidad y pasearme a mis anchas por el cuarto. Esto último habría sido más cómodo si yo hubiera podido convencer a la señora Bowater de que lo vaciase un poco. Si hubiera *seguido* mirando las cosas que allí había, estoy segura de que me habría vuelto loca. Ni a fuerza de tacto conseguí nada. De haber habido en mi carácter el más leve asombro de un Cromwell, ¡cuántas baratijas habrían salido andando!

Sobre la chimenea había dos figuras empalagosas de escayola, un Pastor y una Pastora, de casi la mitad de mi altura; yo las detestaba particularmente, lo mismo que una fotografía ampliada que había en la pared, dentro de un marco descolorido, una fotografía de un hombretón de cuello gordo, con abultadas patillas y mirada dura y pependenciera. Aquel hombre me ponía muy nerviosa. Era como un lobo asomado a todas horas a un redil. Así que para comer me ponía siempre de espaldas al retrato.

Me acostaba temprano. Pero era la época en que el crepúsculo otoñal se va acortando, y durante un par de horas se hacía necesaria la luz artificial. El resplandor del gas me deslumbraba y me atontaba, y me producía una sensación de acoso, así

que la señora Bowater me procuró un par de candeleros pequeñitos de cristal. Estando acostada tenía a veces una lamparilla de cera encendida en un plato, buena compañía para los pensamientos nocturnos en lugar extraño. Muy a menudo me pasaba la tarde sentada sin más iluminación que la de las brasas de la chimenea, y así podía ver a través de la ventana. Era una fuente inagotable de entretenimiento apartar los visillos, tender la mirada sobre los campos oscurecidos del otro lado de la carretera y dar rienda suelta a mis ensoñaciones.

A las nueve la señora Bowater me traía la cena: unos pedazos de galleta o de pan con leche. Mis comidas eran su preocupación constante. El problema, explicaba, estaba en lo *poco* que había que darme, sobre todo de cosas guisadas: «Se secan en un abrir y cerrar de ojos». Así que Henry, el gato, comía más suntuosamente que nunca, a pesar de lo cual el celoso animal siguió rechazando todos mis ofrecimientos de amistad, y en la medida de lo posible fingía ignorar mi existencia. «Alimento sencillo, señorita, no faltaba más», asentía la señora Bowater. «Pero hay que alegrar el estómago, porque si no se enmustia; y usted todavía no está en edad de quedarse en la piel y los huesos».

A la cuestión de la comida siguió pronto la del dinero. Se empeñó en reducir su cuenta a veinte chelines semanales. «En eso va el alojamiento y la comida, y de lo segundo casi no hay ni que hablar; que la honradez es lo que vale, y no lo digo porque yo haya ensayado nunca lo contrario». Así quedó acordado, a pesar de todas mis protestas. Y de ese modo me hallé dueña de cincuenta y ocho libras al año, aparte de lo que le pagaba a la señora Bowater. Los señores Harris, Harris y Harris eran puntuales como un reloj, y yo también. Le pagaba «*de inmediato*» a mi patrona trece libras, más lo que sobre eso hiciera falta. La «caridad» que me recomendara mi madrina empezó en casa, y, desdichadamente, en casa se quedó. Lo restante lo fui guardando bajo llave en uno de aquellos cofres de mi abuelo que tenía debajo de la cama. Quizá fuera una costumbre imprudente. La señora Bowater era partidaria de la Caja de Ahorros. Pero a mí me tranquilizaba pensar que tenía mi dinero tan cerca y tan *palpable*. Lo contaba mentalmente, como si fuera un medio de salvación; y me hice, por lo tanto, tacaña y ahorradora.

De cuando en cuando la señora Bowater tenía «asuntos» que resolver en Londres, y allí me compraba las minucias que hicieran falta para renovar mi vestuario. Yo, como necesitaba tan poco, podía gastar los mejores materiales; un soberano de los míos valía lo menos sesenta chelines. Más que «lo bonito», mi patrona prefería «lo bueno», y he de confesar que por esa «bondad» hacía algunas veces alarmantes concesiones de aspecto. De todos modos, yo estaba ya surtida de un guardarropa conveniente, y, con el auxilio de uno de los últimos regalos que me hiciera mi querida madre, un reluciente costurero suizo en miniatura que tenía embutida en la tapa una vista del lago de Ginebra, no tardé en convertirme en pasable costurera.

A mí me gustan los colores alegres, puros; y, en acabando de barrer y hacer la cama y limpiar el polvo, terminado que hubo mi luto exterior por mi padre, era una

figura de lo más festiva la que me devolvía muchas tardes mi espejo de cuerpo entero. ¡Las horas que me pasaba arreglándome el pelo y combinando este color y el otro! Y hasta, por estar más acompañada, hablaba conmigo misma en el espejo, y hacía de una docena de personajes. Era joven. Tenía hambre de vida y de compañía, y como sólo tenía las mías —porque la señora Bowater era más un elemento fiel del paisaje que un congénere—, sacaba lo más posible, y las más posibles, de mí.

Otra cuestión que preocupaba hondamente a mi patrona era mi salud. Desconfiaba de las ventanas abiertas, pero recomendaba encarecidamente «el aire». ¡Qué insidiosas enfermedades recelaba a mi alrededor! La verdad es que aquel mes de septiembre fue más caluroso de lo normal. Sentada en mi mesa junto a la ventana, me sentía como grillo en un horno, y echaba mucho de menos mi alta terraza abierta, el jardín y el arroyo. Muchos días la señora Bowater me sacaba a pasear un poco al anochecer. Para ella lo mejor del valor estaba en la prudencia, y tampoco yo me había recobrado totalmente de mis experiencias del tren. Pero aquellos paseos, a pesar de la soledad reinante a esas horas, eran deslavazados y fastidiosos. El brazo de Pollie había sido para mí como una segunda naturaleza, pero me parece que la señora Bowater tenía una aversión tan remilgosa a llevarme en brazos como yo a que me lleven. Yo añoraba la libertad. Como tengo el sueño ligero, muchas veces me despertaba al alba, con el primer canto de los pájaros. Entonces la cuesta —que llevaba a Tyddlesdon End y Love (o Loose) Lane— estaba desierta. La idea de lo que hubiera más allá me asediaba como una pasión. En un momento oportuno le insinué a mi patrona lo segura que a esa hora temprana estaba la calle, lo frescos que estaban los prados y la sed de salidas independientes que tenía su alojada. «Además, señora Bowater, yo ya no soy una niña, y ¿quién me iba a ver?».

Tiras viva y acalorada discusión se consultó una vez más al señor Bates. Él se envolvió en un verdadero manto de reflexión, y no le faltó más que quedar inconsciente antes de proponer un recurso muy ingenioso. Con el consentimiento de la señora Bowater, que era señora de su casa y acogió la idea con regocijo, el señor Bates abrió en uno de los cuarterones bajos de la puerta de la salita un hueco, rematado en arco, de tamaño adecuado para mí. En esa abertura instaló una exquisita puertecilla que ajustaba perfectamente. Lo mismo hizo con la puerta de la calle, a la cual puso una cerradura Bramah. Pegando con cemento un cuadradillo de piedra en la esquina de cada uno de los peldaños de bajada a la calle solventó *esa* pequeña dificultad. ¡Dios bendiga al señor Bates! Con la llave colgada al cuello, era agachar la cabeza una vez, agachar la cabeza otra vez, echar una carrerita por los peldaños, y me veía libre, tan absolutamente dueña de mis salidas y mis entradas como debe serlo toda persona que se respete.

—A esto lo habría llamado mi padre hacer un buen trabajo, señor Bates —le dije cordialmente.

El me miró con anhelo, como si fuera a revelar un profundo secreto; pero se lo pensó mejor.

—Pues mire usted, señorita, todo trabajo es *trabajo*; y si es trabajo, es que hay que *trabajarlo*.

Al poner los puntos sobre las íes y cruzar las tes de este manuscrito, me acuerdo muchas veces —con un poquito de tristeza— del señor Bates.

Apenas rasgaba el alba mi región del cielo, y antes de que se desperezasen la señora Bowater o el resto del mundo, yo me levantaba, me arreglaba a la luz de la vela y salía presurosa a la dulzura desatendida de la mañana. Si el día amanecía húmedo o ventoso, me daba media vuelta y me volvía a dormir. El camino subía por la cuesta, y a unos cientos de yardas torcía, como ya he dicho, hacia Tyddlesdon End y Loose Lane, haciéndose muy pedregoso y empinado. A la izquierda, y antes de la bifurcación, un portillo llevaba al bosque y parque de la deshabitada «Wanderslore». El recorrido hasta la linde de ese bosque desierto era un paseo cómodo para mí.

Si por acaso pasaba algún otro caminante madrugador, me podía esconder en los matojos y arbustos que orillaban el camino. Con mi velo oscuro, mi recia sombrilla verde y el discreto chal, sin duda componía una figura extraña y sorprendente. Efectivamente, según lo que he oído, la mala fama de Wanderslore adquirió un sabor todavía más picante cuando en el pueblo se rumoreó que en sus alrededores se habían visto elfos. Pero si yo a veces daba brincos y cabriolas en aquellas excursiones mañaneras, era tanto por hacer ejercicio como por dar salida a mi vitalidad reprimida. También, para prepararme para la falta de esas comodidades en el futuro, tuve la previsión de acostumbrarme a los altos peldaños de la señora Bowater además de los «bateses» pegados, como yo los llamaba. Mi único problema era decidir si practicar con ellos cuando estaba descansada, al inicio del paseo, o fatigada al final. Es natural volverse «raro» cuando se está mucho tiempo solo: juega uno con uno mismo, y la parodia se difumina.

Claro está que aquellas pequeñas expediciones tenían su condimento de peligro, que las hacía tanto más gustosas. Un perro desconocido podía darme un susto. Había una raposa vieja que un par de veces intercambió miradas conmigo desde lejos. Pero la sombrilla me bastaba para hacer frente a la mayoría de los seres que la humanidad no ha llegado a exterminar. Mi aparición súbita podía sobresaltarlos o extrañarlos; pero, si pocos eran los curiosos, menos aún eran los hostiles. Los chiquillos eran lo que más miedo me daba. Una vez un zopenco me tiró piedras a través de la hierba, pero afortunadamente era un cobarde y tenía mala puntería. Hasta que entró el invierno, creo que no desperdicié ni una sola mañana soleada. Y más de una lluviosa me encontró también chapoteando, aunque entonces tenía que ir con cuidado para no coger una mojadura.

Los pájaros renovaban su canto otoñal, se abrían las últimas flores. Más de una hora solitaria pasé oculta por tufos de helechos diseminados donde un haya enorme ahorquillaba sus raíces y arrojaba una luz dorada desde sus hojas marchitas. Sobre las copas de los árboles hacia el este, bajo los cielos mañaneros, se extendía mi Kent hasta el horizonte. Lejos, a mi izquierda y un poco por detrás de mí, se alzaban las

chimeneas de la triste Wanderslore. Aspiraba el aire suave, y el soñador que llevaba dentro vagaba a su antojo. Allí conmemoré el aniversario del nacimiento de mi madre; tejí para ella una corona de flores de hiedra y peralito, y la escondí secretamente en el bosque, dentro de un nido de mirlo abandonado.

Aun así volví a añorar mi hogar de antes. El de la señora Bowater era una casa pequeña, angosta y ahogada, y no muy grata al olfato cada vez que se estaba haciendo la comida. Especialmente decaía mi ánimo cuando, de tanto en tanto, el cartero traía una carta garrapateada de Pollie. Su ortografía y su gramática intensificaban mi morriña. Tampoco la señorita Fenne se había olvidado de mí. Leía y releía sus epístolas de patas de araña hasta que me dolía la cabeza. ¿Por qué, si yo había sido tan insensata y desagradecida, se preocupaba tanto? Hasta los textos que escogía tenían un aire reseco. Me la imaginaba escudriñando a través de las gafas mi letra diminuta y examinando las pruebas de que aún seguía siendo hija de la ira, y mi orgullo se inquietaba tontamente. Así que la señora Bowater acudió en mi ayuda, y entre las dos pergeñábamos respuestas que seguramente no eran más inteligibles porque mi patrona tendiera a expresar mis sentimientos en tercera persona.

Aquel pequeño servicio le hacía pensar en el domingo y en la iglesia. No era, según me contó, «lo que se dice una persona religiosa», porque había tenido que «andar muy despierta en el mundo, que no es oro todo lo que reluce». Eso no le impedía acudir con asiduidad a San Pedro, una iglesia situada a cosa de una milla, en el valle, cuyas cinco campanas, los domingos por la tarde, nunca dejaban de llevar mi pensamiento hacia Lyndsey y sumergirme en las aguas de la melancolía. Amaba su dulce son en el aire encalmado, pero era un tanto deprimente quedarme sola con mis velas, sin nadie más que Henry sentado en el pasillo, esperando tristón el regreso de su ama.

—No es que usted haya de ser *mejor* de lo que es, señorita —me tranquilizó la señora Bowater—. Que hasta una flor del campo, o un perro de caza, si vamos a eso, lleva dentro todo lo que le cabe, por decirlo de alguna manera. Pero hay otro mundo en el que tenemos que pensar, y esperanzas de reunión en otra orilla, donde, a lo que yo alcanzo, ni tamaños ni cuerpos ni categorías se han de diferenciar a la vista del Cordero. Y *no es* que yo sea de los que piensan que sólo los que se llaman buenos hayan de estar allí.

Este parlamento, debo confesarlo, me puso incomodísima.

—Dondequiera que yo vaya, señora Bowater —me apresuré a responder—, no estaré contenta si no está usted también.

—Lo estaré, si Dios quiere —dijo ella adustamente.

Aun así no me dejé llevar a San Pedro. Por qué, no sabría decir: quizá fuera la alusión de mi patrona a los alquileres de los bancos, o su descripción de las hijas del vicario (que ahora estaban cuidando a su padre en Tunbridge Wells), o quizá incluso fuera una mirada fija de su marido desde la pared que en ese preciso instante intercepté por casualidad. Posiblemente, si yo misma hubiera «reservado sitio», ese

aura de ceremonia se habría disipado. De todos modos, algo tranquilizó a la señora Bowater el saber que mi padre y mi madre, a despecho de la señorita Fenne, me habían llevado pocas veces a la iglesia, por estimar que mi ausencia era mejor para mí y para la asamblea. Y le hablé de nuestros pequeños cultos vespertinos en el salón, con la señora Ballard, la doncella, Pollie y el Chico en el sofá, según a quiénes les tocara ese domingo quedarse en casa.

Con eso se aquietaron sus preocupaciones. Un domingo sí y otro no, iba por la tarde a San Pedro y volvía con el texto y fragmentos fundamentales del sermón del señor Crimble, y al domingo siguiente leíamos juntas las lecturas y cantábamos un himno. Una vez hasta acometí yo sola «Como jadea la cierva», que era una de las melodías favoritas de mi madre. Pero al llegar a «Quién tuviera alas» me empezó a temblar la voz, y no estaba el rumor profundo de mi padre para hacer el coro. El domingo no era mi día preferido en Beechwood Hill. La señora Bowater tenía un aspecto un poco solemne, con el cuello blanco encañonado que se ponía. Me recordaba una pierna de cordero. A juzgar por la tristeza y la distracción en que a veces la sumían, las citas del señor Crimble podían tener doble filo. Mi verdadero gozo era oír sus opiniones sobre las modas y modales de los restantes feligreses.

Y así pasaron los meses. Llegó el invierno con sus nieblas, sus lluvias y sus heladas, y el fuego en la bruñida rejilla dejó de ser un lujo vespertino para convertirse en diaria necesidad. Yo salía a caminar cuantas veces podía. Cuando el tiempo era demasiado inclemente, me pasaba cerca de una hora bailando, para alegrarme y para hacer ejercicio, y nadaba sobre una silla. También me entretenía mirando por los visillos a la poca gente que pasaba, clasificándolos por su manera de andar, su nariz, su ropa y sus compañías, y adivinando sus caracteres, ocupaciones y circunstancias. Ciertas leves miradas y movimientos me inducían a pensar que, a pesar de estar yo perfectamente escondida, los más sensibles sentían un vago desasosiego bajo aquel escrutinio secreto. En esos casos, aunque muy a mi pesar, siempre apartaba los ojos: primero, porque no quería entrometerme en su intimidad, y segundo, porque temía que su desasosiego les hiciera no volver. Pero aquel examen microscópico de la humanidad tenía que terminar con el crepúsculo, y a veces las horas a la luz de la vela se hacían largas. Los pocos libros que había llevado conmigo de Lyndsey me los sabía ya casi de carrerilla. Así que a menudo se me iba la vista a una pequeña librería que colgaba a ambos lados de la chimenea, fuera de mi alcance.

CAPÍTULO X

Una noche, durante la cena, me atreví a preguntarle a la señora Bowater si quería bajarme un volumen alto y flaco, de color verde oscuro, que por su aspecto me llamaba especialmente la atención. Mi petición era hartamente simple, pero fue recibida de manera sorprendente: mi patrona se puso muy tiesa y miró a la librería con singular intensidad.

—Esos libros —dijo— son lo que se dice el pasado muerto que entierra a sus muertos.

Yo me detuve con la cuchara en la mano, mirando de la señora Bowater al libro codiciado.

—El señor Bowater —añadió desde las profundidades de su ser— siguió la llamada del mar.

Aquello era el debut del señor Bowater en nuestras conversaciones, y esas palabras, pronunciadas con voz tan hueca y a la vez tan punzante, produjeron en mi espíritu una expectación romántica.

—¿Es que...? —conseguí susurrar al fin—. No es que el señor Bowater esté muerto, ¿verdad?

Los ojos de la señora Bowater, en aquella cara larga de piel oscura, eran como de plomo. Abrió la boca, y su mirada se desplazó lenta hasta quedar fija, según pude advertir, sobre la gran fotografía amarillenta que había a mis espaldas.

—Muerto no —repitió sepulcral—. Peor.

De lo cual colegí que, lejos de estar muerto, el señor Bowater estaba vivo y bien vivo. Pero no mucho más feliz, al parecer, por esa circunstancia. Al instante vi una costa rocosa, barrida por las tempestades, como la había visto en mi *Robinson Crusoe*, y allí el señor Bowater, todavía «siguiendo la llamada del mar».

—¡Para jamás, jamás —continuó la señora Bowater con su voz bíblica—, jamás volver a ensombrecer estas puertas!

—Yo eché una ojeada nerviosa a mis espaldas. La mirada que me respondió era de una arrogancia tan descarada que tuve que cerrar los ojos.

Pero la señora Bowater había sorprendido mi gesto.

—Era, al decir de algunos —explicó con sombrío orgullo—, hombre de buen parecer. De buen *hacer* no lo fue nunca. Pero qué quiere usted, señorita, si las cosas son así, y cuando se está en la flor de la juventud...; aunque oír lo peor puede ser buena medicina si se toma con cuidado, como yo más de una vez le tengo dicho a Fanny... —hizo una pausa para respirar—. Lo que le iba diciendo es que nada de malo hay en que mire usted el libro, si no es más que eso. —Y dicho esto sacó del estante el reseco volumen y lo depositó sobre la mesa, al lado de mi silla.

Yo me bajé, lo abrí por el medio (como mi padre me había enseñado, para no dañar la encuadernación), y por una página negra, negra como la noche, pero

salpicada de un dibujo que me era tan familiar como las rayas de mi mano.

—¡Mire, señora Bowater! —grité, a la vez que corría a apartar la cortina y apuntaba hacia la noche—: ¡Mire, si está ahí! ¡Es Orion!

Allí, en efecto, al otro lado de mi ventana, desparramado en la oscuridad, estrella por estrella igual que en el libro, estaba el Gigante, agitando en el aire sus fuegos prodigiosos. Hasta a la señora Bowater la impresionó mi entusiasmo. Vino a la mesa, comparó el plano con el cielo según mis indicaciones, y hubo de reconocer, aunque no de muy buena gana, que el libro de su marido por lo menos coincidía con los hechos. Yo me agaché y leí en alto un corto pasaje. Ella escuchaba. Y pareció como si en el rostro sombrío alzado hacia la ventana despuntara un gesto de niña. Así fue como las estrellas entraron en mi vida, y fieles amigas han seguido siendo hasta el día de hoy.

Como la casita de la señora Bowater estaba ya llegando a lo alto de la subida, con el levante un poco a la izquierda y sobre los prados, mi ventana dominaba unas tres quintas partes del cielo hacia el sur y el este. De día me pasaba horas estudiando los mapas de rodillas, para así estar preparada cuando oscureciera. Noche tras noche, si el tiempo era despejado o las nubes ventosas jugaban a capricho con las celestiales figuraciones del hombre, me sentaba a la luz de la chimenea y una por una convocaba por su nombre a las mágicas luminarias: Bellatrix, la enorme Betelgeuse, Aldebarán y todas las demás. Miraba a una, y a la vez tenía la vista puesta en otra. De ese modo no sólo aislaba las más pequeñas, ¡sino que poco a poco me di cuenta de que todas, de la primera a la última, furtivamente me hacían señales a mí! Como unos quince días después, mi viejo amigo de Lyndsey, Sirio, coronó la línea de bosques del horizonte. Me oí gritarle desde el otro lado del mundo. Sus súbitas erupciones de carmesí incandescente entre sus esmeraldas y zafiros me inundaron de un deleite casi ridículo.

Mediado el mes de diciembre ya me sabía todas las estrellas grandes de mi región, y con el antejo hasta unas pocas de las gammas y deltas. Pero gran parte del cénit y todo el norte me estaban vedados, y tal es la humana codicia que empecé a penar sin consuelo por ver Deneb, Vega y el Cochero. El deseo se hizo insoportable, y me arrastró a una verdadera temeridad: decidí que en la primera noche serena y clara tenía que llegar como fuera hasta las raíces de mi haya, desde donde tendría a la vista una buena extensión de los cielos norteños. El buen tiempo favoreció mis planes.

Esperé a que la señora Bowater se retirase a su habitación, y entonces me enfundé en mis ropas de más abrigo y me deslicé hasta la entrada. En la primera intentona, una ojeada a la oscuridad que se abría allá abajo bastó para echarme atrás. En la segunda, un hálito de viento furtivo y suspirante me alzó de pronto la capa cuando ya acometía la cuesta y me sopló al oído; di media vuelta y eché a correr. Pero nunca corazón débil ganó constelación hermosa. A la tercera seguí adelante.

La carretera estaba desierta. No había más luz terrenal que la de una farola del

lado de acá de la curva de la cuesta. Yo iba brincando, atenta a escuchar y atisbar, y rebosante de doloroso placer. La oscuridad menguó; mis ojos se acostumbraron a la débil luz de las estrellas. Alcancé el bosque sin problemas. Grande fue mi recompensa. Allí mismo rogué a la luciente Estrella Polar que fuera fiel al señor Bowater. Es un hecho que el miedo, si está de buenas, es compañía estimulante. En lugar de la sombrilla había llevado conmigo un cuchillo extranjero tallado, metido en una funda de cinco pulgadas o más de largo, que había encontrado en la cómoda del gabinete.

Los susurros del espacio, las llamadas de pájaros indetectables en los yermos del cielo, la aparición repentina de formas amenazadoras o siniestras que al acercarme se desvanecían o deshacían en meros troncos o piedras: mi corazón dio más de un vuelco angustiado. Pero al cabo la calma y la magnificencia de la noche se sobrepusieron a las fantasías. Me pareció que un Ser al que se podría llamar Silencio meditaba en soledad allí donde apenas hay visitantes vivos y humanos, y que en su compañía un espíritu inofensivo puede estar en paz. Olvidada de mi grotesco cuchillo, que sin embargo seguía teniendo firmemente asido, era como si el yo fuera allí todo el panorama, y quizá, por ser mi cuerpo tan pequeño, fuera yo menos perturbadora de aquel solemne reposo que la mayoría de los intrusos.

No sé por qué mantuve en secreto aquellos paseos nocturnos. No era por miedo a la señora Bowater; habría puesto en duda mi prudencia, pero no creo que hubiera intentado disuadirme contra mi voluntad. No. Puede ser que todo verdadero astrónomo sea en el fondo un avaro, y tenga como amiga eterna una lambda o una my o una nebulosa perdida, bautizada con su nombre pero no registrada en ningún plano. En mi caso, yo acaparé durante un tiempo el norte entero.

Pero una noche me llevé un susto que me tuvo metida en casa casi una semana. Al salir no había reparado en cerrar la puertecilla de fuera. Algol y el rojo planeta Marte habían sido mi presa entre las nubes lanudas y flotantes. El viento, después de la calma, soplaba levemente del noroeste. Me bajé el velo y emprendí el regreso a casa animosa y alegre.

La visión del agujero negro en la puerta refrenó mis ímpetus rápidamente. Todo estaba tranquilo, sin embargo; pero al entrar en mi habitación noté algo raro en el aire, que no se debía a los ronquidos desesperados de mi patrona que llegaban de arriba. A la luz flotante y vaporosa crucé hasta la escalerita, y en seguida estaba en la cama. Apenas había cerrado los ojos cuando en las tinieblas que me rodeaban se elevó un grito lúgubre y aterrador. Pronto me di cuenta de que el horror mudo que causó en mí no era nada en comparación con el de la pobre bestia, sin duda atraída a la casa por Henry, al encontrarse bajo un techo extraño.

—Bis, bis —dije con voz temblorosa; y de nuevo se alzó el grito dolorido.

Cuchillo en mano, bajé la escalerita, y, guardando la mayor distancia posible con las malignas pupilas que chispeaban verdes debajo de una silla de caoba, abrí las dos puertas de par en par e invité a marcharse a mi indeseada visitante. Entró un ramalazo

de brisa nocturna; hubo un movimiento borroso de algo informe que pasó corriendo, y en un abrir y cerrar de ojos me encontré de bruces en el suelo. Bastante alterada, con un buen arañazo en un muslo, pero por lo demás ilesa, dije adiós con la mano a la fugitiva y me volví a la cama.

En seguida dejé de sangrar. No me atreví a dar a lavar el camisón manchado de sangre; lo escondí en el armario detrás de los vestidos, y a la siguiente mañana soleada me lo llevé al bosque y lo enterré todo lo hondo que pude en una conejera abandonada. A tanto liega la mala conciencia, que, primero, mientras excavaba me pareció oír que una ramita se quebraba inexplicablemente en la maleza; y, segundo, como «ofrenda quemada», hice obsequio a la señora Bowater de un espejo de mano oval con incrustaciones de granates, que era uno de los regalos de mi abuelo. Ella lo llevó a un joyero del pueblo para que se lo montara sobre un alfiler, y se lo ponía los domingos, en vez del habitual camafeo con las Tres Gracias solazándose bajo una Palmera junto a una Fuente.

Entretanto supe un poco más de aquella «Fanny» que me había mencionado. Mi patrona era ciertamente lenta en sus confidencias. Fanny, colegí, estaba de maestra en una escuela distante unas cuarenta millas. Enseñaba «inglés» a los niños. La fugaz señorita Perry me vino a la memoria, y con leve desagrado oí que Fanny no tardaría en volver a casa para pasar las vacaciones de Navidad. Las alusiones que a ella hacía la señora Bowater eran tanto más formidables por ser veladas. Temí la invasión. ¿No se interpondría «entre nosotras»?

Entonces, casualmente, encontré dentro del libro de las estrellas una fotografía de un rorro en brazos de una mujer pensativa y rizada, que, a pesar de tener aquella cosita en el regazo, parecía, por su mirar distraído, como vagamente atemorizada. En el reverso estaba escrito a lápiz: «F.: seis semanas»; y bien enfadada que estaba F. para sus seis semanas. Por alguna razón inexplicable, volví a guardar en el libro la fotografía de aquella señora y no dije nada de ella. Me había entrado la sospecha de que Fanny sólo fuera una hijastra. Eso me sumió en una especie de reflexión crepuscular. Extrañamente, era como si con ello la señora Bowater fuera más admirable, su marido más temible y la desconocida Fanny más misteriosa y enigmática. En la primera ocasión abordé el tema de soslayo y le pregunté a la patrona si me podía enseñar un retrato de su hija.

La fotografía que trajo del piso de arriba estaba tan desvaída que era casi una caricatura. Se había ennegrecido y agrisado. Allí se veía a mi patrona con falda de volantes y muchos años menos, pero en su aspecto no mucho más alegre; junto a sus rodillas, de pie, Fanny, con cinco o seis años; y el señor Bowater, inclinado con singular afabilidad sobre el respaldo tallado del asiento, con los dedos de la mano izquierda muy colocados sobre el hombro derecho de ella. Yo miré a la niña con afán. Era, efectivamente, la gruñona «F.», y una criaturita nada atractiva, con aquella mirada fija y horizontal. El señor Bowater, por su parte, aún no había adoptado la mirada salvaje y rígida que dominaba el saloncito.

La señora Bowater repasó el grupo con lánguida indiferencia. «¡Qué rebelde! Se le ven las lágrimas en las mejillas, por más que hizo el muchacho con su corderito de lanas y sus muecas. Fue el apogeo».

Qué sería el apogeo, pensé. Pero me pareció menos indiscreto preguntar:

—¿El señor Bowater... la quería mucho?

—Era locura —contestó, brillando el vidrio con el delantal—. Pero como si no...; siempre corriendo detrás de las faldas.

Por ese lado parecía difícil mantener la conversación.

—¿No le parece a usted, señora Bowater —proseguí con ahínco—, que se da un aire al señor Bowater en la barbilla? Lo que no le veo —añadí cándidamente— es ningún parecido con *usted*.

Mi patrona se limitó a apretar los labios.

—¿Y es así ahora? —pregunté tras un instante.

Mi patrona volvió a envolver el marco con la fotografía en su hoja de periódico.

—Ese *palmito* es mi preocupación constante, señorita; y dé usted gracias de estar a resguardo del mundo, como quien dice. Y más habiendo de estar su padre lejos de casa, como me supongo, de aquí al Día del Juicio.

Qué curiosa semejanza tenían a veces las cosas que decía con las de mi madrina, y sin embargo cuán distinto era su efecto. Después de aquello mis pensamientos vagaban a menudo a los primeros años de casada de la señora Bowater. Y tan peculiares son los manejos de la mente, que el atlas de los cielos de su marido, su rozagante apariencia de padre joven, la misteriosa referencia a las faldas, me despertaron hacia él un interés casi romántico; hasta tal punto, que poco a poco fui tomando la costumbre de saludar su retrato con una satírica inclinación cuando por las mañanas salía de mi dormitorio, y aun de tirar un beso hacia su mirada invisible cuando me retiraba a descansar por las noches: gestos a los que él nunca dio ninguna respuesta.

Mi siguiente ronda de astroscopia presagió desastres. Digo astroscopia porque es verdad que únicamente salía a la hora en que las personas decentes están en la cama si los cielos estaban barridos y engalanados. Pero la realidad es que mi verdadera cita era con otro Yo. Si hubiera sido otra mi suerte, podría haberle buscado en la Tierra del Fuego o la Malasia, o en una buena boda. Mi mundo era más pequeño. Yo jugaba al escondite con una sombra, con una gota de rocío. Y si Ulises, como me había leído mi padre, sé tapó los oídos para no oír a las Sirenas, yo, a la inversa, abría los míos a los aires etéreos de aquella desnuda soledad invernal.

El repiqueteo espectral de las hojas secas del haya contra los renuevos, el más débil murmullo en los esqueletos de helechos, y ya estaba yo mirando, atisbando y girando sobre mis talones; y los Invisibles, si es que reparaban en mí, no hacían sino sonreírme con sus ojos serios que todo lo ven. En cuanto al primer centelleo cristalino de la escarcha, recuerdo que hice la locura de sentarme (arrebuada, afortunadamente,

en prendas de buena lana) y quedarme allí, minuto a minuto, sin moverme, sin parpadear, viendo como en mi propio espíritu de qué manera los fuegucillos exquisitos se prendían y rebrincaban de punta a punta de liquen y corteza, hasta que de aquel arrobamiento quedó, para volver a casa, poco más que un carámbano ardiente.

Era el 23 de diciembre. Recuerdo esa fecha, y apenas entiendo el sentido o la intención de lo que me trajo. Sentir amor por el bosque escarchado y techado de estrellas, eso era fácil. Pero ¿y si, aunque fácil, no fuera bastante? Me había demorado, hablando a mi manera infantil —costumbre que nunca había de abandonarme— con cada súbita cosilla deliciosa por turno, cuando oí consternada que el reloj de San Pedro daba la medianoche. ¿Fue imaginación mía que al dar la hora, y con la misma paz que una madre cuando está a solas con sus hijos dormidos, el árbol gigante suspirase, y la noche toda enmudeciese como al abrirse una puerta? No lo sé, porque a veces fingía tener miedo sólo por el placer de fingir. Y hasta mi pequeña astronomía Bowater me había enseñado que, teniendo la tierra como tiene sus polos y su ecuador, así están éstos en relación con la eclíptica y el ecuador celeste. Por la misma razón cada uno de nosotros, hasta un mico como yo, ha de vivir en un mundo de la imaginación que está en relación sempiterna con sus cielos. Pero debo contenerme.

Con la mano dije adiós al bosque y a la invisible Wanderslore. Una especie de reflejo de mí, como saliendo de la penumbra, me devolvió el saludo; y en seguida apreté el paso por la cuesta abajo, única cosa móvil en el polvo frío, blanco, luminoso. Instintivamente, cuando ya estaba cerca, alcé los ojos a las ventanas altas de la casa agazapada de la señora Bowater. Para mi total confusión. Porque una de ellas estaba abierta, y allí, como esperándome, asomaba una figura embozada, asomada, y no era la de mi patrona. Toda aquella exaltación audaz se me disipó. Quizá no fuera por miedo por lo que no le había hablado de mis peregrinajes a la señora Bowater; pero, ya que no se los había contado, me disgustó vivamente que «me pillaran».

Tiesa como un poste, miré a través del aire ensombrecido a la figura vaga e inmóvil, ignorante, según todos los indicios, de mi presencia. Pero hay un comercio entre las mentes como entre los ojos. Tuve la absoluta certeza de que allá arriba se estaba *pensando* en mí.

Por un tiempo mi espíritu flaqueó. Me vino la vieja ansia infantil de huir, desaparecer, desvanecerme. Había una puerta en el bosque. El buen sentido, y quizá una curiosidad solapada, prevalecieron, sin embargo. Con gesto decidido, y como si mi permanencia en la calle hubiera sido voluntaria, crucé la verja, subí los «bateses» y entré en la casa. Entonces escuché. Por fin, de arriba me llegó el eco débil de una pisada sigilosa; la ventana se cerró furtivamente. La duda se disipó. Aquella tarde me había preparado para la expedición nocturna durmiendo una siesta. Evidentemente, estando yo dormida había llegado a casa Fanny. ¡La profesora de inglés había

sorprendido a la alojada de su madre haciendo novillos!

CAPÍTULO XI

Si era la hija de la ira lo que en mí ansiaba a veces la noche, el bosque y la soledad, hasta tal punto que el propio pecho me lo sentía vacío, fue entonces la hija de la gracia la que prevaleció. Con infantil exageración empecé a torturarme en la cama, de remordimiento por el engaño que había estado practicando. Tan pronto me decía la Conciencia que lo primero que tenía que hacer por la mañana era una confesión general, tan pronto que sería más decente dejar que Fanny «se chivara». Al cabo pensamientos se enredaron con sueños, y pasé una noche horrorosa.

¿Qué pasaba? Era de día; la señora Bowater me llamaba en voz baja a través de las cortinas, y asomó un ojo. Hasta entonces me había encontrado siempre levantada y vestida cuando me traía el desayuno. La cabeza me dolía violentamente; contemplé el rostro inclinado hacia mí. Algo de mi aspecto la convenció de que estaba enferma, y se empeñó en que me quedara en la cama.

—Pero, señora Bowater... —protesté.

—Nada, nada, señorita; no hay peros que valgan. Aquí se queda usted, que hoy es Nochebuena y hay que descansar y estar tranquilo. Con tanto libro viejo y tanta cosa ha estado usted arruinándose la salud.

A primera hora de la tarde, viendo que su paciente no parecía muy mejorada, mi patrona se fue a la botica en busca de alguna medicina; yo, que ya no soportaba más la inactividad, me levanté y me vestí. El fuego estaba bajo, la habitación mortecina, cuando en la penumbra, estando yo cavilando tristemente en mi silla, se abrió la puerta y entró una mujer desconocida trayéndome el té. Vestía de negro y portaba una luz. Con ella alzada en una mano, y la bandeja de mi té cogida entre el pulgar y el índice de la otra, me miró un poco de refilón. Tenía la tez clara y pálida, y el pelo oscuro, peinado liso sobre las sienes, sin flequillo. Los ojos eran de una claridad casi innatural. Yo la miré asombrada; era nueva en mi mundo. Ella depositó la bandeja en mi mesa, removió el fuego hasta sacarle llamaradas, apagó la vela que traía con un solo soplo de sus labios fruncidos, y se sentó en la alfombra de la chimenea, con las manos unidas sobre las rodillas.

—Mi madre me ha dicho que estaba usted en la cama, *enferma* —dijo—; espero que esté mejor.

Con una voz que era poco más que un susurro, le aseguré que ya estaba bien del todo.

Ella apoyó la barbilla y soltó una leve carcajada:

—¡Vaya susto que me dio!

—Entonces, *era* usted —conseguí decir.

—Sí, en efecto; era yo, era yo.

—Pronunció las palabras como para sí. Volvió a apoyar la cara en las rodillas y me miró sonriente.

—No lo voy a *decir* —añadió con suavidad.

Su tono, su gesto, me llenaron de confusión.

—Pero no piense —empecé airadamente— que por estar aquí no soy señora de mis actos. Tengo mi llave...

Ah, sí, señora de sus actos —me interrumpió melosa—; es que eso es justamente lo que yo *no* soy. ¡Y con llave! La envidia me reconcome. Jamás, jamás en la vida he visto una cosa tan chocante.

Alzó de pronto sus ojos extraños y los puso en mí.

—¿Qué estaba haciendo ahí fuera?

Yo tenía una mentira en la punta de la lengua; pero aquellos ojos grandes y claros me atravesaban de parte a parte.

—Había ido —dije— al bosque..., a ver las estrellas.

Y añadí con voz un tanto pomposa:

—Desde *este* ventanuco sólo son visibles las constelaciones del sur y del este.

No hubo cambio alguno en la expresión de los dos ojos que me escudriñaban.

—*Ya*; y usted las quiere todas. Pues es curioso —prosiguió reflexivamente, atizando de nuevo el fuego—, pero a mí nunca me han atraído demasiado: «tachuelas de los ángeles», como dicen en la catequesis. Fanny Bowater estaba buscando la luna.

Volvió la cabeza una vez más, abrió los labios mostrando una firme hilera de dientes, y cantó en voz baja las primeras palabras, supongo, de algún madrigal antiguo:

—«*Me tiene hechizada*». Y si yo tuviera mi llavecita, y mi puertecita secreta... Pero es igual. «Acusica, Barrabás, en eh infierno te verás». Conmigo está usted a salvo. No soy chivata. Pero quizá le gustaría a usted saber, señorita M., que mi madre la tiene en gran estima. Y yo también, si vamos a eso; aunque quizá por distintos motivos.

Aquellas palabras tranquilas e insolentes me enfurecieron; y, sin embargo, el acento, extrañamente áspero y dulce, como el canto de una alondra en los últimos veinte pies de su descenso de las nubes, era un hechizo. Siempre y en todo momento fue como si hubiera dos Fannies: una visible, su rostro; la otra audible, su voz. Pero el hechizo no hizo sino añadir leña al fuego.

—Le ruego que recuerde —respondí perentoriamente— que ni mi persona ni nada de lo que yo haga es asunto suyo. La señora Bowater es una patrona excelente; puede usted decirle exactamente lo que le parezca; y... —me parecía estar ahogándome—, y tengo costumbre de tomar mis comidas sola.

La cara de refilón se tornó dura y solemne a la luz del fuego; luego giró lentamente, y una vez más los ojos me recorrieron bajo un par de cejas enarcadas: como los ojos de un ángel, vacíos de irrisión, de asombro y de todo otro contenido que no fuera su belleza.

—Muy bien —dijo—. Se le habla como un ser humano a otro, y sería de suponer que lo agradeciera; y he ahí el resultado. La realidad es como es; y, buena o mala, no

seré yo quien la lamente. Si no quiere usted volverme a ver, eso está hecho. No suelo abalanzarme sobre la gente..., no hay necesidad. De todos modos: *no* diré nada.

Se levantó, y, con un pie ligero sobre mi guardafuego, se recorrió por un instante, con infinita compostura, en el gran espejo que cubría el manto de la chimenea.

¿Y yo?... Yo estaba extenuada. La cabeza me ardía como un carbón; mis ideas eran confusas. De pronto perdí el control de mí misma y prorrumpí en sollozos furiosos y ridículos. No hice más, tapándome la cara con las manos secas y calientes, mísera y derrotada. Y la extraña Fanny Bowater, ¿qué hizo?

—¡Cielo santo! —murmuró con desdén—. Yo dejé de gimotear cuando era pequeña.

Y en seguida, con la voz, la manera, hasta el gesto cambiados de repente:

—¡Ya ha vuelto mi madre!

Cuando la señora Bowater llamó a mi puerta, yo, aunque todavía vestida, estaba otra vez en la cama, con el té sin probar en una silla próxima.

—¡Ay, ay! —dijo, inclinándose preocupada sobre mí—, ¡esta carucha está ardiendo, señorita! A los boticarios no hay quien los saque del jabón y la pasta de dientes. Mañana habrá que llamar al doctor Phelps si no está usted mejor. ¡Con el budín de Navidad tan redondito que le tengo cociendo en la olla! A ver, dígame: ¿no le *duele* nada: la garganta, las piernas, nada?

Yo negué con la cabeza. Ella me echó unas gotas de agua de colonia en la sábana y la almohada, me humedeció suavemente las sienes y las manos, encendió una lamparilla, y una vez más me abandonó a mis reflexiones.

Que no fueron demasiado tranquilas. Una sola cosa llenaba mi espíritu: Fanny Bowater, su rostro, su voz, cada mirada y entonación, sonrisa y gesto. Aquella conversación de pocos minutos parecía ya tan remota e increíble como una pesadilla. Las estrellas, el bosque, mis solitarios deleites de aprender y pensar, todo de pronto había quedado vacío y sin sentido. Fanny me despreciaba: y yo la odiaba con una pasión que no soy capaz de describir.

Aun así, en medio del odio, anhelaba volver a tener su compañía; me distraía pensando en las cosas mordaces e ingeniosas que le podría haber dicho, y me la imaginaba confundida por mi desdén y mi indiferencia. Pero ¿volvería a verla a solas? A cada sonido y movimiento de la casa, que hasta entonces tan poco me habían interesado, me ponía a escuchar, conteniendo la respiración; como una momia encerrada en su Pirámide, atenta al aleteo de plumas de su espíritu que vuelve a traerle la vida. Pero no llegaron noticias de la forastera.

Cuando mi puerta volvió a abrirse fue tan sólo para dar paso a la señora Bowater con mi cena: un tazón de papilla de niño, no la habitual leche con galletas de señora mayor. Me reí con rabia por dentro, al pensar que su hija habría presenciado la preparación de aquello. Ni con veinte años, pues, me había acostumbrado a ser de tan poca importancia a los ojos de los demás. Pero también es verdad que ¿quién lo consigue del todo? La causa real de mi rabia no era que Fanny me hubiera tomado

por una liliputiense, sino por *semejante* liliputiense. Sin embargo, ¿puedo decir sinceramente que *alguna vez* la haya tomado yo por mera Fanny, y no por *semejante* Fanny?

La verdad es que había herido mi vanidad, y la vanidad puede ser un enfermo más rebelde todavía que el corazón herido. Cansada y nerviosa, apenas había reparado en la halagadora franqueza de sus palabras. Hasta sus promesas de «no decir nada» de mis andanzas nocturnas implicaban que confiaba en que yo no dijera nada de su promesa. Pensé y pensé en ella. Seguía siendo un enigma. Fría y dura: nadie hasta entonces me había hablado así. Pero su voz... era como si me hubiera corrido por la sangre y me hubiera encendido la mirada. ¡Un mero sonido humano, ponerme a sollozar! Más peligroso aún, empecé a pensar en lo que la señorita Bowater estaría pensando de mí, hasta que, exhausta, me dormí, y soñé que era niña otra vez y estaba encerrada en uno de los tarros de cristal de la señora Ballard, y que una mujer peluda que era como una mezcla de la señora Bowater y la señorita Fenne golpeaba el tarro con un dedo metido en un dedal, para aterrorizarme más.

A la mañana siguiente, gracias a Dios, me hallé de nuevo en mis cabales. Salí de la cama y miré por la ventana. Era el día de Navidad. Del cielo gris caía un fino espolvoreo de nieve. El campo estaba sereno y helado. Sentí, por así decirlo, como un hambre asomada a la cara. Había en mi vida algo asombrosamente nuevo. Todas las cosas conocidas se habían vuelto un poco extrañas.

Por la noche, además, alguien —y con sentimientos mezclados conjeturé quién— debía de haberse colado en mi habitación mientras dormía. Sobre una silla junto al lecho había extendida una chaqueta acolchada de color carmesí con hilos de oro, una delicada labor de aguja que habría hecho las delicias de mi abuelo. Al lado, enrollada en el suelo, había una alfombra gruesa de lana, a rombos rojos y verdes, del tamaño justo para tenderla junto a mi cama. Aquellos regalos multiplicaron mis autorreproches y me infundieron una aguda nostalgia.

¿Qué debía hacer? Por debajo de esos pensamientos había un burbujeo silencioso de expectación y gozo, como agua bajo una barca. El orgullo y el sentido común libraron batalla en mi ánimo, y fue el orgullo el que salió vencido. Cuando la señora Bowater me trajo el desayuno, encontró a su enferma sentada y luciendo la bonita chaqueta de Fanny, y la alfombrilla tendida sobre el piecero de la cama para mi contemplación constante. Tampoco yo me había olvidado de la señora Bowater. Mediante una pequeña estratagema había averiguado el nombre y la dirección de un boticario del pueblo, y en la bandeja, al lado de mi desayuno, venía el bonito frasco de agua de lavanda que yo misma le había encargado que enviase por el correo de Nochebuena.

—Ande, señorita, que bien me ha sorprendido usted —me aseguró—. Y que más parece regalo de San Valentín que de Navidad; que es la única esencia, que se dice, por la que tengo yo gusto.

Estaba claro que no era la ocasión de confesarse, aun si hubiera tenido intención

de hacerlo. Pero me hice por lo menos medio juramento de no volver a ir a mirar las estrellas sin que ella lo supiera. También mi aspecto le gustó más, aunque no tanto como para convencerla de dar contraorden al doctor Phelps. Su mano larga y amarillenta, con el gastado anillo de casada, estaba alisando la colcha; yo la aferré, y, avergonzada, la miré sonriente a la cara.

—Me han hecho ustedes muy feliz —dije. Ante esa pequeña observación los pesados párpados temblaron, pero no contestó nada.

—¿Ha tomado... —conseguí por fin preguntar—, ha tomado algo Fanny antes de ir a avisar al médico?

—Una taza de té —dijo la señora Bowater sucintamente. Una curiosa felicidad tomó posesión de mí.

—Es muy joven para estar de maestra; no tiene muchos más años que yo.

—El peligro era tenerla en casa —fue la oscura respuesta—. No siempre nos llevamos bien.

Por un instante vi reunidas las dos caras, la oscura y cavernosa que se cernía sobre mí y aquella otra de aérea claridad y belleza.

Es curioso —observé—; yo me la había imaginado completamente distinta.

—Una cosa es lo que se ve, y otra lo que hay dentro de la cabeza; y entre lo uno y lo otro hay que andarse con pies de plomo.

A eso de las once entró en la habitación un hombre de unos treinta años, de aspecto muy serio, que traía en la mano un par de grandes guantes de piel rojiza. En el primer momento no vio mi dormitorio; luego, tras comentar circunspecto, con voz alegre y hueca. «Conque ésta es nuestra paciente», me dio los buenos días y tomó asiento junto a mi cama. Un rubor intenso le cubrió las rubias y aterciopeladas mejillas mientras devolvía mi escrutinio y me pedía que le mostrara la lengua. Yo la saqué y él se ruborizó todavía más.

—Y el pulso, por favor —murmuró, levantándose. Yo me subí la manga carmesí de la chaqueta de Fanny, y él, con delicadeza extremada, me puso sobre la muñeca la punta de un dedo cuadrado y gélido. Una vez más sus pestañas rubias empezaron a parpadear. Sacó del bolsillo de su chaleco un fino reloj de oro, comparó latido con latido, frunció las cejas y se volvió hacia la señora Bowater.

—¿No sabrá usted, me figuro, cuál es el pulso *normal* de la señorita?

—Como hasta ahora no ha habido motivo de pensar en ello, no —replicó la señora Bowater.

—¿Algún *dolor*? —dijo el doctor Phelps.

—Dolor de cabeza —repuso por mí la señora Bowater—, y pinchazos en las extremidades.

Al oír eso el doctor Phelps se sacó del chaleco un estuche de metal, lo miró, me miró y lo volvió a guardar. Se inclinó sobre mí para escuchar el susurro de mi respiración, tanto que temí perderme en el laberinto de su aterciopelada oreja.

—Hum. Algo de fiebre —dijo pensativo—. ¿Alguna razón para suponer que podamos haber cogido frío?

La cabeza de la almohada se movió suavemente de un lado a otro, y yo creo que sus mejillas se tiñeron de un rojo todavía más encendido que el que había coloreado las de él. Tras un par de preguntas más, y un coloquio en voz baja con la señora Bowater en el pasillo, el doctor Phelps se retiró y su coche echó a rodar.

—Un muchacho muy concienzudo —le resumió la señora Bowater desde la puerta—, pero no es de la clase que yo escogería cuando me llegue la hora. Necesita usted reposo y calor, señorita; dieta abundante y ligera; y además de eso, medicinas. Todo lo cual, salvo lo último, que principalmente es agua, no hay que ir en coche para saberlo.

Pero «paz y buena voluntad»^[11]: a mí me agradó el doctor Phelps, y tan mejorada me hizo sentirme su ciencia que aún no se había apagado el ruido de su vehículo y ya había saltado yo de la cama, sacado el baúl de debajo y extraído de él una preciada caja de marfil. Al quitarle la tapa, aquella ingeniosa obra dejaba ver un Templo Oriental, con un árbol de ancho porte, un estanque, un ave zancuda y una montaña; y todas esas cosas exquisitamente pintadas en sus colores naturales. Procedía de la China, y había pertenecido al hermano de mi madre, Andrew, que fue oficial de Marina y murió en el mar. La envolví en un cuadrado de seda y até el envoltorio con un hilo verde. Durante toda la visita del doctor Phelps mi cabeza había estado tan alborotada tramando esa estratagema que fue un prodigio que no me lo notara en el pulso.

Cuando la señora Bowater me trajo la comida de Navidad —¡poco más que salsa de pan y una ramita de acebo!—, yo metí la cuchara y, con toda la inocencia que sabía mostrar, pregunté si a su hija le gustaría ver una muestra de costura verdaderamente fina.

Los ojos negros se quedaron, quietos, y luego la sombra de una sonrisa se desvaneció sobre sus facciones: «Cómo no, señorita. Se lo diré». Sola de nuevo, me volví sobre la almohada y me reí hasta casi saltárseme las lágrimas.

Toda la tarde estuve esperando, con las ascuas de fuego que la noche anterior había preparado para la cabeza de mi enemiga hechas ahora cenizas de penitencia sobre la mía. Un espeso olor a guiso llenaba la casa, y hasta última hora no apareció Fanny Bowater.

Traía puesto un vestido blanco de muselina, y una corona de hojas de verde pálido en el pelo.

—Voy a una fiesta —dijo—, así que no puedo perder mucho tiempo.

—La señora Bowater piensa que le gustaría a usted ver una labor *realmente* hermosa —repuse yo con dulzura.

—Bueno —dijo ella—. ¿Dónde está?

—¿Quiere usted acercarse?

Aquella figura, lo más parecido que he visto nunca a la cinta de plata de la luna

nueva, pareció flotar en mi dirección. Yo contuve el aliento y alcé la mirada a aquellos ojos claros y serenos.

—Es esto —susurré, pasándome las dos manos por la pechera de su chaqueta carmesí—. Es únicamente que quería decir: Gracias.

Al instante saltó de sus labios una risa baja y cristalina.

—¡Pero si no vale *nada*! La verdad es que es un tipo de labor que odio; pero mi madre me hablaba de usted en sus cartas; no tenía otra cosa que hacer; y me divertí por lo pequeño.

Yo asentí humildemente.

—Sí, sí —murmuré; a chico pajarillo, chico nidillo. Lo sé. Y..., y aquí, señorita Bowater, tengo un regalito de Navidad para usted.

Contemplé con voracidad su liso rostro mientras desataba el hilo.

—¡Lina cajita de marfil! —exclamó, levantando la tapa—. Y un templo budista; qué cosa más bonita. Muchas gracias.

—Sí, señorita Bowater; y ¿ve usted ahí, en la esquina? Una luna. «La tiene hechizada».

—Así es —rió, cerrando la caja—. Yo ya estaba pensando —continuó con solemnidad— que me habían enviado al rincón, que había caído en desgracia por los siglos de los siglos.

—No diga eso, por favor —supliqué—. *Podemos ser amigas, ¿no es verdad? Ya estoy mejor.*

Sus ojos se pasearon sobre mi cama, mi armario y todas mis posesiones.

—Pues claro —dijo—; cómo no.

Y se volvió a reír.

—¿Y usted me cree?

¿La creo en qué?

—¿En que era por las estrellas? Pensé que su madre se podía preocupar si lo supiera. En realidad, no había absolutamente ningún peligro; y se lo voy a decir.

—¡Vaya por Dios! —repuso con una vocecilla fría—; ¡conque todavía la sigue preocupando! A mi me..., me dio envidia.

Miró hacia atrás y se inclinó hacia mí.

—La próxima vez que vaya —me dijo en un susurro— iremos las dos juntas.

Mi corazón dio un salto furioso; mis labios se cerraron con fuerza.

—Yo podría decirle ahora los nombres de algunas estrellas —dije, en un último forcejeo con la conciencia.

—No, no —dijo Fanny Bowater—, no son las estrellas lo que yo voy buscando. La próxima vez que haga buena noche saldremos al bosque. Usted me esperará hasta que todo esté en silencio. Será un buen ejercicio de astronomía *práctica*.

Escrutaba mi rostro, y empezó a reírse en silencio como si me leyera el pensamiento.

—Trato hecho, pues. ¿Qué es la vida, señorita M., sino experiencia? Y ¿qué es la

experiencia sino conocerse a sí mismo? Y ¿qué es conocerse a sí mismo sino la cima más alta de la sabiduría? De todos modos, es mucho más interesante que el Príncipe de Dinamarca.

—Sí —convine—. Y todavía hay casi luna llena.

—¡Ajá! —dijo ella—. ¡Pero *qué* mundo con una nada más! Júpiter las tiene por docenas, ¿no? ¡Cómo serán allí los Paseos de los Enamorados! —Se puso en pie exhalando un suspiro de aburrimiento, y se alisó la falda con sus manos largas y estrechas. Yo contemplaba absorta su belleza.

—No me gustan nada las fiestas de aquí —dijo—. No merecen la pena.

—Va usted ene-...; va usted muy bien.

—Hum. Pero de qué sirve sin nadie que lo vea.

—Lo ve usted misma. *Vive* usted dentro.

El rostro reflejado en el espejo, que yo estirando el cuello alcanzaba apenas a distinguir, frunció sus cejas plácidas.

—Bueno, si bastara con eso seríamos todos ermitaños. Yo más bien pienso si Dios no haría al hombre casi exclusivamente con la esperanza de su apreciación bípeda. Pero a lo mejor usted reprueba el incienso.

—En absoluto, señorita Bowater. Mi tía Kitilda era católica, como toda la familia de mi madre.

—Eso está bien —dijo la señorita Bowater. Tiró un beso al espejo y la cama de dosel, me lanzó una última sonrisa férvida y se fue. Y la cajita que yo le había dado quedó sobre la mesa, junto a mi cama.

Mucho más tarde me despertó un rumor de voces que se acercaban. Instintivamente me incorporé, clavados los sentidos en el rumor como un vampiro. Parecía como si las voces discutieran; luego cesaron las pisadas, y en el aire nocturno sonaron claras estas palabras:

—Pero si me impuso la promesa de *no* escribir. ¡Y usted, Fanny, ha roto la suya!

—Según eso, habrá de confesar —fue la cauta respuesta— que soy consecuente. En cuanto a las promesas, puede hacer absolutamente lo que quiera con sus pedazos.

—¿Lo dice de verdad? —fue la réplica ahogada.

—¡Eso —exclamó ella quedamente— depende totalmente de qué se entienda por «de verdad»! ¡Ande, anime el gesto! En seguida se pondría más viejo y más feo si no hubiera más que ese poco de luna para iluminarle la cara.

—Ay, Fanny. ¿Nunca hablará en serio?

Pareció como si la congoja que había en aquellas palabras se arrastrara en mi propio interior en busca de cobijo. La respuesta fue un chispeante borbotón de carcajadas, seguido de una llamada firme y rotunda en la puerta. Fanny había regresado de la fiesta, y la espía hundió la cara en la almohada. Así que le gustaba hacer sufrir. Y sin embargo...

CAPÍTULO XII

Al día siguiente la señora Bowater no estaba en casa cuando vino el doctor Phelps a visitarme por la tarde. Fue Fanny quien le hizo pasar a mi habitación. Él volvió a tomarme el pulso, miró al trasluz el frasco de medicina, dejó mi lengua sin consultar y dictaminó que «íbamos muy bien». Como así era. Mientras se desarrollaba esta indagación profesional Fanny nos contemplaba en silencio, hasta que exclamó que eran las cuatro y media, hora de servirme el té. Estaba detrás del doctor Phelps, y durante algunos segundos yo observé con extremo interés pero tarda comprensión una serie de pequeños movimientos mudos de cejas y labios que me dirigía mientras el doctor tomaba notas en una agenda de cuero. Al cabo me encontré repitiendo, como a su dictado, una amable invitacioncita a que tomase el té conmigo. Los extrañados ojos azules se alzaron sobre la agenda, y ya la cabeza rubia y escuadrada marcaba una negativa cortés cuando Fanny exclamó, como inspirada: «¡Ay, claro, doctor Phelps, qué descuido tan torpe!».

—Gracias, gracias, señorita Bowater, pero... —exclamó el doctor Phelps alzando una mano suave, en actitud casi estatuaria. Su negativa llegaba tarde. La señorita Bowater ya había salido precipitadamente de la habitación.

Al doctor se le pasó el pánico. Volvió a sentarse, y, comentando que hacía una tarde muy fría, pronosticó que si seguían las heladas veríamos patinar. Esta clase de conversación tiende a desvanecerse tan pronto, como una brisa en el calor, que yo no hacía más que pensar en qué decir a continuación. Además, cada vez que el doctor parecía impulsado a mirarme, apartaba la vista mucho más deprisa, y el sonido de su voz parecía indicar que no estaba del todo seguro de no estar hablando sólo para sí mismo. Para que se sintiera más cómodo yo pregunté audazmente si tenía muchos otros liliputienses entre sus pacientes.

Las largas pestañas barrieron sus mejillas; durante un rato meditó sobre los visillos de mi patrona.

—Pues la realidad es que más bien *no* —repuso por fin, como quien da el resultado de un cálculo matemático.

—Yo supongo, doctor Phelps —inquirí entonces— que podría haber más en cualquier momento, ¿no?

Esta vez nuestras miradas se encontraron, y él parpadeó.

—Quiero decir que mi padre y mi madre —expliqué con cierta confusión— eran de tamaño corr-..., de tamaño normal. Y me estaba preguntando si usted mismo lo lamentaría (de una manera muy general, por supuesto) si se encontrara con su clientela reducida en ese sentido.

—¿Cómo reducida?

—Quiero decir con *pacientes* más pequeños. Nunca tuve ocasión de hacerle esa pregunta al médico de casa, el doctor Grose. En Lyndsey. Además, yo era entonces

una niña. Pero, primero, ¿es verdad o no que los gigantes suelen ser gente más bien obtusa? Así que nadie escogería deliberadamente *esa* clase de cambio. Si es cierto, pues, que la calidad varía con la cantidad, ¿no podría haber una mejora en la otra dirección? Me creerá usted de lo más ego-..., egocéntrica. Pero hay que ponerse del lado de Jack, ¿no? ¿Aunque se sea Jill?^[12]

—¿Qué Jack?

—El que mató al Gigante.

Él me miró con curiosidad, y una vez más el pulgar y el dedo índice se le escaparon hacia el bolsillo del chaleco donde llevaba el termómetro. Pero, en lugar de sacarlo, tosió.

—Existe una norma... —empezó a decir con una voz que no era del todo la suya.

—¡Ah, claro que existe! —le atajé yo, alzando las manos—. ¡Pero por qué, me pregunto, tiene que haber tantísimos ejemplos de la norma!

Era como si una voz de dentro me urgiera. Quizá hubiera que echar en parte la culpa a la excitación de la llegada a casa de Fanny.

—Yo me siento junto a esa ventana y miro a la gente que pasa. En lo que hace al tamaño, doctor Phelps, todos son la norma, si descontamos los pocos defectillos que pueda haber de..., de moldeado. Así que figúrese usted lo que tiene que ser Londres. Bueno, es que allí no habrá *nadie* que se distinga.

—Pero qué duda cabe —el doctor Phelps sonrió indulgentemente, aunque daba la impresión de que las pestañas se lo entorpecían—, que duda cabe de que es posible la variedad, sin..., eh..., exceso. De hecho tiene que haber variedad para llegar a la norma, ¿no es cierto?

—Se asombraría usted —le aseguré— de lo leves que son realmente las diferencias. Unas pulgadas, unas onzas; rojo, negro o castaño; y la edad, y el sexo, claro está; y se acabó. Ahora bien, ¿no es verdad, doctor Phelps, que veinte mujeres casi cualesquiera —tomadas al azar— pesan alrededor de una tonelada? Y no me diga que hay una razón particular para que los cascarones humanos tengan que pesar eso exactamente. No somos bogavantes. Sin embargo, le diré que yo me he fijado, y realmente parece como si les gustara ser todos iguales. Se diría que lo intentan: en comportamientos y costumbres, conocimientos y comidas, sombreros y botas, en todo. Y si es así por fuera, me imagino que por dentro también. Resulta muy misterioso. Todos *pensando* lo mismo, poco más o menos: Ideas-Norma; cinco pies cinco pulgadas. Al fin y al cabo, la monotonía de los envoltorios no importaría tanto si el contenido fuera distinto. «Cuarenta comiendo como uno»: ¿quién decía eso? Ahora en serio, doctor Phelps, ¿no le parece?... Por supuesto que al principio sería muy grave para sus padres que todos los bebés humanos salieran liliputienses, pero también sería divertido, ¿no? Y bueno, tampoco es que sea ésa mi idea.

El doctor Phelps se aclaró la voz y consultó su reloj.

—Sin duda —dijo, con un énfasis peculiar que ya tengo yo observado que suelen poner los hombres cuando las personas de mi sexo plantean preguntas inteligentes o

no inteligentes—, sin duda usted y yo nos estamos comprendiendo. Yo intento hacerme entender por *usted*. De modo que los extremos *pueden* tocarse; o yo, al menos, tengo esa confianza.

Y me dirigió una inclinación torpe y encantadora.

—Dígame, pues, ¿en qué consiste esa diferencia peculiar que tanto le preocupa? No querría usted una Inglaterra pigmea, un Universo pigmeo, ¿verdad que no, señorita M.?

Fue una lástima. Una Inglaterra pigmea: la idea me deslumbró. Unos minutos más, y acaso el doctor Phelps hubiera quietado todas mis dudas. Pero en ese momento entró la señorita Bowater con el té, y la conversación tomó otro sesgo muy distinto. Fanny, sencillamente, le dio el tamaño de Fanny. Hasta el doctor Phelps resultaba mucho más apuesto en su compañía; más sociable. Tampoco íbamos a quedar en trío. No había acabado Fanny más que una rebanada de pan tostado sobre mi chimenea, ni enrojecido más que una mejilla, cuando una llamada a la puerta, más larga y mucho menos vigorosa que la del doctor Phelps, volvió a sacarla de la habitación. Y un par de minutos después nuestro té vino a ser un té de cuatro, con distribución parigual (en número, por lo menos) de ambos sexos.

Por dichosa coincidencia, lo mismo que el Buen Rey Wenceslao se asomó a la calle en la Fiesta de San Esteban^[13], así el señor Crimble, el coadjutor de la iglesia de San Pedro, se había asomado desde la calle. Por su «¡Hombre, Phelps!» se echó de ver que nuestros invitados se conocían bien; y Fanny y yo disfrutamos en seguida de un té enriquecido con la crema de la sociedad local. El señor Crimble tenía suaves ojos oscuros, gafas de oro, labios rojos más bien gruesos, y una voz que me recordaba las frambuesas. Creo que había oído hablar de mí, porque se mostró muy atento, y manejó mi tacita y mi platillito con destreza notable, aunque un tanto llamativa.

Se encendieron velas. La charla no tardó en animarse. Del tiempo de esa Navidad pasamos al tiempo de la anterior, a las perspectivas de patinaje del doctor Phelps, y de ahí a los buenos tiempos de antaño, al señor Pickwick, a nuestras respectivas creencias infantiles en Santa Claus y los calcetines, y a los padres crédulos. Fanny repitió algunas observaciones ingenuas de sus alumnos, y el señor Crimble las completó con una colección de *ocurrencias* bíblicas recogidas en su catequesis. A mí no me daba tiempo de mirar tan deprisa como habría querido del uno al otro. El doctor Phelps masticaba con regularidad y miraba al señor Crimble. Nos habló a su vez de una paciente suya, una tal señora Hall: la pobrecilla tenía ciento un años, y nada le gustaba más que jugar a los soldados con su nietecito.

—Es una segunda infancia, literalmente. Decadencia senil —dijo, entregando su taza.

De la señora Hall pasamos naturalmente a temas parroquiales; y entonces el señor Crimble, sin más rodeos, se tragó de golpe su bocado de tostada para explicar el objeto más íntimo de su visita.

Tenía el empeño de convencer a la señorita Bowater para que cantase en el concierto anual de la parroquia, que iba a darse en la víspera de Año Nuevo. Por más que lo intentase, no había logrado persuadir al vicario de la eficacia de las vigili- as litúrgicas. Así que en su lugar habría un concierto. De modo que la señorita Bowater, como siempre, ¿querría ser tan amable, y querría yo añadir mis ruegos a los suyos? Mientras él miraba a Fanny, y yo también, por uno de esos curiosos caprichos de la mente, me di cuenta de que el ángulo particular con que ladeaba la cabeza era exactamente el mismo con que la ladeaba yo. Ante lo cual miré al doctor Phelps, pero él estaba muy bien puesto y derecho, uno comiendo como cuarenta. En vista de que Fanny no se decidía, se apeló a él. Casi con mayor vehemencia de lo que parecía desear el señor Crimble, el doctor convino en que el talento musical con que se podía contar no era demasiado abundante, y prometió adquirir tantas de las costosas entradas como piezas cantase la señorita Bowater.

—Yo no puedo presumir de entendido en música como usted, Crimble. Pero me gusta una voz bonita..., con moderación; y le aseguro a usted, señorita Bowater, que soy un oyente excelente..., si hay ocasión de serlo, claro está.

—Ah, pero yo también —dijo Fanny—. Y, realmente, creo —y se puede juzgar por la voz hablada, ¿no es así, señor Crimble?—, creo que usted también canta.

—Cante, señorita Bowater —terció el señor Crimble, inclinando hacia atrás la silla—. «El pecho golpeose el invitado, sintiendo la voz fuerte del fagot». Usted juegos de manos, ¿eh, Phelps? Con un estetoscopio y un termómetro clínico; y yo sostengo el sombrero y hago la tortilla. Se vendría abajo el auditorio.

—Era «oyendo», no «sintiendo» —intervine yo.

Los seis ojos giraron como hacia una voz salida de las nubes. Hubo un silencio.

—Claro, exactamente —exclamó el señor Crimble, dándose una palmada en una pierna.

—Pero yo querría que el doctor Phelps *cantase* —dijo Fanny bajito, pasándole el azúcar.

—Tiene que cantar, cantar —dijo el señor Crimble, desbordante de júbilo—. Trato hecho. *Gracias*, señorita Bowater —y fue como si se le derritieran los ojos del éxito—, ya está completo el programa.

Sacó un papel del bolsillo interior y esgrimió un lápiz de plata.

—Señora Browning, «La tierra mejor»: mejor con cada año que pasa. A eso seguirá «Arenques del pregón», aunque hasta ahora no he conseguido averiguar qué clase de arenques sean éstos.

Sonrió hacia mí de oreja a oreja.

—Señorita Finch..., esta tarde me envía los títulos de sus canciones. Señorita Willett y señor Bangor, «Ay si los dos», y extraña pareja harían; y «Mi amor es como...». Anuales y perennes. Señora Bullace: recitará poesías, «Abt Vogler» y seguro que algo de lord Tennyson. Flauta, el señor Piper; violonchelo, la señorita Oran, sobrina de *lady* Pollacke; y de entremés cómico, Tom Sturgess, por supuesto;

aunque espero que este año sea un poco más, eh..., ecléctico. Y usted y yo — volviendo de nuevo hacia mí su gesto de niño—, nos pondremos con la señora Bowater en la primera fila de arriba, para hacer la claqué, ¿verdad, Phelps?

Parecía estar en el colmo de la animación. Bueno, pensé yo, si la cháchara de sociedad y la *bonhomie* son así de agradables y fluidas, ¿por qué mi madre no...?

—Pero ¿por qué arriba? —dijo de pronto Fanny desde la alfombra, arrastrando las sílabas y con el pequeño atizador de acero ya enfilado—. La señorita M. *baila*.

La clara voz raspó al decir la palabra. Un silencio peculiar siguió a sus últimos acentos. Los rostros de los dos caballeros se estiraron, y los dos, supe yo aunque no les atendía, se quedaron mirando, y *no* a su anfitriona. Pero ahora la propia Fanny me miraba a mí, con sus ojos claros muy quietos en la llama de las velas, que, con sus reflejos en el tremó de la señora Bowater, no eran dos sino cuatro. En esos ojos puse yo los míos, sin adentrarme en ellos.

Todo el día mis pensamientos habían estado en ella como en el vino las burbujas. Todo el día la esperanza de la noche siguiente y de nuestra expedición al bosque había sido, por así decirlo, como un palacio por el que había vagado mi pueril fantasía, y ahora, aunque sólo pocos minutos atrás hubiera estado gorjeando mi pequeña filosofía extemporánea al oído del doctor Phelps, los fuegos del autodesprecio y del odio ardieron en mí más vivos que nunca.

Me olvidé hasta de la chaqueta coquetona que llevaba encima.

—La señorita Bowater tiene a bien ponerse satírica —dije, con el puño cerrado sobre el regazo.

—¿*Satírica* yo? —clamó Fanny, apelando al doctor Phelps—. Hágame usted justicia.

El doctor Phelps abrió la boca, tragó saliva y la volvió a cerrar.

—Realmente, yo creo que no —dijo el señor Crimble persuasivo, acudiendo en su ayuda—. De hecho sería extremadamente amable y, eh..., entretenido; aunque el baile, eh..., y..., a menos que, quizá, tantos desconocidos... En cualquier caso, podemos contar con su *presencia*, ¿verdad, señorita M.?

Seductivamente se inclinó hacia mí, pasando índice y pulgar sobre la cruz de oro lisa que le colgaba de la leontina sobre el negro chaleco.

—Claro que sí —repuse yo—, cuenten conmigo para la claqué.

La habitación se había sumido en silencio. Se palpaba la tensión.

—Entonces, trato hecho. La víspera de Año Nuevo nos..., nos volveremos a ver todos. A menos, señorita Bowater, que haya alguna esperanza de verla a usted antes..., únicamente por la disposición de los *títulos* y demás de sus canciones en el programa.

—No —sonrió Fanny—. No veo esperanza ninguna. Olvida usted, señor Crimble, que hay mucha tela cortada. Y ¿no sería mejor que viera usted antes a la señorita Finch?

El señor Crimble le lanzó a la cara una mirada extraña. Estaba muy cerca de ella,

y fue casi como si susurrara: «Fanny». Pero no había tiempo de discutir más. El doctor Phelps, enguantado y abotonado, estaba ya en la puerta.

Fanny volvió a la habitación una vez despedidos nuestros invitados. Yo oí sus voces masculinas en animada charla según atravesaban el aire frío y oscuro bajo mi ventana.

—Creí que no se irían nunca —dijo Fanny frívolamente, enroscándose en el pelo un rizo fugitivo—. Escuche, me parece que es mejor que no le digamos nada a mi madre sobre el té..., al menos por ahora. Son muy sosos: debe ser de estar siempre encerrados en un sitio tan soso y aburrido. ¿Cómo se le pudo ocurrir invitar al doctor Phelps a tomar el té? De verdad, de verdad, señorita M., que es usted bastante asombrosa. ¿No tengo razón?

¿Qué derecho tenía a hablarme así, como si nos hubiéramos reencontrado después de otra vida? Estaba recogiendo rápidamente los restos del festín, y se detuvo.

¿Enfurrñada? —preguntó dulcemente.

Yo me dominé con esfuerzo.

—¿Así que lo decía usted en serio? ¿Realmente me cree capaz de rebajarme hasta ese punto?

—¡Rebajarse! ¿A qué? Ah, se refiere a lo del baile. ¡Mira que estar todavía dándole vueltas! De todos modos, se pone usted muy divertida cuando se enfada: «Diafenia como el narciso», etcétera^[14]. ¡Cielo Santo, no hay que esconder ninguna clase de luz bajo el celemín! Seguro que el reverendo Harold diría lo mismo. ¿No es ser un poquito pedante?

—Me figuro —repliqué yo— que el doctor Crimble diría cualquier cosa agradable a *cualquier* mujer joven.

—No me cabe la menor duda —convino—. Es como lo de la otra mejilla. Pero la cuestión está en qué le diría la mujer joven en respuesta. Es usted demasiado sensible, señorita M.

—Es posible. —¡Ah, poder escapar de aquella horrible red tendida entre nosotras!—. Lo que sí sé es que... estuve despierta hasta medianoche porque me había hecho usted algo así como una promesa de venir. Después... «conté los pedazos».

Su cara enblanqueció bajo la clara piel.

—Ah, conque escuch-... —empezó volviéndose hacia mí, pero se contuvo—. ¿Sabe lo que le digo? —dijo, con un temblor en la mano—: Que estoy harta de todo. ¡Esos... imbéciles! ¡Buf! Creí que usted, siendo como es, una criatura que sale a pasitos de la noche, lo podría entender. Existe una cosa que es la amistad sobre bases falsas, señorita M.

¿Habla ella también, como suponía, a un confidente poco más externo a su persona que ese ser interior con el que nos traemos conversaciones y debates tan interminables? Su violencia me escandalizó, y todavía más lo de «imbéciles». Porque todavía esa palabra seguía estando, en mi ánimo, pared con pared de la horrible «Raca»^[15].

—«Comprender» —dije—, comprendería, si usted me dejara. Pero lo que hace es ocultarse en..., en su propio exterior. Se cree que porque soy como soy no valgo más que eso. Usted es la... necia. Pero no riñamos. Llegó, simplemente. Yo no sabía nada. Cada hora, cada minuto...

Mi lengua podía atascarse, pero mi cara sí se expresaba. Fanny tenía que haber oído muchas confesiones del mismo género, pero en la suya se dibujó una incredulidad casi pueril.

—¡Un momento —dijo—; un momento! No tardo nada.

Salió rápidamente de la habitación con las cosas del té, haciendo una pausa instantánea, como de pájaro en la rama, para empujar la puerta con el pie. La esclava que dejaba atrás escuchó cómo morían sus pasos con una mezcla de vergüenza, pena y una felicidad inefable. Ahora sé que no es cuando estamos cerca de las personas cuando llegamos a ellas, quiero decir no en su aspecto, en sus palabras, sino únicamente siguiendo sus pensamientos hasta allá donde el espíritu de dentro juega y tiene su ser. Quizá, de haberlo descubierto antes, no habría sido presa tan fácil de Fanny Bowater. Esperé; pero aquel particular intercambio de confianzas no había de completarse nunca. Sonó una llave en la cerradura. Fanny tuvo el tiempo justo de asomar por la puerta una cabeza gacha, casi serpentiforme.

—¡Esta noche! —susurró—. ¡Y ni una palabra, ni una palabra!

CAPÍTULO XIII

¿Hubo sospechas aquella noche en la cara de la señora Bowater? En la cena nuestra habitual charla familiar se limitó a unas pocas palabras. En mí ardía el viejo conflicto: odio de mi engaño, horror de traicionar a un cómplice y ansia de la solemne soledad y quietud de las tinieblas. Aplasté mis dudas y eché una mirada lúgubre y hostil al largo rostro, tan amarillo de piel y sombrío de expresión. ¿Cuándo se marcharía y me dejaría en paz? El atiborrado saloncito yacía estancado a la luz de las velas. Parecía imposible que la señora Bowater no oyera los pensamientos que me corrían por la cabeza. Al parecer no los oía. Ordenó mis pocas pertenencias, que yo, transgrediendo mis hábitos de pulcritud, había dejado desperdigadas por la mesa. Me dio las buenas noches; pero se detuvo en la puerta para volverse a mirarme. Aun así, la intimidad que hubiera pretendido compartir conmigo fue postergada.

—Buenas noches, señorita —repitió—; y, ea, que Dios la bendiga.

Era la mirada oscura, quieta, que me abrumaba. Yo la miré muda, sin respuesta, y el silencio fue roto por una voz cristalina, como de cauto pájaro burlón en la arboleda.

Llamaba blandamente con dos notas melosas: «¡Ma-má!».

La casa se arrojó en silencio. Hasta que dieron las diez, y oí pasos que subían a las habitaciones de arriba, estuve encerrada en mi dormitorio. Entonces me vestí apresuradamente la ropa de salir, tiritando no de frío sino de expectación, y me senté junto al fuego, preparada para el menor sonido que demostrase que Fanny no había olvidado nuestra cita. Pero esperé en vano. El frío iba en aumento. La luz vaporosa de la luna menguante iluminó la habitación. El fulgor de las cenizas se oscureció. El reloj de la cocina dio las once con su toque cascado e irascible. Su solemne colega de fuera, que al parecer había perdido la voz, siguió tictaqueando.

Murió en mí la esperanza, dejando una náusea casi física, un odio profundo de mí misma y hasta de estar viva. «Bien», me decía al oído una voz fría, «así es como se nos trata; esto viene de esos ojos que no podemos olvidar. Engañada, engañada otra vez, amiga mía».

En aquellos días juveniles el desengaño me traspasaba el corazón con una amargura menos llevadera de lo que es ahora. Sin duda estaba empapada de sentimentalismo y necedad. Era la vehemencia de aquel sentimiento nuevo lo que casi me aterrorizaba. Pero mi mente era mi mundo; es mi única disculpa. De eso no se podía salir sólo con girar un llavín en un cerrojo Bramah. Tampoco me podía ir a la cama. ¿Cómo dormir con semejante tempestad interior de reproches, humillación y amor despreciado?

Me bajé el velo, me ceñí el chal sobre los hombros, descendí la escalera, y en seguida estuve en la entrada, enfrentada a la noche. Baja sobre el horizonte, a mi aliara allende el espacio, y ardiendo en límpido fuego, pendía mi escogida: Sirio. Su súbita visión, el esplendor que derramó en mis ojos, produjeron en mí una revulsión

del sentimiento. Me miraba «sin verme»; yo aguanté su mirada. Descendí los peldaños con cautela exquisita, sin osar más que una ojeada fugaz, al volverme, a la ventana de Fanny. Estaba ciega, vacía. Mientras pesadamente remontaba la cuesta, me di el agrio consuelo de jurarme hacerle ver lo poco que me importaba, que su ausencia había sido más dulce que su compañía. Nunca más pondría mi fe en ningún «hijo del hombre».

Poco a poco, sin embargo, la noche tranquila me acogió en su paz (lo mismo, pobrecilla, que Desdémona al moro), y su influencia se insinuó en mi mente oscurecida. Las ramas lisas y columnares de las hayas se elevaban en arco al cielo. En seguida me encaramé a las musgosas raíces de mi observatorio acostumbrado. Pero esa noche no hubo durante mucho rato quien señalará y admirara las estrellas. Las hojas tiesecillas y ribeteadas de escarcha, dispersas entre las serpentina raíces, centelleaban débilmente. Diríase que habían pasado años, empequeñecidos en el reloj de arena del Tiempo, desde mi última visita. Aquella señorita M. era un fantasma desvanecido para siempre. En mi ensueño la visión de Fanny volvió a erigirse en mi imaginación —fuente secreta y quieta— de ella. Dormida ahora... No podía librarme de su hechicería, como no podía desconocer las dos manos que yacían en mi regazo. Era, de hecho, más íntimamente mía que ellas..., y estaba más cerca, en la realidad, de lo que yo había imaginado.

Un débil movimiento en el bosque llamó de pronto mi atención. El rumor se acercaba. Me apreté una mano contra el pecho, ahora desgarrada entre dos incentivos, dos deseos: huir, quedarme. Y en el sendero por donde yo había venido, a unas yardas, a la débil luz desparramada, apareció la oscura figura de mis sueños.

Vestía una capa negra, con una anticuada capucha en pico sobre la cabeza. Los rayos de la luna caían sobre sus pliegues en movimiento. Traía la cara un poco inclinada; con una mano sujetaba por dentro los bordes de la capa. Y yo me di cuenta instintivamente, y con alegría, de que el silencio y la soledad del bosque la asustaban. Era yo la tranquila y la dueña de sí. Se detuvo y miró en derredor: se paró a escuchar, entreabiertos los labios, pero sin decidirse a llamarme. Yo, por mi parte, me arrebujé cómodamente y seguí disfrutando. Y de repente, desde la lejanía del bosque, un ave nocturna exhaló su grito: «¡Ajú... Ajú-u-u-jú!».

Todos llevamos dentro un cazador. Yo contemplaba y me reía en mi interior. Meses más tarde contemplaría a un domador de leones..., pero cada cosa a su tiempo. Me recogí, y, casi ululando, como un eco del ave, me oí llamar subrepticamente por el aire: «¡Fanny!... ¡Fanny Bowater!».

La encapotada figura dio un paso atrás con la cabeza erguida, como una cierva que he visto en un cuadro, y miró hacia mí. No viendo nada entre las hojas y las sombras, ya iba a escapar cuando yo volví a llamarla:

—Soy yo, Fanny. ¡Aquí; aquí!

Al instante se recobró, se acercó y bajó los ojos a mí. Ningún movimiento le dio

la bienvenida.

Estaba cansada de esperar —bostecé—. No hay nada que temer.

Muchos de sus congéneres, me figuro, se habrán cansado en su día de esperar a Fanny Bowater, pero pocos habrán tenido el valor o la sagacidad de decírselo. No había recuperado su ecuanimidad lo bastante para no disculparse.

—No esperarí­a verme aparecer mientras mi madre seguía en pie. Yo no estoy acostumbrada a los paseos nocturnos, señorita M.

—Ya había dejado de esperarla, y me alegraba de estar sola.

El dardo no llegó a hacer diana. Fanny miró quietamente alrededor. Las solemnes hayas eran como mudos gigantes que tutelasen con sus ramas, cuajadas de cielo estrellado, la figura oscura y esbelta. ¿Qué consciencia tendrían, me pregunto, de aquellos extraños humanos que albergaban entre sus raíces?

—¡Sola! ¡Aquí! —replicó—. Pero no me extraña. De eso se trata.

Una exaltación peculiar se alzó en mí ante aquella observación no demasiado inteligible.

—Lo que no sé —añadió— es cómo no está helada como..., como una piedra, ahí sentada.

—Lo estoy —dije, riendo quedo—. En mí no importa, porque soy muy fácil de deshelar. Eso ya lo debería usted saber. ¡Ah, señorita Bowater, imagínese que estuviéramos en verano, con el rocío y el primer calor ardiente! ¿Está bien abrigada? ¿Nos quedamos aquí, sólo..., sólo a ver una danza de las Hermanas: tú paloma perdida, Mérope?

Porque allá en lo alto —y las últimas palabras las había murmurado casi inaudiblemente para mí— jugaban las Pléyades rutilantes, claras sobre su cabeza, en el cielo barrido por el ramaje.

—¿Qué hermanas? —preguntó ella, acaso sólo por seguirme el capricho.

—¡Las Seis, Fanny; mire! La Séptima no se ve..., pero de eso se trata.

De sur a norte barrí con la mano el polvoroso firmamento.

—Y yo misma voy andando por el Camino de Santiago; ésa es la Vía Láctea. Y creo, Fanny, que nunca, nunca, saldré de la lactancia. ¿Puedo hablarte de tú?

Ella, ceño fruncido, alzó la vista un momento hacia el vacío, titubeó, y luego —lo mismo que un pavo real blanco que yo una vez viera de niña, desde el coche antiguo de mi madrina, según pasábamos junto a una casa antigua y baja, con terrazas como de terciopelo bajo sus cedros— dispuso su negro ropaje sobre el suelo a poca distancia, descubriendo, bajo sus pliegues, los volantes de su vestido de fiesta, blanqueados por la luna. Yo la contemplé hechizada. Miré el blanco y el negro, y pensé en lo que había dentro de sus pliegues, y en el corazón que había dentro de eso, y en el espíritu del hombre. Tal era mi necia costumbre, seguir ociosamente como una mariposa los aromas del aire, revoloteando de pensamiento en pensamiento, perdiéndome así la riqueza plena del capullo único en el que podría haberme detenido.

—Cuéntame más —rompió de pronto la curiosa voz en medio de esa ensoñación.

—Pues ésa de ahí —señalé— es la inconstante Algol; el Demonio. Y allá arriba donde se arrastra el Cangrejo está la pequeña Colmena entre las Rosas.

—Praesepe —gangueó Fanny.

—Sí —dije yo, imperturbable—, la Colmena. Y si estiras el cuello, Fanny, allí atrás tienes a los Lebreles; y muy abajo, pero que muy abajo, la Cabellera de Berenice, que habría sido la Cabellera de Fanny Bowater, si tú hubieras sido ella.

Bajo mi misma mirada, una película remota de bruma ocultó la constelación infinitesimal.

—Y, mira, más allá del Cochero —seguí, riendo, y sin embargo exaltada por mi tema—, esa cosa borrosa dentro de la Banda es la Gran Nebulosa... ¡ssh! Y adelante, adelante, esa Invisible que trina, ésa, Fanny, es la Enana. Quizá tú ni la sueñes; pero ella vigila.

—Ni la he oído nombrar —dijo Fanny alegremente, apartando el ángulo de su barbilla de la Eclíptica.

—No digas eso, Horacia —me burlé—; hay más cosas...^[16]

—Sí, ya lo sé. ¿Y de veras te gustan esas cosas tan viejas, tan frías y monótonas? Yo, personalmente, cambiaría todo ese revoltijo sin sentido por otra luna.

—Pero si tu glotona se ha tragado ya a la mitad.

—Pues, entonces, que mi glotona se trague lo que queda. ¿Quién te las enseñó? ¿Y por qué —me escudriñó atentamente—, por qué has escogido las más débiles; es que las ves mejor?

—He escogido las más débiles porque me estaban dedicadas especialmente para dártelas a ti. Mi padre me enseñó algo sobre ellas; y *tu* padre lo demás.

—*Mi* padre —repitió Fanny, de pronto atento su rostro.

—Su libro. ¿Le echas de menos? El mío murió.

—Sí, sí que le echo de menos —fue la serena respuesta—; como me figuro que le echará mamá.

—Lo siento, Fanny. Tu madre me dijo... algo así.

—No tienes por qué sentirlo. Supongo que Dios le elige a uno los padres con toda intención. ¡Alabad a Aquel de Quien proceden todas las bendiciones!

Se alisó la capa negra sobre los tobillos, volvió a alzar la cara hacia la luz decreciente de la luna y me sonrió con dulzura.

—Me alegro de haber venido, Menudencia, aunque hace un frío asesino. «*Pardi!, on sent Dieu bien à son aise ici*». Vamos a ser muy buenas amigas, ¿verdad que sí? —sus ojos me recorrieron—. ¿Te gustaría?

¡Conque «amigas»! Y como el que ofrece un terrón de azúcar.

Yo asentí gravemente.

—Pero tengo yo que ir a ti. No puedes venir tú a mí. Nadie ha venido; salvo, quizá, mi madre..., un poco.

—Ah, sí —repuso ella cautamente, taladrándome con los ojos—, eso es un

enigma. Tienes que hablarme de tu infancia. No es que a mí me gusten los niños, ni mi propia infancia tampoco. Quedé harta de eso para toda la vida. No pienso traspasarlo; aunque te prometo, Menudencia, que si *alguna vez* tengo un niño, le ungré el espinazo con grasa de topos, murciélagos y lirones para que sea como tú. ¿Tu madre...? —Y volvió a empezar, tras una pausa de reflexión—. Quiero decir, ¿tú lamentas no ser...?

Su mirada suplió las palabras que faltaban.

—¿Que si lamento ser liliputiense, Fanny? La gente cree que debo lamentarlo. Pero ¿por qué? Es lo que soy, lo que he sido siempre. Yo soy yo, por dentro; como todo el mundo; y el caso es que, a la vez, no como todo el mundo. A veces pienso... —me reí al recordarlo—; el otro día le pregunté sobre eso al doctor Phelps. Además, ¿tú lo lamentarías..., estando sola?

—Estando sola no, quizá. De todos modos, tiene que ser bastante raro, señorita Aguja en un Pajar. En cuanto a estar sola —una vez más nuestro búho, si búho era, ahora mucho más cerca, lanzó su chillido en el bosque invernal—, ¡lo odio!

—Pues es precisamente —objetó la marisabidilla— lo que no podemos evitar. Hasta nos morimos solos, Fanny.

—Ah, pero es que yo sí lo voy a evitar. Todavía no me he muerto. ¿Tú piensas alguna vez en el futuro?

Por un instante vi abrirse cerca su gran agujero negro, pero negué con la cabeza.

—Pues eso —respondió ella— es lo que se pasa la vida haciendo Fanny Bowater. No hay nada —añadió satíricamente— tan importante, tan imperativo para, los maestros como aprender. Y hay que aprender la lección, querida mía, antes de decirla..., si no quieres que te den de cachetes. Eso lo sabe hasta el último borriquito.

—Supongo que la verdad será —dije yo, como poseída de una idea brillante— que hay dos clases de ambiciones, de querencias, quiero decir. Todos somos como esas cajas chinas; y unos queremos vivir en la más grande, la más exterior que sea posible; y otros en la más interior de todas. Esa —añadí con cierta pesadez— que nadie puede compartir.

—Así es, así es —dijo Fanny, remedando mi tono sentencioso—: en la más chiquirritina, que hasta ahora no ha habido inventiva humana que haya podido abrir..., y por lo tanto descubrir que no había nada dentro. ¡Qué me vas a contar a mí de Cajas Chinas!

—¡Pobre Fanny! —exclamé yo, levantándome y postrándome de rodillas junto a la gélida mano tendida sobre las hojas escarchadas—. Todo lo que yo tengo te ayudará.

¡Ilusa! Arrodillada, me agaché y acaricié dulcemente con los míos los dedos extendidos en que se apoyaba.

No concedió más atención a mi caricia que si yo hubiera sido un animal casero.

—Fanny —susurré trágicamente—, ¿quieres, por favor, cantar para mí..., si no estás helada de frío? ¿Te acuerdas de la Canción de la Luna? Yo no la he olvidado

nunca; sólo tres notas, pero a veces me despierto de noche con ella. ¿Verdad que es extraño ser tú y yo?

Ella se echó a reír, ladeando el mentón; y su voz empezó a cantar de inmediato, como a la puerta entreabierta de su garganta, y una melodía tan simple que no parecía sino la letra hablada:

Canta el cuclillo: «Cú-cú».
Suena su grito partido,
Y las aves temerosas,
De su daño recelosas,
Se acurrucan en el nido.

Un silencio entre dos notas
En el verde y el azul,
Canta el cuclillo: «Cú-cú».

Bella, huye tú del veneno
Que trae el amor traicionero,
Y por bondad a un monstruo fiero
No alimentes en tu seno.
Canta el cuclillo: «Cú-cú».

Cayeron los sonidos como abalorios en la quietud: como si de su corazón hubiera subido un niño y hubiera vuelto a bajar; y ella seguía dura e inmovible. Yo no sabría decir por qué las notas cristalinas y amortiguadas me entristecieron y me emocionaron tanto. ¿Era *ella* el monstruo?

Yo me había apartado, y continuaba mirando su cara pálida, el pómulos alto, la nariz recta y delicada, los labios oscurecidos, las cejas negras y delgadas, los ojos luminosos, claros, insondables, que reflejaban la soledad y el leve fulgor del bosque. Pero el secreto de su ser seguía siendo suyo. En vano intentó no dejarse alterar por mi escrutinio.

—¿Y bien? —inquirió por fin, con la mirada inmóvil y fija en la distancia—. ¿Cree usted que podría darme sinceramente una prueba, señorita Menuda?

Es extraño. La Esfinge había hablado, pero sin mucha iluminación.

—Mírame —ordené—. Si yo me fuera, tú no podrías seguirme. Cuando tú te vayas, no podrás escapar de mí. Yo puedo volver y... *estar* donde estaba.

Yo misma entendía sólo a medias lo que decía; pero un algo sobresaltado que antes no estaba se asomó a aquellos ojos tan cercanos a los míos.

—Si yo también pudiera querer así —dijo—, pero no quisiera nada, entonces yo también sería libre.

—¿Qué quieres decir? —dije yo, levantando la mano de aquellos dedos indiferentes.

—¡Quiero decir —exclamó ella, alzándose de golpe— que estoy hasta el moño de las estrellas y que me voy a la cama! ¡Bosque odioso, espía!

Yo me volví como una flecha, como temiendo que algún oyente escondido pudiera haber recogido sus palabras. Pero Fanny estiró los brazos, y, riendo una

cancioncilla tonta, con afectado abandono se puso a bailar suavemente entre las hojas enhiestas, otra vez perdida del todo para mí. Así, pirueteando, embocó el sendero por el que había llegado como una intrusa. A mí me embargó una fatiga física. Ya no la miré más, sino que eché a andar, con ojos desatentos, detrás de ella. Qué no había dado yo, pensé amargamente, para esta recompensa. Así de solitaria, sólo había recorrido un corto trecho y alcanzado el lindero del bosque cuando una Fanny nada indiferente volvió presurosa a interceptarme.

Y con razón. Se había acordado de engalanarse debidamente para su cita a la luz de la luna, pero se le había olvidado la llave de la puerta. Nos quedamos mirándonos espantadas, como supongo que vendrán haciendo, desde toda la eternidad, los compañeros de conspiración en peligro de ser descubiertos. Fui yo quien primero despertó a la acción. Sólo una cosa se podía hacer; y, advirtiendo a Fanny que nunca hasta entonces había intentado abrir el cerrojo del portón de la casa de su madre, tiré con paso resuelto por la cuesta abajo.

—¡Andas muy despacio! —me dijo de pronto, volviendo hacia mí—. Te llevaré en brazos.

De nuevo nos detuvimos. Yo la miré con una mezcolanza inextricable de emociones debatiéndose en mi ánimo, y sacudí la cabeza.

—Pero ¿por qué, por qué? —repitió impaciente—. Llegaríamos en la mitad de tiempo.

—Aunque tú *volases*, Fanny, yo iría por mi pie —repuse tercamente.

—O sea que... —y una ira fría distorsionó su cara—. ¡Ah, el orgullo! ¡Qué puerilidad! Y tú decías que íbamos a ser amigas. ¿Tú crees que a mí me importa que...?

Pero la pregunta se quedó en el aire.

—Yo soy amiga tuya —dije yo—, y por eso es por lo que no pienso, *no pienso* ceder.

Poca amistad fue lo que relumbró entonces en los grandes ojos. Pero mía era la victoria: una victoria en la que sólo un diezmo del botín, sin que el vencido se diera cuenta, había correspondido al vencedor.

Sin una palabra más giró sobre sus talones, y durante el resto de nuestro triste viaje cualquiera la habría tomado por una niñera enojada marchando al paso de un niño rebelde. Mi dignidad, sin embargo, iba menos chafada que la suya, y por breve tiempo me había ganado mi libertad.

Llegado que hubimos a la casa, mudamente hostil en la noche luminosa, Fanny se ocultó lo mejor que pudo tras el quicio de la verja y vigiló las ventanas. Allá a lo lejos oímos en la quietud unas pisadas que resonaban en la cuesta. «Viene alguien», me susurró; «date prisa». Yo creo que podría haberse escurrido por mi propia puertecilla. Donde va la *cabeza*, allá va el corazón. Pero no lo sugirió. Ni yo tampoco.

Tiré y empujé cuanto pude, pero el paraguas con que, subida a una silla, conseguí por fin descorrer el cerrojo de arriba era muy poco manejable. La cerradura resistió

bastante rato a mis esfuerzos. Y el saber que Fanny estaría echando chispas detrás de la verja no acrecentaba mi destreza. La casa estaba envuelta en silencio; al parecer, la señora Bowater dormía sin su acompañamiento habitual; sólo Henry compartía mis fatigas, sentado lúgubrementemente al pie de la escalera, negándose a acercarse hasta el mismo momento en que Fanny entró y él se escapó de un salto.

Ya a salvo dentro, y nuevamente cerrada y atrancada la puerta, Fanny se paró unos momentos a escuchar. Luego, con un suspiro y un curioso gesto, se inclinó y besó el velo negro que ocultaba mi cabellera rubia.

—Lo siento, Menudencia —susurró a los pliegues del velo—, me impacienté. Comprende que a mamá no le habría gustado la astronomía. No fue más que eso. Y siento realmente haber..., haber...

—Querida mía —repuse yo con acentos firmes, cargados de años, cuyo eco sigo llevando en el oído hasta el día de hoy—; querida mía, ha sido mi mente lo que has herido, no mis sentimientos.

Con esa muestra de sentenciosidad salí zumbando por la puerta de mi Bates, la cerré tras de mí, y, con el corazón alterado como no puedo decir, pronto me hundí en el sueño oprímeme de los culpables y de los obsesos.

CAPÍTULO XIV

Cuando mis ojos se volvieron a abrir a la mañana siguiente, había sobre el techo un extraño fulgor quieto, y al asomarme a la ventana hallé un mundo cubierto por el frío manto de la nieve. Durante un rato olvidé la fiebre de los últimos días, mirando a los pájaros que saltaban y gorjeaban entre las migas que la señora Bowater esparcía por el alféizar para mi entretenimiento. Y sin embargo, ¡todas sus virtudes, todas sus gracias, Fanny Bowater, todas eran tuyas! La propia nieve, en mi pueril fantasía, era la hermosura bajo la cual, según creía yo confiadamente, debía yacer dormido su Yo ignorado; una belleza que también a mí me ocultó por cierto tiempo la mente inquieta, egocéntrica. ¿Cómo creer que semejante belleza tiene menos de don para su poseedor que el pecho jaspeado y el canto para un tordo, que el lustroso plumaje para un estornino? Es un enigma que sigo sin comprender. Si todos estamos encerrados en nuestros cuerpos como dicen los poetas y las Escrituras, entonces ¿cómo es que muchos de los más hermosos parecen estar prácticamente inhabitados, o albergar a inquilinos tan ruines, y a la vez en rostros muy vulgares pueden pulular los fantasmas animados?

Fanny no vino aquella mañana a compartir conmigo el deleite de la nieve. Y mientras yo la contemplaba, y seguía esperando en vano, la esperanza flaqueó, y sobre la belleza de la vista se tendió una tristeza. Seguramente Fanny no había pensado siquiera en la fantástica alojada. Diríase que se deslizaba por la vida con la misma facilidad que una foca por el agua. Pero no era la mía la única amistad que sobrevivía a sus caprichos. A pesar de su advertencia sobre la tela cortada, el señor Crimble fue a verla esa tarde. Fanny había salido. Él, con un pequeño fajo de papeles en la mano, se paró en el quicio de la verja para asentarse mejor las gafas en la nariz y lanzar una mirada como de desamparo sobre los campos antes de volver la cara hacia San Pedro. Al día siguiente, día de los Santos Inocentes, vino también; pero esta vez con más resolución, pues pidió verme.

Por exonerarme en la medida de lo posible de un caso de duplicidad, yo inmediatamente agarré al toro por los cuernos, y en presencia de la señora Bowater le invité osadamente a tomar el té. Él aceptó la invitación, no sin echar una ojeada nerviosa hacia mi patrona.

—Está la tarde fría, señora Bowater —salmodió—. «La taza que alegra, la taza que alegra»^[17].

Mi patrona se desentendió de ceremonias, y en seguida él y yo estuvimos auténticamente *tête-à-tête*, entre bizcocho casero y rebanadas de pan con mantequilla.

Pero, aunque los dos nos lanzamos con ahínco a la conversación, había en la forma de estar de él una atención ausente, un ladear la cabeza para escuchar, que insinuaban que no tenía puesto en mí todo su pensamiento.

—¿Hace tiempo que está usted entre nosotros? —preguntó, removiéndome su té.

—Estoy muy, muy contenta aquí —respondí yo, dando un suspiro.

—¡Ah, qué pocos tienen el valor de confesar eso! —dijo él un poco melancólico, bebiendo un sorbito—. Quizá sea que nos halaga tenernos por desdichados. Contra este pesimismo de una era mecánica, científica, es contra lo que hemos de luchar sobre todo. Me parece que no la vemos muy a menudo por San Pedro.

—No verían *mucho* en mí, si fuera —repuse yo un poco ásperamente. Posiblemente fuera su «nosotros» lo que me fastidió; parecía un egocentrismo innecesario—. Por otra parte —añadí—, ¿no habría el riesgo de que los feligreses no vieran otra cosa?

El señor Crimble abrió la boca y se echó a reír.

—Ojalá —dijo, con una galante inclinación— hubiera más personas como usted.

—¿Más personas como yo, señor Crimble?

—Quiero decir —explicó, lanzando una mirada a los muebles de mi dormitorio, cuyas cortinas, para disgusto mío, estaban descorridas—, quiero decir que... usted..., que tantos nos negamos a ver los hechos de la vida. A darles la cara derechamente, señorita M. No hay nada que temer íbamos viento en popa; le supliqué que probara la mermelada de grosellas negras de mi patrona.

—Es que yo tengo mucho tiempo —dije afablemente—. Y lo difícil de verdad es que los hechos me den la cara a mí. ¡Otra cosa sería si tuviera yo la inteligencia de la señorita Bowater!

Rápidamente pareció alzarse un velo de su rostro, y con la misma rapidez volvió a bajar. También había dejado de comer por un momento, y con la misma rapidez siguió comiendo.

—¡Ah, la señorita Bowater! Sí que es inteligente; es una señorita... muy brillante. El alma de las fiestas, se lo aseguro. Y, sin embargo, es el caso que en las reuniones parroquiales, por más que lo intente, me resulta a veces muy difícil poner en relación a unos con otros. Son los pequeños escrúpulos sociales, los prejuicios. Y eso que qué duda cabe, señorita M., de que la religión *debería* ser el gran aglutinante. Esa, al menos, es mi opinión.

Masticó con más energía, y a través de las gafas dirigió la vista a las persianas de mi ventana.

—Poner en relación a las personas debe de ser muy cansado —sugerí, examinándole la cara.

—«Cansado» —repitió blandamente—. Yo a veces ya no sé qué hacer. No. No es feliz la vida de cura.

Pero él lo confesaba casi con gozo.

—¡Y las visitas! —dije yo. Y a partir de ahí, ¡ay!, la lengua se me disparó. Él iba retomando lo que yo llamaría su voz de compañía, y yo ansiaba hablar con el auténtico señor Crimble, sin sospechar cuán pronto iba a ser saciado mi deseo.

—El caso es que yo a veces me pregunto si la religión no tendría que ser más difícil.

—Yo le aseguro —repuso él, cortés pero rotundo— que una religión verdadera es extraordinariamente difícil. No olvidemos lo del «ojo de la aguja».

—Ah, sí —dije yo con calor—; ese «ojo» ha de ser muy estrecho hasta para el que tenga mis pequeñas ventajas. Recuerdo que, cuando yo era niña, la cocinera de mi madre me contaba que antiguamente, cuando las personas realmente malas querían volver a la Iglesia, tenían que ir envueltas en una sábana, con cenizas en la cabeza y un largo cirio encendido. Y decía que si se les cerraba la puerta morían entre tormentos, y se iban al Infierno. Claro que ella era católica, lo mismo que mi abuela.

El señor Crimble me miraba como por encima de una tapia.

—Y me acuerdo también —seguí diciendo— de un día de verano en que, siendo muy pequeña, me llevaron al oficio de la tarde. Y los cánticos, al alzarse así de pronto, con los resoplidos y bramidos del órgano, me aturdieron y me marearon; y me tiré por la ventana.

—¡Se tiró por la ventana! —exclamó mi visitante atónito.

—Sí, estábamos en la parte de atrás. Es que Pollie, mi niñera, me había subido a una hornacina; yo arrastré conmigo la mano de Pollie. Pero no me hice daño. En el patio de la iglesia había hierba alta; caí en blando, y llevaba mucha ropa. Más bien me gustó, el aire, las lápidas. Y aunque pasaba mis sustos, el «ojo» parecía bastante ancho cuando yo era niña. Pero después, cuando me confirmaron, pensé mucho en el Infierno. Ahora ya no lo *veo* tan claramente. Ancho, bajo y negro, con unos cuantos demonios. *Eso* no puede estar bien.

—¡Mi querida señorita! —exclamó el señor Crimble, como escandalizado—, ¿es aconsejable intentarlo? Hay que reconocer, por supuesto, que si no aprovechamos los beneficios que la Providencia nos otorga dentro de una comunidad cristiana, no podemos escapar a Su desaprobación. La ausencia de Su Amor.

—Sí —dije yo, mirándole con repentina familiaridad—, eso lo creo.

Y medité un poco, siguiendo el hilo de mis pensamientos.

—¿Ha leído usted la *Infancia del Mundo* del señor Clodd, señor Crimble?

Por la confusión momentánea de su rostro colegí que no lo había leído.

—¿Clodd?... Ah, sí, el autor de obras sobre el Hombre Primitivo.

—Este no era más que un libro to para jóvenes. Pero recuerdo que el señor Clodd decía en él que ni siquiera las formas más reprobables de la religión antigua fueron inventadas por demonios. Eran «combates del Hombre por salir de las tinieblas al crepúsculo». Lo que quería decir es que nadie *ama* las tinieblas. Por lo menos —añadí, con una súbita oleada de recuerdos—, no sin las estrellas.

—Eso es una gran verdad —repuso el señor Crimble—. Y a propósito de estrellas, qué vista maravillosa la que había anteanoche: el cielo entero estaba cuajado de diamantes. Yo volvía de visitar a un feligrés enfermo, el señor Hubbins.

¡Así que eran *sus* pasos los que Fanny y yo habíamos oído reverberar en la cuesta! Me apresuré a esconder la cara en la taza, pero él no parecía haber notado mi confusión. Tomó otra rebanada de pan con mantequilla; la dobló cuidadosamente en

dos, y a continuación alzó la vista a mí por el rabillo de su ojo redondo y añadió solemnemente:

—Que, lamento decir, ya no está enfermo.

—¿Ha muerto? —grité desde el fondo del alma, y volví a mirarle.

Después mi mirada fue a perderse en el panorama silencioso del otro lado de la ventana, silencioso, se diría, de pura presencia del pobre señor Hubbins.

—No me gustaría irme al Infierno con nieve —dije meditabunda. Del pasado acudió a la memoria una balada antigua que me había enseñado mi madre:

*Esta noche y cada noche.
Todas las noches sin falta,
Fuego, hielo, luz de sebo:
¡Cristo acoja tu alma!*

—Hermoso, hermoso —murmuró el señor Crimble, pero no sin un indicio de alarma en sus ojos oscuros—. Pero créame, no quiero dar a entender que el señor Hubbins... Según me han dicho, tuvo un final de extraordinaria paz.

—¡Paz! No sería en su ánimo, señor Crimble. Por fuerza ha de estar uno más vivo que nunca en esa última hora..., justo cuando se va. En cualquier caso —y no pude refrenar un suspiro, casi de envidia—, yo espero estarlo. ¿Era buena persona el señor Hubbins?

—Era uno de los fieles más asiduos —repuso mi visitante con una pizca de inseguridad—; padre de familia, miembro del consejo parroquial, de hecho. Se le echará mucho de menos. Quizá recuerde usted lo que escribió el señor Ruskin de su padre: «Aquí yace un comerciante enteramente honrado». El señor Ruskin era, en efecto, comerciante de vinos. El señor Hubbins comerciaba en telas, creo, aunque, por supuesto, tanto da. Pero... —y se aclaró la voz—, pero ¿no, eh..., no hemos ido a parar a un tema un poco lúgubre?

—Hemos venido a parar a un mundo un tanto lúgubre —dije yo.

—Claro, claro; pero, créame, no siempre hay que estar pensando tanto. «Días y momentos vuelan presurosos»^[18], eso es verdad, aunque, en fin, tampoco es que resulte muy apropiado para esta época del año cristiano en particular. Por otra parte, podemos «hacer que nuestra vida sea sublime»^[19]. ¿No nos dice eso otro poeta? Aunque, quizá, el señor Hub-

—Sí —le atajé ávidamente; la amante de los libros que había en mí había mordido el cebo al instante—, pero ¿qué cree usted que *quería decir* verdaderamente el señor Longfellow con eso del «marinero en el océano» de la vida confortado, lo recordará, por otra persona que había naufragado sin dejar más que sus *huellas* en la arena? Le he dado vueltas y vueltas. ¿Significa el poema, señor Crimble, que ya sólo el nacer es naufragar? No creo que sea así, porque Longfellow era un hombre muy alegre, ¿no?... por lo menos para ser poeta. Personalmente —proseguí, ya totalmente a mis anchas con mi visitante, y sobre terreno conocido—, yo prefiero, desde luego, al pobre Viernes. ¿Recuerda usted cómo le describía Robinson Crusoe poco después

del rescate de los salvajes, como «sin pasiones, amarguras ni designios», a pesar de tener, la pobre criatura, «un estómago hambriento de ciertas carnes»? Con lo cual no pretendo insinuar —me apresuré a añadir— que el señor Hubbins tuviera nada de caníbal.

—En absoluto —dijo el señor Crimble desvalidamente—. Pero ahí —y se sacudió las rodillas con el pañuelo— temo que sea usted mucho mejor lectora que yo, y..., y crítica. Por eso mismo espero, señorita M., que alguna vez quiera hacer una visita a San Pedro. La Madre Iglesia tiene sitio para todos, ya sabe usted, en su..., en torno a su escabel.

Y me dirigió una sonrisa muy amable.

—Y nuestro organista, el señor Temple, nos viene deleitando con algunos villancicos antiguos, que son muy bonitos y pintorescos; o por lo menos las letras parecen un poco pintorescas para el oído moderno. Pero yo no puedo presumir de ser un *estudioso* de la poesía. El trabajo parroquial deja poco tiempo incluso para los clásicos:

*«Odi profanum vulgus, et arceo.
Favete linguis...».*^[20]

Casi gorjeaba las deliciosas palabras con una voz aguda y agradable, pero, excepto las tres primeras, eran demasiadas para mi escaso latín, y después se me olvidó comprobar la oportunidad de la cita. Estaba a punto de pedirle (no sin alguna desgana) que me tradujera toda la oda, cuando oí los pasos de Fanny en la puerta. Desistí.

Al entrar ella, toda nuestra conversación, flotante en el saloncito iluminado por la chimenea, pareció algo raído y vacío de sentido. Mi visitante y yo dejamos de mirarnos casi con alivio; como los marineros náufragos de Longfellow, quizá, a la vista de un barco.

Fanny traía las pálidas mejillas, bajo el sombrero redondo de castor y el velo, encendidas de frío; porque a la nieve había seguido la helada. Nos miró despacio, con menos aún que una sonrisa en los ojos, mansamente vuelta hacia mis velas, como si saliera de un sueño. Fuera cual fuese el sector de la comunidad al que el señor Crimble pretendiera incluir en su *Odi*, la celeridad con que se levantó a saludarla indicaba bien a las claras que no era el de la señorita Bowater. Ella sonrió a la manga negra, bocamanga y sello que se le tendían, pero no hizo más. Traíale, además, una triste desilusión: sencillamente, que no podría cantar en su concierto de fin de año. Ante ese golpe el señor Crimble cruzó las manos instintivamente y adoptó una expresión desvalida y dolorida.

—Pero, señorita Bowater —suplicó—, la imprenta lleva casi dos días esperando por los títulos de sus canciones. Nos queda ya muy poco tiempo.

—Sí —dijo Fanny, sentándose en un taburete junto al fuego y quitándose lentamente los guantes—, es una lata. Anoche no tenía ni atisbo de resfriado.

—Claro, claro —empezó él—, con este tiempo tan crudo no es prudente...

—Ah, no, no es el tiempo lo que me importa —fue la serena réplica—, sino el croar como una rana en público.

—¡Como una rana! —clamó el señor Crimble lisonjero—; ¡qué dice!

Pero todas sus protestas y halagos fueron inútiles. Ni siquiera a una mirada larga y silenciosa que parecía tan privada que yo juzgué de cortesía mirar para otro lado, ni a eso dio Fanny respuesta visible. El señor Crimble dejó caer los hombros; recogió su sombrero, se despidió —con un poco de tiesura y prisas— y se abalanzó a la puerta, camino de la imprenta.

Cuando el sonido amortiguado de sus pasos se apagó, yo miré a Fanny.

—Ah, sí —convino ella, encogiéndose de hombros—, era mentira. Lo dije como una mentira para no engañarle. ¡Me fastidia tanto que me bailen el agua! Venir aquí dos días seguidos, después de... ¿Y por qué, vamos a ver, si a ti no te permite tu dignidad bailar para la parroquia, me tiene a mí que permitir la mía que cante? Que se diviertan esas ovejas bobas ellas *solas* con sus balidos. Por mi parte se acabó.

Se levantó, hizo una pelota con sus guantes y se dobló el velo sobre el sombrero, y una vez más se encaró con su reflejo en el espejo de su madre. Yo no tuve valor para decirle que le sentaba mejor la expresión que adoptaba en otras ocasiones.

—Pero es que —argüí intranquila— no es lo mismo. Si yo me pusiera a bailar, ahí subida encima de un estrado, sabes muy bien que no sería el baile lo que les divertiría, sino... yo, sencillamente. ¿A ti te gustaría eso si fueras..., en fin, lo que yo soy?

—Ah, pero es que tú no sabes —respondió amargamente una voz profunda—, tú no sabes. ¡Son unos presuntuosos! Yo llevo años empapada en eso, como un cerdo en salmuera. Tú aquí, enclaustrada en tu hermosa casita de muñecas, crees que lo único que importa es lo que tú piensas de los demás. Pero, para ser absolutamente sinceros, tú estás fuera de la contienda, querida mía. Yo tengo que ganarme la vida, y lo único que importa no es lo que yo piense de los demás, sino lo que los demás piensen de mí. ¿Te figuras que no sé lo que *ése*, en el fondo, piensa de mí..., y lo que piensan todos los otros? ¡Pues que se aguanten!

Y me dejó con mi casa de muñecas..., hecha una esclava más desvalida que nunca.

No sólo una «estrella» menos, pues, deslumbró a la feligresía de San Pedro aquella víspera de Año Nuevo, sino que Fanny y yo no volvimos a compartir una hora de astronomía práctica. De todos modos, se sentaba a menudo a charlar, conmigo, y la cadena de mi devoción se fue haciendo pesada. Acaso ella, por su parte, no hiciera más que gozar de las lisonjas de mi imaginación. Para ella era una variedad nueva de una experiencia conocida. Tal vez surgiera en su ánimo, durante algún tiempo, un afecto curioso y condescendiente hacia mí; hasta donde fuera posible, porque, aparte de su dureza instintiva, la realidad es que nunca se acostumbró a mis deficiencias

físicas. Yo creo que la atraían y a la vez la repelían. Para mi espíritu solitario, Fanny fue un sueño que se mantuvo sueño a pesar de su creciente semejanza con una pesadilla.

Ahora me doy cuenta de que era desmedidamente caprichosa, de una crueldad gatuna por naturaleza, y tan evasiva y esquiva que yo muchas veces no sabía distinguir sus almohadillas blandas y suaves de sus garras. Pero cualesquiera que fuesen su estado de ánimo, o el tratamiento que me diera, o sus caídas en un género de vulgaridad al que yo deliberadamente cerraba los ojos, su belleza permanecía. Aquel a quien amamos se hace único por ese amor, y yo supongo que somos responsables de lo que damos y de lo que aceptamos. El recuerdo mismo de su belleza, cuando yo estaba sola, me perseguía con la misma intensidad que si la tuviera presente. Sin embargo, en su compañía la tornaba en cierto sentido irreal. Así que a menudo era sólo con su espectro con quien yo conversaba. ¡Cuánto la habría irritado saberlo! Cuando venía a mí en sueños, era a la vez paraíso y serafín, y nunca violín arrebató a un Paganini como su voz líquida y descendente a mi pequeño oído quisquilloso. Sin embargo, por mucho que le gustara mirarse en el espejo o en su mente, y observar sus efectos en otros, no era vanidosa.

Pero no hay pensamiento constante e indesterrable que no extenúe la mente y debilite el cuerpo. En mi chifladura yo también era poco más que un espectro: un espectro muy infantil, quizá. Yo creo que, si pudiera llamarle como testigo, mi pequeño pachá del tren de Lyndsey me daría la razón en esto. En cuanto a eso que se llama pasión, el único ardor de ella que he sentido fue por un vagabundo con quien nunca crucé mirada ni palabra. Creo que Fanny, desdichadamente, no fue más que una imagen de bronce.

Mucho tiempo antes del oscuro día de su despedida —un día que se alzaba en mis pensamientos como una barrera en el fin del mundo— le había yo confiado muy neciamente casi todos mis recuerdos para su beneficio y entretenimiento, aunque tan inmóvil estaba sentada en una silla al lado de mi mesa, o erguida y con un pie sobre el guardafuego de la chimenea, que a veces era difícil saber si me escuchaba o no. Lo que es más importante, ella correspondió contándome, a su curiosa manera tortuosa y contradictoria, muchas cosas sobre sí misma, y de su infancia, que —por los interminables bramidos violentos de su náutico padre y la taciturna disciplina de la pobre señora Bowater— me llenaban de compasión y añadían combustible a mi amor. Y no el menor de esos vínculos fue el secreto que, a pesar de incesantes tentaciones, conseguí ocultarle, en una última lealtad instintiva a la señora Bowater: el descubrimiento de que su verdadera madre había muerto mucho tiempo atrás.

Fanny tenía más inteligencia que la que se molestaba en mostrar a visitantes como el doctor Phelps y el señor Crimble. Hasta el día de hoy sigo sin creer que el señor Crimble intuyera siquiera lo lista que era. Era una parte de su ser, como el terciopelo de una ciruela. Su mente no era de las que gesticulan. Sus esfuerzos no hacían sino intensificar su «fannydad». Señor, qué simples son las cosas con sólo dejarlas sin

explicar. Sus propios conocimientos, también (que en su mayor parte se guardaba para sí), eran para mí como encontrar cota de malla cuando uno va buscando un corazón palpitante. Era capaz de despojarse de todos ellos, lo mismo que de su listeza, con la misma facilidad con que un cisne se hunde en el agua. ¿De qué no podría despojarse y seguir siendo Fanny? Y, con todas sus confianzas, era extremadamente reticente. Una elevación de los ligeros hombros, o de las claras cejas curvas, un sarcasmo, una sonrisa lejana, a la vez iluminaban y oscurecían su conversación. Son dones femeninos, que, sin embargo, escapan a mi dominio. Quizá por eso los admirase tanto más en Fanny —así como, leyendo el volumen adorado de mi infancia, *El Ojo Observante*, había admirado la coraza del cangrejo y los córneos anillos del escorpión—, porque, al fin y al cabo, siendo yo misma mujer, entendía débilmente su propósito.

Así, cuando Fanny me hablaba de la escuela donde daba clases; y del profesor de dibujo de pelo liso que la visitaba con su arte los lunes, miércoles y viernes; y del vivaracho y saturniano «*Monsieur Crapaud*», que vivía en la misma casa, encajado en un cuarto de debajo del tejado; o de aquel otro cura parroquial que era sobrino de la directora, de la implacable señorita Stebbings, y que al parecer predicaba domingo tras domingo con peculiar pertinacia sobre textos como el de «Dios es amor»: cuando Fanny me relataba esas aflicciones, gracias y mofas de su rutina diaria como profesora de «literatura», me era tan fácil concederle los detalles vivificadores que omitía como al pintor enviar sus cuadros a enmarcar.

Una vez —así como he visto a un mirlo abatirse a plomo desde las ramas altas de un árbol sobre una lombriz que se solazaba en el humus bañado de rocío—, una vez sí le hice una pregunta que produjo en ella una de aquellas curiosas reacciones que la convertían, más que en imagen inmaterial, en imagen sumamente vigilante de su propio ser.

—¿Qué harás, Fanny, cuando no te puedas burlar de él?

—¿De él? —preguntó en un susurro.

—De él —dije.

—¿Qué él? —replicó.

—Bueno —dije, bajando a trompicones por lo que para mí era un sendero más bien negro y desconocido—, me imagino que mi padre no era particularmente sabio en ningún aspecto, pero mi madre le quería mucho.

—Y *mi* padre —replicó ella, con palabras tan cuidadosamente pronunciadas que supe que tenían que ser peligrosas—, mi padre era primer oficial de la marina mercante cuando se casó con tu patrona.

—Bueno —repetí—, ¿qué harías si..., si te enamoras?

Fanny se quedó muy quieta, con los ojos entornados y toda la luz de la ventana dándole suavemente en la cara. Movi6 un pie, y, con un movimiento de hombro casi imperceptible, respondió: «Quedarme ciega».

Yo la miré estupefacta. Todos los días de su compañía se encogieron en aquella

corta frase.

—Oh, Fanny —susurré con desesperación—, entonces ¿lo sabes?

—¿Lo sabes qué? —repitieron los lisos labios.

—Lo que quiero decir —expliqué, buscando refugio a la velocidad de mi vieja amiga la langosta cuando le llegaba la hora de cambiar de caparazón—, lo que quiero decir es que así es como está ese absurdo señor francés, «*Monsieur Crapaud*».

—Ah, no —dijo Fanny con calma—; ése no está ciego, lo único que le pasa es que tiene los ojos cerrados. Los míos —añadió, como si toda la luz del cielo invernal al que volvía la cara fuera el espejo de su predicción—, los míos estarán bien abiertos.

¿Cómo supe que, por una vez, aquella criatura serena y teatral hablaba con mortal seriedad?

CAPÍTULO XV

Llegué a estar un poco cansada de la hermosa nieve en los días que siguieron a mi primera charla con el señor Crimble, y el aire cerrado de la casa me ponía nerviosa. El último día del año seguía soplando viento del norte. Me dejó perpleja que el orgullo que de mi semilla había brotado en Fanny, y le había impedido tomar parte en el concierto parroquial, le permitiese asistir a él. Salió para allá bajo un grueso velo. Ni el señor Crimble con sus gafas podría seguramente traspasar su disfraz. La tarde del día anterior yo había escrito una cartita que entregué en mano a la señora Bowater, con un pedazo grande de muérdago de mi ramo de Navidad; era una invitación a ella y a Fanny para «recibir» conmigo el Año Nuevo. Ella me sonrió después de leerla —seguía siendo el mismo ser tranquilo, aunque desatendido—, y yo quedé a medias satisfecha.

Se puso su mejor vestido negro para la ocasión. Había comprado una botella de vino de jengibre, que trajo con unas copas y colocó en el centro del mantel rojo y negro. La etiqueta verde oscura, con letras blancas, «aún me persigue». Pasaron las horas. Fanny regresó del concierto, entrando en la habitación como una nube de belleza, y entretuvo los postreros minutos del año con ecos burlones de la reunión.

Con opulento falsete repitió las «pocas palabras» de apología comprensiva que había pronunciado el señor Crimble por su ausencia. «“He de solicitar su indulgencia, señoras y señores, por un lamentable hiato que se ha producido en nuestro programa”». Reprodujo para nosotros la animada versión que hicieran la señorita Willett y el señor Bangor de «Ay si los dos», y la recitación que, al parecer, la señora Bullace había accedido con bastante rapidez a dar como propina después de su «Abt Vogler»: «El Sí de la Dama», de Elizabeth Barrett Browning. Y qué mirada de luz y fuego me dirigió al llegar a la sexta estrofa del poema:

*¡De las festivas mesas apartadla,
Señaladle los cielos estrellados!...*

E imitó el *cello obbligato* de la sobrina de lady Pollacke, la señorita Oran, a «El acorde perdido», con una lamentosidad que conmovió hasta el alma de Henry, hecho una rosca en el regazo de mi patrona. La cabeza negra se partió como una granada con un bostezo de fastidio.

Ante eso la señora Bowater volvió sobre mí su cara huesuda, con las manos en las rodillas, y alzando los ojos me reveló que esto le había divertido, y que esperaba que su diversión quedara como cosa confidencial entre nosotras. Se levantó y sacó al gato: y a su vuelta había recuperado la solemnidad.

—Me figuro —dijo tiesamente, fija la vista en el fuego chisporroteante que constituía nuestra única iluminación—, me figuro que los pobres lo habrán hecho lo

mejor que sabían; y no hace tanto tiempo, Fanny, que a ti te trastornaba tanto que te dejaran cantar en un concierto de la iglesia como al pájaro salir de su jaula.

—Sí —dijo Fanny—, pero en este mundo cuando un pájaro sale de su jaula es para entrar en otra; aunque me figuro que las más grandes serán más confortables.

Esa réplica transformó el semblante de la señora Bowater en una máscara impasible, tan impasible que todas las fotografías apenas iluminadas de la habitación parecieron imitar su mirada.

—Y, madre —añadió Fanny seductoramente—, ¿quién me *enseñó* a cantar?

—Sabe Dios —exclamó la señora Bowater con convicción— que yo no fui.

—Lo sabe, sí —murmuró Fanny en voz baja, para mi información—; pero ¿Le importa?

Yo me apresuré a preguntarle a mi patrona si se alegraba de estrenar un nuevo año. Como en respuesta, el reloj de la cocina, que llevaba siempre diez minutos de adelanto, empezó a dar las doce, medio ahogándose con cada campanada. Y una vez más el alma del pobre señor Hubbins tomó forma y me miró penosamente desde el vacío.

—Cuando se está en la cuesta abajo, señorita —estaba respondiendo mi patrona a la pregunta—, los mojones no son la compañía más agradable; ni importa mucho el viaje hasta que se ha pasado. Con lo cual no quiero decir que haya que *afligirse*. Pero para usted y para Fanny..., yo espero que lo poco que es el presente para ustedes no sea nada comparado con el futuro.

Así diciendo se puso en pie, y sirvió el almibarado vino oscuro de la botella verde, reservando para mí una copita pequeñísima que había encontrado a fuerza de revolver en los tesoros acumulados a lo largo de su vida.

Fanny, cabeza meditabunda, acabadas sus burlas, estaba sentada y encogida en un taburete junto al fuego. Dudo que estuviera pensando. Tanto si sí como si no, para mis ojos encantados era como si un fantasma de su interior se contentase meramente con ser su belleza. Y en reposo había una gracia en su cuerpo: el hombro redondeado, la cabeza quieta, que quizá por ser tan transitoria parecía asemejarse a lo que no cambia nunca, ese remedo de lo desconocido que se ve en una flor, en un monte verde, hasta en un animal. Es como si, pienso, lo que más amamos en esta vida tuviera necesariamente que participar de dos mundos.

Débilmente el aire helado trajo las campanadas de medianoche. Yo me levanté, me aparté de la luz de la chimenea, descorrí la cortina y eché una ojeada al espacio. Allá lejos, a la derecha, centelleaba Sirio, y más al este venía la Hidra de cabeza chata, con Alford, el Pájaro Rojo, en su rosca. Así, por un instante de nuestra historia, yo y el globo terrestre estuvimos a solas. Diríase, en efecto, que sobre la realidad pendía un silencio más intenso en el momento en que la tierra emprendía una nueva y fugaz revolución en torno a su dueño y señor invisible. Pero la luna no había despuntado aún.

Me volví hacia la figura de la chimenea, y, sin que ella lo advirtiera, le mandé un

beso y una plegaria. Fría, despreocupada Fanny: más distante que Urano. Estábamos solas, porque al sonar la primera campanada en San Pedro la señora Bowater había salido de la habitación y abierto la puerta de la calle. Sonreía; pero ¿sonreía, o aquel vago hechizo de su rostro era tan sólo una astucia sin significado, de la que no era consciente? Allí sentada a la luz del fuego, podría haber sido una sirena.

Las campanas quebraron nuestra quietud; y afortunadamente, ya que no había en la casa ningún hombre moreno para darnos suerte, Henry, ya harto de la nieve y más negro de color que ningún humano patillado que yo haya visto, aprovechó su ocasión y fue el primer ser vivo en cruzar nuestro umbral de un año al otro.

Ese suceso auspicioso renovó nuestros ánimos, que en la espera habían empezado a decaer. De lejos llegó un murmullo discordante de voces, instrumentos y campanas, que demostraba que el resto de la parroquia compartía nuestra solemne vigilia; y entonces, yo encima de mi mesa entre las dos, tomadas de las manos, la señora Bowater, Fanny y yo, tras beber a nuestra salud, entonamos las notas de «Auld Lang Syne». Mi patrona debía de tener sangre escocesa; desde luego compensó alguna pequeña variación de la melodía con una sentida pronunciación de las palabras. Apenas habíamos completado ese rito cuando el reloj de abuelo del estrecho pasillo declaró sobriamente su propia interpretación de la eternidad; y las tres, hasta la señora Bowater, nos echamos a reír.

—Buenas noches, Menudencia; que tengas un año inmensamente feliz —me susurró una voz como media hora más tarde. Salté de la cama y me asomé entre las cortinas. Fanny había bajado de su dormitorio a hacer alguna cosa, y, con un mantón sobre los hombros, asomaba por la puerta la cabeza y la vela. Yo contemplé su hermosura.

—¡Ay, Fanny, Fanny! —exclamé.

El día de Año Nuevo trajo cambio de tiempo. Sobre los campos se alzó una ligera neblina, empezó a deshelar. A Fanny la acometió entonces una especie de apatía que yo traté en vano de disipar. Sin embargo, parecía buscar mi compañía; a menudo para permanecer silenciosa, y de vez en cuando para hacerme preguntas curiosas, como por confrontar una respuesta con otra. Y un descubrimiento hice en mis esfuerzos por retenerla cerca de mí: que le gustaba que le leyeran en voz alta. Casi todos los volúmenes de la pequeña biblioteca de la señora Bowater eran de carácter náutico; y aunque uno de ellos, que trataba de los vientos y las mareas y los mares y litorales del mundo, me serviría de consuelo después, en ausencia de Fanny, la mayoría desafiaban incluso a mi obstinación. Fanny detestaba las historias del mar, parecía aborrecer a Crusoe; y sonreía con su sonrisa lenta y misteriosa mientras examinaba mis pequeños tesoros literarios. Por un capricho de la fortuna, pegado por una mano inexperta a la cubierta parda y sucia de un volumen sobre Trastornos Nerviosos, descubrimos entre los libros de su padre un ejemplar de las *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë.

Ya la primera frase de aquel libro extraño y moroso era un sortilegio: «1801.-

Acabo de regresar de una visita a mi casero: el único vecino que me puede molestar». Y cuando, pocas líneas más allá, leí: «Poco imaginaba cómo mi corazón se encariñó con él al contemplar cómo sus negros ojos se retiraban con tanta suspicacia bajo sus cejas», la aparición de ¿quién sino el señor Crimble?, me saltó de la letra impresa, y el encantamiento fue completo. No era sólo el enorme y pelado Yorkshire, con sus páramos y yermos de nieve lo que prendió mi imaginación, no sólo aquella vasta cocina con sus baldosas, sus sillas verdes y sus armas de fuego, sino la mera música y fragancia de las palabras, «contemplé sus negros ojos»; «una hilera de raquícos espinos»; «una multitud de grifos que se caían a pedazos»; «una enorme perra pointer de color hígado»: reverberaban en mi espíritu, hacían eco en mis sueños.

Y, aunque en las tardes lluviosas y ventosas que Fanny y yo compartíamos de ese modo, era ella, mucho más que el pobre señor Crimble, quien se asemejaba a Heathcliff en ser «bastante taciturna» y en manifestar frecuentemente «una repugnancia a la expresión del sentimiento», mi descubrimiento la atrajo más de lo que se avenía a confesar. Decía que *Jane Eyre* era mejor, «aunque la propia Jane era tonta». ¿A mí qué más me daba? Para mí el libro era como una luz encendida en una casa extraña, y esa casa era mi mente. Arrodillada ante sus páginas, contemplaba, observaba, me maravillaba y reconocía. Pero, aunque mi corazón se desgarraba, y mis sentimientos se trastornaban un poco con las escenas de violencia, y aquel espectro lobuno y acechante obsesionaba mi imaginación, yo no tomaba parte: lo miraba todo con la misma sensación de lejanía y asombro con que, de niños, Cathy y Heathcliff, descalzos en la oscuridad del jardín, se habían asomado aquel domingo por la tarde al salón rojo e iluminado de los Linton.

Si en febrero se pone en el fuego una rama recién cogida de espino con capullos, al instante, por efecto del calor, se abren las hojitas de verde brillante. Eso fue lo que hizo en mí Emily Brontë. En Fanny no. Fanny, con su «vacua apatía», fingía muchas veces que *Cumbres borrascosas* la hacía bostezar, y me escandalizaba con críticas mordaces, o exclamaba: «¡Ah!» en los pasajes patéticos. Pero creo que era pura ocultación. Ella sí tomaba parte en el relato. Yo, por lo menos, no he visto nunca su rostro tan transfigurado como una vez en que de pronto alzó los ojos del fuego de la chimenea y sorprendió mi mirada clavada en ella por encima del libro.

Era en ese pasaje donde Cathy —con su magnífico manto de seda a cuadros, pantalones blancos y zapatos relucientes— vuelve a la terrible Grange; y Heathcliff, «tristemente ofuscado», la está mirando desde su escondite. «Bien podía», seguí leyendo, «emboscarse detrás del banco, al ver que en la casa entraba una dama tan airosa y espléndida. “¿No está Heathcliff?”, preguntó ella, quitándose los guantes y dejando al descubierto unos dedos prodigiosamente blancos de no hacer nada y estar siempre bajo techado».

Fue al llegar a ese punto cuando nuestros ojos, como digo, los de Fanny y los míos, se encontraron. Pero ella, dama airosa, no estaba pensando en mí.

—¿Te gusta a ti ese tipo de persona, Fanny? —inquirí.

Las llamas de mi vela brillaban flacas y diminutas en sus ojos.

—¿Cuál? —preguntó.

—Cuál va a ser, el de Heathcliff.

Ella apartó la cara lentamente.

—Te tomas las cosas demasiado en serio, Menudencia. No es más que una ficción. A ése únicamente le faltaba doma. Ya lo verás.

Pero en aquel momento mis oídos sintieron pasos, y, cuando la señora Bowater abrió la puerta para contemplar a la ociosa Fanny, el libro estaba debajo de mi cama.

A medida que se acercaba el día de que Fanny volviera a sus «deberes», su estado de ánimo mejoraba. Me mostró, en todas sus etapas, los vestidos nuevos con que la mimaba la señora Bowater: hasta un grado que a mí, aun sin ser experta en economía doméstica, me llenaba de asombro. Yo tenía que fingir que todas aquellas galas me embelesaban: «¡Ay!», le susurraba a cada una, «¡cuando te vista estará lejos, muy lejos!». Sentía envidia hasta de los botones, y de hecho la atosigué con mis ruegos. Le imploré que pensase en mí a ciertas horas; que se diera las buenas noches por mí; que me escribiera día tras día al caer la tarde; que compartiera la luna: «Si las dos la miramos en el mismo momento», argumenté, «será lo más parecido a mirarnos. *No puede ser* que te vayas del todo: y si ves aunque sea una flor, si oyes el viento... Fanny, espero de veras que estés contenta».

Ella lo prometía todo con sonriente facilidad, y habría sellado el pacto con sangre si a mí se me hubiera ocurrido cortarme en un dedo con ese fin. El día de Jueves Santo: en esa fecha volvería a casa. Yo contemplaba ese día bendito a una distancia de siglos, como en su imaginación mira el condenado al patíbulo que le espera; pero del mío colgaban todas mis esperanzas. Durante largas tardes ni la vi siquiera; y por las voces que salían de la cocina cuando llegaba, ya a hora tardía, se entendía que también mi patrona la había echado de menos. Pero Fanny no perdía la compostura aunque se enojase, y yo no me atrevía a reprocharle que me tuviera abandonada. Sus miradas frías casi me ahogaban. Le supliqué que pasara una última hora de la víspera de su partida a solas conmigo y con las estrellas, en el bosque. Lo prometió. A las once volvió a casa, y se fue derecha a su habitación. Oí sus pisadas: estaba haciendo las maletas. Después, silencio.

Seguí esperando, y al fin, desolada, me hincé de rodillas junto a mi cama y pedí a Dios que la confortase. Heathcliff había ganado una débil discípula. Al día siguiente por la tarde se marchó.

CAPÍTULO XVI

Durante muchos días mi mente fue una cáscara vacía, y presa al mismo tiempo de un constante tormento de ansias, ensueños, desesperación y reproches. Dondequiera que mirase no veía más que una cosa: que Fanny no estaba. No me atrevía a abrir el corazón a una esperanza para el futuro, porque hubiera sido traicionar a la ausente. Hasta en la vista del sol de enero, los campos verdeantes, las primeras señales apenas perceptibles de un nuevo año, había una extática tristeza. Y una mañana en que desperté pronto, y todavía medio en sueños oí a un tordo que casi en tinieblas cantaba anunciando la primavera, me pareció que era una voz clamando en los patios vacíos del paraíso. ¡Con qué ridículo afán ocultaba mi aflicción a la señora Bowater! Rara era la mañana en que no salía llevando en una bolsa la comida que no había podido ingerir el día anterior, para esconderla o enterrarla. Pero esos viajes eran breves.

No sé dónde he leído que el amor es una enfermedad. ¿O es que la Vida apila el combustible, un extraño que pasa echa una chispa y el mundo entero se consume en humo? ¿Era yo más feliz en aquella fiebre que ahora en esta calma literaria? ¿Por qué el amor a las cosas sin celos ni envidia me llenaba de gozo, me henchía de felicidad, y el amor a Fanny me agostaba, me absorbía todo otro interés, cegaba virtualmente mis ojos? ¿Es verdad esto? No puedo estar segura: porque es tan difícil recordar sus estragos como recomponer los lúgubres fantasmas que acuden en tropel a un cerebro delirante. Y, por seguir siendo sinceros, otra posibilidad: ¿Tenía ella la culpa? ¿Habría estado en paz mi espíritu, aun en su dolor solitario, si ella me hubiera tratado con lealtad? Nadie lo creería, pero en ningún momento se me ocurrió pensar que podría ser una mera cuestión de tamaños. Simplemente porque yo amaba me creía digna de ser amada. ¡Y sin embargo, en lo profundo del alma, aquella tarde, me había estado riendo del señor Crimble por decir sus oraciones!

Pero hasta el corazón es un ave fénix. El mundo exterior empezó a abrir brecha en mi desolación, y más cuando, tras un par de semanas de ausencia, llegó una postal de Fanny a su madre, con un mero «Recuerdos a M.» garrapateado en el ángulo superior derecho. Fue como si me echaran por la espalda un vaso de agua fría. Y aún le siguió otro pequeño «golpe». Una noche, después de depositar cuidadosamente sobre la mesa mi tazón de leche con galletas, la señora Bowater ocupó su sitio de costumbre frente a mí, negra como una efigie de madera, y dijo:

—Hace tiempo que tiene usted abandonadas las estrellas, señorita. Está usted muy mustia. Yo también sufría de las mismas fantasías cloróticas cuando era moza. No es que el buen final justifique las malas andanzas; pero, con la constitución delicada que usted tiene, era ir tras el peligro; sí que lo era.

Sonríó acordándome del cuadro que debía presentar mi cara de mala conciencia alzada hacia la severa vigilante; que no lo es menos en estos momentos, aunque las dos tengamos muchos años más.

—Que sí, que sí —continuó, con un acento que habría hecho palidecer hasta a la fotografía parda y descolorida que tenía sobre su cabeza—. No pretendo divulgaciones; ella sola no habría ido, y si hubiera ido sola ya me habría oído. Pero usted, señorita, debe tener presente que soy su madre. Y tenga presente también, señorita —añadió, con el labio de arriba aún más fruncido—, que me corresponde cuidar de usted, y así será mientras esté usted bajo mi techo; y aunque no lo estuviera, Dios mediante.

Cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido, como si con eso archivara el asunto para siempre, como así fue, porque nunca volvió a mencionarlo. A veces cae un rayo sin estrépito. Yo me quedé estupefacta. Pero ahora, examinando aquella lejana conciencia, observo, en primer lugar, un leve paso por mi espíritu del problema de por qué una libertad que la señora Bowater le habría negado a Fanny no encerraba peligros para mí; y después me doy cuenta de que, de cuantas emociones batallaban dentro de mí, la humillación se destacó con mucho sobre todas las restantes. Como que me sonrojé de la cabeza a los pies al pensar que ni por un instante, ni entonces ni después, me había parado a considerar cómo era posible que Fanny, aquella noche fatal, hubiera *echado el cerrojo* al salir. ¡Estupidez completa la mía; y la de Fanny! Durante todas aquellas semanas mi patrona había estado enterada, y no había dicho nada. Las grosellas verdes de mi infancia fueron un tónico mucho menos efectivo. Pero no perdí afecto hacia la señora Bowater con aquel prodigioso aumento de mi respeto.

A la mañana siguiente hubo una interrupción mucho más agradable de mi insana nostalgia por la ausente. Apartando una vez más el desayuno con horror, y sin saber qué leer (porque Fanny me había birlado *Cumbres borrascosas* y se lo había llevado), revolví la polvorienta y descolorida pila de libros de los Bowater. Y en uno de ellos descubrí un capítulo sobre nudos. La mente es más lista de lo que creemos, y no sólo los gatos tienen un instinto para automedicinarse. Saqué de mi cajón una madeja de hilo de seda, y aunque el fantasma de Fanny se enfurruñase al verse abandonado, me apliqué a dominar «la ciencia del grumete». Ya había aprendido a distinguir para siempre el nudo de rizo del nudo al revés (éste se llamaba también «nudo del amante fiel»: ¡así es el destino!), y me disponía a acometer el cote, cuando llamaron a la puerta... y asomó una cabeza.

Era Pollie. Hasta que vi aparecer de forma tan inesperada sus mejillas de campesina, redondas y coloradas, y su tieso sombrero de los domingos, casi tenía olvidado cuánto la quería y lo mucho que la había echado de menos. Sin duda mi patrona había sido la *dea ex machina* que la había hecho surgir en aquella hermosa mañana de sol. En cualquier caso, venía del cielo. Además de mantequilla, un ramillete de jazmín de invierno, una colcha de ganchillo y una silla de jardín barnizada, hecha especialmente para mí en las noches invernales por su padre, el señor Muggeridge, traía noticias sorprendentes. En medio de nuestra excitada charla se hizo de pronto un silencio. Pollie sacó el pañuelo, y un lento rubor le subió por el

cuello, las mejillas, las orejas y la frente. Yo no podía apartar del todo los ojos de aquella vista deliciosa, así que los desvié con admiración a los acianos y las margaritas artificiales de su sombrero.

Entonces se sonó con delicadeza, y, deslizando una mirada a la puerta cerrada, dijo en voz baja su secreto. Estaba prometida. Un vapor pesado y romántico pareció al instante envolvernos, y en su quietud yo fui curiosamente consciente no sólo de la arrebolada Pollie que veía allí sentada, con las manos semicruzadas en el regazo, sino también de mí misma, posada frente a ella con unos ojos que recorrían sus domésticas facciones con curiosidad, incredulidad y hasta una remota consternación. El tiempo se evaporó, y una vez más estaba allí la Pollie de antes: una chica bobalicona con su delantalito, zampando manzanas verdes y retrenzándose el pelo castaño y sin brillo.

Seguidamente, cómo no, me retó, vergonzosa, a adivinar el nombre del afortunado. Yo dije nombres y nombres, para regocijo creciente de Pollie, y al fin aventuré lo que primero se me había ocurrido, pero no había dicho:

—¡Bueno, pues entonces *tiene* que ser Adam Waggett!

—¡Adam Waggett! ¡Pero señorita! ¡Si tiene las narices como una botella de vino! Era innegable. Me excusé, y Pollie puso su futuro en mis manos.

—Es Bob Halibut, señorita —susurró con voz ronca.

Y al momento la cabeza roja de Bob Halibut se me apareció amenazadoramente. Pero yo entiendo poco de maridos; y las premoniciones sólo nos impresionan cuando se hacen verdad. El tiempo había de demostrar que Pollie y su madre habían hecho una elección prudente. ¿Acaso no soy ahora comadre, si se puede llamar así, del señor Halibut?

La boda, dijo Pollie, sería en el verano. «Y, ¡señorita!»: ¿iría yo?

¡Qué maquinaciones hubo entonces! El sensible disimulo de dificultades por una y otra parte, la vieja nostalgia del terruño por la mía: huir ahora, en seguida, de aquel escenario de mi adoración afligida. Casi odiaba a Fanny por causarme tanto dolor. Llamamos a la señora Bowater a nuestro conciliábulo; di mi promesa; y fue ella la que sugirió que, «con tan buena tarde como hacía», Pollie me sacara a dar un paseo.

Pero ¿dónde? Llevar a Pollie al bosque parecía malgastarla. Ideas de San Pedro, el esplendor nocturno en el taxi, un hambre de novedades, la comezón de gastar dinero y quizá una pizca de osadía: sin vacilar ni un momento, yo elegí las tiendas y «la ciudad». Una vez más vestida de negro, con dos gruesos de velo por dosel sobre la cabeza, como si fuera una pieza de asado en pleno verano, me acomodé sobre el brazo de Pollie, y allá que nos fuimos, con la plena publicidad de las tres de la tarde.

Charlábamos, reíamos; chacoteábamos como colegialas mirando a los transeúntes, por la extraña y concurrida calle mayor. Yo devoraba las mercancías fascinantes de los escaparates: la sombrerería, la peluquería y perfumería, la confitería; hasta las pirámides de tarros de mermelada y los azucarillos de la tienda de comestibles, y los jabones, jarabes y esponjas del señor Simpkins, el farmacéutico de Beechwood. Con el soberano que yo había sacado de mi cofre del tesoro, Pollie hizo

compras por mí. Para la señora Bowater, un pañuelo de muselina para el cuello; para ella, tras acaloradas discusiones, unos guantes de cabritilla y un frasco de esencia de jazmín; y para mí una novela.

Esto último requirió una visita a la Biblioteca Circulante de la señora Stocks. Yo había puesto mis esperanzas en *Jane Eyre*. La señora Stocks se lamentó de que la demanda de esa novela siempre hubiera desbordado sus existencias: «Lo que podríamos llamar ficción de estilo sensacionalista» (¿o dijo fricción?), «nunca nos dura mucho». En su lugar sacó, y con mucho tacto, un ejemplar relativamente diminuto de *Sentido y sensibilidad*, de la señorita Austen. Estaba un poco sucio de estar en la tienda; «pero los libros aguantan, señorita»; y me lo dejó rebajado. Sus grandes tijeras cortaron el bramante. Pollie y yo hicimos repicar una vez más la sonora campanilla de la puerta y salimos al sol. «¡Ay, Pollie!», susurré, «¡si pudieras quedarte conmigo para siempre!».

Aquel sorbo de «vida» me había exaltado de tal modo, que, tras febril y silencioso debate, al cabo me eché a reír y le expliqué a Pollie que quería «que me bajase». Sus acaloradas razones en contra del temerario experimento no hicieron sino acrecentar mi obstinación. No tuvo más remedio que obedecer. Le di orden de que me siguiera a poca distancia, me compuse el velo, apreté entre mis brazos a mi señorita Austen y me volví resueltamente hacia donde habíamos venido. Una tras otra se extendían ante mí las anchas losas del pavimento. Era una experiencia extraordinaria. Estaba abiertamente sola, no con las furtivas y engañosas sombras y apariencias de la noche, ni las flores y los árboles tranquilos en el enorme vacío de la naturaleza, sino en medio de una ciudad de hombres de plena altura, y caminando por ella: yo sola. Fue como si de pronto me diera cuenta de lo asombrosamente activos, dominantes y multitudinarios que somos los seres humanos. No lo puedo explicar. La calle mayor, por emplear un viejo tópico, «se me subió a la cabeza». Mi mente estaba en un torbellino tal de excitación que no tengo plena consciencia de lo que pasó después.

El sol inundaba de luz invernal el espacio entre casas de una calle que, en mi aislamiento, parecía inconmensurablemente vasta y vacía. Creo que mis sentidos deformaban el panorama. Había un tremendo centelleo de vidrios, estruendo de tráfico. Una racha de viento alzó en el aire polvo, arena, partículas de paja. Las formas de los peatones que venían se erguían ante mí, y luego, rígidas y súbitamente atentas, pasaban. Me noté las piernas un poco acartonadas, y el cerebro confuso. El silbar estridente del chico de un carnicero, que llevaba al hombro una bandeja vacía y manchada de sangre, cesó de pronto. Abrió unos ojos como platos, se quedó petrificado, tragó saliva y abrió la boca. Yo seguí andando. Un aullido de asombro rasgó el aire. Entonces fue como si, al oírlo, desde distintos ángulos, brotaran de las piedras otros chicos parecidos que venían voceando y dando vueltas, cruzando la calle hacia mí. Y ya la sangre me zumbaba de tal manera en la cabeza, que fueron mis nervios más que mis oídos los que me informaron de los murmullos y el ruido de

pisadas que iban en aumento a mis espaldas.

Recuerdo con extraordinaria vividez la visión de un birlocho gigantesco que venía hacia mí en medio del resplandor y del polvo; y, sentada en él, una señora pomposa y encopetada, que en un momento inclinó la cabeza con rígida urbanidad, al parecer en mi dirección, y al momento siguiente, con la cara de desagrado del que ha aspirado un mal olor, volvió a reclinarse en sus almohadones, ajena no sólo a Beechwood, sino a todo el globo habitable. Simultáneamente me di cuenta, sin dejar de apresurar el paso, primero, de que el conocido a cuyo saludo había respondido la dama era el señor Crimble, y, segundo, que éste se había dado media vuelta con increíble rapidez y al instante había clavado toda su atención en un objeto del escaparate de una sombrerería.

Hasta ese momento, como digo, lo que llenaba mi mente era una exaltación confusa pero cegadora. Pero al ver los hombros encogidos, como de corneja, del señor Crimble empecé a tener miedo. Tropecé con el zapato en una losa que sobresalía del pavimento. Casi me caigo. Y ante eso el mudo concurso que me pisaba los talones —cola extendida de mí, el Cometa— rompió en un rugido de risa estridente y prolongado. Al momento siguiente Pollie estaba a mi lado, agachada para rescatarme. Demasiado tarde. Bastó una ojeada por encima del hombro para que el terror y el odio a toda la raza humana me invadieran como un mar. Di un golpe salvaje a la mano de Pollie, enfundada en un guante de algodón; y tiritando, apretando los dientes pegajosos, eché a correr.

¿Por qué aquel pánico? ¿Quién podría haberme hecho daño? Y, sin embargo, en las caras agolpadas que había entrevisto fugazmente a través del velo había una expresión que no era sólo de curiosidad: una especie de hambre, un destello perruno. Recuerdo en particular un rapaz pelirrojo, de piernas flacas, que era como un hurón. En fin, no importa. La comedia fue breve, y fue la señora Stocks la que bajó el telón. Atraída por todo aquel alboroto y griterío de la calle, había asomado la redonda cabeza fuera de sus reales. Cual raposa a su guarida me abalancé yo a su umbral de madera, sorteé su persona y busqué asilo en su tienda. Ella hizo entrar tras de mí a la pobre Pollie, se volvió hacia mis perseguidores, les cerró la puerta en las narices, echó el cerrojo y bajó la cortinilla azul oscura.

En la quietud y somnolencia que se hicieron de pronto en aquella mohosa penumbra, giré los acosados ojos y me quedé mirando la oscura faja de tela de hilo que me ocultaba a mis perseguidores. Otro tanto hizo la señora Stocks: la redonda criatura se alzaba como una piedra a la que no alcanzan las espumas. Luego soltó un bufido desdeñoso.

—¡Esos! —dijo, acompañándose de una sacudida de los zorros—. ¡Vaya recua de haraganes! *Ya* me conozco yo a esos indecentes, hija mía: les daría igual que fuera un miembro de la Realeza, un carterista o un cadáver atropellado en la calle. Usted descanse un poquito, pobrecita, y tranquilícese. En seguida se aburrirán.

Se retiró a la trastienda que había detrás de una puerta encortinada y volvió con

un vaso de agua. Yo meneé la cabeza. La vista me latía al compás del corazón. Como convertida en una gota de veneno, no apartaba los ojos de la cortinilla.

—Abra la puerta —dije—. Quiero volver a salir.

—¡Pero señorita! ¡Pero señorita! —clamó Pollie.

Pero la señora Stocks tenía una mentalidad más práctica. Luego de contemplar a mis enemigos desde una ventana de arriba, había mandado a la niña de una vecina a buscar un coche. Cuando llegó ese vehículo ya el concurso de la calle se había deshecho prácticamente con un desinflado «¡Búu!» de decepción, y los zorros cuadriculados de la señora Stocks dispersaron al resto. La puerta del coche se cerró, rechinaron las ruedas en el bordillo, mi debut había acabado. Había sido el gran espectáculo durante cinco minutos.

CAPÍTULO XVII

Subimos lentamente la cuesta, y por fin, en el aterciopelado silencio y como a una señal preconvenida, Pollie y yo nos miramos y prorrumpimos en una risa larga y sin alegría: una risa que al cabo, por parte de ella, amenazó con acabar en llanto. Yo la dejé que se recobrase, fijando mi atención emponzoñada en su anillo de compromiso: dos corazones de plata rodeados de seis turquesas de color azul cielo. Y con la necedad y la impotencia del que se alza solo contra el mundo, tramé vengarme.

El coche se detuvo. Allí estaba la casita de ladrillo, totalmente inalterada por las trágicas horas que habían pasado desde que tan alegremente saliéramos de ella. Yo la miré con malignidad y repugnancia según subía los «bateses» y precedía a Pollie por el pasillo. Una vez segura dentro, me encogí de hombros y le expliqué a la señora Bowater el fenómeno del coche, con tal éxito que verdaderamente creo que de momento se quedó convencida de que su alojada era una de esas personas que prosperan con la atención de la plebe: es decir, miembros de la Realeza más que carteristas o cadáveres atropellados en la calle.

Con el pañuelo nuevo de muselina adornándole el cuello, la señora Bowater tomó el té con nosotras aquella tarde, pero ni siquiera Pollie, en su imaginativa versión de nuestras aventuras, hizo alusión a la señora del coche, como no compartía tampoco mis intensas conjeturas sobre qué podía ser aquello tan absorbente que el señor Crimble había visto en la sombrerería. ¿Sería que la dama había fingido no verme enteramente para mi provecho; y que el señor Crimble fingiera no haberme visto enteramente por *el suyo*? Aún seguía yo dándole vueltas a este problema aquella noche, en la cama, cuando llamaron a mi puerta. Era Pollie. Había bajado del piso de arriba para comprobar si yo estaba bien y a gusto.

—¡Ay, señorita, si viera —susurró, al darme definitivamente las buenas noches— en qué habitación tan bonita me ha puesto la señora Bowater: como para una princesa, y eso que muy sencilla! Bob también anda ya pensando en los muebles.

Conque volví a quedarme sola con la Fanny olvidada, y esa noche soñé con ella. No se veía más que unas olas negras e hirvientes que arrojaban sus crestas de cuajada espuma hasta las nubes, y en cada cresta la cara del recadero que era como un hurón. Y flotando en medio del remolino de debajo, una forma amada más blanca que la espuma, con los ojos cerrados, bajo el arco gigantesco del agua. ¿Quién cuelga esos velos trágicos en la mente dormida? ¿Quién era ese yo que los miraba? Me desperté estremecida, musité una bendición inconexa, sin nombre; me di la vuelta, y no tardé en volver a quedarme dormida.

Las experiencias del día en la calle mayor habían añadido por lo menos veinticuatro horas a mi vida. Tan mujer de mundo me iba haciendo que cuando, después de la marcha de Pollie, una llamada a la puerta anunció al señor Crimble, le recibí con gesto inocente y tranquilo. Él, con las gafas fijas en mí, retorció nervioso

un ramito de campanillas de invierno, que, según aseguraba, eran las primeras del nuevo año. Yo le di las gracias y comenté que en Lyndsey las campanillas de invierno eran más cortas de tallo; y ¿se había fijado en los jeroglíficos en verde pálido que tenían los pétalos?

—En la ortiga blanca, la ortiga muerta, hay que buscarlos en el envés: unas manchitas negras y alargadas; ¡parecen una cosa la mar de secreta!

Pero el señor Crimble no venía a botanizar. Después de contestar a mis preguntas sobre la salud de la señora Hubbins, se sentó de pronto y anunció que el objeto de su visita era arrojarle en brazos de mi generosidad. La propuesta no me agradó, pero mi tímido intento de volver a la señora Hubbins fue infructuoso.

—Hablo —dijo— de la atrocidad de ayer. No tiene otro nombre; y, dado que ocurrió a menos de doscientas yardas de mi iglesia, y aun de la casa de mi madre, no puedo decir que no me quepa una parte de responsabilidad.

Yo tampoco podía decirlo. Pero deseé con toda mi alma que no hubiera venido a hablar de *su* parte.

—Ah, se refiere usted, señor Crimble —dije con toda la ligereza que pude—, a mi pequeña experiencia de la calle mayor. No fue nada. Mi atención estaba tan ocupada en otras cosas que ni vi la iglesia de San Pedro. De modo que...

—Es usted la amabilidad personificada —me interrumpió, con una rápida inserción del dedo índice entre su cuello y el de su hábito clerical—; pero el hecho es —y me lanzó una mirada como con el blanco de los ojos—, el hecho es que yo mismo fui testigo escandalizado del suceso. Créame que no pudo herir sus delicados sentimientos más de lo que..., de lo que hirió los míos.

—Pero, sinceramente, señor Crimble —repuse yo, paseando la vista por la habitación un tanto desvalidamente—, si no hirió mis sentimientos. Mire usted, no siente uno mucho cuando está iracundo. Pasó lo que yo tenía que haber previsto. Es importante saber dónde nos andamos, ¿no?, y dónde se andan los demás. Y los chicos son chicos, como dice la señora Bowater, y sobre todo, supongo, los chicos de los recados. ¿Qué otra cosa podía esperar? Lo único es que me ha enseñado una lección muy útil..., aunque el aprenderla no fuera demasiado grato. Si alguna vez llego a acostumbrarme al mundo (y eso es una especie de deber, ¿no, señor Crimble?), el mundo tendrá que acostumbrarse a mí. Quizá si todos nos conociéramos por dentro, si conociéramos nuestras ideas y nuestros sentimientos, quiero decir, todo el mundo sería tan peculiar por ahí, o sea por dentro, como yo soy por fuera. No sé si me estaré explicando muy claramente.

Y sólo pocas semanas atrás había estado bombardeando al doctor Phelps con el argumento exactamente contrario. Me figuro que será eso lo que se quiere decir con «trucar las pesas».

El señor Crimble abrió la boca, pero yo continué rápidamente.

—O sea, que en estas cosas debo ser franca conmigo misma, y tratar de no..., de no ser necia. Y usted únicamente pretendía mostrarse muy amable, ¿no es cierto? Yo

soy liliputiense, y de nada serviría negarlo. La gente que me abucheó no lo era. Eso es todo; y, si no hubieran sido tantos, tal vez me podrían haber causado la misma irrisión, y hasta quizá escándalo, que yo a ellos. Cada uno *piensa* según su tamaño, y no hay más, y estoy completamente convencida —y le asentí enfáticamente—, estoy completamente convencida de que si ahora estuviera aquí el pobre señor Hubbins me..., me daría la razón.

Me daría la razón...: esas palabras se me quedaron tan grabadas en la mente, y transmitían una imagen tan peculiar del espíritu del señor Hubbins y de mí, que me perdí el comienzo de la respuesta de mi visitante.

—Pero yo le aseguro —estaba diciendo— que no es eso sólo.

Tenía en la frente el brillo del sudor.

—A los ojos del Topoderoso todos los hombres son iguales. Las apariencias no son nada. Y quizá algunos de nosotros seamos mucho más apreciados precisamente en razón de..., de nuestras afecciones pasajeras, y...

—Mi madrina —le atajé— me decía exactamente eso por carta hace unos meses. No es que yo acepte la *palabra*, señor Crimble; lo de «afecciones», quiero decir. Y en cuanto a las apariencias, lo son *todo*; ¿no?

Y como cordial le di la mejor imitación de sonrisa que me salió.

—No, no, no; sí, sí, sí —dijo rápidamente el señor Crimble—. Pero no era de eso, no era de eso, en cierto sentido, de lo que yo estaba hablando. Lo que he venido a decirle esta tarde es esto. Lo concedo; lo confieso libremente; hice el cobarde; moral más que físicamente, quizá, pero el cobarde de todos modos. La..., la atroz brutalidad del procedimiento.

Se había olvidado de mí. Sus ojos estaban fijos en el escenario de su recuerdo. Estaba otra vez delante del escaparate de la sombrerería. Se hizo una pausa dolorosa.

Yo me levanté y me volví a sentar.

—Pero en serio, totalmente en serio —interpuse débilmente—, no me hicieron ningún daño. Era únicamente curiosidad. ¿Qué podía usted haber hecho? Hombre, la realidad del caso, ya se sabe —reí débilmente—, es que de otro modo habrían tenido que *pagar*. ¡Les salí..., les salí barata!

Él tenía la cabeza echada hacia atrás, así que me miró *por debajo* de las gafas al clamar con voz hueca:

—Podían haberla apedreado.

—No sería con esa pavimentación.

—Pero yo estaba allí. Me aparté. ¿Usted me *vio*?

No sé qué sería lo que me indujo a hacerme rea de tan ridículo subterfugio. Cualquiera cosa, quizá, por calmar su agitación:

—Pero de verdad, de verdad, señor Crimble —murmuré—, yo no *vi* que usted me viera.

—¡Oh, vaya! ¡Tretas de mujer! —Me conjuró desesperadamente, volviendo la cabeza a un lado y a otro—. Pero usted tuvo que saber que yo sabía que usted sabía

que la había visto, *confiéselo*. Y, en fin..., como le digo, no me cabe más que apelar a su generosidad.

—Pero ¿qué quiere usted que yo *haga*? No estoy ofendida. Si hubiera sido a la inversa, si hubiera sido *usted* el que corría, quiero decir, de veras pienso que yo podría haberme quedado mirando la sombrerería. Además, una vez que nos vimos seguras dentro del coche..., quiero decir que me alegro. Fue experiencia: sí, y más. Me gustó mucho, y las calles, y las tiendas, y todas aquellas caras que se reían, y rechinaban los dientes, y hasta usted... Fue enormemente *excitante*, señor Crimble, ¿no lo *comprende*? Y ahora —acabé triunfal—, ¡ahora tengo otra novela!

En esto, desbordada de pronto, salté del sillón y corrí a mi alcoba como si fuera a buscar el libro. Las cortinas se compusieron detrás de mí. En aquella tranquilidad interior, aquella liberación momentánea, me dejé estar, erguida junto a la cama, sin idea alguna en la cabeza. Y me puse lentamente, silenciosamente... a reír. Con el pañuelo sobre los labios, reí y reí: no exactamente como Pollie en el coche, sino porque, al parecer, algún ser infinitamente diminuto que había dentro de mí se había erguido al acordarse del extraño ser humano que había al otro lado de las cortinas, y que de repente, delante de mi vista, parecía como haberse expandido e hinchado al doble de su tamaño. Oh, qué extraordinarias cosas me estaba haciendo la vida. ¿Cómo expresarme? Durante aquel abrir y cerrar de ojos no fui más que un exquisito carámbano de soledad..., como si no hubiera nacido. Y sin embargo allí, delante de mis narices, estaban mi cama, mi espejo, mis cepillos del pelo y mis frascos —«Aquí estamos todos, señorita M.»—, y al otro lado de las cortinas... ¡Y con qué desdén había visto la pequeña caída de Pollie en la histeria! Me pasé el pañuelo por los ojos, apacigüé mis facciones, y una vez más salí al mundo.

—Ah, está aquí —exclamé con inocencia, y, alzando mi *Sentido y sensibilidad* de donde estaba, en el suelo junto a la mesa, lo deposité ceremoniosamente en las manos del señor Crimble. Una neblina visible de desconcierto le nubló la cara. Miró al libro, lo abrió, sus ojos vagaron por la portada.

—Sí, sí —murmuró—, *Jane Austen*..., edición de bolsillo. Macaulay, recuerdo...

Cerró de nuevo las tapas, pasó despacio por el canto el pulgar y el índice, y luego se inclinó hacia adelante.

—Pero me estaba usted haciendo una pregunta. ¿Qué podía yo haber *hecho*? Francamente, no lo sé muy bien. Pero podía haberla protegido, haber ahuyentado a la chusma, haberla llevado... El Buen Pastor. En fin, el caso —y el sol del alivio asomó entre las tinieblas de la conciencia— es que no hice nada. Ese fue mi fracaso. Y, por absurdo que parezca, no podía descansar hasta que, de hecho, me hubiera desahogado, confesado, sabiendo que usted lo comprendería.

Ahí se le paró la lengua.

—Y cuando —prosiguió con una vocecilla forzada, y una mirada escrutadora, casi suplicante—, cuando vuelva la señorita *Bowater*, espero que usted me permita hacer alguna reparación que demuestre que... Ella nunca me..., me... perdonaría...

La niebla que había sido suya empezó a ser mía. Con una atención desmedida a cada sílaba que formulaba, y que moría sin completar en el silencio del cuartito, le recorrí calladamente. Entonces empecé a entender, a darme cuenta de dónde encajaba mi pobre y pequeña «generosidad».

—Ah —repuse al fin, desolada, con los ojos de él y los míos en estrecha comunión—, tardará meses y meses en volver. Y de todos modos, estoy segura de que no le *importaría* mucho, señor Crimble.

—Por Pascua —susurró él—. Bueno, pero me figuro que usted le escribirá —y sus ojos vagaron como en busca del tintero—, y seguramente le participará nuestro..., su secreto.

No había vestigio de interrogación en su voz, y sin embargo estaba claro que lo que estaba sugiriendo que yo iba a hacer era única y exactamente lo que había ido aquella tarde para pedirme que no hiciera. Pues claro, pensé, examinándole quizá de forma no demasiado lisonjera, estaba solamente jugando en busca de la forma de acabar en tablas. A qué risibles callejones sin salida nos lleva el amor.

—No —dije solemnemente—. No diré nada. Pero será, me figuro, porque yo no soy tan valiente como usted. En el fondo creo que sólo le serviría de diversión. Se divierte con todo.

Pareció como si de repente hubiéramos retomado nuestras dimensiones naturales, porque al oír eso me volvió a mirar *diminutamente*, y con la insinuación, a la que de tiempo atrás ya estaba yo acostumbrada, de que preferiría no ser observado con ese aspecto.

En conjunto habíamos tenido una conversación triste. A pesar de lo cual, *en eso*, no en mi generosidad, sino espero que en mi comprensión, reposó, y sigue reposando hasta el día de hoy. Una vez que la puerta se cerró tras él, sentí mucho más afecto hacia el señor Crimble que hasta entonces. Aun con independencia del Todopoderoso, él nos había hecho, en toda la medida de lo posible, iguales. Lancé una amable reverencia a sus campanillas, y, vislumbrando la mirada del señor Bowater fija en mí, me apresuré a incluirle también a él entre los destinatarios.

El señor Crimble, según me informó la señora Bowater al domingo siguiente por la noche, vivía con su madre anciana, y, pese a ser tan sociable y tan «animado», era un joven solitario. Pensaba mi patrona que no había visto todavía lo suficiente del mundo para ser de mucha utilidad a los que sí. «Viven», y creo que se refería a los clérigos en general, así como al señor Crimble en particular, «una vida protegida, confortable, y la gente los trata en consecuencia. Aunque, por supuesto, también los hay que han pasado sus problemas y sus estrecheces, y la Iglesia es la Iglesia, a fin de cuentas».

Y en ese momento tuve mi primer atisbo real de la Iglesia: que no era una colección de San Pedros, como yo no lo era de «órganos», ni Beechwood de chicos de los recados, ni, puestos a ello, Inglaterra de condados. Era una idea; mi atención divagó.

—Pero estaba muy preocupado por lo del concierto —me aventuré a objetar.

—No me cabe duda —dijo la señora Bowater lacónicamente.

—Lo que parece —observé dando un suspiro— es que Fanny hace amigos dondequiera que va.

—La cosa no está en hacerlos —repuso su madre—, sino en conservarlos.

Las pesantes semanas se arrastraban despacio, y una correspondencia unilateral es como echar cartas a un sueño. Mi avance con la señorita Austen era lento, porque me hacía pensar y discutir con ella. Aparte de ella devoraba todo fragmento de letra impresa que cayera en mis manos. Porque cuando la ficción perdía interés me pasaba a las realidades: aprendía el nudo llano, el ahorcaperro y el nudo doble, y seguía luchando con el arte de navegar. Era tarea ardua, y me parecía buena marcha si en *eso* cubría medio nudo al día.

Además de lo cual, la señora Bowater a veces hacía solitarios conmigo, o jugaba a las damas o a la baraja. En esto era insobornable, y en *beggar-my-neighbour* se apropiaba de un mazo gordo con infinito deleite. Qué silencioso estaba el cuartito, sin más que el clic de los naipes, el hervor de la pava en la chimenea, y de vez en cuando un ronco «Cuatro» de mi patrona. Podíamos haber estado en una isla desierta. Debo confesar que ese juego en particular se me hizo en seguida un poco aburrido; pero seguí jugando, creyendo dar gusto así a mi acompañante, y que ella lo había escogido por tenerle afición. Hasta que una tarde, con un suspiro contenido, murmuró la palabra *cribbage*. En aquel momento estaba yo barajando mi pequeño mazo, y me paré, con la vista en el reverso de los naipes y bastante divertida. Pero muchas veces el Destino me ha vuelto así las tornas; y a partir de entonces «La jota, un punto» rompió sepulcralmente el silencio nocturno de Beechwood mucho más a menudo que «Cuatro».

No todas mis cartas a Fanny iban al correo. Mi patrona las miraba con un poco de desconfianza, y muchas de las que no llegaron al buzón eran garrapateadas, si era posible a la luz de la luna, después de acostarse ella. A juzgar por lo que recuerdo de otras cartas escritas en los días de mi juventud, puedo dar gracias de que Fanny fuera una de esas personas prácticas que no atesoran las cosas sin valor. Aún me acuerdo del patetismo de mis posdatas. Por un lado: «Te suplico que me escribas, Fanny, vivo para oír. Anoche hubo de nuevo luna llena. Te vi..., sólo a ti en su espejo». Por otro: «Henry se ha peleado. Le falta un trocito de una oreja. ¡Quedan nueve siglos menos! ¿Y cómo está “*Monsieur Crapaud*”?».

CAPÍTULO XVIII

Por fin llegó un correo que me trajo, no un sermón de la señorita Fenne, ni cotilleos de Pollie, sino un mensaje de las Islas de los Bienaventurados. Toda aquella tarde y noche estuvo sin abrir debajo de mi almohada. Lo reservaba. Y nunca he pasado horas tan diligentes y tan vacías de resultado. Era a finales de febrero. Un súbito estallido de luz y sol había caído sobre el mundo. En los prados había hierba verde y brillante y corderitos recién nacidos, y el almendro de delante de mi ventana estaba en pleno capullo sin hojas. En cuanto a las alondras, cantaban a Fanny. A la mañana siguiente temprano, a eso de las siete, su carta, doblada en un sobre pequeño, iba en el seno de mi capa. Yo había salido de casa y me dirigía al bosque. Lucía el aire claro del alba, y sólo las estrellas grandes se estremecían, débiles y plateadas, en el cielo cada vez más iluminado.

La escarcha empolvaba el suelo y ribeteaba las hierbas. Pero ahora se abrían brotes de primulas entre la hojarasca marchita. Llegué a mi «observatorio» precisamente cuando los primeros rayos del amanecer tocaban en sus ramas más altas. Pero aun entonces retrasé el ansiado momento: apreté el paso entre los árboles, hayas y melancólicos tejos, por lo que parecía una senda apenas marcada, y al cabo salí a una especie de altillo que había en la linde del bosque. Desde esa eminencia verde contemplé por primera vez Wanderslore, al fondo de su desolado jardín.

Era una casa larga, oscura, con muchas ventanas. Ella también me miraba, lóbrega y tenebrosa bajo los últimos restos de la noche. Por los gritos de alarma de los mirlos daba la impresión de que hasta un intruso tan inofensivo como yo era un raro espectáculo. Marañas escarchadas de brezos y zarzas poblaban sus terrazas de piedra gris. Más cerca, en la hondonada, se alzaba una casa en ángulo, también de piedra, y tan pequeña comparada con Wanderslore como un niño comparado con su madre. Estaba deshecha en una esquina por la caída de un árbol, cuyo tronco yacía aún entre la maleza. La vaga senda que yo iba siguiendo continuaba, y al parecer llevaba más allá de la casita. Triunfante y sin aliento, en seguida me encontré sentada en una piedra baja y musgosa que había al lado, reina de todo lo que divisaba. Di un profundo suspiro y abrí la carta:

«QUEMA ESTA CARTA, Y ENSEÑALE LA OTRA A M.

«Querida Menudencia: No creas, porque no te he escrito, que Fanny es un monstruo, aunque de hecho lo es. Muchas veces he pensado en ti, con tus estrellas y tus cositas. Y he recibido tus cartas, por supuesto. Las agradezco. Ahora realmente no puedo responder a ellas porque estoy intentando a la vez garrapatear esta nota y corregir exámenes de “composición” bajo los propios ojos de la señorita Stebbings, la aborrecida hija de Argos y la Gorgona mayor. Ay, Menudencia, casi te envidio. Tiene que ser divertido ser como un alfilerito de cabeza redonda en un alfilerero y reírse del Costurero. Pero en todo es buena la moderación.

»La última vez que hubo luna llena me acordé de nuestro voto. La pobre vejistoria estaba muy deslumbrante. Y yo, guiñando los ojos para mirarla, me preguntaba si tú no

desaparecerías del todo algún día; a menos que hagas una fortuna dejándote mirar. Ya me gustaría a mí. Pero ¿pagarían lo suficiente? Ahí está el

»Por lo que te escribo ahora no es por la Luna, sino —¡no te rías!— por un Hombre. No *monsieur* Crapaud, que está más absurdo que nunca, sino alguien que tú conoces, el señor Crimble. Me ha mandado una carta de lo más alarmante y quiere que me case con él. No es la primera vez que me lo pide, pero aun así la ocasión es solemne. Mamá dijo una vez de él que era como una coqueta: todo *atención* sin *intención*. Lamentablemente es al revés. M. siempre juzga por sus temores. Yo por lo que me dice su Corazón.

»Ahora no me atrevo a contestarle directamente: *a)* porque no quiero decir ahora mismo ni Sí ni No; *b)* porque un poco de retraso le vendrá bien a su orgullo de familia; *c)* porque es más prudente no hacerlo: es muy descuidado, y yo en seguida puedo querer cambiar de opinión; *d)* porque no me apetece, y *e)* porque te quiero muchísimo y sé que tú me ayudarás.

»Al ver que no llega respuesta a su carta, seguramente arriesgará otra peregrinación a Beechwood Hill, aunque sólo sea para comprobar que no me he muerto. Así que quiero que tú le digas *en secreto* que *he recibido su carta y le estoy dedicando toda mi atención*; sólo falta decir mis oraciones. Dime exactamente cómo se toma esta respuesta; después te volveré a escribir. Estoy segura, Menudencia, de que en alguna vida anterior has tenido que vivir en las habitacioncitas del Palacio de Mantua: eres una intrigante nata.

»*En mi dormitorio, a las once de la noche*: Tengo en la cabeza un plan, pero todavía no ha madurado, y tú quizá deduzcas de todo esto que ni siento ni padezco. Muchas veces desearía que así fuera. Anoche estuve sentada frente a mis ocho pulgadas de espejo enmarcado hasta que pareció que *tenía* que intervenir algún(a) dios(a). Pero no. Mi cabeza estaba oscura y vacía. Oía al señor Oliphant engatusando con su violín a lo lejos..., como si la música tuviera sortilegios. ¡Señor! Te dan la vida y te dejan preguntando Por Qué. Tú pareces darte por muy satisfecha, a tu manera extraña y seriecita, con sólo preguntarlo. Pero Fanny Bowater quiere una respuesta, y si no se la inventará. Entretanto, ¡busca un pedacito de seta mágica, hermanita, y acércate! Algún día te contaré todavía más cosas de mí. Hasta entonces, recibe, petitísima M., un saludo muy cariñoso de F.

»PD.: Quema esto.

»PPD.: Lo que quiero decir es que hay que *hacerle* entender que no quiero y no puedo darle una contestación hasta que vuelva a casa, a menos que entretanto tenga noticias mías.

»Quema esto: la *otra* carta es a efectos de exhibición».

La «otra» de Fanny era más breve:

«*Querida Menudencia*: Es delicioso recibir tus cartas, y me avergüenzo de no responder a ellas antes. Pero lo haré en cuanto tenga una hora libre. ¿Querrías por favor pedirle a mi madre, con todo mi amor, que me envíe pañuelos, medias y jabón? Los primeros los tengo gastados de llorar, las segundas de estar sentada y lo tercero tiene motas, y afecta al cutis en el mismo sentido. Pero ya se acerca la Pascua, y verdaderamente anhelo estar en casa. ¿Le habrás contado a mamá por casualidad lo de tu lección de astronomía a medianoche? Ha sido utilísima cuando todos los demás señuelos y amenazas han fracasado en el intento de enseñar a la idea joven a germinar^[21]. Realmente es una manera poética de decirlo. ¿Sigue el señor Crimble visitando a su encantadora feligresa?

»Con todo cariño,

»Fanny Bowater».

Despacio, con deliberación, palabra por palabra, demorándome aquí y allá, leí estas cartas de cabo a rabo, y luego de cabo a rabo otra vez. Después alcé la vista y estuve un rato mirando, por encima del hombro izquierdo, a la vacía Wanderslore. Una mezcla de emociones se disputaban la voz cantante, y, como para tranquilizarse, el «alfilerito de cabeza redonda» besó la firma, susurrando lánguidamente para sí en el gran jardín: «Te quiero muchísimo. Fanny, te quiero muchísimo», y se tapó los ojos

con las manos. El papel de cartas estaba muy levemente perfumado. Mi imaginación se fue no sé a dónde; y volvió, exaltada y abatida. Si más lo uno o lo otro, no lo sé. Entonces doblé la carta secreta en cuantos dobleces pude, corrí una piedra plana que estaba suelta, escondí la carta en la hendidura seca que había debajo y volví a colocar la piedra. La otra me la guardé en mi bolsita de seda.

Salí de esos trabajos viendo mentalmente a la señora Bowater, que me miraba sin pestañear, y tras ella la forma borrosa del señor Crimble, con un nosequé de suplicante en sus ojos oscuros y magnificados. Me sonreí, con cierta amargura, al pensar que mi vida se había vuelto como un estanque de agua profunda en el que lentamente me iba hundiendo, hundiendo. Como si de verdad llevara piedras en el bolsillo o suelas de plomo en los zapatos. Era más parecido a leer una historia acerca de mí que a *ser* yo, y ¿en qué iba a parar todo aquello? Me imaginé a Fanny casada con el señor Crimble, como mi madre estaba casada con mi padre. Qué oscuro y penoso parecía al lado de la gracia y la blancura de Fanny. Y la señora Crimble, ¿se sentaría en un sillón a mirar a Fanny como Fanny me miraba a mí? ¿Y me invitarían a tomar el té? Me sorprendí y me estremecí. Sin embargo, no creo que hubiera habido celos desatados en mi corazón, ni siquiera si Fanny diera el Sí. Yo la podría querer mejor, quizá, si me diera un poco de tiempo. Y ¿qué era lo que realmente la refrenaba? ¿Por qué cada palabra que decía o escribía no hacía sino ocultar lo que quería decir en realidad?

Así que, lejos de reírme del Costurero, me limitaba a examinar con desvalimiento sus madejas enredadas. Tampoco criticaba a Fanny. Ayudarla, ése era mi único y ardiente deseo, dar todo lo que yo tenía, no tomar nada. De una manera vaga, y posiblemente petulante, yo sabía, también, que quería ayudarla contra sí misma. Su carta (y quizá la larga espera que la había precedido) había apaciguado mis viejas excitaciones. En medio de estos pensamientos, la memoria se posó de pronto en la pregunta sobre la contemplación de las estrellas que iba en la carta que había que enseñar a la señora Bowater. Ahora ya no había necesidad; pero la cuestión era: ¿no me había arrancado Fanny la promesa de *no* hablarle a su madre de nuestra aventura de medianoche? Pareció como si, sin el menor aviso, el hermoso rostro se hubiera aproximado en mi consciencia y me estuviera mirando con mirada fija y rastrera, como una serpiente en un cuadro. ¡Caramba, era como hacer trampa jugando a las cartas! Fascinada y repelida, volví a sumirme en ensueños.

«No, no, eso es cobarde, Fanny», gritó en alto una voz en mitad de esa argumentación interior, y me dio el mismo susto que si se hubiera dirigido a mí un extraño. La mañana estaba intensamente silenciosa. Ahora los rayos de sol que salían del cielo plateaban las chimeneas arracimadas de Wanderslore. Donde caía la sombra, la escarcha ponía un azul prodigioso en las terrazas desaliñadas; donde el sol, un vapor fino subía por el aire. Las plantas y arbustos que me rodeaban estaban por todas partes punteadas de capullos verdes. Los enormes árboles tenían un leve color en sus ramitas. De entre los guijarros que había a mis pies salió una cetonia con paso

vacilante. Me miré las manos; el frío las había puesto de color coral. «Te quiero muchísimo..., muchísimo», repetí, aunque esta vez sin saber a quién.

Así diciendo, y, a la vez que lo decía, dándome cuenta de que el *muchísimo* no era mío, y que aunque fuera sentimental tenía que ser inteligente, me levanté del asiento y di media vuelta para emprender el regreso. Así volví a encararme con la desgastada casita de piedra. Al instante fui toda atención. Me invadió una sensación curiosa, que era conocida pero escapaba a la memoria. Significaba que debía ser vigilante. Pasé cautelosa al otro lado de la pared oblicua, donde estaba el árbol caído. En sus extremos todavía vivos se veían capullos duros y oscuros. Por no encaramarme al sucio tronco, lo rodeé hasta escurrirme por debajo de una rama enhiesta y pelada. A cada pocos pasos me encogía y miraba a mi alrededor, y luego clavaba los ojos — como había aprendido a hacer junto al arroyo o al mirar las estrellas— en un único objeto, para así fijarme en lo que pasaba por los bordes de mi campo visual. Nada. Estaba sola en el jardín. Un petirrojo, con ligero aleteo, se posó para mirarme. Una bandada de grajas pasó graznando por el cielo. Wanderslore me dirigía una mirada vacía. Si, efectivamente, alguien me vigilaba, mi vigilante era tan circunspecto como yo. Pronto estuve otra vez bordeando el bosque, y sobre el verde altillo por donde había bajado al jardín. Me volví rápidamente, escudriñando todo el recorrido de mi retirada. Nada.

Cuando abrí la puerta, la señora Bowater y Henry parecían estar esperándome. ¿Fue imaginación mía que los dos tuvieran cara de desaprobación? Ella se apartó con aire ausente para dejarme pasar a mi cuarto y entró detrás de mí.

—Hace una mañana estupenda, señora Bowater —comenté jovialmente desde mi dormitorio, mientras me quitaba la capa delante del espejo—, y no se ve un alma; aunque —y controlé mejor la voz con una horquilla entre los dientes— tampoco me habría importado verla. Ya no.

—Sí —llegó la respuesta—, pero debe usted tener cuidado, señorita. Los chicos, chicos son; y —el sonido disminuyó hasta perderse— los hombres, hombres.

Oí que la puerta se abría y se cerraba, y me quedé quieta, todavía con las manos alzadas al pelo, escamada por aquel extraño comportamiento. ¿En qué me habría pillado esta vez?

Entonces se oyó una voz que salía como de ninguna parte. «Lo que le iba a decir, señorita..., es que ha llegado una carta».

Al oír eso descorrí la cortina. La explicación era sencilla. La señora Bowater había dejado salir a Henry de mi habitación, donde nunca estaba a gusto, y seguía allí plantada, como una figura de cera, delante de su *chiffonier*, con los ojos fijos en la ventana. De ahí pasaron a mí.

—Del señor Bowater —dijo.

Tuve conciencia de un alivio indecible y del más profundo interés. Eché una ojeada al gran retrato.

—¿Del señor Bowater? —repetí.

—Sí —repuso ella—. De Buenos Aires. Se ha roto una pierna, así que de momento se tiene que quedar allí.

—Oh, *cuánto* lo siento, señora Bowater —dije yo—. ¡Y así, tan de repente!

—Créame, mi joven amiga —repuso ella meditabunda—, por mi experiencia, no pasa nunca que lo imprevisto sea lo que más de sorpresa nos coge. Aunque no era exactamente una *pierna* lo que yo tenía en el pensamiento.

Lo que yo principalmente tenía en el pensamiento era la feliz convicción de que no era el momento oportuno para darle la carta de Fanny.

—Espero que no tenga muchos dolores —fue lo único que se me ocurrió decir.

Ella seguía mirando pensativa, con aquella extraña manera suya de mirar sin ver, casi como si buscara ayuda.

—Ay de mí, señorita —exclamó la pobrecilla entrecortadamente—, ¿cómo va a sentir una jovencita como usted lo que siente una vieja, que no hace más que revolver en el pasado?

Se fue; y yo, sintiéndome muy incómoda en mi humillación, me senté a mirar fijamente... al «costurero». Pero ¿qué culpa, pensé airadamente, qué culpa tenía yo? Bueno, me figuro que únicamente cuando el pobre pez —sea esturión o espinoso— se debate es cuando se entera realmente de que está en la red.

CAPÍTULO XIX

Uno de los muchos problemas desconcertantes que me cercaban se lo llevó la Fortuna aquella tarde. Entre sombrías ráfagas de reflexión sobre las cosas de Fanny, del señor Crimble, de la señora Bowater y mías, había estado leyendo a la señorita Austen; y a eso de las cuatro estaba compartiendo el capítulo XXIII con la pobre Elinor:

«La juvenil infatuación de los diecinueve años lógicamente la cegaría para todo lo que no fuera su belleza y su buen natural, pero los cuatro años siguientes (años que, empleados con cordura, tanto perfeccionan el entendimiento) debieron de abrirle los ojos a los defectos de su Educación, que el mismo período de tiempo, pasado en su caso en compañías inferiores y ocupaciones más frívolas...».

Digo que estaba leyendo este pasaje, y había llegado a las palabras «y ocupaciones más frívolas», cuando sobre la puerta de la calle se descargó un *pon-pon-pon* insólitamente imperioso, y yo salí del libro para descubrir que al otro lado de mi ventana se había detenido un impresionante birlocho tirado por un caballo blanco. El caballo sacudía la cabeza y echaba saliva mordiendo el freno; y el cochero estaba sentado muy tieso, con el látigo al lado, en el aire brillante y helado de la tarde. El corazón me dio un vuelco, y aún estaba intentando vagamente relacionar el hecho conmigo misma o con el señor Bowater allá en Buenos Aires cuando se abrió la puerta y entró una señora, con un sombrero morado y emplumado tan pequeño para su cabeza como grande era ella para la habitación. Sin embargo, en puras dimensiones no era una señora muy grande. Era su «presencia» lo que la engrandecía.

Parecía, además, estar perfectamente acostumbrada a esas proporciones especiales, y con un «Gracias» algo altanero hacia la señora Bowater anunció persuasivamente ser *lady* Pollacke, «amiga, amiga mutua, o así lo creo, del excelente señor Crimble».

Aunque su cutis era rosado tirando al malva, *lady* Pollacke se parecía tanto a su caballo blanco que quizá sería más propio decir «relinchó» que «anunció». No sé por dónde he leído que esa semejanza humana con los caballos acompaña a veces a una inteligencia fuera de lo común. El poeta William Wordsworth era como un caballo; he visto su retrato. Y me gustaría ver el del deán Swift. Sea como fuere, la llegada inesperada de aquella visitante produjo en mí una cierta torpeza, y por un instante seguí sentada tal y como me había encontrado, literalmente atenazada por mi novela. Luego me puse en pie de la manera más decorosa que pude y eché mano de mis modales.

—Y no sólo eso —siguió diciendo mi visitante mientras tomaba asiento en una butaca de crin—, sino que entre mis amistades aún más antiguas está la del señor Pellew. Conque ya ve usted..., ya ve usted —repitió, al parecer un poco deslumbrada

por la luz que entraba por la ventana— que no necesitamos presentación, y que lo sé todo..., todas las circunstancias. —Bajó al regazo una mano regordeta enguantada en cabritilla blanca, como si, providencialmente, *allí* estuvieran todas las circunstancias.

A diferencia del señor Crimble, *lady* Pollacke no venía a excusarse, sino a traerme una invitación, nada menos que para tomar el té con ella al jueves siguiente. Pero primero expresó su esperanza —de hecho estaba segura, y lo comprobó paseando una mirada franca por mi habitación— de que yo estuviera a gusto con la señora Bowater: «una mujer sagaz y enteramente digna de confianza, aunque quizá un poco excéntrica en su forma de expresarse».

Yo le aseguré que estaba tan a gusto que algunos de mis mejores ratos eran los que pasaba de cháchara con mi patrona a la hora de cenar.

—Ah, sí —dijo ella—, este tipo de personas tienen a veces cosas muy interesantes que contar, ¿verdad? De todos modos yo estoy convencida de que lo que más necesitamos hoy en día es diferenciación. Promocionemos, desde luego, pero sin confundir. ¿Qué era lo que decía el antiguo proverbio? *Festina lente*: sigue siendo verdad. Si yo hubiera conocido a su padre de usted..., pero, en fin, no es cosa de remover el pasado. Veo que aquí hay limpieza; y tranquilidad y retiro.

Su mirada equina hizo un rápido recorrido por las fotografías y adornos que diversificaban las paredes, y yo realmente no pude evitar el pensamiento de que era bien extraña la jaulita que adornaban para un ave tan grande y tan espléndida, el tipo de ave, podríamos decir, que es menos peso que magnitud.

Aún estaba yo mirando de arriba abajo sus sedas y sus encajes cuando ella se volvió bruscamente hacia mí con una pregunta directa: «Usted saldrá poco, ¿no?».

Es posible que, si al decir eso *lady* Pollacke no hubiera vuelto tan serenamente toda la cara hacia mí —con su hermosísima nariz—, su sombrero me hubiera seguido siendo sólo vagamente conocido. Pero al mirarla entonces fue como la salida de la luna llena. Era, sin la menor sombra de duda, la señora que saludara desde el coche al señor Crimble aquella tarde fatídica. Un semblante pequeño no es, quizá, tan delator como uno grande. (Yo recuerdo, por lo menos, la horrible impresión que me llevé un día en que mi padre me alzó en la mano para que viera mi propia cara aumentada muchas veces en el espejo de afeitarse de su tocador). Pero mis ojos debieron de entornarse un poco, porque en seguida los de *lady* Pollacke tomaron una expresión un poco más dura. Y seguía esperando respuesta a su pregunta.

—¡Salir! —repetí meditativamente—. No mucho, *lady* Pollacke; por lo menos, no a sitios concurridos. Los chiquillos, ya sabe.

—Ah, sí, los chiquillos.

Volvía a ser el pequeño dilema del señor Crimble: evidentemente, *lady* Pollacke se estaba preguntando si yo sabría que ella sabía que yo sabía.

—Pero aun así —continué alegremente—, es el mirón el que mejor ve el juego, ¿no?

Sus párpados descendieron, aunque su cara seguía vuelta hacia arriba.

—Eso dicen —convino, con la mayor cordialidad. Fue en ese momento cuando, como he dicho, me invitó a tomar el té en su casa.

Prometió venir ella misma a recogerme.

—Puede ser muy agradable para las dos, ¿no le parece? Una pequeña aventura.

No estaba yo del todo segura de que fuera a ser agradable, pero ¿no cabía la posibilidad de que entre los invitados estuviera el señor Crimble, y no tenía yo un mensaje urgente y serio para él? Sonreí y murmuré; y mi visitante, como si su vida fuera una sucesión de pequeños triunfos sociales como aquél, se levantó inmediatamente; y debo confesar que al hacerlo pareció más bien un despilfarro de espacio.

—*Convenido*, pues: el jueves por la tarde. ¡Hay que abrigarse! —exclamó jovialmente mientras se bajaba el velo—. ¡Llevamos un mes muy traicionero! Entró como un corderito, pero —y se tiró de los guantes, todavía escrutándome fijamente por debajo de los párpados— seguramente va a salir hecho un león. —Y como para ilustrar esa predicción se abalanzó majestuosamente a la puerta, dejándonos a la salita de la señora Bowater y a mí que nos recompusiéramos como pudiéramos, mientras su coche echaba a rodar.

Por desgracia, aunque me encante hablar, observar y explorar, ¿cómo iba yo a ser, ni siquiera a esa edad, verdaderamente sociable? Aunque *lady* Pollacke había sido la gentileza en persona, yo seguía teniendo a la vista el recuerdo de su sombrero en un entorno menos favorable. El efecto de su invitación, pues, fue, si acaso, ligeramente deprimente. Además, el jueves no fue nunca día de mi devoción. Dicen que no tiene más que una hora buena: la que precede al amanecer. Pero no es la hora de tomar el té. Peor aún, el jueves venidero parecía haber despojado de toda virtud al miércoles intermedio. Yo prefiero ver el futuro extendido ante mí sin límites, vacío: como las sabanas de la isla de Robinson Crusoe. Hay ocasiones, y estoy segura de que él habría estado de acuerdo, en que los visitantes no se distinguen bien de las visitas^[22].

Todo esto no quiere decir sino que yo era una joven bastante verde y retraída, y lo que es peor, que no me daba vergüenza ser así. Hete aquí a una de las señoronas de Beechwood colmándome de atenciones, y lo único que se me ocurría pensar era qué magnífica estampa habría presentado unos cuantos días atrás empuñando el látigo de su cochero y dispersando con él a mi pequeña plebe, como había hecho la señora Stocks con sus zorros. Pero *noblesse oblige*: el señor Crimble se había visto obligado a considerar mis sentimientos, y sin duda *lady* Pollacke se había visto obligada a considerar los de él.

El día siguiente fue espléndido, pero dormí más de la cuenta y me quedé sin mi paseo mañanero. Durante muchas horas estuve sola. La señora Bowater había salido en una de sus correrías de tiendas. Así, el que llamara a la puerta llamaba en vano; y yo escuchaba esos esfuerzos con secreto e impropio regocijo. Me pregunto si alguna vez llamarán así los fantasmas a las puertas de la mente; y si no será que no es que uno no quiera oír, sino que no puede. La tarde se me pasó en ansioso examen de mi

vestuario. Las cuatro llegaron puntualmente, y casi con la misma puntualidad llegó *lady* Pollacke. En seguida, bajo la mirada contemplativa de la señora Bowater, se me subió a una pila de almohadones, y salimos zumbando por el fresco aire marceño, de la manera más vigorizante. Cosa rara: en esta ocasión, cada vez que, en el trayecto, se torcía un par de ojos en mi dirección, *lady* Pollacke parecía disfrutar copiosamente de su interés, y más aún si conocía a sus propietarios, y les saludaba a su vez con una inclinación.

—Toda una pequeña recepción para usted —me dijo muy sonriente, después de que un coche particularmente respetable volcara hacia mí las miradas apenas moduladas de sus ocupantes. ¡Qué extraño es el carácter de los humanos! Para un observador inteligente, mi otra pequeña recepción debería haber sido infinitamente más inspiradora; y, sin embargo, *lady* Pollacke se había negado casi descaradamente a tomar parte en ella. Ahora bien, suponiendo que yo *hubiera* sido un miembro de la Realeza o un cadáver atropellado en la calle... Pero ya habíamos llegado al final de nuestro viaje.

Brunswick House era un edificio espléndido, cuadrangular, con esquinas de sillería, que dominaba su correspondiente «finca». Regimientos de crocos se alzaban boquiabiertos sobre su tierra opulenta. Los quicios de la verja estaban rematados por bolas de piedra blanca, y la grava era de tan vivo color que tenía que estar recién puesta. Dondequiera que mirase, las mejores cosas en el mejor orden impresionaban mis ojos. Sucedió así tanto con la ropa de *lady* Pollacke como con sus facciones, los quicios de su verja y su salón. Y lo siguiente en orden de importancia de esto último era su luz.

La luz sencillamente *caía en cascada* sobre sus doraduras y latones y marrones claros, desde dos ventanales altos que se miraban frente a frente entre ricos cortinajes de seda adamascada. Era como entrar en un baño enorme, y me intimidó. En medio de una gran piel de animal, al pie de una hermosa chimenea de mármol blanco y un reloj de *ormolu*, la doncella, obedeciendo órdenes, colocó un taburete de color cereza para mí. Allí me senté. Con una amplia sonrisa de aliento, mi anfitriona me dejó allí sola unos minutos. Quizá porque una pantalla de chimenea bordada que tenía a poca distancia me recordó a la señorita Fenne, me armé de valor. «No seas mema», me oí murmurar. Mi única esperanza y deseo en aquella lujosa soledad se cifraban en la oportunidad de entregarle mi mensaje al señor Crimble. No era sólo una visita, era una aventura. Paseé la vista por la rutilante estancia, que más bien me devolvió la mirada.

El primer visitante en aparecer no fue otro que la señorita Bullace, cuya recitación de «El Sí de la Dama» tanto le había llamado la atención a Fanny. Se sentó, compacta y oscura, con su ancho regazo por delante, y me escrutó como si *ninguna* emergencia tuviera el poder de acobardarla. Y *lady* Pollacke refirió la complejidad de los lazos que nos habían reunido. Desdichadamente, la señorita Bullace no conocía ni a Ambrose Pellew ni a mi madrina, ni siquiera a la hermana de mi madrina, Augusta

Fenne. De hecho no pareció poder situarme de ninguna manera hasta que preguntó si no era un primo de Augusta Fenne, el doctor Julius Fenne, el que había muerto de repente estando en las Bermudas. Al parecer lo era. Todas nos sentimos en seguida de mejor ánimo, que aún se fortaleció más cuando *lady* Pollacke comentó que también Augusta «se había ido de la misma manera», y que los Fenne eran una familia sentenciada.

Pero el mero sonreír y sonreír no es participar; de modo que me atreví a sugerir que, a juzgar por la última carta que había recibido de mi madrina, ella, por lo menos, estaba de salud como siempre; y añadí, quizá con mayor jovialidad de la que pedía el caso, que también mi familia parecía sentenciada, puesto que, que yo supiera, yo era su último miembro vivo.

En ésas me embargó una súbita oleada de vergüenza, al pensar que a lo largo de todas mis tribulaciones no me había acordado ni una sola vez de las atenciones de mi abuelastro; que él, también, podía haber muerto. Tanto me arrebató la idea que no capté más que las tres últimas palabras de lo que la señorita Bullace murmuraba aparte a *lady* Pollacke, a saber, «no ruborizarse sin ser vista»^[23].

Lady Pollacke alzó las cejas y asintió vigorosamente; y entonces, para mi alegría, se dio entrada en la habitación al señor Crimble, y a una venerable anciana que enseñaba por debajo del sombrero unos rizos de plata arracimados. El señor Crimble tenía un aire pálido y ausente cuando se inclinó a estrecharme la mano. Fue casi como si, en colusión secreta, susurráramos juntos el nombre de Fanny. A la señora Crimble le fue suministrada una taza de té, y en seguida sus incisivos estuvieron atareadísimos con una rebanada fina de pan con mantequilla. Comiera o bebiera, sus ojos viejos e intensos descansaban, distantes pero asiduos, en mi pequeña figura; y al cabo se puso a contar una larga historia de cómo, siendo niña, la habían llevado a un circo: a un circo; y allí había visto... Pero el señor Crimble no le dejó divulgar lo que había visto; se tiró hacia adelante con tantas prisas que el pedazo de bollo tostado que tenía en el plato rodó hasta la piel de fiera, y mientras, no sin dificultad, lo recogía, nos aseguró que su madre tenía una memoria poco menos que milagrosa, y sobre todo para las cosas del pasado.

—Tengo observado —comentó, con voz que a mí me sonó un poco hueca— que, cuanto más, eh... felizmente... avanzamos en años, más volvemos a la infancia.

—Decad-... —empecé yo tímidamente, acordándome de la sentencia del doctor Phelps.

Pero el señor Crimble se apresuró a seguir.

—A ver, madre —apeló a ella con risa condescendiente—: ¿no es verdad que para ti yo sigo siendo un muchachito de esta altura? —Y extendió una mano izquierda sin anillo como a unas veinticuatro pulgadas de las rosas dibujadas en la alfombra.

La señora Crimble no se dejaba amilanar así como así.

—Me has interrumpido, Harold —replicó con leves muestras de indignación—, en lo que le estaba contando a *lady* Pollacke. Hasta un niño de ese tamaño habría sido

una absoluta monstruosidad.

Una mueca barrió cual relámpago las facciones cuadradas de la señorita Bullace.

—¡Ja, ja, ja! —rió el señor Crimble—. ¡Me han regañado, me han mandado al rincón! ¿Otro bollito, *lady* Pollacke?

La señora Crimble era una anciana de buen ver, pero me seguía contemplando con mirada más bien hostil y felina; y me pregunté seriamente si Fanny habría observado esa característica.

—La realidad —dijo *lady* Pollacke con convicción— es que los recuerdos se *oxidan* con la falta de ejercicio. Usted, señor Crimble, ¿cómo estaría físicamente si no tuviera que correrse la parroquia? Pues con la mente pasa exactamente igual. Yo hago todos los días un esfuerzo personal por grabarme en la memoria algún dato relevante: un dato, por poner un ejemplo *trivial*, como puede ser la fecha de la Conquista Normanda. El resultado, como me dice mi marido, es que soy una auténtica enciclopedia. Mi padre se parecía a mí. No sé dónde he leído que Alejandro Magno conocía por su nombre —que ya se entiende que *no* sería el nombre de pila— a todos los soldados de su ejército. Thomas Babington Macaulay, que el pobre era un genio, se sabía de memoria todos los libros que había leído. Era una verdadera *mina* aquella memoria. En cambio, yo tuve una vez una doncella, Sarah Jakes, que no era capaz de acordarse ni de sus obligaciones más sencillas, y, de no haber sido por mi vigilancia a todas horas, nos habría servido el oporto con la sopa.

—Así es, así es, efectivamente —asintió la señorita Bullace—. Yo tengo una memoria verbal. Tengo una mente que es un auténtico imán para *las palabras*. Por supuesto que todo está en el método. Yo voy soldando. Supongamos que un verso de una poesía acaba con la palabra *cenador* y que el verso siguiente empieza por *ella*: pues yo las guardo en la memoria como una palabra sola, *cenadorella*, y así me quedo con la ilación. Mi buena amiga *lady* Bovill Porter, que fue compañera mía de colegio, recomendaba este método. Me parece que era el que usaba Edmund Kean, o algún otro actor famoso. Y la verdad es que si no, ¿de qué otra forma podría *darse cuenta* un gran actor de lo que está haciendo? Con que no falle en las palabras, ya es libre.

—Exactamente, exactamente —dijo el señor Crimble moviendo sabiamente la cabeza, pero con una cara tan triste y descolorida que me hizo recordar una estampa de un mártir, me parece que era san Sebastián, que mi madre tenía colgada en su habitación.

—¿Y usted? —descubrí que me estaba preguntando *lady* Pollacke con voz bastante chillona—. ¿Usted tiene memoria verbal, como la señorita Bullace, o es usted de los míos?

—¡Ah, es un caso! —exclamó el señor Crimble, echando su silla hacia atrás con súbito entusiasmo—. A mí la señorita M. me deja totalmente avergonzado. Y en poesía, señorita Bullace: ¡ni el prodigioso repertorio que tiene usted!

—O sea, ¿que la señorita M. *recita*? —inquirió la señorita Bullace inclinándose

sobre su regazo—. ¡Pero qué fascinante! Entonces somos ella y yo las del mismo bando. Me encantaría escuchar a una correligionaria. ¿Me ayuda usted a animarla, lady Pollacke? ¡Sólo un par de estrofas!

Sentí que un escalofrío me recorría los huesos. Había aceptado la invitación de lady Pollacke creyendo que mi mera presencia sería suficiente entretenimiento, y porque sabía que era importante ver la vida, e inmensamente importante ver al señor Crimble. Pero hete aquí que, al parecer, no había *salido* por unos momentos de mi jaula, sino que simplemente había pasado, como había dicho Fanny, a otro compartimento.

—Pero si no ha sido más que una charla mía con el señor Crimble —logré articular.

—¡Vamos, vamos, no se niegue! ¡Será una delicia! —solicitó un trío de voces.

De repente sus rostros habían tomado un aspecto un poco forzado e innatural. La amenaza de que siguieran insistiendo me puso en pie casi automáticamente. Fijando al fin mis ojos perseguidos en un pequeño busto de mármol con la cabeza gacha y las sienes aladas que descansaba sobre una mesa estrecha al pie de la ventana, recité lo primero que me vino a la memoria, una poesía antigua que me había enseñado mi madre, *Tom o'Bedlam*^[24]:

*La luna es mi constante compañera
Y la lechuza es buena amiga mía;
El meteoro ardiente,
El ave de la noche,
Solazan con su música mis penas.*

*Abarca mi saber más que el de Apolo;
Pues a menudo mientras el dios duerme
Yo veo a las estrellas
Librar mortal combate
Y llorar al arqueado firmamento.*

*La luna abraza a su pastor amado,
La Reina del Amor a su guerrero;
Aguija la primera
A los astros del día,
Y la segunda al herrador celeste.*

En esas tres primeras estrofas todo fue bien. Mi público estaba tan entregado que era como romper el silencio de los mares más allá de las más remotas Hébridas. Pero tuve la desgracia de que, al llegar al primer verso de la cuarta —a «Mi corazón»— se me fueran los ojos del rostro insensible de la efigie y divagaran por el aire, para ser atrapados, cual mosca por araña, por la mirada oscura y fija de la señorita Bullace, que pesaba sobre mí desde debajo de su sombrero plano.

—«Mi corazón» —empecé; y desfallecí. No sé qué espectro se había sublevado dentro de mí y me había atado la lengua. Para mi corazón irracional era como si con aquello hubiera —¿cómo decirlo?— hecho traición a mis «estrellas», hecho traición a Fanny, como si ella y ellas y yo ya no pudiéramos volver a reunirnos en distante y

serena compañía. Así que las «fantasías furiosas» no fueron compartidas. La sangre huyó de mis mejillas; me atasqué; y sacudí la cabeza.

Ante lo cual toda una pequeña tempestad de aplausos se estrelló contra las paredes del salón de *lady* Pollacke, aplausos reforzados con los de un caballero de edad, orondo y pequeño, que había entrado por una puerta retirada sin llamar la atención, y ahora se dirigía a saludar a su invitada. Prestamente me fue presentado sobre la piel de fiera, y con la más gentil cortesía me rogó que continuara.

—«Mi corazón», era; «mi corazón...» —me apuntó—; órgano importantísimo, aunque hoy día se use menos que cuando yo era muchacho.

Pero fue en vano. Aunque me hubiera pedido únicamente que le bisbiseara el resto de la poesía junto a su oreja larga y sonrosada, sólo para él, no habría sido capaz. Además, el señor Crimble seguía asintiendo con la cabeza hacia su madre para ratificar sus aplausos, y la señorita Bullace me estaba declarando que mi poema le era totalmente desconocido, que, «con alguna pequeña *excisión*», sería inmediatamente atesorado en su repertorio —«¡aunque quizá sea un poco extraño!»—, y que, si probaba el método *cenadorella* de *lady* Bovill Porter, jamás me volvería a fallar la memoria.

—La enunciación, ¿verdad, *sir* Walter?, que no es lo mismo que la elocución, ha sido impecable. ¡Y una capacidad vocal realmente notabilísima!

En medio de aquellas sonrisas y regocijos, y con la añadidura del calor violento del fuego y el olor de la piel, creí estar al borde de desmayarme, y como a un clavo ardiendo me agarré al busto de la ventana.

—¡Qué bonito! —exclamé, señalando con un dedo...

Con eso se hizo el silencio, pero sólo por un momento. *Lady* Pollacke se las ingenió para recoger la inesperada alusión, y me llevó con ella a hacer un examen más atento. En el curso callado de nuestro avance hacia allí sorprendí a lo lejos dos palabras temblonas dichas como con ánimo contencioso, «inteligencia aparente». Era la señora Crimble dirigiéndose a *sir* Walter Pollacke.

—Es clásico, como verá —me informó sonoramente *lady* Pollacke, juntas las dos ante la cabeza de mármol—. La postura tiene mucho encanto, ¿no le parece? Aunque ya se ve que sólo es un fragmento...; ésta es una de las pequeñas aficiones de *sir* Walter.

Miré el rostro sereno, alado, ciego, y un susurro se repitió una y otra vez dentro de mí en su muda presencia: «Abarca mi saber más que el de Apolo; abarca mi saber más que el de Apolo». Qué extraño que aquella mera sordomudez pareciera más real, más humana incluso, que todo lo demás y todos los demás del elegante salón de *lady* Pollacke. Pero ya iba recuperando el dominio de mí misma.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Y quién lo esculpió?

—¿Lo escupió? —exclamó *lady* Pollacke, mirándome consternada.

—¿Quién lo hizo?

—Ah, mi querida señorita —dijo una voz tranquila—, eso no se lo puedo decir.

Es la cabeza de Hipnos, el Sueño, ya sabe usted, hijo de la Noche y hermano de la Muerte. Ya ve que le han roto un ala en previsión de estos tiempos más activos, y aun así...; claro que no es más que una réplica —tembló la voz enriqueciéndose—, aunque, como ejemplo, sumamente agradable. Me da un raro placer, un raro placer —añadió balanceándose suavemente, con las manos debajo de los faldones del frac, los ojos absorbiendo mi figura— tener..., tener su compañía.

El placer que sus palabras me dieron *a mí*, no lo pude, no lo podría nunca expresar. Desde aquel momento fui su esclava para siempre.

—Walter —murmuró *lady* Pollacke, como condescendiendo hacia el orondo caballero con una sonrisa cariñosa—, se te cae la baba con tus juguetitos; ¿no es verdad, señor Crimble? ¿Ha conocido usted a alguna *mujer* que derrochara su cariño sobre algo inanimado? Hasta una muñeca, según se dice, es un niño disfrazado.

Pero el señor Crimble no se nos había acercado para hablar de niños ni de la mujer, sino para decirle a *lady* Pollacke que su coche me estaba esperando.

—Entonces es verdad, ay dolor —clamó ella, como con palabras de la señorita Bullace—. Pero *por favor*, señorita M., que sea el más breve de los adioses. Son tantos los amigos que gozarían con su compañía..., y esas recitaciones deliciosas. Walter, ¿querrás ver si todo está, eh..., en orden?

Seguro que el *savoir faire* de *lady* Pollacke era impecable; pero cuando le tendí la mano para despedirme pareció que sus mejillas se teñían de rojo, y no sólo como efecto de agacharse. Si había de cruzar unas palabras en privado con el señor Crimble, tenía que ser ahora o nunca. Vi con alivio que los dos caballeros acompañaban mi salida de la estancia, acompasando sus pasos a los míos. La necesidad me dio la iniciativa. En el mosaico de mármol del vestíbulo me paré, y esta vez ofrecí mi mano a *sir* Walter. Él se dobló en dos para tomarla, y yo traté en vano de ahuyentar de la memoria una alusión predilecta de Pollie al conejillo de Indias colgado del rabo.

¡A saber lo que habría dicho *de mí* *sir* Walter en *su* autobiografía! «Y *allí* estaba una particulilla rubia en mitad de la alfombra; declamando, la pobrecita, toda colorada, como una gurrumina recién salida del colegio». ¿Algo así? ¿Y quién le enseñaría un arte tan maravilloso para tratar a la particulilla?

—Ea, adiós —dijo—; y vaya usted, mi querida señorita, con la bendición de otro fanático.

Dio media vuelta y subió la escalera. Salvo por la presencia de la doncella que me esperaba en la entrada, estábamos solos el señor Crimble y yo.

CAPÍTULO XX

Señor Crimble —susurré—, tengo un mensaje.

Una tensa excitación se apoderó de él. Su cara tomó un tinte amarillo oscuro. Qué curioso es ver a otros como a veces deben vernos a nosotros. ¿Habría yo boqueado de esa manera si el señor Crimble hubiera sido el Mercurio de Fanny?

—Una carta de la señorita Bowater —susurré—; y tengo que decir —el rostro cadavérico estaba muy cerca de mí, con los ojos sombríos y líquidos casi desorbitados detrás de las gafas—, tengo que decir que está prestando a la de usted toda su atención, sólo falta decir sus oraciones.

Recuerdo una vez que Adam Waggett, que entonces era un niño alborotador, estaba jugando en el jardín de casa con un arco de juguete, y de pronto se le rompió la cuerda: igual de tieso y con la misma rapidez se puso el señor Crimble. De sus ojos llovieron preguntas imposibles de contestar. Pero la doncella se había vuelto hacia mí, y al momento siguiente estábamos ella y yo sentadas en el elástico coche de *lady* Pollacke, *en route* hacia mi alojamiento. Había entregado mi mensaje, pero ni por un instante había previsto que fuera a tener un efecto tan demoledor.

Debía de haber algo intoxicante en el té de *lady* Pollacke. Mi mente hervía aún de excitación. Sin embargo, durante todo aquel trayecto no dediqué ni un momento a los asuntos del señor Crimble ni de Fanny, ni tan siquiera a Brunswick House; sólo pensé en el tremendo problema de si debía o no darle propina a la doncella, y, en caso afirmativo, cuánto. ¿De dónde habría sacado aquel enigma? Posiblemente de alguna alusión casual de mi padre. Iba ausente y desazonada. No vi ni una cara ni una flor; y, ya con la doncella esperando, según mis instrucciones, en el pasillo de la señora Bowater, me quedé parada delante del cofre del dinero, todavía incapaz de llegar a una decisión.

Venció el instinto. Lo mismo que no había podido terminar *Tom o'Bedlam* con los ojos de la señorita Bullace encima de mí, tampoco podía ofrecerle dinero a la simpática y compuestita doncella de *lady* Pollacke. En lugar de eso envolví apresuradamente en papel de seda un broche grande y plano —una hematites engastada en oro falso—, una cosa sin valor en sí, desdichadamente, pero para mí muy valiosa, porque era un regalo de una antigua sirvienta de mi madre. Salí corriendo, y, alzándolo sobre mi cabeza, se lo puse en la mano.

Ay de mí, qué avergonzada me sentí de aquella acción impulsiva cuando recuperé la soledad. A esas alturas debía de ser el hazmerreír de la cocina y del salón de *lady* Pollacke por igual: porque, aun con mis ansias de llegar al oído del señor Crimble en privado, había notado semiconscientemente la catarata de comentarios que saltó cuando cerró la puerta del salón tras él.

Aquella noche hice partícipe a la señora Bowater de mis experiencias en Brunswick House. Tan absorbida estaba por mis cosas que eludí deliberadamente

toda referencia a las suyas. Pero su cara pálida, que en los dos últimos días parecía haber tomado dos dedos más de longitud y muchos grados más de austeridad, me llegó al corazón.

—No lo querrá usted creer —alegué al fin—, pero prefiero infinitamente estar aquí con usted. ¿No es verdad, señora Bowater, que usted y yo no tenemos que *aparentar* tantísimas cosas? Es fácil pensar en otros cuando son sólo uno o dos. ¡Pero salones enteros! Mientras que aquí, en fin, estamos sólo usted y yo.

—Sobre eso de aparentar, señorita —repuso ella—, el mundo está lleno de sombras, aunque vistas de cerca son bastante sólidas. Si todos nos pusiéramos a mirar las cosas en su desnudez, por decirlo así, estaríamos otra vez en el Jardín del Edén. No se puede. Y eso justamente es lo que sabe tan bien la llamada buena sociedad. Hay que sacar el mejor partido de lo que hay.

Yo estaba cansada. El aire fino y oloroso de la primavera que entraba por la ventana, después del calor precoz del día, traía una fragancia débil y restauradora. Había en mí una curiosa excitación. Pero las palabras de mi patrona, o quizá su tono de voz, tiñeron de vagos presagios mi fantasía. Aparté la cena, me despojé de mi elegante atuendo de visita y me puse la bata. Con las luces apagadas, eché la persiana y estuve un rato intentando descifrar para mí sola el acertijo de la vida. No sería la primera ni la última vez que mi cerebro errante me llevara a otro resultado, porque al cabo, en la calma de mis pensamientos, lo que se insinuó en mi imaginación fue la visión de aquella cabeza soñadora en donde había buscado asilo mi mirada.

—Hipnos —suspiré; y otra cara, la de Fanny, pareció fundirse y mezclarse con las visionarias facciones. ¿Por qué, por qué, era mi pensamiento desesperado, tenía *ella* que permitir que el mundo se le acercase tanto? ¿Por qué, entre tantas razones plausibles como daba en su carta para tener esperando al pobre señor Crimble, había omitido la de mayor peso? Y ¿cuál era ésa? Yo sabía en mi fuero interno que *ésa* no podía ser «sacar el mejor partido de lo que hay». Sin duda alguna, si uno se limitaba a decir la verdad, no quedaba nada más que decir. A mí me había costado algún tiempo aprender esa lección.

Una voz grave y rezongona retumbaba en la cocina. La señora Bowater estaba hablando sola. Volvió a acometerme el abatimiento al recordar el engaño en que me hallaba, y miré a mi amor por Fanny como supongo que miraría Abraham a su hijo Isaac junto al altar de piedras. Entonces, de repente, un pensamiento mucho más material me heló el espíritu. Volví a ver al señor Crimble agachado sobre mí en aquel vestíbulo resonante, oí mi voz transmitiendo el mensaje de Fanny, y me di cuenta de que la mitad de lo que había dicho estaba escrito en tono de burla. Había sido destinado sólo a mis ojos: «*Sólo falta decir mis oraciones*». En la soledad de las tinieblas, las palabras sonaban aún mucho más siniestras de lo que Fanny hubiera podido pretender.

El señor Crimble, sin embargo, parecía haberlas acogido de buena fe, al menos a juzgar por la carta que me llegó a la mañana siguiente:

«Querida señorita M.: Muchas gracias. Le escribo con el ánimo tan abrumado que no encuentro palabras. Pero me doy cuenta de que la señorita Bowater no tiene amiga más fiel que usted, y voy a ser franco. Después de aquella mañana *terrible*, bien podía usted haberse negado a ayudarme. No creo que lo haga, en bien de ella. Créame que esta larga ocultación es ajena a mi voluntad. No puede, no debe prolongarse ni un minuto más allá de lo necesario. Llevo semanas, o mejor dicho meses, torturado por dudas y recelos. Su orgullo, su impenetrable despreocupación; y sí, no es que no me dé cuenta de lo difícil de su situación. No me atrevo a hablar sin su consentimiento. Pero el silencio me pone en una posición falsa, y las lenguas, como incluso usted habrá quizá advertido, empiezan a murmurar. Tampoco es que éste sea mi primer intento, y —por ser más franco de lo discreto— está mi madre (aparte de la de *ella*), que desdichadamente ya es anciana y depende más que nunca de mi afecto y mis cuidados. Hacer ahora un cambio: ¡las habladorías, la falta de *caridad* cristiana, mi propio temperamento y vocación! Le pido por favor un consejo que guíe mi barca sin rumbo en este mar de *la más negra* tempestad.

»¿Puede F. dilucidar si su cariño es tal que justificase comprometer conmigo su futuro? ¿Tengo yo justificación para pedirselo? Usted también debe de tener muchas angustias, angustias que quizá no adivinen las personas de fibra más tosca. Yo, aunque no me atreva a solicitar sus confidencias, sí solicito su intuición femenina, aun a riesgo de que esto, tras mi triste fracaso del otro día, pudiera parecer una *intrusión*. Y, sin embargo, le aseguro que no fue temor corpóreo; ¿acaso los sacerdotes no somos la policía de la Ciudad Hermosa? ¿Acaso habría conseguido otra cosa que ponernos en ridículo a *los dos*? Pero eso ya pertenece al pasado, y debe ser el pasado muerto el que entierre a sus muertos: no hay mejor enterrador.

»¿Habré de decir que esta carta no es fruto de un mero *impulso*? La idea, la imagen de ella no se aparta nunca de mi consciencia, ni de noche ni de día; y no tengo reposo. Casi me da miedo el poder que tiene para asentarse en el espíritu. Imploro de usted qué sea discreta, sin engaños innecesarios. Esperaré con paciencia. Lo que menos deseo es *precipitar* una respuesta, a menos, querida señorita M., que sea afirmativa. ¿Y sería posible —de hecho el principal objeto de esta carta era hacer esta pequeña petición— sería posible que me concediera una hora —sin té— esta tarde? Hubo una frase de su mensaje al oído —probablemente debido a las peculiares propiedades acústicas de Brunswick House— que soló capté a medias. La menor sombra de malentendido sería un riesgo que no podemos correr.

»Su agradecidísimo, aunque “confuso en extremo”,

»Harold Crimble.

»PD.: Siento a veces que es preciso quemar las naves, aunque no se vea la orilla opuesta.

»¡Y la carta! ¿Sería posible compartir una ojeada?».

Mi vieja costumbre de husmear en los recovecos de lo que leía tenía aquí amplias oportunidades. Dos cosas se destacaban en mi mente sobre las demás: una especie de asombro ante la «barca sin rumbo» que el señor Crimble pedía *mi* ayuda para gobernar, y un alivio indecible de que la carta de Fanny estuviera sepultada sin posibilidades de recuperación antes de que él me visitara por la tarde. Cuanto más compadecía y comprendía su estado de ánimo más impotente y angustiada me sentía. Entonces, en mi necedad, empecé de nuevo a pintarme en la imaginación la ceremonia que establecería una relación tan estrecha entre el señor Crimble y mi patrona. ¿Por qué le daría tanto miedo que murmurasen las lenguas? A mí no. ¿Sería dama de honor la señorita Bullace? ¿Lo sería yo? Busqué en el cajón y releí el «Rito Solemne del Matrimonio». Llegué al «temible Día del Juicio», y a «servir» y «obedecer», y temblé. No estaba segura de aprobar la manera en que los seres humanos habían organizado estas cosas. Pero al menos las damas de honor no *decían* nada, y si yo...

En ésas estaba cuando la señora Bowater entró en la habitación. Quitó de la vista el breviario y le di la carta de Fanny. Siempre fue mujer de pocas palabras. La dobló reflexivamente; se quitó las gafas, las volvió a meter en su estuche de piel, y se guardó éste en el bolsillo.

—«Jabón, pañuelos, medias» —meditó—; aunque si no dice nada de «seda» es porque Fanny es así. Y estoy segura, señorita —añadió—, que ha debido de pasar por un momento curioso cuando se le ocurriera lo del cerrojo.

—Pero señora Bowater —clamé yo con culebresco acento—, *dijo* usted que «no solicitaba divulgaciones».

La boca de la señora Bowater se abrió con risa silenciosa.

—Entre las dos... —empezó, pero se interrumpió—. Santo Cielo, ya está aquí otra vez ese muchacho, el señor Crimble.

El señor Crimble bebió té conmigo, pero no comió nada. Y ahora, cuando ya ha pasado mucho tiempo desde que su tempestad más negra se aquietase, me absuelvo completamente de haber enmendado el mensaje que el vestíbulo de mosaico de *lady* Pollacke oscureciera misericordiosamente. Le tenía allí sentado, casi como un ciprino dorado —aunque de hecho negro sobre toda ponderación— boqueando en espera de la miga que nunca llega.

—Me mandó —balbucí mi mentira—, me mandó decirle en secreto que ha recibido su carta, y que le está dedicando toda su atención, toda su atención, *a solas*, y *al decir sus oraciones*.

Las oscuras y líquidas pupilas parecieron girar por un mero instante; luego miró hacia otro lado, y, como con total desvalimiento, sofocó un bostezo desamparado.

—«A solas» —clamó desesperadamente—. ¡Me veo a mí mismo, me veo a mí mismo en su joven imaginación!

Yo creo que adivinó la falsedad de mis palabras, que no le habían engañado los oídos hasta ese punto. Fuera así o no, nunca he oído una elocución humana tan humilde, tan trágica, tan definitiva. Sonó en mis oídos como el abandono de toda esperanza. A pesar de lo cual a mí, personalmente, me aportó alguna iluminación. Fue con los ojos del señor Crimble como entonces recorrí no sólo su figura fantasma en la imaginación de Fanny, sino la mía, allí junto a él: una figurita de cuchufleta, escuchimizada bajo los vuelos de su abrigo clerical, como una cetonía al lado de una graja. El espectáculo me fortaleció sin afectar mucho a Fanny. Ya no era la sultana absoluta de mi ser. Ahora podía *pensar*, además de adorar.

Qué extraño es que, cuando tenemos la mente muy aguzada, las meras «cosas» adquieran tal proximidad. No había un solo adorno, libro ni fotografía descolorida en el saloncito de la señora Bowater que en aquella extraña intimidad no pareciera gritar mudamente: «Sí, aquí estoy. Así son las cosas».

Me eché hacia adelante y le miré.

—No debe importarnos lo que vea, lo que piense, con tal que podamos seguir

queriéndola.

—¡«Podamos, podemos»! —repitió el señor Crimble—. Yo he pedido de rodillas *no* hacerlo.

Eso era un rayo agudo sobre mis ideas acerca del amor.

—Pero ¿por qué? —dije—. Ya cuando yo era niña, sabía por la cara de mi madre que iba a seguir, y tenía que seguir queriéndola, señor Crimble, tanto si ella me quería como si no. ¿No es cierto que el dar no puede ser nunca un gran error? Y eso que..., en fin, recuerde usted que yo no pude ser otra cosa que una... decepción; que mientras viva no puedo esperar ningún gran afecto, desproporcionado, quiero decir.

—Pero, pero —siguió él a trompicones—, el cariño de una hija... es diferente. No debo darle vueltas a mi mal. Me desquicia. Se detiene el reloj. De todos modos, Dios la bendiga a usted por eso.

—Pero, vamos —insistí yo, con la sonrisa más animosa—, *nil desperandum*, señor Crimble. Ya sabe usted lo que se dice de los peces que hay en el mar^[25].

Sus ojos giraron hacia mí como si hubiera hablado una serpiente.

—Lo siento, lo siento —repitió rápidamente, en el mismo tono bajo, sin énfasis, como si lo dijera para sí—. Debo esperar, nada más. Usted no ha visto nunca una oveja —¿un novillo, diremos?— llevada al matadero. Un día y otro día..., de desesperación en desesperación. Así estoy. —Su rostro estaba vacío de expresión, sus ojos fijos.

Esas palabras, su aspecto, su mirada, su espanto privado, no sé, me alarmaron y me asustaron muchísimo. Pero, así y todo, le respondí serenamente.

—Escuche, señor Crimble —dije—: míreme *a mí*, aquí, lo que yo soy. Yo también he tenido mis momentos desesperados..., ¡más sola en el mundo de lo que usted pueda estar nunca! Y juro ante Dios que por nada, por nada *dejaré* de ser la que soy.

No sé qué le parecería al testigo aquel pequeño desafío; quizá no lo mismo que al señor Crimble.

—Bueno —respondió él, con súbita calma—, ése es el valor de los mártires, y quizá no todos hayan sido cristianos, si hemos de creer a la historia. Sí, y en verdad, en verdad, yo le aseguro a usted, *a usted*, que yo iría a la hoguera por..., por la señorita Bowater.

Se puso en pie, y en aquel instante de dignidad anteví lo que nunca llegaría a cumplirse: mangas de obispo sobre aquellos brazos sueltos y negros. Sin saber cómo, me había hecho remontarme a mi Confirmación.

—¿Y la carta? No quisiera ser entrometido. Pero sus palabras concretas, ¿no las puedo ver?

—Debe usted perdonarme —supliqué desvalida—, pero está enterrada; porque, en fin, Fanny..., la señora Bowater...

—Ah —dijo—. Ese engaño es lo que más me aflige, lo que más me escandaliza. Pero ¿me tendrá usted informado?

Asió su redondo sombrero, y con esas frías palabras nos separamos. Yo me asomé a la ventana, tendiendo una mano para volverle^ llamar. Pero ninguna palabra de consuelo ni esperanza vino en mi ayuda, y le vi desaparecer.

CAPÍTULO XXI

«Esa noche escribí a Fanny, copiando la carta del mismo borrador garrapateado de donde la copio ahora.

«Querida Fanny: Le he dado tu mensaje al señor Crimble: primero con tus palabras exactas, aunque no las oyó del todo, y luego recortándolo un poco. Quizá te enfades por lo que te voy a decir; pero no me cabe la menor duda de que debes contestarle *inmediatamente*. Fanny, te quiere *horriblemente*. Yo jamás soñé que pudiera haber alguien así, en semejante tormento por lo que no puede ser, a menos que sí te importe, pero el orgullo no te deje decírselo. Si supiera que no piensas en él, quizá pronto estaría mejor. Esto suena odioso. Pero no soy tan alfiler en alfiletero como para no saber que hasta las mayores penas y desengaños se van pasando. Esa haya donde nos sentamos, ¿acaso no es una especie de caníbal de sus propias hojas muertas?

»Tu carta privada está bien segura, aunque prefiero no quemarla; *no puedo* quemarla, ésa es la verdad. Tú sabes con qué ansia la esperé. Pero por favor, si es posible, no me vuelvas a enviar dos. No me parece bien; y tu madre ya sabía lo de nuestra salida a mirar las estrellas. Si no, ¿cómo iba a estar echado el cerrojo? Pero es lo mejor que le descubran a uno; lo siguiente, quiero decir, a decir uno mismo las cosas.

»¿Qué día vienes a casa? Lo miro como si fuera un faro, aunque no alcance a verlo. ¿Seguiremos con *Cumbres borrascosas* cuando vengas? Vi la luna “deslumbrante”; pero en fin, Fanny, lo que más que nada te suplico es que le escribas al señor Crimble: todo lo que sientas, aunque no sea todo lo que pienses. No, quizá pretendo decir lo contrario. Él debía de llevar ya mucho tiempo cavilando sobre ti cuando yo empecé. Y ahí estaba todo, todo eh lo hondo; nadie que le viera se imaginaría lo que sufre. Temo por su salud.

»Y ahora, adiós. Me he prometido a mí misma no pensar en las cosas demasiado. Tu amiga que te quiere (hasta donde da de sí),

»Menudencia.

»PD.: Dime, por favor, *qué día* vienes; y ése será mi cumpleaños».

Fanny no tardó en contestar:

«Querida Menudencia: Es un hecho extraño, pero al paso que, a juzgar por tu carta, *tú* pareces estar menguando, yo (a pesar del *porridge* de agua de la señorita Stebbing) estoy engordando. Bien, ¿en dónde está la tragedia? Quizá vuelva a casa el día 30. Si es así, mata la ternera cebada; yo pondré la tarta de cumpleaños. Qué mal haces en conservar las cartas. Yo no las conservo nunca, no vaya a ser que me acuerde de las respuestas. De todos modos, no volveré a escribir. Pero si, por un casual, te hiciera otra visita el señor Crimble, haz el favor de explicarle que la razón principal de que no quisiera cantar en el concierto fue la de no ser la segunda mezzo-soprano. Una de las dos *sobra* en un concierto. Quizá no expliqué esto con claridad; ni dije lo encantadora que me pareció mi doble.

»Estoy cansada... por exceso de trabajo. He terminado *Cumbres borrascosas*. Es un libro disparatado, falso. El mundo no es como se lo imaginaba Emily Brontë. No es ni sueño ni pesadilla, Menudencia, es una cosa muy, muy despierta. Y yo estoy convencida de que los poetas no son más que querubines chupando pirulíes con sus boquitas de rosa. Detesto la hipocresía. En cuanto a “sacar a los demás de su aflicción” y hayas caníbales, ¡no, congojosa mosquita! Si me vieras aquí, frente a filas y filas de caras ausentes y hostiles —aunque no faltan una o dos muy arrobadas—, te darías cuenta de que semejante práctica me llevaría al infanticidio indiscriminado.

»Por mi parte, nunca he pensado en las cosas demasiado dolorosamente; aunque, en lo que se refiere a “decirlas”, lo contrario es *sin duda* lo más sabio. Así que perdona esta carta

tan breve, y quizá no muy dulce, de tu amiga

F.»

¡Con esto venía una tira de papel!

«No voy a escribir a quien tú sabes. Piensa, si quieres, pero no *sientas* como un microscopio. Lo único que le pasa es que está enamorado. Y, por puntillosa que sea usted en su propia práctica, por favor, señorita M., no predique; por lo menos a su afectísima pero impenitente amiga,

F.»

Creo que escribí en borrador y destruí tres respuestas a esta carta, que deshizo mis defensas con mucho menos esfuerzo que los recaderos. Me ponía en vergüenza por mojigata, falsa amiga, sensiblera. Y lo de «congojosa mosquita» escocía como sal en un corazón herido. Sin embargo, Fanny era desleal hasta en la posdata. Un par de días después alguien dejó en la casa una vara de narciso protegida con papel de seda azul. Venía acompañada de la tarjeta del señor Crimble en un sobrecito atado al tallo.

«He recibido un rayo de esperanza».

La señora Bowater había depositado esta ofrenda sobre mi mesa con una mueca peculiar, imposible saber si de desprecio o de humor. «Del señor Crimble, señorita. ¡Cualquiera diría que tiene dos panes a cocer!».

Mucho rato después de que se marchara seguía yo mirando aquella ofrenda de gratitud: las céreas espatas, la corona ribeteada de rojo, la masa verde pálida de pistilos y estambres. El pesado perfume se apoderó de mis sentidos, sin aportar a la mente más que cansancio y disgusto de mí misma. Era una mosca, y me habían atrapado en una tela de araña: una vez más comencé una carta a Fanny, implorándole que escribiera a su madre, que se lo contara todo. Pero también esa carta acabó en pedacitos y consumida en el fuego.

A la mañana siguiente, muy cargada con mi sombrilla, un par de galletas en la bolsa, entre los brazos mi *Sentido y sensibilidad* y una estera, partí muy temprano hacia Wanderslore; la víspera había dispuesto con la señora Bowater que fuera a reunirse conmigo, debajo de mi haya, a la una menos cuarto.

Avancé deprisa bajo las ramas planas punteadas de capullos, entre macizos de prímulas, anémonas y celidonias, aspirando la fresca terrosa de hierba y musgo. Al fin, entre las piedras y las raíces salientes llegué a la vista de las ventanas vacías. Por un instante me encaré con su negra mirada, y luego bajé del montículo y en seguida me acomodé a la vera de la casita del jardín. Pero antes logré encaramarme a un fragmento de la mampostería caída y asomarme por sus ventanas bajas. Unas cuantas moscas muertas del año anterior, secas patas arriba; telarañas polvorientas y abandonadas; un lecho de paja y algunos tiestos rotos: el lugar estaba vacío. Pero era

mío, y el propio recuerdo del que me hablaba en voz baja, el panorama del dormitorio de mi pobre padre aquella noche de la tormenta, no hacía sino acrecentar mi sentido de la propiedad.

Lo que en aquel momento me aquejaba, lo que había salido con la esperanza de quitarme de encima, era el triste convencimiento de que mi vida era inútil, de que el mundo no me necesitaba para nada. Yo sola había aprendido a hacer nudos en un cordel, pero la experiencia real parecía haber demostrado que de la mayoría de los manejos humanos no salían más que nudos falsos, y no de la variedad del amante verdadero. No ataban nada, no hacían más que enredar y entorpecer. Yo era joven entonces, y aun así estaba tan cargada de responsabilidades ajenas como el pobre Cristiano con el fardo de sus pecados^[26]. Pero también mi fardo, en aquella hermosa y desolada soledad, acabó cayendo de mis hombros.

¿Acaso no podía seguir siendo leal de corazón y espíritu a Fanny, aun a sabiendas de lo poco que le importaba que yo fuera leal o no? Hasta me subí a las gruesas gafas del señor Crimble y volví a mirarme a mí misma desde aquel punto de mira. Fuera yo o no asunto suyo, podía intentar que él lo fuera mío; quizá incluso convencer a Fanny de que le quisiera.

¡Señor! ¿Acaso cada pájaro que cantaba en aquel desierto, cada flor que se abría y cada hoja que recibía el sol de marzo no acogía en su tranquila morada al espíritu que había en mi interior? Como en respuesta a este pensamiento ingenuo brotaron en mi memoria las dos últimas estrofas de mi *Tom o'Bedlam*, aquellas que, por orgullo o por vergüenza, se me habían atragantado sobre la alfombra de piel del luminoso salón de lady Pollacke:

*Mi corazón de fantasías furiosas
Sujeto y sometido a mi dominio,
Flamígera mi lanza
Y mi caballo al viento,
Al desierto mis pasos enderezo.*

*Con jinete de sombras y fantasmas
Me llaman a justar en campo abierto,
Diez leguas más allá
Del fin del ancho mundo:
A fe mía que no es un largo viaje.*

Sombrilla por lanza, el pony de mis piernas por caballo de viento, allí estaba yo (aunque para unas botas de tamaño corriente pudieran parecerle no más de una milla), a diez leguas por lo menos de... la casa de la señora Bowater. Y no me había roto una pierna, como su marido; ni Fanny me había roto el corazón. Todo volvería a su cauce. Si hasta era un despilfarro de Fanny hacerla señora Crimble. Mi obispo, según la señorita Fenne, había tenido una esposa muy casera: «Poco menos que una rancia, Caroline, tal y como yo la recuerdo hace treinta años». Quizá, si yo renunciara a mis colorines y me comprara un buen vestido de sarga marrón y un sombrero, ¿no cambiaría de parecer el señor Crimble...? He observado que basta que empiece a

reírme de mí misma para que el mundo entero parezca sonreír a su vez.

Como era un ser absurdo, contradictorio y volátil, sobre mi ánimo se extendió una especie de gratitud. De como estaba sentada me puse de rodillas, y repetí las oraciones que por las prisas había omitido antes de salir de casa. Y estando así arrodillada volví a abrir los ojos hacia el jardín, delicadamente bañado de sol de levante. Allí estaba mi vieja amiga la *Naturaleza* del señor Clodd, emperejilándose bajo los dedos ágiles de la primavera; y a su vista, como a la vista del Dios de mi madrina y del Todopoderoso del señor Crimble, y, posiblemente, de la Norma del doctor Phelps, ¿no eran, de hecho y de verdad, todos los hombres iguales? Qué misterioso y qué fascinante. Si «vista», ojos: pero ¿de quién?, ¿dónde? Miré en derredor deslumbrada, y, de haber tenido alas, habría salido zumbando a través del fino velo verdiazul hasta perderme en la mañana.

¡Pobre caballera andante, romántica señorita Mosca! Ella no sentía deseos de perseguir Caza Mayor ni hacerse albañil de campanarios; sus fantasías no eran peligrosamente «furiosas»; pero allí arrodillada, ambientada por aquel jardín descuidado, y tampoco tan ridículamente pigmea, aun dentro de la escala de la proporción del mundo —hoja de hierba aserrada, musgo con sus ranúnculos, estrellada uva de gato, verde hierba del almizcle, guijarro denoso, mosca de céreas alas—, en fin, no sé cómo acabar la frase si no es diciendo que me alegro muchísimo de haber empezado a escribir mi Vida.

Me di cuenta, también, de que es menos halagador compararse con las cosas muy pequeñas del mundo que con las grandes. Con tiempo, yo podía escalar un Alpe; a una hormiga no podía más que *matarla*. Además, estoy empezando a pensar que una de las maneras de vivir más gratas es vivir en la memoria. Cuánto menos doloroso habría sido a veces mi presente si hubiera tenido la previsión de imaginar lo seductor que aparecería como pasado. Ahora hasta mis penas más agudas de antaño duermen silenciosas, y no menos callados están aquellos por los que pené.

Llegada a una pausa en mis reflexiones, abrí mi *Sentido y sensibilidad* por el capítulo xxxv. Pero no pude atender a la señorita Austen. Es uno de esos escritores compactos y cautos que no alimentan a mentes errabundas; y por fin, después de releer por tres veces el mismo párrafo, empezó a embargarme una convicción inquietante. Ya no me cabía ninguna duda: alguien me vigilaba. Poco a poco, disimuladamente, alcé los ojos del libro, y sin hacer el menor movimiento de cuerpo ni de cabeza miré en torno. Y en ese momento, como si hubiera estado jugando a centinela fuera de la cercana espesura, un mirlo chilló de pronto su desafío, y con voces de alarma escapó volando hacia la casa.

CAPÍTULO XXII

Al instante descubrí entonces lo que había asustado al pájaro. En un primer momento creí que aquella extraña figura estaba a cierta distancia. Luego me di cuenta de que su estatura me había engañado, y de que no podía estar a más de veinte o treinta yardas. Estaba de pie bajo un endrino en flor, con la cara fija y blanca, el cabello negro, y tan inmóvil y atento como yo. No debía sacarme de alto más que dos o tres pulgadas.

«Conque», susurré casi, al encuentro de mirada con mirada, «¡ésas tenemos!»; apenas cierta, entretanto, de si el desconocido era real o imaginario. La verdad es que si se hubiera desvanecido ante mi vista en la maraña de espinas, ramas y delicados capullos que tenía encima y a su alrededor, no me habría asombrado mucho, aunque sí me habría decepcionado hondamente. Con peculiar y temblorosa curiosidad, le sujeté con la mirada. Si él no quería descubrirse, tendría que hacerlo yo.

Lenta y deliberadamente alargué una mano fría y empuñé la sombrilla. Sin apartar los ojos ni un instante del rostro del intruso, tensé en el aire la nervada tienda de seda. ¡Clic!, hizo el pequeño resorte; y, al oírlo, él se movió.

«¿Quién es usted? ¿Me está vigilando?», grité con voz templada y grave a través del espacio que nos separaba. Él había agachado un poco la cabeza. Yo pensé —y temí— que fuera a retirarse. Pero pasado un momento se irguió y vino hacia mí, tendiendo, según se acercaba, una sombra contrahecha sobre la corta hierba.

Hasta el día de hoy pugno a veces, en vano, por ver mentalmente con claridad aquel rostro tal y como se me apareció en aquel primer encuentro. Un recuerdo diferente se interpone; sin embargo, cuántas, cuántas veces he escudriñado esas facciones buscando información sobre su dueño, y he mirado fugazmente —y una vez con intensidad definitiva— en aquellos ojos vivientes. Pero recuerdo que su ropa resultaba ligeramente fuera de tono y grotesca entre los verdes de la primavera temprana. Parecía como si se hubiera consumido dentro de ella. También la mejilla se había consumido sobre el hueso, y parecía apergaminada; los labios eran finos, las orejas ligeramente picudas. Entonces sonó su voz baja y hueca, que apenas subía ni bajaba, y cuyo mero sonido se diría tan repleto de contenido como las palabras.

Me miró, y miró todas mis pertenencias como si mucho tiempo las hubiera estado buscando todas, una por una. Pero ahora parecía rehuir mis ojos, aunque aguardaban a los suyos serenamente. La verdad es que desde aquel momento hasta casi el final no me sentí nunca incómoda ni angustiada en su compañía. Nunca me hizo salir de mí misma más allá de lo que permitiera un retorno fácil y feliz, aunque había de introducirse en mi imaginación con la misma facilidad con que la abeja se introduce entre las mil celdillas en tinieblas de su colmena.

Cada vez que me separaba de él, su recuerdo era como una de esas figuras extrañas que se atraviesan en la vigilia de la mente como salidas del mundo de los

sueños; que se imprimen en la conciencia vívidamente, oscuramente, y luego desaparecen. Así que a veces me pregunto si llegué realmente a conocerle, si llegó a ser plenamente real para mí; como Fanny, por ejemplo. Pero él no pretendió dárselas de misterioso, y en seguida nos pusimos a hablar casi con la naturalidad de dos compañeros de juegos de la infancia que se hubieran vuelto a encontrar después de una larga separación.

Confesó que, sin que yo lo supiera, me había visto ir y venir en las frías mañanas del invierno, cuando la escarcha me hacía volver pronto del bosque helado y desnudo a casa. Incluso había estado presente, pienso, cuando Fanny y yo compartimos —o nos repartimos— las estrellas. En cualquier caso, a su rostro asomó un leve desagrado cuando reconoció haberme visto acompañada. Yo no estaba acostumbrada a esa clase de interés, y apenas supe si debía sentir halago o enojo.

—Pero usted sabe que yo vengo aquí para estar sola —dije con toda la amabilidad posible.

—Sí —contestó, mirando hacia otro lado—. Así es como la he visto.

Sin que yo me diera cuenta, también, jugó conmigo a una especie de ajedrez, tomando por turno cada respuesta como percha donde colgar otra pregunta. ¿Qué tenía que ocultar yo? De mi corta historia, aunque no de mí misma, le hablé sin reservas; sin embargo, le hice pocas preguntas a cambio. Ni pensé siquiera, en aquel momento, en lo extraño que era que el azar hubiera llevado a dos seres humanos como éramos él y yo a aquel lugar de encuentro. Pero también, a fin de cuentas, las ballenas son animales pequeños en comparación con el océano que recorren, y el gusano de luz cumple su cita con otro gusano de luz en bosques negros como la noche.

A través de todo lo que él decía corría un hilo de secreto. Tan baja y monótona era su voz (no se elevaba mucho, sólo crecía en resonancia cuando una idea le encolerizaba o le nublaba la mente); tan escasos eran sus gestos, que era algo así como si hablara en sueños. Ni una sola vez durante aquella larga mañana se rió, ¡ni siquiera cuando yo le ofrecí traviesamente la sombrilla (estaba sentado a unos pasos de mí) para resguardarse del sol de marzo! Solemnemente compartió conmigo las galletas de la señora Bowater, echando las migas a un petirrojo que a saltitos había venido a ponerse entre nosotros, como si le hubiéramos invitado a nuestro desayuno.

Llevaba la cabeza tan caída entre los pesados hombros que me recordaba a una flor lacia por falta de agua. No es que en su aspecto hubiera nada de blando, de frágil ni de delicado. Ni mucho menos: más bien era torpe y feo en apariencia, aunque con una gracia en la mirada como la de un espino viejo y mutilado cuando el viento le mueve las ramas. Y, en cualquier caso, había venido a ser amigo mío... desde lo desconocido. Y cuando me volví a mirar a la serena y agreste belleza del jardín, no me pareció un lugar menos risueño porque hubiera dejado de ser un desierto.

—Lee usted —dijo, mirando a mi libro pensativamente, aunque sin demasiada lisonja.

—No es de sabios pensar demasiado —repuse solemnemente, cerrando a la señorita Austen—. Además, dado que no tengo ocasión de ver a muchas personas de carne y hueso, a falta de eso lo mejor es conocerlas en los libros..., sobre todo en esta clase de libros. ¡Si yo fuera Jane Austen, de qué manera me iba a divertir! Su gente es igual que la gente de ahora... por dentro. Dudo que los leopardos quieran realmente cambiar de manchas^[27]. Pero, por supuesto —añadí, ya que no parecía inclinado a expresar ninguna opinión—, leo también otras clases de libros. Eso es lo bueno de ser ignorante: ¡hay tanto que aprender! Últimamente he estado aprendiendo a hacer nudos.

Me eché a reír, y noté que me estaba poniendo colorada.

Él alzó despacio los ojos para mirarme a la cara, y luego me miró a las manos durante tanto tiempo y con tal fijeza que no pude por menos de ocultarlas bajo mi bolsa. Mucho antes ya había yo observado que las suyas eran bastante grandes y fuertes para su tamaño. El rostro de Fanny me encantaba mirarlo por su blancura y su belleza: habría sido tan bonito si ella no estuviera dentro. Mirar el de la señora Bowater era como descifrar fragmentos de un lenguaje peculiar. A menudo yo averiguaba lo que estaba sintiendo o pensando imitando su expresión y luego traduciéndola, cuando ya se había ido. El rostro de este muchacho me absorbía por la personalidad que anidaba en él, y también por su oscura melancolía; y porque ya entonces, quizá, pude tener una consciencia vaga y remota de que su carne y su espíritu no podían durar mucho tiempo en compañía. Él mismo era, por así decirlo, un extraño para mí, y sentí que tenía que sacar de él lo más y lo mejor que pudiera antes de que se volviera a marchar.

Tal vez la memoria lea en esta experiencia más de lo que en aquellos días de juventud inexperta me deparó realmente. Pero de esto, al menos, estoy segura: de que la mañana pasó volando en su compañía, y que ni siquiera me di cuenta del frío que tenía hasta que él de pronto me miró preocupado a la cara y me lo dijo. Así que juntos echamos a andar hacia la casona, a la que yo hasta ese día no me había acercado. Por los peldaños manchados de verde ascendimos de terraza en terraza, empenachadas de alhelíes amarillos y bocas de dragón entre los hierbajos, almohadilladas de musgo brillante, orladas de líquenes. Allí, al lado de él —solas nuestras dos figuras sobre la ancha terraza sin flores, invadida de malas hierbas, algunas acres y lozanas, de la altura de nuestros hombros—, alcé la vista para escudriñar las ventanas oscuras y cerradas.

¿Cuál era el secreto que las había tenido vacías durante tanto tiempo?, pregunté. La señora Bowater nunca me había dado una respuesta coherente a esa pregunta. Mis palabras cayeron en el silencio como una piedrecita en una vasta charca de agua negra.

—Hubo una historia —repuso él con aire indiferente, y sin embargo, o así me pareció, menos indiferente de lo que pretendía— de que hace muchos años una mujer —pronunció esta palabra casi como si hiciera alusión a otra especie distinta de la

nuestra—, una mujer se ahorcó en uno de los cuartos de arriba.

—¡Se ahorcó!

Era el tipo de historia que la señora Ballard solía compartir con la madre de Adam Waggett mientras tomaban té y quisquillas. Frunciendo el ceño con horror y curiosidad, recorrí su semblante. ¿Era ésa el agua que podía sacar de su pozo? Ay, cuán conocido llegaría a serme el cubo.

Él hizo un movimiento con las manos, y yo vi entonces a la pobre infeliz allá arriba en la oscuridad, colgando sin vida, pobre, pobre humana, con la cabeza torcida.

—¿Por qué? —pregunté, meditando puerilmente sobre aquella imagen.

—Fueron meras habladurías —me respondió—; y, verdad o no, como las que inventan para explicar sus necias supersticiones. A fuerza de pensar y pensar, se acaba metiendo un espíritu maligno en cualquier casa vieja y deshabitada. Los seres humanos son como ovejas, aunque no siempre vean a los perros y pastores que los conducen.

—¿Y alguna vez —dije con voz temblorosa, mirando disimuladamente a lo alto de los muros, y consciente de una nueva veta de interés en este mundo extrañamente inagotable— se asoma a las ventanas el espíritu maligno?

Él volvió el rostro hacia mí, sonriendo; y preguntó si había oído la expresión de «los párpados de la aurora». «También está la Noche», dijo.

—Pero ¿el espíritu de quién? ¿De quién? —insistí—. Cuando yo estoy aquí sola en el jardín no hay más que paz. ¿Cómo podría ser eso si hubiera un espíritu maligno rondando por aquí?

—Sí —dijo él—, pero es una paz egoísta, solitaria. Los pájaros muertos no cantan. No venga cuando no pueda regresar, o cuando estén bajas las nubes.

—Pretende usted asustarme —dije con voz más fuerte—. Y he estado demasiado tiempo sola para eso. Por supuesto que cada cosa cuida de sí misma. ¿Nosotros no? Y usted dijo un espíritu *maligno*. ¿De qué sirve soñar cuando se está despierto?

—Así que —dijo él, casi con frialdad— ¿niega usted que el Hombre sea un espíritu maligno? Deforma y destruye.

Pero ante eso las palabras de mi madre volvieron a mí desde una lejana mañana: «Él nos hizo con Su Poder y Su Amor». Sin embargo, no pude contestarle; sólo pude esperar, como si el mero silencio pudiera hacerme compartir lo que él estuviera pensando. Y durante todo ese tiempo mis ojos estaban, en alguna recámara oscura de mi mente, puestos en Fanny, y no, como bien pudiera haber sido, en la oscura barca del señor Crimble, zarandeada bajo su fugaz rayo de esperanza.

Verdaderamente este desconocido hacía la vida muy interesante, aunque sólo se dedicara a pinchar sus topos muertos. Y verdaderamente yo era una romántica incorregible; porque cuando, al echar una ojeada al reloj de mi abuelo, descubrí que era mucho más tarde del mediodía y le dije que tenía que marcharme, prometí, sin un momento de vacilación, ir a reencontrarme con él a la siguiente mañana que hiciera buen tiempo. Tan fuerte era en mi interior el deseo de hacerlo, que una consternación

profunda me heló el ánimo cuando, al volverme en el extremo de la terraza —porque no había mostrado ninguna inclinación a acompañarme—, descubrí que ya se había perdido de vista. Saludé mecánicamente con la mano en la dirección por donde había desaparecido, por si acaso estuviera mirando; di un suspiro, y seguí andando.

Hacía más frío bajo los altos árboles sin sol. Me arrebuqué en la capa, y al hacerlo caí en la cuenta no sólo de que me había dejado atrás a la señorita Austen, sino de que la carta de Fanny seguía estando en su escondite de debajo de la piedra. Ya era demasiado tarde para volver por ellas, y una vaga aprensión que me había asaltado entre los troncos de árbol se apaciguó con la certeza de que por esas razones, más que por ninguna otra, debía volver a Wanderslore tan pronto como me fuera posible. Así que, en un estado de especial optimismo, apreté el paso con pies ligeros en dirección a la sociedad civilizada, al inicuo Hombre y a mi nunca bien ponderada señora Bowater.

CAPÍTULO XXIII

Mi patrona estaba ya esperándome en el lugar convenido, y juntas echamos a andar hacia la casa. Había sido un acuerdo prudente, pues por el camino nos cruzamos al menos con media docena de desconocidos, todos y cada uno de los cuales, por el genuino asombro con que se volvieron a mirar nuestras dos figuras (pues yo me agaché un par de veces, como para atarme los cordones de los zapatos, con intención de ver), claramente demostraron pertenecer a ese tipo de humanidad al que mi nuevo conocido había designado glacialmente como ELLOS. Vanidad de vanidades, cuando un caballero anciano que iba de paseo no levantó ni una ceja hacia mí —tan absorto iba en sus pensamientos— sentí una punzada de enojo.

Tan pronto como me vi nuevamente sana y salva en mi habitación le hice a la señora Bowater un relato completo de mi aventura mañanera. No fue tanto por no incurrir en nuevos engaños como porque sencillamente no me podía contener y *tenía* que hablar de mi Desconocido. Ella me escuchó hasta el final sin hacer preguntas, pero con una rigidez desacostumbrada en la expresión; y antes de dar comienzo a su catecismo apretó todavía más los labios.

—¿Cómo se llama ese muchacho —preguntó— y dónde vive?

Yo había contado con que ella misma pudiera suministrar esos pormenores. En blanco, meneé la cabeza: «No hablamos más que de temas generales».

—Ya —dijo ella, y me echó una mirada como por encima de las gafas. Su siguiente pregunta fue todavía más peliaguda—. ¿Y ese muchacho es un caballero?

¡Ay!, había dado en un fallo de mi educación. Aquello era un problema absolutamente nuevo para mí. Pensé en mi padre, en el señor Waggett, en el doctor Grose, en el doctor Phelps, en el granjero viejo del tren, en *sir* Walter Pollacke, en mi obispo, en Heathcliff, en el señor Bowater, en el señor Clodd, hasta en Henry; o, mejor dicho, todos esos fantasmas masculinos pasaron rápidamente por mi magín, evocando a todos los demás bípedos visibles o audibles del mismo género. Mientras tanto, la señora Bowater contemplaba esas contorsiones intelectuales plantada como la figura de la Paciencia sobre su alfombra de Bruselas, o más bien como Tomás de Torquemada.

—Bueno, verá usted, en realidad, señora Bowater —hube de reconocer al fin, con un suspiro y una sonrisa—, sencillamente no le sé decir. No pensé en eso. Más bien parece cosa de *él*, ¿no? Pero, si he de ser total, totalmente franca, quizá *no* sea un caballero; no *exactamente*, quiero decir.

—Lo que yo me figuraba —fue su comentario—. Y si *no* —con todo lo que usted quiera, señorita—, ¿qué es entonces? ¡Y si *no*, no puede usted volver a ir!

—Pero es que tengo que ir —dije, como hablando conmigo misma.

—Con lo poco que usted conoce el mundo —me replicó impertérrita—, tiene usted que dejarse guiar, si no le molesta, por los que lo conocen mejor. Quien no sea

un caballero no puede ser compañía aconsejable para una señorita que se lo encuentra por casualidad paseando sola. Y ¿cómo dice usted que es de alto? Y además — continuó sin esperar respuesta, y embalándose cada vez más—, si es un caballero, será mejor que yo vaya con usted, señorita, y lo vea con mis propios ojos.

Una mirada rebelde y horrorizada siguió su retirada de la habitación. Conque ése era el pago de ser abierta y sincera. Vaya una figura ridícula que iba yo a componer, trotando al lado de mi patrona. ¿Qué pensaría de mí mi desconocido? ¿Qué pensaría ella de él? ¿Sería un «caballero»? En comparación, el problema de dilucidar si el Espíritu del Hombre es o no un espíritu maligno había sido fácil. *Caballero*: pues claro que sí, balbuceó avergonzado un yo al otro yo, convicto una vez más de otro pequeño esnobismo mezquino. Había mostrado una caballerosidad casi absurda: me había tratado como si yo fuera un ángel más que una jovencita.

Pero las ampollas que me había levantado la intolerancia de la señora Bowater no se aliviaban así como así. Habían abierto la puerta a otra clase más de ELLOS. Sobre el portillo que desde el sendero pedregoso daba acceso a Wanderslore había un cartel viejo, verde y podrido: «Prohibido el paso». ¿Por qué no se podían poner carteles en la Wanderslore de la mente? Mi patrona no había preguntado nunca si *lady* Pollacke era una dama. Qué mecánicas eran las cosas, a fuer de inesperadas. Esa mañana había salido de casa para librarme de la maraña Crimble, y no había hecho sino volver con unos cuantos nudos más en la madeja.

Una calma chicha descendió sobre mí. Estaba a la deriva en el Mar de los Sargazos; en las calmas ecuatoriales, y había tirado el sextante por la borda. Ni siquiera una larga mirada al maestro navegante de la pared me sirvió de nada. Sin embargo, he de confesar que aquellas reflexiones tontas me dieron contento. Las compartiría con Fanny; quizá con el propio «caballero», algún día. Me incliné sobre el costado de mi pequeña nave, más hondamente interesada en la travesía que nunca desde que Pollie me sacara de la adolescencia en la tartana de los Waggett. Y estando así sentada, considerando aquellas novedades, una voz clara como el canto del gallo exclamó en mi interior: «Si papá no hubiera muerto, no habría conocido nada de esto». Ante esa monstruosidad, mis manos se apretaron húmedas en mi regazo. Pero conservé la lucidez y conseguí hacerle frente. «Si papá no hubiera muerto», me respondí, «no sabes *qué* habría pasado. Y si piensas que, porque ahora estoy contenta, hay algo en el mundo que pudiera hacerme *no* desear tenerle otra vez, es mentira». Pero me quedé un poco menos a gusto.

El correo de la tarde me trajo una carta y un paquete certificado. Los miré y remiré, examinando la escritura para mí desconocida, los brillantes sellos rojos, pero todo fue en vano. A pesar de mi esforzado conocimiento de los nudos, aún estaba arrodillada sobre el paquete y peleando con bramantes y lacres cuando la señora Bowater, doblando *su* carta y reintegrándola al sobre, anunció sin más: «Parece que no vuelve a casa en estas vacaciones, que una amiga del colegio la ha invitado a irse al campo: a

Merriden o no sé dónde. Sería mucho pedirle a Fanny que escriba claro, cuando no está claro lo *que pretende*».

—¡Oh, señora Bowater! ¿No va a venir?

Frías nieblas de desengaño se cerraron sobre mi vana felicidad. Esa luz interior sin la cual la vida es verdaderamente oscura murió eclipsada. El único pensamiento y deseo que, según comprendí entonces, me había estado sosteniendo de hora en hora, me había sido arrebatado. Todo había sido inútil. «¡Oh, Fanny!», musité amargamente para mí, «¡oh, Fanny!». Pero el rostro que levanté hacia su madre no mostraba más que desafío.

—Bueno —murmuré—, ¿qué más da? Esperemos que se divierta más que estando mano sobre mano en este lugar despreciable.

La señora Bowater siguió mirándome tranquilamente por encima del sobre.

—Pero usted sabe, señora Bowater —añadí miserablemente temblorosa—, que para *mí* no es despreciable. ¡Lo prometido es deuda, sea a quien sea!

Así diciendo, incliné la cara sobre el papel pardo que olía a cerrado, y atacué el último nudo con los dientes. Con ojos un poco torcidos por el resentimiento, aparté las envolturas de lo que había dentro. Y entonces todo pensamiento se evaporó en un suspiro. Porque allí, con una delicada blancura vetada sobre el papel blanco, estaba una copia diminuta, en marfil, nada menos que del bello Hipnos. La miré medio ciega —perdida en una serenidad más allá de toda esperanza de mi pobre y necia vida—, y luego la levanté con las dos manos: «¡Un regalo... para mí! ¡Mire, mire!», grité.

La señora Bowater compuso la cara sobre la imagen como si fuera un insecto tropical y dañino lo que yo ofrecía a su inspección. Pero yo se lo metí en la mano y abrí la carta:

«Mi querida señorita: No soy poeta, y por lo tanto no puedo aspirar a compartir con usted la música del “meteorito ardiente”, pero sí compartimos mi Hipnos. Que no es más que una réplica, como le dije, pero aun así es de las cosas más bellas que poseo. ¿Querrá usted, pues, hacerme el honor de aceptar lo que contiene el paquetito que le envió junto con esto? Considérela un pequeño testimonio del deleite que procuró usted con su entusiasmo a Su sincero servidor,

»Walter Pollacke.

»PD.: Me dice *lady* Pollacke que quizá dentro de unos días podamos esperar que nos acompañe otra vez a tomar el té; le ruego, pues, que no se moleste en acusar recibo por correo».

Pero sí que lo hice, no con aquel recato de los sentimientos que parecía recomendar la señorita Austen, sino desde el fondo del alma. A la mañana siguiente llegó la invitación de *lady* Pollacke:

«Querida señorita M.: Me apresuro a renovar mi invitación del jueves pasado. ¿Querrá usted darnos el placer de su compañía el viernes por la tarde, a la hora del té? La señora Monnerie —la hija más joven, como usted recordará, de lord B.— ha manifestado fervientes deseos de conocerla, y también estará con nosotros el señor Pellew, que va a dar una tanda de sermones en San Pedro durante la Semana Santa. ¿Podríamos quizá compartir otra de

esas *deliciosas* recitaciones?

»Suya afectísima,

»Lydia Preston Pollacke».

Registré mi memoria en busca de lord B., pero desdichadamente en vano. Ese fallo hizo que la idea de conocer a su hija más joven me resultase un poco alarmante. Pero he de confesar que aquellas atenciones me lisonjearon. Hasta la negra pócima administrada por Fanny, que ni siquiera se había dignado enviarme unas palabras de disculpa o explicación, perdió mucho de su amargor. Le pregunté a la señora Bowater si le parecía bien que yo le hiciera a *sir* Walter un pequeño obsequio para corresponder al suyo. ¿Sería correcto, sería propio de una *dama*?

—Lo que se hace con buena intención —me aseguró, tras un momento de reflexión—, aunque se tome a mal, lo cual, a juzgar por su carta, no ha de ser, no es cosa de pensarlo sino de *sentirlo*.

Aquel consejo me decidió, y a primera hora de la mañana del viernes recorté y refresqué lo mejor que pude uno de aquellos cedros enanos de mi abuelo que en otro tiempo adornaran mi balcón. Tenía las ramas un poco desgredadas, pero seguía siendo, con su maceta verdigris, algo lozano y hermoso.

CAPÍTULO XXIV

Con ese árbol enano en brazos, cuando llegó la auspiciosa tarde, bajé los «bateses» en pos de la doncella de *lady* Pollacke, que llevaba un pulcro sombrerito atado con un lazo debajo de la oreja, y la señora Bowater me alzó al coche. Qué saludo tan púdico intercambiamos cuando, ya sentadas la doncella y yo bajo la capota, mi mirada fue a dar en el broche de hematites llamativamente prendido para la ocasión cerca del botón de arriba de su linda chaqueta de calle. Eso me dio tanta confianza que ni siquiera la súbita catarata de conversación que cayó sobre mí en el umbral del salón de *lady* Pollacke me puso nerviosa. La larga y florida estancia estaba atestada de gente, todos hablando con todos. Al entrar yo, como si hubiera hablado un serafín, las atareadas lenguas se acallaron al instante. Una veintena de ojos me atravesaron. Pero *sir* Walter estaba atento a mi llegada, y en seguida deposité mi gran maceta en las sonrosadas manos que me tendía.

—¡Mi querida, mi querida señorita, cuánto placer! —exclamó, inclinándose rechoncho sobre mí—. ¡Una pequeña obra maestra! ¡Y auténtico Nankín antiguo! ¡Ay, mi mísero Hipnos!

—No, no, eso tendría que decirlo yo —exclamé—. ¡No sé cómo expresarle...!

Un murmullo de admiración se extendió por la sala, en el cual distinguí claramente una voz nasal y temblona que decía: «¡Conmovedor, conmovedor!».

Esas palabras, que eran como el balido de una oveja agradable, procedían, o así me pareció, de una señora algo menos elegante, con impertinentes, que estaba sentada sola en las afueras de la estancia, y que, según supe más tarde, no era más que una hermana viuda de *lady* Pollacke. Pero sólo pude dedicarle una mirada de sorpresa, porque en ese momento me estaban presentando a la hija más joven de lord B. La señora Monnerie estaba ampliamente reclinada en un inmenso sillón con doraduras, y era una señora de semblante anchuroso y llamativo. Aquel «*más joven*» de *lady* Pollacke me había engañado. Lejos de ser la criatura esbelta, bella y con aires de sílfide que yo esperaba, la señora Monnerie no podía tener muchos años menos que mi madrina la señorita Fenne.

Su piel formaba los más extraños pliegues y frunces. Sus ojos negros y acuosos, bajo cejas espesas, me miraban desde lo alto de su nariz fina y aguiña con una expresión concentrada, que era a la vez de indulgencia, interés y diversión. Con un airoso ademán apartó sus voluminosas faldas de seda para que yo pudiera instalarme inmediatamente a su lado, en una sillita de enea que en sus tiempos debía de haber servido a un Pollacke pequeño, y que se habría bajado de la *nursery* para esta ocasión.

Así, pues, me encontré, centro de atención exquisitamente consciente de serlo, intentando mordisquear un bizcocho, atender a mi tacita infantil sin asa y responder a sus requerimientos, todo a la vez.

Lady Pollacke se cernía sobre las dos como una nube en el ocaso, sonrojadas sus mejillas por el esfuerzo de celebrar cada frase que pronunciaba la señora *Monnerie* y compartirla hasta donde fuera posible con el resto de los invitados.

—Un poquito pálida, ¿verdad? —dictaminó la señora *Monnerie*, examinándome con sus grandes ojos—. Le hace falta aire del mar; aire del mar..., para dar un poquito de *tinte* a esa porcelana de pétalo de rosa. Yo me encargaré.

Le aseguré que mi estado de salud era excelente.

—No del todo —me respondió—. Todos los jóvenes presumen de buena salud. Cuando yo tenía su edad, la idea de estar enfermo era más negra que una visitación del demonio. A él es al que hay que achacar todos esos males, ¿no es verdad, señor *Pellew*?

Una figura flaca, alta y pajaril, aún con vestigios de color castaño en los cabellos, se separó de un corro de espectadores embelesados.

—Ah —dijo—. Dudo mucho —continuó, moviendo su taza hacia mí con un leve ademán de modestia— que la señorita *M.* se acuerde de mí. La primera vez que nos vimos teníamos exactamente una semana, exactamente una semana.

El porqué de que el señor *Pellew*, lo mismo que el doctor *Phelps*, empleara el plural para referirse a mí no tuve tiempo de considerarlo, porque ya le estaba contando a la señora *Monnerie* que nunca había bautizado a un niño que rechazara el Agua Santa con más energías que yo. Yo aproveché que se inclinara con una especie de jocosa urbanidad sobre el sillón de la dama para mirar sus pestañas largas y claras y la línea que hacía la sonrisa en sus mejillas, pero no fui capaz de recordar su rostro de joven, a pesar de que durante mi bautizo debía de haberle contemplado, ni que decir tiene, todavía con mayor absorción.

—«Acordarse» de usted..., ¡pues no faltaba más! —exclamó con entusiasmo la señora *Monnerie*—. El milagro es que no se le cayera a usted a la pila. ¿Sabe usted nadar, querida?

—Cuando tenía una semana no sabía —respondí yo con toda la socarronería posible—. Pero sí sé nadar; me enseñó mi padre.

—¡Pues ya está —declaró la señora *Monnerie*—: baños de mar! ¿Y nosotros, señor *Pellew*: sabemos nadar?

El señor *Pellew* no pareció oír la pregunta. Me estaba asegurando que la señorita *Fenne* le había tenido bien informado..., bien informado de todas mis andanzas. Confiaba en que estuviera contenta con la excelente señora *Bowater*, y esperaba que algún día pudiera ir a visitarle a su rectoría del Devonshire. «Sé que la señora *Pellew*...». Pero lo que él supiera de la señora *Pellew* no se llegó a divulgar, porque la señora *Monnerie* le engulló.

—¡El Devonshire, mi querido señor *Pellew*! De ninguna manera. Callejuelas de balcones, campos achicharrados, vacas mironas. ¡Figúrese! Se secaría como una hoja. Lo que le hace falta es aire del mar, un aire suave pero vigorizante. Ya nos encargaremos. ¿Y quién es esa señora *Bowater*?

En aquel preciso momento, entre las caras extrañas que se alzaban sobre mí, distinguí la del señor Crimble, asomado modestamente desde la última fila. Tosió, y con una voz que yo no habría reconocido como suya informó a la señora Monnerie de que mi patrona era «una mujer muy res-, una mujer admirable». Hizo una pausa, volvió a toser, me barrió el alma con la mirada: «Señora Monnerie, yo le aseguro que a la vista de..., de todas las circunstancias, no se puede estar en mejores manos. La casa está en el alto, ya fuera del pueblo, pero a menos de un cuarto de hora de la casa de mi madre».

—¡Ajá! —comentó la señora Monnerie, con una inflexión que en realidad no tenía por qué poner calor en mis mejillas, ni una palidez más sombría en las del señor Crimble.

—Habría oído usted, quizá, la trágica historia de Wanderslore —insistió el señor Crimble—; el... alojamiento de la señorita M. está pegando con el parque.

—¡Ajá! —repitió la señora Monnerie, todavía con mayor énfasis—. Señora Bowater, ¿eh? Bueno, ya veré yo.

Y se abatió sobre mí.

—Me han dicho, señorita M., que tiene usted grandes dotes de recitadora. Miró en derredor, se palmeó imperiosamente en el regazo y exclamó:

—A ver, ¿quién rompe el hielo?

De *hecho*, sin duda, la señora Monnerie no ejerció un señorío tan arbitrario sobre la pequeña ceremonia de *lady* Pollacke como esta descripción puede sugerir. Pero ésa es la impresión que entonces me hizo. Ella el sol, y yo el menor —pero confío en que no el menos agradecido— de sus obsequiosos planetas. Sea como fuere, *lady* Pollacke se puso inmediatamente a romper el hielo. Convenció a una tal señorita Templemaine para que cantase. Y todos enmudecimos.

Me gustó el aspecto de la señorita Templemaine: cabello castaño, nariz recta, pestañas oscuras, un bonito flequillo bajo el sombrero de picos. Pero me incomodó un poco su canción, que, por lo que pude entender, era sobre dos personas con el corazón más o menos destrozado que tenían que separarse y se pasaban mucho tiempo diciendo «¡Ay!». Me incomodó sólo físicamente, sin embargo, porque, aunque me parecía como si sus notas me sacudieran como el viento a un pardillo, aquellos adioses tan prolongados me permitieron examinar a placer al resto de los presentes. Descubrí que ellos ocupaban su vista, mucho más educadamente, en contemplar con aplomo la alfombra o el techo. Y cuando sí interceptaba una mirada escapada en mi dirección, era casi como con una explosión diminuta como chocaba con la mía y salía despedida.

Los párpados de la señora Monnerie, en cambio, con débil aleteo, permanecieron cerrados desde el primer compás hasta el último, sistema de apreciación que yo ensayé durante unos instantes pero abandoné rápidamente; mientras que *sir* Walter, al primer fragor del teclado, se las había ingeniado con destreza para fugarse de la sala por la misma puerta por donde entrara inesperadamente cuando mi primera visita. Tal

era la situación social cuando, tras murmullos de gratitud y aplauso, la señorita Templemaine recogió sus guantes y se levantó del piano, y la señora Monnerie volvió a abrirse al mundo exterior con la exclamación: «Muy bien. ¡Adelante, querida!».

La orden iba por mí. Había llegado mi momento, pero me encontraba preparada. En el trance anterior me había desmoronado por elegir un poema que era para mí como algo secreto. Así que, después de recibir la carta de *lady* Pollacke, había estado buscando una pieza para recitar que fuera igual de corta, pero menos personal: cuyos sentimientos, quiero decir, me fueran indiferentes. Y, puesto que la señora Bullace había escogido dos de la señora Browning para su triunfo en la noche de Fin de Año, supuse que conocería los gustos de la parroquia y que lo mejor sería seguir su ejemplo. También, por supuesto, la compostura en lo que iba a hacer era más importante que la composición.

«Preparada», acabo de decir, pero sólo en el sentido en que uno se prepara para un baño frío. Quedaba todavía la zambullida. Junté las manos, me puse en pie. El techo y el suelo se balancearon un poquito. Parecía como si hubiera caras por todas partes, y todas con los ojos fijos en mí. De ese modo, cercada por los cuatro costados, no podía huir de ellos, porque desdichadamente la señora de los impertinentes me ocultaba por completo a mi Hipnos. Así que fijé mi atención en la ventana, que dejaba ver un rompimiento de cielo azul claro y despejado entre las nubes de agua de la tarde. Una tos nerviosa de *lady* Pollacke me dio el empujón, y anuncié mi título: «Lo Más Débil», de Elizabeth Barrett Browning:

*¿Qué es de todo lo más débil
Que puede ponderar mi corazón?
El sol, basta una nubecilla
Para hacer de su luz oscuridad.
La nube, puede un poco de viento
Moverla a su capricho;
¡Al viento una hojita,
Aun seca, resiste!*

*Cuando esa hoja amarilla estaba verde
Eran mis días más dichosos:
¡Ahora en su rama cada fulgor de estío
Me halla más triste!
¡Ay, que pueda ser una hoja
Abrir mis labios y arracarles suspiros...!
Será, entonces, mi mismo corazón
Lo más débil que puede ponderar.*

*Tú, empero, Corazón, cuando la nube
Y el sol juntos declinan y se ofuscan,
Y cuando un vendaval que no es de viento
Arrasa el bosque,
Tú de la maldición mortal y oscura
Escapas a la gloria:
Porque del Universo Lo Más Fuerte
Protege a lo más débil.*

Esta vez el aplauso, al que la señorita Templemaine se unió generosamente, estalló sin reservas, y apenas se había apagado el último «Conmovedor» de la hermana de *lady* Pollacke cuando la señora Monnerie añadió su aprobación.

—Encantador, absolutamente encantador —murmuró, mirándome como una tórtola—. Pero dígame, querida, ¿por qué esa poesía en concreto? Parece tener todavía menos sentido de lo que suelen.

—No-o; sí-í —boqueó *lady* Pollacke, y muchas cabezas asintieron en discreto acuerdo.

—¿No es cierto que..., eh..., quizá la señora Browning evoca un poco insistentemente el lado trágico de la vida? —se aventuró a preguntar el señor Crimble.

Lady Pollacke sacudió la cabeza, afirmativa o negativamente, y miró interrogante a la señora Monnerie, que se limitó a bajar los ojos un poco más hacia mí y sonreír, casi como si ella y yo nos trajéramos un pequeño complot.

—¿*Usted* qué dice, señorita M.?

—Bueno, señora Monnerie —repuse yo un poco nerviosa, porque todas las miradas estaban vueltas hacia mí—, no estoy segura de saber *exactamente* qué es lo que quiere decir el poema, los qués y los porqués, ni qué era el vendaval que no era de viento. Pero pensé que era un poema del que todo el mundo entendería lo que *haya* que entender.

A juzgar por su forma de estremecerse en el asiento, aunque de manera totalmente silenciosa, a la señora Monnerie le divirtió muchísimo ese juicio.

—¿Y por eso lo eligió?

—Pues sí —dije yo—; porque cuando se escucha poesía, quiero decir cuando no es uno el que la está leyendo para sí, no se tiene tiempo de indagar en el sentido de todos los detalles, sino únicamente de captar en general el..., el...

—¿El aroma? —sugirió la señora Monnerie.

—Sí..., el aroma.

—¿Y la moraleja?

El silencio que pendía sobre este pequeño intercambio se iba haciendo cada vez más denso. ¡Infortunada señorita M.! No consiguió sino hundirse más con su respuesta: «Ah, la moraleja no tiene mucho misterio, señora Monnerie. Es de lo más sabido. ¡Yo, por lo menos, ya la había leído en *prosa* cuando no tenía ni siete años!».

—Conmov-... —empezó a decir aquella voz más lejana, pero fue acallada por una enojada elevación de párpados de la señora Monnerie.

—¡Caramba! —dijo—. ¿Y no podría usted, no querría usted, darme la versión en *prosa*? De eso entiendo más.

—Estaba en un librito de lecturas que yo tenía, que se llamaba *El Ojo Observador*; que eran cartas sobre los caracoles, los corales, las arañas y cosas así... —hice una pausa—. Era más bien para leer los domingos. Pero mi..., mi familia y yo...

—¡Por favor! —exclamó *lady* Pollacke con una voz casi irreconocible—. Me *encantan* los caracoles.

Una vez más estaba acorralada. Así que volví a armarme de valor, y balbucí como pude el breve pasaje del rechoncho libro azul. Dice lo siguiente:

«La historia de cada uno de los animales que hasta aquí hemos considerado nos enseña que Dios provee a las necesidades y los placeres de hasta Sus menores criaturas. Vemos que no sólo les da la sagacidad y los instrumentos que necesitan para atrapar su alimento, sino que también les proporciona algunos medios para defenderse. Su historia nos enseña que el Ojo misericordioso extiende su mirada bajo las aguas poderosas del mismo modo que sobre la tierra, y que ninguna criatura puede dejar de hacer Su voluntad sin que Su ojo lo vea».

CAPÍTULO XXV

Nuevamente me senté, pero esta vez en medio de un silencio que me pareció bastante desagradable, como si la habitación se hubiera enfriado. Un silencio que sólo rompieron los silbidos distantes de un tordo. En el mismo instante el señor Pellew y el señor Crimble volvieron a sus respectivas tazas, que a esas alturas ya tenían que estar vacías, y la hermana viuda de *lady* Pollacke cerró sus impertinentes.

—Mi querida señorita M. —dijo secamente la señora Monnerie, con un rayo de jocosidad casi perversa en sus ojos hundidos—, dondequiera que esté el alto del bosque de Beechwood, y sean cuales sean los alimentos que se puedan atrapar en su cima, no cabe duda de que *usted* ha sido provista de medios para defenderse. Pero ahora dígame, ¿cuáles le parece a usted que serían los pequeños «instrumentos», pongamos, del señor *Pellew*? ¿O, mejor aún, los míos? ¿Yo soy un molusco de concha dura, o un escorpión con aguijón?

Lady Pollacke se puso en pie y se me quedó mirando como una gallina, no exactamente una gallina maternal. Pero era aquélla una pregunta seria ante la cual no debía ponerme nerviosa, así que me la tomé con calma. Crucé las manos y clavé en la señora Monnerie una mirada larga, larga. Aun al cabo de todos estos años, confieso que me conmueve recordarlo.

—Por supuesto, real y verdaderamente —dije al cabo, con la mayor deferencia posible—, hace tan poco tiempo que la conozco que no sabría decir. Pero yo creo, señora Monnerie, que usted siempre ha sabido la verdad.

Me alegré de no haber sido demasiado impetuosa. Mi respuesta evidentemente le agradó, porque rió muy a gusto.

—Ah —dijo reposadamente—, la verdad. Y será por eso, me figuro, por lo que, como a la Bella Durmiente, me tienen tan presa los espinos y las zarzas de los afectos. Bueno, bueno, hay una pequeña verdad que compartiremos las dos solas, usted y yo. —Y, enderezándose, inclinó su dilatado rostro para murmurarme al oído—: Hemos de conocernos mejor, querida. Me es usted muy simpática. Tenemos que volver a vernos.

Se alzó en pie. *Sir* Walter Pollacke había vuelto presuroso, y esperaba frente a ella sonriente, ofreciéndole el brazo con expresión jovial y beatífica. El señor Crimble ya se había esfumado. El señor Pellew estaba hablando seriamente con *lady* Pollacke. Por todas partes estalló la conversación como un chaparrón de tormenta. Durante unos momentos me vi extraordinariamente sola.

En ese abandono se atravesó una dama de claras mejillas que venía sin aliento, y, poniéndome subrepticamente en el regazo un álbum de cumpleaños entelado en rojo y un lápiz en miniatura, me suplicó un autógrafo: «Una firma nada más..., es para mi hijita. ¡Le habría gustado *tanto* estar aquí!».

Aquella dama no podía ser mucho mayor que yo, y, al levantar los ojos para

mirarla por primera y única vez, me entró uno de esos afectos instantáneos y fugaces, y me pareció ver en su rostro la sonrisa de su hijita.

Ay, así es la vanidad. Pasé las hojas hasta el 30 de agosto, y allí encontré impreso, a modo de lema, un pasaje de Shakespeare:

*El que tiene su poco de ingenio
—Hey, ho, con el viento y la lluvia—
Contentarse ha con su fortuna,
Pues llover llueve todos los días.*

El del día 29, de Samuel Taylor Coleridge, era poco menos deprimente:

*Reza mejor el que más amor tiene
A todos los seres, grandes y pequeños.*

Eso no me servía. Me doblé en dos sobre el libro, pasé rápidamente tres o cuatro hojas hacia atrás, y garrapateé mi nombre bajo el 25 de agosto, en una hoja que llevaba esta cita:

*¡Cuánta miseria! ¡Es huerto sin cultivo
Y agostado! ¡Lo fétido y grosero
Impera en él! ¡Quién tal creyera nunca!*^[28]

Y, debajo de la cita, la firma de Josephine Mildred Spratte.

«Gracias, muchas gracias, le encantará», dijo la señora rubia ruborizándose. Sentí un hambre repentina de soledad. Me levanté precipitadamente, consciente por primera vez de un dolor de cabeza ocasionado, sin duda, por los costosos y densos perfumes que llenaban el aire. Fui abriéndome camino entre las colas y los frunces y las perneras que me rodeaban, y por fin acabaron las despedidas. Estaba en el pórtico; en el coche. Las brisas del cielo me acariciaban la cara. Tenía otra vez instalada a mi lado a mi bendita doncella. Pero aun entonces se agolpaban en mi mente las caras de casa Pollacke. El mundo exterior iba entrando muy lentamente. De tanto alzar la cabeza tenía el cuello rígido. Fijé los ojos en los botones heráldicos de la espalda del tieso cochero de *lady* Pollacke, y me entregué a mis pensamientos.

Aquella noche la señora Bowater sirvió la cena a una señorita M. que lucía sobre la frente uno de sus pañuelos humedecido en vinagre y agua de colonia. No por eso dejamos de tener una de nuestras charlas entrecortadas. Pero ella insistía en darme descripciones desilhavanadas de los padecimientos infantiles de Fanny, y yo sola tuve que introducir a rastras el tema de Brunswick House, ante el cual atizó el fuego y se quedó muda. No fue un gesto amable. Yo anhelaba compartir mis pequeñas dificultades y triunfos. Sin duda se excedía un poco en aquella diferenciación que *lady* Pollacke había recomendado.

Respondió con mugidos sarcásticos a mi mención del señor Pellew, de mi amigable doncella y hasta de la señora Monnerie. Incluso cuando repetí para sus

solos oídos mi pasaje infantil de *El Ojo Observador*, su único comentario fue que, a juzgar por *algunos* que ella conocía, no cabía ninguna duda de que Dios atendía solícitamente a los placeres de Sus más mínimas creaturas, pero en cuanto a que ellas hicieran Su voluntad, eso no lo había visto mucho.

A mi suspiro de pesar porque Fanny no hubiera estado en casa para acompañarme replicó con una arremetida más al fuego, y el apotegma de que el mundo andaría mucho mejor si la gente se estuviera en su casa.

—Pero, señora Bowater —argumenté yo irritada—, si yo hiciera eso, me... desaparecería del todo, por así decirlo. Además, Fanny habría sido con mucho, con mucho, la persona más... sobresaliente de la reunión. La señora Monnerie se habría encaprichado con *ella*, si usted lo prefiere.

Mi patrona frunció los labios y se frotó la nariz.

—Dios no lo permita —dijo.

Pero lo que más me fastidió fue su indiferencia a la impresión que yo misma había causado en la señora Monnerie.

—Bueno, ¿y *quién* es lord B.? —pregunté al fin con impaciencia, apartándome de los ojos la venda, que había resbalado.

—Por lo que yo sé de lord B. —dijo sucintamente la señora Bowater—, era un señor del que cuanto menos se sepa, mejor.

—Muy bien —protesté—, pero de eso no tiene la culpa la señora Monnerie, como el que Fanny sea tan guapa..., quiero decir, como el que yo sea liliputiense no es culpa de mi padre. Bueno, el caso —seguí a la carrera— es que la señora Monnerie dice que estoy pálida, y que tengo que ir al mar.

La señora Bowater seguía arrodillada junto al fuego, lo mismo que solía arrodillarse Fanny. Y, como Fanny, cuando más se esperaba de ella una respuesta, se quedaba callada; aunque, a diferencia de Fanny, no parecía ser porque estuviera soñando en otra cosa. ¿Cómo lo diría yo?, cayó como una soledad entre nosotras. El severo rostro no hizo ningún gesto.

—¿Usted... me echaría de menos? —trinó patéticamente no sé qué tonta desde mi interior.

—Bueno, si de eso se trata —fue su sardónica contestación—, no hay mucho que echar de menos en usted.

Me levanté de la cama, tiré la venda y bajé corriendo la escalerita.

—¡Señora Bowater, sea buena conmigo, sea buena conmigo! —dije, sepultando la cara entre sus alcanforadas faldas—. No tengo a nadie más que a usted.

Aquel ser magnánimo acarició mi pelo pringado de vinagre con las puntas de sus dedos córneos.

—Ande, ande, señorita, que no era con mala intención. ¿No tiene usted boquiabierto a toda la sociedad y la nobleza? Dentro de nada ya no le hará falta esta vieja. Pero lo que no debe usted hacer es dejarse llevar por la vanidad. Ese viaje nunca se sabe dónde termina. Que al mar, pues al mar. Aunque bien lo sabe Dios que

no es una palabra a la que yo le tenga afición.

—¡Pero imagínese, imagínese, señora Bowater —exclamé, sonriéndole arrobada—, imagínese que pudiéramos ir juntas!

—Eso —dijo ella, con una mirada de asombrosa benignidad— era justamente lo que me estaba representando como el colmo de lo imposible.

Ante lo cual, claro está, nos pusimos inmediatamente a discutir medios y maneras. Pero, a pesar de que la perspectiva parecía deliciosa, yo decidí que nada me movería a ir a menos que todas las esperanzas de que Fanny volviera a casa resultaran vanas. Naturalmente, de Fanny la memoria voló a Wanderslore. Me volví riendo hacia mi patrona, sujetándole el dedo, y le insinué modosamente que por la mañana fuéramos a ver si mi desconocido cumplía su palabra.

—Le hemos hecho esperar mucho, y si, como parece usted creer, la señora Monnerie no es una señora tan maravillosa, a lo mejor *él* si que le parece un caballero.

Le hizo gracia mi pequeña broma, le agradó ver que me había convencido, pero se negó a aceptar mi razonamiento, aunque el tema en sí era de su gusto.

—La cuestión, señorita, no está en que su última conquista sea una señora maravillosa, ni una gran señora, ni siquiera una perfecta señora si vamos a eso, sino, en fin, una *señora*. Porque eso, según mi experiencia, es lo más parecido a algo tan raro como es una buena mujer, de la clase que sea.

Era aquélla una panorámica totalmente inesperada para mí, y no sin cierto respeto me quedé mirando su llana, verde y aristocrática hierba.

—En cuanto a ese muchacho tan desenvuelto —continuó mi patrona plácidamente, de modo que tuve que echar una carrerita para volver a alcanzarla—, lo que yo digo es que habrá que ver para creer.

—Pero ¿cuál es exactamente la historia de Wanderslore? —la apremié sin demasiada sinceridad.

La historia —y esta vez la señora Bowater la soltó sin circunloquios— era exactamente la que a mí ya me habían contado, pero con el añadido de que la muchacha que se ahorcó en una de las buhardillas lo había hecho por un asunto de celos.

—¡Celos! Pero ¿de quién? —pregunté.

—De su marido, no suyos: él la desquició con sus celos.

—¿De veras quiere usted decir —insistí— que no soportaba seguir viviendo porque su marido la quería tanto que no podía aguantar que nadie más la quisiera?

—Más o menos —respondió la señora Bowater—, aunque no digo que él no colaborase en el otro sentido. Pero ella era una mujer imprudente, desatada. Su naturaleza era así. Cuanto menos caso les hacía, más le iban detrás. No era capaz de *pararse* y decir, pongamos: «Aquí estoy; ¿qué pasa?». Ay, señorita, es malsano y peligroso que la admiren a una demasiado.

—Pero ha dicho usted «desatada»: ¿estaba un poco loca?

—No. Era un poco rara, quizá; tenía una mirada de través, asustada. La mujer más guapa que yo he visto.

—¡La vio usted!

—Hará treinta años, quizá. Viva y muerta.

—Ay, señora Bowater, pobrecita, pobrecita.

—Y que lo diga, porque guapa ya no era cuando la encontraron.

Yo tenía los ojos fijos en el fuego, pero la imagen evocada era oscura incluso entre las brasas incandescentes.

—¿Y él? ¿Se murió también? Por lo menos dejaría de estar celoso.

—No estoy yo tan segura —dijo la señora Bowater—. Es muy propio de los hombres seguir pujando, aunque ya no quede sino arañar una tumba. Y hay un tipo ruin que, aunque por fuera sea muy comedido, con una chispa se prende en llamas. Yo tengo para mí que era de éstos.

Yo pensé en mis propias chispas, pero seguí preguntando:

—Entonces, ¿ahora ya no queda ahí nada más que... el fantasma de ella?

—¡*Fantasmas*, señorita! En la cama es donde usted y yo debemos estar a ciertas horas. Ya les temeré yo a esos personajes cuando sean verdad.

—Entonces, ¿usted no cree en los Destruidores, señora Bowater?

—¡Si no leyera usted esos libros tan raros! —Fue la evasiva respuesta—. ¡«Destruidores»! ¡Como si no fuera bastante crueldad llevar a esa pobre cabeza hueca a echarse una soga al cuello!

La vela y yo y las cenizas adormecidas nos hicimos compañía hasta después de que la campana de San Pedro dijera sólo a los insomnes que era medianoche sobre el mundo. Parecíale a mi mente joven que no pasaba por mí un día, apenas una hora, sin que la Vida me mostrase disfraces siempre nuevos y arrebatadores. No había empezado a sentir ante ella nada de cansancio ni de miedo. Yo sería la más pequeña de las burbujas, zarandeada sobre las grandes aguas, pero reflejaba el universo. ¿Qué falta hacía el valor si no se vislumbraba ningún peligro? No había por qué dolerse de ser diferente si la diferencia servía para acrecentar tu participación en el prodigioso Banquete. Hasta la historia de Wanderslore era únicamente de lo que pasaba cuando el enredo tenía nudos tan prietos que no había dedos humanos capaces de desenmarañarlo. Y aunque ahora mi existencia particular tenía que habérselas con la señora Monnerie —y todo lo que *ella* pudiera hacer, pretender y ser—, así como con mi desconocido, que era otra historia más y hasta entonces solamente mía, esas complicaciones eran estimulantes. Había que tenerlas bajo control; nada más. A propósito de lo cual pensé con cierta intranquilidad en el «alfiler» de Fanny, y recordé que aquel alfiler estaba colaborando a que entre ella y el señor Crimble no hubiera un desgarró.

Él parecía, en Brunswick House, un invitado furtivo. La señora Monnerie ni le había mirado cuando él comentó los poemas de la señora Browning. Parecía como si cayera una sombra sobre todo lo que hacía. Era como si uno pudiera llevar la tristeza

metida en la sangre. Cuánto me alegraba de no haber dado una respuesta realmente lisonjera a la pregunta de la señora Monnerie. Era sumamente arrogante, aun para ser la hija menor de un lord. Por otra parte, aunque con ello tuviera algo que ver, claro, la mera novedad de mi presencia, ciertamente me había singularizado después para saber lo que yo *pensaba*, y en pensamientos no hay particular tamaño, sólo efusividad; no, *agudeza*. Me sonreí ante esa palabra, compadecí a mi madrina por llevar una vida tan retirada, y me pregunté el cómo y el porqué de que mi padre y mi madre me hubieran resguardado del mundo tan obstinadamente. ¡Si Fanny viniera a casa..., qué distinta encontraría a su congojosa mosquita! Y con eso descubrí que tenía los pies fríos y que mi dolor de cabeza se había evaporado.

CAPÍTULO XXVI

Había sido innecesario reservar las horas de la noche para aquellas lucubraciones. Los días siguientes fueron lluviosos y ventosos; cada mirada a los cristales barridos por el agua me sumía en una especie de pasmo. El viento metía el humo en la habitación; me era imposible fijar la mente en nada. Luego el tiempo aclaró. Hubo «un cielo rojo de noche», con la Espiga lanzándome secretos en la oscuridad; y ese día, a la hora de cenar, mencioné, como de pasada, a don Anónimo.

—Supongo que *hay* que cumplir la palabra dada, señora Bowater, aunque sea a un desconocido. ¿Qué le parece a usted las seis y media para cumplir la mía? ¿Sería demasiado pronto, parecería demasiado... atrevido? Claro que a estas alturas ya puede haberse olvidado de mí.

La señora Bowater me miró como un búho mientras yo inclinaba la cara sobre mi tazón de pan con leche, y procedió a echarme otro de sus pequeños sermones sobre el mundo y sus costumbres. De todos modos, la mañana siguiente, fresca y rutilante, nos vio partir juntas hacia mi cita, con el entendimiento tácito de que ella me acompañaba por servir al decoro más que al romance.

Debido, me figuro, a un juanete, andaba tan despacio que era yo quien tenía que acomodar mi paso al suyo. Pero el día se anunciaba cálido y no teníamos prisa. Según progresábamos entre las primeras flores y la hierba de color verde encendido, bajo las hayas, su semblante se fue suavizando. Sus largas facciones mostraban una sonrisa vacía pero feliz, de la que no parecía ser consciente. Eso me puso a pensar a la manera de antaño, comparando mi suerte con la de los seres humanos corrientes. Qué afortunada era. Si la señora Bowater hubiera podido ver las plantas más humildes como yo las veía: casi sin tener que bajar los ojos a ninguna, igual en estatura a las más altas, de modo que el aire que me rodeaba estaba teñido e iluminado con sus claros colores, y cargado de su hálito.

Las más pequeñas y modestas —no ya el tieso liquen, la saxífraga de semillas moteadas y el hisopo de los muros— están tan cerca de la tierra que lo raro es que las personas de talla corriente alcancen a verlas. En cualquier caso, pensaba yo, tendrán que tumbarse boca abajo o hincarse de rodillas para verlas *como es debido*. Así seguimos adelante, la señora Bowater y yo, ella entretenida en sus meditaciones y yo en las mías.

Me sonreí al acordarme del doctor Phelps y sus rubores. En realidad, si la humanidad «se achicara hasta una delicada pequeñez», el cambio sería mucho mayor de lo que él se imaginaba. Menuda destrucción se seguiría, entre todos los habitantes menores de la tierra, las ardillas, topes, ratones de campo, erizos, y los pájaros, por no hablar de las abejas y avispones. *Ellos* serían entonces los enemigos: ¡las trampas y venenos y las redes! No habría ya trigales ondulantes de una yarda de alto, ni hermosos setos de nueve pies echando al aire sus capullos. Y todas las flores de jardín

de largas patas, «dobles», reventonas, caerían totalmente en desgracia. Sería un mundo pequeño: ¿sería más feliz? Las señoras Bowater, los doctores Phelps, las señoritas Bullace, las *ladies* Pollacke, todos enanitos.

Pero tal eventualidad no parecía probable, por lo menos en vida mía. Mucho más verosímil era que las señoritas M. del mundo siguieran siendo algo marginal. Sin embargo, mirando a mi acompañante y evocando mentalmente a otros «Gigantes de la Laponia» que conocía, no miento si digo que no envidiaba mucho las pulgadas que me sacaban. Tanta más superficie de piel fina que había que tener caliente y protegida. Y los pesados huesos, la curiosa distancia de los pies y la punta de los dedos al cerebro; y tal cantidad de sangre. Me estremecí. Era poco menos que milagroso que no sufrieran continuas lesiones; y ¡qué cuerpo tan dilatado para morirse!

Por otra parte, ¿qué era realmente lo que yo me perdía..., teniendo tantas ventajas? Aquellas grandes hayas de ancho porte no eran menos umbrosas y acogedoras para mí que para ellos. Ni podían, pensaba yo, la luna ni el sol, la estrella ni el océano ni la montaña, ser menos plateada, caluroso, brillante y remota, bello en su soledad o vasto en su extrañeza, de una manera o de otra, que para la gente corriente. Y también, ¿se podía dudar de que los hombres siempre habían ansiado hacer cosas mucho más finas y delicadas de lo que permitía su torpeza?

Qué seres tan fantásticos eran, con sus vastas mansiones, pirámides, palacios, decenas de veces desmesurados para el cuerpo o el espíritu. Su Satanás, un monstruo en cuya muñeca podía posarse el buitre de los Andes como un pulgón sobre mi dedo gordo; pero su Muerte sólo del tamaño de un esqueleto, y su Salvador de estatura tal que habría podido apoyar Sus dedos sobre mi cabeza casi sin agacharse.

Las arenas del tiempo corrían deprisa mientras yo pensaba estas minucias en aquel luminoso amanecer de primavera. Así que, aunque habíamos ido paseando, me pareció como si hubiéramos llegado a nuestro destino en alas de la mañana. Desdichadamente, la sonrisa de la señora Bowater debía de ser sólo epidérmica; pues cuando yo, levantando la vista del suelo, me detuve en seco, tendí las manos y exclamé triunfal: «¡Mire, señora Bowater!», ella apenas participó de mi entusiasmo.

No le gustó el vasto y vacío edificio, «como un barracón», con sus negras ventanas y sus chimeneas frías. El abandono y la ruina del jardín le desagradaron tanto que yo me avergoncé un poco de mi barbarie.

—Todo está cayéndose a pedazos —exclamó, mugiendo ante mi cenador de piedra con la misma vehemencia con que había mugido a la mención de la señora Monnerie—. Ni un camino transitable, ni un resto de bordura; ¡y habrase visto mayor invasión de hierbajos! En sus tiempos fue una casa hermosa, señorita, pero ahora, dinero que se derrite como la mantequilla al sol.

—Pero —dije yo frente a ella, bajo la hermosa luz y entre las gotas de rocío retrasadas— hay que reconocer, señora Bowater, que lo único que está haciendo es volver a su ser. Lo que usted llama invasión es lo que deben ser estas cosas. Ahora

crecen ellas solas; y si usted pudiera mirarlas desde tan cerca como yo, vería que ocupan sólo lo que les corresponde. Están dándose prisa a vivir lo más desenfrenadamente que puedan. La sumisión —protesté, echándome atrás la capucha— sería lo que *a mí* me extrañaría.

La señora Bowater me miraba, escuchando aquel aflautado recitativo con curiosidad desacostumbrada.

—Bueno, será lo que sea —replicó—; pero lo que yo pregunto es, ¿dónde está ese muchacho? No parece que sea tan puntual como eran en mi juventud.

Mis propios ojos llevaban ya un tiempo buscándole, pero todavía en vano.

—Yo no he venido especialmente por verle —fue mi despreocupada respuesta—. Además, no dijimos fecha: *cualquier* día que hiciera bueno. ¿Nos sentamos?

Con sonrisa sigilosa, la señora Bowater extendió un cuadrado de lienzo impermeable sobre una piedra plana que había caído de la albardilla de la casa, desplegó un periódico sobre la hierba, y dimos principio a nuestro desayuno. Ninguna de las dos mostró mucho apetito; ella, me figuro, porque ya habría sacado fuerzas de su tetera marrón antes de salir de casa, y yo por el olor de la goma arábica y del periódico, olor que en seguida se intensificó a causa de la humedad y del sol. Ella, sin prestar atención a mis comisuelos remilgosos, masticaba meditabunda, y yo me fui poniendo cada vez más nerviosa, primero porque «el muchacho» iba bajando casi visiblemente en la estimación de mi buena amiga, y segundo porque ésta tenía un pie, calzado en bota de tela, a pocas pulgadas de la piedra bajo la cual estaba escondida la carta de Fanny.

—Le sentará bien el mar —observó al cabo, después de pasear a su alrededor otra mirada abarcadora—, y es de esperar que la señora Monnerie no falte a su palabra. Un sitio como éste, se sea intruso o no, no es bueno ni para personas ni para animales. Y cuando se es joven, cuanta más compañía humana se tenga, con la debida supervisión, mejor.

—¿*Usted* fue feliz de pequeña, señora Bowater? —pregunté tras un silencio.

Nuestras voces subían y subían por el aire quieto y suave.

—Bastante feliz..., para mi bien —dijo ella, guardando cuidadosamente las galletas sobrantes en su bolsa de papel—. En mis tiempos se educaba a los niños. Se les enseñaba a ser útiles. Antes habría yo levantado la mano contra mi madre que contestarla.

—¿Quiere usted decir que su madre... la pegaba?

—Llegado el caso —repuso con complacencia mi patrona, cruzando sobre el regazo sus manos envueltas en guantes de hilo y contemplando las punteras relucientes de sus botas—. Tenía las manos grandes, mi madre, y mucho genio bien sujeto. Y aparte de eso, si la vida no es un continuo castigo por las estupideces y las maldades de los demás, no digamos las nuestras, será que es todavía más negra de lo que a mí me contaron.

—Y, señora Bowater, ¿el señor Bowater fue su... su primer...?

Miré fijamente a una flor que tenía junto al pie, por si acaso una pregunta tan íntima la afectaba y no quería que le viese la cara.

—Si el señor Bowater no fue el primero —fue su tranquila respuesta—, bien puede vivir para presumir de ser el último. Lo cual no quiere decir nada, porque seguro que está muy bien cuidado. Un hueso roto se arregla pronto. Lo malo es cuando las cosas se descoyuntan de raíz.

El tronco abatido por la tormenta yacía junto a nosotras, como a modo de ilustración de su parábola. Empecé a pensar algo más en serio de lo que pretendía en aquella mañana. En mi estado de conciencia de entonces, nunca era fácil saber si los comentarios de la señora Bowater sobre la vida se referían abiertamente a las cosas en general o encubiertamente a mí en particular. Gracias a que el perfume del papel de cartas de Fanny no era lo bastante potente para escapar de su tumba. Y, en cualquier caso, hablar parecía menos peligroso que guardar silencio.

—A mí me parece, señora Bowater —empecé con ciertas prisas—, al menos a juzgar por el caso de mi padre y mi madre, que un hombre *depende* mucho de una mujer. Es como si los hombres no madurasen de la misma manera, aunque supongo que en cuanto hombres no les falta sentido práctico.

—Si no hubiera más que una mujer —fue la respuesta— habría menos de que quejarse. Si esa pobre criaturita de ahí se quitó la vida no fue por otra razón, aunque fuera por la razón vuelta del revés, pudiéramos decir.

Yo encaré la mirada terrible y ceñuda de la casa.

—¿Cómo se llamaba? —susurré; pero a nadie, porque, tesa cual estaba, la señora Bowater había cerrado los ojos, como en preparación de un sueñecito.

Una maraña filiforme de cantos cruzaba el aire. Éramos, en efecto, intrusas. Yo eché la vista acá y allá, atisbando en las sombras susurrantes, de color verde pálido, del silvestre recinto. Luego, percatándome por no sé qué débil señal mental de que la figura erecta, quieta y ajena que había a mi lado sólo fingía dormir, abrí las tapas, abarquilladas por la lluvia, de mi *Sentido y sensibilidad*, y me puse a tramar cómo librarme de ella un rato, de modo que mi soledad pudiera atraer al desconocido, y yo recuperar la carta de Fanny.

Entonces lo noté una vez más. Al alzar la vista le vi derechamente enfrente, fruncido el ceño, al pie de su espino raquíutico y en medio de una masa de flores que parecían apio de perro. Estaba haciendo gestos, también, con las manos. Le miré pensativa, con secreto regocijo. Luego, más rápido que Dafne en su laurel, *él* se desvaneció instantáneamente, y yo me di cuenta de que unos ojos negros estaban mirando desde el largo rostro de la figura inmóvil que tenía junto a mí, como podrían mirar los de un búho asomado a una pajarera.

—¿Ha oído usted un pájaro, señora Bowater? —pregunté inocentemente.

—Cuando yo era niña —dijo la boca— era corriente ver gavilanes, pero nunca los

oí cantar.

—Pero ¿un gavián no es un ave muy grande?

—No hay que juzgar por el tamaño —dijo la señora Bowater—, sino por la clase. Si no fuera así, señorita, a su buena amiga la podrían haber encontrado dormitando en su puesto, como se suele decir.

Fingió bostezar, recogió las piernas y se alzó alta, alta.

—Voy a darme un paseíto. Y usted dígame a su joven conocido que no pretendo hacerle daño, sino lo contrario a usted; y si no le da la gana de aparecer, me quedo aquí sentada hasta el Día del Juicio.

Una réplica airada me enroscó la punta de la lengua. Pero las flores bobaliconas rendían pleitesía lentamente a las arrastradas faldas negras de la señora Bowater, y cuando ya casi se hubo perdido de vista salí al encuentro de mi desconocido.

Tenía la cara negra de rabia y desdén.

—¿Quién es *ese* espantapájaros contaminante? —fue su saludo—. ¡No llevo días esperando!

El resentimiento que me había hervido dentro por su causa se desbordó entonces contra él. Le miré en silencio.

—Ese espantapájaros contaminante, como se digna usted llamarla, es el mejor amigo que tengo en el mundo. No necesito más.

—Y yo —dijo él ásperamente— no tengo amigo ninguno en *este* mundo, y la necesito a usted.

—Si es así —dije yo—, ha perdido la ocasión. ¿Me toma por una niña, que se deje insultar y mangonear únicamente porque está sola? Posiblemente —y me temblaban tanto los labios que apenas pude articular las palabras— sea *su* cara lo que vea cada vez que piense en esas ventanas.

No sabía yo con cuánta sabiduría hablaba. Él se volvió bruscamente, y por un juego de luz pareció como si en una de ellas estuviera mirándonos desde lejos una figura que llevaba así mirando desde siempre, oscuramente maliciosa desde el vacío. Y en mí despertó la sensación de la soledad extrema de este desconocido, de su infeliz disfraz, de su paciencia de animal.

—¡Vamos, la señora Bowater! —dije—. Más bien tendría usted que estar *dándole las gracias* por..., por...

—Que la zurzan —dijo él atragantándose, y se apartó—. Tenía muchísimas cosas que decirle.

—¿Qué cosas?

—Llámela, que vuelva —murmuró furioso.

—Eso está hecho —dije yo suavemente—. Pero, perdóneme, no sé su nombre.

Sus ojos vagaron por la hierba que yo pisaba, subieron lentamente, de mi pie a mi cabeza, y miraron a los míos. Bajo su mirada intensa me pareció no ser más que una burbuja que flotase en el aire. Me estremecí y le volví la espalda, sin esperar respuesta. El me siguió como un corderito.

La señora Bowater ya había vuelto donde nuestra mesa de desayuno, y, con la mirada impassiblemente fija en el horizonte, simuló no ver que nos acercábamos.

Cuando llegamos me volví sonriente a mi acompañante.

—Señora Bowater —dije—, éste es don Anónimo. ¿Quiere usted hacer el favor de presentárselo a doña Thomasina de Bedlam?^[29]

Por un momento quedaron cara a cara, como yo he visto enfrentarse a un par de insectos: inmóviles, atentos, intercambiando presencias. Luego, tras atravesarle con ojos relampagueantes, ella mordió mi cebo como un pez.

—Hermosa mañana, señor —comentó afablemente, aunque con su voz de Biblia—. La señorita y yo estábamos tomando el aire de la primavera.

Vuelve a la memoria la oscuridad de un teatro, y la señora Monnerie respirando y suspirando a mi lado, y allí, recostado en la verde iluminación del escenario, Bottom el Tejedor, con su cabeza de burro, bromeando con las Hadas.

Mi Oberón se dirigió a la señora Bowater con la misma urbanidad con que debía dirigirse San Jorge al Dragón, o a cualquier otro de los monstruos de costumbre.

Debió de pasar la prueba, de todos modos, porque ella se levantó, dio unas palmadas en el lienzo, se inclinó el sombrero sobre las redondas sienes y le deseó un buen día con gran compostura. Luego anunció que de allí a una hora me estaría esperando al pie del haya.

—Mejor en un *par* de horas, señora Bowater —dije yo con firmeza.

Ella me echó una mirada: todas nuestras largas y lentas charlas vespertinas a la luz de la chimenea parecieron flotar en su sonrisa; y se retiró.

El aire volvió a sosegar. La extensión azul del cielo era blanda y solitaria, como si hubiera un serafín soñando en sus confines al Oriente. Don Anónimo y yo nos sentamos a tres o cuatro pies de distancia, y yo contemplé la cara que me presentaba de lado, tan delicadamente recortada sobre el verde, pero abismada en una expresión tan sombría.

De pie sobre el fondo de los frunces negrísimos de la señora Bowater, con aquellos hombros un poco gibosos y aquel pelo liso, había resultado una figura excéntrica, y, aun para mi vista, raquíica. Ahora era como si todo el escenario que nos rodeaba fuera tomando otras proporciones a mis ojos. Era él la unidad espacial, el patrón de medida del universo. Las flores, tendidas sus raíces de telarañas brillantes, cabeceaban serenamente sobre sus largas manos. Una vanesa de plegados colores chupaba sol sobre una rama casi al ras de su mejilla. Hasta los pájaros cantaban a su tamaño, y cada claro de la arboleda esperaba al cuco. Sólo su vestimenta era grotesca, pero menos que los faldones del señor Crimble en mi saloncito, e incluyó que el sombrero traicionero de *lady* Pollacke.

Hice una pelota con mis guantes de seda blanca. Un chochín empezó a gorjear en un arbusto cercano.

—Me voy a ir pronto —dije—, al mar.

El chochín echó a volar y se perdió entre los espinos. Por la súbita quietud de don

Anónimo supe que la noticia no le había caído bien. «Será muy agradable para mí, ¿verdad?», dije.

—¿El mar? —respondió fríamente, vuelta la cabeza hacia otro lado—. Y yo tengo que ir más lejos todavía.

La respuesta me desazonó. En aquel momento quería datos escuetos.

—¿Por qué está usted tan enfadado? ¿Cómo se llama? ¿Y dónde vive? —era mi turno de hacer preguntas, y las fui soltando como de un libro de frases.

Entonces, con aquella voz extraña, cascada pero aun así cautivadora, inició un largo monólogo en voz baja. Me dijo su nombre; y «don Anónimo» no le cuadra peor. Señaló vagamente en dirección a la casa donde vivía. Pero, en lugar de disculparse por sus malos modos, me acusó de engañarle y humillarle; de ser, eso deduje, un juguete de mi patrona, de traicionarme y ensuciarme.

No sabría decir por qué todos aquellos disparates no hicieron sino halagarme. Le escuchaba y me reía, aplanando con las dos manos las tristes tapas de mi libro, y en mi corazón me reía también por lo bajo.

—¡Ah, desprecio! —exclamó—. Estoy acostumbrado.

Con palabras que se le espesaban en la boca, expresó su aborrecimiento de la pobre señora Bowater y los de su especie —mera Humanidad—, que comían y bebían en casas mohosas plantadas sobre la dichosa tierra como verrugas sobre la piel, que se cebaban de carne, deambulaban por sus calles enlodadas y sus pueblos ruines y sofocantes, llenaban el aire con sus olores fétidos, aumentaban y se multiplicaban. ¡Monstruosos de forma, automáticos, cegados por el hábito, abandonados por el instinto, simiescos, degradados!

¡Qué injusta diatriba! Me la espetó como si yo tuviera la culpa; como si yo hubiera mordido la Manzana. Yo apartaba la cara, sonriendo pero atenta. Me daba yo cuenta, me preguntó, de la fortuna divina de ser tan pequeña, y en eso ser Todo. Desbarraba sin parar: yo respiraba un aire «que una gota de rocío congelaría»; era tan semejante a una nada hermosa hecha visible como el pasar de una flor; mera materia de un sueño. Y cuando muriese, mi cuerpo no sería más que un copo de maná, y mis huesos...

—Sí, sobras para un chochín —le interrumpí rudamente—. Y de mi alma, ¿qué? Vamos, habla usted como..., como un poeta. Además, no me está diciendo nada nuevo. Todo eso y más lo estaba yo pensando al venir hacia aquí con mi patrona. ¿Qué tiene que ver el *tamaño* con eso? Cuando yo pensaba en mi madre después de su muerte, y en mi imaginación me asomaba a su tumba, veía su espíritu: joven, más joven que yo, y sin cuerpo, infinitamente más hermoso incluso de lo que había sido en mis sueños; y salía flotando, libre, dulce, y dichoso, como una llama, aunque impalpable. Además, no entiendo cómo se puede dejar de *compadecer* a los hombres y las mujeres. Parecen abalanzarse unos a otros buscando compañía; y la mitad de su consuelo está en su número.

Jamás en toda mi vida había puesto en palabras mis ideas como entonces; y ante

él..., un desconocido.

Se hizo un silencio entre nosotros. La quietud natural del jardín se iba posando blandamente, como granos de arena infinitesimales en un estanque. Se le había olvidado que en su soledad había seres humanos. Y él siguió manteniendo que sus palabras no eran falsas, que él conocía a la humanidad mejor que yo, que caer en sus costumbres y seguir sus opiniones y sus afanes era ensordecir mis oídos, sellar mis ojos y perder mi ser. «El Ser que está en todas partes», dijo.

Y me habló de un país, ya no sé si en el tiempo o en el espacio, cuyos habitantes eran de mi estatura y esbeltez. Era un país, me dijo, cerrado entre enormes montañas nevadas que ocultaban el horno del sol naciente, y sin embargo puesto al borde del océano. Sus dunas resonaban al calor como dulcemeles. Sus valles de ríos veloces eran de un verdor tan pálido y vivido y tan florido que en comparación la primavera inglesa —incluso la de Kent— era tosca y montaraz. Allí daban sus frutos la viña y el naranjo, y árboles de extraños nombres; allí también los sauces barrían los vientos, y las palmeras abrían sus abanicos en el azul, y el cactus florecía con el tamarisco. Gansos de color verde oscuro y nieve poblaban sus aguas interiores, y un pájaro daba las horas de la noche, y la conformación de las estrellas sería extraña para mis ojos. Y era tal la humildad y sencillez de las moradas de aquel pueblo, que el más potente catalejo, registrando sus rincones secretos desde una nave sobre el mar en calma, no descubriría nada: nada, sólo un mundo salvaje de cimas de nieve deslumbrante y verdes valles, barrancos y cóndores, y lo que podrían no ser sino pequeñas invenciones de la Naturaleza: montículos y tracerías. Pero dentro todo era tranquila hermosura, pies ligeros como de jilguero, sedas finas como hilos de araña, voces como un goteo acuoso del silencio. Y, como su vida era toda felicidad, no tenían nombre para su Dios. Y parece ser —así lo relataba don Anónimo— que en la historia antigua del mundo se afirmaba que el Hombre había sido así en otro tiempo, pero después se había hinchado hasta adquirir su forma presente, cuyos verdaderos resortes y dominio había perdido, y había ido hundiéndose cada vez más en una especie de embotamiento de la mente, ahogando su pasado, y al fin enloqueciendo casi de orgullo ante sus propias monstruosidades.

Todo esto mi nuevo amigo (y, sin embargo, no *tan* nuevo, al parecer), todo esto volcó sobre mí en el jardín, aunque sólo débilmente recuerdo sus palabras exactas, como si yo, cual Moisés, hubiera golpeado la roca. Y yo le escuchaba cansada, con escasa esperanza de entenderle, y con la sospecha de que lo que me estaba contando no era más que el sueño de un loco. Sin embargo, como desmintiendo mi incredulidad, allí seguía sentada; y allá al otro lado de los árboles estaba la fea casita de ladrillos de la señora Bowater; y más lejos el campanario afilado y pétreo de San Pedro, y la calle mayor. Y yo le miraba sin rastro de afecto en mis pensamientos, desazonada y con ganas de marcharme. ¿De qué servía que me arrullaran con visiones fantásticas del Paraíso, si pude morirme de miedo y de odio a la puerta de la señora Stocks; si todo lo que yo decía era «conmovedor, conmovedor»?

—Bueno —interpuse al fin, burlona—: que la vela se consume. Y si todo fuera verdad, si *hubiera* un sitio así, ¿qué? A ver, ¿cómo llego yo hasta ahí? ¿Estaría usted dispuesto a momificarme, meterme en un cajón y *llevarme* hasta allá, como hacían en Basmán? Hace años y años me hablaba mi padre de los hombres y caballos pigmeos —del mismo tamaño que los de usted, supongo— que vivían en cuevas a las orillas del Nilo. Pero no sé si ni siquiera entonces creí mucho en ellos. No soy tan ignorante.

Se apagó la vida en su rostro, en el mismo momento en que, a causa de una nube alzada a lo alto del cielo, el sol huía de Wanderslore. Tosió apoyándose en las manos, y miró a derecha e izquierda con gesto asustado, vacío, acosado.

—Si pudiera usted quedarse... —susurró apenas—. La quiero.

Instintivamente me aparté, con los labios secos y el corazón latiendo torpe, pesadamente. Una influencia más secreta que la sombra de una nube había enfriado y oscurecido el jardín de improviso, despojándolo de su belleza. Me replegué, fría y torpe, sin atreverme siquiera a mirar a mi acompañante.

—Gran cosa —fue lo único que se me ocurrió responder— para un juguete, como usted me llama. No sé qué quiere decir.

Harto miserable es el recuerdo de aquello cuando pienso en lo que vino después, pues en aquel momento mi único miedo era que pudiera estar realmente trastornado, y me hiciera para siempre odioso mi amado y solitario jardín. Me arrebujé en la capa y cogí el libro.

—Escondida debajo de esa piedra hay una carta privada que me pertenece —dije fríamente—. ¿Quiere usted hacer el favor de sacarla y dármela? Y jamás, jamás vuelva a decir eso.

El pobre me ofreció un aspecto tal de enfermo y abandonado, con sus hombros gibosos —¡y aquella historia hermosa y fantástica resonándome aún en los oídos!—, que me invadió una especie de tristeza, y oculté la cara en las manos.

—La carta no está ahí —dijo su voz.

Aparté los dedos de la cara, y entre ellos le lancé una mirada furibunda; me puse en pie. Volvió a salir el sol, empapando de luz y calor todo lo que nos rodeaba.

—La próxima vez que venga —le chillé—, la carta *estará* ahí. ¡El ladrón la habrá devuelto a su sitio! ¡Buen disgusto me ha dado!

CAPÍTULO XXVII

Salí dando traspiés, sintiéndome progresivamente más pequeña según me alejaba, más ridícula e insignificante, como efectivamente debía parecer; pues no cabe pensar que la distancia añadida encanto a ninguna vista de *mí*. Ni una sola mirada eché atrás; pero al empezar a aquietarse mis emociones empecé también a pensar. Y bien embarullada que tenía la cabeza. ¿Qué era lo que tanto me había enfurecido y amargado? Debería haber mantenido la calma. ¿Acaso era que mi orgullo, mi vanidad, de alguna manera vaga habían castigado en él la dureza de Fanny hacia mí?

—Pero él me ha robado la carta, me la ha *robado* —dije en voz alta, dando un pisotón a un capullo de violeta; y... hete ahí la señora Bowater. Evidentemente me había visto venir, y sonreía con benignidad.

—¡Pero si viene usted sin aliento, señorita; y qué colores...! Espero que no hayan estado discutiendo. El muchacho es mejor hablado de lo que yo me esperaba; que me perdone lo de «caballero».

—Bah —alcé la vista a mi haya, que ya desenvolvía cautelosa sus primeras yemas verdes en las ramas más bajas—. Me parece que está tocado de la cabeza.

—Y eso viene muchas veces —repuso la señora Bowater, con bonhomía indisimulada— de estar maltrecho del corazón. Quién sabe, señorita, puede ser un joven noble disfrazado. Cosas más raras hay, si hemos de creer a esas paparruchas de Fanny. En cuanto a los peces del mar..., a veces es de sabios contentarse con lo que uno pesque.

¿Quién me había hablado a mí de los peces del mar... hacía muy poco tiempo? Pensé con desdén en Pollie y el Libro de los Sueños.

—Lo siento —repliqué, arrugando la nariz—, pero no entiendo la alusión.

La acusación de vulgaridad habría sido la última, creo, que la señora Bowater habría movido un dedo por refutar. Mis mejillas ardieron más por saber que allá arriba estaría sonriendo tan tranquila. Hicimos el camino en silencio.

Aquella noche no pude dormir. Tenía miedo. La vida me estaba ennegreciendo el ánimo como el moho de un cementerio. No podía pensar más que en una cara, una voz: aquella sorna y anhelo, pensamiento y fantasía. ¿Y si fuera verdad que él me quisiera un poco? Al menos podía haber sido amable con él. ¿Tantos amigos tenía, para darme el lujo de ser adusta y desagradecida? Qué aspecto tan horroroso de enfermo tenía cuando me burlé de él. Y ahora, ¿qué *no* podría haberle pasado? Me sentía perdida. No era de extrañar que Fanny... Entonces una idea me heló el cuerpo; las palmas de las manos me empezaron a doler.

Medio ahogada salté de la cama, y sin la menor noción de lo que hacía me vestí a toda prisa y me eché a la noche. Tenía que encontrarle, hablarle, persuadirle antes de que fuera demasiado tarde. Y a la pálida luz de las estrellas, apretado contra el quicio de la verja..., allí estaba.

—¿Qué hace usted ahí? —le susurré, con una fiebre de alivio, vergüenza y aprensión—. Váyase, váyase ahora mismo. Le perdono. Sí, sí; le perdono. Pero... ahora mismo. Guárdeme la carta hasta que yo vuelva.

Tenía la mano húmeda de rocío.

—Y no lo vuelva a decir jamás. Por favor, por favor, si tiene usted el menor interés por mí, jamás, jamás vuelva a decir eso.

Volcaba las palabras impremeditadas en el fragante silencio de la medianoche.

—Ahora... váyase, váyase —supliqué—. Sí, sí, soy amiga suya.

Los oscuros ojos brillaban serenos cerca de los míos. Suspiró. Levantó mis dedos y los volvió a dejar sobre mi pecho. Susurró entre los dos unas palabras ininteligibles y se fue. No más estrellas para mí aquella noche. Dormí profundamente hasta mucho después del amanecer...

Blandos como vilanos pasaron flotando los días hacia la eternidad; pero fueron días de expectación y acción. Abril, tan veleidoso como de costumbre; no así la señora Monnerie. Su carta a la señora Bowater debió de ser un prodigio de diplomacia. Teníamos habitaciones reservadas en un pueblecito de veraneo llamado Lyme Regis, en el Dorsetshire. Allí la señora Bowater y yo pasaríamos a solas por lo menos una quincena, y a nuestro regreso la señora Monnerie vendría a visitarme en persona, para ver con sus propios ojos si su prescripción había surtido el efecto deseado. Después, quizá, si me apetecía, y si mi patrona estaba de acuerdo con el señor Pellew en que sería bueno para mí, podía pasar una o dos semanas con ella en su casa de Londres. Qué vuelta del caleidoscopio. Jamás había sembrado yo ni una simiente, y hete aquí que a mi alrededor todo medraba y florecía, como el desierto de Isaías.

Ya el propio espejo me decía lo macilenta y lánguida que estaba aquella señorita M. por falta de un cambio de aires y de panorama. Se alegraba de que Fanny lo estuviera pasando bien, se alegraba de pensar que también ella iba a pasarlo bien. Busqué vistas del mar en la biblioteca de la señora Bowater, pero sin mucho fruto. Así que releí al capitán Maury del señor Bowater: vientos, monzones, races de marea y huracanes; refresqué mi *Robinson Crusoe* y soñé con los Angeles de las Copas^[30]. Estaba en plena preparación del equipaje (y lo tenía todo extendido por pura diversión) cuando volvió a visitarme el señor Crimble. Le encontré nervioso, ojeroso y decaído.

Rápidamente me iba haciendo maestra en asuntos de sensibilidades. Sin embargo, cuando, arrodillada ante mi baúl abierto, le oí en el pórtico, imité el «¡Cuernos!» de Fanny y deseé con toda mi alma que hubiera aplazado su visita hasta el día en que sólo el eco hubiera podido responder a su llamada. Me desazonaba tenerme que ocupar de él. ¿Y ahora? ¿Qué no daría por poder decir que hice todo lo que se podía hacer por ayudarle cuando lo necesitó? He aquí un enigma que nunca podré resolver por mucho que viva: ¿Cómo es que nuestros ojos no prevén el futuro, que ni siquiera nuestros corazones lo presienten? Y ¿cómo actuaríamos si ese futuro estuviera

desplegado ante nosotros? Pero, aun en ese caso, ¿qué podría yo haberle dicho que le consolara? La verdad es que no tenía ninguna vela con que asomarme a aquella mente oscura.

De hecho mi tarea ya era bastante difícil y delicada. A pesar de su promesa de no volver a escribir, entretanto había llegado otra carta de Fanny. Si la del señor Crimble daba «un rayo de esperanza», ésta lo cerraba del todo. Estaba llena de temporizaciones, astucias, evasivas..., y rebosante de Fanny.

Hacía pensar, además, que la señora Bowater debía de haber leído mal el nombre de su lugar de vacaciones. La impresión semilegible del matasellos —afortunadamente yo había interceptado al cartero— no empezaba siquiera por M. Y dentro no se daba ninguna dirección. Yo tenía que decirle al señor Crimble que Fanny estaba superagotada y deprimida por el trabajo del trimestre, que sencillamente no podía centrar su «ánimo cansado» en nada, y, en cuanto a decisiones:

«Parece pensar únicamente en sí mismo. No te podrías creer, Menudencia, las tonterías que dice ese hombre. No es capaz de *ver* que la pobre Fanny se está jugando todo su futuro, en cuerpo y alma. Dile que si *quiere* que Fanny sonría, tendrá que sentarse pacientemente en un pedestal y sonreír él también. A ese pobre ser no se le puede ir con los hechos fríos y descarnados. Su madre, en cambio —hasta lo leí en la breve y amable descripción de ella que hacías en tu Grandiosa Recepción—, sonrío a troche y moche. También sonreía el Gato de Cheshire^[31].

»“Oh, querida Fanny, pero el tiempo y la persona que tú eres, con la ayuda de Dios, la harán cambiar de actitud”. Eso escribe H. C. Cosa muy inocente, si bien se mira; pero absurda. Una vieja hostil *no* cambia de actitud. Ni le importa mucho que los jóvenes tengan cabeza. En cualquier caso, le bastó con echar» me una mirada; ¡que fue seguida de una sonrisita mordaz al pobre Harold! Lo adivinó. Así que ya ves, hija mía, que hasta para las gentes jóvenes como tú y como yo el tiempo se da mucha más prisa a recoger las rosas, y habría que pasar antes por el *fait accompli* para poder decirle ni una palabra. Es decir, si yo fuera capaz de respirar hondo y decir que sí.

»Pero no puedo. Respóndeme a esto: ¿te *imaginas* a Fanny Bowater de Reverendísima? No, ni yo tampoco. Y ni con botines ni con un mandil desde el primer día se arreglaría la cosa. Por qué te confío todo esto (por qué, si vamos a eso, se me ha confiado a *mí*), no lo sé. Tú no quieres nada, y si lo quisieras no sería por mucho tiempo. ¿A que no? Quizá ése sea el secreto. Pero Fanny quiere muchas cosas. Ni sabría decir cuántas. Así que, si la señorita Stebbings y Beechwood Hill por siempre jamás serían el infierno antes del purgatorio, H. C. y San Pedro serían lo mismo, sólo que con los fuegos *apagados*. Y yo estoy totalmente segura de que, si se nos da ocasión, donde tenemos que vivir es en el cielo.

»Ay, Menudencia, escucho todo esto reconcomiéndome el corazón como perro con su hueso. ¿Qué demonios tiene que ver *conmigo*, me pregunto? ¿Quién tendió la trampa infernal? Si yo pudiera dejar de pensar y de reírme y encontrar a alguien, no “que me quisiera” (entre nosotras, de *ésos* ya hay más que de sobra), sino capaz de hacer que yo le quisiera. Dicen que a una mujer no se la puede llevar a rastras. No estoy de acuerdo. Se la *puede* llevar... a la locura. Y aparte de eso, aunque haya veinte hombres que sólo consiguen darme hidrofobia, uno solo me podría convencer de que beba, con tal de que fuera El Indicado, como dice mi madre sucintamente.

»Pero, lo primero y principal, estoy pasando unas vacaciones de verdad, aunque no sean particularmente sagaces, y me basto a mí misma. Y, lo segundo y principal, te *suplico* que hagas de buena y diminuta Samaritana entre mi persona y el pobre, afanoso y ciego H. C., aunque sea para que al final tenga que seguir viaje hasta Jericó^[32].

»Siempre tuya afectísima, F.»

Cómo me desconcertó todo esto. Intenté, pero fue un fracaso lastimoso, derramar un chorrito de vino y aceite en el corazón herido del señor Crimble, por él y por mí, no por Fanny, porque en mi fuero interno sabía que su «Jericó» estaba ya a la vista.

—No la comprendo; no la comprendo —repetía una y otra vez, estrujando su sombrero con sus manos pequeñas y cuadradas—. No puedo llegar hasta ella; no estoy en contacto con ella.

Tirando de mi sabiduría femenina le recordé lo joven que era Fanny, lo inteligente y lo admirada.

—Entonces, ¿usted sabe que hay... otros? —dijo atragantado, siguiéndome oscuramente.

—Sin duda eso es lo que le da tan alto precio —insinué con falsedad.

El me miró con unos ojos que eran como un inmenso escaparate vacío.

—Esa idea... no puedo —y retorció la cabeza sobre los hombros como si se viera rodeado de sombras—; no soporto pensar en ella y..., con... *otros*. Me desequilibra. Pero usted, ¿qué puede entender?... Un libro sellado. Anoche estuve sentado a la ventana. Llovía. ¡Ni sé qué hora sería; y Primavera!

Se agarró las rodillas, echado hacia adelante.

—Me maldije, me repudié. Ah, créame, no estamos solos. Y en ese punto y hora resolví exponerle todo el asunto —su mirada vagó hacia la puerta—, exponérselo, sí, a su *madre*. Es una mujer sagaz, de buen sentido dentro de su condición, aunque cómo llegara a ser madre de...; pero eso es lo de menos. Mejor no indagar. Probablemente pensará que..., pero ¿de qué serviría? Sería decirle una palabra... y perder a Fanny para siempre.

Por un instante pareció como si sus ojos se cerraran sobre mí.

—¿Cómo voy a decir nada? —murmuró una voz remota desde debajo de ellos.

Yo miré a la figura que tenía allí sentada, con su larga levita negra; y allá lejos, en mi espíritu, silbó un pájaro extático: «¡El mar, el mar! Te vas a ir..., te vas a ir de todo esto».

Y el señor Crimble también, pero eso yo no lo sabía. Era mi aquiescencia débil y cobarde en los engaños de Fanny lo que estaba apresurando su terrible viaje. De todos modos, me desasosegaba una impaciencia infeliz y despiadada de verme de tal manera aprisionada entre mis congéneres. De qué manera tan torpe se arrastraban. ¿Por qué no se daban el simple contento de vivir, libres de las nubes y las trabas de unos con otros y de sí mismos? Qué desvalimiento y qué egoísmo. Era, efectivamente, como si aquellos extraños fuegos en los que Fanny me había quemado —que todavía, al pensar de pronto en ella, podían dar una llama vacilante— se hubieran apagado por completo. Fuera así o no, me había endurecido; era un pobre cacharrito de barro recién sacado del horno. ¡Y de qué elixir lleno hasta los bordes!

Me alcé del asiento, me alejé de mi visitante, y a través de los visillos de muselina miré al verde, al sol y al azul. Pasó lenta un ama con un niño dormido en un cochecito, vuelta hacia el cielo su carita apacible. En el largo prado se veía un débil

reguero de dientes de león. Los azules confines de Kent estaban en calma; mis pensamientos volaron muy lejos.

—Señor Crimble —exclamé en voz baja—, ¿*merece* que nos preocupemos tanto por ella?

—¿«Nos»? ¿Por qué «nos»? —protestó.

—Que me preocupe yo, entonces. Cuando yo le regalé, sólo por que fuéramos amigas, porque..., porque la quería, una cajita de marfil, que no vale nada, por supuesto, pero que es una cosa a la que tengo cariño y que he atesorado desde que era niña, se la dejó sin pensar. La tengo en el cajón del armario...; ¿quiere que se la enseñe? *Digo* que en sí no era nada; pero lo que quiero decir es que se limita a utilizarme, y con mucha menos generosidad que... otras personas. Sus ojos, su voz, cuando mueve la mano, gira la cabeza, se vuelve a mirar...: ¡lo conozco! Pero —y desde la luz me volví hacia él—, ¿significa algo? Ayudémosla en todo lo que podamos, y... mantengamos la distancia.

Fue una traición imperdonable: ahora lo veo. Podía haber dicho: «¡Siga queriéndola, siga queriéndola! No pida nada». Pero no lo dije. Llevaba toda la tarde con el desprecio de toda aquella lenta locura metido en el cerebro. ¿Por qué no se largaba aquel ser negro y encogido? ¿Qué se me daba a mí de su aspecto enfermo y pusilánime? ¿Qué partícula de higa se le daba a él de Mí? ¿Había movido el dedo meñique cuando yo lo necesitaba amargamente? Me parecía debatirme dentro de una red de odio.

Se enderezó en su silla, aún con las gafas fijas en mí; como si un insecto repugnante hubiera levantado contra él su cabeza chata.

—Así que también *usted* está contra ella —balbució—. Podía haberlo supuesto, podía haberlo supuesto. Soy hombre perdido.

Fue lamentable.

—¡Qué perdido ni qué nada! —le repliqué enseñándole los dientes—. Yo no podría..., jamás le he hecho daño a una mosca. ¿Quién, dígame, vino en *mi* ayuda cuando...? —pero ahogué las palabras. Se hizo el silencio. El reloj idiota dio las cinco. Él volvió la cara para ocultar la aversión que de pronto le infundía mi vista.

—Comprendo —dijo en voz baja y hueca, con su antigua dignidad rígida y artificial—. No hay más que decir. No me queda sino darle las gracias y marcharme. No me había dado cuenta. La juzga usted equivocadamente. No tiene usted la... ¿Qué otra cosa sería de esperar? Pero ¡en fin!, es imposible pensar.

¿Cuántas veces había yo visto a mi pobre padre, en sus últimos y penosos tiempos, pasarse la mano sobre los ojos de aquella misma manera? Ya mi voluble espíritu estaba buscando palabras con que retractarse, con que deshacer aquel estallido de veneno. Pero le dejé marchar. Por delante de mi ventana pasó su figura encorvada, con el sombrero calado; sería la última vez que le viera.

CAPÍTULO XXVIII

Pero, a pesar de mis dudas, ningún presagio demasiado oscuro me acompañó aquella noche. Con trabajo infinito pergeñé dos cartas:

«Estimado señor Crimble: Lamento mis palabras de esta tarde. Amargamente. De veras. De todos modos, la verdad es importante, ¿no cree? *Alguien que conocemos* no se ha portado muy bien con ninguno de nosotros. Sigo diciéndolo. Y si le parece desatento, recuerde los versos de Shakespeare sobre el escarabajo (que yo me tropecé el otro día en un Álbum de Cumpleaños): un ser que yo detesto. Además, podemos devolver bien por mal —no puedo evitar que esto suene a hipocresía—, aunque sea un trueque sumamente agotador. Yo me *siento* muy pequeña ahora mismo, pero haría cualquier cosa que pudiera ser útil en el sentido de lo que ambos queremos. Espero que usted así lo crea, y que perdone a mi miserable lengua. Créame que soy suya afectísima, M. M.»

La segunda carta iba dirigida a la escuela de Fanny, «c/o Señorita Stebbings»:

«Querida Fanny: Hoy ha vuelto por aquí y parece un cadáver. Yo no puedo hacer más. Tienes que saber que estás haciendo de él un absoluto desgraciado; que yo ni puedo ni quiero seguir siendo así de falsa. Yo a *eso* no lo llamo ser el buen Samaritano. Tira la piedra para un lado o para el otro, y pase lo que haya de pasar. Será lo más valiente. Un chico horrible que yo conocía de pequeña disparó una vez contra un arrendajo y mató... a un chochín. Pues bien, yo no conozco más que a un chochín: tu M.

»P.D.: Espero que esto no parezca una carta airada. El otro día estaba pensando en lo difícil que debe resultar ser tan fascinante como tú. Y, por supuesto, cada uno es *como* es, y me figuro que no puede dejar de actuar como tal. No te puedes imaginar qué aspecto tenía ni cómo hablaba. Además, estoy segura de que disfrutarás mucho más de las vacaciones si tomas una decisión. Ay, Fanny, no te puedo decir cómo estoy yo. No hay día que no traiga algo nuevo que temer. Y parece que todo lo que hago no sirve más que para empeorar las cosas. ¡*Escribe!* Y, aunque, por supuesto, no es cosa mía, que tengas también unas “*sagaces*” vacaciones».

La señora Bowater, al lamer los sellos, se puso casi bizca mirando mis dos sobrecitos. «Esperemos», fue su único comentario, «que, el día que se abran los secretos de todos los corazones, se perdonen algunas de las cartas que llegamos a escribir». Pero no le pedí que se explicase.

Lyme Regis quedaba sólo a pocos días de distancia cuando, no por primera vez desde nuestro encuentro junto al quicio de la señora Bowater, me dirigí a una cita con don Anónimo; esta vez para hacerle partícipe de mis estupendas noticias. Cuando un chubasco cruzó el cielo alanceado de sol nos guarecimos en la casita del jardín. Tan pronto como los calurosos rayos empezaron a evaporar las gotas de lluvia, y cada arbusto se festoneó de luces de colores, regresamos a mi piedra humeante. Y vimos un arco iris hacerse y desvanecerse en el ventoso azul.

Él al principio estuvo taciturno; le fastidiaba, creo, cada momento que iba a ser mío en Lyme Regis. Así que yo le tenté a hablarme de los libros que había leído, y sobre su infancia, que no había sido ni mucho menos tan feliz como la mía. Me dolió

oír las cosas que decía de su madre. Luego le hice preguntas sin importancia sobre aquel país maravilloso del que me había hablado, y que, tuviera o no existencia real, tal y como él lo pintaba en su imaginación me llenaba de deleite. Él hacía todo lo posible por mantener la palabra que me había dado, y yo por que nuestra conversación no pasara al terreno de lo personal.

Si yo me confiara a él, como a un amigo —soltó de pronto en voz pastosa y baja, cuando yo menos lo esperaba—, tendríamos el mundo entero ante nosotros; y él conocía el camino.

—¿Qué camino? —dije yo—. Y la pobre señora Bowater, ¿qué? Qué raro es usted. ¿Dónde vive? ¿Puedo saberlo?

Había una granja antigua, me dijo, al otro lado del parque, y cerca de la granja unas casitas, al final de Loose Lane. Él vivía en una de esas casitas. Contra lo que me aconsejaba la prudencia, me persuadió a ir allá inmediatamente y ver la granja con mis propios ojos.

Al fondo de Wanderslore, echando sus frondillas verdipálidas como abalorios en las puntas de sus negras ramas, había más tejos que hayas. Seguimos con pasos lentos el camino de herradura abandonado. Había cucos en el bosque, y nosotros no parábamos de hablar, como si sus solas voces no fueran lo bastante seductoras para servir de imán a nuestro avance. Tan pronto recitaba yo encantamientos al agua, tan pronto paseaba felizmente la vista sobre las flores húmedas del borde del camino, y de tanto en tanto un petirrojo salía revoloteando para observar a los intrusos. ¿Por qué sería que la compañía humana me ponía tantas veces intranquila y envarada, y la de la naturaleza me apaciguaba siempre?

—Bueno, decía usted —empecé nuevamente— que tienen Dios, y que son tan simples que no le dan nombre. ¿Qué quería decir con eso? No puede haber un Dios para la gente de talla corriente y otro para..., para mí; ¿o sí? Mi madre nunca me enseñó tal cosa; y yo misma he pensado en ello.

Ya lo creo que había pensado.

—¡Dios! —exclamó él—. ¿Y todo esto, qué es?

Todo esto en aquel momento era un claro del bosque, envuelto en un blando fulgor de verde neblinoso y transparente, en cuyos rayos de sol zumbaban y zigzagueaban un millar de moscas como motas de luz, y las primeras mariposas del año aleteaban y languidecían.

—Pero si yo hablo —dije—, escuche: mi voz desaparece. De ser algo pasa a ser nada..., se muere. No, no —me figuro que únicamente discutía por tirarle de la lengua—: todo esto es tan indiferente hacia mí como... un espejo. Y, sin embargo, es mío. ¿Usted ve a Jesucristo en este bosque? ¿Usted cree que somos pecadores, y que Él vino para salvarnos? Yo sí. Pero únicamente le veo como un niño, risueño, cristalino, intangible; y eso que a mí los niños no me *gustan* mucho.

Él se detuvo y me miró fijamente.

—¿De mi tamaño? —tosió.

—¡Ya estamos con el tamaño! —exclamé yo—. ¡Qué obsesión! —Como si yo no la tuviera—. ¿Usted mismo no dice que cuanto más pequeño es el cuerpo, más feliz el espíritu que lo habita? ¡Qué tienen que ver los cuerpos!

Él siguió adelante, con las manos en los bolsillos, ceñudo, desmañado. Y allá arriba, al noroeste, una nube enorme derramó sus luces reflejadas sobre su extraño rostro. Yo, por dentro —con una agradable dispersión del ánimo—, me reí; y por fuera sólo me faltaba bailar. Él, tomándose la palabra solemnemente, y como si leyera en alto uno de sus libros vetustos, empezó a contarme sus opiniones sobre la religión, y sobre lo que somos, cualidades, consciencia, ideas y demás. ¡Como si en cualquier momento se pudiera ser otra cosa que el yo entero de ese momento! Por lo menos, así parecía entonces: yo era feliz. Pero como, de tanta seriedad, su voz se había vuelto casi tan falsa como la del señor Crimble aquella vez que conversó conmigo sobre el Infierno, mis ojos le robaron mis orejas, y a mi mente no llegaron más que unas cuantas frases deshilvanadas.

De todos modos me gustaba oírle hablar, y le animaba con preguntitas y exclamaciones. ¿Crearía él quizá en los dioses paganos: en Marte y todo eso? ¿En aquel mismo momento habría en el bosque un Pan loco y brutal, agazapado entre los musgos y las raíces? ¡Y las deliciosas ninfas y náyades! ¿Qué haría él si una le llamase, o si empezara a sonar la flauta de Pan?

—¡Ninfas! —gruñó—. ¿No está usted...?

—¡Ay! —exclamé, parándome junto a un acebo tan maravillosamente chispeante de gotitas de agua en cada espina curva que me dejó sin aliento—. No hablemos más de pensamientos. No son más que ratones royendo. Yo los oigo por las noches.

—¿No puede dormir? —preguntó, tan preocupado que a la fuerza tuve que echarme a reír.

—¡Dormir! ¿Con el señor Crimble en la cabeza? —Dirigí al acebo una pequeña inclinación mental, y seguimos andando.

—¿Crimble? —repitió. Sus ojos, verdosos en aquel momento, me dispararon una mirada furibunda—. ¿Quién es?

—Un amigo, un amigo —respondí—; y el pobre, como dicen, enamorado. Tranquilícese, señor Celoso; no de mí. A mí me faltan tres tallas. De la señorita Bowater. Pero, bueno —proseguí, disgustada de haber dejado escapar aquello por pura vanidad—, no es cosa que me pertenezca. De eso tampoco debemos hablar. Lo que realmente le quiero decir es que no tenemos mucho tiempo. Me marchó. Hablemos de Mí. Ah, don Anónimo, ¿volveré a nacer algún día en mi propio mundo?

Pareció como si por su rostro se extendiera una especie de serenidad apenada.

—Dice usted que se marcha —susurró, apuntando con el dedo—, y aun así espera que hable de eso.

Habíamos llegado al borde de un charco claro de agua de lluvia, quizá de tres o cuatro pies de ancho, que había en el sendero pedregoso y verde de musgos, y «eso» era la imagen de mí que se recortaba en su superficie sobre el lejano azul del cielo: el

rojo apagado de mi capa, mi cara, mi pelo rubio, mis ojos. Temblé un poco. Su propio reflejo me inquietaba más que él en persona.

—Vamos —le dije, poniéndole una mano sobre la manga—; hay muy poco tiempo, y es verdad que *tengo* que ver su casa: usted ya ha visto la mía. Ah, pero tendría que ver Lyndsey y Chizzel Hill, y el arroyo del jardín de mis padres. Yo *lo oigo* muchas noches, don Anónimo. Me hubiera gustado morir de pequeña, aunque tenga que vivir hasta no sé cuándo.

Pero ya la nube se había tragado al sol por completo; una ráfaga de viento frío nos atronó, y yo me colgué de su brazo. Seguimos adelante, atravesamos por fin el portón herrumbroso con sus águilas verdes y descascarilladas, y llegamos a la granja. Pero no a tiempo. Había descargado una nube de granizo, aporreándonos cabeza y hombros. A mí casi me lleva en volandas. Cogidos de la mano apretamos y empujamos por el sendero accidentado y fangoso hacia un establo techado de bardas que, abierto por un lado, resguardaba una carreta roja y azul. Debajo de ella nos metimos, y yo, aun sintiendo en todo el cuerpo la picazón de la ventolera y la granizada, me senté, riendo y protegida, a contemplar por encima de mis faldas y mis zapatos embarrados las ráfagas de pedrisco que sacudían el verde.

Alrededor de nosotros, entre la paja y el polvo, paseaban las gallinas del granjero, cacareando y lanzando rojizas miradas de soslayo al par de intrusos. Graznaban los patos. Las palomas entraban volando con batir de alas. Yo no cabía en mí de gusto. Y al poco rato un perro pastor, con las orejas caídas y el rabo entre las patas, apareció rodeando el puntal de la puerta. Mitad dentro, mitad fuera, se quedó allí erizado, adelantando la cabeza y sin pestañear. Mi compañero se irguió, y, con una piedra grande en la mano, se escurrió, encorvado y furtivo —y muy semejante, debo confesarlo, a la efigie de un fueguino que he visto en un libro—, entre las ruedas de colores de la carreta, y se enfrentó a la bestia, que rugía en voz baja. Yo le miraba extasiada. El perro y él permanecieron cara a cara unos instantes, inmóviles. Después el animal dio un ladrido seco, echó atrás la cabeza mostrando el blanco del ojo, dio media vuelta y desapareció.

—¡*Bravissimo!* —dije yo, riéndome de don Anónimo desde debajo de mi capucha—. ¡Se ha acobardado el pobre! Yo me habría hecho amiga de él.

Seguimos sentados en medio del aroma dulce y polvoriento del aire tormentoso. El granizo se tornó lluvia. El viento arreció. Yo empecé a inquietarme. Estaba cayendo tal cantidad de agua que regresar por el mismo camino que habíamos traído me sería totalmente imposible. ¿Y ahora qué se hace?, pensé. Sin embargo, la líquida canción de la lluvia, los gorgoteantes suspiros y berridos del viento me tenían en trance; y me volví disimuladamente a mirar a mi desconocido. Tenía la barbilla apoyada en sus manos huesudas, el lacio pelo aplastado por la lluvia sobre las sienes rehundidas, los ojos vidriosos de perfil.

—Me alegro de esto —murmuró soñador, como en respuesta a mi escrutinio—. Estamos aquí.

El viento trajo una siembra de verdes brotes de un espino que había junto al establo.

—Yo también me alegro —respondí—, porque, cuando usted está en paz, yo también puedo estarlo; porque ese país maravilloso del que me habla está muy lejos. ¿Quién...? —Pero él me interrumpió tan decidido que a la fuerza tuve que escucharle, confiándome no sé qué extraña sabiduría que había desempolvado de sus libros, de cómo era posible ir acercándose cada vez más al límite entre la vida y la realidad, y ver todas las cosas como son, en verdad, en su auténtico ser. Todas las cosas visibles no son más que un velo, dijo. Un velo que se descorre cuando la mente está vacía de pensamientos y deseos, y el corazón a solas consigo mismo. Eso es la divina felicidad, dijo. Y me contó, también, sacado de su rebuscado saber, un secreto sobre mí.

Hacía frío en el establo. Las gallinas se arrebujaron. Una y otra vez la lluvia y el viento ahogaban la voz baja, seductora, lejana, que seguía divagando como si saliera de un trance. Sueños, quizá; pero de entonces acá he aprendido que la mitad de aquella historia era verdad; que en un momento de necesidad hasta un espíritu afligido, alzado por un instante sobre las alas de la serenidad, puede abandonar el cuerpo, y quizá, si se pierde en los hechizos del más allá, no volver. Pero juré que sus palabras serían un secreto entre los dos. No tenía voluntad para decir otra cosa, y le reafirmé mi confianza en él.

—Querida mía —dijo, tocando mi mano suavemente, pero yo no fui capaz de responder nada.

Se puso en pie y me miró.

—No es mi paz. Todos los días que usted no está... —Tragó saliva con tristeza y miró hacia otro lado—. Pero eso es lo que quiero decir. No es nada, todo esto —hizo un ademán como si se entregara preso a la autoridad—, nada más que migajas a un perro.

Luego, agachándose, me ciñó la capa, amontonó la paja suelta en torno a mis pies y mis hombros, me sonrió a la cara, y, diciéndome que esperase un rato con paciencia, pero no me durmiera, se fue.

El calor y el olor embotaron mis sentidos. No tenía hambre ni sed, pero estaba rendida de cansancio. Con una sonrisa fija en la cara (una sonrisa que, según creo ahora, significaba poco más que vanidad y satisfacción femenina de haber estado alimentándose de las efusiones de aquel corazón extraño), mis pensamientos divagaron. Los sonidos de los cielos y de la tierra me adormilaron, y eché una cabezada. Un chirrido de ruedas me despertó. Saliendo de un tumulto de sueños, vi por la abertura del establo un carrito desvencijado y un *pony* greñudo. Y hete aquí que a mi lado, sobre el heno y la paja cortada, yacía tendido, con el hocico sobre una pata, nuestro enemigo el perro pastor, que meneó el rabo hacia mí en señal de amistad mientras gruñía a mi libertador.

Don Anónimo estaba en todo. No sólo había ido por el carrito, sino que me traía

una botella de leche caliente y pasas, que me calentaron y reanimaron. Un poco atolondrada de resultas de mi sueño en el heno, trepé con su ayuda al carro y allí me acomodé abrigándome lo más que pude, con las faldas empapadas y los zapatos llenos de barro. De ese modo, conmigo bien resguardada de miradas impertinentes, nos pusimos en marcha.

Durante todo aquel tiempo no había yo pensado para nada en la señora Bowater. Por fin nos presentamos ante ella en el pasillo de linóleo, como Adán y Eva en el Jardín. Se había puesto su sombrero más viejo y estaba a punto de salir hacia la comisaría. Y, en lugar de mostrarse agradecida de no tener que seguir preocupándose por mí, nos echó la más negra de las miradas. Yo dejé que don Anónimo se las entendiera con ella y corrí a cambiarme de ropa. En el momento en que salía de mi dormitorio entraba él por la puerta, con un viejo gabán de marino que le arrastraba y le sobraba por todas partes, y descubrí con asombro que mi patrona y él se habían hecho amiguísimos. Me maravillé. Esa pequeña hazaña de don Anónimo me hizo *apreciarle* —de sopetón— diez veces más, pienso, de lo que él habría querido que le *quisiera*.

En efecto, el «té de gala» que aquella tarde presidió la señora Bowater, erguida sobre sus tazas y sus platos como un clérigo, es uno de los recuerdos más alegres de mi vida. Y, sin embargo... Se había ausentado un momento de la habitación para traer una cosa de la cocina, y cuando volvió, solos don Anónimo y yo en tímido silencio, la entreví parada en la puerta, tocando casi el dintel con su cofia, y mirándonos con una expresión enigmática, benigna y boba, como la de la persona mayor que se asoma a la casa de muñecas de una niña. Al verla me acometió tal arrebató de odio y de decepción, que hubo de pasar un rato hasta que me atreví a alzar los ojos y mirar a don Anónimo. Todo el afecto y la gratitud se disiparon. ¡La señorita M. volvía a ser un Ismael!^[33]

LYME REGIS

CAPÍTULO XXIX

De un coche alquilado en una cochera desembarcamos la señora Bowater y yo a la mañana siguiente en la terminal de Londres, para encontrar allí, decididamente esperándonos junto al andén, un vagón ferroviario de primera clase: un apartamento palaciego. Barrido y guarnecido, acolchado y barnizado, ;un prodigio de opulencia! En este mismo momento me parece estar mirando con estupor el rótulo ribeteado de color naranja (creo que era de color naranja) y pegado al cristal, cuya inscripción leería después del revés, desde el interior: «Señora Bowater y acompañante». Tan pronto como quedamos convenientemente acomodadas con nuestro equipaje, un mozo sobremanera educado y paternal nos cerró la puerta y echó el pestillo. Ante eso la señora Bowater se inquietó un poco, pensando qué sería de nosotras si había un accidente. Pero el mozo la tranquilizó.

—Descuide usted, señora; en esta línea están terminantemente prohibidos los accidentes. *Aparte de lo cual* —añadió, con solemne mirada de tortuga—, si yo le echo el pestillo a la señorita, no se podrá colar ninguno de esos jóvenes donjuanes que todo lo miran. Son órdenes terminantes, señora.

Por si fueran pocas precauciones, la señora Bowater bajaba las cortinillas en cada parada. Fuimos admirando el paisaje. Leímos la advertencia contra los descuideros, y yo la traduje del francés. Luego de examinar los enormes hoteles representados en el anuncio, convinimos en que no había nada como las comodidades del hogar. La señora Bowater seguía perdiendo y encontrando por turno nuestros billetes, su monedero, la funda de sus gafas, su pañuelo de batista, por no hablar de un misterioso cucuruchito de papel con pastillas para la garganta, según creo. Escudriñaba nuestro lujo con severa determinación. Y nos reíamos como un par de colegialas atisbando, por las rendijas de las cortinillas, a los pasajeros ricos y forrados de pieles que una y otra vez pasaban presurosos, lanzando miradas coléricas a nuestras veladas ventanillas.

Por lo temprano de la fecha, aunque el día era templado y agradable, el coche de línea salió de Axminster con pocos ocupantes. Como yo había hecho voto una vez (y lo había incumplido muchas) de hacer en seguida aquello que me diera miedo, pedí que me subieran al pescante al lado del conductor, que era flaco y muy colorado. Así me vi vertiginosamente exaltada sobre sus tres caballos ruanos de paso largo, y marchando a buena velocidad. El cochero me iba señalando con el látigo todos los «objetos de interés» que pasaban raudos: iglesias y posadas, granjas y mansiones.

—Eso son avefrías —vociferaba—. Y ésa es la casita donde vivía la vieja que vivía en un zapato.

Se inclinaba sobre mí, prietas las riendas en el puño, con su cara roja y agrietada y sus ojillos encendidos, como si yo fuera una niña que volviera a su casa en vacaciones. Sol de tarde en las cumbres de los montes, umbroso en los valles. Y, por

fin, los tres veloces caballos, echando vapor por los ollares, inflando los costados como fuelles, subieron el coche por tina pendiente más empinada que ninguna. «Y aquello de allí», dijo el cochero según coronábamos la subida, y dando un tirón prodigioso, como para mayor énfasis, a una barra de hierro qué tenía junto a sí, «aquello de allí es el Mar».

El Mar. Llano, en forma de arco, borroso, remoto, y de un azul que hipnotizó mis ojos como un sueño: realmente creo que las lágrimas más saladas que he vertido jamás me escocieron en los párpados, al tiempo que el espíritu que había dentro de mí salía volando para estar a solas con aquella lejana belleza. Un deseo casi insoportable me devoró. «Sí», clamó el yo oculto al otro yo, «nunca le podré amar; pero él me llevará lejos..., lejos..., lejos. Oh, cómo he malgastado mis días, penando por mi hogar».

Pero poco espacio tuve para esas sentimentales reflexiones. Casi al pie de otra colina más, y tan precipitosa que durante el accidentado descenso me tuve que colgar como una araña de la correa del conductor, nos paramos en seco; y delante de un corrillo de desconocidos boquiabiertos fui bajada —con un «¡Vamos allá, señorita marinera!» del cochero— de mi percha al suelo.

El alojamiento que nos había procurado la señora Monnerie eran unas habitaciones con vistas al mar de una casita blanca con miradores sobre él paseo marítimo, desde donde se dominaban los barcos de pesca, el puerto y el Cobb o espigón de piedras. Yo me lamí los labios, husmeé suavemente, eché una ojeada a la bahía y miré a la señora Bowater. ¿Estaría también ella medio enloquecida por aquella experiencia peculiar y arrebatadora? Empecé a tiritar; pero no de frío, sino de gusto. Con la cara fruncida en una sonrisa (el viento me había acartonado la piel), un cosquilleo en las mejillas y un hambre atroz, contemplé las ceremoniosas cortesías que se intercambiaban las dos patronas: la señora Bowater, angulosa y enjuta; la señora Petrie, redonda, regordeta, tersa y un poco calva. Mi amiga la señora Monnerie era evidentemente una dama cuya menor palabra era Sésamo. Cuantas delicadezas y lujos pudo haber prodigado Lyme, a partir de sus recursos naturales, sobre el rey Jorge III fueron nuestras sin necesidad de pedir las.

Es verdad que la señora Bowater, mientras nos desayunábamos con pescado a la mañana siguiente, aludió en primer lugar al olor de las cañerías; después a las pulgas; y finalmente al exceso de grasa con que se cocinaba. Pero ¿quién sino la Sartén tiene el privilegio de llamar cochino al Cazo? Además, éramos visitantes «de primera», y *teníamos* que quejarnos de algo. Digo «teníamos», pero dado que, en primer lugar, todas las casas humanas en las que he estado eran menos gratas al olfato que el simple aire abierto del campo; dado que, después (como descubrí de niña), debe de haber en mi cuerpo algún icor o ácido que repele a los parásitos del Hombre; y dado que, finalmente, no soporto a los animales guisados, esas pequeñas incomodidades, aun en el caso de que hubieran existido fuera de la imaginación de la señora Bowater, no me habrían molestado.

Los días pasaron sin sentir. Salíamos temprano, cuando todavía no humeaban muchas de las chimeneas de las cocinas de Lyme, y volvíamos con las sombras de la tarde. Cómo podía la señora Bowater sostener un físico tan grande durante tantas horas con unas cuantas galletas y una botella de té frío, no lo sé. Su humor, como el tiempo que tuvimos en aquel mes de abril, era casi siempre «bonancible», y su talante no subía nunca de unos cómodos sesenta grados. Alquilábamos una cabra con carrito, y yo, con mi cabello rubio suelto a la espalda bajo una pabela, guiaba a Reuben de punta a punta de la Explanada: un observador casual habría podido atribuirnos diez años a cada uno. El sol me tostó las mejillas y las manos; la señora Bowater añadía cada vez más lila y blanco a su atuendo de calle, y la señora Petrie le prestó una sombrilla de rayas, bonita en otros tiempos, con el puño en forma de cabeza de cigüeña, que había dejado olvidada un visitante, por lo demás de poco grato recuerdo.

En las mañanas cálidas buscábamos un sitio apartado en la playa, o en los acantilados, herbosos y fragantes, o en los prados de Uplyme. Yo a veces chapoteaba al sol en algún charco entre rocas, gélido, somero y lleno de algas, aunque nunca conseguí que la señora Bowater me acompañara. Luego, mientras ella leía el periódico o hacía ganchillo, yo también, con un libro o una aguja en la mano, me entregaba a ensoñaciones infinitas. Horas y horas me estaba con los ojos fijos en el verdor de las aguas agitadas, escuchando sus campanadas y sus voces enormes, lejanas, fantasmales, con una felicidad indecible. Y me tumbaba al sol, porque mayo fue caluroso, ¡casi deseando que el enorme horno solar me fundiera en porcioncita de vidrio! ¿Y de qué color habría sido? Si un corazón pequeño puede enamorarse del mundo entero, ese corazón era el mío. Pero la propia intensidad de aquella codicia y aquel deleite —que parecían casi estallar en la más diminuta concha o piedrecita de la playa— era una prueba severa de mis fuerzas.

Recuerdo que un día, según volvíamos perezosamente a casa en el crepúsculo tardío, con el planeta Venus flotando como una gota de agua luminosa en la prímula del cielo de poniente, pasamos junto a una casa baja de paredes blancas entre árboles. Y por una ventana abierta salía a la quietud la música de un violín. No sé qué reclamo secreto habría en aquella melodía; pero me detuvo en seco, mirando en torno como en busca de refugio, y entretanto absorbiendo los ligados lamentos.

Curiosamente turbada, me agarré a la falda de la señora Bowater. El cielo y el promontorio oscurecido me daban vueltas y se fundían en sueño.

—Señora Bowater —susurré como si me estuviera ahogando—, es extraño que estemos aquí.

Ella se dejó caer en la hierba a mi lado, de modo que su vestido esparció en el aire húmedo la fragancia del serpol, y tomó mis manos en las suyas. Con su cara larga junto a la mía, me zarandeó suavemente:

—¡Ea, ea! —decía—. Vamos, hermosa, vuelva en sí. Soy yo, soy yo, la señora Bowater... ¡Vamos, con lo que yo la quiero!

Yo sonreí, tanteé con la mano, abrí los ojos en la penumbra para contestarle. Pero

una nube negra me los cegó, y lo siguiente que recuerdo es que desperté sintiendo que me llevaba en brazos, fría y medio exánime; y que ella a cada poco echaba a correr pesadamente, escudriñando mi rostro con una ansiedad que hasta con mi escasa conciencia me parecía excesiva.

Cuatro días después, cuando yo ya estaba completamente restablecida, encontramos en la mesa de desayuno de nuestra tranquila habitación con vistas al mar un correo inusitadamente abundante: un sobre ancho, de aspecto impresionante, y un periódico para la señora Bowater, y un paquete de Fanny para mí. El tiempo y la distancia me habían divorciado del pasado más de lo que creía. La mera vista de su letra me infundió temor. «¡Fanny! Cielo santo», gritó una voz dentro de mí, «¿qué sucederá ahora?».

Pero debajo del papel marrón no encontré más que un libro, que, por ser de los más proporcionados a mi tamaño, abrí con profundo alivio. Mi alegría fue prematura. El libro que Fanny me enviaba era del obispo Jeremy Taylor: *Santa vida y muerte, con oraciones en las que se contienen los deberes todos del cristiano*. Leí y releí este título con recelo y consternación solapados, y casi en el mismo instante descubrí, ligeramente prendido entre las guardas, y sobre la dedicatoria —«A Menudencia: In Memoriam»—, un papel de un par de pulgadas, escrito a lápiz con la escritura más diminuta de Fanny.

Una mirada lenta y furtiva me reveló a la señora Bowater demasiado absorbida para haber notado mis pequeños movimientos. Estaba sentada muy tiesa, con la frente muy fruncida de forma poco usual. Al lado del plato tenía una carta abierta. Miraba al periódico, pero como si no lo viera. Yo, con infinito disimulo, trasladé el papelito de Fanny debajo del mantel, lo doblé en pequeño y me lo metí en el bolsillo de la falda. «Un regalo de Fanny», exclamé, por fin, en voz sonora.

Pero la señora Bowater, pálida y cariacontecida, ahora mirando fijamente a una vitrina que contenía tres aves acuáticas disecadas, no me había oído. Esperé sin levantar de ella la vista. Dobló el periódico y se quitó las gafas.

—Cuando volvamos —empezó incongruentemente—, la distinguida señora Monnerie la invita a usted a su casa de Londres..., no para una semana ni dos, sino para siempre. Bueno será, me figuro, puesto que lo pagado es pagado y yo no tengo más título sobre usted.

La voz automática cesó con un ronquido. Sus pensamientos parecían divagar. Sobre las mejillas subió los nudosos dedos, casi hasta los ojos.

—Se dice —añadió, con la boca larga y recta— que ese desgraciado muchacho, el señor Crimble..., está enfermo.

Me lanzó una ojeada, aparentemente sin verme, y se marchó de la habitación.

¿Qué estaba pasando? ¡Ah, qué mundo! Temblando, con un espanto vacío, oí sus pisadas recias y amortiguadas en el cuarto de arriba. El periódico, con una cruz garrapateada en el margen, permanecía junto al sobre grande y desorillado de la señora Monnerie. No pude aguantar más la zozobra. A gatas me estiré sin hacer ruido

sobre el blanco mantel, y más allá del maloliente plato de grasa de tocino en proceso de coagulación alcancé a leer las últimas líneas de letra gris-negra de la columna: «El reverendo señor deja madre viuda. Era hijo único y contaba veintinueve años».

«Deja»..., «era»...: las sucias letras me nublaron la vista. Se acercaban pasos. Me replugué en mi taburete de tapicería subido sobre una silla. La señora Petrie volvía para recoger las cosas del desayuno. Sin mover un músculo oí cómo me informaba alegremente de que el termómetro seguía subiendo, y de que no recordaba ella que en ese mes hubiera hecho un tiempo parecido desde hacía diez años o más. «Debe ser usted eso que dicen un alción, señorita»^[34]. Me felicitó con una sonrisa, y deploró con el gesto que hubiéramos dejado intacto el tocino.

—Voy a salir a que me dé un poco el aire, señora Petrie —se oyó la voz de mi patrona por la rendija de la puerta—. Señorita, ¿querrá usted estar lista para el paseo dentro de media hora?

Nuevamente a solas, oí que el despertador de encima de la chimenea tictaqueaba como si cada latido se lo sacaran a la fuerza de la maquinaria y pudiera ser el último. Un par de moscas madrugadoras —mis extrañas amigas de siempre— zigzagueaban silenciosamente bajo el techo. El mar relucía como un espejo inmenso. Por la ventana abierta entraba a bocanadas el olor refrescante de las algas, más penetrante que nunca.

Con la boca seca y un corazón que sacudía mi cuerpo a cada latido desdoblé el papelito de Fanny.

«Sapiente M.: He tirado la piedra. Y ahora me juego mi pobre cabeza. ¿Podrás, y querrás, enviarme en el más absoluto secreto el dinero que te sobre? Quince libras, si es posible. Estoy en un pozo, a cinco brazas de profundidad, pero pienso salir de él. Te lo pido *a ti*, antes que a mi madre, porque recuerdo haberte oído decir que apartabas dinero de esa rentita tuya de señorita independiente. ¡Lo mejor serían billetes! Si no, un giro postal a esta dirección, *como sea*. Tengo que confiar en la suerte, y en tus maravillosos arrestos, si quisieras ser realmente buena. Será sólo hasta que cobre la próxima paga. Si no puedes —o no quieres— ayudarme, caerá sobre mí la condenación; pero de todos modos te lego un beso todo de miel y rosas, y quedo, *pro tem.*, tu desesperada F.

»P. D.: Por nada del mundo le des esta dirección a M.; dentro de una o dos semanas reiremos y lloraremos todas juntas por la Hija Pródiga».

Fanny, pues, no había sabido las noticias de aquella mañana. Una y otra vez leí sus letrillas en busca del menor indicio, con las ideas revueltas. Aquella cruz garrapateada en el periódico; esto que parloteaba y bailoteaba como un esqueleto delante de mi vista; y «la piedra», «la piedra». ¿Qué significaba? La palabra reverberaba en mi cabeza como voceada bajo una bóveda. Sintiendo un mareo y un terror mortal, me puse en pie como para escapar, y no hallé sino mi propio rostro desencajado en el espejo de chimenea de la señora Petrie, con sus flores y sus mariposas.

«¡Tú, tú!», clamaron mis ojos contra mí. Y en mi interior se desató una furiosa tormenta de remordimiento, dolor, espanto. Supe toda la horrible verdad. Allá al otro

lado de la mesa, como una Sombra en medio de la claridad, estaba el señor Crimble sin mirarme, apartando la cara. Un desconsuelo inenarrable me hundi6 los hombros, me congel6 la piel.

—¡Pero usted dijo «enfermo»! —murmuré por fin rabiosa a la señora Bowater, cuando su figura, con el sombrero puesto, apareció en la puerta—. He mirado donde está la cruz. ¡Está muerto!

Ella cerró la puerta con ambas manos y se sentó al lado, en una silla.

—Me he corrido el Paseo de punta a punta, señorita..., intentando atar los cabos. Sólo pensarlo da horror: ese pobre muchacho engañado. Son cosas que...

—¿De qué ha muerto, señora Bowater? —demandé.

Ella echó mano al periódico, lo dobló bien, asintió con la cabeza, la sacudió. «Hace cuatro noches», dijo. Y aun entonces, no sé qué último retazo de devoción —no de fidelidad, no de temor, porque ansiaba abrirle mi corazón— selló mis labios. *Santa vida y muerte. Santa vida y muerte.* Leí una y otra vez las letras de desvaída doradura de la tapa del regalo de Fanny, ella con sus sarcasmos y también desesperada. «Condenación»: esa palabra me retumbaba en el cerebro.

Pero la pobre señora Bowater no esperaba ninguna confesión mía. Había corrido demasiado para sus fuerzas. Cuando volví a mirarla, cabeza y sombrero descansaban en el papel de guirnalda de rosas de la pared, la boca estaba entreabierta y los párpados temblaban. Ahora me tocaba a mí implorarle que «volviera»; y, sin conseguirlo, al cabo logré encaramarme y tirar de la campanilla.

CAPÍTULO XXX

Contemplé con horror la figura angulosa tendida en el sofá de crin largo y estrecho. Los ojos cerrados: era egoísta dejarme así.

—Ea, señorita, no se lo tome usted de esa manera —decía la señora Petrie—. Ya vuelve en sí la pobre. Irme y dejar las cosas de golpe y porrazo, más de una vez me habría gustado a mí, aunque también es verdad que ustedes han venido a pasarlo bien.

Pero el que me tranquilizó fue el médico de Lyme Regis, un hombre solemne de hombros caídos: me bastó verle para saber que la señora Bowater no se iba a morir. Él la miró desde arriba, insistiendo cortésmente en que no intentara incorporarse. «Habrá sido este calor anormal que estamos pasando. Sumado, claro está, a un corazón que no es muy fuerte». Le mandó reposo total en cama durante algunos días: dieta ligera, nada de preocupaciones, y él volvería a visitarla. Mi presencia bajo las cortinas de sarga no la había detectado, aunque según salía de la habitación me pareció observar que dirigía una mirada nerviosa a su alrededor.

Me quedé sola bajo la ventana quieta y soleada, y, cuando ya no lo pude soportar, subí por la escalera estrecha y empinada al cuarto de la señora Bowater, y allí estuve un rato sentada, sosteniendo la mano que pendía del lecho. El visillo se inflaba suavemente con la brisa. Por el techo corrían luces brillantes, señalando el paso de coches y carros por la explanada. Temerosa de que hasta las puntas de mis dedos me delataran a la forma plana que yacía bajo el cobertor, traté con ahínco de pensar. Mi mente era un torbellino de miedos y presagios; pero en aquel momento había ante mí una sola cosa apremiante sobre todo lo demás. Debía olvidarme de mis desdichas, e ingeniármelas como fuera para enviarle a Fanny el dinero que necesitaba.

Como fuera; sí, pero ¿cómo? Los pobres ahorrillos que sacaba de la asignación trimestral estaban en Beechwood Hill, encerrados en el cofre de debajo de la cama. ¿Por qué medio imaginable podía posesionarme de ellos sin que la señora Bowater lo supiera?

La conciencia me rezongaba al oído palabras duras mientras permanecía allí sujetando entre las mías aquella mano fría y exánime, a la vez que por dentro corrían sigilosas esas maquinaciones.

Cuando mi paciente se durmió, volví al piso de abajo, hecha, ya que no una mujer mejor, sí más resuelta. Llevaba las llaves de la puerta y del cofre colgadas de una cinta al cuello; las solté, y las metí en un sobre con esta carta:

«Estimado don Anónimo: Deseo pedir por favor su ayuda. La mayor de estas llaves abre la puerta pequeña de mi casa, y la otra un cofre que hay debajo de mi cama. ¿Tendría usted la bondad de ir a casa de la señora Bowater mañana, después de que anochezca (no habrá nadie), sacar Veinte Libras que encontrará en el cofre, y enviarlas a la *Señorita Fanny Bowater, Hotel del Ancora y la Corona, B...*? A mi regreso le daré las gracias.

»Suya muy afectísima,

Es curioso. Más de una palabra lisonjera, falsa, se me había ocurrido mientras pergeñaba mentalmente la carta junto al lecho de la señora Bowater, y aun mientras sostenía en la mano la pluma corroída y despuntada de la señora Petrie. Pero un último resto de honradez me obligó a ser concisa y fría. Estaba decidida a mostrarme totalmente franca con *él*, aunque yo misma me viera como la oscura imagen del que a tientas trata de salir de una ciénaga. Metí los dedos en un jarrón de alhelíes, mojé el engomado, cerré el sobre y escribí en él esta dirección: «Señor..., Residente en una Casita cercana a la Granja al Noroeste de Wanderslore, Beechwood, Kent». Y rogué al cielo que llegara a su destino.

Para Fanny no tuve palabras: tan sólo una mera promesa descarnada de ayudarla tan pronto como pudiera, un mensaje idiota. Los tres días siguientes fueron de una soledad casi insoportable. De don Anónimo no cabía esperar respuesta, porque con las prisas había olvidado darle la dirección de la señora Petrie. Cavilé con horror sobre lo que podría pasar si no le llegaba mi carta. Compartí la condenación de Fanny. Dondequiera que fuese, un señor Crimble silencioso me seguía los pasos. Entretanto descubrí que la señora Bowater tenía escondido el periódico debajo de la almohada.

Al cabo no pude resistir más, y, al lado de la cama, le pregunté si me permitía leerlo. Hasta ese momento ninguna de las dos había aludido siquiera al tema. Ella, recostada sobre las almohadas, frente a cuya blancura su largo rostro tenía un color extraño, consideró mi petición.

—Bueno, señorita —dijo por fin—, ya sabe usted demasiado para no saber más.

Desplegué las dobladas hojas sobre la raída alfombra, y me leí despacio, de cabo a rabo, la relación tiznada y prosaica. Había trozos que se me grabaron en la memoria como una fotografía. El señor Crimble había celebrado el servicio vespertino de aquel día, con aspecto de estar «enfermo y cansado, aunque nunca había aparentado una salud robusta, a consecuencia de su dedicación infatigable a sus deberes eclesiásticos y parroquiales». Acabada la función y dispersa la modesta asamblea, había permanecido sentado a solas en la sacristía durante tanto rato, cosa no frecuente, que por fin el sacristán de San Pedro, un tal señor Soames, deseoso de volver a casa para cenar, se asomó a la puerta preguntando si necesitaba algo más de él. El señor Crimble «alzó la cabeza como sobresaltado», y «respondió negativamente, sonriendo»; y a continuación, «cerrando tras de sí la puerta del lado este», «salió apresuradamente» de la iglesia. Ningún otro ser humano puso los ojos en él hasta que le encontraron, a las once y veintisiete minutos de esa noche, en un cobertizo que había al pie del jardín de su madre. «El infortunado tenía la cabeza casi separada del tronco». «Era hijo único y contaba veintinueve años. Una general condolencia rodea a su anciana madre, postrada por el trágico suceso».

Apoyándome en las manos y las rodillas, temiendo que la señora Bowater me

interrumpiese antes de estar preparada, miré el periódico sin pestañear. Entendía todo lo que ponía, pero me resultaba tan extraño como si estuviera escrito en arameo. Yo había visto al señor Crimble, le había conocido. Entonces ¿quién era éste? La garganta se me pegó cuando, girando la cabeza un poco, logré preguntar:

—¿Qué es una investigación judicial, señora Bowater?

—Sonsacar los porqués y para qué —fue la respuesta, embozada por un pañuelo que se llevaba a la boca.

—¿Y este «porqué»? —susurré, agazapándome.

—Eso lo sabrán él y su Creador —dijo la voz—. El pobre muchacho había puesto el corazón ya sabemos dónde. Quien mala cama hace, en ella se yace, señorita. En nadie está el juzgar; aunque puede servir de lección.

—Señora Bowater, entonces usted sabía que yo lo sabía.

—No, no. Lección para *usted* no, señorita; no he querido decir eso. No es usted la que debe preocuparse, aunque tengo que decir que... en mí siempre ha sido costumbre, aunque sin ser curiosa, líbreme Dios, estar enterada de más cosas de las que podía enderezar. Fanny y yo hemos hablado del asunto hasta que ya no podíamos mirarnos a la cara, por miedo a lo que pudiéramos decir. Pero es hija de mi marido de la cabeza a los pies, y quizá yo no haya sido todo lo severa que había que ser. Usted hizo lo que podía. La conciencia humana no puede pedir más de lo que el ser de cada uno es capaz de dar.

Hice lo que podía... Me encogí, mirándome fijamente los nudillos, y fue como si en mi cerebro hablase un pequeño concurso de extraños en cabildeo. Tenía los ojos secos; creo que el espectro de una sonrisa se había arrastrado hasta mis labios. La señora Bowater se irguió sobre la cama para mirarme.

—Lo malo son las cartas —me susurró—. Si él no las ha destruido, se las leerán a toda la parroquia.

Me encogí más.

—Se alegrará usted de librarse de mí, señora Bowater. Yo me alegraré de librarme de mí misma.

Ella sacó de entre las sábanas un brazo largo y flaco.

—¡Quite, quite! —exclamó.

—Sí, quíteme, quíteme —dije yo—. No puedo soportarlo, señora Bowater. No quiero vivir.

—Vamos, señorita, descanse usted y no piense más.

Me alisó el pelo y musitó una cancioncilla, como si fuera una nana.

—Vamos, que —murmuró sarcásticamente—, ¡ni que yo también hubiera sido madre!

Durante un rato se hizo el silencio entre nosotras, y después, incorporándose sin hacer ruido, me miró, y, encontrándome aún despierta sobre la almohada, se le extendió por la cara una sonrisa larga.

—¡No parece que ni a usted ni a mí se nos dé bien esto de dormir de día!

CAPÍTULO XXXI

Un par de días después partimos de mañana hacia nuestra casa; el mar se cuajaba en blanda espuma sobre sus piedras, y a lo lejos, en el borroso horizonte azul, había un barco solitario. Éramos una pareja de viajeras abatidas, cada una con el rostro serio vuelto a su ventanilla, sumida en sus pensamientos y evitando en lo posible todo intercambio de miradas que pudiera traicionarnos. Por primera vez en nuestra amistad, la señora Bowater se impacientó un poco conmigo por dificultades y complicaciones que yo no podía evitar a causa de mi tamaño.

Ya en el porche, con la llave en la cerradura de la puerta, me miró con una sonrisa angosta entre la nariz y la mejilla. «Será verdad, señorita, que en casa es donde mejor se está», empezó, «pero...». Ciertamente, el oscuro pasillo no invitaba a entrar; el reloj se había parado. «Voy a preguntar dónde anda Henry», añadió abruptamente.

Yo entré en la habitación estancada, subí corriendo mi escalerita con el corazón al mismo tranco... y me detuve. No sólo era mi espectro lo que allí me estaba esperando, sino un pasado que parecía murmurar «Nunca más, nunca más» desde todos los objetos de la estantería y la pared. Sin embargo, en el aire frío había una fragancia débil y desacostumbrada. Aparté la cortina y me asomé. Sobre mi cubrecama se desvanecían unas cuantas violetas marchitas, marfileñas y levemente rosáceas.

Estaba sola en la casa, y hasta oculta a la mirada frígida del señor Bowater. Pero a la vista de aquellas flores me acometió un ligero vértigo, y tuve que sentarme en la cama por unos momentos para recobrarme.

Luego me arrodillé, y con el corazón golpeando en el costado saqué de su escondite el cofre donde guardaba el dinero. Estaba cubierto por el polvo imperturbado de nuestra ausencia, y cerrado con llave. Di un paso atrás, llevándome una mano a la boca. ¿Qué podía significar esto? Mi desconocido había entrado y salido. ¿Habría tenido el estúpido escrúpulo de, tras sacar las veinte libras, volver a echar la llave al cofre casi vacío?

¿O acaso, en el último momento...? El enigma me angustió tanto que inmediatamente sentí un violento dolor de cabeza. Pero de momento nada se podía hacer. Metí las violetas en un cajón, empujé el cofre a su sitio, y, fingiendo como pude que me comía la cena, me dispuse a pasar la noche.

Una por una dieron las horas los relojes del vestíbulo y de la cocina, y con el viento, que soplaba del este, llegaron las campanadas de San Pedro. Yo las conté mecánicamente, revolviéndome de acá para allá, como si en esa necia aritmética me fuera la vida, y aun así dispuesta, como Job, a maldecir el día en que nació. ¿Qué había sido mi existencia sino una ciega inutilidad, mi atención a los demás sino una máscara del egocentrismo y el egoísmo? Sin embargo, pese al estado alborotado de mi mente, debí dormir, porque de pronto me encontré rígida, estirada y del todo

despierta, escuchando un golpeteo cauteloso y repetido en el cristal de la ventana. Junto a mí, en un platillo de agua, ardía una lamparilla de sebo. Por primera vez en mi vida, por lo menos desde que era niña, me había dado miedo afrontar la oscuridad. Por qué, no lo sé; pero al punto salté de la cama y extinguí la luz. Era una noche sin luna, pero clara y estrellada. Miré a través de las cortinas, y en el jardín vi una figura velada: era Fanny.

Descorrida la cortina, nos miramos en la oscuridad, a través del frío cristal que nos separaba: sus ojos, en la nocturna palidez de su piel, parecían como congelados. Los oscuros labios murmuraban palabras, intentando darles una articulación exagerada, pero yo no podía entenderlas. Con aquellas contorsiones, el rostro parecía casi el de un trastornado. Me estremecí, sacudí la cabeza con violencia, y Fanny se apartó.

Aterrada ante la posibilidad de que se hubiera marchado, crucé a tientas la habitación en bata y zapatillas, y en seguida, abriendo mi puerta, salí al aire nocturno. Fanny me había oído, y haciéndome una seña con un dedo se volvió como para que la siguiera.

—No, no —señalé—; no tengo llave.

Con un ademán se acercó, se agachó, y allí mismo, en el porche, hablamos en voz baja.

—Menudencia —susurró sonriendo tristemente—, se trata de ese maldito dinero. Te lo explicaré. Ya no sé qué hacer sin él, estoy en un apuro tremendo.

Yo, arrebujaada junto a ella, no perdí el tiempo en hacer preguntas. Le dije que tenía que entrar, pero se negó en rotundo. Dinero, dinero era su única palabra; y que lo necesitaba antes de volver a ver a su madre. Yo, sin atreverme a decirle que no estaba segura de tener aún mis ahorros, aparté su mano cuando se arrodilló ante mí en el último escalón. «Tengo que ir a buscarlo», dije.

Por fortuna, el cofre no era el más pesado de los baúles franceses de mi abuelo; no era el oportuno amigo chapeado de latón de otros tiempos, y apenas encerraba otra cosa que papeles. Lo subí a la cama, y, como recientemente había visto hacer a los mozos de estación, me las compuse para meterme debajo y echármelo a la espalda, aunque de tal manera se me clavaba el borde en el hombro que creí que me lo partía. Con esa carga bajé cuidadosamente la escalerilla, atravesé despacio la habitación y salí al pasillo, hacia el arco grisáceo de la puerta abierta.

En el umbral me esperaba Fanny, y al verme llegar boqueando bajo aquel peso fue como si un espíritu bendito que habitase en su interior la hiciera titubear. «No, no», murmuró, y retrocedió como si de repente le diera vergüenza lo que estaba haciendo. Pero yo seguí adelante, y la prudencia prevaleció. Con algo que podía ser un suspiro o un sollozo, me arrebató la carga y se la metió como pudo debajo de la capa.

—; Ay, Menudencia! —susurró tontamente—. Ahora tenemos que hablar.

Y, tras sacar el pestillo de la puerta, tomamos con paso rápido y cauteloso el

camino de Wanderslore.

Subimos la tranquila cuesta. Era como si la noche fresca y fragante tirase de nosotras para tragarnos. Sin embargo, *allí* brillaban las estrellas de costumbre; allí, en efecto, para asombro mío, como si el reloj celeste del universo hubiera retrasado sus manecillas en mi honor, estaba la constelación de Orion.

Llegado que hubimos a nuestra haya, hecha una vasta y difusa tienda de hojas sedosas y susurrantes, Fanny se sentó en una raíz saliente y yo, jadeando, me quedé en pie delante de ella.

—¿Qué hay? —dijo, con risa ligera y desolada.

—¡Eso digo yo, Fanny! —exclamé.

—¿No me crees de fiar?

—¿De fiar?

—¡Eres el eco! Para entregarme todos estos caudales.

Yo eché una ojeada a las frondosas ramas de arriba y me senté frente a ella.

—Fanny, Fanny. ¿Te has enterado?

—¡Si me he enterado, dice! —Esta vez era ella el lorito—. ¿Para qué estoy aquí, si no es para enterarme de más? Pero es igual; ya ha pasado todo. ¿Mamá...?

—¡«Todo», Fanny! —la interrumpí—. ¿Todo? Pero ¿y las cartas?

—¿Qué cartas? —Me miró fijamente, y añadió, apartando los ojos—: Ah, ¿las mías? —Y pronunció esta palabra con un largo suspiro inagotable—. No pasa nada. Él no escondía, quemaba. Ni tuyas ni ajenas; ni siquiera a su madre. Destruído hasta el último papel. ¡La envidia! No hizo más que abandonar, salir, *fuera*. Eso también lo envidia.

—¿Ni siquiera a ti, Fanny? ¿No tuvo una palabra ni para ti?

La figura que había delante de mí se agazapó un poco más.

—Decían —fue su evasiva respuesta— que la melancolía es hereditaria en la familia.

Creo que la palabra me asustó más todavía que su significado.

—Melancolía —repetí las melodiosas sílabas—. ¡Ay, Fanny!

—Escucha, Menudencia —rompió su voz fríamente—. No me cuesta trabajo imaginar lo que me estará esperando cuando vuelva a casa..., que no ha de ser muy pronto, te lo aseguro. Me imagino, también, lo que estarán diciendo de mí tus amigos *lady* Pollacke y compañía. Que digan lo que quieran. No se puede evitar. Lo soportaré y trataré de sonreír. Quizá pudiera ser todavía peor, si se supieran peores cosas. Pero tu censura no la acepto, ni siquiera viniendo de ti. Yo no era su guardiana. No le engañé. Lo niego. ¿Podía impedirselo..., que me quisiera? ¿Fue lo bastante hombre para ir por lo claro? ¿Le dijo a su madre: «La tomas o la dejas, pero yo he decidido tomarla», como yo habría hecho? No, era un día que sí, otro día que no. Contemporizó; fue... cobarde. ¡Ay, la eterna lucha a muerte entre el cuerpo y la mente! Siglos antes de que tú entraras en escena ya estaba atosigándome..., hasta que

llegó un momento en que al oír campanas de iglesia casi me daban arcadas. Tú me dirás qué era lo que me tenía indecisa sino el puro pavor de lo que ese hombre pudiera llegar a *hacer*. Y aún más, señorita Chochina, ¿quién me dijo que tirase la piedra? ¡Puaf! Me asquea la falsedad de este mundo. Yo ni puedo ni quiero ver las cosas si no es con mi razón. Mi razón, te digo. ¿Para qué sirve, si no, una maestra? ¿Me quería él por lo que *yo soy*? ¿Quién se pasaba el tiempo suplicando que su hermoso amor se mantuviera en secreto? Querida mía, hubo una vez un filósofo llamado Platón, que envenenó el alma del Hombre.

Carne y espíritu, Fanny debía de estar muy cansada. Su voz tremolaba como una bandera hecha jirones.

—¡Pero escucha, escucha! —le imploré—. Yo no te he culpado de eso, Fanny. Lo juro. Quiero decir, no se puede evitar *no amar*. Eso lo sé. Pero quizá si sólo hubiéramos... Es horrible imaginarle allí solo, sentado..., la sacristía..., y luego alzando la vista «con una sonrisa». ¡Oh, Fanny, con una sonrisa! Casi no me atrevo a imaginar lo que pasaría por su cabeza..., y el sacristán asomándose. Me paso todo el día pensando en él.

—Y yo toda la noche —llegó la respuesta, disparada a la oscuridad—. ¿Así que no era cristiano?

—Fanny —me tapé los ojos—. No digas eso. Las dos nos asfixiaremos en la ciénaga si ni siquiera te permites escuchar lo que estás diciendo.

—Bueno —dijo, obstinada—, asegúrese usted de asfixiarse la última, señorita Mosca. Tiene usted amplio espacio para posarse en el hombro de Fanny.

Sentí, más que vi, la mirada casi de odio que me lanzaba bajo el ceño fruncido.

—Ríete de mí todo lo que quieras —fue mi mísera respuesta—, pero yo he cumplido la palabra que te di..., casi; y he sido yo quien ha colaborado..., sí, lo sé.

—Ah, ¡casi! —recogió las palabras su ágil lengua—. ¿Y qué más, si se puede preguntar?

Respiré hondo, con los ojos, casi ciegos, fijos en los bellos y misteriosos prados que se extendían bajo nosotras.

—Vino otra vez. No hace tantos días de eso. Y hablamos, hablamos, y yo acabé cansada, sí, y malhumorada. Le dije que únicamente me estabas utilizando. Era verdad. Dije que lo único que podíamos hacer era seguir queriéndote... y mantener la distancia. Ya sé, Fanny, que yo no puedo importar nada; no entiendo demasiado. Pero eso es verdad.

Ella se inclinó más hacia mí, como incrédula, con el semblante tan sereno en su absorción como el planeta que pendía del cielo rojinegro en un claro de las hojas.

—¡Qué candidez! —rió entrecortadamente y sin respirar.

La voz se apagó. Su boca se relajó. Y de pronto fue como si mi viejo amor por ella me llenara otra vez el corazón. En mi interior se alzó una compasión ardiente, inarticulada.

—Escucha, Menudencia —continuó—. Eso era sincero. Y yo también puedo ser sincera. Me da igual lo que dijeras. Aunque me hubieras aplicado la palabra más vil de las que se usan por ahí, aun así te habría perdonado. Pero ¿qué querías, que cediera? ¿Que claudicara? ¿Tú has visto alguna vez a la comadre Grundy^[35]? Te digo que ese hombre me persigue: la negrura, la muerte. ¡Ese cobertizo! ¿Te crees que no veo lo que hay dentro? Le tengo sentado junto a mi cama. Me como su sombra con la comida. En todas las esquinas de la calle se mueve y desaparece su sombrero de fieltro negro. ¡Si encima no hubiera sido tan solemne, tan insignificante!...

Su risa baja, torturante, tembló bajo la oquedad del haya.

—Y te aseguro —continuó despacio, como si yo estuviera lejos— que si no se anda con mucho cuidado voy a acabar yo igual. No lo soporto..., que me *espíen* de esa manera. ¿Te crees que no se puede pecar *después* de muerto? ¡Si en todo caso me hubiera descubierto..., delatado! Por lo menos habríamos quedado iguales. ¡Pero eso! —Y echó atrás la cabeza—. Eso no es más que una cosa. No era mi intención humillarme así. A ti parece que te dan igual las humillaciones que yo tenga que soportar. Tú te estás ahí sentada, sin sentido para mí, mirándome sin pestañear, nula y vacía y absurda. Sin embargo, eres humana: sientes. Dijiste que me querías: sí, sí. Pero tocarme, venir aquí —se puso la mano casi cariñosamente sobre el pecho— y ser humanamente generosa, no. Eso es tan ajeno a tu naturaleza como... a la del niño cambiado^[36]. ¡Contaminación, quizá!

Sus ojos brincaban en derredor, como si hubiera perdido el sentido de la dirección.

—Y ahora ese espectro sin lengua que no deja de mirarme. —Se estremeció, ocultando la cara en las manos—. ¡Qué miseria todo!

—Fanny, Fanny —imploré—. Tú sabes que te quiero.

Pero las palabras sonaron frías y distantes, y una renuencia mortal me sujetó donde estaba, a pesar de que ansiaba confortarla.

—Y a veces, lo confieso, también te he odiado. No siempre te has portado muy bien conmigo. Estaba intentando curarme. Tú me estabas curando. Pero todavía sigo..., un poco.

—Es inútil, es inútil —repuso ella, dejando caer las manos en el regazo y mirando sin expresión al suelo—. No puedo sentirlo; no puedo ni llorar. Y todo lo que tú dices no es más que compasión. Yo eso no lo quiero. ¿Seguirías compadeciéndome, me pregunto, si supieras que, aunque he venido a recibir de ti ese miserable dinero, venía dispuesta a meterme contigo, a acusarte de haberme mentido?

«Meterse conmigo», «mentido». Las mejillas se me acaloraron. Eché la cabeza atrás con brusquedad y la miré fijamente. «No te comprendo».

—Ahí está. ¡Qué he dicho! No me comprende —exclamó con un sollozo, como si llamara a los ángeles por testigos de su asombro—. Bien, pues entonces, permita que Fanny le diga, señorita M., quienquiera y comoquiera que usted sea, que ella, sí, hasta ella, puede entender también esa etereidad. ¡Ah, estos últimos días! Ya he tragado

bastante. Tomarlo todo y no dar nada: no hay otro medio de salvación en un mundo como éste.

—Pero has hablado de «meterte conmigo» —insistí, con los ojos fijos en el cofre que yacía entre las romas frondas de los helechos nuevos—. ¿Qué has querido decir con eso? Hice todo lo que pude. Tu madre estaba enferma. Se desmayó, Fanny, cuando llegó el periódico. Yo no podía venir ni una hora antes. Así que escribí a... un amigo, enviándole mis llaves, y pidiéndole que buscara el dinero para mandártelo. Sé que mi carta le llegó. Quizá —vacilé, temerosa de lo que pudiera pender sobre nuestras cabezas—, quizá el cofre esté vacío.

Pero no tenía por qué cansarme. El enigma no era del todo inexplicable. Por el momento las aflicciones de Fanny parecieron desvanecerse. Su cara, su voz y sus movimientos cobraron animación para contarme cómo, la noche anterior, había venido a llamar por la ventana, pensando que su madre y yo podríamos haber vuelto de Lyme Regis. Y de repente, según estaba en el jardín con la cara pegada al cristal, otra cara totalmente extraña se le había hecho visible, y la figura de «un ser horrible, enano y maligno» había aparecido en el porche.

Al pronto había pensado —pero sólo por un instante— que fuera yo. «Mamá, por supuesto, le había mencionado en sus cartas, pero», y Fanny me miró abriendo los ojos, «yo nunca imaginé que fuera, en fin, *así*».

Entonces, sin darle la menor ocasión de explicar su presencia, había cometido la necedad de ponerse a vituperarle, ¡acusándole de violentar la cerradura para entrar a robar! «Y él seguía allí encogido, mirándome..., desde la puerta de mi propia casa». La imagen de Fanny allí impotente a la puerta de su casa, y de aquellos dos cara a cara en el porche, ese final ridículo de mi estratagema me llenó de miserable hilaridad: apoyé atrás la cabeza, y reí y reí estridente y lamentablemente, hasta que me escocieron las lágrimas en los ojos. Si esa noche hubiera andado algún escucha por el bosque, creo que se habría apresurado a huir.

Pero a Fanny pareció escandalizarla mi ligereza. Miraba ansiosamente a las claras penumbras que nos rodeaban.

—¿Y qué? —dije yo, todavía pugnando por recobrar el dominio de mí misma—. ¿Qué pasó entonces, Fanny? ¿No vendría un guardia, verdad?

Pero su recuerdo de lo que había pasado después era confuso, o quizá no quisiera ser demasiado exacta. Todo lo que pude sacarle con claridad fue que, después de unas palabras airadas y amargas entre ella y don Anónimo, él se había limitado a cerrar de golpe mi puerta tras de sí y retarla a que hiciera lo que quisiera.

—Estuvo muy valiente —comenté.

—Ah, no —dijo Fanny amablemente—, si yo no culpo a tu amigo, Menudencia. Me pareció absolutamente *competente*.

Pero tampoco entonces quedé satisfecha. Si Fanny había venido en secreto a Beechwood, como insinuaba, y había pasado la noche con una amiga, únicamente por recibir las últimas noticias del señor Crimble, ¿cuál era ese otro problema, tan

desesperado que le había hecho perder los estribos y la compostura al encontrar allí a don Anónimo? ¿Y si la casa hubiera estado vacía? La curiosidad pudo más que yo, y la pregunta no demasiado inocente se me escapó:

—¿Querías, entonces, parte del dinero para el luto, Fanny?

Su rostro oscuro y pálido, sobre la negra capa envolvente, respondió a mi mirada con asombro.

—¡Luto! —exclamó—. Sería el colmo de... No, luto no, Menudencia. Le debo un poco a una persona amiga..., y no sólo dinero —añadió con peculiar intensidad—. Por supuesto que si tienes alguna duda de si prestarlo...

—Dar, no prestar —dije.

—Sí, pero ¿cómo llegamos hasta él? Yo no puedo ir por ahí cargando con eso, y tú dices que la llave la tiene él. ¿Lo rompemos?

La pregunta llegó tan deprisa que no tuve tiempo de pensar qué otra cosa además de dinero —y, por supuesto, amistad— se le podía deber a una persona amiga, y sobre todo a una persona a la que se nombraba apretando los dientes.

—Sí, rómpelo —asentí—. Es un cofre vulgar.

—¡Pero muy bonito!

Con las rodillas encogidas, y ahora tiritando después de mi estallido de hilaridad, contemplé sus trabajos. Mi amado cofre podría resistir a polillas y mohos, pero ante Fanny no tenía nada que hacer. Ella envolvió una piedra grande en su pañuelo de seda. Unos cuantos golpes fuertes y amortiguados: la cerradura se rindió y la luz de las estrellas se derramó sobre mis tesoros como leche del cielo.

—¡Vaya, Menudencia! —susurró Fanny, contando delicadamente los billetes con sus dedos largos y blancos—. Eres más rica de lo que yo creía: una Cresa. ¿No fue un gran riesgo? Quiero decir —continuó al no recibir respuesta— que no me extraña que fuera tan precavido. ¿Y cuánto puedo coger?

Pareció como si un espacio vacío, no de yardas sino de millas, nos hubiera separado de repente.

—Todo lo que quieras —dije yo.

—Pero yo no..., no me he metido contigo, ¿verdad? —Me sonrió, con la cabeza inclinada sobre su esbelto hombro, como remedando a mi Hipnos de marfil.

—No había razón para meterse. ¿No puedo yo tener un amigo?

—¡Hombre, un amigo! —replicó ella con ligereza, recontando mecánicamente los papelitos—. ¿Y qué me dices de todos esos Pollackes y Monneries de los que mamá está tan ufana? En seguida vas a volar a otra esfera. Serán las *antiguas* amistades las que entonces se queden de luto. Entonces no te dedicarás a mirar a la luna, hija mía.

—No, Fanny —dije yo tercamente—, de eso ya he tenido bastante por ahora.

—¡Chist! —susurró ella rápidamente, alzando la cabeza y llevándose los billetes al pecho, por debajo de la capa—. ¿Qué ha sido eso?

Escuchamos. Yo no oí nada: nada más que el suspiro de la hoja recién nacida, o la caída de la hoja muerta expulsada del árbol padre. Aún era temprano para el ruiseñor.

—Sería el viento —dijo Fanny.

—Sería el viento —le hice eco burlona—, o quizá una comadreja.

Ella dividió apresuradamente mis ahorros y me puso mi parte en el regazo. Yo me la metí debajo del brazo.

—¡Cielos, Menudencia! —clamó atónita—. Si estás casi desnuda. ¿Cómo lo iba yo a saber?

Yo me arrebujé en la bata y me puse en pie, tratando en vano de que mis necios dientes no castañetearan.

—No te preocupes por mí, Fanny —murmuré—. No pierden el tiempo abriendo investigaciones por los niños cambiados.

—¡Qué barbaridad, le ha llegado al alma! —fue su vengativo comentario—. Como si no tuviera una otras cosas en que pensar.

Con un pie desdeñoso metió mi cofre vacío debajo de un tejo achaparrado. Al parecer estaba escrito que Wanderslore se tragase una por una todas mis posesiones desechadas.

Volviéndose, sofocó un bostezo con algo que sonó muy parecido a un gemido.

—Bueno, pues *au revoir*, Menudencia. Dame cinco minutos de ventaja... ¿Sabes que te lo agradezco?

—Sí, Fanny —dije obedientemente, dirigiéndole una sonrisa.

—¿No quieres darme un beso? —dijo—. Ya sabes que *tout comprendre c'est tout pardonner*.

—No, Fanny —repuse—, gracias. Prefiero el inglés llano.

Pero apenas un minuto nos había separado cuando salté y di unos pasos tras ella, en las sombras por donde había desaparecido. Perdonarlo todo: qué lastimosamente fácil ahora que se había ido. Ella había intentado ocultarlo, echarle valor, pero había habido una desdicha indecible en cada pliegue de su capa, en los acentos de su voz, en cada gesto fatigado. Sus mismos ojos habían tenido mayor lustre a la luz de las estrellas por las oscuras sombras que los rodeaban. Pero comprenderla: yo no podía ni conjeturar qué horrible tribulación secreta me había estado ocultando. Y más allá de eso, también —un miedo repugnante, egoísta—, mi mente culpable era presa del temor a lo que pudiera hacer en su desesperación.

—Fanny, Fanny —llamé falsamente al silencio—. ¡Ah, vuelve! Te quiero; es verdad que te quiero.

Qué poco dichoso es a veces incluso el dar. No hubo ninguna respuesta. Me arrojé al suelo. Y luché conmigo misma en la oscuridad, aplastando todo pensamiento que me venía flotando a la mente, y hundiéndome progresivamente en las profundidades de la inconsciencia.

—¡Vaya, vaya! —Sonó junto a mi oído el susurro de una voz tierna y gutural—. Está usted helada. ¿Por qué se aflige tanto? Se ha ido. Escuche, escuche. Ellos no tienen ni amor ni piedad. Y yo..., no puedo vivir sin usted.

Me senté, negra de ira. El rostro de mi desconocido relucía oscuramente en las

tinieblas.

—¡Ya está usted espiándome otra vez! —bufé—. Vivir sin mí, ¿a mí qué me importa?... Váyase por ahí y...

Pero, gracias a Dios, el *muérase sin mí* no lo llegué a pronunciar. *Eso* no me persigue. No sé qué fuerza oculta que venía teniendo en aquellos últimos días se deshizo como agua.

—¡Ahora no, ahora no! —le supliqué. Y escapé a toda velocidad.

LONDRES

CAPÍTULO XXXII

Después... En fin, la vida gasta extrañas bromas. Londres me devoró en un par de semanas. No sé cuántas veces había querido imaginarme la mansión de la señora Monnerie. ¡Qué romántico era el edificio que mi imaginación pintaba! La casa, aunque impresionante dentro de su estilo, quedaba muy por debajo de aquellos sueños de ignorancia. Hacía el Número 2 de unas cuarenta puestas en fila, con pórticos entre columnas, que daban a una plaza inmensa. El único «jardín» de ésta, lugar principalmente frecuentado por gatos, niños, amas de cría, un señor viejo y patilludo en una silla de ruedas y gorriones, era visible a todos los transeúntes a través de una verja rematada en puntas de lanza. El perímetro de la plaza estaba pavimentado con losas de gran tamaño, y sobre cada escalinata pendía un tirador.

En los días despejados la plaza se llenaba de sol, y era como un tanque de calor y sequedad cegadora, en el que hasta mi cuerpo de salamandra boqueaba a veces cual pez fuera del agua. Cuando llovía y el cielo era bajo y gris, y silbaban los plátanos descascarillados y gorjeaban los gorriones, parecía como si el alma se me cayera a los pies. Y, con tiempo bueno o malo, el hollín y el polvo de Londres eran por igual enemigos de mis ojos, mis dedos y mi nariz.

Ni siquiera mi amado viento del noroeste, el cargado de nubes, venía totalmente limpio de tizne y carbonilla; ¡y cuando soplabla el este! Pero hay que recordar que yo era muy ignorante y pueblerina. En el largo trayecto en coche hasta la casa de la señora Monnerie, viendo aquellas millas y millas de casas renegridas y apretujadas, y tiendas y vallas y torres de iglesia, había comprendido por primera vez que la capital no es una parte de *Inglaterra*, sino una informe excrecencia humana que hay dentro de ella; y, aunque en seguida aprendí a respetarla *como tal*, nunca pude reprimir un suspiro a la vista de las hierbitas que luchaban por la vida en las grietas de las construcciones. Estaba muerta casi toda, de no ser por los seres humanos, y eso no se podía decir de Lyndsey, ni siquiera de Beechwood Hill.

Quizá mi imaginación llegase ya predispuesta por un dibujo en colores que me envió el señor Wagginhorne por san Valentín, cuando yo era niña. Ahora lo tengo colgado en la *nursery*, como recordatorio de que he estado casi muerta. En el centro, encima de un monte, pintada de oro y carmín desvanecido, rodeada de grandes estrellas azules de cinco puntas, y con unos valles verdes y estriados que arrancan de sus torres almenadas, hay una ciudad: *Jerusalén*. Sobre la ciudad campea una banderola estrecha, con estas palabras escritas en plata: «¿Quién oye la Voz de Mi Espíritu? ¿Y cómo vendrán a Mí los que a sí mismos se engañan?».

Repartidas aquí y allá en torno a ese núcleo central, y enlazadas con él por finas líneas como senderos ondulantes que partiendo de sus puertas cruzan montañas, valles y bosques, aparecen, con aspecto de marañas redondeadas si se las mira de lejos, las otras grandes ciudades del mundo: Roma, Venecia, Constantinopla, París,

etcétera. Londres está abajo, en el ángulo de la izquierda. La lente más poderosa no es capaz de apurar la habilidad y la inventiva del autor del dibujo (un artista que, según me contó el señor Wagginhorne, estaba loco el pobre: un perturbado furioso fueron sus palabras exactas). Porque ese Londres, visto de cerca, adquiere la forma de un jabalí hirsuto, negro y colmilludo, tendido con las patas estiradas y profundamente dormido. Y entre las patas, y también sobre el tronco del animal, hay un perfecto laberinto de vida: un rey y una reina con altas coronas, abejas con sus panales, un viejo barbudo y como desmayado, salteadores con espadas, viajeros con bestias y antorchas, posadas, una bandada de mariposas de vivos colores (de la misma proporción) revoloteando sobre lo que parece ser un estercolero, un río sinuoso, barcos, árboles, tumbas, cadáveres consumidos e insepultos, un niño que sale de un huevo, un fénix que levanta el vuelo, y así sucesivamente. Las ocurrencias de aquel pobre hombre no tenían fin. Cuanto más se mira, más cosas extrañas se descubren. Y, sin embargo, a una distancia de un par de pasos, su cerdo parece resolverse simplemente en una telaraña color de nube, una de las muchas que circundan a su vibrante *Jerusalén*.

Ahora no puedo por menos de preguntarme si aquel cuadro peculiar no habría instilado ya en mi joven espíritu un curioso horror hacia Londres; aunque es posible que mi aversión no requiriese ayudas artificiales.

De todos modos, no debo ser desagradecida. Esas impresiones eran vagas; en la esfera de lo tangible, la señora Monnerie me había trasladado al cogollo del mundo alcornioso y elegante. Su Número 2 pasó a ser mi casa. ¡Aquella espaciosidad, aquella soledad innatural, aquellos criados que jamás me dirigían ni una mirada hasta que les volvía la espalda, aquella *opulencia* callada, aquella etiqueta! Era imposible ser la señorita M. de todos los días. Nunca mis pies me hacían dar media vuelta sin que antes lo supiera su dueña. Dejé casi hasta de cuchichear conmigo misma mientras atendía a mis pequeños quehaceres personales.

Como era una paleta, echaba de menos la «sencillez» de la casa de la señora Bowater. Que las cosas no guardasen proporción con mi cuerpo era una vieja historia. Ni que decir tiene que a eso estaba totalmente acostumbrada. Pero aquí las cosas al principio no guardaban la menor proporción con mi gusto y mis hábitos, lo cual era muy distinto. De hecho, retrospectivamente me resulta muy difícil volver a reunirme con aquellas nuevas experiencias: con un yo que tan pronto estaba embriagado y extasiado como humillado y horriblemente incómodo frente a un entorno tan novedoso.

Tenía también una doncella, Fleming, de cara afilada y ojos verdosos, que, a diferencia de la señora Bowater, no mugía, sino que olisqueaba. Ya me retirase a dormir o me levantase por la mañana, siempre era con el acompañamiento de un olisqueo casi inaudible. Y nunca supe con entera certeza si aquel olisqueo era de la mente o del cuerpo, o de las dos cosas. Me costó trabajo habituarme a no hacer *casi nada* por mis propios medios. Fleming me despreciaba —o al menos yo lo sentía así

— hasta por vaciar la palangana del lavabo o doblar el camisón. Peor aún, nunca estaba segura de estar sola, tan sigilosamente atendía a sus obligaciones. Y además, la «compañía».

No es que, con el cambio, los últimos y negros días de Beechwood no parecieran todavía más negros. Al principio intenté repensarlos con calma, desentrañar mis errores y poner en orden mi pasado. Pero no pude, en medio de todo aquel esplendor. Tenía que dedicar mucho más tiempo a esquivar las meteduras de pata y a acostumbrarme a ser una especie de animal mimado y manso: manso incluso para sí mismo, quiero decir. Así que la casa de la señora Bowater se fue flotando en el pasado como una chocita ruin al borde de un río de aguas turbias. Entre aquellos viejos horrores y ansiedades, hasta se me había pasado la fecha de la boda de mi querida Pollie. Ahora ¡cuántas veces volvían a ella mis pensamientos! ¡Si hubiera sido *ella* mi Fleming!

Quise reparar el olvido, hasta el punto de echarme el orgullo a la espalda y encargarle a Fleming que me comprara (con el poco dinero que me había dejado Fanny) una cuna como regalo para Pollie y una caja de herramientas para su marido. Curiosamente, ante esa petición no olisqueó. Sus ojos verdes casi chispearon. Fue como si a la mención de la palabra «boda» se transformara en otra mujer. Y Pollie me perdonó del todo:

«Querida señorita M.: Mi madre y todos lo sentimos mucho y lamentamos que no pudiera usted venir, aunque estuvo muy bien. Y lo de olvidar ni lo diga siquiera, que Lyndsey no ha vuelto a ser lo mismo desde que la casona se quedó vacía. Estuvo todo muy bien, aunque como llovía a cántaros se hizo un charco grandísimo fuera de la iglesia y a todo el mundo le dio mucha risa. William y yo no sabemos cómo darle las gracias por los regalos tan bonitos que nos ha mandado. Will anda en la carpintería desde niño, pero hay algunas cosas que dice que nunca en su vida las oyó nombrar, pero serán muy útiles cuando sepa para qué se usan. Y mi madre dice que se nota el buen corazón que tiene usted, señorita, habérsele ocurrido lo que me manda a mí. No se puede figurar lo bonita que queda en el cuarto, que está recién empapelado, y yo espero, si no me está mal el decirlo, que sea tan útil como las herramientas de Will, que habiéndome casado a estas alturas ya no soy una niña. Claro que tengo a mi madre. Aunque si algo viniera esté usted segura de que será para los domingos, que para los días de diario es demasiado fina.

»Señorita, Dios quiera que esté bien y contenta en su nueva casa y que aquel sueño se haga realidad. El día de las tiendas pasamos un rato muy malo, pero yo me alegro porque todo acabó bien. Si escribe usted a la señora B., la saluda usted de mi parte, porque a mí no se me da bien escribir. Señorita, si hubiera usted oído las cosas que decía de usted se habría puesto colorada, que era usted un tesoro, y ella por la cara que tiene ha tenido que padecer lo suyo. Ser una mujer casada ayuda a entender las cosas, aunque gracias a Dios yo estoy buena y contenta, y William espera conservarme así.

»Ya tengo que terminar, confiando que esté usted muy bien de salud. Suya que lo es, Pollie.

»La señorita Fenne está muy mal últimamente por lo que me han contado, aunque todavía se maneja, más rara que nunca con la Iglesia y esas cosas. Adam Waggett, como era el amigo más antiguo de W., aunque yo no quería, iba a haber sido el Padrino, pero está sirviendo en Londres y no pudo venir».

Si yo suspiraba por la compañía de Pollie, ¿cómo expresar lo que la ausencia de la señora Bowater significaba para mí? Aun después de acostumbrarme a mi nueva

vivienda me despertaba a veces llamándola en sueños. Me había tratado con una bondad casi insoportable en aquella última mañana de mayo en Wanderslore, cuando fue a buscarme después de otra larga despedida... de don Anónimo. Después de que él se marchara nos quedamos las dos sentadas un rato en aquel hermoso frescor de la primavera; hacíamos una pareja seria y desdichada. Desdichada, por mi parte, por razones desdichadas. Si hubo un momento en que debí desahogar mi pecho y estar con ella no sólo con el corazón, sino también con el espíritu, fue aquél. Pero en parte por honradez y en parte por vergüenza guardé silencio. Únicamente me consolaba pensar que pronto volveríamos a reunirnos, y que el futuro podía ser más benévolo. En fin, algunas veces el futuro es más benévolo, pero nunca es lo mismo que el pasado.

—Puede ser que se hable de ese desgraciado..., del pobre señor Crimble, señorita —fue una de las últimas cosas que dijo mi patrona estando allí sentada, con la mirada inmóvil sobre el caserón vacío—. Todos ponemos buen cuidado en pregonar los horrores de los demás; y ¿para qué están los periódicos si no? Si así fuera, en fin; seguramente no debo pedirlo. Pero he estado pensando que quizá mi Fanny no tuviera *toda* la culpa. Lo hemos hablado todo, ella y yo, aunque sólo por carta. Ella me tenía muchísimo miedo, aunque la verdad es que yo intenté educarla en el temor de Dios. No tenía a nadie, o eso creía, a quien acudir; y él era un hombre débil, a pesar de toda su obstinación, y acorralado, por así decirlo, entre su madre y su sotana. Dicen que los católicos no se casan, y no me extraña. Pobre muchacho, más vale no pensar en él, aunque ya no esté. Lo que yo me temo ahora es que, con lo que ha pasado, Fanny se vuelva más insensata y más dura. Ayúdela usted todo lo que pueda, aunque sólo sea con el pensamiento, señorita; ella la aprecia más de lo que usted cree.

—Lo haré, lo haré —dije.

—Ya ve usted, señorita —siguió con voz monótona la señora Bowater—, que yo para Fanny no valgo mucho más que si fuera una tía, y sin hijos propios que me orienten; y él allá sin poder hacer nada, con una pierna rota en Buenos Aires.

El largo rostro ensombrerado se volvió hacia mí.

—¿Usted siente *algún* afecto por ese joven caballero que se acaba de ir?

Aquello era un giro inesperado de nuestra charla, pero, no sin cierta confusión, lo afronté con toda la sinceridad que pude.

—Quiero más a Fanny..., y a usted, por supuesto, señora Bowater; muchísimo más. Pero..., no sé bien cómo expresarlo..., con él estoy en mi mismo *talante*, por decirlo así. Creo que él sabe un poco lo que yo soy, en mí misma, quiero decir. Y, además, bueno, no está mal del todo sentir que sólo con nuestra compañía ponemos contento a *alguien*.

La señora Bowater reflexionó unos momentos sobre aquella respuesta.

—Ahora mismo no *parecía* muy contento, visto por detrás —comentó como un oráculo—. Y cuando yo... Pero en fin, señorita, a mí lo que único que me preocupa es que usted esté a gusto, y yo no estoy todo lo tranquila que podría estar con lo de la

señora Monnerie. Generosa no digo que no lo sea, aunque quizá no lo note mucho teniendo una bolsa sin fondo, a juzgar por lo que yo he visto. Dios la bendiga a usted, de un modo o de otro. Y puede ser que alguna vez se acuerde de los ratitos que hemos compartido aquí los domingos, usted y la vieja Tarasca.

Una sonrisa y una lágrima batallaban por el ojo oscuro que me miraba desde arriba. La verdad es que pocas veces llegaba un domingo por la tarde, con sus campanadas y su vacío silencio londinense, que no me hiciera rememorar con dolor mis himnos y charlas con «la vieja Tarasca». Y no sería porque nadie de cuantos veía en casa de la señora Monnerie pareciera trabajar tanto que *necesitase* un día de descanso. Lo único que había los domingos era una peculiar sensación vacía de no haber nada «que hacer».

Una escalinata de piedra y un pórtico con columnas conducían al portón ornamental. Detrás había un vestíbulo en comparación con el cual los mármoles de Brunswick House eran mero mosaico. Una fuente de alabastro, con un surtidor que saltaba ligero de una antorcha dorada sostenida por un fauno en cuclillas, refrescaba el aire y murmuraba discretamente un «¡Chist!» incesante. A un lado y a otro, una escalera ancha y cómoda ascendía a un salón enorme, con sus doraduras, sus sillas y sus cuadros, y a la biblioteca. El comedor estaba frente al pórtico. Cuando la señora Monnerie y yo estábamos solas, solíamos compartir una pieza más pequeña con su loro, Chakka; su perrito chino, Cherry —cuyo gimoteo tenía una semejanza muy molesta con el grito salvaje y nostálgico de mis gaviotas de Lyme Regis—, y sus colecciones de las rarezas más pequeñas del mundo. Será, me figuro, una prueba más de lo veleidosa que yo era el que durante unos pocos días me tomara un interés intenso por el contenido de aquellos armaritos, y luego no me dieran más que fastidio. Sin duda se debía esto a una sospecha inquietante de que la señora Monnerie me hubiera también coleccionado *a mí*.

Sabía emplear un tacto extremado para sus designios particulares, pero de mí «presumía» de una manera que se habría subido a una cabeza mucho menos aturdida que la de su protegida, y que quizá no fuera del mejor gusto.

Tan segura había estado de mí, que cuando llegué ya había un cuarto en el primer piso del Número 2 preparado para mi recepción. Un despliegue prodigioso de fantasías: como un palacio de hadas en miniatura, pero sin el menor vestigio de *verdadera* ficción. Estaba revestido de paneles y biombos de maderas talladas y embutidas de plata y madreperla: enanos y simios y dioses y diosas deformes, que sonreían con malicia entre ramas frondosas, flores y frutas, pájaros y mariposas. El más leve tufillo de esa madera india, la que sea, me sigue recordando hasta el día de hoy aquel escenario de pesadilla. Las colgaduras eran de una seda tan gruesa que se habrían tenido de pie sobre el suelo. Aquellos biombos y tapicerías celaban una privacía que rara vez, por desdicha, contenía a una señorita M. *con* la que valiera la pena estar en privado.

La única contrariedad que mostró la señora Monnerie en aquellos primeros días de nuestro trato fue debida a mi insistencia en llevarme de casa de la señora Bowater por lo menos unos cuantos de mis muebles y enseres de siempre. Su diseño liso Sheraton, pensaba, desentonaba bárbaramente con el resto. Así era; pero yo me salí con la mía.

De esas antiguas pertenencias no era la menospreciada, aunque fuera muy triste por sus recuerdos, el cofre roto que Fanny había metido al pie del tejo en el jardín de Wanderslore. Envuelto en una lona, reparadas sus bisagras y cerradura, me había sido enviado, un par de semanas después de mis adioses a Beechwood, por don Anónimo. En su interior encontré el camisón que enterrara en la conejera, la carta de Fanny sacada de debajo de su piedra, mi *Sentido y sensibilidad*, y finalmente, prendidos a un trozo de seda de color azul marín pescador, un par de pendientes hechos con dos monedas de oro antiguas. Aparte de algunas flores marchitas, son lo único que poseo procedente de Wanderslore. Mucho después le enseñé los pendientes a *sir W. P.*, y él me dijo que eran rosas de a cuarto del reinado de Eduardo III, y que pesaban sólo un cuarto de cuarto de onza. Para mí ahora pesan mucho, sin embargo.

Lo convenido con la señora Monnerie era que, por mucho tiempo que pasara en su casa, seguiría siendo en calidad de visitante; que el Número 2, en efecto, fuera mi casa en la ciudad, y la de la señora Bowater mi casa en el campo. Pero no tardé en darme cuenta de que pretendía dejarle a la señora Bowater una participación muy pequeña en mí. Aparentaba estar celosa, quererme por mi encanto personal; y, aunque yo sabía que era mentira, en el ánimo me quedaba la lisonja, y por primera vez en mi vida fingí ser todavía más pequeña de lo que era; hablaba con melindres, me las daba de lista, hasta coqueteaba con la anciana, como si fuéramos una pareja de personajes estrafalarios en una charada.

Aun así, yo había tenido la obstinación de insistir en mi libertad para irme a casa de la señora Bowater siempre que lo deseara; y era libre de invitar a visitarme a los amigos que quisiera. «Y en especial, querida, a cualquiera que tenga la décima parte de tu exquisitez», según la amable fórmula de la señora Monnerie. Podrá parecer un poco extraño que todas esas obligaciones cayeran de su parte. Pero los caprichos de la señora Monnerie eran mucho más vigorosos que los principios de la mayoría de la gente. El rocío de su cariño descendió sobre mí en chaparrón, y hubo de pasar algún tiempo hasta que empecé a sentir el frío.

Entre las cosas notables del Número 2 estaban también sus vistas desde la parte de atrás. La ventana de mi habitación bajaba casi hasta el suelo. «Dominaba» un inmenso depósito de zinc —que se llamaba George—, una enredadera de Virginia que crecía agarrada a una pared de ladrillo, otros depósitos semejantes que se achicaban con la distancia, otras paredes de ladrillo y docenas y docenas de ventanas traseras. Una vez, al cabo de un rato de contemplar aquel extraño paisaje, se me ocurrió ponerme a cavilar sobre cómo sería la vista trasera de la Casa de la Vida; pero no conseguí hacerme la menor idea. Casi nunca echaba las cortinas, y, curiosamente,

cuando lo hacía solía ser en un estado de ánimo vacuo o lúgubre. Tenía luz eléctrica. No había más que girar un botoncito de marfil. Al principio aquellos globos diáfanos y coloreados, insertos en un candelabro como tulipanes diminutos, me encantaron. Pero tal es la fuerza de la costumbre que en seguida me cansé de ellos, y eché de menos la llama esbelta y *viva* de las velas; hasta mi tosca lamparilla de noche, que flotaba en medio de su grasa en un platillo azul y blanco desportillado.

CAPÍTULO XXXIII

La señora Monnerie había saqueado sus colecciones para mi uso: vidrios venecianos pigmeos, un juego de desayuno y té con baño de plata, porcelanas pigmeas. Había absurdas chucherías *mecánicas*: pájaros cantores, un enloquecedor relojito operático al que por fin conseguí saltarle el muelle, una silla con música, y así sucesivamente. Mi bañera era de jade; mi mesa era una mesa larga de ébano con incrustaciones de marfil, y con mofletudas cabezas de querubín en las esquinas, que representaban los cuatro vientos. Mis pocas pertenencias, debo confesarlo, parecían en comparación no sólo gastadas sino provincianas. Pero nunca me sorprendí hablando con las exquisitas novedades de la señora Monnerie como con mis otros amigos mudos y viejos de madera. La deleitaban a ella mucho más que a mí.

Me figuro que para disfrutar realmente de tanta pompa y tanto lujo habría que hacer nacido en la púrpura; como también me figuro que hay que tener cuidado de que el tinte no llegue al hueso. Sea como fuere, hace ya mucho tiempo que llegué a la conclusión de que soy vulgar por naturaleza, como mi lengua materna. Y muchas veces, a pesar del alivio de haberme liberado de la negrura que enlutó mis últimos días de Beechwood, me encontraba añorando el saloncito de la señora Bowater, y hasta su olor. Otra cosa que aprendí poco a poco en el Número 2 fue que hasta entonces había sido tremendamente anticuada; y eso es, hasta cierto punto, vivir con los muertos.

Sin duda el deseo dominante de la señora Monnerie era proporcionar un marco adecuado a su nueva chuchería. Pero puede ser que también eso, a una mujer que no había tenido hijos —pues tampoco ella, como la señora Bowater, «valía mucho más que una tía»—, le hiciera rememorar su infancia. Ni que decir tiene que yo aparentaba todo el contento que podía, y estaba realmente agradecida. Pero a ella le desagradaba mucho que le dieran las gracias, y a la menor manifestación de gratitud cerraba los ojos suavemente. «Compláceme, compláceme, compláceme», me dijo una vez con petulancia; «en el Breviario, pequeña mía, hay por lo menos cien plegarias por cada acción de gracias, y así es exactamente la naturaleza humana». Lo que a mí me escandalizaba era lo que mi marco debía *costar*. Cuando un día, después de deshacerme en elogios (no sin un estremecimiento) ante una capa y un sombrero que me había dado, compuestos únicamente de las brillantes plumas color esmeralda del colibrí, le recordé no muy diplomáticamente mi renta de 110 libras al año, y mi determinación de no salirme de ella, sus párpados me pellizcaron una mirada como si hubiera explicado en público que me había picado una pulga.

Sin embargo, con el paso del tiempo le fui tomando un afecto extraño a aquella anciana llena de cosas y solitaria; un afecto que ha resistido duras pruebas. Era por turno generosa y cicatera, melosa y avinagrada, impulsiva y calculadora. Lo mismo que la señora Bowater, desaprobaba el mundo en general, pero con resultados muy

distintos. Había una mente inquieta y rápida tras la gran máscara de su semblante, con sus ojos de pesados párpados y su torre de pelo. Le encantaba sentarse a mirar, reflexionar y cotillear con indolencia, quizá manoseando mientras algún juguetero antiguo sobre su anchuroso regazo. Yo puedo presumir, en cualquier caso, de haber sido una oyente embelesada, que devoraba su peculiar conversación, satírica y divagante, como si fuera maná del cielo.

Era la historia de siempre. Hablarme a mí era lo más parecido, en cuanto a intimidad, a hablar consigo misma; y yo creo que durante algún tiempo disfrutó de la compañía de un confesor tan extraño. Recuerdo que una vez me confió toda la historia de un idilio juvenil que debía de tener por lo menos cuarenta años de antigüedad. Yo la miraba y apenas podía dar crédito a mis ojos, tan lozana y modesta y alegre parecía. Era como verla con veinte años disfrazados. Pero tenía una lengua dura y mordaz que no perdonaba a nada ni a nadie. A ella y a la señora Bowater les debo casi todo mi caudal de sabiduría mundana. Y ahora nunca tendré tiempo, supongo, de ponerlo en orden.

El señor Monnerie, según la confidencia que un día me hizo Fleming —la aristocracia era el tema favorito de conversación de aquel ser reticente y despectivo en extremo—, el señor Monnerie había sido banquero, y había hecho una boda tardía y espléndida; pues la sangre de la señora Monnerie era más azul que la bahía de Cádiz en una mañana sin nubes. Le pregunté a Fleming si ella había conocido a «lord B.» y qué clase de hombre era. No le había visto nunca; pero comentó oscuramente que debía haberse alimentado sobre todo de *porridge*, a juzgar por la cantidad de avena loca que había sembrado^[37].

Esa información me recordó unos versos antiguos que aprendí en mi infancia, y que solía vociferar por la casa:

*Vengan acá, muchachos pillos y golfos,
Siembren la avena loca mientras son mozos;
Que el que sigue de joven este consejo
Vivirá más contento cuando sea viejo.
Va de pasada el día, la noche entrando,
Y nosotros del brazo vamos brincando,
vamos brincando.*

Me enteré de que la propia Fleming procedía de Ash, y supongo que por lo tanto sería de familia anglosajona, aunque no tenía un pelo de tonta y de figura era más bien elegante. Debido, me figuro, a que no me caía bien, me disgustó un tanto que hubiera nacido en Kent. Me contó que los señores Monnerie no habían tenido hijos. Aquel rubio muchacho de sonrisa cansada y bonitos zapatos, Percy Maudlen, que venía a tomar el té o a almorzar al Número 2 por lo menos una vez en semana, era el único sobrino carnal de la señora Monnerie; y la todavía más rubia Susan Monnerie, que cada dos por tres entraba en mi habitación flotando como un Céfito, era la única de sus sobrinas políticas que la señora Monnerie veía con simpatía. Las otras dos, sin

embargo, cuando venían a almorzar, eran mucho más dóciles y consideradas en las opiniones y sentimientos que expresaban. *Eso* a mí me parecía curiosísimo: no cabía la menor duda de que la señora Monnerie pertenecía a la aristocracia, pero en la familia siempre parecía haber peleas en marcha; aparte, naturalmente, de nacimientos, defunciones y bodas, que parecían cosas de poca monta. Tenía parientes en todos los condados de Inglaterra y Escocia; mientras que yo, que supiese, no tenía ninguno, ni siquiera en Kent.

Marvell, el mayordomo —antes había sido ayuda de cámara del señor Monnerie— era otro objeto frecuente de mis cavilaciones. Su semblante serio y rasurado y sus ojos grises de mirada tranquila eran indicativos de un crítico severo de la humanidad. Sin embargo, parecía como si todo su afán estuviera en dar gusto y suavizar las cosas, y el gesto con que me servía por encima del hombro mi plato de cerezas o albaricoques en rodajas era en sí la crema de la adulación. Me quedé asombrada cuando supe que tenía un hijo ya mayor en la India; y, aunque no llegué a conocer a la señora Marvell, sentía hacia ella un enorme respeto.

Yo le miraba, y le veía colocado detrás del asiento de la señora Monnerie, tan pulido y tan benévolo que me recordaba a mi obispo, y dudo que una sola de las veces que ella pronunciaba sonoramente su delicioso nombre dejara de venirme a la memoria la grata melodía de un poema que me había enseñado mi madre: *La ninfa lamentando la muerte de su cervatillo*^[38]. Me habría gustado tener un larga charla con el señor Marvell —a cualquier hora del día en que no fuese mayordomo, quiero decir—, pero nunca hubo ocasión.

Un día en que nos había dejado solas me atreví a citarle una estrofa de aquel poema a la señora Monnerie:

Yo misma cada día
Con azúcar y leche le nutría;
Y él hermoso medraba,
Más blanco y dulce que lo que tomaba.
Era su aliento fresco y perfumado,
Y su mano tan suave que a su lado
Áspera no la mía,
Mas la de cualquier dama parecía...

—Encantador, encantador, Pulgarcita —gorjeó ella muy divertida, ofreciéndole una nuez a Chakka—. Muchísimo más suave que esas garras arrugadas que tú tienes, carcamal. *Otro* pajarraco sagaz, querida mía, aunque a éste no hay mano de dama que le impresione.

No se quedó a gusto hasta que no me hizo volver a recitar mi *bon mot* cuando su sobrino Percy vino aquella tarde a tomar el té. Él me sonrió despectivamente con sus pálidos ojos, y con el pulgar y el índice dejó al descubierto una pulgada más de calcetín de seda, pero no hizo ningún comentario.

—Por sus modales se conoce al caballero, querido Percy —dijo su tía—. Felicita

a la señorita M.

Si Percy Maudlen no hubiera tenido modales, creo que en ese momento yo le habría visto la sonrosada punta de la lengua; porque si ha habido un ser humano que detestara mi pequeña persona, ese ser era él. Por muy buenas razones, probablemente, aunque nunca me molesté en analizarlas, yo también le tenía una antipatía desmesurada. Era, ni que decir tiene, un joven superior, a cuyo rostro se asomaban muchísimos antepasados semejantes, pero aun así parecía una comadreja. Susan Monnerie, en cambio, me cautivó desde el primer momento en que la vi, como cautiva un campo de ranúnculos o un espino albar. Durante un tiempo ella pareció mirarme como me figuro que mirará una pardilla al cuco que le ha nacido en el nido (aunque un pollo de cuco viene a tener, por supuesto, el mismo tamaño que su madre adoptiva). Pero se fue acostumbrando a mí, y hasta acabó por darse cuenta de que yo era algo un poquito más humano —y también quizá menos— que Chakka, Cherry o una pastora de porcelana de Sajonia.

Yo la miraba sólo por placer. Tenía el cabello del color de la seda cruda, con mechas más oscuras; la tez pálida, y en la voz, juvenil y ligera, un extraño principio de tartamudeo cuando se emocionaba. Yo la comparaba a menudo con Fanny. Qué curiosas diferencias había entre las dos. Susan era graciosa, pero como si se lo hubieran enseñado. No era, como Fanny, tan sólo un cuerpo de hermosura fascinante, con aquel Alguien a veces terrible asomado a sus ventanas. Había en ella una delicadeza exquisita, como si, aunque parezca absurdo, cada uno de sus pedacitos hubiera sido seleccionado, escogido cuidadosamente, entre los mejores materiales. Acaso fuera su alimentación lo que había contribuido a hacerla así; pues no creo yo que la dieta de la señorita Stebbings pasara de ser saludable, ni que seguir la llamada del mar a edad temprana enriquezca a un hombre lo bastante para poderles dar muchas exquisiteces a sus hijos. En cualquier caso, en Fanny no había nada hecho por el hombre; y, si hay sirenas con figura de mujer, yo sé lo que se puede ver en su rostro.

Sea de eso lo que fuere, en los claros ojos azules de Susan habitaba un espíritu agudo y errabundo. Yo nunca descubrí en ella la menor malicia ni vanidad, y creo que esto era un motivo de irritación frecuente para la señora Monnerie. Susan, además, me hacía preguntas absolutamente normales y corrientes; y no sé cómo decir lo mucho que eso me halagaba. Yo siempre había supuesto que los hombres y las mujeres estaban *hechos* para hablar abiertamente unos con otros en este mundo; pero para mí, en casa de la señora Monnerie, aquello era un lujo rarísimo. Con Susan podía hablar con toda libertad, y le conté muchas cosas de mis primeros años, aunque mi vida en Beechwood Hill más o menos me la guardé.

Y esto me recuerda que la señora Bowater resultó ser buena profetisa. Fue un día durante el almuerzo. La señora Monnerie echó casualmente una ojeada al periódico, el *Morning Post*, que yacía abierto en una silla próxima, con un titular en letras grandes: «Fallece repentinamente *sir* Jasper Goodge». *Sir* Jasper Goodge, cuya

historia familiar, por lo visto, era para ella un libro abierto, le recordó porque sí otra tragedia: echó atrás la cabeza, y, contemplándome con dulzura —yo estaba sentada a su lado—, me preguntó si yo había conocido de cerca a aquel joven desdichado, el señor Crimble.

—Yo le recuerdo cabeceando tímidamente, aquella deliciosa tarde en que, ¿qué te parece, Susan? ¡Pulgarcita y yo nos descubrimos mutuamente una afición trasnochada a la verdad! Un bazar a beneficio del Ropero Pollacke, o no sé qué cosa por el estilo.

El recuerdo pareció divertirla tanto que yo, de momento, contuve la respiración e hice oídos sordos a su pregunta.

—¿Por qué era desdichado el señor Crimble? —Quiso saber Susan, animando a Cherry a ponerse en dos patas para pedir un pedacito de pan. Yo miré consternada hacia Marvell, que en ese momento entraba en el comedor con el café. Pero no pareció que a él le interesara el señor Crimble.

—El señor Crimble era desdichado, hija mía —dijo la señora Monnerie con complacencia—, porque se cortó el cuello.

—¡Ag! Qué horror. Cómo puedes decir esas cosas. ¡Bájate, tonto! Por favor, tía Alice, no me digas que no hay temas de conversación más agradables. Lo del horrible *sir* Jasper Goodge lo sabe todo el mundo, así que dará igual lo que se diga de él. Pero... —a pesar de su mandato, el perrillo seguía mirándole a los dedos con codicia.

—Habrás cosas más agradables, mi querida Susan —replicó tranquilamente la señora Monnerie—, pero pocas igual de instructivas. A mí me enseñaron que en la tragedia griega todos esos horrores tienen un efecto de eso que se llama catarsis. ¿Parecía el señor Crimble ser esa clase de muchacho, querida? ¿Y por qué fue tan impetuoso?

—Yo creo, señora Monnerie —dije—, que tenía problemas.

—Hum —dijo ella—. Tenía muy mal color, recuerdo. ¿Así que hablaba de sus problemas? ¿Pero no sería *contigo*, hada mía?

—De verdad, tía Alice —exclamó Susan con calor—, no tiene ninguna gracia remover recuerdos tan horribles. Mira —tocó mi mano con las puntas de sus dedos ligeros—, ya se ha quedado fría.

—Pulgarcita siempre tiene las manos frías —repuso su tía, imperturbable—. Y sospecho que entre ella y yo sabemos más cosas de este mundo perverso que la que hayan podido ensombrecer tu frente juvenil. Volveremos sobre el señor Crimble, hija mía, cuando Susan esté mariposeando por ahí. Esta chica se escandaliza por cualquier cosa.

Pero fue la propia Susan la que volvió sobre el tema. Entró en mi habitación cuando yo estaba leyendo —otra de las gentilezas de la señora Monnerie había sido una colección de los libros más diminutos, encuadernados en el tafilete dorado más suntuoso—, y durante unos momentos miró pensativa, a través de los visillos de seda, al vasto depósito de zinc del tejado.

—¿Era verdad eso? —dijo por fin—. ¿De verdad ha conocido usted a alguien que se ha matado? ¿Quién era? ¿Cómo era?

—Era un hombre joven...; tenía veintinueve años —respondí mecánicamente—; era moreno, bajo, con gafas de oro, clérigo. Era coadjutor de San Pedro..., en Beechwood.

Hablaba en voz baja, como si alguien más pudiera estar escuchando.

Era extraordinario lo deprisa que el señor Crimble se había convertido en una tenue sombra. Desde el instante mismo de su muerte el mundo había empezado a acomodarse a su ausencia. Y ya no era más que un recuerdo: un recuerdo negro, triste.

Pero la voz de Susan interrumpió esas débiles meditaciones.

—¡Un clérigo! —estaba repitiendo—. ¿Pero por qué..., por qué hizo... eso?

—Dijeron que por melancolía. Supongo que porque le fue imposible, o *se le hizo* imposible, seguir viviendo.

—Pero ¿de qué le vino la melancolía? Qué horrible. Y tía Alice, ¿cómo ha podido decirlo así?

—Qué duda cabe —argumenté yo con mi hábito inveterado de llevar la contraria, y buscando alguna vía de evasión— de que es mejor llamar a las cosas por su nombre. Al fin y al cabo, ¿qué es el cuerpo? No es que pretenda decir que tenga uno derecho a... a *no* morir en la cama.

—¿Y usted de veras piensa así? ¿Que el cuerpo no tiene importancia? ¿Usted? Pues la tía Alice, señorita M., la llama a usted «su Venus de bolsillo», y lo dice en serio, aunque sea a su manera irónica.

—Muy amable por su parte —dije yo, respirando con más desahogo—. Una persona que yo conozco me llama siempre Menudencia, o señorita Mosquita, cosas así. No pretendo decir, señorita Monnerie, que no *importe* el nombre que se nos dé. Si fuera así no existiría siquiera la Sociedad, ¿no es cierto? Todos seríamos..., pues..., anónimos —muy hondo me sentí sonreír—. Aunque para la buena poesía no supondría mucha diferencia.

Susan suspiró.

—¡Habla usted con unas idas y venidas! ¿Qué tiene que ver la poesía con el señor Crimble? ¿Se llamaba así, no?

—Pues no, no tiene mucho ver —confesé—. Él no tenía tiempo para ésas cosas.

Susan se sentó en el suelo, sobre un almohadón; ¡qué aguda cuchillada sentí recordando a Fanny, y los lejanos y alegres días de *Cumbres borrascosas*!

Sin duda —a pesar de Fanny— la vida había tomado desde entonces un tinte propio de la imaginación de la señorita Brontë. Pero no era más que la languidez de los movimientos de Susan, y eso porque parecía estar un poco cansada, más que por mera indolencia. Y si a los ojos de Fanny se asomaba tan pronto una serpiente, tan pronto un ángel cegado, desde aquéllos claros y azules miraba sólo un ser humano como yo. Escribo «como yo», y me quedo pensando. Pero dejémoslo así.

—¿Así que de veras le conoció usted? —insistió Susan—. ¿Y no le parece una pesadilla sólo el pensar en él? Y yo me pregunto, ¿quién le hizo imposible seguir viviendo?

—Tan intensa era su absorción en aquellas preguntas que, cuando acabaron, sus manos se apretaron sobre sus rodillas, y su boca pequeña quedó abierta.

—Acaba usted de decir «*qué*» —divagué, alzando la vista hacia ella.

Ante eso abrió tanto sus ojos azules que yo solté una pequeña carcajada.

—No, no, no, señorita Monnerie —me apresuré a explicar—, no fui yo. No se trata de mi historia, aunque sí estuve presente..., y no para bien. Pero si quiere usted hacerme un favor, tenga la bondad de no volver a mencionarlo delante de la señora Monnerie, y no piense usted en ello.

—¡Que no piense en ello! *Usted* no lo podrá evitar. Además, a veces los pensamientos vienen solos. Yo siempre había creído que esas cosas sólo les pasaban a personas muy..., en fin, diferentes. ¿*Él* era así?

—¿*Diferente*? —yo no la seguía—. Era el coadjutor de San Pedro..., amigo de los Pollacke.

—Ah, sí, los Pollacke —dijo; y, tras echarme otra mirada, no dijo más.

He descubierto que la más pequeña confianza es un atajo en el camino de la amistad. Y después de aquella pequeña conversación no hubo ningún hielo que romper entre Susan Monnerie y yo, y muchas veces me protegió en mis pequeños apuros..., aunque sólo fuera con su silencio.

CAPÍTULO XXXIV

Las visitas de la señorita Monnerie, aunque más frecuentes, eran menos puntuales que las de Percy Maudlen. «¿Y dónde anda la sapita?», le oí ganguear una tarde mientras Fleming la de los pies ligeros me llevaba al piso de abajo, sobre la bandeja almohadillada que había mandado hacer la señora Monnerie para ese menester.

—La sapita, querido Percy, ahora mismo va a salir al jardín a hacer un poquito de ejercicio conmigo, y tú nos vas a acompañar. Si tú fueras un héroe de esos de los cuentos de hadas que yo leía en la *nursery*, descubrirías el encantamiento, y vivirías feliz para siempre jamás. Pero no veo nada heroico en ti, y poco sentido del futuro. La señorita M. es un caudal de bendiciones.

—Hum. La Providencia mete a veces sus bendiciones en muy poco espacio —bostezó él.

—Lo cual invita a una reflexión grosera —respondió su tía— sobre el tamaño de tu sombrero.

—Pero, hablando en serio, tía Alice —replicó él—, ¿tu pequeña *attachée* está ahí entera..., quiero decir, toda ella en lo que se ve? Yo personalmente no la tocaría, si pudiera evitarlo, ni con pinzas... ¡Ahí hay algo raro!

—¡Ajá! —exclamó entonces la señora Monnerie, con acento abierto y agradable—, aquí *está* la señorita M. Percy me estaba descubriendo un corazón herido, preciosa. Está disgustado porque le miras como si no hubiera absolutamente nada más en él que lo que se ve.

—No es eso, tía Alice —gangueó Percy, dando una sacudida al bastón—. Era justamente lo contrario. ¿Quién sabe si no será usted una bruja, señorita M.? ¿Destilada? ¡Cielos, tía Alice, no querrás llevar *también* a Cherry!

Sí, Cherry venía también, con su mirada globular y su hocico insolente. Así que el pobre Percy, con una sonrisilla fría en sus finas y pálidas facciones, tuvo que amoldarse al pausado andar de la señora Monnerie, y ella al mío, mientras Cherry se arrastraba desdeñosamente en la retaguardia. Éramos un cuarteto singular, aunque en el cercado jardín no había más que dos o tres niños pequeños para gozar del espectáculo; y ellos, tras sofocar educadamente algunas risillas, volvieron a sus muñecos.

Hacía una tarde sofocante. Yo iba pisando la grava amarilla, y la atmósfera trémula me cegaba casi con su reverbero. Lo único que se oía era el sonido metálico de la carretilla de un lechero y las piruetas de un piano distante.

—¿Y en qué —preguntó de repente la señora Monnerie, mirándome, violáceas las mejillas, desde debajo de su alta sombrilla orlada de cintas—, en qué va pensando la señorita M.?

La verdad es que yo en aquel momento estaba paseando mentalmente con la señora Bowater por Lyme Regis, pero aproveché la ocasión para escabullirme de mi

sitio entre tía y sobrino y resguardarme del sol en la amplia sombra de la señora Monnerie, y pregunté por qué los jardineros londinenses eran tan aficionados a los geranios, las lobelias, las calceolarias y las escarchadas. ¿No daría igual *pintar* la bordura, señora Monnerie, en rojo, amarillo y azul? Así resistiría... a la lluvia, a la nieve, a todo.

—Seguro que tú no te habías fijado en *eso*, Percy —dijo la señora Monnerie triunfalmente.

—Tengo por principio —repuso él— no fijarme nunca en lo obvio. No es otra cosa que una especie de mínimo común denominador, según creo que lo llamáis, y —se apartó un bostezo con el guante— a mí no me interesan los quebrados.

Yo le eché una miradita por el rabillo del ojo, y lamenté no haber prestado más atención de niña a las lecciones de aritmética.

—¡Mire, señora Monnerie! —exclamé con voz lastimera—: El pobre Cherry lleva la lengua a rastras. Debe de tener *muchísimo* calor y se cansa.

Ella me lanzó un destello radiante, aunque retorcido.

—Percy, ¿quieres apiadarte del pobrecito Cherry? Creo que un par de vueltas será lo más que yo resista.

Así que Percy tuvo que coger en brazos al pobrecito Cherry, como si fuera un niño; y el cuarteto quedó a todas luces reducido a trío.

Pero mi existencia en el Número 2 no era siempre así de monótona. La señora Monnerie, a pesar de sus años, de su bastón de ébano y de una tendencia a la disnea, se mantenía sumamente activa y despierta. Si la vida es una fuente, ella prefería ser una de las burbujas grandes y estar lo más cerca posible de lo alto. Casi conseguí transformarme en una réplica suya en miniatura. Compartíamos manicura, sombrerera, modista y peluquero. Y como no siempre era practicable que Mahometa fuera trasladada a esas montañas delectables, se las convencía para que vinieran a ella, y con la misma puntualidad que el señor Godde, el hombre con cara de corzo que venía a dar cuerda a los relojes.

Mañanas enteras transcurrían en cónclave en el *boudoir* de la señora Monnerie, a veces con la asistencia de Susan. Julio César —al menos eso me decía mi pequeña historia de Roma— había dudado si pasar un cierto Rubicon. La señora Monnerie y yo conferenciábamos sobre el cruce de una docena de sus afluentes al día. Se llamó a un especialista, un señor singularmente calvo, de larga levita negra. Me miró por aquí, me miró por allá, con mucha más deferencia de la que seguramente me dedicara el señor Pellew en mi bautizo. Declaró a la señora Monnerie su firmísima convicción de que la moda del momento no tenía la menor importancia en lo que a mí respectaba. «¡El sombrero duro y pequeño!», sonrió; «¡la manga ceñida!». Y sin embargo, de la ropa que sí recomendaba se deducía que en casa de la señora Bowater debía de haber empezado yo a echar pinta de verdulera.

—Aunque la señora prefiera vestirse con arreglo a un estilo de su elección —explicó—, la diferencia, con su permiso, debe seguir estando *dentro* de la moda.

Pero a mí él mismo —a pesar de que la señora Monnerie, según descubrí después de que se marchara, ni siquiera se había fijado en que era calvo—, él mismo me interesó mucho más que sus excelentes consejos; y no fue el menor motivo de interés el que, al sacar unos papeles de una libreta, dejara caer sobre la alfombra la fotografía de un niño gordo con una inmensa mata de rizos. Así que los hombres —los hombres prácticos, hechos y derechos— se ruborizan, pensé para mis adentros; porque el doctor Phelps más se acaloraba que se ruborizaba; y mi padre lo único que hacía era enrojecer.

Ya que quizá no hubiera nada capaz de darme un aspecto más excepcional que el que me había dado la Providencia, yo me plegaba a todas las fantasías de la señora Monnerie, y me ponía todo lo que a ella se le antojaba, apartando de mi mente como podía toda idea de facturas. Y más que eso. La realidad es que empecé a tomarle gusto a vestirme como si fuera mi propia muñeca, y a veces, estando sola, me sumía en un arrobamiento voluptuoso, como un lirio en un jarrón. No por eso abandoné del todo mi pequeña costumbre Bowater del ejercicio bajo techado. Cuando estaba a salvo en mi habitación saltaba a ratos. E incluso, una de las tardes en que Fleming «libraba», desempolvé lo que recordaba de las cuatro clases de rayuela que había en Kent, con una placa de jade como chapa. Pero en mitad de aquellas recreaciones me sorprendía perdida en una especie de pasmo. Aparte de sus seres humanos y sus muebles, el Número 2 era una casa vacía.

No quiero decir que la señora Monnerie sólo se preocupara de lo exterior. *Sir William Forbes-Smith* aconsejó que mi dieta habitual de leche y fruta se enriqueciera con algo de carnes blancas, y que tomara baños de sales marinas. Esto segundo era más grato que lo primero, aunque sin duda las dos cosas me ayudaron a recobrar las fuerzas que me robaba el West End.

Mis mejillas se redondearon poco a poco; mis labios y mi piel tomaron un color más vivo, y empecé a estar tan pagada de mí misma como una auténtica beldad. Recuerdo que un día, a la hora del crepúsculo, salí del baño para coger un puñadito de los «cristales» con que la señora Monnerie me había obsequiado aquella tarde; pues también mi nariz se estaba acostumbrando a una vida artificial. Había allí un espejo inmenso de cuerpo entero, y en el mismo instante vi reflejada en sus plácidas profundidades no sólo mi figura delgada, desnuda y presurosa, sino también, detrás de mí, la de Fleming, oscura y absorta. Sentí un sobresalto y me detuve, respondiendo desvalidamente a su peculiar mirada. Sólo nos separaban unas siete yardas de aire en penumbra. Sorprendida por el inesperado encuentro, me quedé así durante un momento inconmensurable, como si ella y yo fuéramos meras formas de un cuadro, y la realidad sólo un pensamiento.

Entonces ella volvió en sí de repente, y con un murmullo de excusa se marchó. Yo, envuelta en la toalla, estuve un rato sentada muy quieta, encogida casi hasta la nada en la densa sensación de vergüenza que me había invadido. Hasta que de pronto me hincé de rodillas, y recé; aunque sobre qué y a quién no sabría decir. Tras de lo

cual me bañé otra vez.

¡Extravagancias de la Juventud! Sin duda fue lo peor que, aunque vagamente supe que mi soledad más secreta había sido temporalmente destruida, aquella larga mirada interceptada de admiración semiburtoniana me había colmado de algo más dulce que el apuro. ¡Si supiera qué es lo que de verdad sienten las personas de talla corriente en análogas circunstancias! Las biografías me dicen poco; y lo que se dice en las novelas, ¿es de fiar? El único resultado *práctico* de ese encuentro fue que inmediatamente vacié en la bañera todos los carísimos cristales de la señora Monnerie, y juré no volver a apartarme jamás del agua clara. Así que por una noche mi habitación olió como un jardín de Damasco.

En cuanto a Fleming, ni que decir tiene que no aludió jamás al incidente, pero de lo poco que hablábamos pasamos a hablar todavía menos. Si, efectivamente, para Percy la etiqueta que mejor me cuadraba era la de «sapita», para Fleming me figuró que bastaba con «monicaca». El instinto le decía que sólo por cortesía se me llamaba «señorita».

Más por ella misma que por mí, la señora Monnerie y yo batimos todo Londres en busca de entretenimientos, aunque a ella le irritaba un poco mi preferencia por aquellos que podríamos llamar instructivos. La verdad es que en medio de todo aquel suave lujo y ociosidad me había acometido el hambre de conocimientos; como si mi mente (lo del gato y la hierba) fuera en busca de antídoto.

La señora Monnerie no tenía dificultades para conseguir «pases privados». Debía de conocer a todo el mundo que es alguien, como una vez leí que se decía de una Condesa en un libro. Y me figuró que esa clase de personas no serán muchas. Cada vez que nuestros compromisos sociales lo permitían, visitábamos las exposiciones, las pinacotecas y los museos. A diferencia del resto de Londres, yo contemplé la Momia de Amenhotep en el crepúsculo tardío de una tarde de verano; y tuvimos mucho que decirnos el uno al otro; aunque una sola vaharada de la enorme biblioteca redonda me produjo un violento dolor de cabeza. Cuando había que arrostrar las calles, Fleming venía en el coche con nosotros, y a mí se me disfrazaba para que pareciera en todo lo posible una niña, proceso que siempre me hacía sentirme por lo menos veinte años más vieja. La Torre de Londres, el Zoo, la Abadía de Westminster, San Pablo: uno tras otro, todos fueron cayendo prestamente ante mi hambre de saber y de experiencia. En cuanto al Támesis, fue como si, sólo con verlo, sus aguas dejaran claro como el cristal mi pequeño conocimiento de la historia de Inglaterra.

La señora Monnerie iba bostezando a todas partes, aunque de cuando en cuando mis comentarios a aquellas maravillas de la humana iniciativa la divertían. Yo la compensaba, además, acompañándola a otros lugares de exhibición menos renombrados, y me sentaba pacientemente mientras ella acariciaba gemas antiguas sin montar en una joyería, o examinaba las porcelanas, miniaturas y bordados de colecciones particulares. Si la mera visión de los libros del Museo Británico me dio

dolor de cabeza, es curioso que no me pasara lo mismo con la Cámara de los Horrores del Museo de Cera de Madame Tussaud. Y el caso es que no sé; la vida misma me había iniciado en aquella masonería. Contemplé la guillotina sin estremecerme, y miré al señor Hare y a Charles Peace con mucho menos malestar que al general Tom Thumb^[39], e incluso que a Robert Burns en la respetable galería de arriba. Mi única desdicha era que no podía mirar a ningún asesino sin, al instante, recomponer mentalmente la escena imaginaria de su crimen. Y, como al cabo de un rato la señora Monnerie decidió descansar en la silla que le había sacado el amable empleado al pie del patíbulo, y teníamos la Cámara casi para nuestro uso exclusivo, yo seguí recorriéndola sola, y quizá me di demasiado atracón de horrores para una tarde.

La señora Monnerie me interrogaba muy a menudo. «¿Qué te parece a ti eso, Diminuta?», o: «A ver, mi inagotable señorita Aristóteles, diserte usted sobre eso».

Y yo, como un camachuelo, gorjeaba lo mejor que podía. Me temo que la mayoría de mis respuestas debían de ser evasivas. Porque había empezado a ver que la señora Monnerie no experimentaba sólo con mis modales y con mi cuerpo, sino también con mi mente y mis sentidos. Era una «aficionada»^[40]. Y un día, coqueta, le comenté con picardía que ahora poseía un barómetro de bolsillo que procuraría por todos los medios permanecer en 31 grados, si eso era posible sin ser «Muy Seco».

Ella acogió aquella bromita con extraordinaria jovialidad.

—Cuando yo venga a menos en el mundo, hija mía —dijo—, y esos horribles anarquistas están intentando por todos los medios mandarnos antes a la estratosfera, visitaremos juntas las Cortes de Europa, como el conde Boruwlaski^[41]. ¿Tú crees que podrías sostener a tu vieja amiga en sus años de decadencia durante una época decadente?

Yo sonreí y le toqué un guante.

—«A donde tú vayas, yo iré contigo» —respondí; y en seguida me habría cortado la lengua de arrepentimiento. «¡Puaf!», boqueó una voz interior; «¿así que eso también lleva el mismo camino?».

Pero bien sabe Dios que yo no era puritana, ni lo seré nunca. Adoraba las cosas luminosas y bellas. La música también, con moderación, hacía mis delicias; y a veces Susan Monnerie cantaba para mí en una habitación, con su vocecita dulce, mientras yo, con una nostalgia casi insoportable, escuchaba en otra. Los conciertos en general, sin embargo, me dejaban todos los músculos del cuerpo tan reumáticos como después de la visita a la granja del señor Moss. El estruendo inesperado de una banda sencillamente me helaba el espinazo, y una interpretación realmente buena al piano era un absoluto suplicio. En cierta ocasión en que el coche de la señora Monnerie se quedó detenido en un atasco al paso de la Reina, el horrisono fragor de los trombones y timbales de los lanceros me dejó postrada con una especie de ataque. Así que mis estúpidos nervios me privaron de mi única oportunidad de vitorear a una Cabeza Coronada, que al fin y al cabo no era, si me está permitido decirlo sin falta de respeto,

mucho mayor que la mía.

Desgraciadamente, la señora Monnerie era entusiasta de todos los placeres de los sentidos. Estoy convencida de que fue mi vanidad lo único que me impidió ponerme tan gorda como amenazaban ponerme las carnes blancas de *sir* William Forbes-Smith.

La novedad más deslumbrante de todas fue mi primera visita a un teatro: la noche londinense, el resplandor y griterío de las calles, las apretadas hileras de blancos rostros, el rumor marino de las conversaciones, el brillo, el lustre, el fulgor, todo me hacía correr azogue por las venas; me parecía que el corazón me latía en el pecho a la misma velocidad que el reloj de la señora Monnerie. Afortunadamente, ella había tenido la precaución de reservar nuestras localidades en la parte más alejada de los metales y tambores de la orquesta. Yo reprimí mis estremecimientos; se apagaron las luces; y, en la poblada penumbra, el telón se alzó lentamente sobre un *ballet*.

Desde allá arriba, en la aterciopelada oscuridad del palco, contemplé un escenario boscoso, ruinas, montañas lejanas, un torrente rocoso donde rielaba una luna enorme, que se movía de verdad en los teatrales cielos. Y cuando una figura exquisita salió flotando de puntillas en aquellas artificiales soledades, pálida y vaporosa, bañada en una luz tenue, mi corazón, con un lejano grito de «¡Fanny!», se paró de pronto; y toda la vieja y terca chifladura me anegó una vez más.

Susan, espectral, sonreía serenamente. Las estrechas mandíbulas de Percy trabajaban sobre sus goznes como las de un conejo que yo había visto, a través del antejo de mi abuelo, mordisqueando una raíz de diente de león. La señora Monnerie estaba recostada en su asiento, con las manos en el regazo, la boca fruncida y los ojos cansados. No había nadie, pues, con quien franquearse. Pero cuando por un lado y otro empezaron a entrar en tropel unos seres alados con brazos desganados y sonrisitas céreas, cuyas pinturas y polvos hicieron menos mella en mi sentimiento que en mi razón, mi primera pies-ligeros estaba evolucionando debajo de nosotros, junto al resplandor de las candilejas; y ya se parecía tan poco a Fanny como el círculo de pergamino iluminado que tenía encima de la cabeza se parecía a la hechicera luna. ¡Qué complicado era el mundo con todos aquellos *estratos*! La experiencia me colmó de mil deseos turbadores, y una vez más el principal fue aquel que hacía sensibles los muñones en los que, si me volviera pájaro, me crecerían las alas, y que me instaba a «escapar».

—Está viejísima; le chirrían las bisagras —bostezó Percy una vez que hubo bajado el telón, y cuando yo, suspirante, ya me había replegado del ruido y el vacío de lo real a mi rinconcillo festoneado de borlas.

—No —dijo la señora Monnerie—: eres tú, Percy, el que se está haciendo viejo. Naciste aburrido. Sonarán las trompetas del Juicio Final, y estarás bostezando con todas tus fuerzas.

—Querida tía Alice —dijo Percy, bizqueando a través de los gemelos—, te equivocas totalmente. Te estaré ayudando a buscar dónde pusiste los nudillos.

Además, es mejor nacer...

Pero el resto de su frase —yo le escuchaba únicamente porque le odiaba— me pasó inadvertido, porque toda mi atención se había ido a Susan. De pronto la mano que tenía a mi lado se había agarrado a su falda de seda, y un rubor, alegre como las banderas de la Reina en Bond Street, había subido a su mejilla pálida y clara, mientras, volviendo la barbilla, se inclinaba a mirar a alguien que estaba en la platea. A la vista de su rubor, un afecto más cálido hacia ella me aligeró el espíritu. Seguí la dirección de sus ojos, y miré extasiada arriba y abajo, engarzando como cuentecitas toda clase de ideas; hasta que ella, consciente quizá de ser observada, se volvió y me sorprendió. Aún más ardientes llamearon sus mejillas, y entonces también las mías; porque de pronto se me había caído el alma a los pies con el recuerdo de Wanderslore y mi «ser horrible, enano y maligno». En esas la oscuridad envolvió una vez más la vasta sala que se iba acallando, y volvió a alzarse el telón sobre el Romance.

CAPÍTULO XXXV

En lugar de un mes, como era lo acordado, habían pasado más de seis semanas cuando me vi de nuevo depositada con mi elegante neceser, mera visita volante, en el umbral de la señora Bowater. Una oleada de olor a guiso salía por el buzón al aire soleado de junio. Abrióse la puerta, y allí estaba, lo mismo que en otro tiempo, acalorada y sonrojada y vestida de negro, mi buena amiga, indescriptiblemente igual, indescriptiblemente diferente. Se arrodilló sobre el felpudo e intercambiamos saludos amorosos. Una vez más pasé por debajo de los retorcidos cuernos guardianes, circunnavegué el vetusto reloj de ocho días y entré en la salita.

Nada había cambiado. Allí estaba la pastora coqueteando con el pastor; allí estaba colgado el señor Bowater; allí pendía la lámpara del techo; allí zumbaba la misma media docena de moscas. Ni una pata, ni una ruedecilla, ni un antimacasar fuera de su sitio. Sin embargo, tuve que dar la espalda resueltamente a mi patrona para que no se apercibiese de mi turbación. Descolorido, ruin, atestado, encogido: parecía increíble, paseando la vista en derredor, que en aquel sitio hubiera podido vivir y respirar durante tantos meses, y ser tan ridículamente desgraciada, tan trágicamente feliz. En esos instantes toda aquella felicidad y miseria pasadas me parecieron mera inutilidad y ceguera. Y no sólo eso: «vulgares». Subí la tosca escalera del señor Bates, dejé en el suelo el neceser, y, mientras me quitaba despacio los guantes, miré vagamente por los visillos de la ventana. Al otro lado estaban las colinas lejanas, neblinosas al sol de la mañana, los conocidos prados con ranúnculos casi tan altos como yo.

—¡Ay, señora Bowater! —dije volviéndome por fin—. Aquí estoy. Usted y el cielo sereno...; ojalá no me hubiera ido nunca. ¿De qué sirve ser el que se es, si siempre se está cambiando?

—Llega un momento, señorita, en el que no se cambia; lo único que pasa es que las paredes de fuera se van desmoronando poquito a poco, por así decirlo. Pero a eso usted no ha llegado todavía. Aun así, es por eso. Yo y estos trastos viejos estamos igual que estábamos, por lo menos para la vista; y usted..., ¡ahí tiene!, la casa ha estado como una jaula sin pájaro.

Me miraba con un dedo largo y huesudo extendido sobre el mantel negro y rojo, y en los ojos un mar radiante de amorosa bondad.

—Veo que la han cuidado bien, le han atusado las hermosas plumas. Hasta está usted un poco más Benita, señorita; sólo la voz la trae un poco distinta, quizá. — Estas últimas palabras las dijo en un tono casi inaudible.

—¿La voz, señora Bowater? Eso no lo han podido cambiar.

—Pues sí, señorita; la tiene usted más nítida, por decirlo así; aunque nadie se lo notaría si no es una antigua amistad. Quizá esté usted un poco cansada del largo viaje con esas dos solemnidades en el pescante. Recuerdo lo mismo, el cambio de voz, cuando Fanny volvió de su primer curso con la señorita Stebbings.

—¿Cómo está? —pregunté, con acento templado—. No me ha escrito en todo este tiempo. Ni una línea.

Pero, cosa extraña, como explicó la señora Bowater, y no sin un síntoma de triunfo, precisamente eso era lo que *había* hecho Fanny. Su carta me estaba esperando sobre la chimenea, detrás de una fotografía enmarcada en terciopelo.

—Bueno, vamos a ver —siguió diciendo—: en la palangana tiene usted agua caliente, porque oí que el coche subía la cuesta; unas zapatillas para el descanso de sus pies, por si acaso con las prisas de hacer el equipaje se las ha dejado; y las fresas con crema están enfriándose ahí fuera, en la bandeja. Así que no la entretengo, aunque ha habido noticias preocupantes de mi marido, que no se le arregla la pierna como era de esperar..., pero ya habrá tiempo para eso.

Una señorita M. desconocida se cepilló el pelo frente a mí, en el conocido espejo. No era que su indumentaria Monnerie la favoreciera especialmente, ni que resultara más agraciada a la vista, más bien al contrario; y yo miraba al espejo larga y atentamente. Pero el arte tiene dedos furtivos y hechiceros. Con la ropa hecha en casa yo había parecido yo, pero con ésta parecía uno u otro de mis ángeles tutelares, o quizá, como lo habría formulado una Fleming neutral: la perfecta señorita. Qué gradual debía de haber sido en mí el cambio para pasar así de inadvertido. Pero no quise pensar. Me sentía obtusa y desanimada. Ni siquiera la señora Bowater se había emocionado de verme tanto como yo esperaba. Era cansino sentirse defraudado. Rebusqué en uno de los cajones de abajo, saqué una bata vieja, me hice mentalmente un gesto de burla y me senté a leer la carta de Fanny. Pero, una vez más, ¿qué es lo de fuera? ¿Quién era aquella tranquila señorita M. que recorría la escritura que en otro tiempo deshiciera el corazón?

«Querida Menudencia: Cuándo te llegará esto, no lo sé. Pero el caso es que no te imagino, o mejor dicho sí te imagino, hecha el centro de atención de todos los pares del reino, y prefiero que mi pobre cartita no alce su modesta cabeza en mitad de toda esa Magnificencia. Tú quizá no estés de acuerdo; pero si unas semanas de Vida Lujosa que posiblemente se prolongue hasta el infinito no han significado *nada* para ti, entonces Fanny no se cuenta entre los profetas.

»No nos hemos visto desde que... nos separamos. Pero ¿tú has visto alguna vez que el ayer se sepultara sólo con una rapidez tan amable? En tu pasión sublime por la Naturaleza, ¿has observado alguna vez a un escarabajo enterrador? Conste que yo he colaborado. Cuanto más lejos queda todo aquello, menos culpa me parece haber tenido. Lo que se lleva en la sangre requiere poca ayuda del exterior. Podrá resultar cínico; pero ¡imagínate la situación si *me hubiera* casado con él! ¿Qué otra cosa habría podido ser nuestra existencia sino una Vida-de-Pesadilla-en-la-Muerte? (Véase S. T. Coleridge). Así el Sueño continúa... para los dos.

»Sí, ya te veo afilar la carita al leer esto. Pero no debes olvidar, querida Menudencia, que tú jamás, jamás podrás ver las cosas desde una perspectiva verdaderamente humana. Por supuesto que poca gente lo intenta. Tú sí. Pero, aunque tu visión pueda ser sutil como una telaraña y clara como una canica de cristal, no puede ser de tamaño natural. Reduce una cosa en la lumbre y no es *lo mismo*. Lo que queda tiene las virtudes de una esencia, pero no el volumen de su origen. Esto suena horriblemente a *libro de texto*; pero tengo la absoluta convicción de que tú estás demasiado concentrada. Y a mí, siendo como soy, sólo puede salvarme el volumen íntegro. Y punto. El texto ha sido tan bueno como el sermón...; mucho mejor, en realidad.

»Ahora voy a ser todavía más insensible. Mis pequeños apuros particulares se resolvieron; a la fuerza se tenían que resolver. Es decir, la cuenta está saldada, y he aprendido un montón. Algún día, cuando la Buena Sociedad te haya enseñado todas sus lecciones, te lo explicaré mejor. En fin, que lo primero es que te devuelvo 3 libras de lo que te debo. Y gracias. Lo siguiente es que quiero que averigües por la señora Mummery (como la llama mi madre, o la llamaba)^[42] si entre sus distinguidas amistades sabe de alguien que tenga uno o dos, todo lo más tres, niños pequeños y adorables que necesiten una excelente institutriz. Las circunstancias han hecho que me resulte indeseable permanecer aquí mucho más tiempo. Seré yo quien se despida, o, pongámoslo así, quien dé por terminado el compromiso.

»Sé un ángel, pues. Primero, despierta. Honestamente, tenerme por mejor de lo que soy es mucho más injusto que si yo te tuviera por más alta de lo que eres. Segundo, dulce hermosura, encuéntrame una sinecura. No te inquietes por el sueldo. (No te inquietarías, auténtica bellota de quijotismo, aunque te debiera medio millón). ¡Pero acuérdate bien! *Se busca para finales de agosto o antes una Señora rica y tratable, con dos Seráficas Palomitas en la familia, varones a ser posible.* La pura y dura realidad es que después de este último ataque de la fiebre intermitente de la vida anhelo una siesta.

»Ni que decir tiene que mi madre puede ver esta carta si quiere, y si a ti no te importa. Pero yo personalmente preferiría tener el pájaro aleteando en la mano antes de que ella lo contemple volando.

»Acabo de decir que *anhelo*. ¿Te pasa a ti a veces encontrar una palabra de repente tan cargada de significado que parece como si fuera a explotar de un momento a otro? Pues eso son mis sentimientos, Menudencia. Penitente no lo seré nunca, hasta que tome el velo. Pero últimamente me he despertado un par de veces en una especie de oscuridad vidriosa, sin lucecitas, sola. En esos momentos, si no fuera porque nací con la osamenta dura, de hielo inderretible... en fin... ¡Qué vulgar es esta Fanny!

»Que te vaya bien, Menudencia. «Uno gritó: “Dios nos bendiga”, y el otro: “Amén”»^[43]. Aunque haya sido prostituido a efectos escolásticos, W. S. sabía algo de la Vida.

»Tuya, F.»

¿En qué consistía el hechizo, seductor y terrorífico, que tenían para mí las cartas de Fanny? Esta me echó a rodar, como siempre, por un laberinto. Tenía un sabor agrio, y sin embargo era toda Fanny, real y auténtica. Yo veía el brillo de sus ojos de tristeza a través de la máscara. Ella se veía *a sí misma...*, quizá con un exceso de claridad. «Qué vulgar es esta Fanny». En cuanto a su efecto sobre mí, fue como caerme en un lecho de ortigas y que ella misma me recogiera, se riera de mí: «Pobrecita Menudina», y me aplicara la lengua de vaca^[44]. Su cinismo era su propio antídoto, supongo. El egoísmo, la vanidad y la dureza impenetrable: ni siquiera el amor había sido nunca lo bastante ciego para no advertir todo eso, y ahora el amor que quedaba hacia ella tenía la vista más aguda que se pueda tener.

Y aun así, aunque mi pequeña salita Bowater pareciera barata y ruin después de los esplendores del Número 2, Fanny sobrevivía a todas las comparaciones odiosas. Era muy *inteligente*, me susurré. Eso ciertamente lo aprobaría la señora Monnerie. La idea me escoció. Y yo..., yo era demasiado «concentrada». A pesar de mi «tipo» más llenito, nunca, nunca podría ser de tamaño natural. Si en todo caso Fanny lo hubiera dicho como cumplido, o siquiera como una especie de explicación para ir tirando. No, lo había dicho de verdad. Y al leopardo le tiene que ser mucho más fácil cambiar de manchas que cambiar por dentro. La acusación echó a andar inútilmente toda la

maquinaria de mi cabeza.

Mi mirada cayó sobre mi vestido de París, que había quedado hecho un brillante pingo circular sobre el suelo. De ahí vagó al giro postal de Fanny, tendido sobre mi regazo como un costoso antimacasar. Ella había ganado aquel dinero con su trabajo; mientras que yo nunca había sido nada de mayor utilidad que «un ángel». En mi imaginación la vi floreciendo en una casa tan suntuosa como la de la señora Monnerie. ¡Floreciendo, sí! Detestaba la idea, pero también me daba cuenta de que era más seguro —aunque por el momento no fuera tan rentable— ser de tamaño natural. Y, como salido del aire que escuchaba, un dardo frío me atravesó. Supongamos que mis señores Harris y Harris y Harris no fueran depositarios tan honestos como había asegurado la señorita Fenne. ¡Supongamos que se largaran con mis 110 libras anuales! Tuve entonces un atisbo espeluznante del lobo que Fanny tenía siempre rondando a la puerta.

La señora Bowater trajo mi almuerzo, y —porque insistí— el suyo también. El hielo procedente del señor Tidy, el pescadero, había comunicado a la crema un sabor ligeramente marino, y tuve que desviar la mirada lo más posible de la chuleta roja y requemada que se extendía y chorreaba sobre su plato. ¿Cómo podría comérsela? Estamos hechos de la misma materia que los sueños, dijo Hamlet^[45]. Así era, pues, la señora Bowater. ¡Qué misterio, entonces, aquella grasa de cordero! Pero, chuletas aparte, fue una comida feliz.

Después de mostrarle de lejos la carta «fanniesca» por demás, corté rápidamente esa comente de sus pensamientos explicándole que me había cambiado de ropa no (como había parecido sospechar, por un destello de la mirada) por miedo a estropear mis galas de Londres, sino para sentirme verdaderamente en casa. Por primera vez la sorprendí murmurando una acción de gracias sobre el hueso que quedaba en su plato. Luego apartó la bandeja, aceptó una fresa, cruzó las manos sobre el regazo y empezamos a hablar. Me hizo mil y una preguntas sobre mi salud y bienestar, pero ni una sola vez nombró a la señora Monnerie; y por fin, tras una pequeña pausa que llenamos las dos con el mismo pensamiento, comentó que «ese joven, don Anónimo, no se puede decir que no sea insistente».

Desde que yo me fui, dijo, no había pasado una semana sin que viniera a la caída de la tarde a llamar a la puerta y preguntar por mí. «Aunque no sé por qué tiene que poner esa cara de perro al saber que está usted disfrutando de todos los lujos...». Los angulosos hombros consiguieron un gesto por lo menos tan parisiense como mi vestido desechado.

—Entonces ¿por qué no me escribe? ¡Dos veces en diez semanas!

—Bueno, *seis*, señorita, que las he contado, aunque han sido como sesenta. Pero esa pregunta ahí estará él para contestarla, a la hora que sea esta tarde, o mañana a las seis de la mañana, si las costumbres de Londres no la han curado a usted de madrugar.

Así que allá nos fuimos juntas con la fresca, la señora Bowater y yo, como media

hora después de la puesta del sol; ella, desdichadamente, un poco molesta porque yo me había negado a volver a ponerme las galas Monnerie. «¡Pero señora Bowater, imagínese eso en un auténtico jardín silvestre!», protesté yo, pero sin ablandarla, y sin explicar —¿cómo se lo iba a explicar?— que el vestido que la señorita Sentimental (o la señorita Coqueta) tenía puesto era el mismo de la primera vez que vio a don Anónimo.

CAPÍTULO XXXVI

Do iba pegada a los talones de la señora Bowater, que me conducía a través de un mar de verdor que a veces se alzaba hasta mi cintura, y aun más arriba de mi sombrero. Estaban en flor la madreselva y la agridulce eglantina, la pamplina y la dormida correhuela. En el aire había una dulzura líquida de aromas incontables. Los cielos crepusculares teñían de luz la ceñuda fachada de la casa, y alrededor los vencejos recién llegados chillaban en sus juegos sobre mi selva. Don Anónimo, allí solo, tenía un raro aspecto.

La señora Bowater le dio las buenas tardes gentilmente, y después de dirigirnos una mirada larga y meditabunda decidió «darse un paseo por la finca». Miramos cómo su negra figura se arrastraba lentamente por las herbosas terrazas hacia la casa. Luego él se volvió. Sus ojos claros y serenos, con aquella línea más oscura alrededor del iris gris-negro, se clavaron en mí; apretaba los labios.

—Bueno —dijo por fin, casi con cansancio—. Ha sido una larga espera.

Yo no estaba preparada para ese suspirar.

—Pues sí —repuse—. Pero es muy agradable volver a ver Beechwood Hill. Le escribí; pero no me contestó usted; a la última carta, por lo menos.

Mi voz se apagó; había olvidado cada uno de los hermosos discursitos que llevaba pensados.

—Y ahora está usted aquí.

—Sí —dije rápidamente, un poco temerosa de que entre nosotros se hiciera algún silencio—, y eso también es agradable. No se puede usted hacer idea de lo rígido y cegador que es el jardín de allí: todo geranios y grava, y ventanas, ventanas, ventanas. Son cariñosísimos conmigo..., pero a mí no me acaba de gustar.

—Entonces ¿por qué se quedó? —Sonrió—. Bueno, por lo menos ha salido usted con bien de las garras de esa mujer.

—¡Garras! —me indignó que habláramos en aquellos términos—. Muchas gracias. Olvida usted que está hablando de una amiga mía. Además, sé cuidarme.

Él no contestó.

—Es usted muy triste —continué—. Muy..., no sé..., con todo. Supongo que eso le pasará por estar siempre encerrado en el mismo sitio. Pues hay que tomar el mundo..., un poco..., como es. ¿Por qué no se va usted, viaja, ve cosas? ¡Ay, si yo fuera hombre!

Sus ojos me miraban a los labios. Era como si todo se hubiera agriado. Haber esperado y soñado; haberme realmente cambiado de ropa y haberme apresurado a salir con la excitación de una añoranza tonta... para esto. El caso es que bajo el cielo crepuscular de Wanderslore me sentí más sola y desvalida de lo que nunca me sintiera entre las maderas de cedro del Número 2.

—¡Lo digo en serio, en serio! —estallé—. Usted me tiraniza. Me mimas con

historias necias: «arrastrando nubes de gloria», me figuró^[46]. No son verdad. Yo le digo a usted que en este mundo cada uno se las tiene que apañar solo; y, por favor, entienda que en el futuro pretendo ser la única dueña de mis actos. Únicamente porque en un pequeño apuro particular le pedí que me ayudara...

Él se apartó, indeciso.

—Le han dado a usted un buen baño.

—¿Se puede saber qué quiere decir con eso?

—Quiero decir —y se volvió hacia mí— que soy exactamente lo que su amiga la señorita Bowater me llamó. ¿Se puede decir más?

—¿Y es que yo soy responsable de todo lo que digan mis amigos? ¡Vamos, volver a sacar *ese* desdichado tropiezo cuando ya lo hemos hablado hasta la saciedad! Con las ganas que yo tenía de volver a casa, y usted me lo convierte en esto.

Él volvió la cara hacia el oeste, y la vasta luz iluminó sus facciones huesudas, la frente inclinada bajo el pelo liso y negro. Por mucho humo que yo echara, el resentimiento se disipó dentro de mí.

—Parece como si no lo entendiera —proseguí—; es un despilfarro..., un despilfarro de todo. ¿Por qué hace que no le pueda hablar con naturalidad, como se habla entre amigos? Si yo estoy sola en el mundo, usted también. Podríamos decirnos la verdad. Me da mucha pena.

—Sólo hay una verdad que importe: usted no me ama. ¿Por qué había de amarme? Pero ésa es la barrera. Y lo bonito es que no sólo los Dioses, sino hasta los miserables Humanos, si lo supieran, disfrutarían con el espectáculo.

—¡Amor! Detesto esa palabra. ¿Qué ha significado nunca para mí, me gustaría saber, en esta..., en esta jaula?

—Poco más que un rayo de luz dorada sobre los barrotes —sonrió amargamente—. De todos modos, ahora estamos hablando el mismo idioma.

El mismo idioma. Lágrimas de autoconmiseración me escocieron en los ojos; aparté la cabeza. Y en el silencio, furtivamente, desde una arboleda oscura más próxima a la casa, como respondiendo a un encantamiento, sonó un ronquido bajo, siniestro y prolongado, como el croar de un sapo. Yo conocía ese sonido; venía derechamente de Lyndsey: me llamaba allá.

—¡Chist! —susurré extasiada—. ¡Un chotacabras! Escuche. Vamos a mirar.

Le tendí la mano. La suya me hizo correr un estremecimiento por la espalda. Estaba húmeda y fría, como si acabara de salir del mar. Abriéndonos paso entre los matorrales más espesos, avanzamos con tiento hasta estar debajo del roble enorme del pájaro. Tan huidiza y engañosa era aquella trepidación sorda, que era imposible localizar en qué rama desnuda de la negra frondosidad estaba posado. Las oleadas de fragancia, el aire sereno del atardecer, y allá arriba, arriba, el delicado y somero oscurecimiento del azul débilmente estrellado: ¡qué ansias sentí de beber siquiera una sola gota de la soporífera mandrágora, y olvidarme de aquel yo inconstante y desasosegado!

Nos paramos a escuchar; y una vieja historia que había leído no sé dónde me vino a la memoria.

—Hubo una vez, ¿no lo ha oído usted? —le susurré al oído—, un fantasma que fue a una casa cerca de Cirencester. Yo lo leí en un libro. Y cuando le preguntaron: «¿Eres un espíritu bueno o malo?», no contestó, sino que se desvaneció, decía en el libro (recuerdo las palabras exactas), «con un curioso perfume y una nota melodiosísima». Con un curioso perfume —repetí— y una nota melodiosísima. ¿Le gustaría a usted que yo me marchase así? Ah, si fuera una mariposilla, me metería ahí volando y le pediría a esa Cosa de Muerte que me atrapara. Aunque yo no le pueda amar, usted forma parte de todo esto. Alimenta a mi ser. ¿No puede bastar eso?

Sus dedos se apretaron sobre los míos; el dulcemele hipnótico, incoloro, seguía sonando. Yo me incliné más hacia él, como si quisiera alzar los párpados ensombrecidos sobre sus ojos serios.

—¿Qué le puedo dar yo..., sólo por ser su paz? Le aseguro que es suyo. Pero yo no poseo el secreto de saber lo que quiere decir la mitad del mundo. Míreme. ¿No es un misterio *todo*? Yo lo sé, aunque se burlen y se rían de mí. Le suplico que sea compasivo y me deje ser como soy.

Así argumenté y rogué, casi sin fijarme en lo que decía. Pero ahora me doy cuenta de que era sólo mi mente lo que forcejeaba con él. Lo que vino después fue lo que me deshizo. Sonó un batir de alas, y el pájaro salió volando de su escondrijo por encima de nosotros, mostró instantáneamente en la media luz su plumaje ceniciento salpicado de blanco, pareció desplomarse como si tuviera las alas rotas, dio un grito y se fue. La interrupción no hizo sino espolearme.

—Escuche, escuche un poco más —imploré—; ¡si el Tiempo cesara un momento y me dejase respirar!

—Bueno, bueno —murmuró—. Me he portado mal. Los sucios celos.

—Pero piense. Quizá no vuelva otra hora como ésta. Sepa, sépalo ahora, que usted me ha hecho feliz. Ya nunca volveré a estar tan sola. Comparto mis pensamientos más secretos..., mi imaginación, con usted: ¿eso no es una forma de amor? Yo le aseguro que lo es. Una* vez oí hablar a mi madre, y a veces yo también me lo he preguntado, si no seré realmente..., ya sabe usted lo que se dice: un capricho de la Naturaleza. Dígame: si por un sortilegio lo fuera realmente, y realmente viniera de esas montañas nevadas que usted dice, y de ese mar, ¿usted me reconocería? ¿Sí? No, no; eso es sólo un cuento: incluso todo este verdor y toda esta hermosura son sólo lo de fuera. Con que el Viejo Mundo no hiciera más que encogerse de hombros, don Anónimo, todos, grandes y pequeños, desapareceríamos.

Mis palabras no parecían sino gotas de agua cayendo de una esponja. «¡Despierte!», dije, tirándole de la mano. «¡Mire!». Arrodillándome de lado, alcé la cara hacia él desde un matojo de hierba verde y fresca, en la que llameaba un gusano de luz: «¿Esto es la cara... de una *Extraña*?».

Él no se acercó más; me recorrió con una sonrisa larga y quieta, de

condescendencia infinitamente triste.

—¿De una Extraña? ¿Qué otra cosa podría ser, si yo la amo?

Intoxicada por aquella fragancia terrosa, envuelta en los colores de las flores inmóviles, era como si únicamente hablase con alguien capaz de asegurarme que aún estaba en la vida, aún era yo. Se me había soltado un mechón de pelo, y, sonriendo con la dorada horquilla entre los labios, me lo volví a prender.

—Sí, pero ocurre que..., ¿no se lo he dicho?..., yo no le puedo amar. A lo mejor; no sé... ¿Qué hago? ¿Qué digo? Ahora imagínese —proseguí— que yo me estime *así* —y sostuve el pulgar y el índice apenas separados—; entonces a *usted* le estimo, pienso en usted, espero en usted, ¡todo esto! —Y abarqué todo el cénit vacío con un gesto de la mano—. ¿*Ahora* lo entiende?

—Ah, querida, querida —dijo, y me sonrió a los ojos.

Yo me eché a reír, triunfante por el éxito de mi ocurrencia. Y él rió también, como confabulado conmigo; y con la Desdicha, vi, sentada como una vieja bruja junto a la puerta de donde salía el sonido. Y a lo lejos el chotacabras se puso de nuevo a roncar.

—¿Entonces le he puesto un poco..., un poco menos triste? —le pregunté, y oculté la cara entre las manos, en una paz y una soledad desoladas.

Él se arrodilló a mi lado, extendió la mano como para tocarme, la volvió a retirar. Toda presencia de él se distanció y se desvaneció en aquella pequeña oscuridad. Recé pidiendo no pensar más, no verme otra vez desterrada a..., ¿cómo explicar lo que quiero decir si no es diciendo: a Mí Misma? ¿Algún otro mundo habría descornado sus velos y me habría dejado entrar entonces y para siempre, si aquella calma sin luz se hubiera prolongado un poco más? ¿Estará en la experiencia de todo ser humano el llegar a veces, aparentemente, tan cerca de los confines de la existencia?

Fue su voz áspera lo que rompió el hechizo.

—¡Despierte, despierte! —me llamó al oído—. La mujer la está buscando. Tenemos que irnos.

Resbalaron las manos de mi rostro. En mi cuerpo entró un aliento lento, entrecortado. Y allí, bajo la vacuidad del crepúsculo vespertino, vi el escenario transfigurado del jardín, y, cerca de mí, el rostro angustiado y dolorido de aquel extraño, tenuemente verdeado por la luz del gusano.

—¡Despierte! —me ordenó, dándome suavemente en la mano con su dedo huesudo. Yo le miré sin parpadear desde mi sueño.

CAPÍTULO XXXVII

El tiempo y la circunstancia me han separado extrañamente de la señorita M. de aquellos días. La miro no con vergüenza, sino encogiéndome de hombros, con una especie de tolerancia incrédula: casi como si también ella fuera una extraña. Es posible que dentro de unos años mire con el mismo despego a la señorita M. que en este momento está aquí sentada con sus libros y su pluma, en la soledad de sus pensamientos, intentando vanamente hacer salir e hilar meros recuerdos que nadie tendrá jamás la paciencia de leer. ¿Podré entonces decirme qué es lo que quiero ahora, poner palabras a los deseos vagos que todavía me rondan? ¿Seguiré esperando que llegue alguna eventualidad impensada?

Hay, también, otro pequeño enigma de distinto género, para el que no tengo respuesta. En la memoria y en la imaginación, cuando desde este cuarto familiar tiendo la vista sobre el pasado, soy la misma persona que estaba en aquel jardín remoto de Wanderslore. Pero miro y estoy allí no sólo *dentro* de mí misma, sino también fuera de mí. Quiero decir, me parece estar realmente contemplando como con mis propios ojos a las dos figuras extrañas y silenciosas que vuelven, entre las hierbas y las flores soñolientas y pobladas de mariposas nocturnas, hacia la mujer de negro, vigilante, que las espera junto al pabellón. Y me parece avisar, como un espectro, al único ser pequeño: «¡Ay, criatura miserable y ciega, ten cuidado; aférrate a la dicha, que se desvanece!».

Todo lo que escribo, pues, es un intento solamente de narrar, no de explicar. Me doy cuenta de que a veces fingía cosas, pero sin saber que las fingía; de que a menudo actuaba sin más conciencia o consciencia, quizá, que la que tiene una corneja negra al sacarle los ojos a un cordero, o una flor que recoge sus pétalos al mediodía. Y sin embargo sé, lo sé rotundamente, que era, y soy, responsable no sólo de mí misma, sino de todo. De mi mundo entero. Y tampoco esto lo puedo explicar. A veces, como para liberarme, tenía que mirar de hito en hito a aquello que me espantaba. Estoy segura, por ejemplo, de que la señora Monnerie no pudo ni soñar que con su mención del señor Crimble me despachaba mentalmente a la primera ocasión a aquel funesto cobertizo del jardín de su madre, a asomarme allí y mirarle... otra vez. Pues sí que le miré, y me quedé un poco más en paz con él después. ¿Por qué, entonces, no puedo estar en paz con alguien que me quiso?

Quizá si hubiera podido prever de qué manera iba a regresar a Wanderslore habría sido para él, en aquel atardecer de junio, una compañía menos egoísta, presumida y caprichosa. Pero en seguida me volví a sumergir en la vida de Londres, y únicamente pensé en don Anónimo como tiendo a pensar en Dios, o sea, cuando necesité su presencia y su ayuda. La realidad es que tenía poco tiempo para pensar. Hasta las dudas y los celos que a veces me despertaban por la noche se deshacían como sueños por la mañana. Cada día borraba el día anterior, como se van tirando de un

florero las flores que se marchitan.

En aquella vorágine de visitas y visitantes, aquella perspectiva infinita de diversiones y comer y beber, algún resorte oculto de vida que había dentro de mí empezó a fallar. Me convertí en una burrita presuntuosa y afectada, que rebuznaba estridentemente; en el centro de una multitud idiota que me lisonjeaba sin tasa. ¡Qué aires me daba!

Si esta Vida mía hubiera sido una Biografía, su autor habría tenido la satisfacción de transcribir, de un diminuto diario de tafilete azul, los nombres de todas las personas célebres y distinguidas que conocí en el Número 2. ¡Unas cuantas subrayadas en rojo! Lo divertido es que, igual que mi padre, en el fondo seguía siendo una Radical y prefería la vida plebeya —hierba pulguera y hierba pajarera— a las flores finas de la cultura; lo cual no significa, claro está, sino que en esto soy una esnob del revés. De todos modos, la atención que antes rehuyera empecé entonces a codiciarla, y, lo mismo que una artista o bailarina famosa, me iba a la cama enfurruñada si había pasado inadvertida. Meforcé a ser cada día más exigente, y trataba de admirar lo menos posible. Hasta imitaba y aparentaba pretenciosidades e insolencias lánguidas, y aprendí a ser francamente grosera con la gente de una manera refinada. En cuando a hablar de naderías, en seguida me hice un buen repertorio, y me desenvolvía en la jerga de moda y las «conversaciones» del momento como una nativa. Todo esto regocijaba enormemente a la señora Monnerie. Porque ni que decir tiene que cuanto más me iba pareciendo a la generalidad de aquellos vividores más aumentaba mi popularidad.

La verdad es que a la Leona le faltó muy poco para perder la cabeza^[47]; y, como un gatito ciego en un cubo de agua, estuve muy cerca de ahogarme en la ponchera social. Por lo poco que ganaba en público con toda aquella necia vanidad pagaba un alto precio cuando estaba sola. Empecé a ser irritable y absolutamente inútil para mí misma: sólo vivía de excitación en excitación. Y Fleming tuvo pronto mejores razones para detestarme que el mero hecho de mi horrible falta de talla.

Tal vez esté exagerando; pero la verdad es que me resulta extremadamente difícil ver con paciencia a la mimada *protegée* de la señora Monnerie. Era débil y estúpida. Aun así, el saber no había perdido su encanto. Mi mente seguía teniendo hambre, por muy saciados que estuvieran mis sentidos y mis finos sentimientos. Hasta contagié a Susan mi entusiasmo por el conocimiento indigestible. Pues, desde el momento en que la señora Monnerie comenzó a encontrar un poco agotadora mi pasión por las conchas, los fósiles, los pedernales, las mariposas y los animales disecados, fue su sobrina la que me acompañó en su lugar a mis muchas Mecas. Por dichosa coincidencia, era frecuente que en esas peregrinaciones nos encontráramos con aquel joven moreno de nariz recta al que yo había mirado desde lo alto en mi primer *ballet*, y que era, al parecer, otro fanático.

Por absorto que estuviera en los recordatorios de las Edades Oscuras o de la Piedra, nunca dejaba de vernos apenas entrábamos en la resonante galería. Alzaba las

cejas; se le caía el monóculo, y venía a nuestro encuentro con paso relajado y el saludable aspecto de las manzanas frescas de rocío. A mí me gustaba el capitán Valentine; tanto, que le envié a don Anónimo una descripción de él casi arrebatada.

A él no parecía importarle nada que le vieran en mi compañía. Nos traíamos nuestras bromas particulares. Los dos disfrutábamos con la compañía de Susan. Él era muy decidido, desenvuelto y perspicaz, y aun así, a mis ojos inexpertos, parecía deliciosamente domesticable. Hasta el vigilante más antipático, a una palabra y una sonrisa del capitán Valentine, me permitía sentarme en las vitrinas. De ese modo podía regodearme en su contenido a placer. Y de los tres era yo, desde luego, la estudiante más diligente.

Largas horas, también, de las nunca demasiadas que compondrán mi vida se derretían como la nieve en la biblioteca de la señora Monnerie. Con un timbre instalado especialmente para mí en la madera de la pared hacía venir a un criado. Recorridas las altas paredes, le señalaba los libros que quería. Se distribuían por el suelo alrededor de mí: volúmenes encuadernados en cuero y dorados, algunos casi tan altos como yo y mucho más pesados. Yo abría la tapa, pasaba las grandes páginas, y, cuidadosamente apoyada en los codos, me pasaba horas y horas estudiando sus ilustraciones coloreadas de aves y flores, vidrios y piedras preciosas, ruinas, palacios, montañas; cacerías, peleas de gallos, modas, damas de alcurnia y maravillas de países lejanos. Y me sumergía en novelas tan parecidas a las partes más desagradables de mi propia vida que lo mismo podrían haber sido autobiografías.

El encanto secreto de todo eso era que estaba sola; y mientras leía cesaban mis preocupaciones. Me drogaba con los libros. Hurgaba y revolvía en la biblioteca de la señora Monnerie como un cerdito en busca de trufas. Apenas dejé tema sin probar: comedias antiguas y cantares de ciego; el enorme diccionario de Johnson, ese libro extraordinario sobre la Melancolía con la borraja y el eléboro y el joven enamorado con sombrero; *Bel y el dragón*, el *Almanaque de Newgate*. Hasta le hiqué el diente al Debrett^[48], y me leí toda la M. Cuanto más leía, más ignorante me hallaba; y, aparte de todo ese revoltijo de conocimientos superficiales, me tragué memorias y narraciones románticas que mi pobre madrina se habría desmayado sólo de ver.

Es posible que fueran dañinas; pero desde luego no puedo decir que lamente haberlas leído, en lo cual quizá esté parte del daño. Las cosas verdaderamente malas se distinguían casi con sólo olerías. Tenían mal olor, como un armario con chinches o un viejo perfumado. No me retraje de leer cosas sobre brujería y demonios, pero detestaba la nube que tendían sobre mí, como una horrible pringue de la mente. En cuanto a los autores que se limitaban a razonar sobre el Tiempo, Dios, los Milagros, etcétera, picoteaba en ellos de buena gana; pero mi imaginación se iba por el lado contrario, llevándose mi corazón en el bolsillo. Posiblemente sin saberlo. Pero esto sí lo sé: que en todos los días de mi vida no llegaré nunca a descubrir qué es lo que una persona de tamaño corriente armada de pluma o lápiz *no* puede hacer escandaloso, o encontrar escandaloso. Me parecía que para algunos de aquellos autores el universo

entero no era menos negro que un Calamar, y una señorita muy escandalizada intentaba reponer sus obras en los anaqueles.

En algunas ocasiones en que, de buena fe, me aventuré a compartir (o posiblemente a lucir) alguna información curiosa con la señora Monnerie, poco faltó para que se le saltaran los ojos. Sería quizá mi vieja costumbre del *topo* lo que me impedía dividir las cosas en nombrables e innombrables. Posiblemente llevara esa costumbre a extremos excesivos; aunque, por supuesto, no dejaba de ser esclava de mis pequeños pudores particulares. De todos modos, no creo que fuera de los pudores de la señora Monnerie ni de Percy de lo que debía preocuparme. Hacerle reír *a él* fue una de mis experiencias más odiosas en el Número 2.

En algún sitio he leído que los instintos humanos «no son como Apolo, antes bien siempre se degradan con sus disfraces. Se visten de Simios y Mandriles; él, de Serpiente anillada, flexible, vanidosa y seductora». Posiblemente eso tuviera algo que ver. ¿O será que también mis instintos son de talla mezquina? No lo sé. Detesto y temo el dolor todavía más que la mayoría de la gente, y he luchado con ahínco por mi propia conservación. Por otra parte, no tengo el más mínimo deseo de «perpetuar mi especie». No es que no hubiera podido ser feliz en un marido y en unos hijos. Me figuro que eso debe venir con la misma naturalidad que el respirar. De todos modos, sospecho que yo nací para Solterona. La evocación de Espíritus de la profunda sima siempre me ha parecido un misterio mucho más tremendo que la Muerte. No creo, de hecho, que sean los espectros de los muertos y del pasado los que deban acongojar a las personas que veo a mi alrededor, sino los de los niños por venir. Desde el fondo de mi alma le doy gracias a Dios por la dicha y la miseria de haber estado viva, pero mi pequeño magin me da vueltas cuando medito sobre lo que ese don implica.

En fin, en fin, en fin; de un peso al menos puedo exonerar a la señora Monnerie: del de haberme hecho tan sentenciosa. De una manera o de otra, pero cada vez más despacio, fueron pasando aquellos apretados meses del verano de mi vigésimo año. Hay más de bendición que de maldición, supongo, en que el Tiempo nunca se esté quieto.

Entretanto ocurrieron dos hechos que, de momento, me bajaron los humos y me alarmaron. Pocos días antes de una segunda visita que tenía proyectado hacer a la señora Bowater me llegó la noticia casi increíble de que se embarcaba rumbo a Sudamérica. No me habría sorprendido mucho más saber que se embarcaba rumbo a Sirio. Vino a decirme adiós. Era por el *señor* Bowater, me dijo. Había estado demasiado confiada en los «buenos cuidados». Lejos de arreglarse en este mundo, la pierna amenazaba con «llevársele al otro». Ante aquellas nuevas la Vergüenza me sacó una cabeza muy fea desde su escondrijo. Me había olvidado por completo de la angustia en que vivía mi pobre amiga.

Se puso las gafas con mano temblorosa, y me pasó la carta de su marido. La escritura era marcada y gruesa, pero me pareció un poco débil en las lazadas:

«Querida Emily: La pierna me está haciendo trizas en este sitio inmundo. No sé si saldré de ésta. Te quedaría muy agradecido si vinieras a estar conmigo. En la oficina de embarque te darán todos los datos que necesites. Pregunta por Pullen. Besos a Fanny. ¿Qué aspecto tiene ahora? Me gustaría verla antes de irme; pero mejor no le digas nada. Tienes cosa de un mes o tres semanas, calculo; o menos.

»Tu marido que te quiere,

»Joseph Bowater».

—Muy tranquilo *en apariencia* —fue el comentario de la señora Bowater mientras volvía a doblar la hojilla sucia y la guardaba en la bolsa—, pero ni el señor Bowater es capaz de controlar lo que se puede leer entre líneas.

Me miró sin palabras; la piel parecía, colgarle más suelta de la cara. En vano busqué algo consolador que decirle. La melodía del «Padre Eterno», uno de los himnos que cantábamos juntas en las ventosas tardes de domingo del invierno, me había empezado a zumbar en la cabeza. Me preocupaba, además, la idea, aunque no la puse en palabras, de que el señor Bowater, mucho más que en Buenos Aires, hubiera preferido encontrar su último descanso en la Fosa de Nerón o la Sima de la Virgen, aquellas enormes profundidades de azul de los océanos que yo había contemplado tantas veces en su Atlas. Ya éramos viejos amigos, él y yo. Era el padre de Fanny. La misma ferocidad de su mirada había venido a ser un secreto entendimiento entre nosotros. Y ahora —acaso en aquel mismo momento— se estaba muriendo. Me temo que aquel desenfadado «trizas» de su carta me impresionara mucho más que el rostro atribulado, o incluso el valor, de la señora Bowater.

Sin pensárselo un momento había resuelto afrontar los miles de millas de viento y agua del Atlántico para reunirse con aquel marido del que me dijera que llevaba mucho tiempo «peor que» muerto. El propio tono con que pronunció la palabra «vapor» era todavía más lúgubre que el enorme y sarcástico bocinazo de un navío que en una tarde tranquila me hizo salir asustada del mar en Lyme Regis. Era una perspectiva espeluznante, pero ella no hizo más que decir «vapor» tranquilamente y mirarme por encima de las gafas.

Mientras estuviera fuera, la casita de Beechwood Hill, «comprada, gracias a Dios, con mi dinero», quedaría cerrada, pero era mía si me apetecía volver y pedirle la llave a la señora Chantry, una vecina. Sería para Fanny si a ella «le pasaba» algo. Tan triste era todo esto que me parecía ya haber perdido a la señora Bowater, y ser doblemente huérfana. Seguimos hablando en voz baja y cautelosa. Fleming, después de lanzar a mi visita una ojeada fría y cortante, nos había dejado solas frente a una enorme tetera de plata. Yo llegué a ponerme tan nerviosa, viendo las lentas miradas de desaprobación de la señora Bowater al entorno, su rostro cansado y acalorado, y escuchando sus profundos suspiros, que una y otra vez perdía el hilo de lo que me decía, y sólo alcanzaba a responder «Sí» o «No» como por instinto.

Entre un horario de trenes anticuado, un billete de tren que se extravió y un conductor de autobús impertinente, su viaje había sido una odisea. Descubrí, también, que a la señora Bowater no le gustaba el West End. Primero había llamado al Número

4 por error. El mayordomo de esa casa no sabía nada en absoluto de ninguna señorita M., y ella había tenido la delicadeza de no especificar mis dimensiones. Después había compartido unos momentos de sofoco en la entrada del Número 2 con otra visitante de más prosapia, con malestar por ambas partes. Un criado le había dado entrada al vestíbulo de mármol de la señora Monnerie y su estatuaria «descocada», y por lo visto había creído que el paquetón que llevaba entre los brazos era para entregarlo allí mismo.

No estaba resentida, aunque yo sí me sentí un poco incómoda. La vida era así, venía a decir, y no era culpa suya. Había sin duda un mundo mejor en el que las cosas serían distintas: era extraordinario la cantidad de sentimientos contradictorios que podía expresar con hacer una pausa o cerrar la boca. Negra, erguida, permaneció mirando sombríamente aquella tetera ajena, sorbiendo el incoloro té de China de la señora Monnerie, rehusando firmemente hacer ascos a su insipidez, hasta que me hubo contado todo lo que había que contar.

Al cabo hizo ademán de despedirse y me exhortó a escribir a aquel muchacho, don Anónimo. «Yo veo en esa cara una fidelidad que casi se podría decir perruna, señorita, aparte de, según tengo motivos para suponer, un bolsillo bien provisto. Aunque bien sabe Dios que todavía es usted joven y en apariencia no le falta un hogar».

Paquete, bolsa, paraguas: se inclinó sobre mí cerrando los ojos, y murmuró con timidez que se había acordado de mí en su Testamento, «y, en fin, señorita, que Dios la bendiga».

Yo aferré la enguantada mano en un paroxismo súbito y desvalido de pena y presentimiento. «Señora Bowater, perdóneme...», dije ahogándome, y aun así no acudían las palabras.

Se había ido, ya no podía hacerla volver; y todo el amor y la gratitud y el remordimiento que había ansiado expresar se me desbordaron. Sin embargo, mientras estaba allí tesa en mi silla, mi principal aprensión había sido que Fleming pudiera volver a entrar y echase otra mirada de velado desdén a mi visitante.

Asomada entre los dorados balaústres, vi a mi vieja amiga descender muy derecha la suave y brillante escalera, saludar con una inclinación al hombre que le abría la puerta y salir al soleado vacío.

Quizá se le pasara por la cabeza que sí que me habían cambiado. Pero ahora, al cabo de tantos años, ya no hay peligro de malentendidos. Son las ocho; la luz se va apagando. Chizzel Hill tiene un verde fulgor. Oigo su paso vacilante en la escalera. Me mirará por encima de unas gafas que ahora cabalgan permanentemente sobre su nariz. Tengo que guardar la pluma y los papeles; y yo también he hecho mi Testamento.

CAPÍTULO XXXVIII

La partida de Inglaterra de la señora Bowater —era como si hasta mi mapa mental se hubiera quedado tristemente vacío— no fue mi única angustia. Hasta entonces mis abogados habían sido diligentes, y la cuantía de sus envíos era casi monótonamente invariable. Pero al pago trimestral del verano le había seguido una carta, un par de semanas después de la despedida de mi patrona. Daba la impresión de estar escrita en el mejor inglés, pero para mí era prácticamente ininteligible. Con cada nueva lectura —el papel parecía haber sido sumergido en agua y secado— aumentaban su oscuridad y mi alarma. Yo no sabía nada de cuestiones de dinero, y la enciclopedia que consulté me dejó todavía más abatida y confusa. Me acordé con remordimiento de las últimas tribulaciones de mi pobre padre. Contestar a los Harris era imposible, y seguir estudiando su carta fue pronto innecesario, porque me la había aprendido de memoria.

Lo único seguro era que el lobo de Fanny había empezado a arañar mi puerta, y que mi renta corría inminente peligro. Tiempo atrás había dilapidado casi todo lo que quedaba de mis ahorros (después de que Fanny se sirviera) en regalos y faralaes; sin otro objeto, me temo, que el de demostrarle a la señora Monnerie que yo también podía ser manirrota. De cuánto le debía no podía ni hacerme idea, ni me había atrevido a preguntar. Pedirle consejo era igualmente imposible. Estaba casi tan lejos de mí en este aspecto como la señora Bowater, que estaría ya en mitad del Atlántico. En cuanto a Fanny, le había devuelto sus giros y no había sabido más.

Durante días y días la depresión se cernió sobre mí como una nube de tormenta. Dondequiera que fuese me perseguían los espectros de los Harris. Luego, durante un tiempo, como pasa con todo, la aprensión y la angustia fueron disipándose. Me volví a zambullir en la ponchera con la intención deliberada de ahogar las preocupaciones.

Entretanto no se me había olvidado la «sinecura» de Fanny. Una tarde de cielo aborregado volvíamos la señora Monnerie, Susan y yo por el Parque, de una «recepción» «para conocer a la señorita M». Un niño de la casa había entretenido regiamente a la reunión con los alaridos de terror que le produjo mi vista, hasta que la niñera se lo llevó. No le guardo rencor; me sirvió de pretexto para sacar la propuesta de Fanny.

—¿Y qué sabe hacer la señorita Bowater? ¿Qué condiciones reúne? —preguntó amablemente la señora Monnerie.

—Es... morena y... pálida —respondí yo, mirando desde el coche, un poco mareada, a las ovejas que pacían al paso la hierba londinense.

—¿Morena y pálida? —meditó la señora Monnerie—. Bueno, eso quizá sea más descriptivo que las medallas, los certificados y ese género de cosas. De todos modos, una institutriz un poco a lo Jane Eyre, ¿eh, Susan?

Desdichadamente yo sólo había tratado a una de las Bronte, y no era Charlotte.

—La señorita Bowater es *listísima*, señora Monnerie —me apresuré a añadir—, y goza de gran estimación entre... las otras profesoras, y todo eso. No es, en absoluto, lo que se podría deducir de lo que usted supone.

—Lo cual quiere decir, me imagino —comentó afablemente la señora Monnerie— que la señorita Bowater es la típica hija de ama de llaves. Un perfecto ángel de la casa... o fuera de ella, ¿eh, señorita Inocente?

—No —dije yo—, yo no creo que la señorita Bowater sea un ángel. Es una persona muy interesante, muy *especial*. Lo que pasa es que no está a gusto con la señorita Stebbing..., en el colegio donde da clases ahora. No es el sueldo lo que la preocupa, señora Monnerie: está buscando un par de niños agradables con una madre, nada más.

Esta vindicación de Fanny me dejó un molesto acaloramiento; seguí mirando fijamente a las verdes lejanías del parque.

Todo iba bien, sin embargo. La señora Monnerie pareció darse por satisfecha con mi declaración. «Me darás su dirección, Chiquitina, y le echaremos una ojeada a esa joven», decidió.

Pero el éxito no me dejó del todo tranquila. Los móviles, aquellos viejos amigos míos, empezaron a preocuparme. ¿Sería el cambio realmente bueno para Fanny? ¿Sería —y más vale que confiese que esto era lo que más me inquietaba— realmente bueno para mí? Yo quería ayudarla; quería también lucirla. Y qué alegría me llevaría si se transformase en la Fanny de mis sueños. Por otra parte, ¿y si no era así? En conjunto, la idea de verla aparecer en el Número 2 más bien me asustaba.

Susan me siguió a mi habitación.

—¿Quién es esa señorita Bowater? —preguntó—. Aparte, quiero decir, de ser la hija de su patrona y demás.

Pero las pocas confidencias que añadí no le bastaron.

—Pero entonces, ¿por qué *no* es un ángel? Lista y guapa: no es una combinación demasiado frecuente. Aunque —me sonrió reflexivamente, toda candor y dulzura— hay casos.

Yo escapé todo lo deprisa que pude con un cumplido tan tierno, y se lo devolví de rebote:

—No querrá usted decir con eso, Susan, que *usted* no es lista.

—Sí, querida; sí que lo digo. Soy tan tonta que si no veo las cosas claras como la luz del día siento como si me ahogara. Estoy horriblemente pasada de moda...; soy un horrible descrédito para mi sexo. En cuanto a lo que he dicho de la señorita Bowater, era sencillamente pura maldad. Si he de ser sincera, aunque por decirlo parezca odiosa, no me ha caído bien. Es que tía Alice se entusiasma muy fácilmente con cualquier cosa. Basta con que algo sea novedad, o agradable a la vista, o eso que llaman una obra de arte: ¡pues hale, a la caza! A *ella* no le habría hecho falta ninguna Serpiente en el Edén. Lo que son meras cosas, por supuesto, no importan mucho,

salvo que van llenando las habitaciones, y yo prefiero no vivir en un museo. Lo malo es cuando se trata de personas. De todos modos, no parece que la señorita Bowater vaya a venir aquí.

Yo guardé silencio, meditando en sus palabras. ¿Se habría «tratado», me pregunté, de una «persona» en mi propio caso?

—¿Conoció usted allí a otras personas interesantes? —continuó la señorita Monnerie como por acaso, mientras encendía y apagaba el racimito de globitos eléctricos de colores que había encima de mi mesa—. Quiero decir, además de la señorita Bowater y ese pobrecillo..., ¿sabe quién le digo?

—No —dije secamente—, no muchas.

—¿No le molestará que le haga todas estas preguntas? A cambio, doña Seria, yo le diré *a usted* un secreto. Será como guardarlo en una cajita muy deliciosa y muy delicada, como un capullo de rosa.

En la pausa de aquel instante fue como si pasara un sueño fugaz, fascinante, por el rostro grave y sonriente.

—¡Mire! —dijo, y agachándose puso su fina mano izquierda sobre mi mesa. Yo miré; y lo primero que observé fue cuán parecida a su dueña era aquella mano, y cuánto menos vigorosa y formidable que las de Fanny. Y luego comprendí lo que quería decir.

—¡Oh, Susan! —exclamé con voz lastimera, contemplando las piedras encendidas que circundaban el largo y fino dedo anular—; dondequiera que vaya, sólo oigo hablar de eso.

—¿De qué?

—De amor, quiero decir.

—¿Pero qué pasa, qué pasa? —Se alzaron las estrechas cejas con débil disgusto—. Yo voy a ser muy feliz.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero ¿por qué no puede usted ser feliz sola?

Ella me miró, y un débil rubor oscureció las delicadas mejillas.

—No *igual* de feliz. Yo, por lo menos.

—Entonces, ¿es que le quiere?

—Pero qué extraña es usted, qué cosas tan curiosas me dice. Claro que le quiero. Voy a casarme con él.

—Pero ¿cómo lo sabe? —insistí—. ¿Significa más para usted que..., en fin..., que el secreto de todo? Quiero decir, ¿lo que llega cuando no se es casi nada? ¿Hace que sea más usted, o la parte en dos, o la evapora? Sí, ¿como la neblina que se disipa, y a cada pétalo y cada hoja de hierba su gota de agua ardiente?

Una sombra de consternación, de miedo casi —la forma de mirar de un animal medroso cuando se le asusta— se insinuó en sus ojos.

—¡Qué preguntas tan raras hace usted! ¿Qué le puedo responder? Yo lo que sé es que... antes preferiría morir *si no*. ¿Es a eso a lo que se refiere?

—¡Ay —mi voz se apagó: decepción, oscuridad, tedio—; sólo eso!

—Pero ¿a qué se refiere? ¿Qué está usted diciendo? ¿Le han contado todo eso? Me preocupa; pone usted una cara que es...

—¡Sí! ¿Cómo es? —clamé desesperada, hundiéndome otra vez en mí, como si me escondiera en una madriguera.

—No lo sé decir —flaqueó—. Yo no sabía...

Seguimos hablando. Pero, aunque yo intenté difuminar y retirar lo que había dicho, no se quedó a gusto. Una fina arista de formalismo se había interpuesto momentáneamente entre nosotras.

Esa noche escribí una carta retrasada a Wanderslore, reprochándole a don Anónimo que no me escribiera, informándole del viaje de la señora Bowater y rogándole que les asegurase a la casita del jardín y a las flores ajadas del verano que en mis sueños no las había abandonado.

No mucho después de eso, una mañana a las doce menos cuarto, estaba yo con la señora Monnerie, sentada en un taburete al pie de la jaula de Chakka, y Susan estaba a punto de dejarnos, de hecho se estaba alisando el guante sobre un pulgar, cuando Marvell anunció que había llegado la señorita Bowater. Yo me quedé fría y contuve el aliento.

—¡Ah! —susurró la señora Monnerie—; tu futura señora Rochester, cariño.

Todos los pensamientos salieron huyendo de mi cabeza; mi aguja dio un respingo y se me clavó en el dedo. Miré a la puerta. Nunca había visto nada menos transparente. Entonces se abrió; y... allí estaba Fanny. Vestía de gris oscuro, un vestido que yo no le conocía. Sobre el cabello llevaba modestamente un sombrero ajustado. En aquel primer momento no me había visto, y yo pude posar una mirada larga y fija sobre los ojos quietos, luminosos, vigilantes, que de un trago seguido bebían su nuevo entorno. Sus facciones llevaban una máscara finísima y desconocida, como una flor vista con luz artificial. No tenía nada de extraño que la hubiese amado. Las manos se me durmieron, y una fatiga repentina se apoderó de mí.

Entonces su mirada serena y viajera descendió y se detuvo en secreto coloquio con la mía. Me saludó con una pequeña inclinación sonriente y protocolaria, se humedeció los labios y se compuso para la señora Monnerie. Y fue entonces cuando me di cuenta de que Susan había salido de la habitación sin hacer ruido.

Fue una experiencia peculiar escuchar el catecismo que vino a continuación. Por la absorción de su actitud, la voluminosa cabeza ladeada, las manos inmóviles, estaba claro que la señora Monnerie encontraba muchas cosas de interés en la figura oscura y atenta que tenía enfrente. Si Fanny hubiera sido Juana de Arco no habría podido tener una recepción más atenta. Sin embargo, yo asistía a un duelo: un duelo no de ingenios sino de intuiciones, entre la anciana sagaz, sardónica, vigilante, empapada de conocimiento de la humanidad pero, hasta donde a mí se me alcanzaba, extraordinariamente carente de respeto hacia ella, y... Fanny. Y me pareció que Fanny se defendía con soltura; con sólo ser lo que era, sin revelarse. Rostro, figura,

voz; eso era todo. Yo no podía apartar los ojos. Ojalá, pensé, que mi propio espíritu supiera estar tan callado y oculto como aquél en presencia de los demás.

Tal vez exagero. El amor, vivo o moribundo, aunque no sea ciego, no puede, me figuro, enfocar los objetos con mucha precisión. No ve más que a sí mismo o el desengaño. Fuera así o no, el duelo fue interrumpido. Bajo la plena luz de la ventana, Fanny se volvió suavemente al abrirse la puerta. Marvell anunciaba a otro visitante. Al oír su nombre mi corazón brincó como el de William Wordsworth al ver el arco iris. Era *sir* Walter Pollacke.

—Esa visita es *para ti*, Pulgarcita —me aseguró guasona la señora Monnerie—; tenéis media hora de *tête à tête*.

CAPÍTULO XXXIX

Con un hondo suspiro, pues —mitad de fastidio por tenerme que ir, y todo él de alegría de volver a ver a mi viejo amigo—, crucé el umbral detrás del frac de Marvell. Con un cariño tonto, animalesco, rocé a propósito las faldas de Fanny al pasar a su lado; y hasta lancé una sonrisilla de secreto triunfo hacia Percy Maudlen, a quien en mi camino apresurado encontré haraganeando en la escalera.

La puerta de la biblioteca se cerró detrás de mí como con un suspiro de paz. Me detuve; miré. *Sir* Walter estaba de pie al fondo de la alta, soleada, solemne amplitud. Estaba sumido en la contemplación de un busto de mármol blanco que embellecía la soberbia chimenea; tan embebido, efectivamente, que no se percató de mi entrada hasta que yo fui a colocarme bajo el chorro de luz que entraba por una ventana más próxima y me anuncié tosiendo. Entonces se volvió prestamente con una exclamación de bienvenida.

—¡Mi queridísima señorita! —exclamó, hecho una gran sonrisa entre las picudas puntas del cuello, sobre su lacito negro, con el cerco de oro de sus grandes anteojos apretado contra los labios—. ¡He aquí una visión mucho más..., mucho más refrescante! ¿Querrá usted creer que la afición con que se entretenía esa monstruosidad de rizos engomados que está ahí arriba, Heliogábalo, era asfixiar a sus invitados con rosas, literalmente asfixiarlos? Bueno —y me miró irónicamente como a través de un microscopio—, la única pregunta es ¿cómo ha sobrevivido *usted* a lo que me imagino que habrá sido una prueba semejante? ¿No estará en la última boqueada, espero? ¿*Relativamente* contenta? Es lo más que se puede esperar, hija mía, en este mundo.

Yo asentí, mirándole con codicia, respondiendo como mejor podía a los brillantes ojos azules, y aperciéndome en un instante de los oscuros fondos de mi mente.

Aquellos otros ojos empezaron a pensar además de mirar.

—Bueno, bueno, bien está. Ahora tenemos que tener una pequeña conversación tranquila antes de que reaparezca Su Eminencia. ¿Conque nuestra buena amiga la señora Bowater se ha ido a la caza de su marido? ¡Es un alma valerosa! Vino a verme.

Yo, acuclillada en un taburete de cuero rojo, debía de ser la viva imagen del asombro.

—Sí —me aseguró—, hay divinidades que configuran nuestros destinos; y la señora Bowater es una de ellas. Si algo puede acelerar la recuperación de su marido...; pero eso no es cosa nuestra. Me ha dejado *a mí* de guardia. Y aquí estoy. La pregunta es, ¿se pueden tener demasiados custodios, guardianes? Quizá no. Mire usted el Koh-i-Noor.

Yo prefería con mucho seguir mirando a *sir* Walter, aunque, desde el instante en que entré en la habitación, por lo menos cinco o seis voces se habían puesto a discutir

en mi interior. Y hete aquí, como para darles respuesta, la palabra que él mismo pronunciaba: *custodio*. Me abalancé a ella como una avispa a una ciruela. Fue una acción impulsiva que me salvó de..., bueno, repasando ahora las cosas con tiempo y tranquilidad en mi vieja Stonecote, la casa de mi infancia, no sé de qué es de lo que no me ha salvado.

—¿Demasiados custodios, *sir* Walter? —musité—. Me figuro que no..., si son *honrados*.

—Pero, vamos, mi querida señorita —su rostro parecía brillar como el del sol entre la bruma—, ¿de quién son esas herejías? ¿Le han puesto a usted una doncella francesa?

—Fleming; no, no —respondí echándome a reír—; es natural de Kent, *casi*. En realidad estaba pensando que, si usted me lo permite (y le ruego que me perdone), me agradecería mucho mostrarle una carta. Yo es que no le encuentro ni pies ni cabeza. Pero es tremendamente... sugestiva.

—Querida, yo venía con la firme esperanza de que no me mostrara usted nada menos vital que su corazón —repuso él galantemente.

De modo que me fui —con mi visitante hecho una pura sonrisa de aliento mientras me abría la puerta— en busca de la bomba de mis abogados.

Con los lentes en la punta de su pequeña nariz de halcón, los ojos brillantes de *sir* Walter parecieron desentrañar aquel oscuro documento al primer vistazo.

—Hum —dijo prudentemente, y una vez más comulgó con el busto de Heliogábalo—. ¿Y usted qué pensó de todo eso? ¿Le pareció que valía la pena consultar a un leguleyo?

—No supe qué pensar. Me asustó. Eso de «Las Acciones». ¿Acciones de Quién? ¿De Qué? Soy terriblemente ignorante.

—Ah —repitió él—, las Acciones..., como dijo el Mirlo al Cerezo. ¿Y no había nadie, pensó usted, con quien comentar la carta? ¿No le dio usted contestación?

—Nadie —dije yo, meneando la cabeza y alisándome la falda de seda sobre las rodillas.

—¡Mire por dónde! —chispeó—. Vea usted de qué manera tan admirable se confabulan las cosas. La señorita Fenne, el señor Pellew, la señora Bowater, mi esposa, Tom o'Bedlam, Hipnos, la señora Monnerie, el señor Bowater, la señora Bowater, los Harris, Yo. Realmente, cualquiera diría que es un complot. Ahora, supongamos que yo conservo esta carta (¿me la podría usted confiar durante un tiempo?), y supongamos que veo a estos señores y hago algunas indagaciones; y que entretanto... ¿embotellamos las Cerezas? Pero antes necesito un poco más de información. Su padre* hija mía. Vamos a descargarnos de toda esta cosa horrible del dinero, y ver exactamente cuál es nuestra situación.

Yo no necesitaba que me lo dijeran dos veces, y embarulladamente solté todo lo que sabía (muy poco, en mi juvenil insensatez) acerca de los asuntos de mi padre y cómo había «quedado» yo.

—Y la señorita Fenne, ¿qué? —dijo como si estuviera mirando a mi madrina en persona—. ¿Por qué no envió noticias a Francia? ¿Dónde ha estado durante todo este tiempo *monsieur* Pierre de Ronvel, ese abuelastro providencial? ¿No habrá muerto también?

Yo tuve que confesar con vergüenza que no lo sabía; ni lo había preguntado.

—Soy una infame desagradecida. Paso sin transición del calor al frío: es mi manera de ser.

—Bueno, bueno, quizá lo sea. —Me sonrió, como de lejos, con la más serena bondad—. Pero usted y yo vamos a compartir la zona templada: unos Alisios frescos y constantes.

—¡Yo me daría por contenta —sonreí yo, siguiéndole por aquel terreno conocido — con no caer en los Trópicos..., ni en el Mar de los Sargazos!

Ante esa pequeña ocurrencia me dirigió una sonrisa tan brillante como la guinea que pendía de su chaleco. Luego se levantó y examinó, uno por uno, una hilera de tomos silenciosos y suntuosos en su vidriado retiro:

—El Mar de los Sargazos; hum, hum, hum; cabe suponer —echó una ojeada abarcadora a los taciturnos anaqueles que nos rodeaban—, cabe suponer que algunas de estas cosas disfrutarían de asilo más sociable en un puesto de cambio de novelas.

Pero eso era chino para mí.

—¿La señora Monnerie es generosa? —siguió diciendo—. ¿Indulgente? Cañamones, alpiste, azúcar y una Fleming. Pero quizá se podría abrir la puerta un par de dedos más, ¿no? Lo que quiero decir, hija mía, es: ¿tendría usted la paciencia de esperar un poquito? Y si algo se torciera, ¿me promete usted enviarle dos palabritas y un sello de penique a un buen amigo que estará haciendo todo lo que pueda? Ya sabe usted que el primer abogado fue un niño expósito al que prohijaron una tortuga y un zorro. Pues yo voy a ser un topo (con la piel al bies, como casualmente observó la señorita Rossetti) y voy a excavar. ¡Ya verá usted como todo sale bien!

Yo debía de estar muy tiesa y envarada en mi taburete, sin darme cuenta de lo que decía mi cara.

—¿Hay alguna otra cosa que la aflija, hija mía? —preguntó preocupado, casi con temor.

—Yo misma, nada más —murmuré—. Parece el cuento de nunca acabar. Me arrastro, me arrastro, y... las bondades no hacen sino empeorarlo. ¿Podrá haber un enigma, *sir* Walter, que no tenga solución? Recuerdo haber leído en un libro que me dieron que el Hombre «viene al mundo como las setas de un día». ¿No le parece a usted que eso es verdad; quiero decir, incluso... para todos?

Pero sus opiniones sobre ese tema no me serían comunicadas en mucho tiempo. Había pasado nuestra media hora; y allí estaba la señora Monnerie, con forma de seta, es cierto, pero sin el menor indicio de evanescencia, mirándonos desde el umbral de caoba.

—¿Cómo está usted, *sir* Walter? —le saludó—. De no haber sido por esa interesantísima joven que anda disfrazada, según entiendo, de señorita Bowater, habría tenido el gozo de verle antes. ¿Y qué aspecto le encuentra usted a nuestra Peri?

—¿A nuestra Peri? —repitió él pensativo, alzándose a mirarme sobre sus botas planas y lustrosas—. Pues, señora Monnerie, el aspecto que me imagino que *tiene* que tener una Peri..., en el Paraíso.

—Pues anda, Peri mía —dijo la señora Monnerie dulcemente—, pídele a *sir* Walter que sea un ángel completo y se quede a almorzar.

Recuerdo que la señora Monnerie hizo gala de una vivacidad desacostumbrada durante aquella comida, y devoró cantidades inmensas de salmón con mayonesa.

Se diría que la influencia de Fanny había añadido un arco esbelto de luz plateada a su habitual semisombra lunar. Aun así, después de que nuestro invitado se marchara pareció replegarse en un superficial abatimiento, y yo en otro mucho más profundo. Permanecimos en un silencio desasosegado, ella abultando los labios, empujando continuamente a Cherry con el pie, y emitiendo de tanto en tanto algún sonido inarticulado que desde luego no pretendía pasar por conversación.

Yo creo que la señora Monnerie era en secreto una mujer mucho más notable de lo que aparentaba. Por atestado que estuviera un salón, era imposible no notar su presencia. Y en la blanda espuma de la conversación elegante su silencio era el de un peñasco antiguo con el susurro de las olitas sobre las arenas al pie. Recuerdo haber visto una vez una viñeta cómica de una señora con una gran pluma en el sombrero, sentada apaciblemente en una silla de tijera a la sombra de un sauce descopado junto a un arroyo, y en la otra orilla un toro que babeaba y resoplaba enfurecido. Creo que la señora de la viñeta pretendía ser Britania; pero, fuera quien fuese o lo que fuese lo que representase el toro, la señora Monnerie me la recordaba. No he visto a nadie ocupar un asiento con mayor pesadez ni con mayor pasividad.

Por supuesto que, aparte de la inteligencia, tiene que haber muchos, muchos *estratos* en la sociedad, y yo no sé decir a qué distancia estaría la señora Monnerie del más alto. Pero estoy segura de que podía contemplar muchos desde arriba; mientras que yo nací para estar siempre mirando desde abajo. En aquellos momentos miraba a la señora Monnerie desde abajo, desde mi taburete. Ella, desparramada sobre su asiento, había cerrado los ojos, y, a juzgar por su semblante, estaba soñando. Lo tenía más ajado que de costumbre. Las arrugas le daban un aspecto aciruelado. Expresiones extrañas y deformantes flotaban sobre sus facciones. Su alma parecía columpiarse suavemente en ellas, como una barca vacía de noche en un río oscuro. Yo, con el orgullo de mi juventud —y un poco intranquila por las confidencias que le había hecho a *sir* Walter—, examiné a mi protectora con un remusgullo de consternación.

«¡Ah, no, no! Envejecer jamás, yo no», estaba diciendo una voz dentro de mí. Pero, en el fondo, me recordé, lo que estaba mirando era sólo la envoltura exterior de la señora Monnerie. Pero también, en el fondo, ¿era sólo eso? «La Resurrección de los cuerpos». Se puede ver el día por un agujerito, dice un viejo refrán; espero que

sea un refrán de Kent. Y de la señora Monnerie mis pensamientos divagaron hacia Fanny. Ella también envejecería. ¿Nos reconoceríamos entonces? ¿Comprenderíamos, y recordaríamos lo que era ser joven? Habíamos tenido nuestros secretos.

Salí de esas reflexiones para encontrar los ojos soñolientos de la señora Monnerie fijos del todo en mí; y a ella maravillosamente reconfortada por la siesta. Le había causado muy buena impresión la señorita Bowater, me dijo. Tan buena que no sólo le encontró en seguida una colocación encantadora, por las mañanas, como institutriz de las dos niñas de una viuda rica y copetuda —justo la «sinecura» de Fanny—, sino que la invitó a residir en el Número 2 como «acompañante» suya, en tanto no se le presentase un puesto más permanente.

—A ti y a mí nos hace falta más compañía —me aseguró—; si no el pedernal agotará la yesca, o a la inversa, hija mía. Es una linda criatura y no tiene nada de tonta. Canta un poco, además, según me ha dicho. Así que tendremos música dondequiera que vaya.

Aquella tarde el pedernal y la yesca —fuera quien fuese cada cual— estuvieron los dos muy ocupados. La señora Monnerie cayó en uno de sus largos monólogos, roto únicamente por el picoteo de Chakka en sus barrotes y los gemidos de Cherry en sus sueños. Fue otra clase de «carne blanca» para mí; y aunque estoy segura de que fui incapaz de digerir *todas* las opiniones de la señora Monnerie sobre la vida, la sociedad y el mundo en general, me di cuenta de que, si con el paso del tiempo era mi destino ajarme y marchitarme, aún así tendría mi propia compañía y muchos entretenimientos interiores. Llegué incluso a verme como una liliputiense viejecita y encorvada, arrastrándose por los escalones de piedra de un pórtico con montante en abanico, bajo una farola. Me heló la sangre aquella visión. Sin embargo, pensé, lo que haya de ser será. *Aguantaré* ser una liliputiense viejecita y encorvada que baja a rastras los escalones de piedra de un pórtico con montante en abanico. Y hasta levanté la cabeza para saludar a la farola.

En respuesta a unos briosos garabatos de Fanny le envié todo lo que quedaba de mis ahorros para que se comprase «esos horribles pequeños etcéteras que son los que inclinan la balanza, Menudencia. Serías una santa, y *ahí* no lo echarás de menos». Fue un dolor agudísimo ver desaparecer mis últimos dineros. No tenía ni la más remota idea de de dónde saldrían los siguientes.

Conté los días que faltaban para la llegada de Fanny, y me vestí para la ocasión con el vestido de tarde más caro que tenía, azul y oro. Debió de ser con extraños y mezclados móviles en la cabeza. Me senté a esperarla, mientras al otro lado de la ventana envuelta en sombras caía una tormenta londinense, con cerradas trombas de agua. El relojito de plata dio las tres, y Fanny entró en mi cuarto como un cisne negro, sacudiéndose unas cuantas perlas de lluvia de la cabecita cubierta de terciopelo. Negro riguroso de la cabeza a los pies. Debió de notar mi mirada de extrañeza.

—Cuando quieras hacer una impresión favorable en tus superiores sociales, Menudencia, cuanto más modosa parezcas, mejor —dijo.

Pero no era ésa la única razón de que vistiera de negro. Sólo un par de días antes, me dijo, había tenido carta de su madre... «Mi padre ha muerto». Rodaron las palabras como si estuvieran perfectamente acostumbradas a estar en compañía. Pero las que siguieron: «envenenamiento de la sangre», «mortificación», colgaron en mi mente —en esa interminable galería— un cuadro espantoso. No pude hacer otra cosa que mirar fijamente a la figura inmóvil que se recortaba sobre la ventana sepulcral.

—¡Es horrible, es horrible, Fanny! —Conseguí susurrar por fin—. No se acaba nunca. Todos se van, uno detrás de otro. Imagínate cómo habrá anhelado estar en su casa. Y ahora que le entierren allí..., entre extraños.

Dentro de mi mente se hizo un vacío en el que me parecía ver al señor Bowater de la fotografía muerto, alzándose como Lázaro del sudario de su tumba extranjera, y mirando incrédulo a su alrededor.

—¡Y tu madre, Fanny! ¡Allí también..., al otro lado de todas esas millas y millas de mar!

Fanny no hizo ningún movimiento, aunque yo tuve la sensación de que sus ojos vagaban inquietos hacia la puerta.

—Totalmente de acuerdo, Menudencia; ¡es horrible! —dijo—. Pero en el fondo y de verdad, es peor para mí. Yo creo que soy como mi padre en algunas cosas. Mi madre nunca le entendió realmente. A un hombre no se le cambia *hablando*; y tampoco es que callarse sirva de mucho, si vamos a eso. Hay que estar esperándole al acecho con..., en fin, con tus encantos, me figuro.

La palabra sonaba a sarcasmo.

—De todos modos, no pretendo decir que para mí fuera todo pura dicha filial cuando él *estaba* en casa, hasta que por lo menos me hice mayor. Entonces también nos peleábamos él y yo; pero eso es el colmo del placer en comparación con escuchar las peleas de los demás. Supongo que hizo todo lo posible por malcriarme. Quería hacer de mí una dama. —Se volvió y sonrió hacia la ventana; el labio inferior le temblaba, y proyectaba una sombra tenue sobre la tersa piel de debajo—. Y aquí estoy; aunque sospecho que una dama de *exactamente* la debida consistencia no se hace con ropa de modista y un barniz de latín. Antes o después sale lo de debajo. Pero, en fin —y lanzó un pequeño gesto con el guante—, como te digo, aquí estoy.

Y, como a guisa de bienvenida, en la ventana bailó el destello de un relámpago que nos iluminó, y el restallido de un trueno retumbó hueco en los tejados de la plaza. Nos quedamos escuchando hasta que el sonido se vació en silencio, y sólo la lluvia siguió gorgoteando en los canalones.

—¿Sabes? —continuó Fanny, con un lejano trino de desafío en su voz baja y dolorida—, creo que ya no me queda en el mundo ni un solo pariente..., salvo mi madre. «Se han ido todos a un mundo de luz»^[49]: aunque de vez en cuando he tenido la sospecha de que a unos pocos de los de mala fama los enterrasen vivos. Lo cual no

es demasiado espantoso. Está claro que la vida consiste en ir perdiendo varias clases de piel... y curtir lo que quede.

Así que Fanny *no* sabía que la señora Bowater no era su verdadera madre. Y creo que nunca lo adivinó.

—Yo tampoco —dije—; ni uno.

Mirándolo entonces, me pareció un hecho más curioso que trágico. Además, en la oscuridad de aquella habitación éramos Fanny y yo los seres extraños, exteriores, no los fantasmas recordados de mi madre y mi padre. Nosotras aún teníamos que seguir, vivir las cosas hasta el final.

—Así que ya lo ves, Fanny —añadí tras una pausa—, yo sí sé lo que significa..., un poco; y más que nunca deberíamos intentar ser verdaderamente amigas, ¿no te parece? Quiero decir, si crees que yo lo puedo ser.

—Hombre, si te debo libras y libras —exclamó Fanny alegremente, remetiéndose el pañuelo en el corpiño—. Aquí estamos..., no exactamente en la misma cesta, quizá; todavía forasteras y peregrinas. Por supuesto que nos tenemos que ayudar... ¡Esta casa, figúrate! ¡Los criados! Qué locura, y todo para *madame* Monnerie; aunque no me importaría a mí estar en sus zapatos, aunque sólo fuera una temporada. El socialismo, hija mía, es todo cuestión de zapatos. ¿Y éste es el pequeño *boudoir* de Pulgarcitina? Un palacio pigmeo, querida mía, y si los relámpagos durasen un poco más podría ver como es debido a la exquisita duendecilla que está ahí con su hermoso brocado azul. Pero, bueno; para usted todo serán rosas, señorita M. Usted es independiente, y se la valora sólo por lo que es.

—Qué distintas somos las personas, Fanny. Tú siempre piensas lo primero en la utilidad de cada cosa, y yo, estúpidamente, no pienso más que en la cosa..., en sí.

—¿Es verdad eso? —dijo ella con indiferencia, y se levantó de la silla—. De todos modos, yo estoy aquí para ser útil. ¿Y quién... —comentó con un pequeño bostezo, yendo a pararse otra vez junto a la ventana barrida por el agua—, quién era esa chica relamida y sin color de los ojos azul pálido? Está prometida.

—¡Pero, Fanny, si esa mañana tenía los guantes puestos, lo recuerdo tan claramente como..., como siempre lo recuerdo todo cuando tú estás! ¿Cómo has podido saber que Susan Monnerie estaba prometida?

¡Era un problema muy sencillo, me aseguró tranquilamente Fanny! «Se le notaba el anillo debajo del ante».

Su tono despectivo me amostazó un poco.

—De todos modos —repliqué—, los ojos de Susan no son azul *pulido*. Son casi del color del aciano..., de la achicoria; como la base de una llama.

—Por favor, Menudencia —me rogó Fanny—, no permitas que mancille tu nueva adoración. Quizá te hayas atusado las plumitas en ellos cuando estaban fijos en el semidiós. «¡Susan!». Yo creía que todas las Susan habían perecido en los años sesenta, o se habían refugiado en las cocinas. ¿Y él quién es? —Pero no se quedó en la pregunta. Todo llega, siguió inconsecuentemente, para el que sabe esperar; y sin

duda Dios no negaría su protección a una pobre huerfanita, aunque pareciera una perfecta fregona de luto.

—Tú sabes que jamás podrías parecer una fregona —repuse yo indignada—, aunque no tuvieras ni un harapo encima.

Fanny encogió los delicados hombros.

—¡Lástima! —dijo.

Pero aquello de «huerfanita» me devolvió con un sobresalto culpable a lo que sin duda era un panorama extremadamente fantástico de Buenos Aires, y de allí prestamente al señor Crimble. Durante unos instantes miré para otro lado. Quizá fuera mi cautela lo que me traicionó.

—Es inútil, Menudencia —me dijo cantando desde la ventana—. Si es porque las reacciones químicas de tu exacto cerebritito son más intensas que las de las personas corrientes, o porque tú y yo estamos *en rapport*, no lo sé. Pero hay una cosa en la que tenemos que ponernos de acuerdo inmediatamente: en jamás, jamás volver a nombrarle..., por lo menos en *esta* casa. El capítulo Crimble está cerrado.

Cerrado, desde luego. Pero tan tajante fue su tono que no tuve valor para advertirle que hasta Susan lo había leído casi entero. Fanny se acercó, y, agachándose como Susan se había agachado, se puso a jugar con el botón de mi lámpara eléctrica. Las bombillitas nos iluminaron débilmente las caras en la habitación oscurecida por las nubes.

—Ya ves, hija mía —dijo juguetona—, para ti yo no soy más que sarcástica y despiadada. Y sin duda tienes razón. Pero yo quiero tranquilidad y seguridad, nada más: como si fuera un ejercicio de redacción, «tranquilidad y seguridad». Los afectos me importan un comino; por lo menos, si no van con la T. y S. antedichas. Pretendo agradar a la señora Monnerie, y ella me va a estar agradecida. No creas que esto lo digo «en confianza». No tendría ningún reparo en decirle lo mismo a la señora Monnerie en persona: le divertiría. Espérate, preciosa imagen microscópica, espérate al día en que necesites un plato de gelatina de ternera cebada, no porque estés harta de algarrobas^[50], sino porque seas pobre como las ratas. Entonces lo entenderás. ¡Estas suntuosidades! Ya verás el día en que no tengan medio penique en el bolsillo, ni real ni moral, para la comida siguiente. Lo único que hacen es mirar las cosas..., si acaso; no pueden saber lo que son. Hasta para ser decentemente caritativo tiene uno que haber sido pordiosero..., y haber maldecido a los filántropos. Yo lo sé; y lo que Fanny persigue es el Éxito.

—Pero, Fanny, qué duda cabe de que las cosas *son* lo que se ve, si se las mira bien. Ya me gustaría a mí saber qué decías si estuvieras en mi lugar. Además, ¿para qué sirve el éxito..., al final, quiero decir? ¡Deberías ver a algunas de las actrices, y cantantes, y escritores, y gente así que conoce la señora Monnerie! Te das cuenta de que las actrices son guapas sólo porque te lo han dicho. Ni siquiera se podría decir que el *Mundo* sea un éxito, salvo en el campo. Así que, realmente, ¿para qué sirve?

Tanto me había acalorado con mi argumentación que me había levantado de la

silla.

—¿Que para qué sirve, infeliz? —rió Fanny—; pues nada más que como una especie de crema facial para el propio orgullo natural.

El día estaba aclarando, pero ante eso toda la oscuridad de mi propia situación se cerró en torno a mí. ¡Éxito, sí! ¿Qué era yo? Nada más que un animalito, amaestrado y sin medio penique, del Número 2. ¿Qué emplasto sería capaz de devolverme *a mí* mi orgullo natural?

CAPÍTULO XL

En circunstancias más felices, el correo de la mañana siguiente me podría haber reconfortado. Dos cartas venían en la bandeja del desayuno, porque esa colación la tomaba siempre en mi cuarto. Una era de Wanderslore: una carta larga, indirecta, retorcida, que parecía ridiculizarme, recriminarme y suplicarme, dando vueltas y vueltas. Acababa con una proposición de matrimonio.

En casi todas las novelas que he leído la protagonista se recrea en esas proposiciones como al calor del sol, aunque sus rayos apenas alcancen a calentarle las puntas de los dedos. En mi caso aquella carta, lejos de dejarme contenta ni complacida siquiera, no produjo más que un sentimiento de desasosiego y vergüenza. La volví a meter en el sobre y estuve un rato escuchando como si un espía pudiera haberme oído mientras la leía en silencio..., y como si me tuviera que ocultar. Después, con los ojos fijos en mi cafeterita, me sumí en una ensoñación baja y vacía.

El mundo no había sido tan delicado con mis sentimientos que no me hubiera hecho conocer al general Tom Thumb y la señorita Mercy Lavinia Bump Warren^[51].

«¡Una pareja! ¡Qué curioso! ¡Qué romántico! ¡Qué *conmovedor!*!». Me vi: velo de tul, prendido de azahar y ramillete de gipsófila; no me faltaba un detalle. Quizá oficiase el señor Pellew, quizá incluso el obispo de la señorita Fenne. Posiblemente se pudiera convencer a Percy para que hiciera de padrino. ¡Y qué notita tan alegre y regocijada en el *Morning Post!*

Salí de esas sardónicas reflexiones con las manos frías y una sonrisa malévola en los labios, y pensando que había visto emparejamientos igualmente conspicuos de seres humanos aunque su talla fuera irreprochable. Gracias a Dios, cuando volví a leer la carta se impusieron otros sentimientos ligeramente mejores. Al fin y a la postre, la más pequeña pavesa de amor habría convertido mis tinieblas en luz. Entonces mil «conmovedores» me habrían dado igual. Con todas mis tribulaciones y necesidades, seguía siendo una muchacha de cabeza y corazón alegres. Si le hubiera querido, el resto del mundo —mucho más verdadero y dulce por dentro de lo que parece por fuera— se habría desvanecido como una nubecilla de humo. Pero de amor no había ni cenizas en mi corazón, salvo quizá aquellas en las que Fanny había garrapateado su nombre.

Me debatí, lastimándome las alas y el pecho, odiando la vida, odiando al amigo que había cerrado de golpe otra puerta de mi jaula dorada. «Ya nunca, nunca podrás volver a Wanderslore», murmuraba mi romántico corazón. Amigos podríamos haber seguido siendo, tanto más unidos frente a la adversidad. Ahora todo eso había terminado; y dos seres humanos que podrían haber sido refugio y reconciliación el uno para el otro, observadores divertidos —y divertidos para los demás— del anchuroso mundo, habían quedado separados para siempre por aquel gesto de estúpida desmesura. Sencillamente, no podía soportar aparecer ridícula a mis propios

ojos.

La otra carta era de *sir* W. P. Había ido a ver a los Harris. Aquellas tortugas zorrunas habían adelantado la ridícula suma de 1 libra, 19 chelines y 7 peniques de mi asignación del mes de septiembre: ¡el precio de unas zapatillas Monnerie! Venía con la carta, y *sir* Walter me pedía que no me preocupase. Me preguntaba si podía ser él mi banca, y si tendría yo la bondad de arruinarla tan pronto como me apeteciera. Él, entretanto, haría nuevas averiguaciones sobre mis asuntos.

Tal vez porque *sir* W. P. era hombre de negocios, era menos persuasivo con la pluma que con la lengua. Pensé que no pretendía más que tenerme contenta, fui presa de una cólera violenta, y rompí en pedacitos no sólo su carta, sino —hace falta ser idiota— también el Giro de los Harris, en pedacitos minúsculos, y los amontoné como un suflé en la bandeja. La carta de don Anónimo la guardé en el viejo cofre del dinero, con el camisón y la señorita Austen. Las dos cartas mordieron como ácido en mi mente. A partir de aquel día, salvo en algunas horas contadas de excitación o de apagamiento, nunca se apartarían de mi memoria.

Hasta el animalito de compañía más valioso y costoso puede llegar a ser una molestia, si a todas horas se muestra malhumorado y rebelde. La señora Monnerie se limitaba a fruncir los labios o encogerse de hombros ante mis estallidos de vanidad e insolencia. Pero gota a gota el agua desgasta la piedra. Del puesto de Favorita de la Corte fui bajando poco a poco al de Bufón. Meneaba las campanillas y blandía la vejiga por puro tedio y desesperación. Un gato podrá mirar a una Reina, pero tengo por seguro que sólo debe hacer muecas a las Damas de compañía.

Fanny heredó otra sinecura más; y no fue la envidia lo que por mi parte la ayudó a brillar en ella, aunque pasé por mis ataques de celos. Estaba resuelta a agradar; y, cuando Fanny decidía una cosa, diríase que las circunstancias se rendían a sus pies. La vida pasó a ser una continua partida de ajedrez, cuyas jugadas a veces me tenían despierta y cavilosa en la cama de una manera nada saludable. Peón de los peones, y a punto de ser sacrificado, sólo podía mirar el tablero de soslayo. Más aún, cerré los ojos deliberadamente a mi propia insignificancia, y me pavoneaba, me enfurruñaba, me afilé la lengua como una serpiente y me hice absolutamente insufrible para mí misma en los momentos de soledad. Pero en el fondo sabía que aquellos a quienes esperaba herir no hacían más que reírse de mí a mis espaldas, que una vez más estaba demostrando al mundo que cuanto más pequeño se es, mayor es la propia vanidad.

En medio de aquella pesadilla, una curiosa coincidencia quiso que de mi pasado se alzara, como un muñeco de resorte, el más extraño de los fantasmas..., y resultara ser real.

Estaba una mañana cociéndome adustamente en mis pensamientos sobre un libro que hasta el día de hoy nunca me he cansado de leer: la *Historia natural de Selborne* de Gilbert White. Era lo más que me podía acercar al campo. Me dio el capricho de trabar mejor conocimiento con «William Markwick, Esq., F.L.S.», que había visto

personalmente a la *Sphinx stellatarum* insertar su probóscide en el nectario de una flor «sin detener el vuelo». Parecía haber algo en común, justamente entonces, entre la *Sphinx* y yo.

Pulsé el timbre de la pared. Tras un retraso inusual en una casa drásticamente organizada, la puerta que había a mis espaldas se abrió suavemente. Empecé a soltar instrucciones por encima del hombro como hacía Percy con los criados... hasta que me di cuenta de que pasaba algo. Me volví a mirar, y vi que por la puerta asomaba una cabeza protuberante, aparentemente sin cuerpo, con ojos como botones negros a un lado y otro de una nariz larga, larga. Entonces el resto del personaje se introdujo de mala gana. Era Adam Waggett.

Guy Fawkes, sorprendido farol en mano entre sus barriles de pólvora^[52], debió de tener el mismo aspecto que Adam Waggett en ese momento. Al principio no fui capaz más que de devolverle la mirada desde el centro de una vorágine de recuerdos. Cuando por fin pude hablar y le pregunté perentoriamente cómo había llegado hasta allí y qué estaba haciendo en aquella casa, soltó una carcajada que fue un gorgoteo largo y estrangulado. Yo estaba ya de malas pulgas, a pesar de la dulzura de Selborne. Por el Adam Waggett muchacho había sentido una aversión aguda; y ahora, hecho un hombre, seguía siendo tan mostrenco y ridículo como cuando me vociferaba a la luz de la luna junto a la ventana de la cocina de Stonecote. Su estupidez y su falta de respeto me dejaron casi muda de ira.

Puede ser que aquel necio, sintiéndose extraño como gato en casa nueva, no hiciera otra cosa que manifestar su alegría y su afecto a la vista de una cara conocida. Pero yo no tenía tiempo de considerar sus motivaciones. Con un miedo cerval de que alguien le oyera, mi sola idea fue hacerle volver en sí. Le enseñé los puños, pateé la alfombra turca como se patea la nieve. El me miró estupefacto, pero al cabo solemnizó la cara y se dio cuenta de que mis gestos de cólera no pretendían divertirle.

Abrió la boca, sacudió la cabeza, y, si mis ojos no me engañaron, echó atrás sus enormes orejas.

—Perdone, perdone usted, señorita —tartamudeó—; ha sido la impresión de verla ahí dentro del libro, y los viejos tiempos; y aunque me habían dicho que había en la casa una..., una señorita así... Pero yo no diré nada, señorita, se lo aseguro. Sólo — se volvió a mirar hacia la puerta cerrada y bajó la voz a un susurro todavía más ronco — le diré a usted que a Pollie le va muy bien, y cada vez que la veo... ¡señorita, lo de la tormenta y la vaca vieja!

Al decir eso sus facciones se contrajeron para otro estallido, que sólo conseguí sofocar advirtiéndole que mientras estuviese en casa de la señora Monnerie debía olvidarse totalmente de la vaca vieja y la tormenta, y jamás dirigirme la palabra en presencia de otras personas, ni mirar siquiera hacia mí si coincidíamos en la misma habitación.

—La señora Monnerie se enfadaría muchísimo, Adam, si te oyera reírte en la biblioteca; y yo no quiero que seas un descrédito para Lyndsey en tu nueva situación.

—Pero usted llamó, señorita...; llamaron de la biblioteca, por lo menos —repuso él, ya absolutamente contrito—; y el señor Marvell dijo: «Anda allá, Waggett, segunda puerta a la derecha por la primera escalera», y por eso he venido.

—Sí —dije—, pero fue un error. Un error, ¿entiendes? Ahora vete; ¡y acuérdate!

Pocos minutos después entró discretamente el propio Marvell, al parecer sólo para poner derecho un ejemplar del *Spectator* que yacía sobre la mesa.

—Hace bochorno esta mañana —comenté, con toda la dignidad de que pude hacer acopio.

—Sí, señorita —dijo Marvell, agachándose reposadamente para examinar el timbre. Luego se enderezó y se frotó los dedos.

—Dicen que la electricidad se mete por los cables cuando amenaza tormenta. Es un invento maravilloso, pero tengo entendido que no es totalmente independiente de los cambios de tiempo. Espero que no haya tenido usted ninguna molestia, señorita.

Cuando al cabo de un rato se asomó Susan a la biblioteca, aún más pálida y silenciosa que de costumbre, encontró a su ocupante todavía en el suelo, cavilando sobre los marrones y los grises, los rosas y los ocre de toda una asamblea de esfíngidos. Se inclinó sobre mí, despatarrada con tan poca elegancia sobre el libro.

—¿Mariposas nocturnas, esta mañana? Acabará usted siendo una persona muy erudita.

Su voz sonó tierna, aunque un poco plana; pero yo seguía enfurruñada y no contesté.

—Me imagino —volvió a empezar, como con indiferencia y yendo hacia la ventana—, me imagino que le resultará a usted muy agradable ver tan a menudo a su amiga la señorita Bowater.

La prudencia me susurró un aviso, y traté de evadirme comentando que la madre de Fanny era la mujer más bondadosa del mundo.

—¿Dónde está ahora?

—En Buenos Aires.

—¿Ah, sí? Qué curiosos son los rasgos de familia. Desde el momento en que vi a la señorita Bowater tuve el convencimiento de que estaba destinada a una vida emocionante; y ¿no dijo usted que su padre era oficial de la marina mercante? ¿Cómo es?

—¿El señor Bowater? Ha fallecido..., por allá, hace sólo un par de semanas.

—Ah, qué desgracia —murmuró Susan—. Y para la señorita Bowater. Jamás me habría podido figurar, viéndola, que estuviera pasando por un trance semejante. Supongo que eso da prueba de su entereza. Tenía usted toda la razón; es guapa e inteligente. Tiene las facciones quizá un poco duras, ¿no?, pero es *muy* inteligente. Parece como si estuviera preparada para lo que tía Alice va a decir mucho antes de que lo diga. Yo, ya lo sabe usted, a veces ni me entero del agujijón hasta que ha pasado el zumbido —hizo una pausa—. ¿Y usted pudo hacer realmente amistad con

ella?

Susan no tuvo paciencia para esperar a que yo escogiera respuesta a su pregunta.

—No pretendo ser entrometida —prosiguió apresuradamente—, ni... hacer preguntas desagradables; pero ¿es verdad, querida, que algún día quizá nos abandone?

—¿Abandonarles? —repetí, mientras mis pensamientos se agazapaban como polluelos debajo de una gallina.

La respuesta brotó en voz baja y desgana dentro de aquella gran cisterna de aire.

—Yo había entendido..., para casarse.

Me apoyé pesadamente en las manos, viendo, no las plumas y colores de las Esfinges que tenía delante en la página, sino, como en una neblina entre ellas y yo, el rostro suavemente sonriente de Fanny. Por fin logré dominar la ligera náusea física que me había acometido.

—Susan —dije—, si una amiga la traicionase a usted hasta el fondo del alma, ¿qué haría? ¿A dónde iría?

—¡Traicionar! ¿Yo, querida? —Y se lanzó a una explicación embarullada.

Se refería a un comentario de Percy, un comentario tonto, sin importancia, seguro que hecho sin mala intención. ¡Si todo el mundo bromeaba a costa de los demás! ¡Lo sabría ella! Y sobre todo a cuento de las cosas más personales, «aunque sean sagradas». No había sido nada. Eso simplemente; y no me lo debería haber repetido.

—Dígame exactamente cómo fue, por favor —dije.

—Pues tía Alice estaba hablando sobre el matrimonio; y la señorita Bowater sonrió. Y tía Alice (ya sabe usted lo irónica que es) le preguntó, a la señorita Bowater, cómo era posible que a su edad pudiera ser a la vez encantadora y cínica. «No olvide usted, hija mía», fueron sus palabras exactas, «que es el cinismo lo que más dura». Pero la señorita Bowater se echó a reír, y cambió de tema preguntando si podía hacer algo por el dolor de cabeza de usted. Fue la tarde que estuvo usted acostada, ¿se acuerda? Eso fue todo.

—¿Y el señor Maudlen?

Las claras mejillas enrojecieron.

—Ah, Percy hizo una broma..., a propósito de usted. Una de esas bromas horribles que él hace. Querida —vino y se arrodilló a mi lado, y me puso dulcemente una mano sobre el hombro—, no ponga usted... esa cara. Las cosas son así.

Yo le bajé la mano. Tenía un olor fresco y dulce de jazmín.

—No se preocupe por mí, Susan —dije fríamente—. Déjeme con mis mariposas. Yo le podría enseñar escorpiones y avispa diez veces más peligrosos que una mera Esfinge de la Calavera. ¿No pensará usted que me importa? Como usted dice, hasta Dios gasta Sus bromitas con algunos de nosotros. Estoy muy acostumbrada.

—No, no diga eso —me imploró—. Está usted muy cansada, criatura. No hace más que leer. ¡Si le castañetean los dientes!

Una débil reverberación broncea creció en intensidad a lo lejos y se apagó. Era Adam tocando el gong. Susan había querido ser amable conmigo, tratarme como si yo fuera un congénere normal. Apreté los frescos dedos contra mis labios.

—Vea usted, Susan —dije con alegre sorna—: quitando a mi padre y mi madre, creo que es usted la primera persona de tamaño natural, o de cualquier tamaño, a la que he besado en mi vida. ¡La gratitud de una liliputiense!

Levísimamente, los dedos se encogieron bajo mi contacto. Sin duda había algo de arañil en mis abrazos.

CAPÍTULO XLI

Pero un demonio desafiante se me había metido en el cuerpo. Con la expresión más meliflua que pude poner y mis reverencias más delicadas saludé a los invitados de la señora Monnerie: a lord Chiltern, un señor alto y tieso, que al serme presentado parpadeó casi con la misma seriedad y fastidio que el Henry de la señora Bowater, y a lady Diana Templeton. Una ojeada a esa señora me hizo recordar con desdén una antigua sospecha mía de que la señora Monnerie tuviese la costumbre de invitar a sus amigos más tontos a almorzar, y a los más listos a cenar. No es que con los tontos no disfrutara, pero era de otra manera.

Al otro lado de mi silla alta había un largo espejo dorado de estilo Reina Ana, de modo que cada vez que miraba al frente no sólo me veía a mí misma, con las mejillas como claveles y el vestido azul afarolado, sino que veía también a Adam Waggett. Cada dos por tres pasaba una mano roja por encima de mi hombro: la mano donde había llevado el chochín. Y yo estaba tan angustiada —por otro chochín— que a duras penas podía reprimir un estremecimiento. Pobre Adam; cada vez que pienso en él le veo como un hombre bueno, pero débil y necio. Ahora ha encontrado su Edén, según tengo entendido, en Nueva Zelanda, y espero que me haya perdonado mi pequeña participación en su vida.

Durante todo aquel soso almuerzo no paré de decir cursiladas, por puro horror de que alguien descubriera mi estado de ánimo. Percy, con sus ojos pálidos, echaba risitas hacia la sopa. Susan estaba silenciosa y encogida. El capitán Valentine fruncía el ceño y se mordía el bigotillo. Lady Diana Templeton sonreía como una flor de conejito rosa y malva, y la señora Monnerie me espoleaba. Fue el último de mis pequeños éxitos. Acabado el almuerzo, fui ayudada a bajar de la silla y se me autorizó a «escapar».

¿Qué estaba diciendo lord Chiltern? Me detuve en el umbral.

—Ha sido una actuación exquisita. Pero ¿no es un poco egoísta esconder esa luz bajo su admirable celemín, señora Monnerie? ¿Qué me dice del teatro?

—¡El teatro! —exclamó la señora Monnerie con consternación—. Esa niña es más orgullosa que Lucifer. Se desmayaría sólo de pensarlo. Ustedes han oído su lengüita afilada y deliciosa, ¡pero no conocen sus rabetas! De todos modos, es una criaturita simpática y dócil, y estoy muy contenta con ella.

—Y no sólo eso —siguió adelante la voz un tanto oficial—. Me he estado fijando en ese algo que tiene en la mirada: tan ausente que casi desconcierta, pero penetrante. Piensa. Viene y va con los ojos. Observé la misma peculiaridad en los del pobre Willie Arbutnot. Y esta criatura es casi una niña todavía.

—Yo pienso que es *sumamente* triste, lord Chiltern —intervino una voz vibrante y aflautada—. En determinadas circunstancias sería *trágico*. Es una bendición que no se dé cuenta...; claro, la *costumbre*...

Pocas veces el que escucha oye hablar tan bien de sí. ¡Por qué iría entonces tan furiosa la espía que salió corriendo, con la cara y los ademanes de una Sarah Siddons!

[53]

No; mi cofre seguía estando cerrado. Sin embargo, pensé mientras examinaba su contenido, cualquier mano hábil habría podido abrir aquella cerradura diminuta... con una horquilla. Si no, ¿cómo se habría podido descubrir mi secreto? Fleming o Fanny..., o las dos: me enfureció imaginarlas en connivencia. No estaba dispuesta a correr más riesgos. Rompí la carta de don Anónimo en pedazos, y éstos en pedacitos más pequeños, hasta hacerla casi confeti. Junté los restos, los metí en un sobre, y lo dirigí con irregulares letras de molde a la señorita Fanny Bowater, en el Número 2.

Después, durante media hora sombría, comulgué intensamente con el Depósito desde la ventana. Era una compañía calurosa y taciturna —ni un soplo de aire movía los visillos de seda—, pero consiguió comunicarme unas cuantas verdades de cajón, y hasta acrecentar un poco la luz que me permitía contemplar el «celemín». *Había* «bendiciones», supongo. A lo lejos retumbaba la vaga reverberación de la ciudad enorme. Contemplé a los gorriones, y ellos a mí. Cuando llegó la hora de mi paseo vespertino, me puse el sombrero, con los ojos clavados en la carta, y, al final..., la dejé allí.

¿Lo hice por discreción o por vergüenza? No lo sé, pero recuerdo que durante el lento descenso al vestíbulo vacío mantuve la vista clavada con especial malignidad en la figura lechosa de una Venus (no de tamaño natural, gracias a Dios), a la que al parecer se había sorprendido en el momento en que entraba en el agua para bañarse. No sabría decir por qué la escogí como blanco de mi desprecio, porque desde luego parecía mucho más natural y modesta que muchas de las señoras de alcurnia que pasaban junto a ella sin mirar. Una vez más, volvía a ser simplemente mi viejo problema de los Estratos Sociales. Y mi mente se hallaba en un estado tal de humillación y malestar que no tenía fuerzas ni para sonreír a una diosa de mármol.

Fanny me estaba esperando cuando volví. Llevaba un mechón de pelo modestamente enroscado a la antigua alrededor de cada orejita; su tez clara, sin empolvar, tenía el lustre débil de las rosas. Quieta y refulgente, parecía estar en el mejor de los humores, pero, pensé yo, vigilante y furtiva en todo momento. Había ido, dijo, a felicitarme por «mi última conquista».

Me contó que la señora Monnerie había quedado complacida de cómo había entretenido al ex Primer Comisionado de... ¿serían Obras Píadasas? Pero debía andarme con cuidado. «Coqueta un día, Menudencia, y desalmada al día siguiente», dijo sarcástica.

A lo cual respondí con acritud, mientras me secaba las manos, que los cumplidos hay que juzgarlos según de dónde vengan.

—¡Según de dónde vengan! —rió Fanny—. Es un auténtico Par del Reino, hija mía, y se baña todas las mañanas en la Fuente de los Honores. No serías tan petulante

si... ¡hombre! ¿Qué es esto? ¡Una carta... dirigida a Mí! ¿De dónde ha salido?

Un calor repentino me recorrió de los pies a la cabeza.

—Ah —dije sordamente—, no es nada, Fanny. Una pequeña broma nada más. Y ahora que estás aquí... Pero ¿no me dirás —me apresuré a añadir— que de verdad te gusta ese ser almidonado?

Pero Fanny había cogido mi sobre entre el índice y el pulgar de las dos manos, y me sonreía fijamente por encima de él.

—Una broma, Menudencia; y una broma de las tuyas. Qué emocionante. Y qué abultado. ¿Lo puedo abrir? No me la perdería por nada del mundo.

—Por favor, Fanny, he cambiado de opinión. Dámelo. No estoy para bromas en este momento.

—Pero yo sí, sinceramente. Las hay que tienen un lado serio muy delicioso. Además, si acabas de volver de la calle, ¿por qué no te lo llevaste?

A lo cual yo respondí tercamente que la carta no era suya; que lo había pensado mejor, y que no tenía ningún derecho a interrogarme si yo no quería contestar.

—Entiendo —su voz había ido ascendiendo por la escala de la suavidad—. Es una cosita más del pasado muerto, ¿verdad? Y no te gusta la... fragancia. Pero no me negarás, si realmente estamos hablando de derechos (y, según mi experiencia, no hay demasiados sueltos por el mundo), no me negarás que tengo derecho a preguntar qué suculentos misterios se encierran en un sobre dirigido a mí con lo que a todas luces parece ser una caligrafía fingida. Mira. Lo dejo en el suelo para que estemos en condiciones..., en fin..., más o menos igualadas. ¿A que ni tu sensible Susanita sería más considerada? Lo único que quiero saber es qué hay dentro de ese sobre. Si te niegas a decírmelo, bien está: me retiraré a mi lecho virginal y me entregaré a las más negras suposiciones.

Era un callejón sin salida, y lo único que se podía hacer era dar marcha atrás con valentía.

—Está bien, Fanny; te he dicho que me había parecido mejor no enviarlo. Pero no me avergüenzo. Aunque esté equivocada, supongo que tú también eres libre de gastar tus bromitas, lo mismo que Percy Maudlen. Es una carta, rota en pedazos; nada más.

—Una carta...; ya me lo imaginaba. ¿De quién?

Yo la miré en silencio.

—¿Eh?

—Es impropio de ti, Fanny... Del jorobado.

Su asombro no podía ser fingido.

—¿Y qué demonios, querida y tartajosa enanita, tengo yo que ver con tu jorobadito miserable? ¿Por qué razón mandarme sus garabatos a mí..., y en pedacitos?

—Porque —dije— creí que te habías estado burlando de él y de mí ante... los demás.

Las ligeras manos se alzaron; la oscura cabeza se echó un poco hacia atrás y se

ladeó.

—*Vaya* un rodeo —suspiró. Pero su rostro era falso hasta en los suaves y desdeñosos acentos—. ¿Así que sospechaste que te había espiado? *Comprendo*. Y la gentil Susan Monnerie tuvo la bondad de untar un poquito de veneno en las garras. Pues mira, corazón, te voy a decir una cosa. A veces es más prudente perder la honra que los estribos. Pero hay un límite...

—¡Calla! —susurré, porque mi oído era más fino que el de Fanny incluso cuando no la ensordecía la ira. Me abalancé al sobre, en el momento justo.

—El señor Percy, señorita —anunció Fleming—. ¿Puede pasar?

—¡Qué tal! —dijo ese joven, adelantando su figura gris—. Aquí está el pelmazo, señorita M. Casualmente acabo de pasar por Buszard, ¡y mire lo que he encontrado! La señorita Bowater dice que es usted golosa, y la verdad es que están bastante bien.

Me había comprado la más delicada cajita de bombones en miniatura. Yo la miré furiosa, y le miré furiosa a él, porque no me sentía con paciencia para ninguna más de sus bromitas, aunque viniera atada con una cinta de color azul pálido.

—Y otra cosa —siguió diciendo—. Susan nos ha dicho que dentro de poco será su cumpleaños: el veinticinco de agosto, ¿no? Y yo he propuesto que hagamos una Gran Fiesta de Cumpleaños, una especie de juerga general, con la señorita M. en la presidencia. ¿No le parece que es una idea fantástica, señorita Bowater?

—*Fantástica*, desde luego —dijo Fanny, respondiendo a su mirada larga, lenta y solapada con una elevación leve y aparentemente involuntaria de sus estrechos hombros. Pasó entre ellos una mirada prolongada que yo no podía compartir; lo mismo podría haber sido un juguete en el suelo.

—Pero no parece usted estar en plena forma —dijo él volviéndose a mí—. ¿A que no? ¿Trasnocha, eh? ¿Verdad que tiene cara de estar un poco pachucha? Cherry también; hay que buscar otro veterinario.

La risa murió en sus largos labios. Sus ojos vagaron furtivamente de punto a punto de la habitación bañada por el sol de la tarde, y luego, con indolencia, se clavaron otra vez en Fanny. Yo seguía sentada sin moverme, atenta a cada uno de sus gestos y repitiendo rápidamente para mis adentros: «Lárguese, buen hombre; lárguese, lárguese». Por fin alguno de sus nervios debió de recoger el mensaje, o el silencio de Fanny le puso incómodo; bizqueó hacia mí una extraña mirada fulgurante, y con toda la gallardía que le permitía su azaramiento se despidió.

La puerta se cerró. Su presencia dejó tras de sí un fantasma, y el fantasma dejó tras de sí la nada. Y como único testimonio de su paso quedó sobre mi mesa, bajo un rayo de sol, la caja de la cinta azul.

—¿Verdad que es idiota? —suspiró Fanny—. Y sin embargo, hija mía, ése podría ser el marido de Fanny Bowater si no fuera por la gracia de Dios.

Su cólera se había evaporado. Allí volvía a estar mi Fanny de siempre, esbelta como un mástil, con un brillo frío en los claros ojos y mostrando ya en su porte, hasta en el modo de pisar, una débil doradura de la señora Monnerie. Se echó a reír,

mirándome de frente, como retadora.

—Sí, querida mía, es verdad. Ya no estoy nada enfadada. Leche y Miel. Así que, como ves, hasta un memo puede servir de pararrayos. Perdono —y me tiró un beso con las puntas de los dedos—; olvido.

Después ella también se fue, y me quedé sola. Qué bueno y consolador es no preocuparse. Pero, aunque Fanny pudiera perdonar, olvidar no debía de resultarle divertido. El correo de la tarde siguiente me trajo una fabulita escrita con exquisito estilo, firmada «F. B.» y titulada *Asteroida y el enano amarillo*. Yo no pude encontrarle mucha gracia, aunque sin duda debía de ser entretenidísima leída en voz alta.

De todos modos, Fanny no se preocupaba. Yo, en cambio, era como esas vías del tren al pie del verde ribazo que había visto en mi viaje a Lyme Regis: un día de abandono, el rocío de una noche, y me salía un dedo de herrumbre. Una aflicción sorda y cerrada tomó posesión de mí. La única idea que me venía constantemente en cada instante de soledad, y con la mayor fuerza en aquellos instantes que me asaltaban estando entre desconocidos, era la de qué hacer para escapar.

Volví a guardar el sobre y su contenido en el cofre. Y a altas horas de aquella noche, a salvo de interrupciones, escribí a Wanderslore. Mordisquear una pluma no es nuevo en mí, pero jamás en toda mi vida he pasado una hora tan vacía y espantosa, únicamente pugnando por decir que no a una pregunta sencilla de modo que sonara casi tan agradable como un sí, y mucho más generoso. «Tirar la piedra»: ya, ya; mi único deseo era sanar la herida que pudiera hacer.

Gracias a Dios, la carta salió más amable que mis sentimientos. Mis candelabros arrojaban una luz invariable. Fría, deprimida, en bata y haciéndome visera con las manos, contemplé a través del fresco cristal la noche de Londres. Una ventana de una buhardilla era lo único iluminado en la faz oscura de las casas. ¿Quién era y dónde estaba Willie Arbuthnot, el de los ojos peculiares? ¿Tendría lord Chiltern un depósito sobre su tejado, en el patio de atrás? Qué tonta había sido al abandonarme y venir aquí. Si supieran cuánto los despreciaba. Y la casa entera dormía.

Tanto los despreciaba, que hasta la mañana siguiente, mientras me vestía, no me miré en mi espejo indio por ver si descubría lo que lord Chiltern había querido decir.

Durante las semanas siguientes la señora Monnerie —no sin abundantes provocaciones— casi bostezaba al verme. En un amargo instante de rebelión se cruzaron nuestras miradas. Ella detectó la «mala voluntad» de la mía, y tanto se sorprendió que yo casi no reconocí como suyo el duro gesto que me puso. Bueno, la aficionada se había cansado de su afición, y eso era todo. De haber sido yo una visitante corriente, se habría lavado las manos de mí. Pero yo era célebre, y no tan fácil de cambiar como lo había sido el Cherry bronquítico por su nuevo pequinés, Plum.

También es posible que la clase de aversión que sentía ya hacia mí fuera un lazo

más estrecho que el coleccionismo, incluso, o que el afecto. Sentada con una mirada adusta bajo los pesados párpados, me veía ponerme cada vez más acalorada y más torpe con mi labor de bordado o mi solitario. Chakka cascaba su nuez mientras tanto, y con el ojo estático subía y bajaba ladinamente por los barrotes de la jaula; Plum deglutía golosinas o roncaba en su almohadón rojo. Nosotros tres.

Normalmente me pasaba el tiempo sola; y los planes que la señora Monnerie estuviera rumiando para librarse de mí, sólo ella los conocía. Qué hacer, dónde ocultarme, cómo pasar inadvertida en aquellos letárgicos días de agosto, apenas lo sabía. Todo mi afán era no hacerme ver. Recuerdo que una tarde, después de algunas horas de cavilación al pie de un lilo polvoriento del jardín de la Plaza, eché a andar —pasando ociosamente la vista por el polvo, de paja a horquilla a cerilla apagada— por una callejuela desierta que llevaba a otra de cocheras. De las ventanas colgaba al sol una cuerda con ropa tendida. Rodeando una tabernita con olor a cerveza y licores que se evaporaba al sol, en seguida me encontré entre las lápidas de un camposanto verdinegro.

Sobre el pórtico de la iglesia caía oblicua una sombra clara; la puerta estaba abierta, y, tras detenerme un momento en las losas del umbral, entré. Estaba vacía. Por las paredes había rostros de piedra que miraban sin ver. En el lejano presbiterio pendían dos lamparillas rojas, como débiles rubíes. Cogí un almohadón y me senté al pie de la pila bautismal. La fragancia brumosa y tenue suspendida en la penumbra de las vidrieras de colores se me metió por la nariz, narcotizó mis sentidos. Apoyé la barbilla en las manos y alcé la vista hacia la oscura techumbre. Un péndulo tictaqueaba despacio allá en lo alto. La quietud empezó a envolverme; largos siglos de soledad habían llenado aquel vacío como con un sueño.

Era como si alguien, en mi interior, estuviera escuchando a lo desconocido; pero ¿a quién? No podía contestar; como si hubiera nacido pagana. ¿Era aquella iglesia únicamente la casa de un Dios? Por todo el mundo había dioses y templos. ¿Era una casa de *el* Dios? ¿O sólo del Dios «de ellos»? En cierto sentido yo sabía que era también la de *mi* Dios, pero ¡cuánto más dichosamente confiada en Su presencia secreta había estado en la silvestre Wanderslore! ¿Significaba eso que yo estaba de verdad tan sola en mi mundo que era distinta de todos los demás seres humanos?

Un aleteo de pánico cruzó mi espíritu al escuchar el golpeteo ahogado del péndulo invisible. Se me había olvidado que el tiempo no para nunca de devorar. Y el pasado desplegó su panorama ante mis ojos: el Número 2; la taberna con aquel hombre solitario y meditabundo que había visto, jarro en mano, mirando al serrín; y este silencio vacío y cavernoso. Y luego para atrás, para atrás: Lyme Regis, la casa de la señora Bowater...; y Fanny, Lyndsey, mi madre y mi padre, el jardín. ¡Ya no había silfos en el aire, ni salía de las aguas música arrobadora! Era como si el pasado estuviera cercado por un gran muro, y el futuro fuera claro y duro como el cristal. Se podía explorar el pasado con la memoria; no se podían escalar sus muros invisibles.

Y allí estaba el señor Crimble..., a una distancia inconmensurable; pero todavía

con el extraño poder de pararme en seco, de salirme al paso en mi camino. ¿El futuro tendría que ser todo así? Nuevamente dejé de pensar, y mis ojos vagaron por mi falda de seda y mis zapatos.

¡Caramba! No cabía la menor duda de que yo era un ser humano pequeñísimo. Podrá parecer absurdo, pero era la primera vez que me daba cuenta *vívidamente*. Y allí sentada, toda seria: como una araña a la espera de moscas. «Por lo que más quiera, señorita M.», me dije, «anítese. Está siendo usted una compañía aburridísima..., siempre atemorizada. Convéznase de que no se atreven a hacerle nada. Dé la cara». Y, a la vez que murmuraba, estaba leyendo las palabras esculpidas en una lápida gastada que tenía a los pies: «Jenetta Parker»; sólo veintidós años, uno más que yo. Y, sin embargo, llevaba dos siglos enteros allí tendida. Y debajo de su nombre deletreé el epitafio:

*Por mi suspira, tú que la mirada
Posaste en mi sepultura:
Fui luz, gracia, alegría y hermosura;
Fui todo, y ya no soy nada.*

Repetí las palabras mecánicamente, una y otra vez; y, como obedeciendo al susurro de Jenetta, un ser mucho menos gracioso y hermoso exhaló un suspiro y una oración: en parte piedad, en parte melancolía, y toda felicidad y alivio. Le eché un beso a Jenetta; me persigné, hice una inclinación hacia el altar —gemas de luz empañada el vidrio— y volví a salir al camposanto. Se había encendido una lámpara. Detrás de mí, un viejo arrastraba los pies; había venido a cerrar la iglesia. Por un instante dudé si echar a correr o no por el empedrado herboso de las cocheras y... confiar en mi suerte. No: la visión de un titiritero que engullía no sé qué comestibles de un papel de periódico en la esquina de allá me disuadió de *esa* pequeña iniciativa. Caía la tarde; y me escabullí a toda prisa hasta el Número 2.

Pero me hizo bien aquella visita. Fue como si hubiera estado viendo mi propia calaverita colocada en una repisa alta de un viejo laboratorio, tranquilo y polvoriento: unos cuantos frascos, una tela de araña y algún que otro rayo de luna. ¡Cuán breve la animación para una paz tan dilatada!

CAPÍTULO XLII

Las visitas de Susan a su tía se hicieron menos frecuentes. Las de Percy se multiplicaron. Se diría que el deber se le había convertido en placer. La señora Monnerie posaba en él la mirada con una vigilancia soñolienta que era casi imposible distinguir del mero ensimismamiento. Tenía la suerte de ser su único sobrino; la desgracia de ser como era, e hijo de una hermana por la que la señora Monnerie parecía sentir muy poco cariño. Aun así daba la impresión de poner todo su empeño en cultivar el favor de su tía, y daba vueltas y más vueltas «de acompañante» al jardín cuadrado de la Plaza, donde el bastón de ébano de la señora Monnerie había sido casi suplantado por el brazo de Fanny. Cuando la señora Monnerie estaba demasiado fatigada para ese ligero ejercicio, o tenía otras ocupaciones, era *mi* salud la que lo reclamaba; o eso, al menos, parecía pensar Fanny. Pero, como la conversación de Percy encerraba pocos atractivos para mí, era más bien él el que disfrutaba con aquello, mientras yo me sentaba a la sombra de un árbol y miraba a la nada.

A algo que era menos que nada: porque miraba, como siempre, sobre todo a mi persona. Parecía haber perdido el secreto de soñar despierta. Y si la cantidad de aversión que salía por mis ojos hubiera sido proporcional a su calidad, aquellos plátanos moteados y codesos venenosos se habrían abrasado. Nunca olvidaré aquellos días interminables del mes de agosto, cercados por el estruendo, el resplandor, el hollín, la magnificencia y la mirada fija de Londres. Prácticamente sin amigos, absolutamente sin un céntimo, lo único que tenía para impedir que Fleming se amotinase era el soborno de alguna cosilla de vestir. No me atrevía a tenerla por enemiga declarada, aunque sabía que con el paso del tiempo me iba detestando cada vez más. Hasta apartaba la nariz de mi ropa.

En cuanto a Fanny, a juzgar por su animación cuando se unían a nosotros Susan y el capitán Valentine, dudo que nadie menos fatuo que Percy hubiera dejado de darse cuenta de que a menudo se aburría. Le miraba con la cabeza echada a un lado, como si la hubieran pintado así en un cuadro para siempre jamás. Sabía ocultarse ociosamente detrás de su belleza, y tanto le habría dado a Percy ir a la caza de Eco o de un arco iris. Sabía hacer observaciones corrosivas con una voz tan seductora que el pobre hombre ni se enteraba de por dónde le había venido el golpe. Exclamaba: «¡Pero cómo, señorita Bowater!», y boqueaba como un ciprino dorado. Únicamente, quizá, por tener alguien con quien comentarse a sí misma, Fanny perdonaba y olvidaba mis deficiencias hasta el punto de hacerme una visita de vez en cuando, y había señalado entre bostezos lo horriblemente caro que salía vivir con los ricos. Pero la única promesa de ayuda que pude hacerle estaba fuera de todo posible cumplimiento. Lo prometí, de todas maneras, porque mi temor era que adivinase lo apurada que estaba de dinero.

Estaba muy bien acusar a Percy Maudlen de ser un ciprino dorado; pero yo, ¿qué

clase de pez era? Durante los pocos meses de mi vida en su casa —es decir, hasta la llegada de Fanny—, la señora Monnerie había transportado a su «Abeja Reina», como a veces me llamaba, a todos los acontecimientos y ceremonias sociales imaginables, excepto a un lecho de muerte y a un entierro. ¿Por qué no había jugado yo mis cartas con un poco más de talento? ¿Acaso los señores De la Rue no habían diseñado una baraja como hecha expresamente para mí, y para mi pequeño solitario particular? Si hubiera mostrado quizá más sentido y menos sensibilidad; y si no hubiera sido, como supongo, a pesar de todos mis aires y pavoneos, una muchacha tan retraída, ¡qué cimas no habría podido escalar! Una vez, incluso, la señora Monnerie me había prometido presentarme en la Corte al siguiente mes de mayo. Verdad es que de esa distinción habían gozado muchos de mis predecesores en mi «género» particular; pero no creo que mi protectora me hubiera servido en medio de una Tarta.

Así las cosas, a estas alturas mi altivo pecho podría henchirse bajo un medallón adornado con el monograma real en aljófar y la inscripción: «Al Más Pequeño de sus Súbditos de la Más Grande de las Reinas». Podría haber sido la debutante más comentada y fotografiada de la temporada. Pero he de tener cuidado con las uvas verdes. «Una vez hubo un Diógenes a quien los dioses encerraron en un tonel»: pobre señor Wagginhorne; en el fondo había sido relativamente frugal con sus azaleas.

Dicho sea con toda seriedad, aproveché demasiado poco las generosidades de la señora Monnerie, mis «oportunidades» mientras estuve con ella. Me puse hostil, y por lo tanto medio ciega. Ni que decir tiene que muchos de sus amigos eran meramente ricos o alcorniosos, pero otros no eran sino seres humanos naturales. Como Fanny había descubierto, no se recreaba sólo en las personas agradables a la vista. Disfrutaba también de eso que me figuro que debe de ser casi igual de raro: la inteligencia.

¿Y las «Beldades» de la alta sociedad? Con toda franqueza, y espero que sin la menor sombra de celos, creo que mi aspecto les gustaba, en fin, tan poco como a mí el de los hombres excesivamente guapos. Aquellos seres exóticos de uno u otro sexo me recordaban las petunias: ésas que dan dolor de cabeza, que no son ni rojas ni azules, sino una mezcla. Siempre que los miraba sentía que debían saber que me estaban mareando. Y, sin embargo, el hecho es que sus ropas casi no me dejaban ver su hermosura. Tiene que ser difícilísimo, por supuesto, soportar la admiración *pura*. Es verdad que no recuerdo que ni la persona con mayor tacto del mundo me examinara por primera vez sin mostrar algún pequeño síntoma de turbación. Pero eso es otra cosa muy distinta.

Había, sin embargo, otra clase de belleza que amaba con todo mi corazón. Es difícil expresar lo que quiero decir, pero ver a una mujer cuyo rostro pareciera el retrato de un sueño de sí misma, o a un hombre cuyo rostro fuera absolutamente el espejo de su alma, de eso no me cansaba nunca. O, por lo menos, no me canso ahora, volviendo la vista atrás.

Hasta aquí en lo que respecta al exterior. La humanidad, solía decir nuestra cocinera la señora Ballard, se parece mucho a una empanada de jamón: la parte más indigesta suele ser la corteza. Yo no soy más que una Empanadista aficionada; y es un hecho que experimentaba la misma dificultad con eso que se llama «las personas inteligentes». Eran como Adam Waggett vestido de domingo: un poco demasiado para tomarlo en serio. Creo firmemente que lo mejor es decir lo que se quiere decir, y lo que menos decían la mayoría de aquellas personas inteligentes, aunque no fueran amaneradas, era aparentemente lo que querían decir. Su conversación rara vez tenía otro interés que el intelectual. Pedías un penique, y te daban una moneda de tres, pero falsa.

Quizá sea puro prejuicio, pero lo cierto es que siempre me he llevado mucho mejor con los tontos. Principalmente, quizá, porque con ellos podía compartir experiencias, y las ideas más recientes no importaban tanto. Parece como si los hombres inteligentes —y las mujeres— no hubieran tenido experiencias fuera de la cabeza. Yo, cuando haya visto a un rico escurrirse por el ojo de una aguja, como solía decir el pobre señor Crimble, tendré los ojos bien abiertos por si veo a un inteligente intentar la misma proeza. Uno de mis absurdos entretenimientos en casa de la señora Bowater había sido el de imaginarme en lugares extraños: acompañando a un Cometa desmelenado por los yermos fríos del espacio, o paseándome por los hornos del Sol, como Sadrak y Abednegó^[54]. Ahora ya no. Pero si en casa de la señora Monnerie hubiera tenido la paciencia, y el mejor sentido, de fijar mi atención en alguien que me desagradase para meterme *dentro*, sin duda habría ampliado mi interioridad hasta el punto de poder echarla a reñir por lo menos con la del pobre Daniel Lambert^[55].

Por otra parte, a veces veía a personas en el Número 2, o cuando la señora Monnerie me sacaba a la calle, que por su cara parecían como haber hecho un viaje casi increíblemente largo; y no sólo por este mundo, aunque eso contribuye. Sí trataba de explorar *aquellos* ojos, y bocas, y arrugas; y en ocasiones me encontraba en soledades más extrañas que las de ningún cometa. Desgraciadamente, me prestaban muy poca atención, aunque me extraña que no me vieran en los ojos el hambre que tenía de ella. Eran tan misteriosas como eso que se llama el genio. Y qué no habría dado yo por poner la vista sobre *sir* Isaac Newton, o Nelson, o John Keats: hombres relativamente pequeños los tres.

Por absurdamente envanecida que pudiera estar, en mi fuero interno sabía que, por lo menos para el exterior, apenas tenía otro valor que el de una curiosidad. Preocuparse por mí era, pues, una hazaña realmente difícil. Y, aparte de que en casa de la señora Monnerie había muy poco tiempo para nada, nunca sorprendí a nadie en el intento. Cuando mi novedad se gastaba, me entretenía oyendo conversar a los amigos de la señora Monnerie, que hablaban de obras de teatro, cuadros, música, etcétera, todo lo que hubiese de nuevo, y, por supuesto, unos de otros. Era frecuente que en esas ocasiones acabase sin saber muy bien dónde tenía la cabeza y dónde los pies.

Para mí los libros habían sido siempre sólo una parte de mi vida, y la música casi mi muerte. Aunque mucho se me olvidara, lo que alcanzaba a recordar de mis pocas lecturas lo tejía alrededor de mí, por así decirlo; y estoy segura de que con ello el capullo resultaba más cómodo. Pero la mayoría de las veces aquellos conversadores discutían sobre libros como si sus autores los hubieran hecho —desde luego no «con su poder y su amor»— con el único fin de que sus lectores los hicieran picadillo; y sobre «la belleza», también, como si fuera algo que se pudiera comer con cuchara. En cuanto a la poesía, cualquiera que los oyese podría pensar que no significaba más que..., en fin, lo que «quería decir». Como si una mariposa fuera una crisálida. A veces estuve a punto de soltar la risa, tan contrario era todo a mis pequeñas ideas anticuadas. Desde luego no era el estilo de mi madre.

Pero, en fin, cuánta presunción hay en todo esto. Yo no había ido nunca a la escuela, no había salido nunca de Kent, no había «hecho» nunca nada, ni había «sido» nada, más que —y eso con pocas ganas— yo misma. No es extraño que fuera hipercrítica.

Si hubiera podido prever lo interminablemente difícil que iba a ser la tarea de hilvanar estas memorias, estoy segura de que me habrían aprovechado un poco más los rugidos de los otros leones^[56]. La realidad es que me limitaba a mirar cómo sorbían el té y devoraban el bizcocho en medio de un círculo languideciente de admiradores, y a preguntarme si la jaula les resultaría tan aburrida como a mí. Si se fijaban en mí, solían mostrarse bastante amables; pero —lo mismo que las Beldades— tendían a estar ausentes y desasosegados en mi compañía. La suerte, pues, me era contraria. Yo tenía, sin embargo, una ventaja sobre ellos, porque cuando ya no era la novedad podía replegarme, sin que nadie lo notara, detrás de un inmenso buró de marquetería. Allí, sentada en el polvo, podía estar tranquila, comparando la trasera con el frente, y disfrutar a mis anchas de la conversación del exterior.

Hubo, de todos modos, un señor anciano con el que realmente hice amistad. Era soltero, y no sólo era autor de una porción de libros, sino que de pequeño había recibido un ejemplar de *David Copperfield* de manos del propio Charles Dickens, y había estado sentado en las rodillas del joven novelista. Aunque estuviera hablando con unos o con otros, solía chasquear los dedos hacia mí de la manera más emocionante cada vez que nos veíamos desde lejos, y a menudo teníamos charlas tranquilas (yo de pie en una silla alta, quizá, y él en cuclillas a mi lado, con las manos en las rodillas) en un rincón del salón enorme de la señora Monnerie, a distancia de la plebe.

Una vez osé preguntarle cómo se hacía para escribir. Él puso una cara muy solemne.

—¡*Para escribir*, señorita! Dios me ilumine —dijo—. Pues mire, que yo sepa sólo hay una receta: tomar un cuartillo o más de sangre propia; mezclarlo con un frasco de tinta y una cucharadita de lágrimas; y pedirle a Dios que perdone los borrones. —A continuación me miró riendo, y se abillantó las gafas con su pañuelo

de seda.

Yo contemplé impávida aquella horrible mezcla* me reí también, y le dije, dándole en un brazo con el abanico:

—Pero, querido señor, ¿pretende usted que me muera de anemia?

Y él dijo que yo era encantadora y muy lista, y que, la próxima vez que sintiéramos la tentación de «hacer morcillas», colaboraríamos.

El haber oído *sus* opiniones me tentó a seguir, y con el tono más halagador posible le pregunté a un joven retratista cómo mezclaba los colores, «para conseguir exactamente los matices que quiere».

Él se frotó suavemente una mano de largos dedos con la otra, hasta que hubo un silencio en la conversación que nos rodeaba. «¿Que con qué mezclo los colores; señorita M.? Pues..., sencillamente, con seso», respondió. Al viejo novelista se le había olvidado el seso. Pero mucho después descubrí en no sé qué libro que lo mismo había dicho otro artista todavía más célebre; así que supongo que debe de ser un dicho tradicional.

Y, finalmente, qué había que hacer para «actuar»: por alguna razón misteriosa, nunca le pregunté a ninguna celebridad del teatro, hombre ni mujer, cómo se hacía eso.

Me temo que las preguntas más o menos inteligentes no sean el único atajo para llegar a la buena conversación, ni siquiera a la conversación de sociedad. Y yo era tan bruta que jamás logré aprender qué temas son respetables y qué otros no. En consecuencia, era frecuente que divirtiese a los amigos de la señora Monnerie sin saber por qué. Se intercambiaban una especie de miradita maliciosa, o exclamaban: «¡Qué ingenuidad!» con una risa argentina que era como un campanileo.

Cómo detestaba yo aquella palabra. ¡Ingenuidad! Lo mío no era más que seriedad maleducada. De todos modos, hice un descubrimiento valioso: que no pasaba nada por reírse, abiertamente o por lo bajo, de cosas de las que era muy impropio hablar en serio. El enigma estaba en saber de qué se *podía* hablar en serio sin airear secretos de familia. Me había criado en un círculo demasiado retirado para dar con la respuesta.

Qué absorbente habría sido todo si los Harris me hubieran triplicado la renta, y si Fanny no me hubiera conocido tan bien. Hasta tenían su gracia las señoras que sacudían hacia mí sus impertinentes como si fuera sorda, o me miraban con la nariz, se podría decir, como si fuera un chiste malo o desagradable. Por mi parte, nunca conseguía olvidar que, a despecho de las apariencias, tenían que ser de carne y hueso, y por lo tanto presa de eso, y del Mundo, y del Demonio. Así que me entretenía imaginándome cómo serían en esqueleto, o en harapos, o en el cielo, o cuando eran niñas. O también, mediante un esfuerzo de la fantasía, las reducía, con ropa y todo, a *mis* proporciones; o incluso a un poquito menos. Y aunque esos pequeños ejercicios interiores me tornaban distraída, a ellas las convertían en algo mucho más interesante y entretenido.

Lo que no sé es cómo me las arreglé para no fallecer en lo que, para un ratón de

campo, era muy semejante a vivir dentro de una botella de champán. Y si mis tontas preferencias suenan a cinismo, bueno, quizá me pase de confiada, pero no creo ser cínica; me niego a creerlo. Recuérdese que era joven. Además, amo a los seres humanos, sobre todo cuando son muy humanos, y hasta he intentado perdonar a la señorita M. su señorita-emez. ¿Cómo voy a ser cínica si he hecho ese intento? Es mucho más difícil que ser comprensivo con los pobres, desgraciados, inmortales seres de cera de la Cámara de los Horrores de Madame Tussaud, o incluso con el naturalista aficionado que mató y disecó a la última oropéndola de Kent.

Tampoco he compartido nunca, más allá de un instante, la repugnancia, no demasiado delicada, que sentía Lemuel Gulliver hacia los pobladores de Brobdingnag, incluso hacia la bondadosa Glumdalclitch. ¿Acaso yo misma no pertenezco, no a la quisquillosa «Gentecilla de los Bosques», sino a la raza de los Yahoos?^[57] A Gulliver, claro está, se le hizo a propósito desacostumbrado a lo gigantesco; mientras que yo nací y me crié en medio de ello, aunque no a tal extremo. Y la costumbre es una segunda naturaleza; o, como dice un antiguo refrán de Lyndsey, «Para escurridiza, la anguila».

Aun así, estoy muy agradecida de que ni mis oídos ni mi nariz ni mis ojos amplifiquen realmente, por así decirlo. Quizá sea un poco más sensible que otras personas a los ruidos y los olores, pero es posible que también eso se deba a haberme educado en un ambiente tan limpio, tranquilo y retirado. No tengo excusa para ser tan torpe, y lastimosamente lenta de reflejos para algunas cosas. Si mis sentimientos vienen a ser o no de la talla normal, no lo sé. Más importante es que en algunos de mis momentos más felices mi yo interior parece estar tan alejado de mi cuerpo como lo está la Luna de Groenlandia; y en otros —a pesar de que ese cuerpo me arrastra hacia la tierra como una piedra— es como si mi memoria y mi consciencia se remontaran a hace muchos siglos, muchísimos más que los del verde Túmulo que va menguando en Chizzel Hill, y se hubieran estremecido al oír el grito nocturno y solitario de la Creación: «Hágase la Luz».

Pero ya está bien de tanto egocentrismo. Debo volver a mi relato.

CAPÍTULO XLIII

El hecho es que las relaciones de la señorita M. con la buena sociedad tocaban rápidamente a su fin. Hacía ya tiempo que mi humeante velita había empezado a vacilar y chisporrotear y rodearse de una mortaja. Al cabo se apagó con una llamarada. Por una vez en su vida, a Percy se le había ocurrido una idea que su tía aprobó de todo corazón: mi Banquete de Cumpleaños. La señora Monnerie, olvidándose de mis necesidades y fechorías, se embarcó con todas sus potencias en aquella iniciativa dirigida a proporcionar un marco exquisito a su *Pulguita*, su *Nena*, su *Cominito*, su *Chiquitina*, su *Hada*, su *Petite Sereine*.

Se enviaron invitaciones a los elegidos, en tarjetas de una pulgada de lado, con el escudo y la divisa de mi familia en relieve: la cabeza y los hombros de un gigante blandiendo una clava, y el *Non omnis moriar*^[*]. La señora Monnerie no sólo aplazó su salida anual de la ciudad, sino que, como el gran hombre de la parábola, *obligó* a sus amigos a hacerse presentes. Derrochó inventiva en el menú. Los grandes, en esa ocasión, debían regalarse con lo pequeño. Ahora mismo tengo aquí al lado una copia; por desdicha, no la examiné al sentarme a la mesa. Digamos, por último, que los confiteros de Percy, los señores Buszard, idearon una tarta de cumpleaños de siete pisos, rodeada en su meseta más baja por veintiuna figuras de azúcar, como de una cuarta parte de su tamaño natural, cada una de las cuales sostenía en alto una antorcha de plata.

En los plintos, también de azúcar, se leían sus nombres: *lady* Morgan (el Hada de Windsor); la señora Tomysen de la reina Isabel; la Andrómeda de la emperatriz Julia; la gran (o pequeña) señorita Billing de Tilbury; Anne Rouse y la pobre Ann Colling; la siciliana *mademoiselle* Caroline Crachami (que acabó en los anatomistas); Nannette Stocker (33 pulgadas y 33 libras *avoirdupois* a los 33 años); la beata y tierna Anastasia Boruwlaski; Gaganini; la dulce señorita Selby de Bath; Alethea (la Ninfa de Guernsey); *madame* Teresa (el Hada de Córcega); la señora Jekyll Skinner; la asombrosa Nono; la señora Anne Gibson (de soltera Shepherd), etcétera.^[58]

Era una broma, no menos graciosa por ser vieja; y Pedro el Grande debió de rebullir en su tumba, de envidia del ingenio de la señora Monnerie.

Difícilmente se me creerá, pero estaba ya tan hecha a esas gracias que, bajo la mirada jocunda de la señora Monnerie, hice el circuito de la tarta con una sonrisa; y hasta la reconvine por haber omitido a la temible señora Bellamy, con sus nueve hijos de tamaño natural. Y critiqué también las efigies, señalando que ni siquiera como azúcar se podían comparar con las de alabastro de Guillermo de Windsor y Blanche que había en la Torre.

La verdad es que las auténticas revulsiones de cuerpo y alma entran, cuando entran, en oleada, de una vez. Ya por la Noche estaba Fleming dando los últimos

toques a mi peinado, cuando de repente, con una imprecación perversa, me aparté del gran espejo y anuncié mi decisión. La figura de Fleming, con el diminuto peine de carey en alto, se quedó en la clara lustrosidad mirando a mi reflejo; pensamientos extraños pasaron por sus ojos. Al pronto supuso que sería un arranque de mal genio como tantos. Luego el odio y el asco que yo le inspiraba casi la desarmaron.

Porfió con calma. Yo insistí. Pero ella le tenía un miedo mortal a la señora Monnerie, y, antes que darle mi recado, acudió a Susan. Pobre Susan. También ella tuvo miedo; y fue su expresión, más que su amor, lo que por fin me convenció. Entonces tuvo que salir corriendo para excusar como fuera mi falta de puntualidad. Ya estaban, pues, sentados a la mesa los invitados de la señora Monnerie, y divertidísimos desde el primero hasta el último con no sé qué historia con la que ella les estaba entreteniéndolos, cuando Marvell me abrió de par en par las grandes puertas de caoba, e hice mi entrada en solitario.

Vestida de seda prímula, *à la Pompadour*, con una guirnalda de pimpinelas sin abrir sobre el pelo: es posible que la señora Monnerie sospechase que había querido llegar tarde buscando sólo el efecto. Pero eso habría sido una exhibición de vanidad aún demasiado débil *para mí*. Todos los invitados me eran conocidos, aunque sólo uno era de mi elección; porque la señora Bowater estaba en la Argentina, *sir* Walter en Francia, la señorita Fenne en su lecho de muerte, el señor Pellew en retirada, y el señor Crimble en la tumba. Fanny era mi todo.

Estaba sentada a cuatro o cinco sillas de mí por la izquierda, entre Percy (que tenía a su derecha a una hermosa joven de rostro alargado, vestida de azul turquesa) y el capitán Valentine. Más lejos, y al otro lado de la mesa, estaba *lady* Maudlen —una señora con aspecto de foca, que, según Fanny, me miraba con malos ojos por razones religiosas—, y yo estaba entre la señora Monnerie, a mi derecha, y lord Chiltern. Desdichadamente, hasta mi viejo amigo el de las «morcillas» estaba demasiado lejos para hacer otra cosa que guiñarme un «¡Animo!» cuando nuestras miradas se cruzaron.

Los recuerdos de aquella cena desastrosa están borrosos. Mis noches habían estado tan pobladas de malos sueños que apenas distinguía si estaba despierta o dormida. Pero recuerdo la larga perspectiva de la mesa, las barbas, los bustos, las perlas, las camelias y las gardenias, las cornucopias y aquella resplandeciente Extravagancia que era mi Tarta de Cumpleaños. Tengo a Marvell detrás de mí, y Adam Waggett se afana en la luminosa lejanía. En mis oídos resuena el parloteo de muchas lenguas. La señora Monnerie murmura y se mece suavemente. Descienden y se retiran las grandes fuentes de plata. Saltan los corchos, y los vapores de la carne y del vino hacen nubecillas en el aire. En el recuerdo es como si yo estuviera muy lejos, como si hubiera leído la escena en un libro.

Pero hay dos momentos que se destacan con fuerza sobre esa irrealidad, y los dos para mi vergüenza. Me pusieron delante un platillo plateado y con una guirnalda alrededor. Yo metí la cuchara mecánicamente en la gelatina que contenía, y picoteé

unos bocados que no me supieron a nada. De puro nerviosismo había perdido el sentido del gusto. Pero había algo en el silencio astuto de la señora Monnerie, y en el monóculo solemne de lord Chiltern, y en la risilla de Percy, que me hizo pensar.

—¡Angélica Pizquita! —suspiró la señora Monnerie—. Seguro que, el día que vuelva al Paraíso, se sienta en un rincón y se le olvida afinar el arpa.

No había en su voz ni sombra de irritación, sólo benévolo regocijo; pero los comensales próximos habían oído el chistecito, y me miraron risueños mientras yo pasaba la vista por el menú: *Consommé aux Nids d’Hirondelles, Filets de Blanch allies à la Diable, Ailes de Caille aux petits pois Minnie Stratton, Sauterelles aux Caroubes Saint Jean*, hasta un hermoso floreo dorado que circundaba las palabras *Suprême de Langues de Rossignols*. Así que ésa era la broma delicada, el *clou du repas*. Las palabras de oro débil me centellearon. En un instante volví a ser niña en Lyndsey, sobre la almohada, arrullada por los cantos reverberantes de los ruiseñores que anidaban en sus gratas avenidas. Me sentí arder, con la lengua apelmazada de asco. No podía tragar bocado; y no tragué. Pero era lo mismo.

Ese fue mi primer percance. A la señora Monnerie, a pesar de que ella misma tenía un apetito caprichoso, que iba desde una voracidad casi increíble hasta un corrusco de tostada seca, no había nada que le molestase tanto como que mi pobre estómago remilgoso se rebelase a la vista de la carne. Alzó contra mí un hombro desnudo, y el festín prosiguió con el principal de sus invitados a la sombra. En otro tiempo habría podido recobrar en seguida la compostura. Pero languidecí, descuidada incluso de la expresión de mi semblante. Ni siquiera la sonrisilla cursi que siempre me reservaba Fanny en presencia de otros pudo reponerme, y fue porque ella se lo susurró por lo que Percy vino hasta mí y me llenó la copa abellotada con un líquido verde y translúcido que él mismo había tomado del aparador. Yo vi caer despacio aquel verdor desde la boca de la botella, sin pensar en nada. Lord Chiltern intentó restaurar mis decaídos ánimos. Le había juzgado yo muy mal. No era uno de los amigos necios de la señora Monnerie, y realmente estuvo amabilísimo conmigo. Si alguna vez lee estas palabras, sepa que la señorita M. se lo agradece. Pero su amabilidad cayó en terreno pedregoso. Y cuando, por fin, se puso en pie para brindar por mí, yo me encogí debajo de él, avergonzada, insociable y desconsolada.

Fue un discurso tan diminuto como la persona a la que lisonjeaba, y muchísimo más elegante. Por supuesto, una vez honrado el brindis, sus oyentes insistieron en que la señorita M. le diera la réplica. Eché una única mirada desesperada a la señora Monnerie: estaba inmóvil como la Esfinge. No había escapatoria. Con las rodillas entrechocándome y absolutamente incapaz de hablar, me alcé sobre la silla y recorrí las dos filas convergentes de caras curiosas y sonrientes. La desesperación me dio consejo. Me agaché, alcé la copa, y medio espantada, medio fachendosa, de un trago me la eché entera al colete.

El verde sirope me corrió por venas y arterias como plomo derretido. Una

transparencia horripilante empezó a tenderse sobre mi espíritu, que en aquel instante parecía haberse transformado en algo vacío y radiante, como una cúpula de cristal. Todos los sonidos se apagaron. Las cosas cercanas se desvanecieron en una lejanía infinita. Cada rostro, como barnizado de luz, se tornó inanimado, brutal e inhumano, la caricatura grotesca de un semblante borroso colgado en algún punto remoto de la memoria, pero invisible e irrevocable. En ese momento muerto —la escena entera flameante como un espejismo de la imaginación—, mis ojos perdidos se tropezaron con los de Fanny. Estaba muy enternecida con el capitán Valentine, y sus dedos jugueteaban con una rosa. Y fue como si su espíritu en otro tiempo amado me gritara sin hogar desde el espacio, como pidiendo asilo y reconocimiento; y una riada durante mucho tiempo oculta se desbordó en mi corazón. Olvidada de todo lo demás, y obedeciendo mecánicamente a la fuerza de una larga costumbre, subí de la silla a la mesa y me fui hacia ella con paso vacilante, volcando al pasar una copa baja de vino espumeante que esparció un olor agrio en el aire que me rodeaba.

—¡Fanny, Fanny! —la llamé desde mi delirio—. ¡Ah, Fanny! ¡Santa Muerte, Santa Muerte! ¡*Sauve qui peut!* —ella, con una expresión vacía, horrible, se echó atrás asombrada, como una serpiente herida.

—¡Ah! —exclamó con horror en el sueño que ya ascendía por mi cuerpo como una nube—, ¡ah!

Su mano se disparó ciegamente hacia mí como para rechazarme. Mi equilibrio era inseguro aun en estado normal; y, aunque los pétalos aterciopelados de su rosa apenas me rozaron la mejilla, la vidriosidad insana de mi mente ya se estaba oscureciendo; me tambaleé, y me desmoroné junto a su plato.

MONK'S HOUSE

CAPÍTULO XLIV

Así fue, pues, como alcancé mi mayoría de edad, aunque no el día de Santa Rosa. Por dramática y memorable que fuera, reconozco que no fue una manera cortés de responder a la cortesía de lord Chiltern. En los buenos tiempos de antaño el enano borracho habría pasado jovialmente de mano en mano. De mente en mente fue mi castigo mucho más suave. Y, sin embargo, aquel pequeño y pobre *contretemps* era de esos a los que hay que «echar tierra», de modo que tuvo a las lenguas ocupadas durante muchos días. Poco consuelo era que Percy compartiera mi oprobio, y hasta Susan, por «ceder».

Ella fue la que alzó mi cuerpo de la mesa y lo subió a la oscuridad y la calma. En la media luz de mi dormitorio recuerdo haber abierto los ojos un momento: ojos que se negaban a permanecer quietos en sus órbitas, pero que aun así pudieron observar que la mano izquierda que tenía cogida la mía había perdido su anillo. Intenté hacérselo notar. Estaba llorando.

Filipina sobria^[59] fue despertada a la mañana siguiente por los dedos de la señora Monnerie en persona. Debía de haberme apartado de la cara la piadosa sábana, y yo, con la pesadilla todavía en los labios, alcé la vista a las conocidas facciones, un poco grises y preocupadas, pero con todos los pliegues indicativos de la buena voluntad.

—Ni tan malita, pues —me animó—, ni buenecita del todo. Hemos estado muy preocupadas por Bebé, ¿verdad, Fleming?

—Ya lo creo, señora. Es un poco de empacho nada más.

—Así es; un poco de empacho nada más —convino la señora Monnerie—. Y estoy segura de que Pulgarcita no querrá nada con los médicos ni con sus horrendas medicinas.

Yo me incorporé, parpadeando de la una a la otra.

—Yo creo que fue el potingue verde —farfullé, con la lengua y la garganta secas como el papel. Las torturantes lanzadas de dolor que sentía dentro del cráneo casi no me dejaban ver.

—Sí, sí —fue la apaciguante respuesta—. Pero no debes agitarte, tontuela. No abras esos ojos. El calor de la sala, la excitación, alguna cosilla indigesta. Ahora, a tomar una de esas pastillitas, y quizá algo refrescante para beber. Gracias, Fleming.

La puerta se cerró, nos quedamos solas. El escrutinio de la señora Monnerie divagó. Sus cierres descendieron casi del todo sobre las pupilas de color castaño-negro. Mi cabeza anhelaba las almohadas, mis hombros algún vestigio de defensa, pero anhelaban en vano. Por primera vez me dio miedo la señora Monnerie; se la veía pensar de una manera tan densa, tan pesada.

Pero su siguiente comentario cayó suavemente, como de una nube de puro despiste.

—¿Se acuerda Cominito de lo que *dijo* a la señorita Bowater...? ¿No...? Bien,

pues si ella no se acuerda, no cabe duda de que nadie más se acordará..., ni querrá acordarse. Lo pregunto únicamente porque la pobre chica, que verdaderamente viene atendiendo a sus deberes de la manera más noble, parece estar muy herida. Bueno, será una pequeña lección... para todos nosotros. Aunque una golondrina no hace verano, hija mía, una avispa puede crear situaciones muy desagradables. No es que yo... —un vasto encogimiento de hombros completó la frase—. *Eso se arregla en seguida con una pequeña charla y tacto; y yo estoy pero que muy satisfecha con las cosas como están. Así que resuelto. Algún día tenemos que hablar más de tu historia familiar. Por ahora, reposo y tranquilidad. No más excitación, no más compañía, y no más —se agachó sobre mí meneando la cabeza—, no más *potingue verde*. Y luego —sus ojos descansaron en mí con un deleite peculiar, más que con ninguna animosidad real—, luego tendremos que ver qué se puede hacer por ti.*

Sonaron unos golpecitos... y Percy apareció en la puerta.

—He pensado, tía Alice, he pensado que... —empezó; pero al ver el semblante pesado y moroso que se volvía hacia él cerró la boca.

—Gracias —dijo la señora Monnerie—, gracias, *sir* Galahad; no ha hecho usted nada de eso.

Ante lo cual su sobrino salió de la habitación tan deprisa que no pude averiguar qué clase de flores exóticas componían el ramillete que traía en la mano.

Y así la enferma, convertida en una carga de muchas veces su peso sobre el ánimo de su protectora, fue desterrada para siempre del Número 2. En la pobre Fleming, más olisqueante y asqueada que nunca, recayó la responsabilidad de llevarme al más pequeño de los retiros campestres de la señora Monnerie, una casa larga, de techo bajo y bajos escalones, rodeada de verdor al pie de las landas de Croomham. Allí tenía yo que vegetar durante un tiempo y arrepentirme de mis pecados.

El ardiente sirope de Percy tardó más de lo que habría sido de prever en retirar sus dulces influencias. Como que cada vez que pienso en Percy se renuevan débilmente sus efectos; ¡aunque confío en que no en detrimento de mi estilo! No estaba físicamente demasiado fuerte la señorita M. que se sentaba junto a la celosía de su ventana de Monk's House en aquellos últimos e interminables días del mes de agosto, muy atareada en sus pensamientos. Horas y horas con la mirada puesta en la vieja morera retorcida y frondosa de la esquina de la pradera que llegaba hasta los sillares de la casa, y en el jardín cerrado y lleno de sol de más allá, debatía continuamente el viejísimo problema: ¿qué era lo que *ella* podía hacer *consigo* misma?

Las palomas zureaban; las grajas graznaban en el azul, aleteando sobre las arboledas cercanas; la tierra seguía dormitando. Era un paisaje de paz y decadencia. Pero yo parecía haber perdido el hechizo que podría haberlo hecho mío. Era un Ismael. Y peor: seguía siendo una prisionera. Ningún criminal a las puertas de la muerte puede haber cavilado más laboriosamente sobre sus posibilidades de fuga. No era extraño que las voces de la infancia hubieran susurrado: «¡Márchate!».

Llegó una larga noche de lluvia. Yo escuchaba desde la cama el susurro y el cloqueo de las aguas. Lejos se oía la llamada de las avefrías: «¡I-uit! ¡I-uit!». De qué locuras me había hecho rea. Cuán ladinamente había colaborado en ellas la circunstancia. Sin embargo, no era una verdadera penitente. Tenía el corazón vacío, tan reseco y encogido que ni el amor ni el remordimiento hallaban sitio en él. La venganza parecía mucho más dulce. Empujada a aquel rincón, envié un mensaje desesperado a *sir W*. No hubo respuesta, y ese amigo pasó, como los otros, al desierto de mi ingratitud.

Pero eso no me daba alivio. Pues, de todos los pecados que en mi vida he cometido, la envidia y el odio me parecen los más desagradables de practicar. También había de aprender que «quien siembra odios recoge quebrantos» y «se acuesta con cardos». Reanudé mi vigilancia en la ventana con unos ojos tan ansiosos, por lo menos, como los de Jezabel. Pero, aunque Percy hubiera venido desde Londres con el único propósito de ordenar a Fleming que me tirase abajo^[60], ella no se habría «rebajado» hasta el punto de ponerme las manos encima. Podría ser atrevida, pero también ella tenía sus remilgos.

Hasta que una tarde la propia Fleming desapareció sin hacer ruido: había tomado sus vacaciones de verano. Pobrecilla; tan fuerte era la gastritis crónica que le causaba *su* cosilla indigesta, que ni siquiera se despidió de mí.

Me dejó al cuidado del ama de llaves, la señora French, una mujer gorda y coloradota, con cara de caballo, que de vez en cuando entraba y vociferaba alegremente como si yo fuera sorda, pero por lo demás no me hacía ni caso. Yo pasaba casi todo el tiempo en el jardín, paseando desganadamente, fuera de la vista de las ventanas (y de los jardineros), por las avenidas de flores lacias, alfombradas de pétalos de rosa, odiando su belleza. O me sentaba a oír cómo caían las gotas de agua en un pozo. La mera idea de compañía era detestable. Me estaba allí medio muerta, sin libro ni aguja, sin apenas un pensamiento en la cabeza. En mis días de biblioteca del Número 2 me había hecho una esclava total de los placeres del intelecto; pero ahora también ahí había entrado la dispepsia.

Por la noche me acosaban los sueños, y por el día sus espectros desvaídos; y no tenía una Pollie para decirme lo que anunciaban. Me figuro que habrá que estar todavía más deshecho y mentalmente acorralado de como yo estaba para no ponerse *nunca* un poco sentimental cuando se está solo. Me inclinaba sobre la boca fría del pozo, vislumbrando apenas en el frío espejo del agua, muy abajo, la cara que casi me asombraba encontrar reflejada allí. «¿Voy yo también?», susurraba morbosamente, y salía corriendo.

De todos modos, lo mismo que a una hierba en invierno, la vida estaba empezando a renovarme la savia; y en Monk's House no había sólo antigüedad soñolienta, sino susurros dulces. Por lo menos una vez en cada veinticuatro horas peregrinaba hasta sus verjas de hierro forjado, junto a la portería blanca y cuadrada, para contemplar, entre las formas florales del metal, la carretera polvorienta de fuera,

con sus golondrinas y aguzanieves y libélulas bajo los olmos tranquilos y achicharrados. En una de aquellas visitas salió de la portería un galgo esbelto y zancudo. Yo, totalmente ignorante de su compañía, me volví de pronto y me encontré con sus quijadas abiertas: dientes blancos y lengua colgante. Fue como asomarse a las fauces del destino. Él torció la cabeza, bostezó lamentoso y se volvió a la sombra.

Un par de días después conocí a la hija del portero, una niña que se llamaba Rose, de unos cinco años, con una mata de rizos de color cobrizo sujetos con un lazo azul pálido. Al verme se había metido en la casa, brincando como si tuviera muelles en los pies. Un momento después apareció en la entrada su madre con un delantal blanco, y, saludándome con una amable inclinación, mandó a la niña que sonriera a la linda señorita. Rose, con un dedo en la boca, se retorció y me miraba de hito en hito. En pocos días se acostumbró a mi pequeña figura. Y aunque yo a veces descubría sus ojos como azules platos fijos en mí con una intensidad peculiar, casi nos hicimos amigas. No era una niña muy lista, pero yo la cortejé con todas las artes que conocía: me figuro que era un intento escasamente consciente de volver a introducirme por aquel pequeño sendero en la estimación del mundo y en la mía propia.

Le hacía pulseritas de flores, le recortaba bellotas en forma de barco, le contaba historias semiolvidadas, y una vez tuve que colarme en la cocina de la parte de atrás de la portería para decirle a su madre que se había quedado dormida. ¿Sería mera imaginación lo que me hizo leer, en la cara asustada que ella volvió de la cacerola a la linda señorita: «¡*Vade retro!*!»? Me había convertido en un ser abominablemente pendiente de sí mismo.

CAPÍTULO XLV

Una de esas tardes estábamos Rose y yo sentadas tranquilamente al sol, sobre un bancal de hierba verde, cuando en la carretera sonaron unos pasos cortos y decididos, y ¿quién entró por el portón sino Adam Waggett, con sus manos rojas, sus botas negras y su sombrero hongo londinense? Adam debió de nacer con un ataque de asombro; y cuando se muera, será así como entre en el Paraíso. Se detuvo en seco, bajo un cerco de sol cambiante que las hojas en movimiento proyectaban sobre su cara roja, y, tras una larga mirada de asombro teatral, soltó su conocida carcajada.

Esta vez su rugido al aire libre no fue sino un placer, y también Rose se echó a reír sólo de oírle y verle. Los dientes de leche orillaban su boquita rosa como las celdillas de un panal.

—¡Pero bueno, señorita! —dijo Adam por fin, con un guiño lento y amistoso hacia la niña—. Está visto que nos tenemos que encontrar.

Se sacudió el polvo de las abotonadas botas negras con el pañuelo, se secó la alta y calva frente, y a continuación fue un verdadero estallido de noticias, como los fuegos artificiales de mi padre el día de Guy Fawkes.

Habló de las «andanzas» del señor Percy, del augusto señor Marvell, de la vida en el Número 2. «La señorita Bowater, ésa está bastante bien, es simpática». Pero ¡había habido una bronca...! Con el capitán y todo. Pero nada, «cuestión de celos, ¡cosas de mujeres!». A él le iban a decir. No sabía qué iba a hacer la anciana sin la señorita Bowater; la anciana cuyo coche entraría de allí a pocos días por aquella puerta. Y entonces... Y se puso a bailar una danza escocesa.

Era evidente que el aire del campo se le había subido a la cabeza. Mano tras mano iba trepando por la escala del éxito. Le salía la «*joie de vivre*» por todos los poros. ¿Y yo? Yo seguía allí sentada, absorbiendo pasivamente aquellos chismes de cocina, sin intentar pararle. Al fin y al cabo, venía de mi pasado; éramos hijos de Israel en tierra extraña; y aquella cara acalorada, con su pantomima violenta y el pelo pegado a las sienes, era un espectáculo de por sí.

Una vez más se estaba colocando el sombrero y abriendo la boca para un último rebuzno de despedida, cuando de pronto, en la quietud de la tarde soleada, se alzó sobre las copas de los árboles un extraño lamento melancólico, y lentamente se apagó. El galgo de Rose salió disparado de la portería y desapareció. Adam se quedó escuchando, con el cuello torcido. En algún sitio —¿dónde, cuándo?—, aquel sonido había removido las sombras de mi imaginación. Sentí como si el día se recogiera en torno a mí, como en una trama.

En el silencio que siguió oí un rodar de ruedas pesadas en el polvo, y la charla baja y refrescante de voces rústicas, domésticas, de Kent. Adam se acercó al portón. Yo agarré los dedos tiernos y frescos de Rose. Y al otro lado de las rejas, fláccidamente, ponderosamente, se hizo visible un elefante de hombros inmensos,

color topo, con la trompa colgando hacia el polvo, brillante al sol el ojo pequeño y cercado de pestañas, y detrás la raquílica cola con cuatro pelos, tiesa y quieta.

Todos seguidos, uno tras otro, desfilaron ante mis ojos, a la luz de la media tarde sombreada por los olmos, los animales exóticos, las jaulas sobre ruedas, las carretas chillonas cargadas de decorados de cartón, los caballos y los ponies y toda la baraúnda de un circo ambulante. Era como si la carretera se hubiera puesto en movimiento, y todo el resto del mundo, con Rose y yo cogidas de la mano en nuestro verde bancal, se hubiera petrificado. La niña, boquiabierta, pensaría probablemente que era uno de mis cuentos de hadas hecho realidad. En mi mente bullían pensamientos mucho más fantásticos. Una cara aceitunada y otra y otra habían vuelto los ojos a nuestro tranquilo jardín. El león había dirigido a África una mirada feroz por encima de mi cabeza. Pero yo quedaba en parte oculta por Rose, y fue una mujer, ya de los últimos de la polvorienta y desaseada compañía, la única que pudo captar una imagen clara y completa de mí.

Un destello de ojo a ojo: nos conocíamos. Era la gitana de los pendientes y los ojos de pájaro de mi viaje en tren con Pollie de Lyndsey a Beechwood. Todavía más aguileña, más huesuda, caminando como un hombre entre el polvo y el calor con sus mugrientas faldas de colores y sus grandes botas, con un solo dardo acerado de remembranza me tragó, como la llama se traga a la polilla. Su boca se relajó en una sonrisa de raposa a la vez que su mirada se cerraba sobre mí. Volviéndose, chilló unas palabras extrañas a alguien que iba por delante. Sentí una alarma súbita; corrí a esconderme al instante, y me encontré, medio ahogada de excitación, mirando desde detrás de un arbusto a ver qué ocurría después.

Tan veloz había sido mi desaparición que la gitana pareció dudar de sus ojos. Pasó rodando una jaula de leopardos, con una muchacha de tez clara y cabellos dorados y medias blancas cabeceando dormida en la compuerta de cola, que colgaba de unas cadenas; y un hombre fornido y ceñudo vino a reunirse con la gitana. Tenía la cara cuadrada, con una expresión atrevida y mucho más amenazadora que la del famoso púgil Sayers, a cuyo retrato coloreado había tomado yo un afecto casi romántico en la biblioteca del Número 2. Aquel individuo de aspecto peligroso me llenó de trémula excitación y admiración. Si, como en un sueño, mi pasado parecía haber estado esperando a aquel elefante solitario, todo mi futuro se encandiló con él.

Sacó una gruesa mano del bolsillo del estómago y se rascó la mejilla. La tarde estaba tan silenciosa que oí el raspar de la uña en los pelos de la barba. Se volvió a mascullar un par de palabras desabridas a la mujer, que estaba a su lado. Luego, más educadamente y apuntando hacia donde yo estaba con un pulgar chato, se dirigió a Adam. Adam le escuchó, tiesas sus rojas orejas a cada lado del sombrero. Pero su única respuesta fue una sacudida de la cabeza tan violenta que pareció que se le iba a caer del cuerpo. Yo me reí por lo bajo. La mujer le ladró algo. El hombre le ordenó «cerrar el pico» con ferocidad. Adam echó el cierre a la verja. Ellos reanudaron la marcha. Animal, jaula y personas se desvanecieron como una ensoñación. Una brisa

caprichosa movió las hojas secas de los olmos. Los vencejos seguían echando carreras a la sombra.

Cuando el último murmullo débil se apagó, salí de detrás de mi arbusto.

—Un circo ambulante —observé con indiferencia—. ¿Qué quería el hombre, Adam?

—El gato con pelo miraba a Rosie —susurró la niña, apartándose de mí para agarrarse a los faldones de Adam—. ¿No se *comerá* a Rosie?

Adam se dobló por la cintura, y con ternura casi maternal le acarició el brillante y rojo pelo. Se enderezó después, escupió modestamente en el polvo, y con la cara todavía arrebolada por la reciente experiencia expresó su opinión de que el hombre era «uno de esos canallas mal nacidos —y usted perdone que lo diga claro, señorita— que son capaces de robarte una gallina de la misma cazuela». En cuanto a la mujer, no encontró palabras.

Yo esperé a que volviera en mi dirección sus ojillos redondos.

—Sí, Adam —dije—, pero ¿qué ha *dicho*? ¿Es que ella le dijo algo de *mí*?

—Pues, bueno, señorita, para ser sinceros, más o menos. La vieja mentirosa dijo que la había visto a usted antes, que era usted..., en fin..., una mina de oro, una bendita mina de oro. Esas palabras más o menos dijo.

Al oír eso, con un borbotón de dicha irreprimible, yo me eché a reír con él, como un caramillo en un concurso de fagotes.

—Pero él no me ha visto, Adam. Ya me cuidé yo de que no me viera.

—Por eso justamente —dijo Adam, dándose un tirón a la negra corbata— van a pasar los dos una tarde la mar de desagradable.

Le despedí, sonreí al gimoteante galgo, sonreí a Rose, que inexplicablemente volvía a sentir vergüenza delante de mí, y seguí los pasos de Adam hacia la casa. Pero no para entrar. «¡Una bendita —benditísima— *Mina de Oro!*!». De tal manera cantaban esas palabras en mi interior, que el jardín entero —muro encañado, pájaros, flores— cobró vida y belleza ante mis ojos. Entonces mi plegaria (¿*qué* plegaria?), había sido escuchada. Subí los hombros, me estremecí: era un Lázaro redivivo. Caminé, me senté en una esquina soleada a pocos pasos de una colmena, arranqué una nectarina y me rendí a la embriaguez de una idea. No «Vuestro Señor ha muerto», sino «¡Vuestra señora ha vuelto a la vida!», susurré a las abejas. Y si hubiera llevado puesta una liga roja la habría atado alrededor de su capirote.

¡Dinero! ¡Dinero! Sólo unos cuantos puñados de los míos y sería libre. «Les» daría una lección. Me redimiría. Ah, si hubiera tenido sólo una pequeña parte del coraje de Fanny, ¿habría estado tanto tiempo marchitándome y pudriéndome en el Número 2? Los dulces y penetrantes jugos de la tosca fruta me calmaron la sed. Las abejas iban y venían por su aérea senda. Una mata hirsuta de buglosa tardía vertía en mis ojos su azul y púrpura. Un año atrás, la sola idea de exhibirme por un lucro vil (o de la clase que fuera) me habría llenado de inexpresable vergüenza. Pero ¿qué otra cosa había estado haciendo durante aquellos largos y cansinos meses? ¿Qué había

hecho la señorita M. sino servirse como tarro de caviar a los *gourmets*? Hinchada de presunción y fatuidad, en el fondo me había estado alimentando del desprecio del mundo aderezado como lisonja. Niña estúpida.

«¡Ah, yo también puedo hacer miel!», les dije a las abejas; y en ese momento una avispa saltó de no se sabía dónde a mi húmeda fruta, y la arrojé entre las hierbas. Pero qué refrescante bebida es el pensamiento de la acción, qué reconfortante el primer goteo de la autoestima que renace. Mi cuerpo se sumió en la inmovilidad. Las sombras se alargaron. El sol de agosto declinó en el cielo.

Campeaba el ocaso sobre el jardín ya frío y la última abeja se había recogido cuando, decididos mis planes, estiré los entumecidos miembros y regresé a la casa. Excelente augurio: tan libres habían sido mis costumbres cotidianas que nadie había notado mi ausencia. La cena me estaba esperando. Tenía un hambre de lobo. Cené paseándome arriba y abajo, royendo mi galleta y bebiéndome a sorbitos la dulce leche del campo. De pronto comprendía lo que el mundo significaba para Fanny: una ostra para su espada^[61]. En algún sitio he leído que cada hombre genial lleva escondida en su pecho a una mujer. Pues bien, quizá en el mío rebullera entonces un *hombre*: el hombre que había ocupado las faldas de mi tía Kitilda. Ya era hora.

Una luna en cuarto y poco más se hundía en los cielos y plateaba el jazmín de mi ventana. Mi pecho se henchía de anhelo aspirando los lentos aires nocturnos. Monk's House: yo también tenía mis fantasmas y les plantaría cara, vencería al destino con las mismas armas que él había forjado para mi desventura. En aquella media luz me coloqué ante un espejo inclinado. Si hubiera sido contrahecha, tullida, corcovada, me habría ahogado en lodo antes que alimentar el hambre humana de lo monstruoso y lo obsceno. No, yo era una cosa hermosa, aunque Dios estuviera jugando por entretenerse cuando me hizo, y luego tirase el molde; aunque para la señora Monnerie fuera poco más que una marioneta desacreditada. Así me jaleé. El Chartreuse de Percy había sido suero comparado con el atisbo fugaz del elefante amaestrado de un circo.

Desparramé por el suelo las viejas galas de Lyndsey, que había llevado en mi baúl por un impulso nostálgico. Sentada al pie de la ventana con diligente aguja, me preparé para el mañana cosiendo hasta el último oropel, aderezo y requilorio que encontré. Qué contenta estaba. En el relente crepuscular, los murciélagos proyectaban sombras débiles y huidizas sobre los cristales. Una mariposa grande y oscura revoloteaba de acá para allá sobre mi cabeza. Parecía como si pudiera pasarme la eternidad en aquella tarea ardorosa y placentera. Pensar que Dios me había dado una cosa que podría haber sido tan terrible como la soledad, pero que en realidad, teniendo tan plácidamente ocupados el pensamiento y los dedos, podía ser tan dulce. Cuando por fin, terminado el trabajo, con las muñecas y los hombros doloridos de cansancio, me asomé sobre el frío alféizar, el reloj de Croomham dio las dos. La luna se había puesto. Pero allí, como en mi propio espíritu dichoso, allí al este lucía Orion. Por lo

tanto, Sirio debía estar escondido debajo de aquel resalte silencioso. Un meteoro de plata pasó achicándose por el espacio; yo dije un deseo en voz baja, me estremecí y me metí.

Y esa noche me vino un sueño curioso. Soñé que era un gran militar, y que había ganado una batalla enorme, sin igual. Una luz cegadora caía oblicua sobre una llanura sólo quebrada e interrumpida por los cadáveres de los muertos tendidos en desorden. Yo estaba sola, en arrogante ensoñación, a pocos pasos —aunque por dentro a muchas leguas— de un grupo de otros oficiales, que me miraban. Y el torrente de luz se derramaba sobre mí, mientras yo contemplaba mi alegría y mi triunfo con una especie de severa indiferencia. Pero aunque mi cara, bajo el sombrero de tres picos, sólo podía expresar serenidad y resolución, yo en el fondo sabía que mis pensamientos no eran más que una nubecilla de humo sobre el cráter de un volcán reprimido. Porque no me notasen aquella debilidad, me aparté de la luz, y sin premeditación empecé a caminar con paso ligero y distraída de un amasijo a otro. Y conforme aquellos montones de muertos crecían de tamaño en la oscuridad que había sucedido a la blanca luz de occidente, así iba yo menguando, hasta no ser más que una especie de fuego fatuo infinitesimal que se deslizaba de pináculo en pináculo de un mausoleo infernal en el que todos los ojos, aunque muertos, me estaban mirando. Pero había *un Ojo*...

Y eso era lo único que recordaba del sueño. Porque en ésas me desperté, mirando a las tinieblas. Un rayo estrecho de luz de luna trepaba sobre mi cama. Paz inefable. Sobre mis ojos soñolientos descendieron las nubes una vez más, y una vez más me dormí.

CAPÍTULO XLVI

Al día siguiente, después de largo acecho, intercepté a Adam Waggett y le hice señas de que me siguiera a los arbustos. Primero le interrogué. Me dijo que ya habían dejado en la portería un anuncio del circo. Estaban instalando las carpas, las barracas y las casetas de tiro al blanco en un prado que había a tres o cuatro millas, del lado de acá del pueblo. Hasta ahí todo iba bien. Le conté mi plan. Él no pudo hacer otra cosa que mirarme como un pez con sus ojillos negros mientras yo, sentada en un tocón, disponía mis instrucciones.

Pero mi primera batalla decisiva la había librado con Adam Waggett en el jardín de Lyndsey. No tenía ni el valor ni la cobardía de contradecirme. Después de un tedioso asedio de su torpe magín, la codicia de la recompensa que le había prometido, la seguridad de que si éramos descubiertos la culpa caería sobre mí, y quizá algún atisbo de lealtad a los viejos tiempos, le convencieron. Sobre nosotros se balanceaban y crujían al sol las ramas de los árboles; y al fin, torciendo el gesto, Adam prometió obedecerme.

Acababan de dar las seis de esa tarde cuando sonaron sus nudillos en la puerta de mi dormitorio. Me encontró paseándome impaciente, con un corpiño rutilante y faldas color limón, rojo y plata: hecha un objeto tan alegre y chillón como la Princesa Rusa de cera que yo había visto en una de las vitrinas de la señora Monnerie. Me había peinado con trenzas a la alemana, atadas en dos gruesas coletas con una cinta verde. Le miré, y él juntó las manos azarado y me miró a su vez. Yo temblaba como la llama de una lamparilla. Y nada en la vida me ha halagado tanto como aquella mirada boba y estupefacta de Adam.

Uno de nuestros problemas más difíciles había sido el de cómo llevarme hasta el circo. La astuta criatura había sacado de un trastero del caserón una espaciosa jaula vieja —herrumbrosa, pero sólida y resistente— que en tiempos debió de albergar al anciano Chakka.

—Vea usted, señorita —susurró con aire triunfal—: lo justo, ni hecho de encargo.

Confieso que me eché a temblar al ver «lo justo». Pero Adam me lo había forrado y acolchado por dentro, y le había hecho una cubierta de recia tela de saco, dejando libre la arandela. Aparte de nuestros preparativos clandestinos, en la casa reinaba el silencio de la tarde. Adam me explicó que las criadas habían salido con sus novios. La señora French se había retirado a su gabinete, según tenía por costumbre; la Fortuna parecía sonreírme.

—Pues es el momento, Adam —bisbiseé—. Procura no darme tantarantanes, y si alguien te pregunta dices que llevas la jaula a arreglar, ¿entendido? Y cuando lleguemos no te pares con nadie que no sea el hombre o la mujer que hablaron contigo en la puerta.

—Vaya viaje extraño, señorita —dijo Adam, dirigiéndome una mueca grotesca de

preocupación. Yo le miré desde el suelo de la jaula.

—Razón de más para darnos prisa, Adam.

Él hizo descender la cúpula de alambre sobre mi cabeza; yo me recogidas faldas, y con unos cuantos ganchos quedé bien sujeta. El débil chirrido de sus botas me indicó que se había asomado a la puerta para escuchar.

—Todo despejado —susurró con voz ronca a través del saco. Me sentí subir y subir. Estábamos en marcha. Entonces una nube de aprensiones se me posaron como moscas en la mente. Las espanté como pude, y para infundirme valor me puse a contar. Un silbido agudo y falso rompió el silencio. Adam se aproximaba a la portería; un chirrido burlón de las verjas y salimos. Después de eso, aparte de algún que otro ruido de cascos o pisadas, un rústico «buenas noches» o un carraspeo de aliento procedente de Adam, no oí nada más. La oscuridad aumentó. El calor era agobiante; me mareé un poco, y, acercando la boca a una rendija entre barrotes aspiré todo el aire fresco que pude.

A la mitad de nuestro viaje Adam se encaramó a una cerca para descansar un momento, y, levantando una esquina del saco, me preguntó qué tal iba.

—Estupendamente, Adam —respondí jadeando—. Vamos a pedir de boca.

Los campos estaban olorosos y sombríos. El anochecer era claro, y la temperatura refrescante.

—Si quieres puedes fumarte una pipa, Adam —dije suavemente. Y mientras él fumaba, y yo escuchaba el canto de un grillo, me habló de una criada del Número 2 que siempre se estaba metiendo con él y poniéndole en solfa—. Puede ser un capricho pasajero —dije yo, levantando la vista al roble silencioso que se alzaba sobre nosotros—. Pero también puede ser que tú te lo merezcas. ¿Cómo es esa chica, Adam?

—Tiene las cejas negras —dijo Adam—. Y enseña los dientes cuando se ríe. Pero eso no es para que le ponga a uno en ridículo.

—La cuestión es si la chica es amable y modesta —dije yo, y mis lentejuelas repiquetearon al llevarme la mano al pelo—. Vamos, Adam, no hay tiempo que perder. ¿Estás dispuesto?

Él dio un gruñido, con el espíritu aún en otras latitudes.

—Es una descarada —dijo, golpeando la cazoleta contra una piedra. Y arriba otra vez.

Pareció como si el tiempo dejara de existir en aquel bamboleo monótono, sólo interrumpido de tanto en tanto por una oscilación mareante de mi universo cuando Adam se cambiaba la jaula de mano. Yo iba cocida por fuera, pero un poco fría por dentro. Un estrépito de música lejana me sobresaltó. Me agarré bien a los finos barrotes; cesó la música, y en el silencio que la siguió se alzó el rugido quejumbroso de una fiera.

Mi lengua se apretó contra mis dientes; tembló la tela de saco, y una tenue claridad empezó a filtrarse entre sus hilos de cáñamo. Se oían voces y gritos, silbidos

y risas cada vez más cerca. Por la mezcolanza de olores y voces, y el brillo de luces desnudas que entraba hasta mí, supe que habíamos llegado a nuestro destino.

Adam se paró. «¿Dónde está el jefe?». La voz era gruesa y sorda. Sonreí débilmente, y descubrí que estaba conteniendo la respiración.

Unos cuantos pasos más; el estruendo se distanció un poco y la luz decreció. Entonces sonó otra voz ronca y violenta, en la vertical de mi cabeza.

La jaula dio contra el suelo, y oí que Adam explicaba obsequioso:

—Traigo aquí un pájaro para usted, señor.

—¡Un pájaro! —Sonó la voz con desprecio—. ¿Y para qué quiero yo una mierda de pájaro? Lárgate.

—No dirá usted que es una mierda de pájaro —boqueó Adam lisonjero— cuando vea qué plumas tan bonitas tiene.

Entonces el farandulero debió de reconocer a Adam por la cara o por la voz. Guardó silencio mientras Adam, con los dedos agarrotados, descorría mis cierres y pestillos. Quedé a la vista, casi doblada en dos y medio ahogada, en medio de mi luminoso atavío. Sentí una ráfaga de aire fresco, y por un momento me deslumbró el borboteo de luz que una lámpara de petróleo colgada del mástil de la tienda arrojaba sobre la hierba revuelta a mis pies. Levanté la cabeza.

Allí estaba Adam, con su frac negro, frotándose un brazo; y allí estaba el farandulero. Yo, sin mover un músculo, contemplé la cara ruda, de altos pómulos y frente estrecha, que me devoraba con sus ojillos inquietos. Afortunadamente, los latidos atragantados de mi corazón no llegaban hasta sus oídos, y él fue el primero en retirarse del encuentro.

—¡Dios! —masculló, y escupió a un rincón de la barraca de lona, sólo ocupada por una lámpara que goteaba, una mesa tosca con su silla y tres o cuatro útiles del oficio.

—Y dígame, hermosa señorita —continuó en voz baja y zalamera, jugueteando con los dedos—, ¿cuál es su pequeño problema?

Recobré de golpe la presencia de ánimo y se me pasó el miedo. Me escuché tranquilamente mientras le explicaba, sin ocultar nada, cuál era exactamente mi pequeño problema. Él se echó a reír.

—Así que le tiran las tablas, ¿eh? ¡Vaya con la señorita! Bueno, eso no es malo.

Me preguntó mi edad, mi nombre, de dónde era, si sabía bailar, cantar, montar a caballo; y me miró con tal intensidad que me pareció ver mis colores chillones reflejados en el gris metálico de sus ojos.

Todo eso correspondía a su parte del trato. Luego me tocaba a mí. Crucé las manos y las apreté sobre el regazo, alcé los ojos a la lámpara llameante. ¿Cuánto me iba a pagar?

Fue como si sobre su cara descendiera una persiana.

—¡*Dita* sea! —dijo—. Cuando una señorita ofrece algo, es *ella* la que pone el

precio.

Así que yo puse el mío: quince guineas por cuatro noches de actuación... Cualquiera que hubiera visto a aquel animal humano habría creído que las propias guineas se le habían atravesado en el gznate. Es posible que la demanda de Shylock fuera más modesta. No lo sé.

A mí a primera vista me había parecido una suma monstruosa, pero por entonces no estaba al tanto de lo que se pagaba por una liliputiense de verdadera calidad. No era más que la mitad de mi antigua asignación trimestral, más dos libras para Adam. No me iba a sobrar nada. Y no había ido a vender mi alma sin antes decidir lo que valía. El farandulero echó humo y chispas. Pero yo seguí muy sentadita en el escenario abandonado de Chakka, absolutamente quieta, sin contestar; encontrando, además, en Adam un baluarte inesperado, porque, cuanto más se abrían sus ojos asustados ante el ruido y las gesticulaciones del farandulero, mayor era mi resolución. Hasta que el hombre echó un último y espantoso juramento, y poco faltó para que partiera mi jaula de un puntapié.

—Sácame de aquí, Adam —triné—; le estamos haciendo perder el tiempo a este señor.

Sonreí para mí, a pesar de los temblores fríos que me recorrían el cuerpo; él me estaba codiciando con todos los nervios y tendones de su corpulenta anatomía; y al fin, soltando una maldición, aceptó mis condiciones. Yo me encogí de hombros, pero aun así me negué a mover un dedo mientras el contrato no estuviera escrito con todas sus letras. Quizá debajo de *cada* cráneo humano anide una cotorrita valerosa, quizá la ardiente sangre francesa de mi madre me hubiera aflorado a la superficie. Comoquiera que fuese, no había marcha atrás.

Él sacó un cabo de lápiz y un sobre sucio.

—Ahí tienes, pollo —le dijo a Adam mientras escribía—: eso es una mujer, y lo demás son cuentos. Al diablo las grandes damas.

Sigue siendo, si no el más delicado, desde luego uno de los cumplidos más redondos que me he ganado en la vida.

—Ya está —fingió gemir, presentándome sus garabatos—. De pillo a pillo, y si me he de arruinar..., me arruino.

Yo me puse en pie de un salto, sacudí mis revueltas galas, sonreí a su rostro inclinado y me guardé el contrato en el corpiño.

—Gracias, señor —dije—; le prometo que no se arruinará usted mientras yo lo pueda impedir.

Con lo cual Adam, viendo pasado el peligro, se puso contentísimo.

Tales son los hechos referentes a la pequeña transacción, en la medida en que yo los recuerdo; confieso, sin embargo, que siento una cierta incredulidad. ¿Habré hermosado, quizá, mi parte en la negociación? Si así fuera, seguro que mi farandulero sería la última persona en discutírmelo. Me inclino a pensar que me había

tomado simpatía. En cualquier caso, me gané su respeto, lo que quizá sea todavía mejor. Y aunque la paga llegó tarde, cuando ya no hacía falta, y aunque fue el dinero más negro que jamás tocaran mis dedos, llegó. Y si alguien dejó de cumplir, fui yo.

No había tiempo que perder. Se hizo venir a mi gitana del tiro al blanco. Le estreché la mano, y ella estrechó la mano de Adam, a quien a continuación se le dijo que se marchara por ahí y volviera a la tienda cuando acabase el circo. Conferenciamos los tres, el farandulero, la mujer y yo, y con suma cordialidad acordamos cómo sería mi pequeña parte en la función. La barraca donde habíamos hecho el trato se preparó apresuradamente para mi «recepción». La mesa sería mi estrado. A un lado se colgó un telón de lona para resguardarme de miradas indiscretas cuando no estuviera en escena. Por lo visto mi único rival peligroso era el Niño Tigre.

Vino después una algarabía ensordecedora de zampoñas, tambores y gritos. En aquel monstruoso estrépito ya no era cosa de pensar, sino únicamente de *estar*; y yo me puse muy digna, cual colegiala sorprendida en alguna fechoría deliciosa, oyendo las loas —las lindezas y maravillas— que de mí vociferaba el farandulero. Luego, uno por uno, al principio con cierta prevención, fue entrando el Gran Público, a seis peniques las personas mayores y mitad de precio los niños (o «personas crecidas de menos de tres pies de alto»), para admirar a la «*Signorina doña Angélique, el Hada Princesa de Andalucía de España*». Eso dice, por lo menos, el anuncio impreso.

En la postura de la *madame* Récamier del cuadro, yo me había reclinado en un lustroso cobertor de satén carmesí y piel de conejo, tendido sobre un tarugo de madera a modo de travesero para apoyar el codo. Y desde aquel oasis, a través de mi pintura y mis polvos —y entre repetidas amonestaciones de «no tocar» que voceaba la gitana—, soporté, todo lo risueña y entera que pude, las miradas de las caras regocijadas, lelas, pasmadas: pueblerinos y aldeanos, todos embobados y todos de buena cepa kentiana.

—No es de verdad, es una muñeca —balbució una niña con gorro de crepé y las piernecillas colgando por debajo de la falda, porque la habían aupado para que viera mejor. Yo dejé llegar una pequeña pausa, y luego giré la cabeza sobre la mano y sonreí, me incliné y me quité las rutilantes zapatillas. En el hueco de la barraca se alzó un suspiro audible, dulce como el incienso. Fui mirando tranquilamente de uno a otro rostro: otro sueño. Alguna fiera cautiva maulló y se frotó contra el costado de una jaula arrimada a un par de yardas de donde yo estaba. La lámpara echaba llamas y humo. El telón osciló sin hacer ruido y se quedó quieto. El tiovivo echó a andar con todo su alboroto de bocinas y campanillas, y las zampoñas sollozaron su líquido reclamo. La primera recepción de la Signorina había acabado.

La noticia corrió como la pólvora. Oí al farandulero bramar a la multitud agolpada. Sus guineas estaban dando fruto. Y una gravedad extática y peculiar se apoderó de mí. Cuando el yo se ve envuelto de esa manera en la tensión del momento que fluye, se pierde de ese modo, más allá del tiempo y del espacio, en fin...; otra presencia se me había metido dentro, había tomado posesión. No lo puedo explicar.

Pero en esto es posible que todos los hombres *sean* iguales, cualquiera que sea su suerte. Me imagino que será así cómo rompe una flor el capullo, como las mariposas se quitan la máscara de la crisálida y como asciende el arco iris en los cielos. Pero más vale que no poetice. Lo único que sé es que aun en medio de aquella vil rendición había dentro de mí una chispita de vida que no podía contentarse con que mi cuerpo fuera una mera materia muda para la admiración ignorante de aquellas miradas curiosas.

El impulso real, sin embargo, salió de una mujer joven que por casualidad se puso a mi lado cuando entró el siguiente grupo de gente. Tenía aspecto de debilidad, pero de una manera triste me recordó a Fanny. Prendida en sus ojos melancólicos y vacíos, me pareció que me perdía en su oscuridad; creí darme cuenta de que también ella lo estaba pasando mal. Me estiré sobre el travesero de madera, y susurré a su pelo: «Paciencia, paciencia, hija mía. Habrá un final feliz después de todos tus pesares».

Sólo ella y un muchacho flacucho y cetrino que la acompañaba pudieron oír aquellas palabras. En sus ojos de grandes pupilas brotó un destello de miedo y desesperación. Pero yo sonreí, e intercambiamos un gesto cariñoso. Ella se humedeció los labios, se apartó de mí, y, agarrando de un brazo al muchacho, se abrió paso entre la multitud y desapareció.

—¿Y ésta cómo va a ser? —rugió desde el fondo un hombre pelirrojo con cara de buey. «Esta» colgaba de su hombro, de puntillas, rubia, joven y coloradota.

—Le traerá una fortuna —grité jovialmente—, y se la gastará. La mano que mece la cuna gobierna el mundo.

—¿Y él, y él? ¡Mamarracho! —gritó la chica, medio enfadada por el clamor de risas que había sacudido la barraca.

—Linda joven —triné yo—, más cerca del vino, más dulce el tapón; más gordo el cochino, mejor el jamón.

El berrido que siguió fue mejor anuncio que el tambor y las zampoñas. ¡El farandulero había descubierto un oráculo! Durante la media hora siguiente la barraca fue una masa de «seispeniques»: a los ansiosos trespeniques se les mandó esperar. Se llenaba y se vaciaba una y otra vez, como botijo en verano. Y, cuando el espíritu me movía, yo escogía una cara reveladora y le anunciaba el porvenir; en general, me parece, con no menor astucia que el *Libro del Destino* de la señora Ballard.

Pero fue una experiencia extrañamente agotadora. Sentí un alivio indecible cuando acabó; cuando el telón bajó por última vez, y pude descansar de mis trabajos, sin duda demasiado pagada de mí misma, pero inmensamente agradecida y contenta. Sobre los campos descendió una relativa calma. De una carpa vecina salieron estallidos atronadores de música, aplausos y pataleos, el rugido desasosegado de las fieras, el barrito del elefante, pistoletazos, hurras, chillidos y repiqueteo de arneses. Había empezado el Gran Circo, y la fantasía me componía una imagen de cada sonido.

Al rato reapareció mi farandulero, que traía al paso un *pony* de pelo liso, a

manchas color canela y leche, embridado y ensillado en rojo y plata, con las sedosas crines delicadamente trenzadas y la cola hecha un airoso penacho. Venía a tener dealzada como media mano más que la Mopsa de mi niñez; era una criaturita lindísima, aunque evidentemente adusta y de genio caprichoso. Eché una buena y larga mirada a sus ojos sonrosados de albino. Pero la maña que una vez se ha adquirido se recupera en seguida. Lo monté. Se ajustó el estribo, se me tendió sobre el hombro una de mis coletas alemanas, y, después de un par de vueltas tranquilas por el exterior, indiqué que la ilustre Angélique estaba dispuesta.

El farandulero, mirándome avaricioso con sus ojos astutos, nos condujo hacia la gran carpa globosa, cuya banderola ondeaba oscuramente sobre un fondo de estrellas. Creo que si en aquel momento embriagador mi montura hubiera murmurado: «¡Hermosa, vuela conmigo!», me habría ido, olvidada de todos mis cuidados. Pero no dijo nada.

Dentro la banda atacó estridentemente los compases de «La Chica Que Dejé Atrás». Cabeceando, piafando, resoplando, mi corcel, con su amazona, se detuvo en la entrada. Entonces, con un último gesto de aliento de la gitana, se soltó la rienda, yo incliné la cabeza, y al momento siguiente, como en una cuba flotante de luz, me encontré trotando casi sin ruido alrededor de la pista, rodeada de filas y filas de caras espectrales en el aire cargado de humo.

Puse una sonrisa fija, hice un airoso ademán. Un payaso de colorines vino a mi encuentro tambaleándose, se llevó la mano al necio corazón y se dio de narices en la arena. Amor a primera vista. Sobre su cuerpo postrado pasamos, la malhumorada bestiecilla tascando el freno y haciendo todo lo posible por derribarme. Cesó la música. La nube de testigos acechaba. ¡De perdidos al río, me daba igual! Empujando a la furiosa criaturita hasta el centro de la pista, la dominé y la obligué a girar saludando: norte, sur, este y oeste. Un huracán como no los había capeado ni el señor Bowater, un huracán de aplausos me arrancó casi de la silla. «¡Adiós, Adiós, Prenda Mía!», cantaron el trombón y el cornetín. De una sacudida lancé mis trenzas a las estrellas, blandí el látigo hacia las caras y desaparecí galopando en la noche.

Mi debut había terminado. Lo confieso: sólo el recordarlo me sigue emocionando. Y aún ahora sigo manteniendo que fue por lo menos un poco más brillante que aquel otro debut menos profesional que el pobre señor Crimble y *lady* Pollacke dejaron pasar sin pena ni gloria en la calle mayor de Beechwood.

CAPÍTULO XLVII

Mi farandulero, con la cara brillante de sudor, se empeñó en ponerme en el regazo tres coronas, enormes como platos, a modo de recompensa. Yo las tiré al suelo.

—Sólo para cerrar el trato —dijo. Y sonrió enseñándome los dientes, como si de buena gana me hubiera tragado cruda.

—Recoja ese dinero —dije yo con frialdad, resuelta de una vez por todas a mantenerle en su lugar—. Todavía es pronto.

Pero, cuando volví la espalda, el codicioso Adam las recogió.

Mientras caminábamos de vuelta a casa —porque en la noche desierta no hizo falta la jaula hasta que me rindió el cansancio—, oía el débil tintineo de las monedas en el bolsillo de Adam, y era como una nana embriagadora. Pero de tal manera trastorna el éxito que aquella noche estuve largas horas sin poder dormir. Una vez me levanté y metí la mano donde estaban las coronas, para cerciorarme de que estaba despierta. Pero el sueño que me visitó —entre vigiliadas de remordimiento— me lo guardo.

Cuando salió el sol al día siguiente la Signorina estaba en boca de toda la comarca, y menos mal que Adam tenía aquella cara tan inexpresiva. Había sido tal la «sensación», me dijo, que el farandulero había decidido quedarse dos días más en el mismo sitio, lo cual nos venía bien a los dos; máxime porque al tercer día cayó por la tarde una tromba de agua que dejó los verdes campos hechos un barrizal. Al anoecer pasaron las nubes, y una luna casi llena vidrió los charcos y empañó las lámparas de las luciérnagas. El impulso es un amo caprichoso. Yo hice todo lo que pude, porque una mujer, aunque le falle la intuición, siempre puede echar mano de la terquedad; pero todo lo que antes me salía con soltura tuve que arrancármelo aquella noche con enorme esfuerzo. El Oráculo se resistía. Cuando un hombre bien vestido pero de aspecto zorruno, con patillas y cuello duro, me invitó ladinamente a decirle el porvenir, y yo respondí que «La gallina prudente en lo alto se posa», la estocada fue un poco demasiado hábil. Al público le hizo gracia, pero nadie se rió.

Debía de ser persona muy conocida, y la mirada verdosa que me echó fue una demostración de que la verdad no siempre es comestible ni discreta. Mi irritable montura, sin dejarse seducir por los terrones de azúcar que había robado para él, se plantó y corcoveó y estuvo a punto de arrojar a la Princesa de Andalucía a la embarrada pista. Lo que sí consiguió fue darle una dolorosa torcedura de la muñeca, cosa que redobló los aplausos.

También aquella noche me ocurrió una cosa extraña. Cuando por segunda o tercera vez entró la multitud para contemplarme, mis ojos dieron por casualidad con un personaje que se mantenía un poco apartado en la penumbra. Se cubría con un sombrero de copa alta y una especie de casaca larga; y aparentemente parda, con el cuerpo abotonado y un cinturón de cuero con hebilla de plata. Llevaba espuelas en las

botas y una fusta en la mano. Estaba allí, enmarcado por la puerta, con la cabeza un poco gacha, el rostro de perfil, serenas las facciones, los ojos hundidos: un Desconocido.

¿Qué fue lo que en mí se precipitó como sobre alas a su silenciosa compañía? En mi interior ardió un anhelo apasionado, imposible de describir. Me sentí como arrastrada a un desierto sin límites: árboles raquíticos, sal en el aire, una extensión baja y enorme de cielo nocturno, espacio; y aquel hombre, dueño del alma y de la soledad.

Él no hacía caso de mí; no levantó un párpado para mirar a la barraca. Y si lo hubiera hecho, ¿qué? Yo era una nada. Cuando volví a mirar, pasada la masa de gente, se había ido; no le vi más. Pero el juvenil recuerdo perdura, consolando a este corazón jubilado como una copa de flores en esa cámara secreta del espíritu que llamamos imaginación.

La caída de aquel momento exaltado a este mundo práctico fue brusca. Cuando llegamos a Monk's House, Adam, malhumorado, harto de la lluvia y de la incómoda jaula y de los insultos del farandulero, perdió totalmente los nervios al encontrar cerrada con cerrojo la puerta por donde solíamos entrar.

Se puso a farfullarme a la ventosa luz de la luna; su cabeza cónica tapaba la mitad del cielo surcado de nubes. Tantos pindongueos no los valía su puesto; le iba a retorcer el cuello al farandulero; tenía un clavo en el zapato; él siempre había sido una persona decente: ¿y ahora qué? Bonito lío. Ya, ya había tenido él que aguantar «un par de pasadas de la lengua de la vieja», y no quería más. Y encima se las tendría que ver con el hipócrita de Marvell.

Yo, liberada de la jaula, le hice frente y quise saber si se quedaría más a gusto con que yo escribiera de inmediato a la señora Monnerie y le absolviera de todo. «Contéplate tú mismo», le ordené. «¿Qué pena da un cobarde!». Y le clavé una mirada no demasiado amistosa.

Su torpeza al abrir una ventana despertó a la señora French, que se asomó a la meseta de la escalera: nosotros nos agazapamos en un rincón de abajo. Pero, aunque los rayos de la vela que llevaba eran muy débiles para penetrar el pozo de tinieblas que nos separaba, yo, estirando el cuello, veía cada movimiento y expresión cambiante de la figura de arriba: la bata de franela roja con volantes, el chal que le cubría la cabeza, y la cara encendida, coronada por un cairel de pelo entre horquillas. Hablaba sola, con extraños murmullos guturales. Pero pronto, por exceso de sueño o pocas ganas de seguir indagando, se volvió a retirar; y Adam y yo quedamos libres para ponernos a seguro subiendo la escalera ancha y oscura.

Y, finalmente, cuando empecé a desvestirme, me encontré con que el relojito de mi abuelo había desaparecido. Rebusqué febrilmente en toda mi ropa. Luego me senté y pasé revista a todo lo que había pasado aquella noche, y por fin di con el ladrón. No cabía la menor duda: era un hombrecillo de cabeza pequeña, que casi con lágrimas en los ojos me había rogado que le diera uno de mis botones para llevárselo

a su hijita impedida. Se había acercado mucho; yo estaba pensando en otras cosas. Confieso que esa pérdida me trastornó; en mi espejo apareció una cara descompuesta. Corrí a meterme en la cama, y procuré buscar alivio de aquellas amarguras lo antes posible.

A la mañana siguiente el aplomo de Adam, después de experiencias tan deprimentes, estaba todavía más mermado. Nos reunimos bajo los pinos soleados y susurrantes. Le halagué, le discutí, le imploré en vano. Por fin, ya casi sin saber qué hacer, le advertí solemnemente que si faltábamos esa noche era seguro que el farandulero nos llevara a los tribunales. «Vaya pareja que vamos a hacer, Adam, tú y yo en el banquillo: la gorra negra^[62], las pelucas, los alguaciles y toda la pesca. Y no habremos sacado ni un penique».

Ante eso él bizqueó con auténtico sobresalto; la nuez le subió y le bajó; y, aunque quizá yo me excediera en lo sombrío del cuadro, así se zanjó la cuestión. Espero que a Adam le enseñara a no volver a juntarse con aventureras. A *esta* aventurera ciertamente le enseñó que la mente puede «igualarse a aquello en lo que trabaja, como la mano del tintorero»^[63]. Cuando aquel hombre necio y débil desaparecía entre los árboles, eché tras él una mirada de odio.

El farandulero me había avisado de que el circo se trasladaba aquel día a otra ciudad de mercado, Whippington: a unas seis millas de su emplazamiento actual, que, sin embargo, eran sólo cuatro más desde Croomham. Eso quería decir que nos esperaba una larga y pesada caminata, según descubrí consultando un mapa inmenso de Kent. Pero mi corazón dio un suspiro de gozo al descubrir que en línea recta estaríamos cinco millas más cerca de Beechwood. Si esta iglesita del mapa era San Pedro, y este leve sombreado era el contorno boscoso del Hill, pues entonces aquel cuadradito era Wanderslore. Me despatarré sobre la figura desplegada del condado más contenta que unas pascuas. Mi «última aparición» estaba a la vista; la libertad, a la vuelta de unas cuantas horas vacías.

Es verdad que le había dado promesa al farandulero de meditar su ofrecimiento de contratarme como miembro permanente de su compañía de payasos, acróbatas, fieras y monstruosidades. Él, a su vez, se había comprometido a pagarme hasta el último céntimo, «y un poco más», al final de la última función. Pero yo me había limitado a reír y asentir con la cabeza. No es que en ningún sentido real estuviera avergonzada de lo que había hecho. *Avergonzada* no.

Pero no puede uno tragarse el orgullo y la delicadeza sin sentir alguna molestia. Yo era consciente de un endurecimiento de la piel, de una rigidez sobre la boca, y de una tendencia a mirar al mundo con un cierto descaro inmodesto. Eso me parecía, al menos. La realidad pudo ser, sencillamente, que la Vida estuviera raspando la «crema». Una experiencia de lo más saludable.

Por el lado práctico todo iba bien. Dándole a Adam dos libras, que le había prometido elevar a tres si se las ganaba, me quedarían trece o doce y pico, aparte de la embarazosa «recompensa». Ansiaba cobrar. Con esa suma —dos billetes de cinco

libras y, dijéramos, cuatro soberanos— cosida, si fuera posible, a las enaguas, sería otra vez dueña y señora de mí misma; y por el momento no pedía más. El futuro ya se vería. A una cosa estaba absolutamente resuelta: a no volver jamás de los jamases a Monk's House ni al Número 2, a aquel viejo y escuálido lujo, fingimiento y humillación.

No; los días Monnerie se habían terminado; aunque hubiera hecho falta una libra entera de su miel servil para fabricar aquella onza de cera rebelde.

De qué manera tan extraña se entretajan las casualidades. Aquella misma mañana me había llegado, con retraso y reexpedida a la nueva dirección, una carta que cayó como un rayo de luz sobre mis esperanzas y mis planes. Era de la señora Bowater:

«Querida señorita M.: Le envío estas líneas para decirle que sigo estando en el mundo de los vivos. He enterrado a mi pobre marido, pero tengo esperanzas de llevarle a casa algún día. Al fin y al cabo Inglaterra es Inglaterra, y no es que me guste mucho el extranjero. La ciudad es hermosa y no parece del todo extranjera por los edificios, pero es húmeda y plana, y las calles son como un tablero de ajedrez. Y pensar en el ganado me preocupa. Además está todo del revés, se acerca la Primavera y estamos casi en septiembre. Han sido malos momentos, aunque también hay que decir que tuvo un final apacible, con una sonrisa en la cara que casi no parecía posible.

»En la próxima quincena estaré otra vez a bordo del vapor, que me da escalofríos sólo de pensarlo, pero con la ayuda de Dios lo soportaré. Aquí me he pasado muchos días sola, y la extrañeza de todo y las caras extranjeras traen recuerdos que mejor están olvidados. Pero pienso a menudo en las excelentes cosas que estará usted haciendo en ese excelente lugar. No es que yo piense que las riquezas lo compran todo en este mundo, lo cual no deja de ser una bendición, ni que no me preocupe a veces por si sufre usted algún daño, siendo como es de delicada. Abríguese bien, señorita, tenga cuidado con lo que come y acuéstese pronto. Así las cosas, tengo todavía la esperanza de que cuando yo esté otra vez en casa, si llego, a lo mejor le apetece volver a Beechwood Hill y quizá quedarse.

»Le diré que durante bastante tiempo estuve sospechando que ese muchacho don Anónimo tuviera tisis de los pulmones. Pero parece ser que no, que lo único que tiene es tos del estómago, de tomar comistrajos y estar a la intemperie en todo tiempo. No digo más. Voy a estar más desahogada en lo que se refiere al dinero, pero eso a usted y a mí no nos inquieta. Fanny no escribe mucho, ni yo me lo esperaba tampoco. Ya tiene edad de recoger lo sembrado, aunque, aun contando con la diferencia de sangre, como dicen, una madre sigue siendo madre hasta el final. Ya tengo que terminar. Dios la bendiga, señorita, dondequiera que esté usted.

»Suya afectuosa,

»E. Bowater».

Sin duda esta carta era un buen augurio. Me alegró; pero también era intranquilizadora. Esa tarde la pasé en el jardín, deambulando indecisa bajo el cielo azul, y consumiéndome ante el muro impenetrable de tiempo que me separaba de la hora anhelada de la libertad. En una piedra soleada, cerca de un boscoso plantel de espárragos, me senté por fin, cansada y un poco abatida. Estaba enfadada conmigo misma por el fracaso de la noche anterior, y por una especie de debilidad que se había apoderado de mí. Sin embargo, qué diferente era la criatura que allí estaba de la de hacía tan sólo una semana. De la tierra oscurecida salían los tallos, tiesos y verdes por la lluvia. Un caracol alzó los cuernos debajo de mi piedra. Una mariposa azul se posó

en mi rodilla, moviendo despacio sus alas color turquesa, decoradas con una delicada y estrecha banda negra por un lado, y por debajo manchas negras y anaranjadas como un chal de Cachemira. Bajo las antenas con bolitas de plata, su cara peluda y perpleja y sus ojos brillantes me miraban, compartiendo mi calor. Yo la contemplé ociosamente. Durante cuánto tiempo habíamos sido extrañas. Y seguramente cuanto más de cerca se mirase cualquier cosa que no fuera obra del hombre... Mis pensamientos divagaron. Otra vez me puse a soñar despierta.

Y pareció como si la vida fuera una cosa sin plan ni propósito; que yo estaba hundida, como en una ciénaga, en la ignorancia del porqué, del dónde y del quién era realmente. Los días se derretían uno tras otro, para perderse o ser recordados, de la Primavera al Verano, y de ahí al Invierno y la muerte. ¿Qué significaba todo, aquel enorme océano de tiempo y espacio en el que estaba perdida? Nunca otra cosa que una extraña. Eso no podía ser verdad de los hombres y mujeres que verdaderamente mantienen el mundo «en marcha». Lo único que yo podía pedir era estar así sentada un rato, sin molestias y en paz con mi propio corazón. Paz; ¿conocía yo siquiera el significado de esa palabra? Qué batiburrillo ruin había hecho yo con todo. Y qué habituales se estaban haciendo estos pequeños accesos pasajeros de lamentación y remordimiento. La única cosa que me confortaba —aparte de mi mariposa azul— era un eco en la cabeza de aquellas manos aplaudiendo, aquellos hurras y silbidos, y las caras blancas fijas en el resplandor. Y unos meses atrás eso habría parecido una degradación increíble.

Me vino a la memoria aquella última tarde de Wanderslore. ¿Qué pensaría él de mí ahora? Había hecho algo peor que olvidarle, había aprendido en un único instante que por siempre jamás, por mucho que yo le estimara y le apreciara y me deleitara con su compañía, no podría estar «enamorada» de él. Escondí la cara entre las manos. Sin embargo, un curioso y sereno deseo de su compañía brotó en mí. Qué testaruda y rebuscada había sido. El amor no era más que fraude. Debía confesar, explicar, pedir perdón, descargarme. Aquellas sienes hundidas, aquella mandíbula saliente, su manera de inclinarse sobre las manos y toser. Mi tía abuela Kitilda había muerto joven de tisis. En mi mente se levantó un miedo súbito, como un esqueleto que saliera del cielo. No había tiempo que perder. A la noche del día siguiente, con Adam o sin Adam, me pondría en camino para encontrarle: todo se arreglaría.

Como respondiendo a mi pensamiento, una sombra se tendió sobre las piedras que había a mi lado. Alcé la vista, y me quedé de una pieza al ver a Fanny.

CAPÍTULO XLVIII

Miraba en otra dirección; llevaba una sombrilla de rayas ladeada sobre el hombro; y, con la hermosa cabeza en ángulo ligeramente desafiante, como diciendo: «¡Mira, Extrañeza, he venido!», pisaba con fuerza la hierba. Hasta mi nariz llegó un hálito de algún delicado perfume de interior. Me agarré a mi piedra sin dejar de mirarla.

Únicamente porque parecía ruin espiar su soledad la llamé. Pero su respingo de sorpresa fue mero fingimiento. La seda de la sombrilla circundaba sus hombros como un nimbo inmenso. Sus ojos se detuvieron en mí como recogiendo los cabos de un recuerdo desagradable.

—Ah, Menudencia —dijo suavemente—, ¿eres tú, en tu piedrecita? ¿Estás mejor?

La voz misma parecía consciente de sus cadencias.

—Qué jardín tan delicioso. ¡Qué contraste!

Contraste. Yo miré en derredor, con una aprensión fría y creciente en el corazón. ¿Por qué era Fanny la única persona capaz de encogerme en mi cuerpo de aquella manera? Y a la memoria me vino la vasta sala rutilante, la mesa sembrada de flores, y, en medio de aquel horrible vértigo, una cara desfigurada por la repugnancia y la ira, una mano disparada para rechazarme. Pero aun así entré en su trampa.

—¿Contraste con qué, Fanny?

—¡No, *no*, vamos, querida! No te andes con tantos disimulos, *por favor*. No se te puede haber olvidado cómo fue la última vez que nos vimos.

—No pasó nada, Fanny. Únicamente que la mosquita se emborrachó. Tendrías que ver como se ponen las avispas con unas nectarinas que hay ahí.

—¿Únicamente? —repitió ella con ligereza, levantando las cejas—. No sé si todo el mundo lo expresaría así. Es que tú no te viste. Ahora te llaman la Pequeña Casandra. ¡Horror, horror!, ya sabes. La señora Monnerie me preguntó si creía yo que estabas, en fin..., «bien de la cabeza», como se suele decir.

—No me importa lo que digan.

—Si yo no fuera una buena amiga —replicó torciendo el labio— podría llegar a importarte. Te he traído el dinero que tuviste la bondad de prestarme; te lo daré cuando haya deshecho las maletas: mañana por la noche.

Mi cuerpo se hundió en una inmovilidad que bien podría haber delatado la confusión de su mente a un observador atento. ¿Había hecho Fanny una pausa satírica, intencionada, en aquellas últimas palabras?

—No quiero ese dinero, Fanny; ¿no eres lo suficientemente generosa para aceptar un regalo?

—Bueno —dijo ella—, a veces se necesita mucha generosidad. Qué duda cabe de que un regalo es según el espíritu con que se haga. ¿Ese último mensajito..., lo llamaríamos un regalo aceptable? —Su tono perdió la sedosidad—. Escucha,

Menudencia —prosiguió ásperamente—, tú y yo vamos a aclarar las cosas. Pero tengo sed. Odio este sol achicharrante. ¿Dónde están las nectarinas?

Muy en contra de mi voluntad, le volví la espalda y la llevé al sitio de las colmenas.

—Una para ti —dijo agachándose, balanceando la lustrosa punta del zapato en la tierra parda—, y las demás para mí. ¡Cógela! —Y me arrojó a las manos una fruta carnosa, picada por las avispas—. Bueno. Aquí hace más sombra. No hay oídos indiscretos. Solas tú y yo, y Dios. ¿*Quiere* usted tomar asiento?

No había elección. Me senté, y ella también enfrente de mí, en un asiento bajo de madera a la sombra, con la sombrilla cerrada a su lado y detrás el muro tapizado de hojas. Mordió delicadamente la jugosa nectarina que sujetaba con dos dedos, y me miró con una peculiar sonrisa fija, como de admiración, en su cara pálida.

—Dime, Chiquitina hermosa —empezó otra vez—, ¿cómo se llama esa cosa con pinchos en rojo, azul y violeta que tienes detrás de ti? Colorea los bordes de tus delicadas mejillas de porcelana. ¡Te sienta muy bien!

Era viborera, una especie de buglosa: un escape, le dije; y corrí la cabeza, porque su escrutinio me hacía sentirme incómoda.

—Ah, sí, *viborera*. Yo prefiero la buglosa vulgar. Aunque sin duda ésa también podrá escaparse. ¡Pero basta, basta! Niña mala —y se levantó a arrancar otra nectarina—, te has estado pintando las cejas. Jamás lo hubiera creído de ti. ¿Qué diría mamá?

—Oye, Fanny —dije, pronunciando las palabras como podía con una lengua que parecía pegárseme al paladar—; estoy cansada del jardín. ¿Qué es lo que quieres decirme? No me interesan especialmente tus..., tus bromas.

—¡Y yo que empezaba a pasármelo bien! ¡Qué ganas de fastidiar! ¿*Decir*? Pues muchas cosas, hija mía. Pensé escribirte. Pero es mejor hablar..., más seguro. Lo primero es lo siguiente. Mientras tú estabas aquí haciéndote la enferma, yo he tenido que hacer frente a toda la orquesta de los Monnerie^[64]. Que no está muy afinada; y tú sabes por qué. Por esa Susan enferma de amores y su apuesto muchacho. Pero como pareces haber vuelto a tu ser —de hecho estar en él más que nunca—, escucha.

Yo, a través del sol, miraba casi hipnotizada su rostro en sombra.

—Lo que te voy a proponer —continuó con suavidad— se refiere exclusivamente a ti y a mí. Si tú y yo hemos de seguir viviendo en la misma casa (y no lo quiera Dios), quiero advertirte que no volveremos a tener más trato que el que sea absolutamente inevitable. Yo no soy tan indulgente como debería ser, Menudencia, y los insultos se enquistan. Y la traición se enquista todavía más.

La voz baja tembló.

—Sí, sí, puedes poner en blanco tus inocentes ojos, y cara de ser tan inofensiva como un ídolo chino, pero respóndeme a esto: ¿Yo soy hipócrita? ¿Lo soy? Y mientras lo piensas, ¿no sería mejor que te quitaras esa absurda calabacita de la rodilla? Te está manchando ese vestido encantador.

—Yo no he dicho nunca que fueras hipócrita —balbucí.

—¿No? —La luz centelleó en el blanco de sus ojos, que vagaban de acá para allá—. Pues yo sí digo que *tú* lo eres. Modosa por delante y falsa por detrás. ¿Quién fue la que primero me engatusó para contemplar las estrellas a altas horas de la noche y luego hizo el acusica? ¿Quién fue insinuándose con sus melindres fingidos —¡puf!, ¡ingenuidad!— y puso en contra de mí a mi propia madre? ¿Quién le dijo a una persona —*tú* sabes a quién— que yo no era de fiar, y que lo mejor era renegar de mí? ¿Quién le metió todos *esos* viejos horrores en la cabeza a la pánfila de Susanita Monnerie? ¿Quién avisó a esa muestra miserable de deformidad de que yo podía ir... a pedir dinero prestado? ¿Quién pensó delatarme enviando por correo un sobre lleno de briznas de papel? ¿Quién hizo de mí un mamarracho, un hazmerreír, y encizañó...? Es una larga lista, señorita M. Cuando pienso en todo lo que he aguantado..., en fin, sinceramente, cuando veo salir una avispa de la mermelada, me acuerdo de que tiene aguijón.

Aquellos ojos claros y llameantes me tenían presa.

—Querrás decir, Fanny, que te gustaría matarla —murmuré, alzando la vista a su cara desencajada—. Me parece que ni siquiera eso me importaría demasiado. Pero da igual. Harían falta horas para responder a tus preguntas. Tú puedes formularlas como te parezca. Pueden sonar a verdad. Pero en el fondo tú sabes que son mentira. ¿Para qué te vas a molestar en hacerme daño? Tú sabes..., tú sabes de qué manera tan idiota te he amado.

—*Amado, mentira, matar* —repitió Fanny desdeñosamente, con una sonrisa sarcástica que transformaba su belleza en mera mueca vulgar—. ¿Acabarán algún día las trapacerías de la tontita? ¿De veras crees que el ser amada es una experiencia nueva para mí; que no me embadurna dondequiera que voy; que me importa un comino el que me amen o no; que no soy capaz de salir adelante sin eso? ¿Es eso lo que piensas? Pues mira, otro secreto más. Abre los oídos. Me voy a casar con Percy Maudlen. Sí, con *ese* tipo esmirriado. Recordarás quizá mi pequeña profecía de aquel día que le llevó unos caramelitos a la muñequita de su tía Alice. Pues la gracia de Dios es demasiado cachazuda, y ya que tú y yo somos, supongo, del mismo sexo, te diré que a mí él me importa lo que esto... —y arrojó el hueso de la nectarina a la colmena—. Y te desafío, te desafío a que digas una palabra. Me alegro de haber nacido como soy. Todos tus pequeños triunfos, desde el primero hasta el último, ¿qué son? Accidentes e insultos. ¿No es cierto que la mitad del mundo se dedica a dar de puntapiés en la cara a los que están en los peldaños de más abajo? Yo he tenido que luchar para hacerme sitio. Y te digo esto: les voy a dar una lección a esas señoras empingorotadas que huelen a dinero. Voy a trepar hasta donde me pueda reír *de ellas*. Y la señora Monnerie me va a ayudar. A ésa le traen sin cuidado Dios y los hombres; pero le gusta la inteligencia, y le encantan los luchadores. ¿Soy franca? ¿Qué te parece?

—Yo detesto a Percy Maudlen —repose débilmente—. En cuanto a lo de reírse,

sólo sirve para levantar otro muro. Fanny, escúchate a ti misma, a lo que tú eres. Te juro que no soy la falsa que tú crees. Yo te ayudaría, si pudiera, hasta mi último aliento. Es cierto que lo haría. Sí, y en seguida *podré*.

—Muchas gracias; y yo antes me asfixiaría que aceptar tu ayuda... ahora. ¡Conque escucharme a mí misma! Lo típico del hipócrita piadoso. En fin, de declaraciones de amor sabes bastante para tu..., para tu edad. Ahora vas a oír una de otra clase. Te aseguro, Menudencia, que te odio: ya no soporto verte ni oírte ni pensar en ti. ¿Por qué? Por tu incalificable mascarada. Te haces la pigmea; y pigmea eres: te llevan de aquí para allá, te miman, te sonríen, te ceban con lenguas de rruiseñor; las últimas, por cierto, que vas a probar. Pero ¿de dónde has salido? ¿Qué eres tú en tu pasado..., en tu interior? Te lo pregunto: una cosa que está más en todas partes, más subrepticia, más detestable que una conciencia. Mírame, así como estamos aquí sentadas. Yo soy la monstruosidad. Tú lo ves, lo piensas, te da asco hasta tocarme. Desde el principio hasta el final me has despreciado en secreto... ¡a mí! No te estoy acusando. Tú no eres quien te hizo. La mayoría de las veces no sabes lo que dices. No eres más que una autómatas. Pero estas últimas noches he estado despierta y lo he pensado todo. He visto como si mi vida no fuera más que una pesadilla repugnante y sin objeto; y principalmente por obra tuya. Yo he trabajado, he pensado, he maquinado y me he abierto camino. ¡Aquella casa, las broncas, los sermones! ¿Me he hecho yo lo que soy, he *pedido* nacer? No, todo es un complot diabólico. Y te digo que mientras las cosas sean lo que son, y esta vida sea la vida, y este mundo *mi* mundo, me niego a ser vigilada, ridiculizada, provocada y calumniada.

Su rostro se acercó, fascinante, helándome como una nube fría con su mirada luminosa, acosada, malévolas. Extendió una mano y me estrujó un hombro.

—Escucha, te estoy diciendo. ¡Sal de ese trance! Me das asco, lagartija. ¡Me persigues!

Mis ojos se cerraron. Temblaba, vacía, escuchando, como perdida en la niebla en un lugar desesperadamente desconocido; con sólo un mar lejano rompiendo y golpeando en sus piedras muy abajo. Después volví a sentir el zumbido constante y resuelto de las abejas; sentí la respiración de lo real sobre mi pelo, mis mejillas. Mis ojos se abrieron a un jardín desprovisto de color y de realidad, y la buscaron. Me había dejado, estaba unos pasos más allá, mirando atrás, como aturdida, con los labios pálidos y un cerco oscuro alrededor de los ojos.

—Quizá no hayas oído bien todo eso, Menudencia. Me has empujado. Me haces decir cosas hasta que me pongo enferma. Pero algún día, cuando estés tan desesperada como yo lo he estado, te acordarás. Entonces sabrás lo que es ser humano. Pero ahora ya no puede haber malentendidos, ¿verdad que no?

Yo meneé la cabeza.

—No, Fanny. Sabré que me odias.

—¿Y soy libre?

¿Qué querría decir? Asentí. Ella se volvió y abrió la sombrilla.

—¡Vaya conversación! Pero es mejor haber pasado por ello./

—Sí, Fanny —dije obedientemente—. Es mucho mejor haber pasado por ello.

Ella me lanzó una mirada extraña de reojo.

—Lo curioso es —prosiguió— que lo que yo te quería decir era otra cosa muy distinta. Quería hacerte una advertencia amistosa, únicamente por tu bien... Tienes una rival, Menudencia.

Las palabras se perdieron en el silencio. Las palomas zureaban en lo alto de la casa. El cielo estaba vacío sobre las lomas lejanas. Yo no me moví, y doy gracias por haber tenido la cobardía de no hacer preguntas.

—Se llama Angélique. Vive en un Castillo de España —suspiró la voz serena y sedosa, con aquella aspereza de vez en cuando que yo conocía tan bien—. Ah, estoy de acuerdo en que una amazona de circo no pasa de ser un híbrido, un paria, probablemente algo peor. Pero ésta tiene sus pequeños méritos. En plan de Liliputiense, te aventaja por lo menos en cuatro pulgadas, y monta a caballo, canta, baila, dice el porvenir. Es toda una Mujercita de Mundo. Lo único verdaderamente molesto del asunto es que te hace desechable, hija mía. ¡Son tan seductoras esas cosas pintadas y llenas de volantes! ¡No hay vergüenza! ¡Y, qué fatalidad, justo en el momento en que la excelente señora Monnerie se había empeñado en encontrarle a su Abeja Reina un hermoso zanganito para marido!

Era su última befa. Había terminado. Ya había oído lo peor. La flecha que estaba esperando había volado derecha a la diana. La tenía allí clavada en el costado. Y sin embargo, al mirarla en silencio, supe que había una palabra entre las dos que ninguna era capaz de pronunciar. El aire vacío se había tragado el sonido de nuestras voces. Su enorme espejo permanecía en calma, indiferente. Era como si todo lo que habíamos dicho, o sufrido a fin de cuentas, no importara nada, porque no estábamos solas. Por primera vez en la intimidad de mi amor y odio, Fanny pareció una chica cualquiera, rencorosa, sin nada dentro. Su calidad se había esfumado. Compuso la boca, echó una mirada intranquila a sus espaldas y se alejó.

Nunca más volvimos a estar solas, salvo en el recuerdo.

Yo permanecí sentada en el jardín hasta que se fue el último rayito de sol. Entonces, temiendo que mi enemiga estuviera asomada a las ventanas de la casa, me escabullí en el crepúsculo de un arbusto a otro, y de esa forma acabé entrando en la casa y subí la oscura y pulimentada escalera. Al pasar furtivamente junto a la puerta entreabierta de uno de los dormitorios miré por la rendija. Era una habitación larga, dilatada, de techo bajo, y al fondo de ella, en la quietud cristalina, estaba Fanny, con los brazos apoyados en la repisa de la chimenea, salientes los hombros bajo el vestido de muselina y el rostro oculto entre las manos.

¿Por qué no me atreví a hablarle? Nunca había visto una figura tal de desolación y abandono. ¿Podían las cosas llegar hasta el extremo de decir que no a eso? Vacilé; me aparté: habría pensado que iba sólo a implorar clemencia.

Durante horas cavilé sordamente. En qué trampa me veía. Una vez, revolviendo

en la biblioteca Monnerie, había dado con unas novelas con tapas de cartón amarillo que estaban metidas en un armario, y había picoteado en un par de ellas. Ahora me daba cuenta de que también mi vida no era más que una historia «sensacionalista». Así que las personas padecían realmente y soportaban las cosas horribles que se decían en los libros baratos y vulgares.

Una por una afronté mentalmente las acusaciones de Fanny. Ninguna era cierta, pero ninguna era enteramente falsa. Y ninguna tenía la menor importancia frente al hecho de que Fanny execrara aquello de mi propio ser de lo que yo no podía ser consciente. ¿Y qué pensaría hacer? ¿Qué significaban todas aquellas insinuaciones y amenazas encubiertas? Un «marido»: ¿por qué tenía aquello una capacidad tan temible de herirme? Oí que otra vez me castañeteaban los dientes. No había defensa ni refugio en ninguna parte. Si no conseguía estar tranquila me volvería loca. Alcé la vista desde mi taburete. Estaba oscuro. Era una escena hecha para mí. Vi a la miserable pequeña ocupante de las tablas dando vueltas de acá para allá, como las bestias acobardadas y tiñosas de mi farandulero.

La idea del día que todavía tenía por delante, que tenía que pasar como fuera, seguir viva, me paralizó de terror. Podemos cerrar los ojos, la boca y el corazón; ¿por qué no podemos dejar de pensar? El espantoso orden pasivo de la vida: su carácter mecánico. Lo único que yo veía era la esfera blanca y vacía de su reloj: ni las ruedecillas ni al Relojero. Ni prisas ni intervención, ni alcance más allá de las puntas de los dedos. Así iba pasando el mundo; declinaba la vida; humeaba el estercolero. Allí la señora Monnerie; subiendo al *brougham*, con el bastón de ébano en la mano y Marvell a su lado; la señora Bowater pudriéndose en un barco, caída la cabeza entre chorreras almidonadas; *sir* Walter mudo; el farandulero maldiciendo a sus desdichados hombres; los anuncios puestos, el futuro implacable bostezando sin hacer ruido, el pasado inexpresable. Cada cosa en su órbita. ¿No había ayuda, no había refugio?

Se abrió la puerta, y la campesina menudita que me atendía en ausencia de Fleming me trajo la cena. Me hizo una reverencia asustada y se retiró. Así que también a ella la habían encizañado contra mí. Me tiré al suelo, apretándome las manos contra los oídos. Pero a través de toda aquella ofuscación desvalida hubo una resolución en la que no flaqueé ni un momento. Cumpliría la palabra dada al farandulero, y esa noche que ahora estaba presente en mi habitación sería la última que pasase viva en Monk's House. Que Fanny hiciera lo que quisiera. Pensando en ella, en mi amor desgraciado y en su crueldad, no conseguiría nada. Pero no por eso pensaba en ella menos. Su propia presencia en la casa se palpaba en el aire, en el silencio, como la de una aparición.

Desperté aún tendida en el suelo, y vi que las constelaciones de septiembre plateaban débilmente el cristal azul pálido de la Aurora Boreal; la tierra suspiraba como buscando amparo de la luna naciente. Mis temores y mis angustias se habían aquietado por debajo de mis sueños, y me preparé para la huida del día siguiente.

CAPÍTULO XLIX

Cuando Fanny y yo volvimos a vernos fue en el veraniego y fresco salón verdigris de Monk's House, tomando el té con la señora Monnerie y Susan. Una mirada disimulada al rostro de la señora Monnerie había bastado para tranquilizarme. Aquella extraña máscara seguía mostrándose tan vigilante y reservada como cuando por vez primera me sonriera entre los malvas y los dorados de Brunswick House, pero igual de serena. Había vuelto a ordenar su mundo y estaba en paz con la humanidad. Con el mismo aire satisfecho de siempre me tendió el dedo meñique. Ni siquiera se había tomado la molestia de perdonarme la «escenita»; la había dejado morir de su propia insignificancia. ¡Ay, pensé, si yo pudiera tener aquella talla! Pero hasta muchos días después no supe que había recibido de Francia noticias sobre mí. *Buenas* noticias, que *sir W.*, confiando en mi paciencia y en mi sentido común, me había ocultado hasta que hubiera ocasión de dárme las en persona y celebrarlas juntos.

Sólo hubo un tema de conversación aquella tarde: el de aquel «asombroso Prodigio de la Naturaleza» que era la Princesa española; el pesar de la señora Monnerie por no haber sido ella la descubridora de una estrella de magnitud tan inefablemente diminuta.

Pero sus bromas y sus ironías fueron tan ligeras y tan joviales, insinuó con tanta gracia sus pequeñas agudezas e indirectas, que aunque la señorita M. hubiera tenido motivos reales de envidia y malestar no se habría ofendido. Ni mucho menos.

Yo miraba por los ventanales abiertos a las aguzanieves que revoloteaban sobre el césped; me encogía de hombros; le hacía pucheritos con todas las señales de la vanidad herida. ¿Realmente creía ella, pregunté muy seria, que aquella criatura desvergonzada sería tan hermosa como la describían los anuncios del farandulero? ¿No sería todo un engaño, una estafa? ¿Acaso no exageraban siempre para sacar dinero? Cuanto más disfrutaba ella con mi malestar, asintiendo con la cabeza, balanceándose en la silla, más disfrutaba yo de mi duplicidad. El verdadero peligro estaba en que me pasara de lista, exagerase el papel y despertara sus sospechas.

«Ah, qué poco sabe usted, qué poco sabe usted», murmuré para mí, agudamente consciente de la presencia quieta y amenazadora de Fanny. Pero ella me dejaba marchar; bastaba con eso. A enemigo que huye, puente de plata. No había nada que temer de ella..., todavía. Estaba embebida en nosotras, con los ojos levemente posados en mí por encima de su taza de Chelsea. Bueno, nunca me podría echar en cara el no haber hecho honor a la idea que se había forjado de mí.

—En fin, en fin —concluyó la señora Monnerie—; el caso, hija mía, es que no eres tanta rareza como creíamos. ¿Y quién lo es? No hay nada único en este viejo mundo; aunque el carácter, aunque sea mal carácter, siempre se hace notar. Que se lo pregunten al señor Pellew.

—Pero no me diga, señora Monnerie —dije—, que se puede llamar carácter al hecho de venderse a dos peniques la mirada.

—Meros remilgos, Pulgarcita —replicó—. Piénsalo. Si tú hubieras sido capaz de guardarte esos escrupulitos tuyos, ahora sería *tu* fama la que llenase los periódicos. ¡Y qué fortuna! Eres demasiado delicada. ¿Acaso no nos exhibimos todos? ¿Y no es verdad que nueve de cada diez pretendemos exhibirnos más de lo que merecemos? Si la primera desobediencia del hombre y todo lo demás no quieren decir eso, entonces yo te pregunto, *mademoiselle Bas Bleu*, ¿por qué se enfadó tanto el viejo Puritano? Ayúdame, Susan, si tropiezo.

—Ojalá pudiera, tía Alice —dijo Susan dulcemente, partiendo el pastel—. Eso díselo a la señorita Bowater.

—*Por favor*, señorita Monnerie —gangueó Fanny.

—Como sea —dijo tajantemente la señora Monnerie—, lo que les suplico, niñas, es que no discutan. Está nuestra amada Soberana en su trono; y está la última víctima inocente en su cuna; y está el viejo sol iluminando humorísticamente el escenario desvencijado. El ciego pordiosero y su perro Toby, artistas, escritores, sacerdotes, estadistas, cada cual con el corazón y todo lo demás al descubierto, o todo lo demás *menos* el corazón, y todos exhibiéndose, del primero al último, a *tanto* la mirada. No, hija mía, no hay más que una vida privada, que es la vida futura; y hay quien dice que será la más pública de todas. Así va girando el Tiovivo.

Su voz volvió a encerrarse en sí misma, por así decirlo, y sus labios se replegaron. Miró a su alrededor como ligeramente sorprendida; y, al volver a su expresión habitual, me pareció como si su semblante se detuviera un momento en un estado muy melancólico. Quizá había captado un brillo de coincidencia en mis ojos.

—Pero todo eso, señora Monnerie, ¿no es por elección? —Me incliné hacia adelante para preguntar—. ¿Y no hay personas que se destacan por la sencilla razón de ser real y verdaderamente, por así decirlo, superiores a los otros? No quiero decir mejores: superiores nada más.

—*Me parece*, señora Monnerie —murmuró Fanny—, que se refiere a los versos ésos de «*ad infinitum*»: eso de las pulgas. ¿O es lo del doctor Watts, Menudencia?^[65].

—No nos importa el doctor Watts —dijo rotundamente la señora Monnerie—. La cuestión de la que nos hemos alejado, querida mía, es la de que, aunque tú no nacieras grande, naciste exquisita; y ahora con esta monserga de la tal Angélique... —su cara se arrugó con su amable jocosidad de siempre—. ¿Eran tres pulgadas, señorita Bowater?

—Cuatro, señora Monnerie —articuló Fanny untuosamente.

—¡Cuatro! ¡Bah! De todos modos, eso dicen: ¡media cabeza o más, hija mía, más exquisita! Majaderías, por supuesto. Es materialmente imposible. ¡Cosas de la prensa radical! Y la absenta —¡absenta! ¿Sería una historia de Fanny?—. Pero, en fin, niña mía —añadió tranquilamente—, tú misma lo has de ver. Cenamos con los Padgwick-Steggals y luego nos vamos juntas. Decidido. Será la primera vez que vea un circo

ambulante desde que era niña. Es muy divertido, mientras no se escape el león, ni haya uno de esos horribles accidentes del trapecio que va uno con la esperanza de ver. Por cierto, señorita Bowater, ¿echó usted la carta?

—Sí, señora Monnerie, la he echado esta tarde; pero ya le dije que no estaba del todo segura de la dirección.

Se apresuró a pasarme un plato de pastitas de almendra, y la señora Monnerie apartó un rostro sonriente pero no del todo ingenuo.

—Qué experiencia tan curiosa será para ti el circo, Menudencia —estaba murmurando en voz baja Fanny, mirando por encima del hombro hacia la mesa del té—. Yo particularmente estoy convencida de que la Signorina Angélique y otras hierbas será simplemente uno de esos horribles fenómenos contrahechos que tienen todos los huesos fuera de su sitio. Señora Monnerie, ¿y no podría ser una impresión demasiado fuerte para la señorita M.? Todavía está un poco pálida y desmejorada.

—Yo digo que irá y lo verá con sus ojos —repuso con petulancia la señora Monnerie.

Hubo una pausa. La señora Monnerie miraba con aire ausente las hileras de flores de invernadero que decoraban el hueco de la ventana. Susan tenía un pequeño frunce entre las cejas; aquella amigable e inofensiva chacota a cuenta de la liliputiense nunca parecía divertirse lo más mínimo. Por lo menos, ni la centésima parte que a mí. Fanny animó a Plum a pedir otra pasta. Yo, tras una aspiración larga y profunda, con toda la piel hecha «carne de gallina», miré derechamente a mi buena amiga.

—Creo, señora Monnerie —dije—, si a usted no le importa..., creo que *no quiero* ir.

Como si Josué hubiera hablado, el mundo se detuvo. La señora Monnerie se volvió despacio.

—¿Otro dolor de cabeza?

—No, estoy perfectamente, gracias. Pero, aunque haya dicho otra cosa, no me parece bien que esa pobre criatura se exhiba por... dinero. Se está vendiendo. *Tiene* que ser que no le queda otra salida.

Fanny, con el índice y el pulgar extendidos sobre el perrillo pedigüño, no me quitaba ojo. Dando un respingo con todo el cuerpo me volví hacia ella.

—Ayer por la tarde en el jardín estaba usted de acuerdo conmigo, ¿verdad, Fanny?

Sus párpados descendieron plácidamente: «¡Fíate, Plum, fíate!».

—¡Pero cómo! ¡Usted, señorita Bowater, con esos miramientos tontos! —croó la señora Monnerie—. Fue sólo por llevarte la corriente, niña. Será una experiencia de mucho valor. Estarás perfectamente protegida. ¿Qué es eso, orgullo? ¿O celos? ¿Qué dirías si yo te prometiera intentar rescatar a la pobre criatura..., comprarla, retirarla? ¿No sería una bonita obra de caridad? Podría ser una compañía muy agradable para ti.

—¡Ah, señora Monnerie, déjeme *a mí* comprarla, por favor! ¡Déjeme ser la intermediaria! —exclamé, inclinándome anhelante hacia ella con las manos juntas

sobre el regazo, como una damisela apasionada de novela.

Ella respondió ominosamente, frunciendo las oscuras y gruesas cejas.

—¿Y me quieres decir cómo se va a hacer eso si te quedas aquí metida?

—Tía Alice, yo creo que es un plan excelente —dijo Susan—, y muchísimo más considerado. Podría dirigirse a ella por escrito. ¡Imagínate lo horrible que debe de ser esa gente! A lo mejor la tienen secuestrada a la pobre, y la obligan a hacer sus tonterías como a esos infelices caniches recortaditos. ¡De todos modos, no creo que esté allí —ni en ninguna parte, si vamos a eso— por *gusto*!

Hasta la comprensión de Susan tenía su aguijón.

—Gracias, Susan —fue la ácida respuesta de la señora Monnerie—. Con *tu* alma delicada siempre se puede contar. Pero los consejos, hija mía, valen mucho más cuando se han pedido.

—Por supuesto que no es cosa mía, señora Monnerie —intervino Fanny con dulzura—; pero ¿no sería quizá más conveniente que viera usted antes a esa pobrecita? A lo mejor no es... una persona del todo recomendable. Al menos eso parecen insinuar los periódicos. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que la señorita M. no pudiera enseñarle en seguida a comportarse.

La señora Monnerie balanceó levemente la cabeza al compás de un zapato.

—Sí. Quizá tenga usted razón, señorita Sagaz. Lo que se comenta no parece que la honre mucho. De todos modos, me gusta más mi idea. Es preciso que Pulgarcita *vaya y la vea*. En definitiva, ella sería el mejor juez.

Nunca se había parecido más la señora Monnerie a un autillo esponjado. Yo la miré fijamente y meneé la cabeza.

—No, no, nada de juez —farfullé—. Lo siento, señora Monnerie, pero *no* iré.

Ante eso su cólera fue patente. Sus cejas se quebraron, sus manos pellejudas temblaron. Se irguió en el asiento.

—¡«No irás»! —dijo—. Me irritas, niña. Y haz el favor de no contorsionarte de esa manera histérica. Estás fuera de ti, tiembles como un ratón. Se ve que llevas demasiado tiempo fantaseando sola. Vete a calmar esa cabeza tonta, y da gracias al cielo de que tienes más tiempo y menos necesidad de ese lujo que quien ya sabemos. Podrá ser una vida vil, pero exige valentía. *Eso* lo sostengo en su favor.

Bajó las manos sobre la falda de seda hasta las rodillas, y se volvió hacia Susan.

WANDERSLORE

CAPÍTULO L

Me habían despedido. Pero la ira de la señora Monnerie tenía una curiosa potencia. Por un instante me quedé casi sin ver, y el suelo se movía cuando me bajé de la silla. Tardé por lo menos un minuto, incluso con la ayuda de un taburete, en abrir la puerta.

Como a una niña mala, me habían puesto en el rincón y me habían mandado a la cama. Bueno. Ya no había marcha atrás. Con Fanny podía contar, porque lo único que quería era librarse de mí. En cuanto a la señora Monnerie, su gesto sofocado y adusto era garantía de que mi tregua sería respetada. Únicamente había que pensar en la impulsiva Susan. Y como en prueba de ello oí unos golpecitos, y la puerta se abrió suavemente, dando paso a su cabeza y sus hombros gentiles.

—Querida, lo *siento* muchísimo —me susurró desde allí—; no puedo hacer nada. No se lo tome muy en serio. A mí también me ha caído el chaparrón.

Yo, que estaba subida al taburete del lavabo, con la cara y las manos mojadas, me volví, la miré sin decir nada y meneé la cabeza aturdida. La puerta se cerró. ¡Querida Susan! Al pensar en ella me parece ver uno de esos diminutos «rotíferos constructores», edificando con la realidad una casa exquisita. Gracia, valentía, amorosa bondad. Aunque yo hubiera sido la más delicada Almendrita, aun así habría sido el más rudo monstruito por comparación.

Apenas me quedaban tres horas; tenía que irme inmediatamente. En buscar a Adam no había ni que pensar. Aunque le encontrara no me atrevía a emplearle. ¿Sería posible que yo cubriera las seis millas o más por terreno inexplorado en ciento ochenta minutos? En mis tiempos Bowater, quizá; pero desde entonces habían transcurrido meses de vida casera ociosa y cebada en el Número 2. Un último proyecto desesperado y deshonesto, que ya más de una vez había desechado, volvió a insinuarse: acercarme a la Oficina de Correos más próxima, gastarme una de las coronas en un telegrama y abandonarme a la generosidad de don Anónimo. No, no; no podía engañarme de esa manera.

Estaba dispuesta. Prendí en la alfombra un mensaje para Adam, por si acaso se atrevía a serme fiel: cuatro palabras garrapateadas, inequívocas: «El Pájaro ha volado». Con la cabeza gacha y los ojos fijos en un nudo estrellado de la madera que había en el umbral, estuve un ratito escuchando en la puerta. Fue como una pausa entre dos mundos. La casa estaba en silencio. Ninguna voz gritó: «Quédate». Saludé con una inclinación solemne a la habitación grata y silenciosa que dejaba, y, con una plegaria entre los dientes y un hatillo en la mano, me lancé al futuro.

Libre, inobservada, dejé atrás el pasillo alfombrado de azul, las anchas escaleras y el porche. Seguí la sinuosa avenida corriendo de árbol en árbol y de arbusto en arbusto; rodeé la portería atravesando un bosque granado de malas hierbas, me escurrí entre los barrotes y salí a la carretera. Con el mapa de Kent había hecho un esquema aproximado de la ruta que tenía que seguir. Dejando el sol a mi izquierda,

partí casi en dirección norte. Qué callado estaba el mundo. Aquel cielo de seda azul, con sus nubes plácidas y montañosas, era indiferente a las andanzas humanas.

Había escogido unos buenos zapatos de la época Bowater, y la marcha me levantó el ánimo. Aspiré el oloroso aire de septiembre a grandes bocanadas. Thomasina de Bedlam, «llamada a justar». «El fin del ancho mundo... ¡No es largo viaje!». La realidad es que era una miserable mujercita, poco más que una niña, lo que iba jadeando por el polvo y las piedras, corriendo a ponerse a cubierto en la cuneta y el seto cada vez que oía o veía algo vivo. Ahora la miro y me sonrío. Pobrecilla; hacía falta, desde luego, una pizca de «valentía».

Aparecieron algunas casas. De una puerta abierta llegó hasta mí ruido de cacharros, y la voz de una mujer que reñía a un niño. Dos verjas más allá, inmóvil como un poste, había asomado un hombre muy viejo, desde un jardín de dalias y vara de oro marchita. En un instante, pisando el polvo silencioso, me vi debajo de sus narices. Su pipa de barro se hizo pedazos en la piedra. Yo eché un vuelcillo de aguzanieves y salí de estampía. Aquel pequeño peligro había pasado, pero no eran los ancianos meditados los que me inquietaban. Mi miedo eran los Adam Waggett jovencitos.

Al pie de la bajada había un portillo, y un sendero que arrancaba hacia el noroeste pero aun así se curvaba en mi dirección. Dudé. Cualquier riesgo parecía mejor que la publicidad entre paredes de aquella carretera polvorienta. Me colé por debajo del portillo, remonté la subida y en seguida me vi trepando por un inmenso campo ondulado, en parte de rastrojo y en parte recién arado. Luego había un prado con vacas. Después una nueva bajada, una granja soñolienta con sus almiarés y sus terneras y sus pollos, a la izquierda, y al final de la cuesta un lodazal cochambroso en el que se revolcaba una cerda enorme, amamantando a sus chillones cochinitos. Me miró con ojos brillantes y amorosos. Atravesé un arroyo pisando de piedra en piedra, y me mojé una pierna hasta el muslo en sus aguas burbujeantes. Fue una bendición, porque iba sofocada de calor y jadeando como un fuelle.

Me senté a recobrar el aliento en un almiar, mirando a poniente. A la sombra de los avellanos que bordeaban el verde campo en declive había unos conejos comiendo y jugando. Y me puse a pensar. Suponiendo que llegase a tiempo al nuevo emplazamiento del circo, llegaría hecha una lástima. Luego, la señora Monnerie... y Fanny; sobre eso pasé como sobre ascuas. ¿Y después, qué? En cuanto que me pagara el farandulero tenía que *salir pitando*; sin dudarle. Le diría que Adam me estaba esperando. ¿Y después? Después, tras unas horas de descanso en algún cobertizo o debajo de un almiar, tenía que encontrar el camino como fuera y seguir hasta Wanderslore. Habría luna llena. Eso sería un alivio. Sabía moverme por la noche. Una vez que me viera allí a salvo, con el dinero en el bolsillo, podía pedirle a don Anónimo con la conciencia absolutamente tranquila que me buscara algún alojamiento, quizá no muy apartado del suyo. Una situación de risa. Pero seríamos muy buenos amigos; ahora que ya había pasado toda aquella... tontería. Un suspiro

profundo, como arrancado de lo hondo de mis entrañas, subió y bajó. Qué extraño era que no pudiera uno enamorarse a voluntad. ¿Y después? La señora Bowater estaría pronto en casa, y quizá *sir* Walter hubiera triunfado sobre los Harris. Supongamos que no. Aun en el peor de los casos, pongamos que a diez chelines por semana, a quince incluso, las trece libras me durarían meses y meses... Pongamos que *cuatro*.

Y según decía «cuatro», sonó un portón a pocas yardas y oí unas pisadas lentas. Afortunadamente para mí, el sendero que había seguido pasaba por el otro lado del almiar. Me escondí en la paja y miré. Un hombre alto y delgado, con gorra de visera y polainas de cuero, venía cauteloso. Su cara era larga, enjuta, severa. En sus ojos había una mirada fija, como si fuera un autómatas humano. Y de debajo de un brazo le salía el negro cañón de una escopeta. Me metí más adentro. Sus pisadas pasaron y se perdieron; sopló una brisa fresca del atardecer. Momentos después, una descarga ensordecedora resonó en todos los árboles, y yo sentí que me retumbaba en el esternón. Aquél no era lugar para mí. Di una ojeada asustada al bosque cerrado y eché a correr, y no paré hasta que el sendero que atravesaba la maleza se hizo tan accidentado que tuve que mirar dónde ponía los pies.

Una tristeza fría se había aposentado en mi ánimo. Maldije los zapatones y el hatillo; envidié al conejo muerto, que habría ejecutado su aérea danza y acabado. Lo más probable era que ya me hubiera perdido. Y seguía adelante por los senderos pedregosos, sólo deteniéndome para aplacar la sed con el jugo áspero de las moras que crecían diseminadas al borde del camino. ¡Me pregunto si el «caballero de fantasías furiosas» sería tan voluble!

Pero aún me aguardaba otro susto. El sendero descendió bruscamente, hubo un seto y otro portillo, y por el bancal me descolgué hasta el mismo camino que dejara hacía más de una hora. Conocía aquella casa blanca del alto; la había visto con Adam a la luz de la luna. Distaba no mucho más de una milla de las puertas de la finca. Mi atajo había sido un rodeo; y ahora el sol ya se estaba ocultando.

Retrocedí y examiné mi garabato de mapa. No había alternativa. De allí en adelante tenía que seguir la carretera. Mis zapatones levantaban el polvo, me había salido una ampolla en un talón, el hatillo me pesaba cada vez más. Pero el miedo me había abandonado. Era otro amo el que me fustigaba a seguir arrastrándome, con la terquedad y la indiferencia de un vagabundo.

Estaba agachada en la cuneta intentando una vez más aliviarme el pie cuando volví a oír ruido de cascos que se acercaban. Saqué la cabeza entre las matas polvorientas y miré a la carretera blanca y plana. Rodando por el polvo venía un carrito, aparentemente vacío. Según se aproximaba, mis oídos empezaron a cantar y mi corazón se paró. Yo conocía aquel carrito desvencijado, y aquel *pony* hirsuto de gruesas patas. De pronto estiré el cuello con horror, porque me pareció como si la cara que miraba hacia mí por encima del salpicadero fuese una calavera que me sonreía desde su lobreguez. Pero en seguida salté a la carretera con un grito de alegría, chillando: «¡Hola, hola!».

Era don Anónimo. Tiró de las riendas; el *pony* se encogió sobre la grupa; el carro se detuvo. Y mi desconocido y yo nos contemplamos incrédulos como a través de una eternidad, como si todo el resto del mundo fuera un sueño que no pidiera despertar.

Medio arrastrada y medio izada al carro, por las señas que pude hacer, porque hablar era imposible, le dije que diera la vuelta. Me desarmó ver la serenidad y el amor que irradiaba su cara. Sin decir palabra hizo girar al *pony* bajo las ramas de los olmos, y durante muchos minutos oscilamos juntos a un galope desacompañado, balanceándonos de lado a lado, para asombro de cuantos transeúntes nos cruzamos o adelantamos. Por fin él sacó el carro a una senda de hierba, al pie de un seto seco festoneado de madreselva y plumosa clemátide, y nos sonreímos como si en toda la historia jamás hubiera habido cosa más extraña.

—Está usted enferma —dijo—. ¿Qué le han hecho, criatura?

Yo lo negué enfáticamente, secándome las mejillas y la frente con el bajo de la falda, porque el pañuelo me lo había metido en el zapato.

—¡Míreme! —le dije sonriente, confiada y feliz. ¿Mentía la expresión de mi cara? Sí, ya sabía que debía de tener un aspecto terrible, pero—: Llevo horas y horas pateando el polvo; y además, ¿no venía usted por mí, para darme una *carrerita*?

Cuántas tonterías dice un corazón contento. Efectivamente, don Anónimo *iba* en mi busca, pero no exactamente en aquel lugar y hora. Se sacó del bolsillo la notita que le había convocado. Aquí está, todavía levemente perfumada:

«La señora Monnerie presenta sus respetos al amigo de la señorita M., y le ruega que tenga la bondad de acudir a Monk's House, Croomham, a las tres de la tarde del viernes. La señora Monnerie está preocupada por la salud de la señorita M.»

¡Ay, Fanny, Fanny! Hasta qué punto empleó en vano el nombre de la señora Monnerie en esta carta, nunca lo he querido saber. Y ahora me figuro que la señora de Percy Maudlen no se molestaría en decírmelo. Pero puedo asegurar que al metérmela en el corpiño lució en mi cara, a pesar de la mugre, la más radiante de las sonrisas. Así que a esto había venido a parar el tormento del «marido»: al encuentro de dos amigos. Si todas las maquinaciones malintencionadas acabaran así, qué paraíso sería el mundo. Todo el cansancio se me pasó, aunque quizá siguiera efervesciendo un poco en mi cabeza. Era como haber estado trepando y trepando, y de pronto la bruma se disipaba, y la nieve y las montañas se extendían a mi alrededor en paz y soledad eternas. Si con Susan Monnerie tuve mi primer beso a un desconocido, con don Anónimo tuve mis lágrimas más serenas.

Su carro absurdo parecía más mágico que todas las alfombras de Arabia. Vertí mi historia, aunque no hasta sus últimas heces. «Esta misma tarde», le dije, «le estaba escribiendo..., mentalmente. Y mire, aquí está usted». El greñudo *pony* daba tirones a la áspera hierba. Yo oía correr las arenas en el gran reloj, y seguía parlotando con la vana esperanza de detenerlas.

—No me escucha usted, no hace más que mirar —le reñí.

Movió los labios; apartó la mirada. Pero yo ya había previsto el conflicto que me esperaba. Y todos sus argumentos y sus súplicas para que abandonase al farandulero y me fuera con él directamente a Wanderslore fueron inútiles.

—Mire —dijo, como si eso fuera a ser la última gota que colma el vaso, y sacó mi llave de la casa Bowater, colgada de su cinta.

—No —dije yo—, ni por eso. Esta noche voy a dormir fuera de casa.

Tenía que entenderlo, le repetí una y otra vez. ¿Cómo iba a quedarme tranquila rompiendo una promesa? ¿Qué me importaba ya todo lo pasado? ¿Con el gusto que me iba a dar enfrentarme a la señora Monnerie por última vez, y sin que ella lo supiera! Y lo que ella se iba a divertir cuando se enterase. Él tenía que venir a verlo; oír los alaridos de la gente. No había que tomarse las cosas tan en serio.

—Intente ver el lado humorístico —le rogué.

Pero del dinero —aquel pequeño incentivo— no dije nada.

Él miraba tercamente al soto plateado que bordeaba la senda. Los árboles, con sus hojas brillantes y marchitas, tendían inmóviles sus ramas colgantes bajo el cielo oscurecido. Al fin, muy a regañadientes, dirigió al *pony* a la carretera. La rueda chirrió en una piedra, y él levantó el látigo.

—¡Chist! —susurré, agarrándole el brazo que sostenía la rienda. Agachados, vimos pasar el cochazo de la señora Monnerie, con sus veloces y fogosos tordos, provistos de anteojeras.

—Ahí —le dije riendo, enderezándome y poniéndole una mano en la rodilla—, ahí no va la señorita M. por la gracia de Dios.

La extraña criatura miró ceñuda a mi cara risueña y dio un golpecillo al *pony* con el látigo.

—Y aquí —murmuró malhumorado—, ¿quién sabe por la gracia de Dios adonde voy yo?

Ya sin zozobra, aligerada la responsabilidad, mi lengua se soltó tan ruidosa como el carro. Atravesamos los opulentos trigales de Kent, cuyos rastros tomaban un tinte aguado de oro pálido con las últimas luces del atardecer. De tanto en tanto, en los montes, un par de hileras de fajinas sin entrojar se recortaban solemnes contra el cielo. También la mayoría de los campos de lúpulo estaban desmantelados, aunque pasamos unos cuantos todavía festoneados de sarmientos, con sus sombrías perspectivas y enroscados laberintos. Su fragancia se extendía penetrante en la quietud. Y mientras, asomada sobre el borde del carro, contemplaba el desfile de aquellos montes y campos y huertos tan amados y familiares, le gorjeaba alegremente a mi acompañante todas las ideas y fantasías que me venían a la cabeza, muchas de ellas, sin duda, sedimentos recientes de la biblioteca del Número 2.

Le hablé, recuerdo, de lo cansada que estaba de la melindrosidad de mi vida, y le distraje con una descripción de mi Depósito. «No lo querrá usted creer, pero ni una sola vez oí dentro el menor susurro de agua, y de haber sido una buena y sencilla

salvaje seguro que le habría dirigido alguna oración. En lugar de eso, la noche que vi una estrella sobre el tejado no hice sino encogerme de hombros. Tenía la mente tan revenida que la odiaba. Era dé estar tan encerrada».

Él acarició al peludo caballito con la tralla del látigo y se volvió a mirarme con una sonrisa.

Yo seguí hablando. ¿No le parecía que la vida debería ser un Camino Real; todo menos un absurdo y agobiante zigzag de atajos que volvieran al mismo sitio de donde se salió, y uno demasiado viejo o demasiado tonto, quizá, para volver a empezar? ¿No ansiaba él, también, ver las *grandes* cosas del mundo, las ruinas de Babilonia, la Muralla de China, el Himalaya y las Pirámides, de noche, negras; y la arena?

«¡Caramba!», dije, ¿no había pensado nunca en las enormes soledades del Sáhara, o en aquellos parajes remotos donde unas efigies gigantescas miran sin ver, a través de los siglos, a las estrellas, reducidos los que las construyeron a un puñado de polvo? Algún día, le prometí con todo el arrebató de mi corazón, nos embarcaríamos, él y yo, rumbo a su País Pígméo. Olas y nieves y dunas musicales, y frutos en los árboles y pájaros en el aire: viviríamos «¡Tan felices como todo esto!» (y abarqué con las manos montes y valles), «para siempre jamás. Como pasa, don Anónimo, en los absurdos, los increíbles cuentos de hadas».

Él volvió a sonreír, echó una mirada a lo lejos, me tocó una mano.

Tal vez estuviera deseando todo el rato que aquella voz mía aguda y vehemente se callara, de modo que mi presencia no perturbara sus cavilaciones. No sabía yo a ciencia cierta cómo agradecerle. Pero pensaba, sigó pensando, que le alegraba mi compañía y que ni por un instante lamentó que nos hubiéramos encontrado.

CAPÍTULO LI

Pero nuestro breve tiempo tocaba a su fin. Ya pasábamos grupitos de campesinos con niños en la noche silenciosa. Tampoco nosotros hablábamos ya. El viejo *pony* subió con esfuerzo otra loma; bajamos ruidosamente la empinada cuesta, y allí, en la verde hondonada de una pradera entre alturas boscosas, vimos desperdigadas las redondas barracas, los abigarrados carromatos y jaulas del circo. Casi oculta en los árboles de más arriba, una veleta torcida y herrumbrosa refulgía en el ocaso. Parpadeaban las luces sobre la última claridad del día. El tiovivo de colorines, con sus caballos de fija mirada galopando inmóviles, aparecía bañado en sus faroles relumbrantes, y de su chimenea bordeada de latón ascendía un hilo fino de vapor.

Un corro de niños del campo que parloteaban entre sí como estorninos nos vitoreó estridentemente cuando cruzamos traqueteando un puente de piedra, sobre un arroyo que apenas alcanzaba a lamer los juncos de la orilla. Yo los miré riendo, saludé con la mano. Entonces gritaron, bailaron en la carretera, tiraron polvo al aire. No fue, quizá, una respuesta muy amistosa; pero ¡qué contenta iba yo, ya sin zozobras ni responsabilidades!

El leve hedor de los animales salvajes, mezclado con el aire del anochecer, instiló su embriaguez en mi cerebro. Anhelé las tinieblas, el estrépito y el resplandor; anhelé mi barraca y las caras boquiabiertas, el aire de humo abanicándome las mejillas mientras galopaba por la pista. Debía de ser una cara ridículamente infantil la que una y otra vez escrutaba la de mi acompañante. ¡Nada para mí en *aquel* espejo! Qué lenta era la cara de él; se negaba a mirarme. Me entristeció y me inquietó verle tan hosco y sombrío.

Su mirada pasaba de esto a aquello bajo un ceño ansioso e intranquilo. Su silencio parecía un reproche hacia mí. Bueno; cuando acabara el día, y las galas de *Mademoiselle* estuvieran otra vez metidas en el hatillo, y la pintura eliminada, y se hubiera apagado el último eco de aplauso de los bancos llenos de gente, y mi paga estuviera bien guardada en mi bolsillo, entonces sabría que lo que me había jugado era mi libertad, mi persona misma. Entonces sin duda se le alegraría el corazón, y me alabaría, y nos iríamos en paz. ¿No se daría cuenta, también, de que hasta mi cuerpecillo tenía su valor, y era admirado en un mísero mundo que no daba un céntimo por el espíritu que lo habitaba?

El farandulero estaba junto a la barraca, con un pañuelo de seda de colores atado al cuello. La gitana de pechos flacos resplandecía a su lado, con el negro pelo enroscado alrededor de la cabeza estrecha y huesuda, y mostrando por debajo de la falda las botas anchas, polvorientas y arrugadas. Había un claro lustre en el aire tachonado de faroles, y el espectáculo de hombre y mujer, de rueda en reposo y caballo paciendo, prado y monte, derramó un largo bienestar en mi corazón. Hasta el león acobardado y enflaquecido, con la tiña de la edad y del cautiverio en el pellejo,

parecía dormitar contento, y los leopardos de satinada piel —casi dando con la pata a la chica rubia de las medias blancas, apoyada ociosamente en la rueda— recorrían su guarida como con orgullo. Era la misma historia de siempre: mi corazón no bastaba a contenerla. Pero ¿a quién contarle sus secretos?

Para mí se había dispuesto una barraca más espaciosa. El farandulero nos introdujo en ella con una pleitesía fingida que le abultó casi a reventar las venas de la frente. Los ojos de pájaro de la gitana nos taladraron al uno y al otro; se tapaba la boca con sus manos flacas. Yo me sentí ligera como una pluma, y agradecí que al bajarme del carro, no muy airosamente, casi no se me viera el barro de la falda y los zapatos.

El farandulero me miró con aquella sonrisa astuta y codiciosa que me era tan conocida, aunque el gesto con que había saludado a don Anónimo tuvo más de insolente que de amistoso. Llegaba con el tiempo justo, me dijo, ¡pero más valía tarde que nunca! En cuanto a la rata nariguda de la jaula, nunca le había gustado mucho su aspecto; y no era él hombre que le hiciera preguntas a una dama, quíá. Allí estaba, y esperaba que para siempre. Vida dura, pero alegre. Levantarse con el alba hasta el día de bajar al hoyo; y hasta el último hombre dispuesto a besar el suelo que yo pisara. Y la Mujer Gorda, ¡muerta de ganas que estaba de adoptar a la forasterita!

Yo asentí con una sonrisa que pretendía ser lo más desenvuelta posible.

—Cada cosa a su tiempo, señor Empresario —dije cortésmente—. Todos han sido extraordinariamente amables conmigo; salude de mi parte a la Mujer Gorda, por favor. Este señor es mi amigo don Anónimo. Ha venido para acompañarme. Vamos a... seguir juntos.

El farandulero soltó una carcajada, pero su rostro volvió a endurecerse mientras, moviendo lentamente una mandíbula sobre la otra, se volvía a don Anónimo. Quizá «al joven caballero» le apeteciera probar cómo era aquello por su cuenta, me preguntó. ¿Sabía montar a caballo? ¿Saltar obstáculos? Carne de caballo había mucha, se podía dar una vuelta doble: ¿qué tal la Bella y la Bestia? ¿O quizá otro Niño Tigre? A nuestro gusto; lo que pidiéramos. A una oferta seria, justa y cabal, no diría él que no; aunque, lógicamente, con cada pulgada variaba la cosa, y con cada pie doce veces más. Y el aspecto contaba también.

Poco agradable fue oír todo aquello. Al parecer, la mera visión de don Anónimo había agriado al farandulero. Muchas de las palabras que decía eran chino para mí, y, a juzgar por los relinchos de risa de la mujer, su significado no debía de ser muy delicado. Yo me encogí de hombros, sonreí, abrí las manos y con un par de palabras le paré los pies, fingiendo sentirme halagada. Él miró a la mujer como diciendo: «¡Esos son modales!». Ella hizo de pronto una mueca feroz. Éramos un curioso cuarteto los de la barraca.

Pero sería falso aparentar que no sentía yo una admiración larvada por aquel hombre; y no dejaba de mirar intranquila hacia el «joven caballero» que tan torvamente desdeñaba sus proposiciones. Lo menos que se podía decir es que no

estaba muy inteligente don Anónimo en no aceptar las cosas como venían, aunque sólo fuera por mí.

—Pero haga usted el favor de ayudarme un poco —le rogué, en un momento en que el farandulero y la gitana nos dejaron solos—. Lo hace por divertirse; en el fondo no es mala persona. ¿No me irá usted a decir que en ese corpachón reside un Espíritu del Mal, no? A mí no me da absolutamente ningún miedo.

El me miró sin volver la cabeza. A mí se me escapó un suspiro. Las cosas no eran nunca tan fáciles como una creía o esperaba que fueran.

Ya tenía las manos atareadas en los nudos del hatillo, y durante un rato, como lo que estaba diciendo don Anónimo era tan monstruoso y tan increíble, seguí manipulándolos sin tratar de contestarle. Me estaba prohibiendo que cumpliera mi palabra; prohibiendo que me dejara ver; ordenándome que me fuera. No, no; tenía que estar loco; yo no le había entendido nunca. Debía de tener el cerebro agusanado. Me estaba diciendo textualmente que con ofrecermelo a la curiosidad de la plebe me había deshonrado; que me había ensuciado para siempre.

¡Qué estupidez tan cruel! Con la cabeza gacha y las mejillas encendidas oí su áspera voz que peroraba y peroraba, no por persuadirme ni conciliarme ni por discutir conmigo, que eso no me habría costado trabajo perdonarlo, sino ordenándome sin ambages que le escuchara y le obedeciera.

—Por caridad —le atajé por fin, apresuradamente—, ya basta. Si sólo por estar aquí sentada y hablar con mis semejantes me he cubierto de porquería, como usted dice, tendré que esperar a las aguas del Jordán para limpiarme. Tendría usted que haber visto a la cerda que yo he visto revolcándose esta tarde. A *ésa* no le daba vergüenza. ¿No se da usted cuenta de que tenía que liberarme? Habría visto que fue también por usted, quizá, si hubiera tenido la paciencia de escucharme. Pero, en fin, es igual. Comprendo. Ya no soporta usted mi compañía. Eso es lo que pasa. Pues bueno, si es así, qué se le va a hacer. Tendrá usted que marcharse, y yo quedarme sola otra vez.

Pero no: había una diferencia, sostuvo tercamente. A lo hecho, pecho. Él no estaba hablando del pasado. Yo no sabía nada del mundo. Mi misma inocencia era lo que me había resguardado; «y..., en fin, el coraje». ¡Inocencia! ¡Y «coraje», encima! Pero ¿no lo entendía, no lo *quería* entender?, porfió. La necesidad ya había pasado; él estaba conmigo; no había nada que temer; él me protegería.

—No me diga que..., ¡en el fondo usted sabe que no se ha divertido nada con eso!

—¡Ah! —dije yo ponzoñosamente—. Así que a usted le parece que estafar a ese canalla, como usted le llama, en el último momento —y no crea, no, que se me han olvidado los nombres que ha dado usted a otros amigos míos—, a usted le parece que romper todas las promesas que he hecho no sería revolcarse peor que... Ah, muchas gracias por el *revolcarse*, lo tendré en cuenta.

—Pero querida mía, querida mía —empezó—, si yo no...

—¡Oiga, yo *no* soy su querida! —estallé furiosa—. Tan pronto me da órdenes como si fuera una niña, tan pronto me... Como si no llevara toda la vida acostumbrada a esos camelos y esas pamemas. Como si alguna vez me hubieran tratado como a un ser humano normal: ¡siempre mimitos, disimulos, cuchicheos! La vida de una fregona es el Paraíso en comparación con la que yo he llevado. Y en cuanto a la plebe vil y todo eso, le diré que he disfrutado infinitamente con ellos. Yo les *hago* aplaudir con sus manazas; yo les *hago* avergonzarse de sí mismos; no se pueden controlar; es una cosa que... Y a algunos les he reconfortado también. Es más, le diré que los quiero. Son de los míos; y moriría por ellos con tal que pudieran olvidar lo que hay entre nosotros y... compartirlo todo. Ándese con cuidado, que a lo mejor me quedo para siempre. *Ellos* no tuercen el gesto en mi compañía; *ellos* no vienen reptando y arrastrándose. ¿Qué, no estamos todos en exhibición? ¿Quién echó el mundo a rodar? Le aseguro que aborrezco esa... hipocresía. ¿Acaso significa otra cosa sino que lo que a usted le gustaría sería tener la muñequita simplona para usted solo?

El aullido de una sirena rompió el silencio que siguió. El tiovivo había iniciado sus nocturnos trabajos. Las campanillas y el organillo sonaron cada vez más deprisa:

*Soñé que vivía en palacios de mármol,
Rodeado de siervos y fieles vasallos...*^[66]

Y con ese sonido se apagaron en mí la ira y el orgullo. Levanté la cara del suelo.

—Lo siento —murmuré—. Pero usted no sabe lo que he pasado en las últimas semanas. Y aunque estuviera cien veces más avergonzada de como según usted debería estar, no podría..., no puedo volverme atrás. Lo he prometido. Está puesto por escrito. Sólo una vez más: sólo esta noche, y le juro que será la última —mi boca se torció para sonreír—. Usted rezará por mí en el monte —dije—, y luego usted mismo me llevará a un Convento^[67].

Y seguía sin poder susurrar: Dinero. Esa palabra no me salía de la garganta.

Él no parecía haber oído mis atrocidades. Sin una sílaba de contraataque, se acercó un poco más y se irguió junto a mí. Estábamos casi a oscuras, aunque caían luces sobre la lona de la barraca. Era muy, muy sencillo, dijo. El farandulero no tenía nada de tonto. No me podía obligar a exhibirme en contra de mi voluntad. Por supuesto que un contrato era un contrato, pero ¿y si las dos partes acordaban romperlo? Y suponiendo que el farandulero no quisiera, ¿entonces qué? Había un plan mucho mejor, si me dignaba escucharlo. Una vez que se hubiera convencido de que por nada del mundo quería volver a exhibirme, aceptaría cualquier solución: «Yo la sustituiré», sonrió don Anónimo.

¡Sustituirme!

Conque ése era el plan que venía rumiando en el viaje. Así estaba tan distraído. Helada de miedo le miré en la oscuridad de la barraca. Me había pasado por la mente

un atisbo de la cara de conejo de Adam aguantando el pánico que le daba el farandulero en aquella primera noche de la aventura. ¡Y este hombre raquítrico, encogido, consumido!

Una compasión terrorífica me inundó el corazón, rompiendo unos diques cuya existencia no conocía. Fue el instante de mi vida, creo, en que más cerca estuve de lo que es ser madre.

—¡Calle! —le imploré—. Usted no entiende. No tiene ni idea de lo que está diciendo. Yo soy una mujer. A mí no se atreven a hacerme daño. ¡Pero a usted! Le...; y además —se me ocurrió el argumento más astuto—, además, la señora Monnerie...

Pero la frase quedó sin terminar. Se había alzado la lona de la tienda, y la figura del farandulero se recortaba en la entrada, sobre las luces y el cielo oscurecido. Venía de excelente humor. Hizo sonar las monedas que traía en el bolsillo y esparció por la barraca un olor a *whisky*, asomándose como si no estuviera seguro de si estaba o no ocupada.

—Muy bien —empezó ronqueando—, todo está en orden. ¡Diez minutos, señora mía! Quizá el joven caballero quiera echar una mano afuera con el tambor, mientras usted se acicala.

Su figura no se distinguía con claridad; se balanceaba ligeramente. Fue don Anónimo el que le contestó. Durante unos momentos pareció como si el farandulero hubiera enmudecido de asombro. Luego se disparó y soltó por la boca un torrente de imprecaciones. Amenazó con llamar a la policía, a la gente; nos sacudió delante de la cara el látigo con aros de latón. Era la primera vez que yo veía a un hombre de su clase verdaderamente encolerizado. Parecía una bestia, parecía el Apolón cruzado en el camino de mi *Viaje del peregrino*^[68]. Sus rugidos me aturdían, me barrían como si yo no fuera nada, una hoja al viento. Creo que le podría haber escuchado casi por mera curiosidad, como se escucha un vendaval equinoccial bien protegido en la cama, si no hubiera estado tan cerca, con la barraca tan pequeña y oscura, y don Anónimo plantado en silencio al alcance de sus manos. Pero al cabo su furia se agotó. Lentamente giró la cabeza sobre los pesados hombros. De pronto fue como si se le olvidara la ira, y se puso conciliador y persuasivo. Su resonante voz de becerro subía y bajaba. Alguien que escuchase desde fuera de la barraca habría creído que estaba a punto de echarse a llorar.

Estaba seguro de que la señorita no tenía intención de estafarle, de jugar sucio. Ganas le daban de mandar inmediatamente a alguien a la casona en busca del lacayo y la jaula. ¿Qué quejas tenía yo? ¿No me parecía lo bastante privado? ¿Quería que lo pusiera a un chelín por cabeza para todo el mundo y no dejase entrar a los de tres peniques? No había nada que temer. «Mire usted, caballero, esta señorita no es capaz de engañar a un hombre honrado».

Estaba viniendo gente a la Feria de muchas millas a la redonda, y hasta señores de verdad con coche, como nunca se había visto. ¿Le queríamos arruinar? ¿Qué diríamos nosotros si hubiéramos pagado con nuestro dinero por ver a la hembra más

bonita que Dios Todopoderoso había sacado del cielo, y al entrar nos encontramos con un señor, «un señor respetable, bien hablado», concedió con un gesto desdeñoso de sus hombros enormes, «pero un señor de todos modos, subido a una mesa, mucho más grande, y haciendo visajes como un...?». Las horribles palabras siguieron saliendo.

Su corpachón se balanceaba sobre mí, con los pulgares metidos bajo las axilas y el látigo colgando. Hasta ese momento casi ni me había dado cuenta de que la escena que estaba presenciando era de verdad, tan molesta y estupefacta me había tenido su vocerío. Pero ahora él había empezado a pensar en lo que decía. Aquellas últimas palabras encerraban un insulto incalificable. Nos estaba mirando, *viendo*, tratando como en un sueño.

Un horror del espíritu tomó posesión de mí, y, como arrebatada de mí misma, me encaré con él derechamente.

—Tenga cuidado, amigo —le grité—. Cuidado. Le estoy viendo la soga al cuello.

Era verdad. En la penumbra, realmente con mis propios ojos, estaba viendo el lazo de una horca colgando sobre sus hombros redondos y pesados.

Así sigo viendo a mi farandulero hasta el día de hoy. Creo que su circo rueda todavía por los campos de Inglaterra, y por misericordia del Cielo morirá en la cama, o, mejor aún, entre los helechos. Pero supongo que era esclavo de sus supersticiones, como lo somos casi todos, o quizá fuera mi propia pequeñez, combinada con el recuerdo de alguna vieja historia que hubiera oído de pequeño, lo que le intimidó. Se abrió su boca; su látigo tembló; la sonrisa de una fiera salvaje se extendió sobre su cara. Pero no dijo más.

De todos modos, suya era la mitad de la victoria. Ahora sí que por nada del mundo dejaría yo de cumplir lo pactado. Sus palabras me habían asustado terriblemente. Allí no «se subía a la mesa» nadie más. Le volví la espalda. Podía marcharse; estaba lista.

Pero si yo era terca, también lo era don Anónimo. Y cuando por fin acabó la discusión yo había accedido a una fórmula de compromiso por puro agotamiento. Yo me exhibiría, y él me sustituiría en el circo. El dinero del farandulero quedaba asegurado; eso era lo único que a él le importaba. Si «Humpty»^[69] quería empernejarse como una fulana y ocupar mi «turno» en la pista, en fin, sería un atraco ruin, pero muy bien, muy bien. Llamó a voces a la mujer, nos echó una última maldición y se marchó.

Estábamos solos, sin otra cosa que el vacío de la barraca entre los dos. Por la estrecha abertura se veía empujarse a la alegre multitud de catetas y catetos, con sus pistolillas de agua y sus narices de cartón y sus trompetas de hojalata. Una extraña luminosidad bañaba sus caras y sus ropas, embelleciéndolas con luz y sombra, alfombrando con su suave claror la áspera hierba verdigris. La luna de otoño lucía con intensidad creciente. Me acerqué a don Anónimo y le toqué una manga. Sus labios se contrajeron, su hombro se encogió.

—Escuche —supliqué—. Una hora..., no es más. Aquella noche de Wanderslore, ¿se acuerda? Se acabarán todos mis problemas. Sí, ya lo sé, yo le he traído hasta aquí. Pero después podremos hablar. Después me perdonará.

El me tendió una mano. Se acercaban unas pisadas fuertes y una luz. Yo escapé, agarré el hatillo y me encaramé a la oscuridad de detrás del telón. Al momento siguiente unas sombras gigantescas se abalanzaron furiosamente a sus escondites, y la barraca se inundó del resplandor de la lámpara de petróleo que la gitana había venido a colgar del mástil para iluminar mi última sesión.

Tras unos minutos de actividad presurosa, me asomé e invité a mirar a don Anónimo. Toda la rubia cabellera de Angélique estaba recogida en una coleta y cubierta por un grueso velo negro, a modo de mantilla. Un flequillo negro y tosco, arrancado de la cabeza de una muñeca que había encontrado en el fondo de mi baúl, pendía sobre su frente. Tenía las cejas arqueadas como un chino. Sus mejillas eran blancas como la cal, salvo un manchón rojo en el pómulos; llevaba un vestido de volantes, negro azabache y amarillo, que yo había improvisado de la noche a la mañana y almohadillado en el busto, las caderas y los hombros para abultar casi el doble de mi tamaño natural. Sobre el pecho lucía un aparatoso broche de topacios, de su cintura colgaban cadenas de abalorios y corales, y sobre el brazo tenía un abanico de seda.

Le hice una rendida reverencia. «Soñé que vi-ví-a en palacios de mármol», triné en tembloroso falsete. Qué tontería, tomarse las cosas tan en serio. ¿Qué era la humanidad sino una mona vestida? Mi hermosa santa, Isabel de Flores, ¿no se había pintado las mejillas y se había puesto guirnaldas en el pelo? Pero su única respuesta fue apretar los dientes y volverme la espalda con un estremecimiento.

Resonó el tambor, chirriaron las zampoñas. Yo le hice señas de que se escondiera en el rincón entre la ropa que me había quitado, a salvo de miradas indiscretas, y coloqué mi persona sobre el satén y las pieles de conejo.

Se alzó la entrada de la barraca y entró un tropel de gente. A la pálida luz azafranada de la luna vi que la multitud de más atrás se extendía como una cola de serpiente. Las monedas de seis peniques bailaban en la bandeja. La lona volvió a bajar; mi público se aquietó. Yo miré de uno a otro, sonriente, desafiante.

—Pues Bob decía que era muy poca cosa, pálida y escurrida, y que era rubia —bisbiseó una chica menuda a una mujercita tersa que estaba a su lado.

—¡Pues ya ves! Y cinturita de avispa —respondió una boca ancha en una cara asomada, grande y roja.

—Ah, señora —gorjeó la Signorina—, todos los días gallina amarga el caldo. «Créete lo que te cuentan», dijo la campana del camposanto. Relleno, hija mía; ¡que se lo pregunten al pavo!

Así empezó la última orgía de la Signorina. Mentiría si dijese que no lo pasó bien, o más que ella algún fantasma negro que habitaba en su interior. Mi disfraz monstruoso, aquel fermento de humanidad, aquellas caras lechucescas, la vergüenza

solapada, el peligro, la excitación venenosa me sacaron de mí misma. Cualquier cosa por liberarme un rato de la «delicada» señorita M. Pero me figuró que ésa será la experiencia de todos los tahúres, golfos y suripantas del mundo, del primero al último. No conviene abrir la puerta demasiado.

Pero eso no era todo. Otras noches había estado sola. Ahora era férvidamente consciente de unos ojos escondidos y hambrientos que no se perdían un giro, una mirada ni un gesto. Mi estrado cochambroso ya no era lo real. Vivía en la mente de aquel único observador, en su imaginación. Y muy por debajo de aquella excitación insana había una dicha serena y anhelante. Ah, cuando aquel vil espectáculo de pacotilla hubiera terminado, y aquellas caras apelotonadas se desvanecieran, y la noche de luna vacía fuera nuestra, ¡qué no le diría yo para apaciguarle y confortarle! Qué gratitud y qué ternura por todo lo que había sido para mí, y hecho y dicho. Si hasta era como si nunca hubiéramos llegado a hablarnos, no de tú a tú, y había el mundo entero para contarse.

La fétida atmósfera se calentaba y cargaba por momentos. Yo apenas podía respirar dentro de aquella momería monstruosa. Pero era evidente que el farandulero estaba haciendo el gran negocio conmigo, y el rumor de una liliputiense que un día era rubia como Afrodita y al día siguiente negra como la pez no hizo sino engrosar la avalancha. Por fin llegó una pausa, largamente esperada. Otro arrapiezo que se había escurrido tripa abajo sobre la hierba para fisgar por debajo del borde de la tienda fue prendido por los calzones y sacado a rastras, entre sus risas y alaridos. Pero yo había distinguido el acento de una voz conocida, y, torciendo el cuello para escuchar, oí la respuesta servil de la gitana.

Había llegado el gran momento. Un latido empezó a martillearme en la cabeza. Permanecer allí tendida era imposible. Me puse en pie, y, retrocediendo un par de pasos, esperé encogida sobre el cobertor carmesí, junto al travesero de madera. Se alzó la lona, y uno por uno, agachando la cabeza, fueron pasando los componentes del grupo de los «señores».

CAPÍTULO LII

La señora Monnerie había pagado por estar a sus anchas. Sería el último «Pase Privado» que compartiéramos en este mundo. La visión de su espaciosa figura, con el gran sombrero y debajo la cara ancha y oscura, ahora de pronto extraña y hostil, me infundió un sentimiento vago de desolación. Sé, sin embargo, que me ha perdonado. ¿Acaso no me había guardado «mis escrupulitos»?

Lo que Fanny hubiera pensado hacer si la mesa de la Signorina la hubiera ocupado la señorita M. tal cual, ni me lo imagino. Para el espectáculo del monigote negro y rechoncho que allí encontró no iba en absoluto preparada. Cuando la miré, fue como si yo misma me hubiera desmayado, me hubiera retirado de mi cuerpo, como el espíritu al dormir. O quizá, por decirlo sin exceso de sutileza, fue simplemente que me transmuté en mi disfraz. Vacía la mente de todo pensamiento, me sumí en una parálisis casi inanimada, y con una mirada fija desde mis negros y amarillos, bajo el burdo flequillo que me rozaba las sienes, me encaré con sus ojos. Fuera del tiempo y del espacio, en una soledad desierta y sin luz, luchamos a ver quién podía más. Al cabo la sonrisa incrédula y sardónica se apagó lentamente en el rostro pálido y bello, dejándolo contraído, como si hubiera ingerido una medicina nauseabunda. Su mirada flaqueó y sucumbió. Su pecho se alzó; tosió y miró para otro lado.

—¡Espantoso! ¡Monstruoso! —murmuró la señora Monnerie al personaje alto e inexpresivo que tenía a su lado—. ¡Es el colmo de la abyección!

Su mirada oscura y crítica me recorrió de punta a punta: los pies, las manos, el cuerpo, la cabeza envuelta en encajes. Pasó sobre mis ojos como si tuvieran menos valor que unos trocitos de porcelana clavados en un coco.

—Sí, señorita Bowater —dijo volviéndose masivamente hacia ella—, está visto que tenía usted toda la razón. Como siempre..., aunque es una costumbre peligrosa, hija mía. Habrá que aplazar un poco mi pequeño plan de rescate. Y quizá haya sido mejor que los nervios delicados de nuestra paciente no hayan tenido que pasar por este particular descubrimiento... ¿Quién se lo iba a figurar?

El señor Padgwick-Steggall se limitó a alzar las cejas.

—Yo no habría hecho la prueba —gangueó. Y la señora que estaba junto a él hizo un pucherito y apoyó en su brazo una mano enguantada.

—Pero se olvida la Señora —gimió la Signorina en un inglés entrecortado y nasal, sobre su abanico abierto—, se olvida la Señora. ¡Está viva! ¡De verdad! —Y crucé los brazos aún con más fuerza sobre mi pecho almohadillado, a la vez que mi cuerpo se balanceaba involuntariamente, aunque no de regocijo.

—La Señora no se olvida de nada —replicó la señora Monnerie con energía—. La princesa es un ángel..., Angélique..., adorable.

Y, volviéndose a la gitana, depositó una moneda entre sus dedos ganchudos.

—Buenas noches —me dijo con una inclinación—. Nos ha gustado mucho.

—Ah, ah, *madame* —le siguió mi voz tartajosa, con palabras que salían de no sé qué escondrijo de mi cerebro—. *Je vous remercie, Madame. Rien ne va plus... Noir gagne!*

El bastón de ébano le tembló bajo la mano.

—Incalificable —exclamó airada, mientras salía con paso lento—. Un verdadero ultraje a la humanidad.

Yo cerré los ojos, pero la risa silenciosa que una vez me acometiera en mi dormitorio de casa de la señora Bowater apenas resonó en mi cabeza. Y a la señora Monnerie le costaría menos que a mí sobrevivir al pequeño diálogo. Sentía el cuerpo dormido y dolorido, como después de una caída violenta. La barraca se estaba llenando por última vez.

Poca vida quedaba en la figura inerte que hubo de enfrentarse a aquel nuevo surtido de congéneres: qué extrañamente distintos unos de otros; qué horripilantemente parecidos. Una débil premonición me aconsejó estar en guardia. Bajo la llama fluctuante de la lámpara, mi mirada fue pasando lentamente de un rostro a otro, de unos ojos a otros; y detrás de cada uno un observador al que ahora no me atrevía a dejar de desafiar. Vacíos o cínicos, asqueados, malévolos o meramente curiosos, me respondían; ninguno compasivo; ninguno entristecido ni afligido. Otras noches... ¿Por qué se habían vuelto tan hostiles? Eso era, pues, hundirse en el lodo.

Pero había entre todos un rostro que me era conocido, y mucho. Quizá con la esperanza de sorprenderme desprevenida, o quizá por intercambiar conmigo unas palabras en secreto, Fanny había vuelto a entrar en la barraca, y me miraba fijamente desde detrás del gentío. Un gentío tan numeroso que abultaba la lona, y el mástil se combaba bajo la tensión. Pero tan solas estuvimos ella y yo en aquel último momento infinito como si susurráramos juntas al otro lado de la muerte. Y esta vez, vencida de pronto por el asco de mí misma, fui yo la que apartó la vista.

Cuando, estirando los agarrotados miembros, exhausta y tiritando, volví la espalda a la barraca vacía, pensé por un momento que la figura acurrucada en un ángulo del escondrijo estaba dormida. Pero no: desviando la mirada y con el brillo del sudor sobre la frente, se puso en pie. Su consciencia había sido mi teatro en un grado que ni yo misma era capaz de imaginar.

—Así que eso ha terminado —fue lo único que dijo—. Ahora me toca a mí.

La voz era plana e indiferente, pero no podía ocultar su repugnancia por lo que había pasado, ni su miedo a lo que estaba por venir. ¿Por qué, pensé al mirarle, airada una vez más, por qué exageraba las cosas de aquella manera? Hasta el que se está ahogando puede hundirse tres veces, y aun así defraudar al agua. ¿A mí qué más me daba, si ya casi había pasado la noche, si íbamos a ser libres? ¿Por qué pensarlo tanto? Pero en el mismo momento en que le suplicaba que me permitiese rematar el triste asunto —ya sin el menor sabor de aventura, ni de osadía, ni de emoción—, fui consciente de la monstruosidad empaquetada que le estaba poniendo delante. No

soportaba ni una mirada de reojo a mi cara pintada. Me aparté de él con una mueca oculta. Así que ya no era digna ni de que rezaran por mí. De acuerdo.

Oí el paso ligero del *pony* sobre la hierba pelada. En sus ojos rojizos y luminosos ardía una malicia reconcentrada. Cuando le tomé de la brida echó atrás la sensible cabeza como si un tábano le molestase. La gitana embadurnó de rojo las cetrinas mejillas de mi amigo. Sacudió unos perifollos descoloridos que traía, y se los tendió sobre los hombros encorvados. Le aplastó el pelo negro por encima de los ojos y le puso en la mano una fusta.

—¡Andando, caballero! —Sonrió—. ¡El Rey de las Zanahorias! Apuesto a que así no le conocería ni su mamá, aunque fuera a horcajadas. Tire del nudo, cariño; está prieto, pero no le estrangulará. ¡En cuanto a usted, so...! —Se revolvió de pronto contra mí—, ha estado muy lista y muy ladina, pero si me hubieran dejado a mí, a mí no me la da. Ya me sé yo el numerito. Le advierto que ya puede largarse de aquí a escape, si no quiere que todo el mundo se le eche encima. ¡Animo, maestro!

Eché mano a la brida y propinó un cachete al sensible hocico, que le enseñaba los dientes. Yo retrocedí, acobardada y muda. En mi mente se apagó el pensamiento amargo de que quizá hubiera sido mejor que no nos encontráramos en la carretera. El *pony* dio un respingo y echó atrás la cabeza.

Don Anónimo se había ido, y yo me había quedado sola. ¿Qué había que temer? ¿Solamente su desprecio, su repugnancia por aquella última humillación? Pero también eso no sería en seguida más que un recuerdo. Como siempre, el presente se diluiría en el pasado. Pero un terrible presentimiento me amedrentaba. La tosca lona, las paredes y el techo, la mesa, la hierba apisonada, mis propias manos y mi ropa parecían amenazadores e irreales. La lámpara silbaba y chisporroteaba como si fuera a explotar de un momento a otro. Sola, atemorizada, avergonzada, en la fetidez de la barraca, miré en silencio a mi alrededor; y más allá, más arriba, al Universo de la noche y el espacio. Toda mi vida no era más que los débiles crujidos de un ratón entre pajas.

Mientras me despojaba de mis miserables perendengues me sorprendí hablando sola, llorando, suplicando, aunque mis ojos estaban secos y mi lengua callaba. Me raspé los polvos y la pintura, y limpié todo lo que pude la ropa manchada del viaje. Desde mi pedacito de espejo me miraba una cara asustada y brillante. «Hija mía», susurré, aunque no a su reflejo, «ya más no la voy a poder limpiar». Cerré mi hatillo.

Era imposible seguir escamoteando los momentos. Me senté a escuchar. En el instante en que la banda atacaba sus sonos de recibimiento había llegado un bramido lejano de acogida, como el de la ola que rompe sobre un naufragio. Vi la pista, vi a su «director» alto y chupado con su camisa blanca y su frac, las luces, el payaso dando chillidos y carreritas, y la criatura esbelta y exquisita con su desgachado jinete trotando, trotando. ¿Dónde estaría Fanny entre aquella chusma? ¿Qué estaría pensando? La señora Monnerie, ¿estaría ya bostezando ante el ruin y mezquino

espectáculo? Ya quedaban pocos minutos. Empecé a contar. Un grito, humano o animal, se alzó débil y tremendo en la lejanía y se apagó.

Bajé la escalerilla y me asomé al exterior. Los anchos campos y los montes arbolados yacían como exánimes bajo la intensa luz de la luna. Los faroles dispersos por la ladera tenían un brillo empañado de luciérnagas. Sólo unas cuantas figuras deambulaban en la claridad de las barracas, y el público que llenaba el hongo enorme de la carpa estaba tan enfrascado y silencioso, tan débilmente salían los compases de la música, que se oía el gorgoteo hueco del arroyo en sus guijarros, bajo el puente de piedra gris. Unas cuantas estrellas aisladas titilaban débilmente en las alturas del cielo. ¿Qué estaba pasando ahora? ¿Por qué no se daba prisa? Yo estaba dispuesta: mi vida estaba preparada. Ya no aguantaba esperar más. Restalló un látigo. La música cesó: silencio. Ya era sólo un momento.

Volvió a restallar el látigo. Y entonces, como a una señal, un vasto, prolongado, unánime rugido se derramó en el espacio, un chorro de sonido, como una flor invisible y gigantesca. «Eso no han sido aplausos. No, no han sido aplausos», me oí murmurar. El sonido de la irrisión humana es inconfundible. Es inconfundible esa cuchillada brutal al corazón, debajo de las costillas. Salté donde estaba, con una especie de vértigo.

El grito se apagó. Estalló entonces un clamor indiferenciado: aplausos, pateos, silbidos, abucheos, siseos, y todo ello casi ahogado por los platillos, el tambor y el trombón: «Adiós, Adiós, Prenda Mía». Había terminado. A diferencia de la señora Monnerie, la plebe no había quedado muy a gusto. Pero no había pasado nada. El elefante, colosal, imperturbable, el sagaz elefante estaría entrando en la pista con el organillero.

Corrí sobre la hierba pisoteada al encuentro del grupo: el farandulero, la gitana, el *pony* tembloroso y sudoroso. Su jinete venía encorvado sobre la silla, agarrado al arzón, como si temiera caerse. Desmontó, se tambaleó inseguro, alzó y dejó caer el brazo intentando acariciar el hocico lechoso, que le tiró una dentellada. Traía ya rotas las cintas de la capa. Se escurrió de debajo, y con la mano izquierda se enjugó torpemente el polvo y la humedad de la cara.

—No acabó de cogerle el tranquillo —estaba explicando el farandulero—. Puede ser que el estribo estuviera un poquito corto. Fuerzas no le faltan, señora, ni ánimos, vive Dios, pero el tranquillo, ahí ha estado la cosa. Y eso que le ofrecimos un animalito más tranquilo. Pero en fin, lo que yo digo es que un trato es un trato. ¿Un poco mareado, señor? Es que se ha dado usted una buena costalada.

—¡Calle! ¿Se ha hecho daño? —susurré.

La cabeza lo negó; la cara bañada de luna me sonrió.

—Vámonos, *vámonos* —le imploré tirándole de un brazo—, antes de que la gente...

Él retrocedió como si mi mano le hubiera escaldado.

—Nos vamos... —dije volviéndome al farandulero.

Él, con las manos hincadas debajo del cinturón de cuero, me miró fijamente, y luego miró a la mujer. Los ojos de ella le miraron brillantes y vidriosos.

—Eso es. Mejor sabrá la señorita lo que conviene. Se ha torcido un brazo, señora, se lo ha dislocado; pesa más de lo que abulta, pudiéramos decir. Ella sabe dónde estará más cómodo su amigo. Hay que fiarse de las mujeres: nunca falla. Hale, Mary, trae el carro del caballero.

La mujer le echó una mirada lobuna y obedeció.

—¡Vamos allá, caballero! ¿Así está mejor? Métele ahí esos trapos, detrás de la espalda, para que tenga menos movimiento. Que Dios les guarde; no seré yo el que separe a una pareja así. Bien me conozco la vieja historia. ¡Hale, ya está! Ahora la señora. ¡Pesa usted menos que un pajarito! Todo bien, Mary. Hogar, dulce hogar; ésa es la cuestión, ¿verdad, caballero? Ahora vayan con cuidado: en marcha.

CAPÍTULO LIII

Las ruedas giraron sobre la hierba sin hacer ruido. Bajamos la cuesta. Con una sacudida salimos a la carretera. Un seto nos ocultó a los dos espectadores velados que permanecían junto a la barraca. Los rebuznos de la música se desvanecieron. Aparte del trote de los cascos y el chirriar de las ruedas en el polvo, lo único que se oía era de vez en cuando, allá en lo alto, el chisporroteo de un cohete —el último saludo del circo— que se curvaba en su carrera ardiente para sembrar sus estrellas de colores a la luz de la luna. Después la cresta de la loma nos separó de todo.

Desde el suelo del carro, sin decir nada, yo miraba a la figura encorvada que se alzaba sobre mí. De tanto en tanto, cada vez que el carro tropezaba en una piedra, se encogía; luego se enderezaba despacio, volvía la cabeza y sonreía.

«Esa es la cuestión, caballero; ésa es la cuestión, caballero». Las palabras se repetían sin objeto en mi cerebro, como si me transmitieran un mensaje que yo no podía captar ni comprender. «¿En qué estaba yo pensando?», me preguntaba insistentemente una voz. Cuando entre las ramas llegaban hasta nosotros los rayos de la luna, se veía una mirada extraña, perezosa, en las pupilas dilatadas bajo los párpados caídos. Su mano derecha colgaba inerte. La cogí: estaba muy fría.

—Escuche, cuénteme —supliqué—: ¿se ha caído? Yo oí las voces..., y los aplausos; ¿qué pasó entonces? —No podía hablar más alto, pero parecía como si él casi no me oyera.

—El hombro —respondió con voz pastosa, como si a las palabras les costase trabajo salir y fueran medio desconocidas para él—. Me caí... No ha sido nada; nada. Lo único es que la quiero.

El aliento se perdió en un suspiro. Yo incliné la mejilla contra la mano insensible y la froté con la mía. ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?

—Hay que estar despierto —susurré dulcemente a la cara amodorrada, tras un largo silencio, como se habla a un niño—. ¡Despierto!

Él respondió con una sonrisa, y un suspiro le estremeció de la cabeza a los pies.

—¿Tiene sed? ¿Qué es esto que tiene en la chaqueta? Mire, ahí hay un portón. Me colaré por la verja y buscaré ayuda.

Y me levanté, tratando en vano de agarrar las riendas.

Pero no; su cabeza dijo que no; su mano izquierda seguía teniéndolas bien sujetas. «Sólo... espere».

¿Fue «espere» aquella última palabra desmayada? Cayó en mi espíritu como una hoja en la corriente, y, antes de que pudiera estar segura, el sonido se había extinguido.

Un instinto, ni suyo ni mío, nos guio por los enrevesados caminos, cuesta arriba y cuesta abajo, al hilo de bosques dormidos y arroyos moteados de luz, sobre un paso a nivel cuyos raíles enmohecidos por el rocío brillaban bajo la luna, y luego otra vez

cuesta arriba, mientras cada golpe de casco contra la piedra resonaba hueco en la ladera cada vez más lejana. A mí no me quedaban ni fuerzas ni voluntad; sólo pensamientos que en la oscuridad interior, entre la vigilia y el sueño, parecían zigzaguar como moscas: fantasías, retazos de sueño más que pensamientos.

Me daba cuenta de que él iba muy herido, pero no, tales eran mi estupidez y mi horror —¿o es que no quería reconocérmelo a mí misma?—, de que su herida fuera mortal. En seguida amanecería. Le apretaba la mano con fuerza. Entonces encontraríamos ayuda. En esa monotonía y cansancio de la mente y del cuerpo, los árboles que pasaban parecían bailar y gesticular ante mi vista. Me iba entrando una modorra torturante, que en vano traté de ahuyentar levantándome los párpados con los dedos, pateando el suelo del carro con los pies insensibles. Recuerdo que en cierto momento me levanté y le eché mi capa sobre los hombros. Por fin debí de quedarme dormida.

Porque lo siguiente que supe fue que el carro estaba parado, y el *pony* pacía en la cuneta, que olía a tomillo. Toqué la mano oscura y fría. «¡Querido, ya hemos llegado!».

Pero no esperaba respuesta. La cabeza permanecía hundida entre los pesados hombros, en las demacradas facciones había una mirada vacía. No se oía nada en todo el ancho mundo, ni lejos ni cerca. «¡No me has dicho una sola palabra!».

Eso fue lo único que se me ocurrió: un reproche. Murió en mis labios; me aparté. ¿Qué era aquello? Un miedo tremendo me tiraba de la manga, miedo de la compañía en que me hallaba, de una soledad que hasta entonces no había ni barruntado. Salté del carro, me enderecé en el polvo, y en la media luz miré a mi alrededor.

La casita cubierta de enredaderas tenía cerradas todas las ventanas, cerrada la verja. Intenté escalar la tapia, tirar una piedra contra los cristales. La luna brillaba vidriosa en el cielo frío, pero por el este amanecía; había que esperar a la mañana. Me senté al borde del camino, sin apartar los ojos de la cabeza inmóvil. De tanto en tanto, después de volverse a mirarme gravemente, el *pony* arrastraba el carro dos o tres palmos bajo los sauces, comisqueando la hierba húmeda de rocío.

De pronto el aullido de un perro me sacó de mi estupor, y me levanté de un salto. ¿Quién llamaba? ¿Dónde estaba yo? ¿Qué se me había olvidado? Con una comprensión renovada y terrible miré abstraída a lo que me rodeaba. Una extrañeza se había hecho presente. Ya no estaba él en mi compañía.

Clareó el día. Del huerto que había al otro lado del muro de piedra salió la voz de un tordo, bravía y dulce como en Primavera. Yo me agazapé en el suelo, con los codos y las rodillas recogidos, y me puse a vigilar intensamente aquellas ventanas dormidas del piso de arriba. Por fin se descorrió una cortina. Desde dentro un rostro invisible debía de habernos visto en el camino. Se abrieron los cristales de par en par, y una cabeza gris y despeinada, como asustada, se asomó al aire cortante de la mañana. Al verla me asaltó un ataque violento de hipo, de modo que, cuando una vieja apareció en la puerta y se acercó renqueando al carro, no me pude hacer

entender. Sus ojos legañosos y apagados me recorrieron con horror y desconfianza, como si mi pequeñez no le pareciera del todo humana. Sacudió hacia mí sus dedos torcidos, para ahuyentarme; luego se agachó y metió la cabeza en el carro. Yo di un grito y eché a correr.

CAPÍTULO LIV

Hacia varias horas que el sol ardía en los cielos cuando, ensangrentada por los espinos y abrasada por las ortigas y la manzanilla hedionda, salí a rastras de la maleza a una esquina baja del jardín desolado. Cerca había una charca, al pie de un muro ruinoso, barrida por el follaje de un fresno. De rodillas sobre una piedra plana que descendía al borde, me bañé la cara y bebí.

Todo aquel día lo pasé en las cercanías del agua, bajo las trompetas incoloras de la correhuela. De vez en cuando me cambiaba de sitio, pero sólo para no perder los rayos de sol, porque tenía un frío mortal, y tan pronto como me daba la sombra me volvía la tiritona. Dormí unas cuantas horas, pero tan ligeramente que oía mi voz murmurando en sueños.

Cuando me desperté, el cielo de poniente era un océano de azafrán y oro. En su fulgor se alzaban distantes las chimeneas apiñadas de Wanderslore, y comprendí que debía de estar en una hondonada de los confines del parque, del lado opuesto a Beechwood Hill. Me senté, me recogí el pelo y, bañándome los pies hinchados en el agua oscura y gélida, contemplé cómo se apagaba el esplendor.

Mientras aún había luz en el cielo reemprendí la marcha hacia la casita, pero no tardé en sentir tal agobio entre la maraña de hierbas, que a cada movimiento arrojaban sobre mí su polvo sofocante, sus semillas y su polen, que tuve que abandonar el intento; con lágrimas absurdas rodándome por las mejillas, volví a la charca y me hice una cama en los helechos marchitos.

Así pasó el día siguiente. Cuando una vez más disminuyó el calor del sol sin nubes, hice otra tentativa de volver por donde había venido, aunque sólo fuera por mirar otra vez a aquellas ventanas. Pero estaba aturdida y exhausta; me perdí; y, en vela hasta el amanecer, regresé nuevamente a la charca. Allí sentada traté de dominar mi aflicción y serenarme. «Espera, espera; ya voy», era mi único pensamiento inarticulado. Sin duda aquella otra soledad debía de ser más soportable que la mía. Pero era en vano. Estaba muerto; y yo le había matado: orgullo, vanidad, codicia, obstinación, desamor. Cada flor y cada hoja descolorida testificaban contra mí.

De vez en cuando aplacaba mi sed y me paseaba un poco en busca de moras y avellanas caídas, y trataba de calmar el dolor y la angustia que sentía. Pero en el fondo sabía que unos cuantos días más como aquellos acabarían conmigo, y no tenía otro deseo. Llegó el ocaso con sus débiles estrellas. Al fin fue como si mi mente se vaciara de pensamiento; y, hasta que cayó la noche, a las ventanas de mis ojos estuvo asomado un espíritu que miraba insensible aquella paz y aquella belleza, sin consciencia siquiera de pena ni desesperación. Los animales nocturnos empezaron a rebullir en las hierbas y los matorrales; se alzaba una fina neblina. Durante un rato velé, hasta que perdí el sentido y me dormí.

Una luna menguante y contrahecha pendía sobre el jardín cuando me desperté,

con la mente despejada, serena, vacía. Tan vacía que era como si acabara de regresar al mundo tras una ausencia de siglos. En la quietud plateada de la noche, unas formas aladas daban vueltas sobre mí, desgarrando el aire con gritos salvajes y estridentes. Miré tranquilamente hacia arriba, con la vista extrañamente agudizada y potente, y durante un rato supuse que aquellos pájaros serían golondrinas. Los miraba ociosamente, apenas consciente de si eran reales o fruto de la imaginación.

Raudos y ligeros en la suave claridad de la luna, abierto el pico y vibrantes las alas, se abalanzaban vertiginosos sobre sus pastos inmóviles, tras la presa de unas mariposillas plumosas que aleteaban fantasmales. Por fin un ronquido continuo, como el ruido de una carraca, próximo, los delató: lo que rodeaba mi soledad era una bandada de chotacabras, pocos en número, pero fuera de sí de gozo, en vísperas de su vuelo otoñal.

Ahora sólo puedo avanzar a tientas entre recuerdos vagos y desconcertantes. Quizá fuera la excitación frenética de aquellos pájaros locos de contento lo que se derramó en mi mente sin defensa, después de despertarme a una noche que tan bien conocía. Con los ojos muy abiertos y vigilantes, estoy otra vez a pocos pasos del borde de la charca, mirando a un arbusto iluminado de belladona que ha perdido sus flores malsanas y muestra sus frutos negros y lustrosos como cerezas. No recuerdo haber pensado nunca en la existencia de esa planta venenosa en Wanderslore estando despierta, aunque en mis pasadas y felices exploraciones del jardín me había tropezado a veces con los racimos coralinos de la dulcamara, y luego la había visto en flor.

Puede ser que sólo una parte de mi mente estuviera plenamente despierta, mientras el resto seguía soñando. Pero ahora que me esfuerzo en volver con la imaginación a aquella hora solitaria, estoy segura de haber tenido plena consciencia del poder destilado en aquellas bayas relucientes y tentadoras; y, esclava de mis sentidos adormecidos, fijé en ellas mi vista y mi apetito, como si desde la infancia hubieran sido mi única codicia y mi único deseo. Aun entonces, como para demostrarme que eran de verdad, mis ojos divagaron: reconocieron, a poca altura por el oeste, a la deslumbrante Altair en medio de las vagas alas extendidas del Aguila; meditaron sobre la claridad chispeante que los rayos de la luna arrancaban de los trozos de azulejo que aquí y allá sobresalían del muro desmoronado al otro lado de la charca; y suavemente volvieron una vez más al arbusto maligno.

Entonces, por un instante, me pareció que de las sombras más próximas había salido una sombra entrevista, y cerca de mí, por detrás, me vigilaba. Fuera fantasía o no, no me dio miedo. Giré sobre mis pies, y desde aquella leve eminencia recorrí con la vista el inmenso jardín otoñal, con sus agitadas aves nocturnas y sus arboledas distantes e inmóviles. No; estaba sola; yo sola; consciente únicamente de una quietud insondable; y me agaché y cogí una de las frutas maduras que habían caído al suelo. «¡Vaya, vaya!», clamó una voz lejana dentro de mí. «¡Vaya, vaya! ¿Qué se nos ha ocurrido ahora?»; una voz como ninguna de las que había oído en el mundo hasta ese

momento. De todos modos, me llevé la fruta a los labios.

Su jugo amargo me saltó sobre la mejilla, la boca y la lengua, manchándome para siempre con su tinte. El propio amargor me estremeció, espabilándome. Presa de pronto del terror y de un frío espantoso, tiré al suelo aquella cosa vil y me restregué la boca con el bajo enlodado de la falda. «¡Dios mío! ¡Dios mío!», grité; y, volviéndome, corrí unos pasos, tropecé, giré otra vez y me arrojé al suelo, apretándome los ojos con las manos; y, confusa y desvalida, me puse a rezar.

Pasaron minutos, horas: no sé. Pero por fin, con la garganta inflamada y reseca, y un calor innatural que me latía en las manos, en las mejillas y en el cuero cabelludo, levanté los ojos. En el cielo había dos lunas, que giraban horriblemente entre arcos cruzados de luces de colores, y corrían hacia atrás y hacia adelante. Di una voz en el silencio. Un chotacabras gigantesco descendió sobre mí y me tiró del pelo. Me entró un vértigo enloquecedor. Dando tumbos y traspiés bajé hasta mi piedra, y me remojé la cabeza y el pecho en el agua que rielaba negra y plata.

Fue un refrigerio momentáneo, y bajo su influjo la memoria empezó a dar vueltas al pasado. Imágenes confusas y abominables hacían burla de mis ensueños desvalidos. Había un lugar, más allá, fuera de aquellas sombras, inalcanzable. Una voz taladrante y vengativa me estaba llamando. Ya no había esperanza. Estaba condenada. Presa de una alucinación sin sentido, emprendí sistemáticamente, laboriosamente, una búsqueda frenética. Hojas, piedrecillas, criaturas reptantes de la noche: uno por uno, con un esmero lento y animal, les fui dando la vuelta, buscando, buscando.

LYNDSEY

CAPÍTULO LV

D una vez más me detengo —mucho después de haber escrito esas últimas palabras — para volverme a mirar, a través de los años que nos separan, a aquella jovencita. ¿Qué sería lo que buscaba su mente desquiciada: qué certeza, qué reconciliación? Yo no lo sé, pero allí la encontraron, con las uñas comidas hasta la carne, los pies descalzos, una anatomía acosada. El desvarío y la fiebre se le pasarían; pero toda aquella experiencia, ¿de qué me ha servido a mí, aquellos doce meses, los más turbulentos, los más dichosos, los más crueles, los más queridos, los más negros de mi vida? Esa es otra pregunta sin respuesta. Pero, gracias a Dios, sigo viviendo; he terminado, incluso, la tarea que me fijé; y, a pesar de las rachas de depresión, desgana y cansancio, me ha dado contento. Aun en los momentos de mayor desprecio y vergüenza de mí misma, he hallado consuelo en el convencimiento de que la verdad es una medicina salutífera, aunque en su esencia sea humanamente inalcanzable. Y mi trabajo me ha enseñado esto también: a no desasosegarme tan tontamente como lo hacía antaño por ser pequeña e insignificante de cuerpo; a temer mucho más el seguir siendo pigmea en la mente y pigmea en el espíritu. Pretendía plantarme frente al Mundo; pero no hace falta ahondar más en eso. *No podemos* vernos como nos ven los demás, pero eso no es excusa para no llevar gafas; y aun aquí arriba, en mi apacible, solitaria y querida Stonecote, he de desconfiar de una mente bien barrida y decorada. Además, tiene que volver a sonar mi hora; y la de él.

De esto, en fin, estoy segura: de que será imposible que me libere, que escape de este mundo, a menos que en paz y amistad pueda llevarme conmigo hasta su última brizna, hasta el último amigo y el último enemigo, todo lo que han visto estos ojos, todo lo que han descubierto estos sentidos. Eso *lo sé*. Y quizá por esa misma razón, a pesar de la gratitud emocionada que me embarga cuando pienso en lo que podría haber sido mi existencia, a veces me dan miedo la comodidad, la calma y el retiro en que vivo. ¿Y este relato en sí? Como dijera la señora Monnerie, ¿qué es sino dejarse arrastrar una vez más a la exhibición... en un libro? Así es; y así tengo que dejarlo, esperando contra toda esperanza que al menos un amigo se digne, con su amor y su sabiduría, tomarme en serio, y acordarse de mí, no con desprecio ni tan siquiera con compasión, sino como si, vida por vida, hubiéramos compartido el mundo en condiciones de igualdad.

EPÍLOGO

«**M**emorias de una enana» se presenta como el relato, narrado en primera persona, de la juventud, y en particular de los tempestuosos veinte años, de una señorita de la época victoriana que tiene la desdicha de ser de talla diminuta, aunque agraciada y perfectamente constituida. En ese año hay una muerte, un enamoramiento apasionado, unos meses como celebridad de la alta sociedad, un suicidio y un intento de suicidio; acaba en una locura transitoria. Este resumen suena a melodrama, pero «Memorias de una enana» seduce por su suave encanto y su prosa elegante. Se puede leer con gusto como simple entretenimiento, pero se clava en el espíritu como una astilla.

La autobiografía ficticia de la señorita M. tiene como antesala el recurso decimonónico del documento fingido, en este caso la nota preliminar del encargado de su edición. Aquí el lector adquiere alguna noticia de la vida de la señorita M. posterior al final de su relato, y de su, no muerte, sino desaparición. Ha sido, explica en una nota a su ama de llaves, «llamada». Llamada, tal vez, a un país dichoso en donde todos tengan su mismo tamaño, donde no sea una extraña en un mundo pensado para gigantes zafios con sensibilidades de la cruel zafiedad correspondiente.

Porque la señorita M. siempre ha sido una extraña en «este» mundo. Literalmente, no encaja. La novela es un estudio insistente, elegiaco, misantrópico y en ocasiones perverso, de la lejanía y el aislamiento. La propia señorita M. describe su difícil situación: «Criatura inconsecuente era yo, y siempre lo seré; tan pronto inflada de arrogancia por mis diferencias con la grosera humanidad de talla corriente, tan pronto estúpidamente sensible a los sinsabores que tengo que sufrir en razón de esas mismas diferencias». Podría servir, en cierto modo, de metáfora de la idea romántica del artista como extraño perenne, chivo expiatorio y paria: el artista, de hecho, como adolescente perpetuo, con el doloroso sentido de singularidad del adolescente cuando está solo, y de deficiencia cuando está en compañía. En algunos aspectos, la novela trata de cómo hacerse amigo de la soledad, que no es exactamente lo mismo que crecer. Y, por supuesto, para la señorita M. crecer es imposible.

Está impregnado el relato de esa melancolía romántica que fue la especialidad de De la Mare, en la prosa como en la poesía. La novela posee todas las virtudes enigmáticas de la represión: lo que se oculta o se disfraza habla más elocuentemente que lo que se expresa.

Walter de la Mare esquivó en vida algunos de los arrecifes más peligrosos de la crítica literaria por el sencillo procedimiento de prender en un hechizo a sus lectores. Gustó también de sugerir elementos de alegoría religiosa, lo que viene a ser como poner un cartel de «Prohibido el paso». Kenneth Hopkins, en un opúsculo sobre De

la *Mare* publicado por el British Council en 1953, renuncia de plano a comentar las «Memorias de una enana», afirmando que «la obra lleva en sí su propia interpretación». Los adjetivos «entrañable» y «mágico» han sido aplicados con frecuencia a la obra de De la Mare; sus poesías para niños, en particular «Peacock Pie» y la antología «Come Hither», siguen siendo parte entrañable de la «nursery» de clase media. Pero la «nursery» de clase media está en rápido retroceso, y la reputación de De la Mare como poeta y escritor para mayores se ha desvanecido silenciosamente desde su muerte en 1956.

Sin embargo, en 1948 Faber publicó un «Tribute to Walter de la Mare on his Seventy Fifth-Birthday» con colaboraciones de J. B. Priestley, Vita Sackville-West, Dover Wilson, J. Middleton Murry, Laurence Whistler, John Masefield, C. Day Lewis, lord David Cecil y, entre otros —¿quién lo iba a pensar?—, no Uncle Tom Cobley, sino Marie Stopes. Para el mundo literario, De la Mare era el mago de la corte, y al menos desde su madurez disfrutó de la fama más grata, pero también la más evanescente, que es la que se disfruta en vida.

No parece probable que su reputación como poeta reviva. Su verso, métricamente impecable, suena a cantinela. Otra cosa es su narrativa. Su producción de novelas y relatos es desigual, limitadísimo su radio, pero «Memorias de una enana» es una obra maestra, menor pero auténtica, una novela claramente emprendida con la intención de que fuera única y que, en efecto, lo es; lúcida, enigmática, y violenta con la terrible violencia que no deja huellas materiales.

«Memorias de una enana» se publicó por vez primera en 1921; no era una obra de juventud. De la Mare nació en 1873, y en sus obras narrativas se movía más a gusto, como nos ocurre a casi todos, en el mundo imaginativo de su juventud y primera madurez. Victoria ocupa todavía el trono de la Inglaterra de la señorita M., una reina que, como señala la propia señorita, no es «mucho» más alta que ella. La novela cosechó un éxito inmediato, dio un público mucho mayor a De la Mare y recibió de sus admiradores curiosos tributos en forma de objetos pequeños, Shakespeares en miniatura y demás, aptos para el uso de la señorita M. Russell Brain («Tea with Walter de la Mare», 1953) ha descrito una vitrina de esos regalos minúsculos que el escritor tenía en su casa.

Esos regalos nos dicen algo importante sobre los lectores de De la Mare: que eran especialmente sensibles al truco de prestidigitación literaria porque querían creer en la magia. El autor seducía a sus lectores hasta el punto no sólo de creer en la realidad objetiva de la señorita M., sino de formar una identificación solidaria con su figurita angustiada y nostálgica, perdida en un mundo que no es obra suya. Quizá fuera una heroína apropiada para la clase media inglesa en los años siguientes a la Primera Guerra Mundial; es irreprochable, simpática y, como objeto de identificación, felizmente ambigua.

Cuando «Memorias de una enana» vio la luz, De la Mare llevaba trece años ganándose la vida como hombre de letras; era un poeta acreditado de estilo

georgiano, en el que se mantuvo; había hecho crítica («Rupert Brooke and the Intellectual Imagination», 1919) y había publicado varias novelas, las más significativas un libro para niños obsesionado por la muerte, «The Three Royal Monkeys» (1910), y «The Return» (también 1910).

«The Return» trata de la posesión diabólica de un aburrido cabeza de familia suburbano por el espíritu perturbado de un libertino y suicida francés del siglo XVIII. Con ese argumento es extraordinario que en la novela pasen tan pocas cosas. Lo mismo que en «Memorias de una enana», el tema es la lejanía. El protagonista se pasa la novela en un estado de intensa alienación de sí mismo, en parte porque el fantasma posee una personalidad infinitamente más compleja y atractiva que su anfitrión; y, en efecto, ya sólo imaginar a un Dagwood Bumstead^[NT1] poseído por Casanova, pongamos, es cosa que da vértigo. No es extraño que De la Mare se asuste. Es como si, tras haber inventado la idea de la posesión diabólica como, en el fondo, una suerte, De la Mare huyera aterrorizado de las consecuencias, quizá porque sabía que quería presentar el mal como algo atractivo, pero no «tan» atractivo. Es un problema que vuelve a afrontar, y resuelve con más éxito, en el personaje de Fanny Bowater de las «Memorias», donde parece estar más a gusto con la idea de que una mujer sexualmente manipuladora es intrínsecamente mala.

«The Return» no es una buena novela; está inflada de superchería ampulosa, y no debió de dejar muy satisfecho al propio autor, que en el decenio siguiente se dedicó a la poesía y el relato corto, perfeccionando su uso del lenguaje hasta hacer de su prosa una música tan vibrante como la de Vaughan Williams o Arthur Butterworth, compositores con quienes comparte el interés por la lírica inglesa. Algunos de esos relatos, «El almendro» y «En el bosque», por ejemplo, alcanzan un grado de pulimento, de perfección técnica, que desvía la atención de la crueldad del contenido, que en el caso de estas dos historias es la inocencia brutal de los niños.

Otros relatos posteriores conservan ese brillo superficial sobre una tensión interna de terror, que a menudo es un terrorismo psicológico, como en el sobresaliente «A primera vista», de una colección acertadamente titulada «On the Edge» (1930). Aquí la familia de un muchacho empuja al suicidio a una amiga inconveniente. Pero todo está hecho con gran suavidad, tomando el té. Este muchacho padece un trastorno sorprendente: no puede levantar la cabeza, mirar hacia arriba, sin sufrir un dolor intenso, de modo que su visión está restringida a un segmento limitado, semicircular, del suelo que tiene delante. Esa visión circunscrita, dolorosa pero intensa, es un tanto semejante a la del propio De la Mare.

Esas historias son «cuentos» en el sentido decimonónico, artefactos muy estructurados con comienzo, sección media y final y una coherencia esquemática de las imágenes, no esos fragmentos de experiencia epifánica que constituyen el tipo del relato del siglo XX. De la Mare rechazaba severamente el modernismo, con el resultado de que su narrativa tiene más en común con la de un Borges, por ejemplo, sobre todo en lo que se refiere a su estudiada «literaridad», que con la de sus propios

contemporáneos, que son, por supuesto, los grandes modernos: Joyce, Lawrence, Kafka. Yo no tengo noticias de que le gustasen esos escritores, ni de que los leyera siquiera. En esto la analogía con el protagonista de «A primera vista» es casi preocupante.

Incluso, o especialmente, en sus escritos más adultos y crueles comparte algunas cualidades con ciertas obras para niños de la época victoriana —pienso en «The Princess and the Goblin» de George MacDonald y «Goblin Market» de Christina Rossetti— en las que el contenido latente está tan lejos del texto superficial que su presentación como «cuentos de hadas» parece una pantalla, o tapadera, pensada para desarmar al lector.

De la Mare es un maestro de la puesta en escena. Es uno de los grandes arquitectos y diseñadores interiores de la narrativa; construye casas hechiceras para sus personajes, y las amuebla con un instinto seguro para esos detalles de la personalidad que se expresan en los objetos cotidianos. Con ese talento para la puesta en escena se vincula su capacidad para evocar estados de ánimo y atmósferas, sobre todo la de la campiña inglesa en su aspecto de pastoral literaria. Es frecuente que el campo funcione como un telón de fondo que participa en la acción, como los jardines en «Memorias de una enana». Esa nota de evocación romántica, de suave ensoñación como escenario, combinada con el sólido ambiente, convencional y de clase media, en el que se desarrollan la mayoría de sus horribles historias, a la vez doméstica, normaliza el terror que hay en su centro y lo hace más afilado.

De la Mare siente un entusiasmo tremendo, y como de autoprotección, por lo hogareño. Apenas se encontrará una novela o relato de los suyos que no incluya un té con toda su ceremonia; el té, esa comida incomparablemente inglesa, esa colación innecesaria en la que no se sirven estimulantes —ni alcohol ni carne—, ese refrigerio reconfortante que es como una segunda infancia. En algunos de sus tés, sin embargo —sobre todo en el de «A primera vista» y en varios de los de la señorita M.—, la nota hogareña no hace sino acrecentar los tormentos que se están desarrollando, hasta que la propia vajilla cobra un aspecto de aparato de la desesperación y rechina como las cadenas de un prisionero.

Aun así, esa domesticidad deliberada y acogedora desvía a veces el empuje de su imaginación, una imaginación a la que únicamente se permite actuar sin referencia alguna a teorías del inconsciente.

Esto es importante. De la Mare invoca constantemente «la imaginación», pero no se refiere a la imaginación en el sentido de capacidad de idear la transformación material del mundo real, que es lo que querían decir quienes en mayo de 1968 escribían «La imaginación al poder» en las paredes de París. No. Para De la Mare la imaginación es un margen precioso, una privada privilegiada de la mente, «esa cámara secreta del espíritu que llamamos imaginación», como dice la propia señorita M. Leer la prosa imaginativa de De la Mare es empezar a comprender

algunas de las razones de la tremenda resistencia que el estamento literario inglés opuso a Freud, invasor del último espacio privado.

Es una imaginación que se ha censurado aun antes de que el sueño comience. Ni que decir tiene que lo que hay que extirpar con especial rigor es todo rastro de sexualidad. Como dice Kenneth Hopkins en su opúsculo del British Council: «si sus personajes se besan, rara vez nos lo cuenta». Este proceso de censura significa que la imaginería llega a la página disfrazada, y que después, no sea que el disfraz revele demasiadas cosas, el autor tiene que revisar la estructura que contiene la imaginería disfrazada, mientras el mundo material se aleja cada vez más, hasta ser él mismo percibido como irrealidad. «La muerte y la aflicción, hasta el Infierno mismo, los convierte en favor y en hermosura»: ese epitafio ofensivo de la Ofelia loca se podría aplicar a la narración de la señorita M., si no fuera porque la imaginación de De la Mare, quizá por el estrechísimo radio en que él le permitía operar, conserva su propia integridad siniestra.

En esta teoría de la imaginación, la «vida interior» es lo único importante; pero, a pesar de ser gran admirador de William Blake, De la Mare difícilmente habría estado de acuerdo con él en que «Todas las deidades se alojan dentro del pecho humano». La «vida interior» se percibe como si fuera un don de fuera, como si la imaginación fuera el escenario de visitas de otro mundo más bello, de ese Otro Mundo, en efecto, que da título a los cuadernos de poesía reunidos por el anagramático Nahum Tarune en la introducción ficticia a la antología de De la Mare «Come Hither».

Huelga decir que la idea que tiene De la Mare del poeta como destinatario de un servicio especial de paquetería de uno de esos espíritus que en Platón actúan como recaderos celestiales, trayendo mensajes del Otro Mundo de formas reales a este mundo de sombras, está en total desacuerdo con la idea del poeta como disoluto borracho y privilegiado que la reemplazó directamente; ambas representan un falseamiento del papel del poeta. Sin embargo, hay una insinuación de que uno de esos mensajeros espirituales del Otro Mundo es el que al final llama a la señorita M., reforzando su posible papel de artista metafórica.

El neoplatonismo casero de De la Mare, filtrado a través de Shelley, Coleridge y los neoplatónicos del siglo XVII, como Traherne y Vaughan, por los que sentía particular aprecio, le proporciona una confianza enorme en la idea de la imaginación como una cosa-en-sí, una porción inmaterial de la anatomía de la que, en un sentido profundo, el poseedor no es responsable; el poseedor presencia la actividad de la imaginación pero no interviene en ella. De esta convicción procede el consolador distanciamiento de su narrativa de la práctica humana, incluso cuando sus personajes se aplican a las tareas más mundanales, como viajar en tren o tomarse el desayuno; todo parece como congelado en el tiempo. Hay una distancia entre el escritor y la cosa, el sentimiento o la sensación que describe, que la aparta de la realidad humana de todos los días;*añádase a esto que recursos literarios

como el decir, del sabor de una fruta, «lo tengo en la lengua en este momento...» no hacen nada por reproducir la realidad sensorial de comer una nectarina. Si alguna vez, sin embargo, el lector ha comido una nectarina, acaso le haga recordar.

La prosa de *De la Mare* es evocadora, nunca voluptuosa, y depende de una comunidad de asociación con el lector para lograr el efecto deseado. Esa comunidad de asociación depende de una respuesta de reconocimiento complacido de ciertas palabras, «anticuado», por ejemplo. Siempre significa cosas buenas en *De la Mare*. Otra es «retirado», y otra, con la implicación de una sonrisa deprecatoria, «libresco». Y vivir en una casa perdida en el campo con un gran jardín es estar a medio camino del estado de gracia.

También es importante un conjunto común de asociaciones literarias. Sir Walter Pollacke reconoce en la señorita M. un espíritu afín cuando la oye recitar el poema anónimo del siglo XVI «Tom o'Bedlam»: «La luna es mi constante compañera, / y la lechuga es buena amiga mía». A la inversa, cuando Fanny Bowater cita a Henry Vaughan en tono jocoso, es señal de la negrura de su alma. Tener una pequeña y selecta biblioteca en la que sir Thomas Browne y los poetas metafísicos estén bien representados, con acceso a una buena librería de segunda mano en un pueblo próximo, es estar un poco más cerca de la felicidad.

Todo esto plantea inevitablemente la cuestión de la clase social. La narrativa de *De la Mare* suele moverse dentro de una banda muy estrecha de la sociedad inglesa, tipificada por expresiones tales como «una modesta fortuna», «una pequeña renta personal», «circunstancias desahogadas», lo suficiente para poder comprar, si surge, una primera edición de Herrick. En «Memorias de una enana» el autor manifiesta, de la manera más inocente y, por así decirlo, accidental, una especie de esnobismo parecido al de Jane Austen, para el cual la aristocracia, ejemplificada en la señora Monnerie, «la hermana de lord B.», es, como los Crawford de «Mansfield Park», cínica, corrupta y viciosa, mientras que las clases media baja y trabajadora —la patrona de la señorita M., la señora Bowater, y su niñera Pollie— son estereotipos bondadosos cuya ejecución narrativa utiliza técnicas de idiosincrasia física derivadas de Dickens. (Jane Austen, por supuesto, ni menciona siquiera a las clases bajas).

Es en el rígido lecho de Procusto de la clase media donde *De la Mare* sueña sus ficciones, pesadillas de malestar burgués.

Hay una caricatura de Max Beerbohm que presenta a *De la Mare* mirando fijamente a una adusta señora vestida de negro e imperturbable, sentada en el sillón de enfrente, al otro lado de una chimenea: «El señor W. de la Mare inspirándose para una historia bella y misteriosa». Es una de las críticas más perspicaces, e ingeniosamente crueles, que se le podrían hacer. Por mucho que su fantasía deambule a su antojo, por sensibles que sean sus antenas a los mensajes del Otro Mundo, hay dentro de él un ama que le da un cachete en la mano cada vez que se aventura en las partes prohibidas de la mente.

Pero la represión engendra sus propias y severas bellezas. De esa estrechez aterrada, de ese provincianismo inquebrantable del espíritu, salen un puñado de prosas de la intensidad más vivida y turbadora, obras que se asemejan inquietantemente a algo de lo que los surrealistas estaban haciendo en Francia por la misma época, partiendo de una teoría de la imaginación un tanto distinta. Efectivamente, se podría sostener que «Memorias de una enana» es la única novela surrealista lograda de la literatura inglesa, aunque De la Mare lo habría negado en rotundo. El hecho de que no supiera lo que estaba haciendo no lo hace, por supuesto, sino más surrealista; y más terrible.

Y yo debo decir que la propia señorita M., con su diminuta y extraña perfección, me recuerda irresistiblemente un cuadro de Magritte en el que el sexo de un hombre desnudo está simbolizado por una mujer desnuda en miniatura que se alza en lo alto de sus muslos.

De hecho, el tamaño de la señorita M. no se nos da en ninguna parte con precisión. Parece como si variase según el capricho del autor. A los cinco o seis años de edad es lo bastante pequeña para sentarse en la tapa de un tarro de loción, sobre la mesa de tocador de su padre; da de comer a las mariposas en la mano. Esto sugiere una pequeñez que es físicamente imposible. Más tarde, cuando aprende a leer: «Mi sistema habitual cuando el libro era de tamaño corriente era colocarlo apoyado en algo hacia la mitad de la mesa y sentarme yo en el borde. Acabada la página, me levantaba y daba unos pasos para volver la hoja». Este método no ha cambiado mucho cuando ya tiene veinte años, sólo que ahora se despatarra entre las páginas. A esa edad todavía le cuesta trabajo bajar escaleras, y en su vigésimo primer cumpleaños puede andar por el centro de una mesa de comedor; así como, unas semanas más tarde, viajar cómodamente en una jaula de pájaro abandonada. Pero ese mismo año, estando de vacaciones, se disfraza de niña de diez años para conducir un cochecito tirado por una cabra; y, aunque una mujer adulta del tamaño de una niña de diez años sería realmente bajita, no sería una liliputiense; Jeffrey Hudson, el enano de la corte de Carlos I, se vio obligado a retirarse cuando alcanzó la vertiginosa altura de tres pies y nueve pulgadas.

El tamaño real de la señorita M., por lo tanto, no pertenece al ámbito de la dimensión fisiológica; es la manifestación física de una enorme «diferencia».

La niña liliputiense es una especie de niña cambiada^[NT2]. Su madre la trata como una «compañera de juegos trágica» más que una hija, y su padre, afectuoso pero desconcertado por su existencia, de hecho abandona su papel paterno y a su muerte no deja prevista su situación económica. La niña es una anomalía. Por ellos tanto como por ella la mantienen aislada del mundo, y sus muertes la dejan vulnerablemente inexperta, aparte de pobre. Venida a menos, podríamos decir.

Sin embargo, la infanda de la señorita M. es de por sí un jardín mágico, en el que, como Andrew Marvell en «su» jardín, está sola, y por lo tanto en el paraíso. Casi todas las «Memorias» transcurren en Kent, «el jardín de Inglaterra», y,

casualmente, el condado de donde era oriundo De la Mare; y donde la señorita M. está más a sus anchas es en un jardín. Si alguien la acompaña, no suele ser más de una persona. Esos jardines campestres, lejos de ser moradas de la humanidad corriente, están casi siempre un poco abandonados, son los «jardines bravíos» de la imaginación romántica inglesa, naturaleza ni dominada por el hombre ni dominadora del hombre por su ferocidad, sino existente con él en igualdad armoniosa. El jardín paradisíaco de la infancia es el de Stonecote, la casa de los padres, al cual regresará la señorita M. tras las vicisitudes de su vigésimo año, y en el cual, llevándose tan sólo «una pamelita y una capa», acabará desapareciendo, según su editor, posiblemente acompañada por un ángel platónico.

Pero es también en el jardín de Stonecote donde descubre el hecho austero e irrevocable de la mortalidad, cuando de niña encuentra allí un topo muerto. «Conteniendo la respiración, lo voltee despacio sobre el polvo con ayuda de un palito, y al ver, absorta, el blanco y palpitante nido de gusanos que tenía en la tripa sentí una peculiar iluminación. “¡Ajá!”, clamó una voz dentro de mí; “así que es esto lo que nos espera; así son las cosas”; y retrayendo los labios sobre los dientes me agaché para examinar más de cerca el hediondo misterio».

Es un topo, un ser ciego que vive dentro de la tierra, el que comunica la existencia de un «misterio hediondo» en este mundo. Sin capacidad de visión interior, el topo existe únicamente en su envoltura corruptible de carne.

Tras la muerte de su padre y la expulsión de ese Edén primigenio en el que la señorita M. ha sido una Eva niña sin Adán, toma alojamiento en casa de la tristísima mujer vestida de negro del dibujo de Beerbohm, la severa, amable e incurablemente «literaria» señora Bowater; una madre o nodriza sustituta. Aquí la señorita M. se encuentra no con Adán, sino con Lilit. Fanny es la hija de la señora Bowater...: «su voz... era como si me hubiera corrido por la sangre y me hubiera encendido la mirada». Fanny, que es de clase baja a pesar de su belleza y de su inteligencia, trabaja de maestra; va a casa para pasar la Navidad, es pariente del hielo, la nieve, el frío. El encuentro más apasionado de la señorita M. con ella tiene lugar en una noche extática y heladora en que salen juntas a contemplar las estrellas, en el jardín bravío de la cercana casa abandonada de Wanderslore.

Ese jardín, deshabitado, desatendido, es el jardín de la revelación. En ese mismo lugar silvestre encuentra al enano al que llama don Anónimo, que se enamora de ella. En ese mismo jardín la señorita M. querrá matarse más tarde. En «Memorias de una enana» los jardines se insertan en la rica tradición literaria que empieza con el Libro del Génesis, lugares de privilegio fuera de la experiencia cotidiana, en los que puede producirse la transición de la inocencia al conocimiento. Será en otro jardín, el de la finca campestre de su protectora la señora Monnerie, donde la señorita M. tenga su última y fatal entrevista con Fanny, en la que Fanny anuncia su intención de destruirla.

La relación sadomasoquista de la señorita M. con Fanny es central en la novela.

Fanny, la típica mujer fatal, esclaviza mediante la humillación. Escribe sus cartas suplicantes dirigiéndolas a la «Querida Menudencia», y la señorita M. contesta firmando con el mismo nombre, lo que ha hecho que Leslie Fiedler (hablando de la novela en «Freaks: Myths and Images of the Secret Self», Nueva York, 1978) piense que «Menudencia» es el nombre real de la señorita M.^[NT3]. Pero más parece un mote cruelmente puesto y recibido con gratitud; porque cualquier atención de Fanny se agradece. Yo creo que el anonimato de la señorita M. es importantísimo para De la Mare.

La indiferencia de Fanny es irresistible: «No concedió más atención a mi caricia que si yo hubiera sido un animal casero». Más tarde, Fanny se revolverá contra la señorita M. tras una última declaración de amor: «¿De veras crees que el ser amada es una experiencia nueva para mí; que no me embadurna dondequiera que voy?». Es la «belle dame sans merci» en persona, la cruel dominadora de Swinburne y Pater, una vampiresa «fin de siècle» disfrazada de hija de la patrona. O más bien de hijastra, porque también Fanny es una niña cambiada; ella no lo sabe, pero la señora Bowater es la segunda esposa de su padre. No es sangre de humanidad común lo que corre por las venas de Fanny. A la señorita M. le recuerda a las sirenas, y a veces a las serpientes. Hace que un cura desesperado se degüelle por su amor. Es la mujer como amenaza sexual.

Fanny obliga a la señorita M. a verse a sí misma como una anormalidad, una aberración, un objeto innatural. Promete con ironía: «Menudencia, si “alguna vez” tengo un niño, le ungiré el espinazo con grasa de topos, murciélagos y lirones para que sea como tú», citando una receta antigua para la fabricación comercial de mendigos e histriones enanos, como si la propia señorita M. fuera así de hechura y no de nacimiento. La descripción de su esclavización por parte de Fanny quema de dolor, aunque la malignidad de Fanny es, con mucho, demasiado gratuita para ninguna forma de narrativa naturalista; es sencillamente, emblemáticamente, una mujer fatal, o, quizá, un ángel malo.

Cuando Fanny se tropieza accidentalmente con el amigo y aspirante a amante de la señorita M., la despreocupada descripción que hace de él —«un ser horrible, enano y maligno»— hace ver a la señorita M. cómo es don Anónimo visto «por otros», y con ello destroza su propia imagen de él.

Esta cuestión de la definición de la identidad se repite a lo largo de la novela. La señorita M. habla de «fannidad» para describir el encanto de Fanny; Fanny es poderosa porque sabe quién es. Pero Fanny emplea todo su poder para definir a la señorita M. como aberración: «¿Por qué era Fanny la única persona capaz de encogerme en mi cuerpo de aquella manera?». Este problema no se resuelve del todo; en la última página de su relato, la señorita M. dice: «“No podemos” vernos como nos ven los demás, pero eso no es excusa para no llevar gafas». Sin embargo, las últimas palabras de la novela son un ruego a su editor, al cual dedica sus memorias, de que «la tome en serio», esto es, de que la vea como ella se ve a sí

misma. Esa petición existencial irresuelta, la de que se le deje ser lo que es, aunque ella no esté segura de lo que es, queda colgando en el aire. Se insinúa que la señorita M. existe, como el árbol del obispo Berkeley, porque el ojo de Dios la ve.

En otra entrevista nocturna de Fanny y la señorita M. en el jardín de Wanderslore, Fanny dice: «Querida mía, hubo una vez un filósofo llamado Platón, que envenenó el alma del Hombre». Con eso Fanny se declara el enemigo eterno: ha negado el idealismo. Y ahí ocurre una cosa muy extraña; Fanny se va, y la señorita M. queda diciendo desvalidamente tras ella: «Te quiero». Estaban, al parecer, totalmente solas. Entonces sale de no se sabe dónde el «ser horrible, enano y maligno», don Anónimo en persona, para murmurarle a la señorita M. que «ellos» — es decir, los demás— «no tienen ni amor ni piedad». Ella escapa de su importunidad como Fanny escapó de la de ella; pero no es éste más que uno de los varios lugares del texto en que la señorita M., creyendo estar a solas en el jardín, descubre la presencia a su lado de don Anónimo. Al final concluye que él viene observándola en secreto desde que por primera vez descubrió Wanderslore, lo mismo que el ojo de Dios en su libro de lecturas infantil, «El Ojo Observador», lo ve todo.

Aunque la corporeidad de don Anónimo está afirmada a lo largo del libro — incluso toma el té con la enfáticamente «real» señora Bowater—, tiene ciertas cualidades puramente metafísicas, de las cuales no es la menor la de poder aparecer cada vez que la señorita M. le necesita. Es su bien, su ángel guardián, el polo espiritual de Fanny.

Pero la señorita M. está desconcertada. La fealdad de don Anónimo es sólo de la carne, pero basta para repelerla; la belleza de Fanny no es más que un espectáculo exterior, pero la señorita M. la encuentra irresistiblemente atractiva. Pobre señorita M., psique vacilante entre dos aguas. «Y él siguió manteniendo... que él conocía a la humanidad mejor que yo, que caer en sus costumbres y seguir sus opiniones y sus afanes era ensordecer mis oídos, sellar mis ojos y perder mi ser».

La señorita M. sí cae en las costumbres de la humanidad, sin embargo, durante una temporada; no «una temporada», de hecho, sino «la Temporada». La rica, aristocrática, corrupta y aburrida señora Monnerie la recoge como añadido a la colección de «las rarezas más pequeñas del mundo» que tiene en su mansión londinense. La estancia de la señorita M. en Londres constituye la parte menos críptica de la novela, con un brío satírico que recuerda curiosamente algunas partes de las «Ilusiones perdidas» de Balzac. No es, ni mucho menos, la primera persona joven de provincias que se pierde en los banquetes de la buena sociedad. «Me convertí en una burrita presuntuosa y afectada, que rebuznaba estridentemente; en el centro de una multitud idiota que me lisonjeaba sin tasa».

Ella misma forja su perdición al introducir a Fanny en ese paraíso artificial, donde no hay más jardín que el de la plaza de fuera, un jardín urbano árido y cultivado en exceso, en el que sólo crecen «plátanos moteados y codesos venenosos». Fanny inmediatamente se vale de su oportunidad para usurpar la posición de la

señorita M. como favorita de la corte; se casará por dinero sin el menor escrúpulo, y se divertirá trayendo de cabeza al «haut monde», que es mejor que reventar un té de la parroquia.

El clímax de la secuencia londinense es la fiesta del vigésimo primer aniversario de la señorita M., con su tarta decorada con réplicas de veintiuna enanas famosas, un despliegue de mal gusto sólo superado por el menú de la cena, compuesto enteramente de cosas diminutas y culminante en un plato de lenguas de ruiseñor, que le produce náuseas. Ya está bien. Así alcanza Menudencia la mayoría de edad, en una orgía de humillación, emborrachándose y poniéndose en evidencia. «¡Sauve qui peut!», grita a Fanny, empeñada al fin en rescatarla de la condenación, vociferando el título del libro que una vez le regalara Fanny como broma satírica, el «Santa vida y santa muerte» de Jeremy Taylor, y desmayándose.

Desterrada a la casa de campo de la señora Monnerie, la señorita M. pasa a exhibirse en un circo para ganar el dinero con que comprar su libertad. Se pinta la cara y se almohadilla el busto y el trasero; el disfraz le parece «monstruoso». Adopta, en otras palabras, los aditamentos de la carne, y de la carne, además, de una mujer madura. Lo suficiente para causar indirectamente la muerte de don Anónimo.

Esto plantea algunas cuestiones interesantes sobre el conflicto espiritual central, al cual la soñadora belleza de la novela sirve de disfraz. Pues, aunque don Anónimo «sea» el ángel bueno de la señorita M. y el rechazarle por Fanny la ponga más cerca de perder su alma, ¿por qué habría de casarse con él, si no le apetece, únicamente porque son los dos de tamaño parigual? No sólo afirma De la Mare sin lugar a dudas que la señorita M. no quiere casarse con don Anónimo —«de amor no había ni cenizas en mi corazón»—, sino que documenta escrupulosamente la absoluta revulsión que el contacto físico le produce. Le repugna todo contacto humano, salvo el de la niñera de su infancia. La señorita M. parece estar tan alienada de la sexualidad como lo está de todos los demás aspectos de la condición humana, y, si su pasión por Fanny hace pensar que únicamente está alienada del contacto heterosexual, De la Mare se siente libre para describir su esclavización emocional con respecto a Fanny porque la idea de que en eso pudiera haber un elemento sexual ha sido censurada desde el primer momento. Aunque la señorita M. declare repetidas veces que está enamorada de Fanny, De la Mare no invita oficialmente al lector a considerar que eso pudiera tener algo que ver con su rechazo de los avances de don Anónimo. El conflicto se desarrolla en términos de espíritu puro.

Y, en el circo, cuando tiene puesto su disfraz erótico, es como si el espectáculo de la señorita M. súbitamente transformada de espíritu visible (es delgada, rubia, pálida) en rosácea carne palpable, aunque simulada, fuera demasiado para don Anónimo, que, como siempre, la está vigilando. No le permite degradarse aún más, y ocupa su puesto en la pista del circo, a lomos de un pony díscolo, para la última exhibición, y al hacerlo sufre una lesión mortal. La señorita M., por lo tanto, en su

primera salida independiente al mundo, experimentando trémulamente con la apariencia de la sexualidad, y de hecho también del trabajo —porque ese número de circo es la primera ocasión en que intenta ganarse la vida—, pierde realmente su alma; y tiene que pasar por una odisea en el mismo jardín abandonado de Wanderslore donde solía encontrarse tanto con

Fanny como con don Anónimo, para poder reemprender el camino a la regeneración, la vuelta a casa.

Esa odisea concluye con una tentativa inconclusa de envenenarse con el fruto de la belladona, con un «fruto prohibido».

No es la primera vez que un fruto prohibido la tienta. En el jardín seguro de la niñez se ha empinado «a arrancar de su acre arbusto» unas cuantas bayas de casis de aspecto muy semejante a las «negras y lustrosas» bayas venenosas que, llegada al límite, contempla «como si desde la infancia hubieran sido mi única codicia y mi único deseo». Pero, por más que las desee, no puede comerlas; parece físicamente incapaz de hacerlo. Coge una, su «jugo amargo» la salpica, y entonces, vencida, arroja al suelo «aquella cosa vil». El fruto sigue estando prohibido. El tabú que representa, sea cual sea, permanece inquebrantado; y el quebrantamiento de ese tabú lleva aparejado, en cualquier caso, el «misterio hediondo» de la mortalidad.

Con ello el núcleo central de la novela permanece en el misterio incluso para sí mismo; no llegamos a penetrar en la naturaleza real del «misterio hediondo» del jardín, representado por los restos putrefactos del topo. La señorita M. seguirá siendo una extraña en este mundo. Ni siquiera aprenderá a alegrarse de su lejanía, aunque al final se alegra de su soledad. Pero no es lo mismo.

La imagen del fruto prohibido tiene tanta más potencia porque la señorita M. es de hábitos frugívoros. Bebe leche, mordisquea galletas, pero sólo toma a pasto cerezas, manzana en rodajas, fresas, nectarinas. Su dieta es semejante a la de los protagonistas de la novela metafísica para niños de De la Mare «The Three

Royal Monkeys», que prometen a su madre que nunca probarán la sangre, ni se subirán a un árbol, ni les crecerá la cola; su dieta es un signo de su superioridad espiritual sobre los otros simios, y la señorita M. marca los comienzos de su propia erosión espiritual en Londres cuando un médico le impone un régimen vigorizante de carnes blancas. Empieza a engordar, y eso le parece también un signo de degeneración; hay un toque interesante de anoréxica en la señorita M., revelado en las palabras que escoge para describir su atavío almohadillado del circo: «momería monstruosa». Esto guarda relación con un pequeño episodio extraño de su vida en casa de la señora Bowater, en el que esconde un camisón manchado de sangre en una conejera del jardín de Wanderslore, lo mismo que las niñas intentan a veces ocultar las pruebas de su menstruación. (La señorita M., sin embargo, nos dice que esa sangre procede de un arañazo). Don Anónimo le devuelve después ese camisón; a él nada, nada se le puede ocultar. No es de extrañar que la encocore.

Después de tirar al suelo el fruto prohibido, sin probarlo, sufre un período de

desvaríos y alucinaciones. Sabíamos de antemano, por el prólogo de su editor, que de algún modo se apoquinan los recursos privados necesarios para volverle a comprar la casa de su padre, y allí sigue viviendo, recluida, con la madre de Fanny a su servicio. Dejamos la vida de la señorita M. en el mismo estado de vida rural decorosa e inútil en que empezó, pero ya sabemos que «será llamada», se da a entender que por ese mensajero espiritual del Otro Mundo, quizá el apuesto desconocido al que vio entre el público de la barraca. Pero el misterio de su partida parece arbitrario y triste.

No cabe duda de que De la Mare ha provisto a la novela de un significado hermético, pero que en última instancia no parece consolar ni siquiera al autor. A mí el subtexto metafísico me parece un reclamo; el autor ofrece la llave de una puerta tras de la cual no hay más que otra puerta. La novela sigue siendo un sistema de acertijos oscuro y mortificante, que deja un recuerdo de dolor; una construcción de notable precisión intelectual y de una imaginería ensamblada con esmero, tan circular al final como la desesperanza.

Algo terrible se asoma a las ventanas de la novela, como se asoma a los ojos de Fanny en la notable descripción que hace de ella la señorita M.: «un cuerpo de hermosura fascinante, con aquel Alguien a veces terrible asomado a sus ventanas». El propio De la Mare halló tan llamativa esa imagen que volvió a emplearla, en distinta versión, en su introducción a la edición Everyman de 1938 de una selección de sus relatos, ensayos y poemas: «No sólo los pensamientos, también los sentimientos se pueden expresar mediante símbolos; y cada personaje de una historia no es sólo una “rendija”, una mirilla de la casita oscura desde donde su hacedor mira el mundo, sino que también es hasta cierto punto un representante suyo, aunque sea disfrazado».

Toda ficción, como dijo Balzac, es autobiografía simbólica. La «M» de la señorita M. puede indicar, sencillamente, liliputiense, o Menudencia; o Metáfora. O Yo^[NT4].

ANGELA CARTER



WALTER JOHN DE LA MARE, OM, CH (Charlton, Kent, 25 de abril de 1873 - Twickenham, 22 de junio de 1956) fue un poeta, cuentista, ensayista, dramaturgo y novelista inglés.

La gran afición de De la Mare fue la fantasía, lo que, unido a la popularidad de sus libros infantiles, contribuyó en muchos casos a que se le dedicase menos atención de la que sin duda el gran escritor merecía.

De la Mare escribió algunos refinados cuentos de terror psicológico en los cuales se aprecia la mágica perfección de su estilo y su gran fuerza evocadora de lo fantasmal. Buenos ejemplos lo constituyen «La tía de Seaton» y «Qué sueños pueden venir». Su novela de 1921 *Memorias de una enana* le hizo ganar el premio de ficción «James Tait Black Memorial». En 1953 recibió la «Order of Merit» británica.

Notas

[1] *Gotitas de agua*: De un poema de Julia Carney (1823-1908) titulado «Cosas pequeñas»: «Gotitas de agua, granitos de arena/ componen el poderoso océano y la amable tierra». <<

[2] *Cambiada en la cuna*: El *changeling* o «niño cambiado (en la cuna)» era el que las hadas dejaban en sustitución de aquel que secuestraban. El sustituto no era un niño más que en apariencia; unas veces era un hada vieja, otras una efigie de madera. A esto último hace referencia Fanny en el capítulo 31<<, al acusar de insensible e inhumana a la señorita M. <<

[3] *Dulce enemigo*: Francia, según palabras de un soneto de sir Philip Sidney (1554-1586). <<

[4] *Cantaritos*: Del proverbio *Pitchers have ears*, «los cántaros tienen orejas (asas)», equivalente a «las paredes oyen» o «hay ropa tendida»; y, dicho de niños, *Little pitchers have long ears*, «los cántaros pequeños tienen largas orejas», para indicar que muchas veces los niños se apresuran a repetir lo que han oído. En este caso los cantaritos son también los ojos, que se llenan de lágrimas. <<

[5] *La «o» chica*: En el original *little o*, que parece aludir a la *o* que en inglés se añade a veces, en lenguaje familiar-humorístico, a la terminación de adjetivos y sustantivos. Se pronunciaría igual, y se escribiría *little-o*, esa adición aplicada precisamente al adjetivo «pequeño», con un efecto lejanamente parecido a nuestro «chiquirritín»; de esas ñoñerías parece ser de lo que se queja la señorita M. <<

[6] *Quisquilla*: En inglés *shrimp*, que también se aplica en sentido despectivo a la persona de corta estatura o de aspecto raquítico. <<

[7] *Verónica*: El origen del error está en la semejanza entre las palabras *quicklime*, «cal», y *brooklime*, «verónica». <<

[8] *Profeta minero*: En inglés *miner prophet*, que se pronuncia igual que *minor prophet*, «profeta menor». <<

[9] *Pockets*: El *pocket* es una medida de peso empleada para el lúpulo, equivalente a unas 168 libras. <<

[10] *Great Paul*: La campana mayor de San Pablo de Londres. <<

[11] *Paz y buena voluntad*: «Paz, buena voluntad hacia los hombres» es lo que dice el coro angélico de Lucas 2, 13-14 en la clásica Biblia de Jacobo I. <<

[12] *Jack y Jill*: Personajes de una rima infantil, cuyos nombres sirven para designar a un chico y una chica cualesquiera. El Jack que mató al Gigante, citado a continuación, es el protagonista de un cuento tradicional. <<

[13] *El Buen Rey Wenceslao...*: El comienzo de un villancico de J. M. Neale (1818-1866). <<

[14] *Diafenia como el narciso*: De un poemita amatorio atribuido a Henry Constable (1562-1613) o a Henry Chettle (c. 1560-1607). En él se alaba a Diafenia y se la compara con distintas flores; no hay ninguna idea particular que parezca justificar la cita en este contexto, más que la propia lisonja. <<

[15] *Raca*: Mateo 5, 22. <<

[16] *Más cosas...: Hamlet*, acto segundo, escena quinta: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las soñadas en tu filosofía». <<

[17] *La taza que alegra*: «Las tazas que alegran pero no embriagan», de un poema de William Cowper (1731-1800). <<

[18] *Presurosos*: De un himno de Edward Caswall (1814-1878):

*Días y momentos vuelan presurosos,
mezclando a los vivos con los muertos;
pronto tú y yo yaceremos
cada uno en nuestro angosto lecho.*

<<

[19] *Sublime*: Del poema de Longfellow *A Psalm of Life*:

*Todas las vidas de los grandes hombres nos recuerdan
que podemos hacer sublime nuestra vida,
y al partir dejar tras de nosotros
huellas en las arenas del tiempo.*

A continuación se alude a la estrofa siguiente del mismo poema:

*Huellas que quizá a otro hermano
navegante en el mar solemne de la vida,
náufrago y desesperanzado,
infundan nuevos ánimos.*

La señorita M. no cita con exactitud.

<<

[20] *O di...*: Es el comienzo de la oda primera del libro III de las *Odas* de Horacio: «Odio a la multitud de los profanos y la mantengo a distancia. Guardad silencio». <<

[21] *Enseñar a la idea joven:*

*¡Deliciosa tarea, educar al tierno pensamiento,
enseñar a la idea joven a germinar!*

Versos de James Thomson (1700-1740) en la parte dedicada a la primavera de su poema *The Seasons*.

<<

[22] *Visitaciones*: En el sentido que antaño tuvo la palabra en español, y que sigue teniendo en inglés su homóloga *visitation*, de «aparición sobrenatural». <<

[23] *No ruborizarse...*

*Más de una flor nace para ruborizarse sin ser vista
y gastar su fragancia en el aire desierto.*

De la *Elegy Written in a Country Churchyard* de Thomas Gray (1716-1771).

<<

[24] *Tom o'Bedlam*: «Tom de Bedlam». Bedlam fue el nombre popular del manicomio del hospital de Saint Mary of Bethlehem, del barrio londinense de Bishopsgate, y *Tom o'Bedlam* fue el nombre dado después a los locos que pedían limosna. <<

[25] *Peces*: «Hay peces tan buenos en el mar como todos los que han salido de él»; proverbio con que se pretende consolar al amante rechazado. <<

[26] *Cristiano*: El protagonista de la alegoría *The Pilgrim's Progress*, de John Bunyan (1628-1688). <<

[27] *Leopardos*: «¿Puede el etíope cambiar de piel, o el leopardo de manchas?»: Jeremías 13, 23, en la Biblia de Jacobo I. La alusión a las manchas del leopardo se ha hecho proverbial para referirse a la dificultad de cambiar el modo de ser o la larga costumbre. <<

[28] *¡Cuánta miseria!*: La primera de las tres citas es de *El rey Lear*, acto tercero, escena segunda. La segunda es de la *Rima del antiguo marinero*. La tercera es de *Hamlet*, acto primero, escena segunda; doy la versión de Eduardo Benot. <<

[29] *Thomasina de Bedlam*: La forma femenina del loco Tom o'Bedlam; véase << la nota 24. <<

[30] *Angeles de las Copas*: Apocalipsis 15, 7 y ss. <<

[31] *Gato de Cheshire*: Ahora es el inolvidable personaje del capítulo IV de *Alicia en el País de las Maravillas*, pero la expresión «sonreír como un gato de Cheshire», de origen desconocido, existía ya en el siglo XVIII. Desde su corporeización por obra de Lewis Carroll, y sobre todo por su ilustrador Tenniel, la sonrisa del gato de Cheshire no es sólo la sonrisa de oreja a oreja, sino la que encierra un matiz de sarcasmo o suficiencia. <<

[32] *Jericó*: «Enviar a uno a Jericó» es darle largas indefinidamente, con la esperanza de que desaparezca o deje de molestar. El origen de la frase está en la historia de los servidores de David que se cuenta en 2 Samuel 10, 4-5. <<

[33] *Ismael*: El hijo de Abraham y la esclava Agar, prototipo del solitario que vive enfrentado al mundo: «Su mano contra todos, y las manos de todos contra él» (Génesis 16, 12). <<

[34] *Alción*: Del alción o martín pescador se creyó que llevaba a las costas el buen tiempo; más exactamente, que incubaba sus huevos sobre la superficie del mar durante catorce días, hacia el solsticio de invierno, y durante ese período el mar permanecía en calma. <<

[35] *La comadre Grundy*: Personaje al que se alude constantemente en una pieza teatral de finales del siglo XVIII, y que ha quedado como personificación del qué dirán. <<

[36] *Niño cambiado*: Véase la << nota 2. <<

[37] *Avena loca*: El *porridge* se hace con avena, y «sembrar avena loca» es hacer calaveradas, sobre todo en la edad juvenil. <<

[38] *La ninfa...*: Del poeta Andrew Marvell (1621-1678). <<

[39] *Hare, Peace, Tom Thumb*: William Hare fue coautor de una serie de asesinatos cometidos en Edimburgo a comienzos del siglo XIX para surtir de material de disección a un anatomista. Charles Peace fue un ladrón y asesino de la década de 1870. El famoso liliputiense llamado «general Tom Thumb», es decir, «general Pulgarcito», fue una de las estrellas del circo de Barnum alrededor de 1860; medía 96,5 centímetros de altura. <<

[40] *Aficionada*: No hay palabra en español que indique exactamente lo que la inglesa *fancier* en su acepción de aficionado que se dedica a la cría de determinados animales, o al cultivo de determinadas plantas, buscando la obtención de ejemplares con características poco comunes. <<

[41] *Boruwłaski*: El conde José Boruwłaski (1739-1837) es uno de los liliputienses famosos de la historia; medía 71 centímetros. <<

[42] *Mummery*: «Momería», actuación burlesca. <<

[43] *Uno gritó...: Macbeth*, acto segundo, escena segunda. <<

[44] *Lengua de vaca*: La planta llamada así, *Rumex obtusifolius*, que se empleó para aliviar la irritación producida en la piel por las ortigas. <<

[45] *Estamos hechos...*: No son palabras de Hamlet, sino de Próspero en *La tempestad*, acto cuarto, escena primera. <<

[46] *Arrastrando nubes de gloria: De la Ode on Intimations of Immortality de Wordsworth:*

*Nuestro nacimiento no es sino un sueño y un olvido
el Alma que despunta con nosotros, la Estrella de nuestra vida,
tuvo en otro lugar su ocaso
y viene de lejos;
no es con entero olvido
ni en total desnudez,
sino arrastrando nubes de gloria como venimos
de Dios, que es nuestra casa.*

<<

[47] *Leona*: En Inglaterra se llama «león» al personaje famoso a quien todo el mundo ambiciona sentar a su mesa para lucirlo ante sus amistades. <<

[48] *Bel, Newgate, Debrett*: Lo primero es una parte del libro de Daniel, para los ingleses apócrifa, y por lo tanto publicada aparte; véase Daniel 14, 1 y ss. Daniel demuestra que Bel no es un dios vivo, sino una imagen de cobre (o de bronce); un eco de esto hay en la reflexión de la señorita M. en el capítulo 14: «Creo que Fanny, desdichadamente, no fue más que una imagen de bronce». El *Almanaque de Newgate* era una publicación de finales del siglo XVIII, continuada en el siglo XIX, que relataba crímenes famosos. El *Debrett* es el registro anual de la alta nobleza inglesa. <<

[49] *Se han ido todos...*: De un poema elegiaco de Henry Vaughan (1622-1695). <<

[50] *Algarrobas*: La ternera cebada y las algarrobas de la parábola del hijo pródigo, Lucas 15, 11 y ss. <<

[51] *Mercy Lavinia Bump Warren*: Liliputiense que en 1863 se casó con el «general Tom Thumb» (véase << la nota 39). Lavinia, que en su adolescencia había tenido el valor de dar clases en una escuela, subida a un pupitre, trabajó, como su marido, en el circo de Barnum; medía 81 centímetros. <<

[52] *Guy Fawkes*: El autor material de la colocación, en 1605, de una veintena de barriles de pólvora debajo de la sede del Parlamento inglés, con la intención de hacer saltar por los aires al rey Jacobo I y su gobierno en pleno. El «complot de la pólvora», obra de un grupo de católicos, fue descubierto a tiempo, y prendidos los responsables; y aún hoy se sigue conmemorando el feliz desenlace cada 5 de noviembre, con celebraciones populares. <<

[53] *Sarah Siddons*: La más celebrada actriz trágica inglesa (1755-1831), famosa por su interpretación de papeles como el de *lady Macbeth*. <<

[54] *Sadrak y Abednegó*: Dos de los tres jóvenes a los que Nabucodonosor mandó arrojar al «horno de fuego ardiente» (Daniel 3, 8 y ss.). <<

[55] *Daniel Lambert*: El hombre más gordo del que se tiene noticia exacta, al menos en el mundo anglosajón; al morir en 1809, a la edad de treinta y nueve años, pesaba 335 kilos. Su talla era normal: 1 metro y 80 centímetros. <<

[56] *Leones*: Véase << la nota 47. <<

[57] *Brobdingnag, Glumdalclitch, Yahoos*: Brobdingnag es el país de los gigantes en los *Viajes de Gulliver*, y Glumdalclitch es la muchacha de buen corazón que toma bajo su cuidado a Gulliver en el mismo país; los Yahoos, en la cuarta parte de la obra, son los bestiales seres humanos sometidos a los nobles Houyhnhnms o caballos racionales. La «Gentecilla de los Bosques» son los elfos o gnomos. <<

[*] Para ser sinceros, no es ésa la divisa de mi familia (ni ése es el escudo); pero la divisa auténtica me pareció un poco satírica para compartirla con la señora Monnerie; y, por arrogante que pueda parecer su sustitúa, tengo tan pronto esperanzas, tan pronto temores de que sea verdad. <<

[58] *Lady Morgan, etc.*: Todas ellas, ni que decir tiene, liliputienses famosas. <<

[59] *Filipina sobria*: Bromea aquí la señorita M. con la expresión «apelar de Filipo borracho a Filipo sobrio», procedente de una anécdota clásica sobre el rey de Macedonia. <<

[60] *Que me tirase abajo*: Continúa el paralelo con la historia de Jezabel: véase 2 Reyes 9, 30-37. <<

[61] *Una ostra para su espada*: De la respuesta de Pistol a Falstaff en el acto segundo, escena segunda, de *Las alegres comadres de Windsor*, al negarse Falstaff a prestarle dinero: «Entonces el mundo es mi ostra, / y la abriré con la espada». <<

[62] *La gorra negra*: La que se ponen los jueces en Inglaterra para dictar sentencia. <<

[63] *La mano del tintorero*: Nueva cita de Shakespeare, ésta del soneto CXI. <<

[64] *La orquesta de los Monnerie*: En inglés *the Monnerie orchestra*, con una clara alusión a *monkey orchestra*, «orquesta de monos», como las que a menudo se representaron en figuritas de porcelana. <<

[65] *Ad infinitum*: Los versos son de Swift en su poema satírico *On Poetry: A Rhapsody*:

*Los bichos sólo molestan y fastidian
a enemigos que les sobrepasan en una pulgada.
Así, observan los naturalistas que la pulga
tiene pulgas más pequeñas que de ella se nutren,
y éstas otras pulgas menores que las muerden,
y así ad infinitum.*

Isaac Watts (1674-1748) fue autor de muchos himnos piadosos y poesías para niños; no he podido encontrar el texto aquí aludido.

<<

[66] *Soñé que vivía...*: De una canción de la ópera de M. W. Balfe y A. Bunn *The Bohemian Girl* (1843), que fue enormemente popular en la Inglaterra victoriana. <<

[67] *A un Convento*: Es el «Vete a un Convento» de Hamlet a Ofelia en *Hamlet*, acto tercero, escena primera. <<

[68] *Apolión*: El Angel del Abismo de Apocalipsis 9, 11, que aparece en el *Pilgrim's Progress* (véase << la nota 26) como un monstruo horripilante con escamas de pez, alas de dragón, pies de oso y boca de león, y vomitando fuego y humo. <<

[69] *Humpty*: En su forma completa *Humpty-Dumpty*, que es a la vez el nombre del personaje de una rima infantil y un epíteto despectivo de la persona jorobada o pequeña y cargada de hombros. <<

[NT1] Dagwood Bumstead es el personaje de unas historietas estadounidenses, un hombre casado de clase media-baja, pacífico, despistado, bondadoso, más bien vulgar y absolutamente dominado por su mujer. (*N. de la T.*) <<

[NT2] Sobre el “niño cambiado” véase << la nota 2 a la novela. (*N. de la T.*) <<

[NT3] He traducido por “Menudencia” el original *Midgetina*, derivado sarcástico-tutelar de *midget*, “liliputiense”. (N. de la T.) <<

[NT4] En inglés *midget*, *Midgetina*, *Metaphor*, *Myself*. (N. de la T.). <<